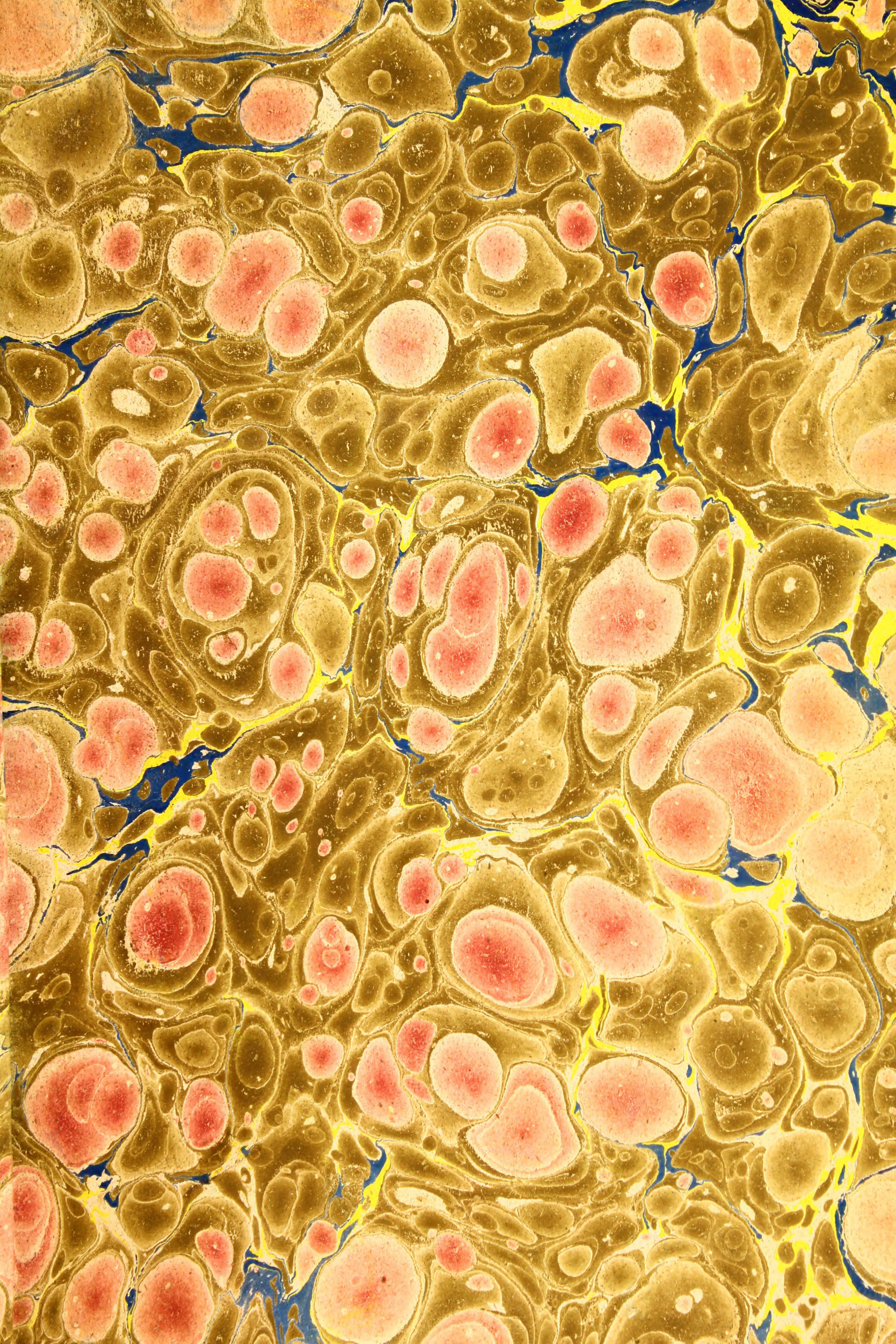
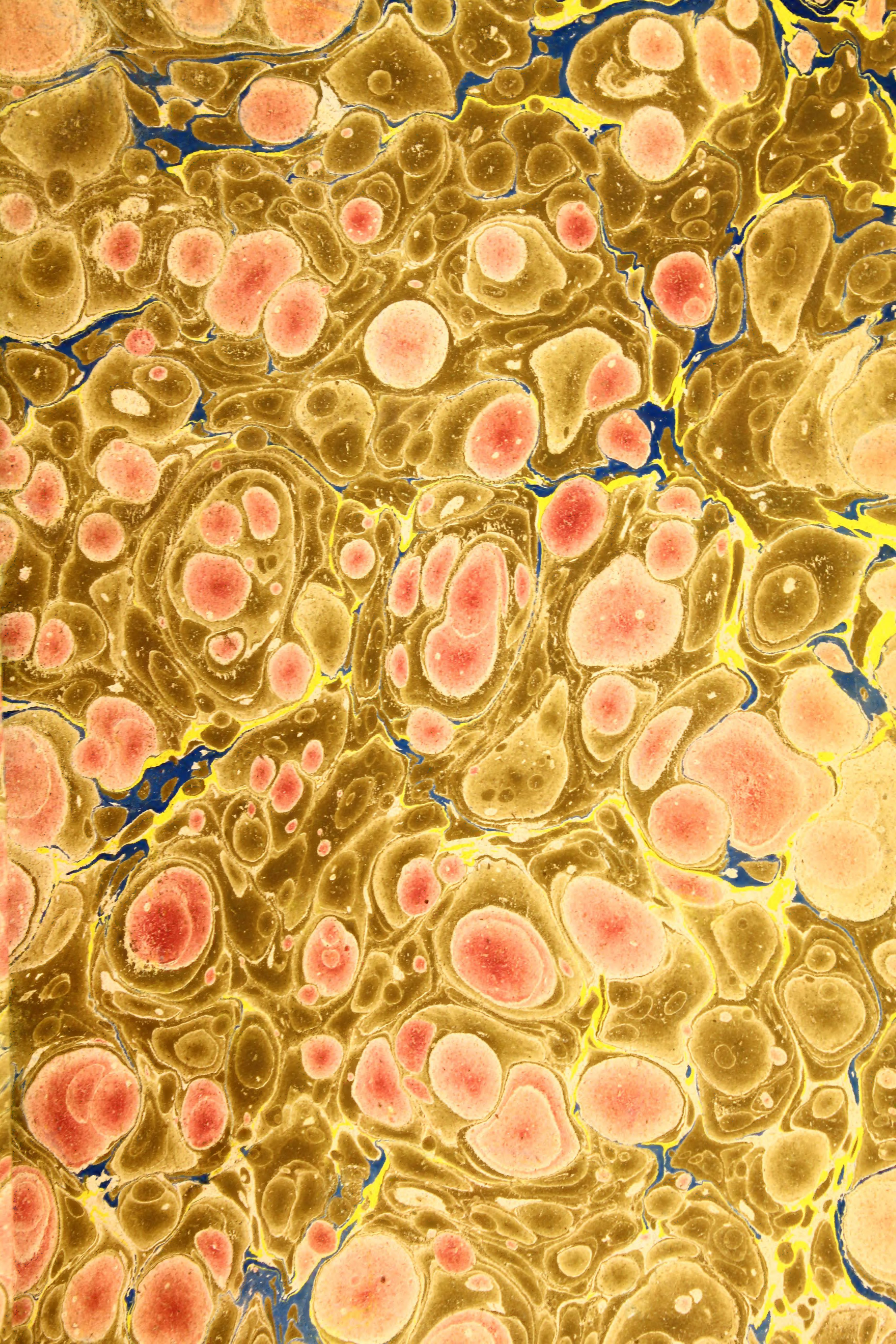




HISTORIA

DE

LA DECADENCIA Y RUINA

DEL

IMPERIO ROMANO,

POR

EDUARDO GIBBON;

TRADUCIDA DEL INGLÉS DE LA RECIENTE DE H. H. MILMAN, CON TODAS LAS NOTAS DEL AUTOR Y LAS DE AQUEL Y GUIZOT;

POR DON JOSÉ MOR DE FUENTES.



BARCELONA.

IMPRENTA DE DON ANTONIO BERGNES Y COMPAÑIA.

1843.

HISTORIA
DE LA
DECADENCIA Y RUINA
DEL
IMPERIO ROMANO.

CAPITULO XXX.

Rebelion de los Godos. — Saquean la Grecia. — Dos grandes invasiones de Italia por Alarico y Radagueso. — Recházalos Estilicon. — Correrías de los Jermanos por la Galia. — Usurpacion de Constantino en el Occidente. — Deposicion y muerte de Estilicon.

Aun cuando los súbditos de Roma desconocieran las finezas del gran Teodosio, luego vinieron á palpar con cuanto afan aquel brio y desempeño habian sostenido la fábrica desmoronada y caediza de la república. Muere por enero; y antes de fenecer el invierno del propio año, ya está la nacion goda sobre las armas (1); tremolan los bárbaros auxiliares su bandera independiente y pregonan desaforadamente el intento enemigo que estaban desde mucho antes abrigando en sus ánimos feroces. Sus paisanos, reducidos por el último tratado á faenas apacibles, desamparan, al primer eco del clarin, sus cortijos, empuñando las armas que á su pesar tenian arrimadas. Arróllanse las vallas del Danubio: desembóscanse los guerreros montañeses de Escitia; y la crudeza descompasada del invierno ofrece al poeta el rasgo de que van rodando sus pesados carruajes sobre la espalda helada y anchurosa del enojado rio (2). Los desventurados naturales de las provincias al sur del Danubio tenian que avenirse al cúmulo de quebrantos con que su fantasía se habia ido familiarizando por espacio de veinte años: y las varias gavillas de bárbaros que blasonaban de apellidarse godas se iban desparramando á su albedrío desde las costas arboladas de Dalmacia hasta los muros de Constantinopla (3). Pretestaron para su rebeldía la cesacion ó la escasez del subsidio

que les franqueaba la cordura dadivosa de Teodosio ; acibarando el desacato con el menosprecio que les merecian los afeminados hijos de Teodosio, y enconándose con la flaqueza ó la alevosía del ministro de Arcadio. Frecuentaba Rufino el campamento de los bárbaros, cuyo traje y armas remedaba; y evidenciaban tantas visitas su criminal correspondencia ; y mas aun el esmero del enemigo público en perdonar por agradecimiento las fincas del prefecto desamado , aunque quizás era política su conservacion. En vez de caudillos feroces que arrojaban antes con ímpetu ciego á sus Godos, capitaneábalos ahora la denodada maestría de Alarico. Descendia aquel afamado adalid de la alcurnia esclarecida de los Baltos (4), que solo rendia parias á la jerarquía rejia de los Amalis; habia solicitado el mando de los ejércitos romanos, y la corte imperial lo arrebató con su desaire al estremo de mostrarle su desvarío y la suma entidad de aquel malogro. Cualesquiera esperanzas que mediasen acerca de la conquista de Constantinopla , el atinado jeneral abandonó luego el inasequible intento. Estremecióse el emperador Arcadio al descubrir las armas godas , con un pueblo descontento , y una corte desavenida ; pero la fortaleza misma de la ciudad era un equivalente de valor y sabiduría, y las fortificaciones de mar y tierra burlaban desde luego las flechas endebles de unos bárbaros. Desentendióse Alarico de atropellar los paises ya talados y rendidos de Tracia y Dacia , y acordó marchar , en busca de cosecha colmada de nombradía y riquezas, á una provincia hasta entónces intacta de los estragos de la guerra (5) (A. 395).

La índole de los empleados civiles y militares colocados por Rufino en el gobierno de Grecia hacia maliciar mas y mas su intento de vender el imperio antiguo de la libertad y la sabiduría al invasor godo. Era el procónsul Antíoco hijo indigno de un padre respetable ; y Jeroncio , que mandaba la tropa de la provincia, era mucho mas abonado para ejecutar las tropelías dispuestas por un tirano que para resguardar con brio y acierto un pais fortificado ya de suyo por el esmero de la misma naturaleza. Habia atravesado Alarico sin tropiezo las llanuras de Macedonia y Tesalia hasta la falda del monte Eta, conjunto de riscos y breñas casi intransitables para su caballería. Estendíanse de levante á poniente hasta la misma costa, y franqueaban , entre el despeñadero y el golfo Maliano, un intermedio de trescientos piés que se angostaba á trechos hasta el punto de caber un solo carruaje (6). En esta angostura de las Termópilas, donde Leónidas y sus trescientos Espartanos tan esclarecidamente sacrificaron sus vidas , pudiera un jeneral intelijente atajar y esterminar á los Godos ; y tal vez al presenciar el sagrado solar , tal cual pavesa de militar denuedo prendiera en los pechos de aquellos Griegos afeminados. Retiráronse por mandato superior las tropas del apostadero de Termópilas, sin asomo de oposicion al tránsito seguro y veloz de Alarico (7); y di-

luviaron bárbaros por las campiñas amenas de la Fócida y de la Beocia, degollando varones, y arrebatando hermosuras, despojos y rebaños de las aldeas abrasadas. Cuantos viajeros atravesaron la Grecia, á pocos años, iban advirtiendo las huellas hondísimas y sangrientas de los Godos; y Tébas no tanto debió su salvamento á la fortaleza de sus siete puertas, como al afan de Alarico por enseñorearse de Aténas y del puerto importantísimo del Pireo. La misma priesa le estrechó á anteponer la oferta de una capitulacion á las demoras y peligros de un sitio; y apenas oyeron los Atenienses la voz del heraldo intimador, se allanaron sin reparo á entregar la mayor parte de sus riquezas en rescate de la ciudad de Minerva y de su vecindario. Juramentáronse unos y otros, y se observó puntualísimamente el tratado. Entró el príncipe godo con escasa y selecta comitiva, disfrutó el regalo del baño, aceptó un banquete espléndido dispuesto por los majistrados, y se empeñó en manifestar que no desconocia los modales de las naciones civilizadas (8). Mas todo el territori del Atica, desde el promontorio Sunio hasta la ciudad de Megara, quedó talado con su presencia asoladora; y valiéndonos del símil de un filósofo contemporaneo, la misma Aténas era el remedo de una piel vacia y ensangrentada de una víctima recien muerta. Distan Megara y Corinto unas diez leguas; pero el *mal camino*, como espresivamente se apellida todavía entre los Griegos, podia atajarse fácil y absolutamente á todo enemigo, pues emboscaban el Monte Citeron y el pais interior densas y lóbregas malezas, los peñascos Escironios se abocaban sobre la orilla del agua y se descolgaban sobre el sendero angosto y revuelto, encajonándolo por dos leguas en la misma playa (9). Era el ismo de Corinto el paradero de aquel tránsito, y el teson de un corto cuerpo de tropa bastaba para resguardar colmadamente las dos ó tres leguas que median entre el mar Jónico y el Ejeo. Confiadas las ciudades del Peloponeso en su antemural nativo, desatendieron sus murallas antiguas: y la codicia de los gobernadores romanos tenia desangrada y rendida la desventurada provincia (10). Rindiéronse Corinto, Argos y Esparta á las armas godas; y aun dichosos los moradores cuya muerte los libertó de presenciar el cautiverio de sus familias y el incendio de sus ciudades (11). Repartiéronse los artefactos entre los bárbaros, ateniéndose al valor del material, y prescindiendo del primor de su hechura; postrándose los cautivos á la ley de la guerra, y las beldades sirvieron de galardon á la valentía; ni podian los Griegos fundadamente quejarse de un desafuero que fuera corriente en los siglos heroicos (12). Los descendientes de aquel pueblo sin par, que conceptuaba el valor y la disciplina como las murallas de Esparta, trascordaban la contestacion gallarda de sus antepasados á un conquistador mas formidable que Alarico: «Si eres dios, no dañarás á quien jamás te agravió; si eras hombre, ven acá; y luego tropezarás con hom-

bres iguales á ti (13).» El caudillo godo fué continuando su marcha desde Termópilas á Esparta sin encontrar un enemigo que fuese mortal; pero uno de los abogados del paganismo agonizante desde luego dió por sentado que la diosa Minerva con su éjida formidable escudó los muros de Aténas, que guareció tambien la sombra del airado Aquiles (14), y que se desalentó el vencedor con la presencia de las enemigas deidades de la Grecia. En aquel siglo de milagros parece violento el disputar al historiador Zósimo agasajo tan jeneral; mas no cabe disimular la tosquedad y torpeza de Alarico para impresionarse de visiones soñadas ó despiertas de la supersticion griega. Probablemente ni la canturia de Homero ni la nombradía de Aquíles habian llegado á oidos del *bárbaro* montaraz; y la fe *cristiana* que estaba devotamente profesando le enseñaba á menospreciar las divinidades ideales de Roma y Aténas. La invasion goda, en vez de desagraviar el paganismo, contribuyó á desarraigar á lo menos accidentalmente sus últimos restos; y los misterios de Eléusis que habian subsistido diez y ocho siglos finaron con la destruccion de Eléusis y los desastres de la Grecia (15) (A. 396).

Desahuciado ya el pueblo por sus armas, sus dioses y su soberano, acudió al jeneral de Occidente; y Estilicon, que habia carecido de facultades para rechazar á los profanadores de la Grecia, se adelantó á escarmentarlos (16). Habilitóse una escuadra crecida en los puertos de Italia; y la tropa, surcando breve y prósperamente por el mar Jónico, desembarcó á su salvo en el ismo junto á los escombros de Corinto. El pais montuoso y emboscado de Arcadia, residencia fabulosa de Pan y de las Dríadas, fué el lidiadero de una batalla reñidísima entre dos jenerales dignos uno de otro. Prevalecieron por fin la maestría y el teson de los Romanos; y los Godos, tras notable quebranto por dolencias y desercion, se fueron retirando á los empinados riscos de Foloe, hácia los manantiales del Peneo, y sobre la raya de la Élida, pais consagrado, que solia en lo antiguo quedar exento de la plaga de la guerra (17). Cercóse el campamento bárbaro; encajonóse el rio por otro cauce (18); y mientras el hambre y la sed los acosaban, quedaron completamente acorralados. Tomadas estas precauciones, y harto confiado ya Estilicon en su victoria, se marchó á disfrutarla en los juegos teatrales y danzas desenvueltas de los Griegos; y la soldadesca, desamparando sus banderas, se tendió por la campiña para saquear á sus aliados cuanto habian podido rescatar de las rapiñas del enemigo. Parece que Alarico utilizó el trance para ejecutar una de aquellas empresas arrojadas en que el desempeño descuella con mayor brillantez que en la baraunda de una batalla. Para salir del cerco del Peloponeso, tenia que volcar los atrincheramientos que lo atajaban; tenia que verificar una marcha trabajosa y espuesta hasta el golfo de Corinto, y tenia que trasponer tropa, cautivos y despojos sobre un

brazo de mar, que aun en el estrecho entre Rio y la costa tiene por lo menos media milla de anchura (19). Atinado, oculto y ejecutivo andaria Alarico, puesto que el jeneral quedó atónito con la noticia de que los Godos, burlando sus conatos, se hallaban en posesion de la provincia importante del Epiro. Esta aciaga demora franqueó á Alarico tregua para concluir el tratado que reservadamente estaba negociando con los ministros de Constantinopla; y el recelo de una guerra civil precisó á Estilicon, por mandato de sus contrarios, á retirarse de los dominios de Arcadio; y tuvo que respetar al enemigo de Roma como aliado y sirviente condecorado del emperador de Oriente (A. 397).

Un filósofo griego (20) que anduvo por Constantinopla, recien muerto Teodosio, dió á luz sus opiniones liberales acerca del instituto de un rey y del estado de la república romana. Se hace cargo y se lamenta Sinesio del abuso funesto que la dignacion desacertada del difunto emperador habia introducido en el servicio militar. Iban los ciudadanos y súbditos comprando su descargo de la obligacion imprescindible de acudir á la defensa de su patria, sostenida únicamente con las armas de los bárbaros mercenarios. Deshonraban los fujitivos de Escitia legalmente las dignidades preeminentes del imperio; su juventud bravía, desentendiéndose de toda sujecion á leyes, se desalaba tras las riquezas, menospreciando y aborreciendo artes y pueblo igualmente; y el poderío de los Godos era el peñasco de Tántalo, colgado siempre sobre la paz y la existencia de un estado agonizante. Propone Sinesio medidas arrojadas y jenerosas propias de un patricio. Va exhortando al emperador á reinfundir brio en los súbditos con la norma de su virtud varonil; á desterrar el lujo de la corte y del campamento, á sustituir los bárbaros asalariados con un ejército de individuos interesados en la defensa de las leyes y de sus haciendas; á desprender al menestral, en los trances arriesgados, de su taller, y al filósofo de su cátedra; á erguir al soñoliento ciudadano de su lecho deleitoso, y á armar el brazo del afanado labrador para resguardar sus campiñas. Acaudillando tropas merecedoras del nombre romano y ostentadoras del brio romano, estimula al hijo de Teodosio á contrarestar una ralea de bárbaros faltos de verdadero teson, y á nunca dejar las armas hasta arrojarlos á sus soledades de Escitia, ó reducirlos á la servidumbre ignominiosa que impusieron los Espartanos á sus cautivos Ilotas (21). Franqueó la corte de Arcadio desahogo, encareció la elocuencia y desatendió el dictámen de Sinesio. Quizás el filósofo, que se dirije al emperador de Oriente con tan pundonoroso tino cual si hablara con un rey de Esparta, no se atemperaba á la índole y circunstancias de un siglo dejenerado para idear un plan asequible; y tal vez el engreimiento de los ministros, ajenos de toda reflexion en el despacho de lós negocios, desechaban como impropias y soñadas cuantas propuestas desdecian de-

sus alcances y se desviaban del carril trillado. Mientras peroraba Sinesio y las conversaciones populares se estaban esplayando sobre la ruina de los bárbaros, se pregonó un edicto en Constantinopla encumbrando á Alarico á maestre y caudillo del Ilírico oriental. Tanto los Romanos como los aliados que reverenciaban la fe de sus tratados se airaron justamente de tan sumo galardon concedido al asolador de la Grecia y del Epiro. El caudillo godo fué recibido como majistrado lejítimo por las ciudades que poco antes habia sitiado: padres cuyos hijos habia sacrificado, maridos cuyas esposas habia violentado, quedaron sujetos á su autoridad; y el galardon de su rebeldía alentó la ambicion de todo caudillo de los mercenarios. El desempeño de Alarico en su nuevo mando acredita el tino y entereza de su ánimo, pues despachó órden á los cuatro almacenes ó manufacturas de Margo, Raciaria, Naiso y Tesalónica para aprontar á sus tropas acopios de armas defensivas y ofensivas, morriones, broqueles, espadas y lanzas; los desventurados moradores tenian que estar fraguando los instrumentos de su propio esterminio, y los bárbaros remediaron el único desfalco que se oponia á los ímpetus de su denuedo (22). El nacimiento de Alarico, el timbre de sus hazañas anteriores y la espectativa de las venideras, fueron hermanando el cuerpo todo de la nacion bajo sus banderas victoriosas; y con la anuencia unánime de los caudillos bárbaros, el maestre jeneral del Ilírico fué ensalzado, segun la antigua costumbre, sobre un escudo, y proclamado rey de los Visigodos (23). Pertrechado con ambas potestades, aposentado en el confin de los dos imperios, andaba alternativamente vendiendo sus promesas á las cortes de Arcadio y (24) Honorio, hasta que manifestó y ejecutó su ánimo de acometer los dominios de Occidente. Yacian exánimes ya las provincias de Europa pertenecientes al emperador oriental; hacíanse inaccesibles las de Asia, y la fortaleza de Constantinopla habia burlado su intento. Tentóle la nombradía, y luego la hermosura y riqueza de Italia, que habia ya presenciado, y anhelaba interiormente enarbolar el estandarte godo sobre las murallas de Roma y engalanar su ejército con los hacinados despojos de trescientos triunfos (25).

La escasez de hechos (26) y la incertidumbre de fechas (27) nos imposibilitan la tarea de referir circunstanciadamente la primera invasion de Italia por las armas de Alarico. Su marcha, quizás desde Tesalónica, por el pais belicoso y enemigo de Panonia hasta la falda de los Alpes Julianos; su tránsito por aquellas montañas, muy resguardadas con tropas y atrincheramientos; y luego el sitio de Aquileya y las conquistas de las provincias de Istria y Venecia, parece que le emplearon por un plazo dilatado. A menos de ser sus operaciones en estremo cautelosas y pausadas, tan largo intermedio (A. 400—403) infundiria la fundada sospecha de haberse retirado el Godo á las orillas del Danubio á reforzarse con nue-

vos enjambres de bárbaros antes de volver á internarse en el corazon de Italia. Puesto que el solícito historiador se halla ajeno de acontecimientos grandiosos, le será lícito esplayarse un tanto en el inflnjo de las armas de Alarico sobre la suerte de dos individuos arrinconados, un presbítero de Aquileya y un labrador de Verona. El docto Rufino, citado por sus enemigos para comparecer ante un sínodo romano (28), antepuso cuerdamente los peligros de una ciudad sitiada; y los bárbaros que estaban quebrantando los muros de Aquileya podian rescatarle de ser cruelmente ajusticiado al par de otro hereje, ó á lo menos con azotes y destierro á una isla desierta por sentencia de los mismos obispos (29). El *anciano* (30), que habia ido pasando su vida sencilla é inocente en las cercanías de Verona, prescindia de las contiendas, tanto de reyes como de obispos; sus recreos, anhelos y alcances se ceñian á su escaso recinto solariego, y un báculo sostenia sus trémulos pasos sobre el mismo terreno donde estuvo solazándose de niño; y aun esta arrinconada y rústica felicidad, que Claudiano describe con propiedad afectuosa, estaba espuesta á los estragos de la guerra arrolladora. Las plantas, aquellos árboles antiguos y *contemporaneos* suyos, tenian que arder en la llamarada jeneral del pais (31); un destacamento de caballería goda iba á atropellar su choza y su familia; y el poderío de Alarico podia anonadar, mas no proporcionar tanta ventura. « La fama, » dice el poeta, «abriendo de pavor sus alas tenebrosas, tenia amedrentada la Italia toda, creciendo respectivamente las zozobras de cada individuo al tenor de sus haberes; y los mas aprensivos, que tenian ya embarcadas sus preciosidades, trataban de trasladarse á Sicilia ó á la costa de Africa; y acibaraban la desdicha pública temores y remordimientos supersticiosos (32). Cada momento estaba abortando patrañas de portentos pavorosos, llorando los paganos la interrupcion de sacrificios y el menosprecio de sus agüeros, pero esperanzando los Cristianos en la intercesion poderosa de los santos y de los mártires (33).

Descollaba al par en zozobra y en jerarquía el emperador Honorio. El engreimiento lujoso de su cuna no le habia dejado presumir que asomase sobre la tierra potestad alguna tan altanera, que se arrojase á alterar el sosiego de un sucesor de Augusto. Las arterías de la lisonja fueron encubriendo el inminente peligro, hasta que Alarico se apareció ante el alcázar de Milan (A. 403); pero al sonar ya el eco de la guerra, el emperador mancebo, en vez de acudir á las armas con el brio y arrojo de la mocedad, dió ansiosamente oidos á los consejeros medrosos que propusieron el trasladar su persona sagrada y su fiel comitiva á paraje seguro y remoto en las provincias de la Galia. Solo Estilicon (34) tuvo aliento y predominio para contrarestar esta disposicion afrentosa, que abandonaba Roma y la Italia á los bárbaros; mas como se acababan de enviar á la

frontera de Recia las tropas de palacio, y el recurso de nuevos alistamientos era pausado y contingente, tan solo le cabia prometer que si la corte de Milan lograba conservar el puesto durante su ausencia, luego volveria con ejército capaz de contrastar al rey godo. Sin pérdida de momento, pues cada uno era tan precioso para la salvacion pública, embárcase Estilicon en el lago Lario, trepa por montañas de hielo y nieve en la crudeza de un invierno alpino, y repentinamente enfrena con su presencia inesperada al enemigo, que estaba ya alterando el sosiego de la Recia (35). Los bárbaros, tribus quizás de los Alemanes, respetaron la entereza de un caudillo, que hablaba siempre el lenguaje del mando; y la eleccion que hizo entre ellos de cierto número de mozos selectos se admitió como fineza y demostracion de aprecio. Desembarazadas las cohortes del enemigo cercano, acudieron luego al estandarte imperial; y Estilicon despachó órdenes á las tropas mas lejanas de Occidente para que á marchas forzadas se adelantasen á la defensa de Honorio y de la Italia. Abandonáronse las fortalezas del Rin, y el resguardo de la Galia se cifró todo en la fe de los Jermanos y el pavor inveterado del nombre romano. Hasta las lejiones apostadas para guarnecer la valla de Bretaña contra los Caledonios del Norte fueron atropelladamente convocadas (36); y aun se recabó de un crecido cuerpo de caballería alana que se alistase al servicio del emperador, que estaba ansiando el regreso de su jeneral. Descollaron la cordura y la pujanza de Estilicon en aquel trance, que patentizó al propio tiempo la endeblez del decaido imperio. Las lejiones de Roma, que ya desde muy atrás habian ido menguando en valor y disciplina, quedaban ya esterminadas en la guerra civil y goda, y se hizo imposible juntar un ejército para la defensa de Italia sin atropellar y esponer las provincias.

Parece que Estilicon, en medio de aquel desamparo de Milan en que dejaba á su soberano, tenia computado el plazo de su ausencia, la distancia del enemigo, y los tropiezos de su marcha, confiando principalmente en los rios de Italia, el Adijio, el Mincio, el Oglio y el Adua, que por invierno y primavera, con las lluvias y las nieves, suelen tender sus anchos y rapidísimos raudales (37). Mas aconteció una sequía estremada, y pudieron los Godos ir atravesando los cauces capaces y pedregosos sin estorbo, pues era la corriente una faja muy transitable y amena. Resguardaba el puente y paso del Adua un destacamento godo muy crecido; y al acercarse Alarico á las murallas, ó mas bien á los arrabales de Milan, estuvo disfrutando el logro altanero de ver cómo le huia todo un emperador de los Romanos. Honorio, con su comitiva corta de empleados y eunucos, se retiró atropelladamente hácia los Alpes, con ánimo de afianzar su seguridad en la ciudad de Arles, que solia ser la residencia real de sus antecesores (*a*). No bien acaba Honorio (38) de

pasar el Po, le alcanza á carrera la caballería goda (39), y la estrechez del conflicto le precisa á ampararse temporalmente en la fortificacion de Asta, pueblo de la Liguria ó Piamonte á las orillas del Tánaro (40). Formaliza ejecutivamente y estrecha mas y mas el rey de los Godos el sitio de aquella humilde plaza que atesora tan peregrina presa y puede oponer tan menguada resistencia; y por mas declaraciones que luego hiciese el emperador de que en su pecho jamás tuvo cabida el miedo, aun sus mismos palaciegos las creerian á duras penas (41). En aquel ya estremo y casi desahuciado trance, despues de cometer los bárbaros el desacato de proponer una capitulacion, desahogan al cautivo imperial ya la nombradía, ya el asomo, ya la presencia del tan anhelado héroe. Estilicon, capitaneando una vanguardia selecta y denodada, atraviesa á nado el Adua, aventajando el tiempo que malograria en el ataque del puente; aventura menos en el tránsito del Po, y rompiendo airosa y triunfadoramente por el campamento godo bajo los muros de Asta, esperanza por fin y desagravia á Roma. El bárbaro, en vez de afianzar el fruto de su victoria, se ve por donde quiera acometido con las tropas de Occidente, que van mas y mas desemboscando de las gargantas de los Alpes; estréchanle sus reales; atájanle los abastos, y el afan de los Romanos va ya eslabonando los fuertes y cercando la línea de los sitiadores. Júntase consejo militar de los caudillos melenudos de la nacion goda y de guerreros ancianos revestidos de sus pellicos, y cuyas cataduras están ceñudamente ostentando sus honoríficas heridas. Contrapesaron la gloria de persistir en su intento y la ventaja de afianzar sus presas, y se atuvieron á la disposicion atinada de retirarse oportunamente. Descolló en esta suma contienda Alarico con el brio del vencedor de Roma, y recordando á los compañeros sus hazañas y sus intentos, terminó su acalorado razonamiento asegurando solemne y positivamente que su ánimo era hallar en Italia ó bien un solio ú bien un sepulcro (42).

La indisciplina de los bárbaros los esponia de continuo á sorpresas; pero Estilicon, en vez de escojer las horas de su desenfrenada beodez, dispuso embestir á los Godos *cristianos* mientras estaban absortos celebrando la festividad de su pascua (43) (A. 403, marzo 29). Encargóse el desempeño del ardid, ó como le apellidaba el clero, del sacrilejio, á Saul, un bárbaro y pagano que descolló entre los jenerales veteranos de Teodosio. Arrolló repentinamente la caballería imperial los reales godos junto á Polencia (44); pero en brevísimo rato el garbo guerrero de Alarico escuadronó su jente, proporcionándole ensanche para la formacion en batalla; y vuelta en sí del primer asombro, su relijiosidad, confiada en que el Dios de los Cristianos volveria por ellos, robusteció su natural denuedo. En la refriega sostenida con igual brio y éxito, el caudillo de los Alanos, cuya pequeñez y fealdad abrigaba un pecho magnánimo, sobre-

salió en lealtad desconceptuada peleando y cayendo gallardamente en servicio de la república ; y la nombradía del valeroso bárbaro no quedó bien conservada en los versos de Claudiano, pues encareciendo su virtud, dejó de espresar su nombre. Con su muerte huyen despavoridos los escuadrones de su mando ; y derrotada el ala de caballería, asomaba la victoria por Alarico, cuando Estilicon capitanea la infantería romana y bárbara al avance, y con su maestría y el teson de la tropa, arrolla todos los tropiezos. Al caer de la sangrienta jornada, retíranse los Godos del campo de batalla, allánanse á viva fuerza sus reales, y la matanza y la presa desagraviaron algun tanto por tanta tropelía cometida con los súbditos del imperio (45). Enriquecen los despojos magníficos de Corinto y Argos á los veteranos de Occidente ; cautiva la esposa de Alarico, que habia pedido desaladamente la joyería romana y las camareras patricias (46), tiene que postrarse á implorar la conmiseracion del enemigo arrogante; y largos miles de prisioneros, ya desaherrojados, andan á porfía entonando por las provincias de Italia las alabanzas de su heroico libertador. Parangonó el poeta, y quizás el público todo, el triunfo de Estilicon (47) con el de Mario, que en el mismo paraje de Italia volcó y anonadó otra hueste de bárbaros septentrionales. Las jeneraciones siguientes equivocarian á menudo los huesos enormes y los morriones vacíos de Cimbrios y de Godos, y podia la posteridad encumbrar un trofeo comun á la memoria de jenerales tan esclarecidos que en el mismo afamado sitio vencieron unos y otros á los enemigos mas formidables de Roma (48).

Vitorea colmadamente la elocuencia de Claudiano (49) el sumo logro de su Mecenas en Polencia ; pero su musa parcial y mal avenida franquea alabanzas jenuinas al temple del rey godo. Tíznale á la verdad con vituperios de pirata y salteador, á que los conquistadores de todos tiempos se hacen verdaderamente acreedores ; mas tiene el cantor de Estilicon que reconocer cuan escelsa gallardía de ánimo poseia Alarico, sobreponiéndose á tanto descalabro, y entresacando recursos de los estremos de la adversidad. Esterminada ya su infantería, huye, ó mas bien se desvia del campo de batalla, con la flor de su caballería intacta. Sin desperdiciar un instante en llorar el malogro irreparable de tantos valerosos compañeros, deja al enemigo victorioso aherrojando las imájenes cautivas de un rey godo (50), y se arroja denodadamente á tramontar el Apenino mal guardado, á estremecer y asolar la florida Toscana, y á vencer ó morir en los umbrales de Roma. Sálvase la capital con la activa y aun atropellada dilijencia de Estilicon ; mas le contuvo la desesperacion del enemigo ; y en vez de cifrar la suerte de la república en el trance de otra batalla, propuso el comprar el despido de los bárbaros. Desechara Alarico soberbiamente la propuesta de retirada y de pension con ira y menosprecio, mas no predominaba á los caudillos independientes que le habian encum-

brado para el servicio de *ellos* sobre la jerarquía de sus iguales, y ahora se hallaban menos propensos á seguir á un jeneral desairado, estándolo ya muchos á mirar por sus intereses negociando privadamente con el ministro de Honorio. Tuvo el rey que allanarse al albedrío de su jente, revalidó el tratado con el imperio de Occidente, y despasó el Po con las reliquias del ejército florido que habia traido á Italia. Fueron acechando sus pasos fuerzas romanas de consideracion; y Estilicon, que estaba en correspondencia secreta con algunos caudillos bárbaros, se iba de continuo enterando de los intentos del campamento y del consejo de Alarico; quien, ansioso de realzar su retirada con algun rasgo descollante, intentaba apoderarse de la ciudad notable de Verona que señorea el tránsito principal de los Alpes Recios, encaminándose hácia las tribus jermanas, con cuya alianza se rehacia para luego embestir por la parte del Rin las provincias riquísimas y adormecidas de la Galia. Ajeno de la alevosía que tenia ya vendida su arrojada y sensata empresa, adelantóse hácia los desfiladeros de las montañas, tomados ya por las tropas imperiales, donde quedó acometido casi en el mismo punto en ataque jeneral por frente, costados y retaguardia. En la sangrienta refriega, á las cercanías de Verona, el quebranto de los Galos corrió parejas con la derrota de Polencia; y el valeroso rey, que se salvó por la velocidad de su caballo, iba á quedar muerto ó prisionero, á no frustrar los Alanos con su temeridad los intentos del jeneral romano. Resguarda Alarico en un peñasco inmediato los restos de su hueste, y se dispone con teson á sostener el sitio contra el número superior de los enemigos que le embisten por todas partes; mas no pudo contrarestar el hambre y las dolencias, ni menos atajar la desercion de sus bárbaros mal sufridos y antojadizos. Halla sin embargo en tan estremado trance recursos en su propio denuedo, ú en la moderacion de su contrario, y se conceptúa la retirada del rey godo como el rescate de Italia (51). El pueblo sin embargo, y aun el clero, incapaz de atinar en los negocios de paz y guerra, se propasaba á zaherir el sistema de Estilicon, vencedor, cercador y despedidor tantas veces del enemigo implacable de la república. Con el júbilo de la salvacion pública todo se vuelve agradecimiento y regocijo; mas luego acuden á zaherir la envidia y la calumnia (52).

Atónito el vecindario de Roma al asomar Alarico, se esmeró en reedificar las murallas, manifestando con sus zozobras la decadencia del imperio. Retirados los bárbaros, se recabó de Honorio que aceptase la oferta del senado y celebrase en la ciudad imperial la época venturosa de la victoria goda y de su consulado sexto (53) (A. 404). Arrabales y calles desde el puente Milvio se cuajaron, hasta el monte Palatino, con el pueblo romano que en todo un siglo solo tres veces se habia visto favorecido con la presencia de sus soberanos. Clavada la vista en la carroza donde Esti-

licon iba entronizado merecidamente junto á su ahijado rejio, vitoreaban el boato de un triunfo que no estaba mancillado, como el de Constantino ni Teodosio, con sangre civil. Pasaba la carrera bajo un arco encumbrado al intento; pero en menos de siete años, el vencedor godo pudo leer, si sabia, la grandiosa inscripcion de aquel monumento que atestiguaba la derrota y esterminio de su nacion (54). Permaneció el emperador algunos meses en la capital, y todos sus pasos se encaminaban á granjearse el afecto del clero, del senado y del vecindario todo. Prendábase el clero de sus visitas frecuentes y dádivas cuantiosas á los sagrarios de los apóstoles; y el senado, que en la marcha triunfal no tuvo que anteceder á pié la carroza imperial, se pagó del decoro espresivo que siempre le estuvo Estilicon aparentando. Complacióse repetidamente el pueblo con el agrado y el comedimiento de Honorio en los juegos públicos, celebrados con tan plausible coyuntura con el boato propio de su asistencia. Concluida la carrera de los carruajes, mudábase repentinamente la decoracion del Circo; la caza de fieras proporcionaba recreo mas vario y ostentoso, y la funcion paraba en una danza militar, que, segun la descripcion de Claudiano, venia á ser la imájen de un torneo moderno.

En aquellos juegos de Honorio, la pelea inhumana de los gladiadores manchó por última vez (55) el anfiteatro de Roma. Corresponde al primer emperador cristiano el timbre del primer edicto que condena el arte y el recreo de derramar sangre humana (56); mas esta ley afectuosa manifestaba los deseos del príncipe, sin zanjar un abuso inveterado que envilecia á una nacion civilizada bajo la esfera de los ínfimos salvajes. Cientos, y tal vez miles de víctimas se sacrificaban anualmente en las ciudades populosas del imperio; y el mes de diciembre, dedicado con especialidad á las refriegas de gladiadores, ofrecia aun á los Romanos un espectáculo halagüeño de sangre y de crueldad. En medio del júbilo jeneral por la victoria de Polencia, un poeta cristiano exhortaba al emperador á esterminar con su autoridad la costumbre horrorosa que por tanto tiempo habia contrastado los impulsos de la humanidad y de la relijion (57); pero las representaciones de Prudencio fueron menos eficaces que el arrojo gallardo de Telémaco, monje asiático, cuya muerte fué mas provechosa á los hombres que su vida (58). Airados los Romanos con el malogro de sus deleites, apedrearon de muerte al monje temerario que bajó á la misma arena para desviar á los gladiadores. Amainó luego el devaneo del pueblo; y acatando la memoria de Telémaco, merecedor de la palma del martirio, se sujetó mudamente á las leyes de Honorio, que abolian para siempre los sacrificios humanos del anfiteatro *(b)*. Los ciudadanos amantes de las costumbres de sus antepasados insinuaban tal vez que se conservaban algunas pavesas del ardor marcial en aquella escuela de fortaleza que avezaba á los Romanos á la vista de la sangre y al menospre-

cio de la muerte : vulgaridad cruel y desatinada, hidalgamente desmentida con el denuedo de la Grecia antigua y de la Europa moderna (59).

El peligro recien corrido por el emperador en el alcázar indefenso de Milan le estrechó á guarecerse en alguna fortaleza de Italia donde pudiera permanecer á su salvo, mientras diluviasen bárbaros por las campiñas. Sobre la costa del Adriático, á tres ó cuatro leguas de la boca mas meridional de las siete del Po, plantearon los Tesalios la colonia de Ravena (60), que cedieron luego á los naturales de Umbria. Augusto, hecho cargo de la proporcion del paraje, dispuso á una legua de la poblacion una bahía capaz de contener doscientos y cincuenta bajeles de guerra. Este arsenal, que abarcaba el astillero, los almacenes, las barracas de la tropa y las casillas de los operarios, se apellidó y orijinó del paradero permanente de la escuadra romana ; cuajóse luego el intermedio con edificios y moradores, y los tres barrios estensos y populosos de Ravena vinieron á formar una de las ciudades de mas entidad de Italia. La acequia principal de Augusto traia una corriente crecida de agua por medio de la ciudad hasta la entrada de la bahía ; internábase el mismo raudal por los fosos profundos que cercaban la muralla ; repartíase luego por miles de tajeas ó zanjas por toda la poblacion, dividiéndola en islillas ; su comunicacion se practicaba por puentes ó barquillas, y las casas de Ravena, al igual de las de Venecia, estaban fundadas todas sobre estacadas. Estaban las inmediaciones, por espacio de leguas, intransitables y empantanadas ; y la calzada ó carretera artificial se podia atajar ó demoler al asomo del enemigo. Salpicaban sin embargo islillas y aun viñedos los pantanos, y aunque estragaban el terreno con cuatro ú seis cosechas, abundaba la ciudad de vino mas que de agua fresca (61). El ambiente, en vez de empaparse en los hálitos enfermizos y pestilentes de los sitios hondos y cenagosos, era, como en los alrededores de Alejandría, en estremo puro y saludable ; y atribuíase este logro al flujo y á las oleadas del Adriático, que barrian los conductos con el vaiven del agua corriente, é introducian los bajeles de la cercanía hasta el corazon de Ravena. Con la retirada sucesiva del mar, queda ahora el pueblo á mas de una legua del Adriático ; y ya en el quinto ú sexto siglo de la era cristiana, el puerto de Augusto se aparecia trocado en verjeles placenteros, descollando un pinar solitario donde se anclaban allá las escuadras romanas (62). Esta misma novedad realzó la fortaleza del paraje, y lo somero del agua contrarestaba con sus bajíos las naves crecidas del enemigo. Realzó el arte con afan esta situacion aventajada ; y el emperador de Occidente, á los veinte años de edad, ansioso únicamente de su seguridad personal, se retiró al encierro perpetuo de las murallas y pantanos de Ravena. A imitacion de Honorio, hicieron otro tanto sus apocados sucesores, los reyes godos, y luego los exarcas, que se apropiaron el trono y el palacio de los emperadores ;

y hasta mediados del siglo octavo, conceptuóse Ravena como el solio del gobierno y la capital de Italia (63).

No carecian de fundamento las zozobras de Honorio, estuvo ni de mas su cautela. Al vitorear la Italia su rescate de los Godos, sobrevenia una tormenta pavorosa á las naciones de Jermania, arrolladas por el raudal irresistible que se fué comunicando desde el estremo oriental del continente de Asia. Hay que acudir á los anales chinos, interpretados ya por el afan de la época actual, para sacar á luz los móviles recónditos y lejanos del derribo del imperio romano. Poseian el dilatado territorio al norte de la gran muralla, ahuyentados ya los Hunos, los victoriosos Siempos, divididos á veces en tribus independientes, y á veces reunidos bajo un caudillo supremo, hasta que al fin apellidándose *Topas*, ó dueños de la tierra, se fueron aunando y luego consolidando en poderío formidable. Precisaron luego los Topas á las naciones pastoriles del desierto oriental á reconocer la superioridad de sus armas; invadieron la China en una época de flaqueza y de discordia intestina, y estos Tártaros venturosos, apropiándose las leyes y costumbres del pueblo vencido, fundaron una dinastía imperial (A. 400), que reinó cerca de ciento y sesenta años sobre las provincias septentrionales de la monarquía. Algunas jeneraciones antes de entronizarse en la China, uno de los príncipes topas habia alistado en su cabellería á un esclavo llamado Moko, famosísimo por su denuedo; mas temeroso de castigo, se arrojó á desertar y campear por los páramos, capitaneando un centenar de secuaces. La gavilla de salteadores y facinerosos fué creciendo y paró en campamento, tribu y pueblo crecido, diferenciado con el nombre de *Jeujen*; y los caudillos hereditarios, posteridad del esclavo Moko, se encumbraron á la jerarquía de monarcas escitas. La mocedad de Tulum, el prohombre de sus descendientes, batalló con cuantas desventuras suelen labrar á los héroes. Las hubo gallardamente con la adversidad, arrojó el yugo imperioso del Topa, y se encumbró á lejislador de su nacion y conquistador de la Tartaria. Fué dividiendo su tropa en porciones de á ciento y á mil hombres; apedreaba de muerte á los cobardes; galardon esclarecido coronaba á los valientes; y Tulun, harto instruido para menospreciar la sabiduría chinesca, se atuvo únicamente á las artes é institutos favorables á la índole militar de su gobierno. Sus tiendas asomaban por el estío en las márjenes abundosas del Selinga, trasladándolas al invierno á otra latitud mas meridional. Esplayóse con sus conquistas desde la Corea hasta mas alla del rio Irtich; venció, por el norte del mar Caspio, la nacion de los *Hunos*, y su nuevo dictado de Khan ó Cagan espresaba la nombradía y poderío que le acarreó aquella victoria memorable (64).

Cesa el eslabonamiento de los sucesos en el tránsito del Volga al Vístula, por el intermedio lóbrego que separa la jeografía china de la romana.

Pero la índole de los bárbaros y la esperiencia de emigraciones sucesivas demuestran que los Hunos, acosados por las armas de los Jeujenes, se alejaron atropelladamente de la presencia de vencedores insultantes. Sus tribus, mas ó menos enlazadas, se aposentaron hácia el Euxino; y su veloz huida, que fué luego un avance arrojado, debia naturalmente encaminarse hácia las llanuras fértiles que atraviesa el Vístula suavemente hácia el Báltico. No pudo menos el Norte de alterarse y aflijirse con la invasion de los Hunos *(c)*, y las naciones que se iban retirando á su asomo debieron abrumar con su descompasada mole los linderos de la Jermania (65). Los moradores de aquellas rejiones que los antiguos señalaron á los Suevos, Vándalos y Borgoñones tendrian que avenirse á ceder sus bosques y pantanos á los fujitivos de Sarmacia, ó á lo menos descargar su poblacion sobrante en las provincias del imperio romano (66). A los cuatro años de tomar el victorioso Tulun el dictado de khan de los Jeujenes, otro bárbaro, el altanero Rodogasto ú Rodagueso (67), se encaminó desde el estremo septentrional de Jermania casi hasta las puertas de Roma, y dejó lo restante de su hueste para completar el esterminio del Occidente. Vándalos, Suevos y Borgoñones constituian la pujanza de aquel ejército poderoso; pero los Alanos, que hallaron agasajo en su nueva morada, reforzaron con su caballería arrogante la infantería maciza de los Jermanos; y los aventureros godos se fueron tan atropelladamente agolpando á las banderas de Rodagueso, que lo apellidaron algunos historiadores rey de los Godos. Doce mil guerreros descollantes por su esclarecido nacimiento ó por sus notables hazañas resplandecian en la vanguardia (68); y la muchedumbre entera, que no bajaba de doscientos mil combatientes, ascendia, con mujeres, niños y esclavos, á cuatrocientos mil individuos. Disparóse esta emigracion pavorosa de la misma costa del Báltico que habia desembocado las millaradas de Cimbrios y Teutones para asaltar á Roma y á la Italia en la pujanza de la república. Tras la partida de estos bárbaros, su patria, señalada con rastros de su grandeza, como vallas dilatadas y ajigantados malecones (69), quedó por siglos solitaria y anchurosa; hasta que la especie humana se fué renovando con repetidas jeneraciones, y acudieron á llenar el espacio nuevos pobladores. Toda nacion que usurpa algun territorio sin acertar á cultivarlo tendrá luego por arrimo la potestad industriosa de los vecinos, si los gobiernos de Europa no se atraviesan con su demanda de propiedad y dominio.

Escaseaba tanto la correspondencia entre las naciones por aquel tiempo, que pudieron los revolucionarios del Norte trasponerse á la corte de Ravena, hasta que la cerrazon que se amontonaba por las costas del Báltico arrojó su tronadora furia sobre las orillas de la Jermania superior (A. 406). El emperador de Occidente, al participarle los ministros

la novedad de tan inminente peligro, le acibaraban sus recreos; mas luego se rehacia, quedándose por blanco sí, pero testigo meramente de la guerra (70). Pendia la salvacion de Roma de las disposiciones y de la espada de Estilicon; mas eran tan estremados los apuros y quebrantos del imperio, que imposibilitaban el reparo de los fuertes del Danubio y el contraresto denodado de la invasion jermana (71). Tuvo pues que ceñir sus esperanzas á la defensa de Italia, desamparando las provincias, agolpando las tropas y activando los alistamientos, exijidos con teson, y burlados apocadamente, y luego esmerándose en atajar ó atraer á los desertores, y ofreciendo libertad y dos piezas de oro á cada esclavo que quisiera tomar las armas (72). Echando así el resto de su conato, pudo apenas formar con los súbditos de tan grandioso imperio un ejército de treinta ó cuarenta mil hombres, que en el tiempo de Escipion ó de Camilo se planteara instantáneamente con los ciudadanos libres del territorio de Roma (73). Vinieron las treinta lejiones de Estilicon á reforzarse con un cuerpo crecido de auxiliares bárbaros, pues los leales Alanos se profesaban personalmente afectos á su servicio, y las tropas de Hunos y Godos que guerreaban en las banderas de sus principes naturales, Huldino y Saro, contrarestaban, á impulsos de su encono, la ambicion de Rodagueso. Atraviesa el rey de los Jermanos confederados sin tropiezo los Alpes, el Po y el Apenino, dejando por un lado el alcázar inaccesible de Honorio, encerrado á su salvo en los pantanos de Ravena, y por otro el ejército de Estilicon, que habia planteado sus reales en Ticino ú Pavía, evitando así toda refriega decisiva hasta que se le incorporasen las fuerzas lejanas. Va saqueando y asolando ciudades por Italia; y el sitio de Florencia (74) por Rodagueso es uno de los acontecimientos primitivos en la historia de aquella república afamada, cuyo teson contuvo y dilató el ímpetu de los bárbaros. Temblaron el senado y el pueblo á su llegada hasta sesenta leguas de Roma, y estaban congojosamente cotejando el riesgo que habian padecido con los nuevos peligros que les amagaban. Era Alarico cristiano y militar, como caudillo de una hueste disciplinada. Desconocia el bozal Rodagueso costumbres, relijion é idioma de las naciones civilizadas del Mediodía; embravecia una superstición horrenda su destemple nativo, y corria por innegable que se habia juramentado para reducir la ciudad á un monton de cenizas y escombros, y sacrificar los senadores romanos mas esclarecidos ante las aras de aquellos dioses que se aplacaban con sangre humana. El peligro jeneral, que debia mitigar todo encono doméstico, ostentó mas y mas el devaneo incurable de los bandos relijiosos. Acosados los devotos de Júpiter y de Mercurio, acataban al enemigo implacable de Roma como pagano de corazon, voceaban que estaban temiendo mas los sacrificios que las armas de Rodagueso, y se regalaban interiormente con los quebrantos de su pa-

tria, que condenaba la fe de sus antagonistas cristianos (75) *(d)*.

Hallábase Florencia en el último trance; pero sostenia su desmayado aliento con la autoridad de San Ambrosio, que les habia comunicado en sueños la promesa de un rescate inmediato (76). Otean de improviso desde las almenas las banderas de Estilicon, que se adelantaba con todas sus fuerzas al socorro de la ciudad leal, y que desde luego señaló el paraje destinado para cementerio de la hueste bárbara. Las contradicciones aparentes de cuantos escritores refieren con variedad la derrota de Rodagueso podrán desvanecerse sin violentar en gran manera sus respectivos testimonios. Hermanados Osorio y Agustin por intimidad y relijion, atribuyen tan milagrosa victoria á la providencia de Dios, y no á la valentía del hombre (77). Orillan desde luego todo asomo de casualidad y aun de sangre, y afirman terminantemente que los Romanos, regalados con toda abundancia y desahogo, se gozaban con las escaceses de los bárbaros espirantes por los riscos estériles de la serranía de Fésula que dominan la ciudad de Florencia. Su aserto desatinado de que no feneció un soldado del ejército cristiano puede descreerse con menosprecio; mas cuadran en lo restante sus relaciones con las circunstancias de la guerra y la índole de Estilicon. Hecho cargo de que estaba mandando el *postrer* ejército de la república, no se avenia su cordura á esponerlo en campo raso al ímpetu de los Jermanos. El sistema de acorralar al enemigo con líneas fuertísimas, practicado ya por él contra el rey godo, se repitió en mayor escala y con éxito mas cabal. Los guerreros mas legos de Roma estarian enterados de las líneas del César en Dirraquio, que eslabonaban hasta treinta y cuatro fuertes, con su foso y antemural de cinco leguas, y ofrecian la norma de un atrincheramiento que encajonaba y desabastecia la hueste mas crecida de los bárbaros (78). No bastardeaban tanto las tropas romanas en punto á injenio como en valor respecto de sus antepasados; y si el afan material repugnaba al engreimiento de la soldadesca, podia la Toscana aprontar largos miles de campesinos, que trabajarian, y quizás no querrian pelear por la salvacion de la patria. Fué el hambre mas y mas aniquilando á la encarcelada muchedumbre (79) de caballos y de jente, sin el filo de la espada; pero los Romanos, al ir planteando empresa tan dilatada, tenian que esponerse á las embestidas frecuentes de un enemigo tan mal sufrido. Solia la desesperacion estrellar á los hambrientos bárbaros contra los antemurales de Estilicon, y este condescendia á veces con el ardimiento de sus auxiliares valerosos, que le estrechaban encarecidamente para asaltar el campamento de los Jermanos. Estos choques acarrearian las reñidas y sangrientas refriegas que realzan las relaciones de Zósimo y las crónicas de Próspero y de Marcelino (80). Logróse introducir en el recinto de Florencia un socorro de jente y de abastos considerables, y luego cupo á la exhausta hueste de Ro-

dagueso el quedar sitiada. El monarca encumbrado de tanta nacion belicosa tuvo que confiarse al cumplimiento de una capitulacion y á la clemencia de su sitiador (81). Mas la ejecucion del cautivo rejio, afrentosamente degollado, desdoró el triunfo de Roma y de la cristiandad; y el breve plazo en ajusticiarle bastó para tiznar al vencedor con la tacha de una crueldad premeditada y empedernida (82). Los Jermanos hambrientos que se salvaron de la saña de los auxiliares se vendieron por esclavos al precio ínfimo de una pieza de oro por cabeza, mas la diferencia de sustento y clima arrebató crecido número de aquellos estranjeros desventurados; y se advirtió que los compradores, en vez de utilizar su trabajo, tuvieron que pagar el costo de su entierro. Participó Estilicon su triunfo al emperador y al senado, y mereció por segunda vez el dictado gloriosísimo de libertador de Italia (83).

La nombradía de la victoria, y señaladamente la del milagro, fomentó el infundado concepto que el ejército entero, ó sea la nacion de los Jermanos, emigrada del Báltico, habia lastimosamente fenecido bajo los muros de Florencia. Tal fué en realidad el paradero del mismo Rodagueso, de sus valerosos y fieles compañeros, y de mas del tercio de la varia muchedumbre de Suevos, Vándalos, Alanos y Borgoñones, secuaces de las banderas de su jeneral (84). Podria causarnos estrañeza la reunion de tamaña hueste; pero las causas de su separacion se hacen obvias y poderosas: la altivez del nacimiento, la arrogancia del denuedo, los celos del mando, el enfado de la subordinacion, y la lucha de opiniones, intereses y arrebatos entre tantos reyes y guerreros, ajenos de todo miramiento y obediencia. Derrotado Rodagueso, dos tercios de la hueste jermana, esto es, mas de cien mil hombres, permanecian armados entre los Alpes y el Apenino, ú entre aquellos y el Danubio. No consta que intentasen vengar la muerte de su jeneral; pero la cordura y entereza de Estilicon desviaron su desmandada saña, atajando su marcha y franqueándoles la retirada, por conceptuar la salvacion de Roma y de Italia el sumo objeto de sus desvelos, sacrificando así con harta indiferencia las riquezas y el sosiego de las provincias distantes (85). Los bárbaros, por medio de algunos desertores de Panonia, se enteraron del pais y de sus caminos; y la invasion de la Galia, ideada por Alarico, se ejecutó por los restos del grande ejército de Rodagueso (86).

Si contaban sin embargo con el auxilio de las tribus de Jermania, riberanas del Rin, frustráronse sus esperanzas, pues los Alemanes se mantuvieron en inaccion neutral, y los Francos descollaron con su afan y su denuedo en defensa del imperio. Estilicon, en su marcha veloz Rin abajo, que fué el primer paso de su administracion, se esmeró en afianzar la intimidad de los belicosos Francos, y alejar á los enemigos irreconciliables de la paz y de la república; y Marcomiro, uno de sus reyes, quedó

públicamente convencido, ante el tribunal del majistrado romano, de quebrantar la fe de los tratados. Sentenciósele á un destierro suave, pero lejano, en la provincia de Toscana; y esta degradacion de su jerarquía rejia estuvo tan lejos de enconar á los súbditos, que castigaron de muerte al alborotador Sunon, que trató de vengar al hermano, y siguieron tributando homenaje á sus príncipes entronizados á instancias de Estilicon (87). Alterado el lindero de la Galia y de la Jermania con las emigraciones septentrionales, se abalanzaron denodadamente los Francos á los Vándalos, quienes, trascordando los desengaños de la adversidad, habian de nuevo separado sus tropas de las banderas de los aliados bárbaros; mas padecieron la pena de su temeridad, pues fenecieron hasta veinte mil Vándalos con su rey Godijiselo en la batalla, y aun quedara esterminado el pueblo entero, á no adelantarse en su rescate los escuadrones alanos, hollando desaforadamente á la infantería de los Francos, que, tras una resistencia decorosa, tuvo que dejar la desigual contienda. Continuaron su marcha los confederados victoriosos; y en el último dia del año, estando probablemente helada la corriente del Rin, entraron sin contraste en las provincias indefensas de la Galia. Este tránsito memorable de Suevos, Vándalos, Alanos y Borgoñones, para no regresar jamás, puede conceptuarse como la ruina del imperio romano en los paises allende los Alpes; y la valla que deslindaba desde muy antiguo las naciones cultas y las bravías quedó desde aquel punto arrasada (88).

Afianzada la paz de Jermania con el afecto de los Francos y la neutralidad de los Alemanes, los súbditos de Roma, ajenos de sus quebrantos inminentes, estaban disfrutando el sumo sosiego y prosperidad que rara vez gozaron las fronteras de la Galia. Trashumaban los rebaños á las praderas de los bárbaros, y los cazadores se internaban sin zozobra ni peligro por las malezas mas recónditas de la selva Hercinia (89). Coronaban las orillas del Rin, al par de las del Tíber, quintas primorosas y cortijadas florecientes, y si bajaba un poeta por el rio, podia sin desliz equivocar la márjen romana (90). Yermóse repentinamente el florido verjel, y tan solo la perspectiva de escombros humeantes deslindaba las soledades naturales de los estragos del hombre. Fué sorprendida y asolada la ciudad floreciente de Metz, y largos millares de Cristianos quedaron asesinados en la iglesia. Feneció Worms, tras un sitio largo y porfiado. Acosó el yugo jermano á Estrasburgo, Espira, Reims, Amiens, Arras y Turnay, volando la llamarada asoladora de la guerra desde la orilla del Rin por la mayor parte de las diez y siete provincias de la Galia. El pais pingüe y dilatado que abarcan el Océano, los Alpes y el Pirineo, yació á merced de los bárbaros, quienes iban arrollando en tropel revuelto al obispo, al senador y á la doncella, cargados con los despojos de sus casas y altares (91). Los eclesiásticos, retratistas por mayor de tanta desventu-

ra, asidos á esta proporcion, andaban amonestando á los Cristianos para que se arrepintiesen de sus culpas acarreadoras de la justicia divina, desapropiándose de los bienes perecederos de un mundo desdichado y engañoso. Pero como la controversia pelajiana (92), que se empeña en sondear los abismos de la gracia y la predestinacion, vino á ser luego el afan del clero latino, la Providencia, que decretó, previó y consintió tamaños fracasos físicos y morales, se vió temerariamente sujeta al crisol escaso y mal seguro de la razon. Los yerros y quebrantos del pueblo atribulado se fueron osadamente parangonando con iguales ocurrencias de sus mayores; y zaherian hasta á la misma Justicia Divina, que no guarecia de aquel esterminio jeneral á la porcion desvalida, inocente y tierna del linaje humano. Estos disputadores descarriados desatendian las leyes invariables de la naturaleza, que hermanaron la paz con la inocencia, la abundancia con la industria, y la seguridad con el valor. La política medrosa y egoista de la corte de Ravena podia reconcentrar las lejiones palatinas para resguardo de Italia; no alcanzaban los restos de la tropa acantonada á tan arduo contraresto, y anteponian los bárbaros auxiliares el desenfreno en el saqueo á un estipendio constante y moderado. Pero hervian las provincias de la Galia de juventud lozana y briosa, que arrostrando la muerte en defensa de sus albergues, familias y altares, se hiciera acreedora á su triunfo. Como prácticos del terreno, les cumplia el atajar y hostilizar á los bárbaros, quienes, faltos de armas y de disciplina, no alcanzarian á avasallar un pais populoso y un ejército veterano, aunque menor en número. Al invadir Cárlos Quinto la Francia, se informó de un prisionero acerca de las *jornadas* que mediaban desde la raya hasta Paris: — « Doce tal vez, pero todas de batalla (93), » fué la gallarda contestacion del preguntado, ajando así la arrogancia del príncipe ambicioso. Diverso era el temple de los súbditos de Honorio y de los de Francisco I; y en menos de dos años, las tropas desparramadas de los montaraces del Báltico, cuyo número bien apurado resultaria despreciable, se adelantaron sin refriega hasta la falda del Pirineo (A. 407).

En la porcion primera del reinado de Honorio, los desvelos de Estilicon habian acertado á resguardar la isla lejana de Bretaña contra sus enemigos incesantes del Océano, de las montañas y de las costas de Irlanda (94); pero aquellos bárbaros inquietos no habian de malograr la coyuntura de la guerra goda, cuando los valladares y apostaderos de las provincias quedaban descubiertos. Si tal cual lejionario lograba volver de la espedicion de Italia, la noticia individual de la corte y de la índole de Honorio propendian á relajar la subordinacion y enconar el destemple sedicioso del ejército británico. Pero el afan de revueltas, perturbador del siglo de Galieno, retoñó ahora con el desafuero de la soldadesca; y los infelices, ó tal vez ambiciosos candidatos, en quienes recaia la eleccion,

solian ser los instrumentos y al fin las víctimas de sus pasiones (95). Marco fué el primer entronizado, como emperador de Bretaña y de Occidente; hollaron, matándolo atropelladamente, el juramento de fidelidad que ellos mismos se habian impuesto, y el desafecto á sus modales sirve al parecer de realce y de epitafio honorífico para su sepulcro. Graciano fué el segundo condecorado con la púrpura y la diadema; pero á los ocho meses le cupo la suerte de su antecesor. La memoria del gran Constantino que las lejiones de Bretaña ofrecieron al imperio y á la iglesia fué la causa estraña de su eleccion tercera, pues asomó entre las filas un soldado raso llamado Constantino; y habíalo ya entronizado su antojo, cuando palparon su incapacidad para el desempeño de tan sumo cargo bajo aquel glorioso apellido (96); fué sin embargo menos volandera su autoridad y mas venturoso su gobierno que los reinados de relámpago de Marco y de Graciano; y el peligro de tener ociosas sus tropas en aquellos campamentos, hasta dos veces manchados con sangre sediciosa, le estrechó para intentar la reduccion de las provincias occidentales. Desembarca en Boloña con escasas fuerzas, y descansando algunos dias, intima á las ciudades de Galia libres del yugo de los bárbaros que lo reconociesen por su lejítimo soberano. Obedécenle sin reparo, pues desatendidas por la corte de Ravena, su desamparo las franqueaba de toda obligacion, su desdicha presente las alentaba para avenirse á cualesquiera mudanzas, sin zozobra y quizás con algun asomo de esperanza; lisonjeándose de que la tropa, el nombre y la autoridad de un emperador romano residente en la Galia escudaria el desventurado pais de la saña de los bárbaros. Los primeros logros de Constantino contra las porciones sueltas de Jermanos se abultaron por la adulacion á fuer de victorias brillantes y decisivas, que la reunion y la insolencia del enemigo redujeron luego á su justo valor. Ajenciaron sus negociaciones una tregua fútil é insubsistente; y si algunas tribus de bárbaros se allanaron con agasajos y promesas á emprender la defensa del Rin, estos tratados mal seguros y costosos, en vez de robustecer como en lo antiguo la raya de la Galia, solo condujeron para desdorar la majestad del príncipe, y apurar hasta sus postreros quilates el erario de la república. Engreido sin embargo con este triunfo soñado, el supuesto libertador de la Galia se internó hasta las provincias del mediodía para estrellarse con un peligro mas urjente y personal. Mandóse al Godo Saro rendir la cabeza del rebelde á las plantas del emperador Honorio, y consumiéronse indignamente las fuerzas de Italia y de Bretaña en esta contienda doméstica. Tras la pérdida de sus dos jenerales mas valerosos, Justiano y Nevigastes, el primero en el campo de batalla, y el otro en un avistamiento pacífico y alevoso, fortificóse Constantino en el recinto de Viena. Atacóse infructuosamente por siete dias, y el ejército imperial, al retirarse atropelladamente, pasó por la afrenta

de afianzar su tránsito de los Alpes, comprándolo á los forajidos y bandoleros que los infestaban (97). Deslindaban ya aquellas cumbres el dominio de dos monarcas competidores, guardando sus mutuas fortificaciones la tropa que se empleara mas provechosamente en alejar de los linderos romanos á los bárbaros de la Jermania y de la Escitia.

Por la parte del Pirineo pudiera justificarse la ambicion de Constantino con la inmediacion al peligro, mas arraigóse su trono luego con la conquista, ó mas bien sumision de la España, que se avino al predominio de una subordinacion arreglada y natural, y recibió leyes y majistrados de una prefectura gala. El contraste único que halló Constantino vino á orijinarse, no tanto de la pujanza del gobierno ú de los ánimos del pueblo, como del afan é interés privado de la familia de Teodosio. Cuatro hermanos (98), con el favor de su pariente el emperador difunto, habian merecido una jerarquía honorífica y heredades grandiosas en su propio pais; estos mozos agradecidos se empeñaron en dedicar sus facultades al servicio del hijo. Inhábiles para mantenerse acaudillando las tropas apostadas en Lusitania, se retiraron á sus estados, donde levantaron y armaron á sus espensas un cuerpo de esclavos y dependientes, y marcharon denodadamente á aposentarse en los puntos fortificados del Pirineo. La insurreccion doméstica sobresaltó y atribuló al soberano de Galia y Bretaña, quien tuvo que negociar con algunas tropas de bárbaros auxiliares para el empeño de la guerra en España. Apellidábanse *Honorios* (99), nombre que debia estimularlos á la lealtad con su lejítimo soberano; y aun cuando viniésemos á confesar que los *Escoceses* tal vez adoleciesen de parcialidad con un príncipe breton, los *Moros* y los *Marcomanos* podian solo cohecharse con las profusas dádivas del usurpador, que iba repartiendo entre los bárbaros los honores militares y aun civiles de España. Los nueve tercios de *Honorios* que se rastrean en el establecimiento del imperio occidental no escederian del número de cinco mil hombres; y con todo, esta escasa fuerza bastó para zanjar una guerra que amagó al poderío y conservacion de Constantino. El ejército cerril de la familia Teodosia quedó acorralado y destruido en el Pirineo: dos de los hermanos lograron la dicha de salvarse por mar en Italia y en el Oriente, y los otros dos, tras un intermedio de suspension, fueron ajusticiados en Arles; y si Honorio se desentendia de la desventura pública, debia condolerse de los padecimientos personales de sus jenerosos deudos. Tan endebles eran las fuerzas que decidieron la posesion de las provincias occidentales de Europa, desde la valla de Antonino hasta las columnas de Hércules. Disminuimos ciertamente los sucesos de la paz y de la guerra con la estrechez de los historiadores contemporaneos, que desconocian así las causas como los resultados de las revoluciones mas grandiosas; pero la decadencia suma de la fuerza nacional tenia aniquilado

hasta el último recurso de un gobierno despótico ; y los recursos de las provincias exhaustas no sufragaban para comprar el servicio militar de un pueblo descontento y acobardado (A. 408).

El poeta cuya lisonja atribuye á las águilas romanas las victorias de Polencia y de Verona va siguiendo la retirada despavorida de Alarico, desde el confin de Italia, con catervas horrorosas de estantiguas soñadas, cuales podian acosar á una hueste de bárbaros casi esterminada con el hambre, la guerra y las dolencias (100). En el discurso de esta espedicion malograda, sumos serian los quebrantos del rey godo ; y sus tropas acosadas necesitarian descanso dilatado para reclutarse y robustecerse de cuerpo y alma. Habia la adversidad ejercitado y engrandecido el númen de Alarico, y la fama de su valentía era la convocadora de los guerreros bárbaros para la bandera goda, y desde el Euxino al Rin iba la oleada agolpando soldados y forajidos. Mereció Alarico concepto y luego entabló intimidad con el mismo Estilicon. Despidiéndose del emperador de Oriente, concluyó Alarico un tratado de paz y de alianza, por el cual se le declaraba maestre jeneral de los ejércitos romanos, por toda la prefectura del Ilírico, cual se deslindaba por el ministro de Honorio, segun sus límites antiguos y positivos (101). La ejecucion del intento ambicioso, que estaba pactado ú sobreentendido en los artículos del tratado, se suspendió al parecer con la irrupcion aterradora de Rodagueso ; y la neutralidad del rey godo puede quizás compararse con la indiferencia del César, quien se desentendió, en la conjuracion de Catilina, de toda asistencia y oposicion al enemigo de la república. Derrotados los Vándalos, persistió Estilicon de nuevo en su demanda de las provincias de Oriente ; nombró majistrados civiles para la administracion de la justicia y de la hacienda, y manifestó su anhelo de acaudillar hasta las puertas de Constantinopla las fuerzas unidas de Romanos y Godos. Sin embargo la cordura de Estilicon, su repugnancia á la guerra civil y su cabal conocimiento de la flaqueza del estado, corroboran el concepto de que el blanco de su política se cifraba mas bien en la paz interior que en conquistas estrañas ; su ahinco principal se encaminaba á dirijir las fuerzas de Alarico á larga distancia de Italia. No se podia trasponer el intento á la perspicacia del Godo, quien seguia correspondiéndose ambigua y quizás alevosamente con las opuestas cortes, é iba dando largas, como sirviente malpagado, á sus pausadas operaciones en Tesalia y Epiro, y requirió luego el premio estravagante de sus aéreos servicios. Desde sus reales junto á Emona (102), sobre el confin de Italia, remitió al emperador de Occidente un memorial estenso de sus promesas, gastos y demandas ; requeria satisfaccion inmediata, y apuntaba á las claras las resultas de la negativa ; pero aunque su conducta era hostil, era su lenguaje decoroso y atento. Se profesaba humildemente amigo de

Estilicon y soldado de Honorio; ofrecia su persona y sus tropas para marchar contra el usurpador de la Galia sin demora, y anhelaba, para retiro permanente de la nacion goda, la posesion de alguna provincia vacante del imperio occidental.

Las relaciones políticas y reservadas de dos estadistas empeñados en engañarse uno á otro y al mundo entero hubieran quedado para siempre ocultas en las lobregueces del gabinete, si las actas de una asamblea popular no hubiesen arrojado alguna luz sobre la correspondencia de Alarico y Estilicon. La precision de idear algun arrimo artificial para un gobierno, que, ajeno de moderacion y solo por flaqueza, tenia que negociar con sus propios súbditos, habia ido resucitando imperceptiblemente la autoridad del senado romano; y el ministro de Honorio consultó respetuosamente con el consejo lejislativo de la república. Junta Estilicon el senado en el palacio de los Césares; representa en razonamiento estudiado el sesgo actual de los negocios; manifiesta las peticiones del rey godo, y patentiza á su consideracion el partido de la paz y de la guerra. El senado, cual si dispertase de un sueño de cuatro siglos, manifiesta repentinamente en aquel trance mas bien el denuedo que la cordura de sus antepasados; prorumpe á voces y con alborotadas aclamaciones que desdecia de la majestad de Roma el comprar una tregua insubsistente y deshonrosa con un rey bárbaro, y que, en el concepto de un pueblo magnánimo, el peligro del fracaso era siempre muy preferible á la certeza de la afrenta. El ministro, cuyos intentos pacíficos solamente lograban el arrimo de un corto número de votos venales y serviles, intentó aplacar la fermentacion jeneral con una apolojía de su propia conducta y aun de las demandas del príncipe godo. « El pago de un subsidio que tanto airaba á los Romanos no debia (así se espresaba Estilicon) conceptuarse bajo el viso odioso de un tributo ó rescate estrujado con las amenazas de un enemigo bárbaro. Habia Alarico esforzado lealmente las pretensiones tan fundadas de la república á las provincias usurpadas por los Griegos de Constantinopla; estaba suplicando comedidamente el galardon competente y pactado de sus servicios; y si habia suspendido la ejecucion de su empresa, era retrocediendo, en virtud de su atenta obediencia a las cartas particulares, pero terminantes, del mismo emperador. Estas disposiciones contradictorias (hablaba sin rebozo de los yerros de su propia familia) se habian ajenciado por la intervencion de Serena. El cariño entrañable de su esposa padecia en estremo con la desavenencia de los hermanos rejios, hijos de un padre adoptivo, y los impulsos naturales se habian sobrepuesto con sobrada facilidad á los dictámenes justicieros del bienestar jeneral. » Estas razones patentes, donde asoman á oscuras los amaños del palacio de Constantinopla, se corroboraban con la autoridad de Estilicon, y merecieron, tras reñida contienda, la aprobacion

violenta del senado. Amainó el acaloramiento del pundonor y de la libertad, y se otorgó la suma de cuatro mil libras de oro, por via de subsidio, para afianzar la paz de Italia y granjear la amistad del rey godo. Solo Lampadio, uno de los miembros mas esclarecidos de la junta, persistió en su desvio, prorumpiendo á gritos: « Este no es tratado de paz, sino de servidumbre (103); » y evitó el peligro de oposicion tan denodada tomando inmediatamente sagrado en una iglesia cristiana.

Mas agonizaba ya la prepotencia de Estilicon, quien no podia menos de advertir los asomos de su ruina. Celebróse el arrojo gallardo de Lampadio; y el senado, tan sufrida y largamente rendido á su servidumbre, menospreció altivamente la oferta de aquella odiosa ys oñada independencia (A. 408, mayo). Las tropas, que todavía llevaban el nombre y las prerogativas de lejiones romanas, se destemplaban con la inclinacion parcial de Estilicon á los bárbaros; y el pueblo achacaba á la política aciaga del ministro las desventuras públicas que dimanaban de su propia bastardía. Podia sin embargo Estilicon seguir arrostrando los gritos del pueblo y aun de la soldadesca, si conservara su privanza en el ánimo endeble del ahijado; mas su respeto afectuoso habia parado ya en zozobra, recelo y odio. El artero Olimpio (104), encubridor de sus vicios bajo el embozo de relijiosidad cristiana, habia reservadamente socavado al bienhechor á cuya fineza debia su alto empleo palaciego. Patentizó al candoroso emperador, que ya habia llegado á los veinte y cinco años, su desvalimiento en su propio gobierno, y fué mañosamente alarmando su temple medroso y poltron, retratándole al vivo los intentos de Estilicon, que andaba fraguando la muerte de su soberano con el afan ambicioso de ceñir la diadema en las sienes de su hijo Euquerio. Incitó el nuevo privado al emperador á que se entonase con rejia independencia; y advirtió atónito el ministro que se estaban interiormente ideando resoluciones en la corte y en el consejo, opuestas á su ánimo y á sus intereses. Manifestó Honorio que, en vez de residir en el palacio de Roma, era su voluntad el volverse á su segura fortaleza de Ravena, y al primer aviso del fallecimiento de su hermano Arcadio, dispuso pasar á Constantinopla, para arreglar con la autoridad de ayo las provincias del niño Teodosio (105). Hecho cargo de los tropiezos y desembolsos de espedicion tan lejana, amainó aquel estraño arrebato: mas el intento arriesgado de mostrar el emperador al campamento de Pavía, compuesto de tropas romanas, enemigas de Estilicon, y de sus auxiliares bárbaros, quedó fijo é inalterable. Estrechó al ministro su confidente Justiniano, letrado agudo de Roma, para que contrarestase una salida tan perniciosa para su concepto y seguridad; pero sus conatos eficaces é infructuosos realzaron el triunfo de Olimpio, y el cuerdo lejista se desvió de la caida inminente de su padrino.

En el tránsito del emperador por Bolonia, Estilicon movió reservadamente y aplacó un alboroto de la guardia, y manifestó su encargo de diezmar á los culpados, apropiándose la recomendacion de su indulto. Tras esta conmocion, abrazó Honorio por despedida al ministro, que conceptuaba ya un tirano, y siguió su rumbo á los reales de Pavía, donde fué lealmente vitoreado por su tropa, reunida allí para la guerra de la Galia (A. 408, agosto 23). A la madrugada del cuarto dia, pronunció una oracion como se le habia enseñado, en presencia de la soldadesca, la que Olimpio, con visitas amistosas y hablas estudiadas, tenia ya dispuesta para ejecutar una conspiracion malvada y sangrienta. Matan á la primera señal á los íntimos de Estilicon, esto es, á los oficiales mas esclarecidos del imperio, á dos prefectos pretorianos de la Galia y de Italia, á entrambos maestres jenerales de caballería y de infantería, al maestre de los oficios, al cuestor, al tesorero y al conde de los domésticos. Sacrifícanse muchas vidas, saquéanse muchas casas, embravécese mas y mas la saña hasta el anochecer, y trémulo el emperador, asoma por las calles de Pavía sin manto ni diadema, cede á las instancias de su privado, condena la memoria de los muertos, y aprueba solemnemente la inocencia y lealtad de sus asesinos. Sabida la matanza de Pavía, acongójase fundada y mortalmente Estilicon; junta en el campamento de Bolonia un consejo de los caudillos confederados, sus afectos y sus compañeros en el inminente esterminio. Dispárase á una voz el congreso en gritos de armas y venganza y de marchar sin demora bajo las banderas de un héroe que tantas veces los encaminó á la victoria, de sorprender, acosar y esterminar al malvado Olimpio y á los bastardos Romanos, y enlazar la diadema en la sien de su atropellado jeneral. Titubea Estilicon, en vez de ejecutar el acuerdo acertado, y se pierde sin recurso. Ignora la suerte del emperador, desconfia de la lealtad de su propio partido, y le horrorizan las resultas de armar aquella caterva de bárbaros desenfrenados contra los soldados y el pueblo de Italia. Coléricos los confederados con demora tan medrosa y vacilante, se retiran atropelladamente con zozobra y desabrimiento. A deshora el Godo Saro, descollante entre los mismos bárbaros por tan valeroso como forzudo, asalta repentinamente el campamento de su bienhechor, saquea su bagaje, destroza á los leales Hunos que escudaban su persona, y se interna hasta la misma tienda, donde el ministro pensativo y desvelado estaba cavilando sobre el peligro de su situacion. Salvóse trabajosamente Estilicon de las espadas godas, y despues de amonestar á voz de pregon á las ciudades de Italia para que cierren las puertas á los bárbaros, su confianza ó su desesperacion le arrebató á Ravena, que estaba ya absolutamente en manos de sus enemigos. Olimpio, alzado ya con todo el señorío de Honorio, quedó luego informado de que su competidor, en ade-

man de suplicante, se habia acojido al sagrado de una iglesia cristiana. No cabian impulsos de lástima ó de remordimiento en el temple ruin é inhumano del hipócrita; mas aparentó mas bien eludir que violar el privilejio del santuario. Presentóse el conde Heraclio al amanecer con tropa ante el atrio de la iglesia de Ravena. Se dió el obispo por satisfecho con el solemne juramento de que el decreto imperial tan solo les mandaba afianzar la persona de Estilicon; mas apenas lograron sacar al desventurado ministro del umbral sagrado, manifestaron la órden de ajusticiarlo inmediatamente. Sobrellevó con resignacion sosegada Estilicon los dictados afrentosos de traidor y parricida, enfrenó el ímpetu intempestivo de sus secuaces, que iban á intentar un rescate imposible, y con teson digno del último jeneral romano doblegó su cerviz á la cuchilla de Heraclio (106).

La vil caterva palaciega que habia estado idolatrando á Estilicon en su auje aparentó engreirse con su ruina, y el parentesco mas remoto con el maestre jeneral de Occidente, que antes era móvil de riquezas y de honores, se desmentia con teson y se castigaba con improperio. Su familia, entroncada con triple enlace con la de Teodosio, tenia que envidiar la suerte del ínfimo campesino. Atajaron al hijo Euquerio en su escape, y la muerte de aquel mozo inocente sobrevino tras el divorcio de Termancia, que ocupaba el lugar de su hermana María, habiendo quedado entrambas vírjenes en el lecho imperial (107). Los amigos de Estilicon, salvados de la matanza de Pavía, acosados por la venganza implacable de Olimpio, padecieron crueldades estremadas para arrancarles la confesion de una conspiracion sacrílega y alevosa. Enmudecieron hasta morir; su teson acreditó el discernimiento (108) y acabaló quizás la inocencia de su patron; y el despotismo que dispuso de su vida sin probanza y tiznó igualmente su memoria no alcanza á tiranizar el voto imparcial de la posteridad (109). Grandes y patentes aparecen los servicios de Estilicon; y sus delitos, apuntados á bulto por el odio y la lisonja, aparecen á lo menos enmarañados é inverosímiles. Pregonóse, á los cuatro meses de su muerte, un edicto de Honorio, para restablecer la comunicacion espedita entre ambos imperios, interrumpida largamente por el *enemigo público* (110). El ministro, cuya nombradía y haberes estribaban en la prosperidad del imperio, fué tachado de vender la Italia á los bárbaros á quien repetidamente fué venciendo en Polencia, en Verona y á las puertas de Florencia. Su soñado intento de coronar á su hijo Euquerio no cabia plantearse sin cómplices y preparativos, y seguramente no dejara, hasta la edad de veinte años, en el humilde escalon de tribuno de los notarios al emperador venidero. Zahirió la maldad de su competidor la relijiosidad de Estilicon. Celebró devota y esclarecidamente el clero aquel rescate oportuno y casi milagroso, afirmando que el restableci-

miento de los ídolos y la persecucion de la iglesia iban á ser los primeros pasos del reinado de Euquerio. Habíase sin embargo educado el hijo de Estilicon en el regazo del cristianismo, constantemente profesado y eficazmente sostenido por el padre (111) (*e*). Habia desprendido Serena su collar peregrino de la estatua de Vesta (112); y los paganos abominaban de la memoria del ministro sacrílego, por cuya disposicion se habian arrojado al fuego los libros Sibilinos, oráculos de Roma (113). La culpa toda de Estilicon se cifraba en su engreimiento y poderío; su repugnancia honorífica á derramar la sangre de sus conciudadanos parece que proporcionó la ventaja á su indigno competidor; y el sumo menosprecio que cupo á la persona de Honorio es el que la posteridad no le haya afeado su ruin desagradecimiento al ayo de su mocedad y á la columna de su imperio.

Entre la comitiva de allegados, cuya riqueza y cargos descollaron en su tiempo, nos *mueve* á curiosidad el decantado nombre del poeta Claudiano, que disfrutó la privanza de Estilicon y se hundió en la ruina de su Mecenas. Los cargos de tribuno y notario le constituian palaciego; debió á la mediacion poderosa de Serena su enlace con una heredera riquísima del Africa (114); y la estatua de Claudiano, alzada en el foro de Trajano, fué un monumento del gusto y la liberalidad del senado romano (115). Cuando ya ofendian y acriminaban las alabanzas de Estilicon, quedó Claudiano por blanco á los tiros de un palaciego poderoso é insensible, á quien tenian ofendido sus travesuras y agudezas. Habia comparado en un epigrama agudo las índoles opuestas de dos prefectos pretorianos de Italia; coteja encontradamente el sosiego candoroso de un filósofo que estudia á ratos, y á ratos se adormece en medio de los quehaceres, con el azoramiento interesado de un ministro apurador, incansable tras la ganancia injusta y sacrílega. «¡Qué ventura,» sigue Claudiano, «qué ventura vendria á ser para el pueblo de Italia que Malio velase á toda hora, y el que Adriano estuviese siempre durmiendo!» (116) No se alteró el sosiego de Malio con la suave y amistosa advertencia; pero el desvelo feroz de Adriano estuvo acechando el trance de la venganza, y logró sin empeño el sacrificio de un poeta indefenso. Ocultóse sin embargo el perseguido en el tumulto de la revolucion; y con mas estudio que pundonor, dedicó, en forma de epístola, una palinodía rendida y suplicante por via de desagravio al prefecto. Llora amargamente la torpeza aciaga á donde le habian llevado su arrebato y desvarío, ofrece á su contrario los ejemplares grandiosos de la clemencia de los dioses, héroes y aun leones, y vive esperanzado de que la magnanimidad de Adriano se desentenderá de hollar á un enemigo indefenso y despreciable, harto atropellado ya con sus desventuras y escaseces, y entrañablemente lastimado con el destierro, los tormentos y la muerte de sus

intimos amigos (117). Cualquiera que fuese el éxito de sus ruegos y los accidentes de su vida venidera, allá en pocos años yacieron igualmente en la huesa el ministro y el poeta; mas el nombre de Adriano está ya casi sumido en el olvido, mientras Claudiano se está leyendo con deleite en cuantos paises conservan ó entienden el idioma latino. Al contrapesar sus prendas y sus lunares, nos harémos cargo de que Claudiano carece de perfeccion. No asoma en él ningun paso realmente sublime y afectuoso, ni verso que se interne en el interior y nos encumbre la fantasía. Ni hallarémos en él invencion peregrina ó manejo injenioso de fábula interesante, ni tampoco imitacion atinada y traviesa de la vida social. Atenido á su Mecenas, anduvo publicando panejíricos ó invectivas mas ó menos oportunas; y el intento de estas composiciones serviles arrebataba su propension á propasarse á la verdad y á la naturaleza. En medio de tales tachas sobresalen hermosuras poéticas, pues acertaba á realzar lo ínfimo, engalanar lo estéril, y variar lo mas semejante; sus matices, con especialidad en la poesía descriptiva, son halagüeños y esplendorosos, y siempre está mostrando, y quizás con demasía, las prendas de un entendimiento culto, una fantasía abundante, una espresion flúida, y á veces enérjica, y un raudal incesante de versificacion armoniosa. A estos realces, propios de todo tiempo y lugar, hay que añadir la escelencia peculiar de Claudiano en sobreponerse á la contrariedad de sus circunstancias en el nacimiento. Depravadas las artes y ruinoso el imperio, un Ejipcio (118), educado por un Griego, llegó en su madurez á familiarizarse y aun señorearse en la lengua latina (119); se encumbró sobre todos sus contemporaneos desmayados, y se colocó, tras un intermedio de trescientos años, entre los poetas de la antigua Roma (120).

NOTAS

correspondientes al capítulo trijésimo.

(1) La revuelta de los Godos y el bloqueo de Constantinopla están mencionados de distinto modo por Claudiano (en Rufin., l. II, 7-100, Zósimo (l. V, p. 292), y Jornandes (de Rebus Geticis, c. 29).

(2) —Alii per terga ferocis
Danubii solidata ruunt; expertaque remis
Fragunt stagna rotis.

Claudiano y Ovidio suelen entretener su fantasía con las metáforas y propiedades del agua *líquida* y el hielo *sólido*. Mucho injenio falso se ha ocupado en tan fácil ejercicio (*).

(3) Jerónimo, tom. I, p. 26. Procura consolar á su amigo Heliódoro, obispo de Altino, de la pérdida de su sobrino Nepociano, por medio de de una curiosa recapitulacion de todas las desgracias públicas y privadas de los tiempos. Véase Tillemont, Mem. Eccles., tom. XII, p. 200, etc.

(4) *Baltha ó atrevido*: origo mirifica, dice Jornandes (c. 29). Esta raza ilustre continuó por mucho tiempo floreciendo en Francia en la provincia goda de Septimania, ó Langüedoque, bajo el nombre corrompido de *Baux*: y despues se estableció una rama de aquella familia en el reino de Nápoles (Grocio in Prolegom. ad Hist. Gothic, p. 53). Los señores de Baux, cerca de Arles, y de las setenta y nueve plazas subordinadas fueron independientes de los condes de Provenza (Longuerue, Description de la France, tom. I, p. 357).

(5) Zósimo (l. V, p. 293-295) es nuestro mejor guia para la conquista de Grecia: pero las indicaciones y la alusion de Claudiano son otros tantos rayos de luz histórica.

(6) Compárense Herodoto (l. VII, c. 176) y Livio (XXXVI, 15). La estrecha entrada de Grecia fué probablemente ensanchada por cada invasor sucesivo.

(7) Pasó, dice Eunapio (en Vit. Philosoph., p. 93, edit. Commelin, 1596), por los estrechos, διὰ τῶν πύλων (de Termópilas) παρῆλθεν, ὥσπερ διὰ σταδίου καὶ ἱπποκρότου πεδίου παρέχων.

(8) En conformidad con Jerónimo y Claudiano (en Rufin., l. II, 191), he mezclado algunos colores mas oscuros en la suave representacion de Zósimo, que deseaba mitigar las calamidades de Aténas.

Nec fera Cecropias traxissent vincula matres.

Sinesio (Epist. CLVI, p. 272, edit. Petav.) observa que Aténas, cuyos padecimientos imputa á la avaricia del procónsul, era á la sazon menos famosa por sus escuelas de filosofía que por su comercio de miel.

(*) Dejé de observar, vol. I, que si Gibbon piensa que el Rin y el Danubio nunca están helados en los tiempos modernos, de manera que sean transitables sobre su hielo, se equivoca; aunque probablemente no hay ejemplo de ejércitos numerosos que hayan pasado de tal modo ninguno de los dos rios. — M.

(9) — Vallata mari Scironia rupes,
Et duo continuo connectens æquora muro
Isthmos.—
Claudiano de Bell. Getico, 188.

Las rocas de Esciro son descritas por Pausanias (l. I, c. 44, p. 107, edic. Kuhn) y por nuestros viajeros modernos, Wheeler (p. 436, Chandler (p. 298). Adriano hizo el camino transitable para dos carruajes.

(10) Claudiano (en Rufin., l. II, 186, y de Bello Getico, 611, etc.) delinea de un modo vago, aunque fuerte, la escena de rapiña y destruccion.

(11) Τρὶς μάκαρες Δαναοὶ καὶ τετράκις, etc. Estos jenerosos renglones de Homero (Odis, l. V, 306) fueron trascritos por uno de los jóvenes cautivos de Corinto; y las lágrimas de Mumio pueden probar que el fiero conquistador, aunque ignoraba el valor de una pintura orijinal, poseia el mas puro oríjen del buen gusto, un buen corazon (Plutarch. Symposiac., l. IX, tom. II, p. 737, edic. Wechel).

(12) Homero describe perpetuamente la paciencia ejemplar de aquellas cautivas que entregaban sus gracias, y aun sus corazones, á los asesinos de sus padres, hermanos, etc. Semejante pasion (de Erífiles para con Aquíles) es manejada con admirable delicadeza por Racine.

(13) Plutarco (en Pirro, tom. II, p. 471, edit. Brian) da la respuesta jenuina en el dialecto lacónico. Pirro atacó á Esparta con 25,000 infantes, 200 caballos y 24 elefantes: y la defensa de aquella ciudad abierta es un hermoso monumento de las leyes de Licurgo, aun en el último período de la decadencia.

(14) Tal, quizás, cual Homero (Ilíad. XX, 164) lo habia pintado tan noblemente.

(15) Eunapio (en Vit. Philosop., p. 90-93) insinúa que una cuadrilla de monjes vendió la Grecia y siguió el campo de los Godos (*).

(16) En cuanto á la guerra griega de Estilicon, compárese la sencilla narracion de Zósimo (l. V, p. 295, 296) con la curiosa adulacion circunstancial de Claudiano (I Cons. Stilich, l. 172-186, IV Cons. Hon., 459-487). Como el suceso no fué glorioso, se ha oscurecido mañosamente.

(17) Las tropas que marcharon por Elis depusieron las armas. Esta

(*) La espresion es curiosa. Τοιαύτας αὐτῷ τὰς πύλας ἀπέδειξε τῆς Ἑλλάδος, ἥτε τῶν τὰ φαιὰ ἱμάτια ἐχόντων, ἀκωλύτως προσπαρεισελθόντων, ἀσέβεια. Vit. Max., t. I, p. 53, edit. Boissonade.—M.

seguridad enriqueció á los Eleos, que eran amantes de la vida agreste. Las riquezas enjendraron el orgullo: despreciaron su privilejio, y padecieron las resultas. Polibio les aconseja que vuelvan á acojerse á su círculo májico. Véase un discurso erudito y juicioso acerca de los juegos olímpicos, que Mr. West ha publicado en su traduccion de Píndaro.

(18) Claudiano (en IV, Cons. Hon. 480) alude al hecho sin nombrar el rio: quizás el Alfeo (I Cons. Stil., l. I, 185).

—Et Alpheus Geticis angustus acervis
Tardior ad Siculos etiamnum pergit amores.

Sin embargo yo preferiria el Peneo, somero arroyo en una madre ancha y profunda, que corre por Elis y desagua en el mar mas abajo de Silena. Se habia reunido al Alfeo para limpiar la caballería de Aujeo (Celario, tom. I, p. 760; Chandler's Travels, p. 286).

(19) Estrabon, l. VIII, p. 517; Plin., Hist. Natur., IV, 3; Wheeler, p. 308.; Chandler, p. 275, midieron, desde puntos diferentes, la distancia entre ambas tierras.

(20) Sinesio pasó tres años (A. D. 397-400) en Constantinopla, como diputado de Cirene al emperador Arcadio. Le regaló una corona de oro, y pronunció delante de él la oracion instructiva de Regno (p. 1-32, edic. Petav., Paris, 1612). El filósofo fué nombrado obispo de Tolemaida, A. D. 410, y murió por los años de 430. Véase Tillemont, Mém. Eccles., tom. XII, p. 499, 554, 683-685.

(21) Sinesio, de Regno, p. 21-26.

(22) —qui fœdera rumpit
Ditatur: qui servat, eget: vastator Achivæ
Gentis, et Epirum nuper populatus inultam,
Præsidet Illirico: jam, quos obsedit, amicos
Ingreditur muros; illis responsa daturus,
Quorum conjugibus potitur, natosque peremit.

Claudiano en Eutrop., l. II, 212. Alarico aplaude su propia política (de Bell. Getic., 533-543), en el uso que habia hecho de su jurisdiccion en Iliria.

(23) Jornandes, c. 29, p. 651. El historiador godo añade, con no poco brio, Cum suis deliberans suasit suo labore quærere regna, quam alienis per otium subjacere.

(24) —Discors odiisque civilibus Orbis

Non sua vis tutata diu, dum fœdera fallax
Ludit, et alternæ perjuria venditat aulæ.

Claudian de Bell. Get. 565.

(25) Alpibus Italiæ ruptis penetrabis ad *Urbem*

Esta prediccion auténtica fué anunciada por Alarico, ó á lo menos por Claudiano (de Bell. Getico, 547), siete años antes del suceso. Pero como no se cumplió en el término que se ha fijado temerariamente, los intérpretes se evadieron con una significacion ambigua.

(26) Nuestros mejores materiales son 970 versos de Claudiano, en el poema sobre la guerra jética, y el principio del que celebra el sexto consulado de Honorio. Zózimo enmudece, y estamos reducidos á los fragmentos ó pedazos que podemos sacar de Orosio y las Crónicas.

(27) A pesar de los graves errores de Jornandes, que confunde las guerras de Italia de Alarico (c. 29), su fecha del consulado de Estilicon y Aureliano (A. D. 400), es respetable. Es cierto, segun Claudiano (Tillemont, Hist. des Emp., tom. V, p. 804), que la batalla de Polencia se dió A. D, 403; pero no podemos fácilmente llenar el hueco.

(28) Tantum Romanæ urbis judicium fugis, ut magis obsidionem barbaricam, quam *pacatæ* urbis judicium velis sustinere. Jerónimo, tom. II, p. 239. Rufino conoció su propio peligro, la ciudad *pacífica* fué incendiada por la vejezuela Marcela y el resto de la faccion de Jerónimo.

(29) Joviniano, enemigo de los ayunos y del celibato, que fué perseguido é insultado por el furioso Jerónimo (Jortin's Remarks, vol. IV, p. 104, etc.). Véase el edicto orijinal de destierro en el código de Teodosio, l. XVI, tit. V, leg. 43.

(30) Este eprigrama (de Sene Veronensi qui suburbium nusquam egressus est) es una de las composiciones mas tempranas y agradables de Claudiano. La imitacion de Cowley (edicion de Hurd, vol. II, p. 241), tiene algunos rasgos naturales y felices: pero es muy inferior al retrato orijinal, que se ha sacado evidentemente de la vida.

(31) Ingentem meminit parvo qui gemine quercum
Æquærumque videt cosenuisse nemus.

En este pasaje, Cowley. quizás es superior á su orijinal, y el poeta inglés, que era buen botánico, ha encubierto los *robles* bajo una espresion mas jeneral.

(32) Claudiano, de Bell. Get., 192-266. Puede parecer prolijo: pero

el miedo y la supersticion embargaban igualmente el ánimo de los Italianos.

(33) Por los pasajes de Paulino, que Baronio ha producido (Annal. Eccles. A. D. 403. N°. 51), es manifiesto que la alarma jeneral habia cundido en toda Italia hasta Nola en Campania, en donde aquel famoso penitente habia fijado su residencia.

(34) Solus erat Stilicho, etc. es el esclusivo elojio que Claudiano da de Bell. Get. 267), sin condescender en esceptuar al emperador. ¡Cuán insignificante debia haberse presentado Honorio en su misma corte!

(35) El estado del pais y la osadía de Estilicon están primorosamente descritos (de Bell. Get. 340-363).

(36) Venit et extremis legio prætenta Britannis.
Quæ Scoto dat frena truci.
De Bell. Get. 416.

Con todo, la mas rápida marcha de Edimburgo ó Newcastle á Milan debe haber requerido mayor espacio de tiempo del que Claudiano parece quiere conceder por la duracion de la guerra de los Godos.

(37) Todos los viajeros deben recordar la situacion de Lombardía (véase Fontenelle, tom. V, p. 279), frecuentemente atormentada por la caprichosa é irregular abundancia de las aguas. Los Austríacos, delante de Jénova, estaban acampados en el torrente seco de Polcevera. « Nè sarebbe » (dice Muratori) « mai passato per mente a que' buoni Alemanni, che quel picciolo torrente potesse, per così dire, in un instante cangiarsi in un terribil gigante. » (Annal. d' Italia, tom. XVI, p. 443. Milan, 1753, 8°. edic.)

(*a*) Segun Le Beau y su comentador Saint Martin, Honorio no intentó huir. Ofrecieron colonias á los Godos en Lombardía, y se adelantaron desde el Po hácia los Alpes para posesionarse de ellas. Pero fué una aleve estratajema de Estelicon, que les sorprendió mientras descansaban en la fe de este tratado. Le Beau, V, 223.—M.

(38) Claudiano no responde claramente á nuestra pregunta: ¿dónde estaba Honorio? Sin embargo, la fuga queda marcada por la persecucion; y mi idea de la guerra de los Godos está justificada por los críticos italianos, Sigonio (tom. I, p. II, p. 369, de Imp. Occident. l. X), y Muratori (Annali d' Italia, tom. IV, p. 45).

(39) Uno de los caminos puede estar trazado en los Itinerarios (p. 98, 288, 294, con notas de Wesseling). Asta está á algunas millas á la derecha.

(40) Asta, ó Asti, colonia romana, es ahora la capital de un pais

agradable, que, en el siglo décimo sexto, volvió á los duques de Saboya (Leandro Alberti, Descrizzione d' Italia, p. 382).

(41) Nec me timor impulit ullus. Pudo usar de este lenguaje arrogante el año siguiente en Roma, á quinientas millas de la escena del peligro (VI Cons. Hon. 449).

(42) Hanc ego vel victor regno, vel morte tenebo,
Victus, humum —

Los discursos (de Bell. Get. 479-549), del Godo Nestor, y Aquíles, son fuertes, característicos, acomodados á las circunstancias; y quizás son no menos jenuinos que los del Livio.

(43) Orosio (l. VII, c. 37) se ofende de la impiedad de los Romanos, que atacaron en el domingo de Pascua de Resurreccion á esos piadosos cristianos. No obstante, al mismo tiempo se estaban haciendo rogativas públicas en la urna de Santo Tomás de Edesa por la destruccion del ladron arriano. Véase Tillemont (Hist. des Empereurs, tom. V, p. 529), que cita una homilia, la cual ha sido atribuida erróneamente ha San Crisóstomo.

(44) Los vestijios de Polencia están á veinte y cinco millas al sudeste de Turin, *Urbs*, en la misma vecindad, era un sitio real donde cazaban los reyes de Lombardía, y un riachuelo, que escusó la prediccion, «penetrabis ad urbem» (Cluver, Ital. Antiq., tom. I, p. 83-85).

(45) Orosio quiere, en palabras dudosas, insinuar la derrota de los Romanos. «Pugnantes vicimus, victores victi sumus.» Próspero (en Chron) la describe como una batalla igual y sangrienta; pero los escritores godos Casiodoro (en Chron) y Jornandes (de Reb. Get., c. 29) suponen una victoria decisiva.

(46) Demens Ausonidum gemmata monilia matrum
Romanasque alta famulas cervice petebat.
De Bell. Get. 627.

(47) Claudiano (de Bell. Get. 580-647) y Prudencio (en Symmach., l. II, 694-719) celebran sin ambigüedad la victoria romana de Polencia. Son escritores poéticos y de partido; sin embargo se debe dar algun crédito á los testigos mas sospechosos que se reprimen por la reciente notoriedad de los hechos.

(48) La peroracion de Claudiano es fuerte y elegante; pero la identidad de los campos címbrico y godo debe entenderse (á manera de los Filipos de Virg., Jeórjica I, 460) segun la vaga jeografía de un poeta. Verce-

las y Polencia distan entre sí veinte leguas; y la latitud es aun mayor, si los Cimbrios fueron derrotados en la vasta y estéril llanura de Verona (Maffei, Verona Ilustrata, p. I, p. 54-62).

(49) Claudiano y Prudencio deben ser examinados rigurosamente para reducir las figuras y sacar el sentido histórico de aquellos poetas.

(5o) Et gravant en airain ses fréles avantages,
De mes états conquis enchaîner les images.

La práctica de esponer en triunfo las imájenes de los reyes y provincias era familiar á los Romanos. El busto de Mitrídates tenia doce piés de alto y era de oro macizo (Freinschemt, Supplement, Livian. CVI, 47).

(51) La guerra jética y el sexto consulado de Honorio guardan alguna conexion con los sucesos de la retirada y pérdida de Alarico.

(52) Taceo de Alarico.... sæpe victo, sæpe concluso, semperque dimisso. Orosio, l. VII, c. 37, p. 567. Claudiano (VI Cons. Honr., 320) corre la cortina con una hermosa imájen.

(53) El resto del poema de Claudiano sobre el sexto cunsulado de Honorio describe la marcha, el triunfo y los juegos (330-660).

(54) Véase la inscripcion en la Historia de Mascow de los antiguos Jermanos, VIII, 12. Las palabras son positivas á indiscretas; Getarum nationem in omne ævum domitam, etc.

(55) Sobre el curioso, aunque horrible objeto de los gladiadores, consúltense los dos libros de las Saturnales de Lipsio, que, como *anticuario*, se inclina á escusar la práctica de la *antigüedad* (tom. III, p. 483-545).

(56) Cod Theodos. (l. XV, tit. XII, leg. I). El comentario de Gofredo proporciona abundancia de materiales (tom. V, p. 396) para la historia de los gladiadores.

(57) Véase la peroracion de Prudencio (en Symmach, l. II, 1121-1131), que sin duda habia leido la elocuente invectiva de Lactancio (Divin. Institut., l. VI, c. 20). Los apolojistas cristianos no han perdonado estos juegos sangrientos, que fueron introducidos en las fiestas relijiosas del paganismo.

(58) Teodoreto, l. V, c. 26. Deseo creer la historia de San Telémaco. Sin embargo no se ha dedicado ninguna iglesia ni se ha erijido ningun altar al único monje que murió mártir por la causa de la humanidad.

(*b*) Muller, en su importante Tratado, de Genio moribus et luxo ævi Theodosiani, está dispuesto á poner en duda el efecto producido por la heroica ó mas bien santa muerte de Telémaco. No se halla en el Código

de Teodosio ninguna ley prohibitiva, sino el antiguo é imperfecto edicto de Constantino. Pero Muller no ha producido ninguna evidencia ó alusion á los espectáculos de los gladiadores despues de este período. Los combates con las fieras ciertamente duraron hasta la caida del imperio de Occidente; pero los combates de los gladiadores cesaron, ó por comun consentimiento, ó por edicto imperial.—M.

(59) Crudele gladiatorum spectaculum et inhumanum *nonnullis* videri solet, et *haud scio* an ita sit, ut nunc fit. Ciceron Tusculan. II, 17. Censura débilmente el *abuso*, y defiende ciertamente el *uso* de estos juegos; oculis nulla poterat esse fortior contra dolorem et mortem disciplina. Séneca (epist. VII) muestra los sentimientos de un hombre.

(60) Esta relacion de Ravena está sacada de Estrabon (l. V, p. 327), Plinio (III, 20), Estévan de Bizancio (sub voce Ῥαβέννα, p. 651, edic. Berkel.); Claudiano (en VI Cons. Honor. 494, etc.), Sidonio Apolinar (l. I, epist. 5, 8), Jornandes (de Reb, Get., c. 29), Procopio (de Bell. Gothic., l. I, c. I. p. 309, edic. Louvre), y Cluverio (Ital. Antiq., tom. I, p. 301 -397). Con todo, aun me falta un anticuario local y un buen mapa topográfico.

(61) Marcial (Epigram III, 56, 57) se chancea sobre la burla del bellaco que le habia vendido vino en vez de agua; pero declara seriamente que una cisterna en Ravena es mas preciosa que una viña. Sidonio se queja de que la ciudad está destituida de fuentes y acueductos; y pone la falta de agua fresca en el número de los males locales, como el chirrido de las ranas, las picaduras de los mosquitos, etc.

(62) La fábula de Teodoro y Honoria, que Dryden ha trasplantado tan admirablemente del Boccacio (Giornata III, novell. VIII), tuvo lugar en el bosque de *Chiassi*, voz corompida de *Classis*, apostadero naval, que con el camino intermedio, ó arrabal, la *Via Cæsaris*, constituia la *triple* ciudad de Ravena.

(63) Desde el año 404, las fechas del Código de Teodosio se hicieron sedentarias en Constantinopla y Ravena. Véase la Cronolojía de las Leyes por Gofredo, tom. I, p. CXLVIII, etc.

(64) Véase M. de Guignes, Hist. des Huns, tom. I, p. 179-189; tom. II, p. 295, 334-338.

(*c*) No hay ninguna autoridad que combine esta incursion de las tribus teutónicas con los movimientos de los Hunos. Los Hunos apenas pueden haber llegado á las playas del Báltico, y probablemente la mayor parte de las fuerzas de Rodagueso, en particular los Vándalos, habian ocupado por mucho tiempo una posicion mas meridional.—M.

(65) Procopio (de Bell. Vandal., l. I, c. III, p. 182) ha observado

una emigracion de la Palus Mæotis al norte de Jermania, que atribuye al hambre. Pero sus conocimientos de la historia antigua son estrañamente oscurecidos por la ignorancia y el error.

(66) Zósimo (l. V, p. 331) usa de la descripcion jeneral de las naciones allende el Danubio y el Rin. Su situacion, y por consiguiente sus nombres, se manifiestan aun en los varios epitetos que cada escritor antiguo ha añadido casualmente.

(67) El nombre de Radagasto era el de una deidad local de los Obótritas (en Meklenburgo). Un héroe podia naturalmente apropiarse el nombre de su dios tutelar; pero no es probable que los bárbaros adorasen á un héroe desgraciado. Véase Mascow, Hist. de los Jermanos, VIII, 14 (*).

(68) Olimpiodoro (apud Photium, p. 180), usa de la voz griega Ὀπτιμάτοι, que no esplica ninguna idea precisa (**). Sospecho que eran los príncipes y nobles con sus fieles compañeros; los caballeros con sus escuderos, como se les habria llamado algunos siglos despues.

(69) Tacit. de Moribus Germanorum, c. 37.

(70) —Cujus agendi
Spectator vel causa fui.
Claudian, VI, Cons. Hon. 439.

es el modesto lenguaje de Honorio, hablando de la guerra de los Godos que habia visto algo mas de cerca.

(71) Zósimo (l. 5, p. 331) trasporta la guerra y la victoria de Estilicon á la otra parte del Danubio. Error estraño, imperfectamente remediado, si se lee Ἀρνόν por Ἰστρόν (Tillemont, Hist. des Emp., tom. V, p. 807). En buena política, debemos valernos del servicio de Zósimo, sin estimarle ó darle crédito.

(*) El dios de la guerra y de la hospitalidad, entre los Vendos y todas las estirpes esclavonas de Jermania, llevaba el nombre de Radagasto, aparentemente el mismo que Radagueso. Su templo principal estaba en Retra en Meklenburgo. Estaba adornado con gran magnificencia. La estatua del dios era de oro; San Martin, V, 255. Descubrióse entre el año 1760 y el de 1770 una estatua de Radagasto, de materiales mucho mas toscos y de fábrica mas grosera, con las de otras deidades, en la supuesta situacion de Retra. Los nombres de los dioses estaban grabados en ellas en caractéres rúnicos. Véase el curiosísimo volúmen sobre estas antigüedades, — Die Gottesdienstliche Alterthumer der Obotriter-por Masch y Wogen, Berlin, 1771.—M.

(**) Ὀπτιμάτοι es meramente la traduccion latina de la voz κεφαλαιῶται. No es claro si Gibbon sacó su espresion, «brillaban en la vanguardia» de la traduccion de la voz «caudillos.» —M.

(72) Codex Theodos., l. VII, tit. XII, leg. 16. La fecha de esta ley (A. D. 406, mayo 18) me satisface, como á Gofredo (tom. II, p. 387), del verdadero año de la invasion de Rodagueso. Tillemont, Pagi y Muratori prefieren el año precedente; pero están unidos, por ciertas obligaciones de cortesía y respeto, á San Paulino de Nola.

(73) Poco tiempo despues que Roma habia sido tomada por los Galos, el senado, en una continjencia repentina, armó diez lejiones, 3,000 caballos, y 42,000 infantes; fuerza que la ciudad no hubiera podido presentar bajo Augusto (Livio, VII, 25). Esta declaracion puede enredar á un anticuario, pero está claramente esplicada por Montesquieu.

(74) Maquiavelo ha esplicado, á lo menos como filósofo, el oríjen de Florencia, que descendió insensiblemente, para beneficio del comercio, desde la peña de Fésula hasta las orillas del Arno (Istoria Fiorentina, tom. I, l. II, p. 36. Londra, 1747). El triunvirato envió una colonia á Florencia, que, bajo Tiberio (Tacit., Annal, I, 79), mereció la reputacion y el nombre de ciudad *floreciente*. Véase Cluver., Ital. Antiq., tom. I, p. 507, etc.

(75) Sin embargo el Júpiter de Rodagueso, que adoraba á Tor y Woden, era muy diferente del Júpiter Olímpico ó Capitolino. El temple conciliador del politeismo podia hermanar estas deidades varias y remotas; pero los Romanos jenuinos aborrecian los sacrificios humanos de la Galia y Jermania.

(*d*) Gibbon ha suavizado un tanto el lenguaje de Agustin en cuanto á esta insurreccion de los paganos, á fin restablecer las ceremonias y ritos prohibidos del paganismo, y sus aleves esperanzas de que el éxito de Rodagueso seria el triunfo de la idolatría. Compárese Beugnot, II, 25.—M.

(76) Paulino (en Vit. Ambros., c. 50) refiere este cuento, que oyó de boca de Pansofia, matrona, relijiosa de Florencia. Sin embargo el arzobispo dejó luego de tomar una parte activa en los negocios del mundo, y nunca llegó á ser un santo popular.

(77) Agustin, de Civitat. Dei, V, 23. Orosio, l. VII, c. 37, p. 567-571. Los dos amigos escribieron en Africa, diez ó doce años despues de la victoria; y su autoridad es seguida implícitamente por Isidoro de Sevilla (en Chron., p. 713, edic. Grot.). ¡Cuántos hechos interesantes pudiera haber insertado Orosio en el espacio vago que dedica á piadosas necedades!

(78) Frangutur montes, planumque per ardua Cæsar
Ducit opus: pandit fossas, turritaque summis
Disponit castella jugis, magnoque recessu
Amplexus fines, saltus, nemorosaque tesqua
Et silvas, vastaque feras indagine claudit.

Todavía la sencillez de la verdad (Cæsar, de Bell. Civ., III, 44) escede en gran manera á las amplificaciones de Lucano (Pharsal., l. VI, 29-63).

(79) Las espresiones retóricas de Orosio, «In arido et aspero montis jugo; in unum ac parvum verticem,» no son muy proporcionadas al campamento de un ejército numeroso. Pero Fésula, solo á tres millas de Florencia, podia ofrecer espacio para el cuartel jeneral de Rodagueso, y estaria comprendida en el circuito de las líneas romanas.

(80) Véase Zósimo, l. V, p. 331, y las Crónicas de Próspero y Marcelino.

(81) Olimpiodoro (apud Photium, p. 180) se sirve de una espresion (προσηταιρίσατο) que denotaria una estrecha y amistosa alianza, y haria á Estilicon aun mas criminal. El paulisper detentus, deinde interfectus, de Orosio, es bastante odioso (*).

(82) Orosio, piadosamente inhumano, sacrifica al rey y al pueblo, Agag y los amalekitas sin ningun síntoma de compasion. El sanguinario actor es menos detestable que el frio é insensible historiador (**).

(83) La musa de Claudiano estaria durmiendo, ¿acaso habia sido mal pagada? Me parece que el séptimo consulado de Honorio (A. D. 407) hubiera proporcionado pié para un nuevo poema. Antes que se descubriera que el estado no podia salvarse, Estilicon (como Rómulo, Camilo y Mario) podia haber sido dignamente llamado el cuarto fundador de Roma.

(84) Un luminoso pasaje de la Crónica de Próspero, «*In tres partes, per diversos principes, divisus exercitus*,» reduce el milagro de Florencia y coordina la historia de Italia, Galia y Jermania.

(85) Orosio y Jerónimo le acriminan positivamente el instigar la inva-

(*) Gibbon, traduciendo este pasaje de Olimpiodoro, como si hubiera sido buen griego, ha incurrido probablemente en un error; οὓς καταπολεμήσας Στελίχων Ῥαδογαίσον προσηταιρίσατο. El órden natural de las palabras es segun lo traduce Gibbon; pero προσηταιρίσατο, escasi claro, se refiere á los jefes godos, «á quienes Estilicon, despues de haber derrotado á Radagueso, agregó á su ejército.» Así aparece en la version correjida por Classen para la edicion de Niebuhr, de los Bizantinos, p. 450.—M.

(**) Considerando el voto que universalmente creian que habia hecho para destruir á Roma y sacrificar á los senadores sobre los altares; y que se dice habia inmolado sus prisioneros á sus dioses, la ejecucion de Radagueso, si, como parece, fué cojido con las armas en la mano, no puede merecer la severa condenacion de Gibbon. Mr. Herbert (notas á su poema de Atila, p. 317) observa justamente que «Estilicon tenia probablemente autoridad para colgarle del primer árbol» Marcelino, añade Mr. Herbert, atribuye la ejecucion á los jefes godos, Huldino y Saro.—M.

sion. « Excitatæ a Stilichone gentes,» etc. Deben querer decir *indirectamente:* Salvó la Italia á espensas de la Galia.

(86) El conde de Buat cree que los Jermanos que invadieron la Galia eran los *dos tercios* que aun quedaban del ejército de Radagueso. Véase la Histoire Ancienne des Peuples de l'Europe (tom. VII, p. 87, 121, Paris, 1772); obra bien acabada, que tuve la ventaja de leer hasta el año1777. Hasta el año 1771, hallo la misma idea espresada en un tosco bosquejo de la presente Historia. He observrdo despues una insinuacion semejante en Mascow (VIII, 15). Tal conformidad, sin comunicacion mútua, puede dar algun peso á nuestro comun modo de sentir.

(87) — Provincia missos
Expellet citius faces, quam Francia reges
Quos dederis.

Claudiano (I Cons. Stil., l. I, 235, etc.) es claro y satisfactorio. Estos reyes de Francia son desconocidos á Gregorio de Turs; pero el autor de los Gesta Francorum menciona á Suno y Marcomir á la vez, y llama á este padre de Faramundo (en tom. II, p. 543). Parece que escribe sobre buenos materiales que no entendió.

(88) Véase Zósimo (l. VI, p. 873), Orosio (l. VII, c. 40, p. 576), y las Crónicas; Gregorio de Turs (l. II, c. 9. p. 165, en el segundo volúmen de los Historiadores de Francia) ha conservado un precioso fragmento de Renatus Profuturus Frigeridus, cuyos tres nombres denotan un cristiano, un súbdito romano, y un semi-bárbaro

(89) Claudiano (I Cons. Stil., l. I, 221, etc. l. II, 186) describe la paz y prosperidad de la frontera de los Galos. El abate Dubois (Hist. Critique, etc., tom. I, p. 174) leeria *Alba* un riachuelo sin nombre de las Ardenas, en vez de *Albis;* y se espacia sobre el peligro del ganado galo que se apacentaba mas allá del *Elba.* ¡Qué desatino! En la jeografía poética, el Elba y el Hercinio significan cualquier rio, ó cualquier bosque en Jermania. Claudiano no está preparado para el riguroso exámen de nuestros anticuarios.

(90) — Geminasque viator
Cum videat ripas, quæ sit Romana requirat.

(91) Jerónimo, tom. I, p. 93. Véase en el 1er vol. de los Historiadores de Francia, p. 777, 782, los estractos propios del Carmen de providentia Divina, Salviano. El poeta anónimo estaba cautivo con su obispo y conciudadanos.

(92) La doctrina pelajia, que se ajitó primero A. D. 405, fué condenada, en el espacio de diez años, en Roma y Cartago. San Agustin peleó y conquistó; pero la iglesia griega era favorable á sus adversarios; y (lo que es bastante singular) el pueblo no tomó parte en una disputa que no podia entender.

(93) Véanse las Memorias de Guillaume du Bellay, l. VI. En francés, el improperio orijinal es menos obvio y mas sutíl, por el doble sentido de la voz *journée* que significa jornada y batalla.

(94) Claudiano (I. Cons, Stil. l. II, 250). Se supone que los Escoceses de Irlanda invadieron por mar toda la costa occidental de Bretaña: y puede darse algun crédito tambien á Nenio y á las tradiciones irlandesas (Carte's Hist. of England, vol. I, p. 169). Historia jenuina de los bretones, por Whitaker, p. 199. Las sesenta y seis vidas de San Patricio, que existian en el siglo nono, deben de haber contenido otras tantas mil mentiras; sin embargo podemos creer que en una de estas incursiones irlandesas, el futuro apóstol fué conducido cautivo (Usher, Antiquit. Eccles. Britan., p. 431; y Tillemont, Mém. Ecclés., tom. XVI, p. 456, 782, etc.

(95) Los usurpadores bretones se han sacado de Zósimo (l. VI, p. 371-375), Orosio (l. VII, c. 40, p. 576, 577); Olimpiodoro (apud Photium, p. 180, 181), los historiadores eclesiásticos y las Crónicas. Los Latinos no conocen á Marco.

(96) Cum in Constantino *inconstantiam*... execrarentur (Sidonio Apolinar, l. V, epist. 9, p. 139, edit. secund. Sirmond). Con todo, Sidonio desearia quizás, por medio de tan hermoso equívoco, tachar con la nota de infamia á un príncipe que habia desgraciado á su abuelo.

(97) *Bagaudæ* es el nombre que Zósimo les aplica; quizás merecieron un título menos odioso (Véase Dubos, Hist. Critique, tom. I, p. 203, y esta Historia, vol. I). Se tratará de ellos en otro lugar.

(98) Veriniano, Dídimo, Teodosio y Lagodio, que en las cortes modernas se llamarian príncipes de la sangre, no fueron distinguidos por ninguna jerarquía ó privilejio sobre sus mismos vasallos.

(99) Estos *Honoriani* ú *Honoriaci* consistian en dos cuadrillas de Escoceses, ó Attacotti, dos de Moros, dos de Marcomanos, los Víctores, los Ascarios, los Galicanos (Notitia Imperii, sect. XXXVIII, edic. Lab). Eran parte de las sesenta y cinco *Auxilia Palatina*, y son propiamente llamados ἐν τῇ αὐλῇ τάξεις, por Zósimo (l. VI, 374).

(100) —Comitatur euntem
Pallor, et atra fames; et saucia lividus ora
Luctus; et inferno stridentes agmine morbi.
Claudiano en VI. Cons. Hon. 321, etc.

(101) Estas oscuras transacciones son investigadas por el conde de Buat (Hist. des Peuples de l' Europe, tom. VII, c. III-VIII, p. 69-206), cuyo laborioso esmero cansa á veces á un lector superficial.

(102) Véase Zósimo, liv. V, p. 334, 335. Interrumpe su escasa narracion para referir la fábula de Emona, de la nave Argo; que fué arrastrada por tierra desde aquel punto hasta el Adriático. Sozomen (l. VIII, c. 25, l. IX, c. 4), y Sócrates (l. VII, c. 10) dan una luz escasa y dudosa; Orosio (l. VII, c. 38, p. 571) es abominablemente parcial.

(103) Zósimo, l. V, p. 338, 339. Repite las palabras de Lampadio como fueron pronunciadas en latin, «Non est ista pax, sed pactio servitutis,(*); y las traduce luego al griego en beneficio de sus lectores.

(104) Vino de la costa del Euxino, y desempeñó un destino brillante, λαμπρᾶς δὲ στρατείας ἐν τοῖς βασιλείοις ἠξιωμένος. Sus acciones justifican su carácter, que Zósimo (l. V, p. 340) espone con visible satisfaccion. Agustin respetó la piedad de Olimpio, á quien llama verdadero hijo de la iglesia (Baronio, Annal. Eccles., A. D. 408, No. 19, etc, Tillemont, Mém. Ecclés., tom. XIII, p. 467, 468). Pero estas alabanzas, que el santo Africano da tan indignamente, podrian proceder tanto de la ignorancia como de la adulacion.

(105) Zósimo, l. V, p. 338, 339. Sozomen, l. IX, c. 4. Estilicon ofreció emprender el viaje á Constantinopla para distraer á Honorio de la vana tentativa. El imperio del Oriente no habria obedecido y no hubiera podido ser conquistado.

(106) Zósimo (l. V, p. 336-345) ha relatado estensa, aunque no claramente, la desgracia y muerte de Estilicon. Olimpiodoro (apud Phot., p. 177), Orosio (l. VII, c. 38, p. 571, 572), Sozomen (l. IX, c. 4), y Filostorjio (l. XI, c. 3, l. XII, c. 2) proporcionan indicaciones adicionales.

(107) Zósimo, l. V, p. 333. El casamiento de un cristiano con dos hermanas escandaliza á Tillemont (Hist. des Empereurs, tom. V, p. 557); que espera, en vano, que el papa Inocencio I hubiese hecho algo en la materia, ó con respecto á la censura ó tocante á la dispensa.

(108) Se hace mencion honorífica de dos hermanos suyos (Zósimo, l. V, p. 346): Pedro, jefe de la escuela de notarios, y el gran chambelan Deuterio. Estilicon se habia afianzado el dormitorio; y es de estrañar que, bajo un príncipe débil, el dormitorio no pudiese asegurarle á él.

(109) Orosio (l. VII, c. 38, p. 571, 572) copia al parecer los falsos y furiosos manifiestos que derramó por todas las provincias la nueva administracion.

(*) De la XII Filípica de Ciceron, c. 14.—M.

(110) Véase el código de Teodosio, l. VII, tit. XVI, leg. 1, l. IX, tit. XII, leg. 22. Estilicon es infamado con el nombre de *prædo-publicus*, que empleaba sus riquezas *ad omnem ditandam, inquietandamque Barbariem*.

(111) Agustin está satisfecho con las leyes eficaces que Estilicon habia decretado contra los herejes é idólatras, y que aun existen en el Código. Solamente recurre á Olimpio para su confirmacion (Baronio, Annal. Eccles., A. D. 408, No. 19).

(e) Por esto, quizás, sostiene Rutilio la acusacion de perfidia :—

Quo magis est facinus diri Stilichonis iniquum
Proditor arcani quod fuit imperii.
Romano generi dum nititur esse superstes,
Crudelis summis miscuit ima furor.
Dumque timet, quidquid se fecerat ipse timeri,
Immisit Latiæ barbara tela neci.
Rutil. I, tit. II, 41.—M.

(112) Zósimo, l. V, p. 351. Podemos observar el mal gusto del siglo en erijir sus estatuas con un trabajo tan tosco.

(113) Véase Rutilio Numaciano (Itinerar., l. II, 41-60), á quien el entusiasmo relijioso ha dictado algunos renglones elegantes y fuertes. Estilicon robó tambien las planchas de oro de las puertas del Capitolio y leyó una sentencia profética que fué esculpida debajo de ellas (Zósimo, l. V, p. 352). Estos son cuentos necios; no obstante el cargo de *impiedad* da peso y crédito á la alabanza que Zósimo da, con repugnancia, de sus virtudes (*).

(114) En las bodas de Orfeo (¡comparacion modesta!), todas las partes de la naturaleza animada contribuyeron con sus varios dones; y hasta los dioses enriquecieron á su predilecto. Claudiano no tuvo ni rebaños, ni ganados, ni vides, ni olivos. Su rica novia fué heredera de todos ellos. Pero él llevó á Africa una carta de recomendacion de Serena, su Juno, y fué feliz (Epist. II, ad Serenam).

(115) Claudiano siente el honor como un hombre que lo mereció (en

(*) Una particularidad de la alabanza arrancada á Zósimo mereció la atencion del historiador, tan fuertemente opuesto á las primeras imputaciones de Zósimo, y que indica las jestiones corrompidas de la edad decadente. «Nunca habia hecho promocion en el ejército por sobornos, ni cometido peculado en los socorros de provisiones.» L. V, c. XXXIV.—M.

prœfat. Bell. Get). La inscripcion orijinal, sobre mármol, se halló en Roma, en el siglo décimo-quinto, en casa de Pomponio Leto. La estatua de un poeta, muy superior á Claudiano, debió ser erijida, durante su vida, por los literatos, sus paisanos y sus contemporaneos.. Era un noble intento.

(116) Véase el epígrama XXX.

Mallius indulget sommo noctesque, diesque:
Insomnis *Pharius* sacra, profana, rapit,
Omnibus, hoc, Italæ gentes, exposcite votis;
Mallius ut vigilet, dormiat ut Pharius.

Adriano era Fario (de Alejandria). Véase su vida pública en Gofredo, Cod. Theodos., tom. VI, p. 364. Malio no durmió siempre. Compuso algunos diálogos elegantes sobre los sistemas griegos de la filosofía natural (Claud. in Mall., Theodor. Cons. 61-112).

(117) Véase la primera epístola de Claudiano. Con todo, en algunos pasajes, un aire de ironía é indignacion descubre su repugnancia secreta (*).

(*) M. Beugnot ha indicado un carácter notable de la poesía de Claudiano y de los tiempos; su estraordinaria indiferencia relijiosa. Aquí hay un poeta que escribe en la actual crísis del completo triunfo de la nueva relijion, visible estincion de la vieja, si podemos hablar así; un poeta, rigurosamente histórico, cuyas obras, escepto su poema mitolójico sobre el rapto de Proserpina, se limitan á objetos temporales, y á la política de su mismo dia, llena de acontecimientos, no ofrece, escepto en una ó dos piezas pequeñas é indiferentes, manifiestamente escritas por un cristiano, é interpoladas entre sus poemas, ninguna alusion á la gran contienda relijiosa. Nadie hubiera conocido la existencia del cristianismo en aquel período del mundo, leyendo las obras de Claudiano. Su panejírico y su sátira conservan la misma imparcialidad relijiosa: prodiga su alabanza ó su mas amarga invectiva al cristiano ú al pagano: insulta la caida de Eujenio y ensalza las victorias de Teodosio. Bajo el niño, y Honorio nunca llegó á ser mas que un niño, el cristianismo siguió abriendo heridas cada vez mas mortales al paganismo espirante. ¿Están ajitados los dioses del Olimpio de temor por el nacimiento de su nuevo enemigo? Son introducidos como alegrándose de su presencia, y prometiendo luengos años de gloria. Todo el coro profético del paganismo, todos los oráculos del mundo, son provocados para predicar la felicidad de su reinado. Su nacimiento es comparado al de Apolo, pero los estrechos límites de una isla no deben aprisionar á la nueva *deidad*.

. . . Non littora nostro
Suficerent angusta Deo.

El agüero y la adivinacion, los templos de Amon y de Délfos, los magos persas..

(118) La vanidad nacional le ha hecho florentino ó español. Pero la primera épístola de Claudiano prueba que era natural de Alejandría (Fabricio. Bibliot. Latin., tom. III, p. 191-202, edic. Ernest).

(119) Sus primeros versos latinos fueron compuestos durante el consulado de Probino, A. D. 395.

Romanos bibimus primum, te consule, fontes,
Et Latiæ cessit, Graia Thalia togæ.

Sin contar alguuos epígramas griegos, que aun existen, el poeta latino habia compuesto, en griego, las antigüedades de Tarso, Anazarbo, Berito, Nicea, etc. Es mas fácil suplir la pérdida de la buena poesía que la de la historia auténtica.

(120) Strada (Prolusion, V, VI) concede que compite con los cinco poetas heroicos Lucrecio, Virjilio, Ovidio, Lucano y Estacio. Su patrono es el cumplido cortesano Baltasar Castiglione. Sus admiradores son muchos y apasionados. Sin embargo los críticos ríjidos reprenden las malas yerbas ó flores exóticas que crecen con harta lozanía en su suelo del Lacio.

los profetas etruscos, los astrólogos caldeos, hasta la Sibila, son descritos como desempeñando aun sus funciones proféticas, y celebrando el natalicio de este príncipe cristiano. Son renglones nobles, como tambien ilustraciones curiosas de los tiempos:

Quæ tunc documenta futuri?
Quæ voces avium? quanti per inane volatus?
Quis vatum discursus erat? Tibe Corniger Ammon,
Et dudum taciti rupere silentia Delphi.
Te Persæ cecinere Magi, te sensit Etruscus
Augur, et inspectis Babylonius horruit astris;
Chaldæi stupuere senes, Cumanaque rursus
Intonuit rupes, rabidæ delubra Sibyllœ.
Claud. IV. Cons. Hon. 141.

De la Revista trimestre de Beugnot. Hist. del la Destruccion del Paganismo en Occidente, Q. R. V. l. VII, p. 61.—M.

CAPITULO XXXI.

Invasion de Italia por Alarico. — Costumbres del senado romano y del pueblo. — Sitian tres veces los Godos á Roma, y al fin la saquean. — Muerte de Alarico. — Los Godos evacúan la Italia. — Vuelco de Constantino. — Ocupan los bárbaros la Galia y la España. — Independencia de la Bretaña.

La incapacidad de un gobierno medroso y desvariado suele ofrecer la apariencia y acarrear los resultados de una correspondencia alevosa con el enemigo público. Colocado Alarico en el consejo de Ravena, quizás y aun probablemente opinara por las mismas disposiciones que se estaban ejecutando por los ministros de Honorio (1). Tal vez repugnara al rey de los Godos el influir para esterminar á un contrario formidable cuyas armas, tanto en Italia como en Grecia, lo habian vencido ya dos veces. El odio activo é interesado del consejo de Ravena remató con afan al grande Estilicon. El denuedo de Saro, su nombradía militar y su influjo personal ó hereditario sobre los bárbaros confederados, podian únicamente recomendarle á los amantes de su patria, que menospreciaban ó aborrecian las índoles malvadas de Turpilion, Varanes y Vijilancio. A instancias de los nuevos privados, aquellos jenerales, indignos notoriamente aun del nombre de soldados (2), fueron promovidos al mando de la infantería y caballería y de la tropa doméstica. Firmara gustosísimo el príncipe godo el edicto que dictó el fanatismo de Olimpio al sencillo y devoto emperador. Escluia Honorio de todo cargo público á cuantos se manifestaban opuestos al rito católico; desechaba irremisiblemente de su servicio á los que disentian con él en punto de relijion, y apeó temerariamente á muchos oficiales de sumo desempeño, por afectos al sistema pagano ú tachados de arrianismo (5). Aprobara Alarico disposiciones tan ventajosas para todo enemigo, y aun quizá las apuntara; mas queda dudoso que el bárbaro atendiese á su interés á costa de la inhumanidad desatinada, cometida por disposicion, ó sea, con anuencia de los ministros imperiales. Los auxiliares estranjeros, afectos á la persona de Estilicon, lloraron su muerte; mas la zozobra por hijos y mujeres enfrenaba su ansia vengativa, pues se hallaban de rehenes por las ciudades fuertes de Italia, donde tenian tambien depositadas sus principales alhajas. A la misma hora, y como por señal convenida, quedaron las ciudades de

Italia mancilladas con los mismos estremos de matanza y saqueo, dando sin distincion al través con las familias y haberes de los bárbaros. Airados con tamaño ultraje, capaz de inflamar los ánimos mas apocados y mansos, volvieron desesperadamente sus rostros hácia los reales de Alarico, y juraron unánime y desaladamente acosar con guerra justa é implacable á la nacion alevosa y tan ruinmente atropelladora de las leyes de la hospitalidad. La conducta ciega de los ministros de Honorio malogró el auxilio de la república y acarreó la enemistad de treinta mil soldados sobresalientes, y el paso de aquel ejército formidable, que por sí solo inclinara el trance de la guerra, torció la balanza, de parte de los Romanos, á la de los Godos (A. 408, setiembre).

Se sobrepuso el rey godo, así en las artes de la negociacion como en los trances de la guerra, á unos enemigos cuyas variaciones aparentes procedian de carencia total de plan y de acierto. Alarico, desde su campamento al confin de Italia, tenia la atencion clavada sobre las revoluciones de palacio, observaba los progresos de las facciones, encubria el ademan de enemigo, y se cohonestaba con el papel popular de amigo y aliado del grande Estilicon, á cuyas prendas, que ya no eran formidables, tributaba alabanzas fundadas y sinceras. Las encarecidas instancias de los descontentos, que estrechaban al Godo á invadir la Italia, se robustecian con las amarguras personales de un agraviado, y mostrábase airosamente quejoso de que los ministros imperiales andaban dilatando el pago de las cuatrocientas libras de oro, concedidas por el senado romano, ya en galardon de sus servicios, ya para amainar su enojo. Su entereza comedida dió en el hilo, pues instando por un desagravio competente, protestó solemnemente que con su logro iba á retirarse inmediatamente. Desconfió de los Romanos, á menos que Ecio y Jason, hijos de oficiales eminentes, pasasen como rehenes á su campamento; mas ofrecia enviar en cambio los mozos mas esclarecidos de la nacion goda. Tanta moderacion sonó á flaqueza y zozobra á los ministros de Ravena; y así ni acudieron á negociar un tratado ni á juntar un ejército; y con una confianza temeraria, hija de su idiotez, presenciando ya el trance, malograron irreparablemente el momento decisivo de la paz y de la guerra. Mientras estaban esperando con ceñudo silencio que los bárbaros evacuasen el confin de Italia, Alarico denodada y velozmente trasmonta los Alpes y atraviesa el Po, saquea atropelladamente las ciudades de Aquileya, Alteno, Concordia y Cremona, que se rinden á sus armas; se refuerza con treinta mil auxiliares, y sin tropezar con un solo enemigo, se adelanta hasta las orillas del pantano que resguarda la residencia inespugnable del emperador de Occidente. En vez de empeñarse en el vano intento del sitio de Ravena, el atinado caudillo godo se encamina á Ri-

mini, tala y estraga la costa del Adriático, é idea la conquista de la antigua dueña del orbe. Un ermitaño italiano, cuya santidad celosa respetaban los mismos bárbaros, se avistó con el monarca victorioso, y denodadamente le intimó la ira del cielo contra los opresores de la tierra; mas enmudeció el varon santo al oir la solemne protesta de Alarico de que abrigaba un impulso que encaminaba y precisaba sobrenaturalmente su marcha hasta los umbrales de Roma. Sentia que su númen y su estrella abarcaban las empresas mas arduas, y el entusiasmo que infundió á los Godos acabó con el respeto popular y casi supersticioso de las naciones á la majestad del nombre romano. Esperanzadas sus tropas de tan sumo despojo, siguieron la carretera Flaminia, se aposentaron en los tránsitos indefensos del Apenino (4), bajaron á las pingües llanuras de Umbría, y al acampar por las orillas del Clitumno, pudieron á su antojo ir matando y devorando los toros nevados que por tanto tiempo se habian estado reservando para los triunfos romanos (5). Su encumbrada situacion y una tormenta horrorosa preservaron el pueblo de Narni; pero el Godo, desentendiéndose de presa tan mezquina, se adelantó con ímpetu, y despues de atravesar por arcos suntuosos, realzados con los despojos de otros bárbaros, sentó sus reales sobre el ejido de Roma (6).

En el plazo de seiscientos diez y nueve años, jamás la presencia de enemigos estraños habia violado el solio del imperio. La espedicion malograda de Aníbal (7) condujo tan solo para encumbrar aun mas el teson del senado y del pueblo; de un senado, deslucido mas bien que realzado con el parangon de junta de reyes, y de un pueblo, al cual el embajador de Pirro aplicaba los recursos inexhaustos de la hidra (8). Cada senador, en tiempo de la guerra púnica, tenia cumplido su plazo del servicio militar, de caudillo ú de subalterno, y el decreto que revestia con mando temporal á cuantos habian sido cónsules, censores ó dictadores, proporcionaba á la república el refuerzo ejecutivo de muchos jenerales valerosos y consumados. Constaba el pueblo romano, al principio de aquella guerra, de doscientos cincuenta mil ciudadanos en edad de tomar las armas (9). Habian ya fenecido cincuenta mil en defensa de la patria, y las veinte y tres lejiones empleadas en los diversos campamentos de Italia, Grecia, Cerdeña, Sicilia y España, necesitaban como cien mil hombres. Mas quedaba igual número en Roma y su territorio, que abrigaban el mismo denuedo, y todo ciudadano se criaba desde su niñez entre la disciplina y los ejercicios militares. Pasmóse Aníbal con el teson del senado, que lo estuvo esperando sin levantar el sitio de Capua ni llamar sus fuerzas desparramadas. Acampó á las orillas del Anio, á una legua de la ciudad, y quedó luego enterado de que el solar de su campamento acababa de venderse en pública almoneda (*a*) al precio compe-

tente, y que acababa tambien de salir, por la parte opuesta, un cuerpo de reclutas para reforzar las lejiones de España (10). Acaudilló á sus Africanos hasta las puertas de Roma, donde halló tres ejércitos escuadronados contra él; y así Aníbal se desentendió de un trance en que iba á fenecer, si no acababa con el postrero de sus enemigos, y su retirada presurosa pregonó el teson incontrastable de los Romanos.

Desde el tiempo de la guerra púnica, la sucesion perenne de senadores fué conservando el nombre y la estampa de la república, y los súbditos bastardos de Honorio se desalaban por entroncar con los héroes que rechazaron á Anibal y avasallaron la tierra. Los timbres temporales de la mística Paula (11), su herencia y su retiro se hallan esmeradamente historiados por Jerónimo, norte de su conciencia y cronista de su vida. La alcurnia de su padre Rogato, remontándose allá hasta Agamenon, denota tronco griego; pero su madre Blesila contaba á los Escipiones, á Paulo Emilio y á los Gracos en el árbol de sus antepasados; Toxocio, marido de Paula, encabezaba su linaje rejio con Eneas, fundador de la línea Juliana. Engreíase la vanagloria de los ricos con las pretensiones á tan alta nobleza. Al eco adulador de sus paniaguados, embargaban la credulidad del vulgo con la costumbre de adoptar el nombre del patron, la que prevaleció siempre entre los libertos y clientes de las familias esclarecidas. Los mas de estos sin embargo, ya por causas esternas y atropelladoras, ya por decadencia interior, se fueron sucesivamente estinguiendo, y fuera mucho mas asequible el hallar la ascendencia recta de veinte jeneraciones entre los riscos de los Alpes, ó por las soledades apacibles de la Pulla, que en el gran teatro de Roma, solar de la fortuna, de los peligros y de revoluciones incesantes. En todo nuevo reinado, y de todas las provincias del imperio, catervas de aventureros desvergonzados, medrando con su injenio ó sus maldades, iban usurpando la opulencia, los timbres y los palacios de Roma, y atropellaban ó protejian las reliquias menesterosas y desvalidas de las familias consulares, que ignoraban acaso los blasones de sus antepasados (12).

En tiempo de Jerónimo y de Claudiano, los senadores tributaban unánimes la preeminencia á la alcurnia Anicia, y un bosquejo de *su* historia será conducente para graduar la jerarquía y antigüedad de las familias nobles y competidoras del lugar segundo (13). En los cinco primeros siglos de la ciudad, no asoma el nombre de los Anicios; parece que descendian de Preneste, y la ambicion de estos ciudadanos nuevos se ceñia á los honores plebeyos de tribunos del pueblo (14). Ciento sesenta y ocho años antes de la era cristiana, se ennobleció la familia con la pretoría de Anicio, que redondeó esclarecidamente la guerra ilírica, avasallando á la nacion y cautivando á su rey (15). Descuellan desde aquel triunfo tres

consulados, en largos plazos, entre los Anicios (16). Desde el reinado de Diocleciano hasta la ruina del imperio occidental, resplandeció aquella familia con tal brillantez, que ni la púrpura imperial llegaba á eclipsarla en el concepto público (17). Entroncáronse sus diversas ramas y se enlazaron los Anios, Petronios y Olibrios, y en todas las jeneraciones se fueron redoblando los consulados como por derecho hereditario (18). Sobresalieron los Anicios en la fe y en la opulencia: siendo los primeros en abrazar el Cristianismo, y es probable que Anicio Juliano, despues cónsul y prefecto de la ciudad, se descargó de su parcialidad con Majencio por el afan con que aceptó la relijion de Constantino (19). Acrecentó la dilijencia de Probo, caudillo de la familia Anicia, su grandioso patrimonio, alternando con Graciano en los honores del consulado, y ejerciendo por cuatro veces el cargo eminente de prefecto pretoriano (20). Sus posesiones inmensas estaban salpicando la estension dilatada del orbe romano; y por mas que el público maliciase y zahiriese los medios de granjearlas, la jenerosidad y magnificencia de aquel estadista merecian el agradecimiento de sus ahijados y el pasmo de los estraños (21). Era tal el respeto que se tributaba á su memoria, que los dos hijos de Probo, en su temprana mocedad, y á instancias del senado, quedaron asociados á la dignidad consular; distincion memorable y sin ejemplar en los anales de Roma (22).

«Los mármoles del palacio Anicio sonaban á opulencia y esplendor (23); y los nobles y senadores de Roma iban aspirando por grados á remedar á familia tan esclarecida. La descripcion esmerada de la ciudad, compuesta en el siglo de Teodosio, especifica mil setecientas y ochenta *casas* que albergaban riquisímos y condecorados ciudadanos (24). Varios de aquellos suntuosísimos alcázares casi abonaban el encarecimiento de un poeta de que cada albergue era una ciudad; pues abarcaban en su recinto cuanto se requeria para el mantenimiento ú el lujo; mercado, picaderos, templos, fuentes, baños, pórticos, alamedas y pajareras (25). El historiador Olimpiodoro, que va describiendo el estado de Roma al sitiarla los Godos (26), se esmera en anotar que muchos de los senadores mas acaudalados solian recibir de sus estados una renta anual de cuatro mil libras de oro, sin contar el abasto fijo de trigo y vino, que, vendido, ascenderia en valor á un tercio del dinero. En cotejo de este caudal desmedido, una renta corriente de mil ó mil y quinientas libras de oro pudiera conceptuarse mas que competente para la jerarquía de senador, que traia consigo cuantiosos desembolsos. Cítanse ejemplares, en el siglo de Honorio, de nobles populares y vanagloriosos que celebraban el año de su pretoría con unos festejos que duraban semanas enteras, y solian costar mas de quinientos mil duros (27). Los estados de los senadores romanos, que en tanto grado sobrepujaban á las fortunas modernas, no

quedaban ceñidos á los confines de Italia, esplayándose sus posesiones allende los mares Jónico y Ejeo, y hasta las provincias mas remotas. La ciudad de Nicópolis, fundada por Augusto para monumento perpetuo de la victoria Accia, era propiedad de la devota Paula (28); y advierte Séneca que rios que deslindaran naciones enemigas corrian ahora por medio de tierras pertenecientes á ciudadanos privados (29). Segun la índole y circunstancias, cultivábanse los estados por manos de esclavos, ó se arrendaban con un rédito constante y pactado á un inquilino dilijente. Los escritores económicos antiguos recomiendan con ahinco el primer método para donde sea practicable; mas distando la finca de la presencia del dueño, anteponen el esmero de un arrendador hereditario, adicto al terreno é interesado en sus productos, á la administracion mercenaria de algun descuidado y quizás infiel mayordomo (30).

La nobleza opulenta de toda capital inmensa, ajena de la carrera militar, y por maravilla empleada en el réjimen civil, se adormece naturalmente en medio del ocio y el recreo de la vida privada. Menospreciábase el tráfico en Roma; pero los senadores, desde el principio de la república, fueron acrecentando su patrimonio y multiplicando su clientela con logrerías, pues burlaban las leyes ya anticuadas, ó bien las atropellaban, con el afan recíproco de los interesados (31). No podia menos de haber crecidos caudales en Roma, ya en la moneda corriente del imperio, ú en oro ú plata labrada, atesorando, en tiempo de Plinio, algunas alhacenas mas plata maciza de la que trajo Escipion, vencida Cartago (32). La mayoría de la nobleza, malbaratando sus haberes en descompasado lujo, pobreaba en medio de su opulencia, y ociaba en su jiro incesante de necia liviandad. Acudian miles de brazos á colmar sus deseos, ya por catervas de esclavos caseros, ya por artífices y mercaderes infinitos, esperanzados y ansiosos tras la ganancia. Carecian los antiguos de un sinnúmero de regalos inventados ó encarecidos con el esmero industrioso; y la abundancia del cristal y del lienzo ha proporcionado mas comodidad y aseo á las naciones modernas de Europa que cuanto podian ajenciarse los riquísimos senadores con toda su lujosa sensualidad (33). Hanse ya dado por otros los permenores de su lujo y de sus costumbres; y como esta tarea me desviaria demasiado de la mia, voy á citar un mapa auténtico de Roma y de sus habitantes, propio de la temporada en que nos hallamos de la invasion goda. Amiano Marcelino, escojiendo atinadamente la capital del imperio para residencia de un historiador de su propio siglo, ha entretejido, en el hilo de su narracion de los acontecimientos públicos, un cuadro vivísimo de cuanto estaba presenciando. El lector discreto no se conformará en todo con la aspereza de la censura, la eleccion de las circunstancias, ni el temple de su lenguaje, pues descubrirá preocupaciones encubiertas y enconos personales que destempla-

ban al mismo Amiano; mas se hará cargo complacidamente y con interés filosófico del retrato orijinal de las costumbres de Roma (54).

« La grandeza de Roma (así se esplica el historiador) estribó en la hermandad estraña y casi increible de la verdad y la dicha. El dilatado plazo de su niñez se embargó todo en el afan de sus lides con las tribus de Italia, vecinas y enemigas de la nueva ciudad. Sostuvo, en la pujanza de su mocedad, la tormenta de la guerra; traspuso con sus armas vencedoras mares y cumbres, y trajo á casa laureles triunfadores de todos los ámbitos del globo. Por fin, declinando hácia la vejez, y venciendo á veces tan solo con el terror de su nombre, trató de adormecerse en el regazo del sosiego y desahogo. La *ciudad venerable*, holladora de las cerviccs mas erguidas de mil naciones; planteadora de justas leyes, y conservadora perpetua de la justicia y la libertad, contentóse luego, á fuer de cuerda y acaudalada madre, de encargar á los Césares, sus hijos predilectos, el desvelo de manejar su pingüe patrimonio (55). Paz segura y profunda, al par de la de Numa, sobrevino á los tumultos de la república, mientras se adoraba Roma todavía como reina de las naciones, y todas las avasalladas reverenciaban el nombre del pueblo y la majestad del senado. Pero aquel esplendor nativo (continúa Amiano) yace desdorado con los procederes de ciertos nobles, que trascordando su propio señorío y el de su pais, se arrojan con desenfreno por todos los vicios y devaneos. Compiten todos en la vanagloria de dictados y sobrenombres, y andan esmeradamente entresacando ú inventando apellidos sonoros y encumbrados, como Reburro, Fabunio, Pagonio y Tarrasio (56), que retumben á los oidos del vulgo con asombro y respeto. Con el ansia desatinada de perpetuar su memoria, se desviven por multiplicar su semejanza en estatuas de bronce y mármol; y no se dan por satisfechos, en faltando á las estatuas sus chapas de oro, distintivo honorífico otorgado al pronto al cónsul Acilio, cuando hubo avasallado con sus armas é intelijencia al rey Antíoco. La vanagloria de ostentar y encarecer tal vez la cuenta de sus productos por las provincias de Oriente y Occidente mueve á ira á cuantos recapacitan que sus antepasados menesterosos é invencibles no se diferenciaban de los ínfimos soldados, ni en el esmero de su alimento, ni en su esterior; pero los nobles modernos andan midiendo su jerarquía y entidad por el encumbramiento de sus carruajes (57) y la pesada magnificencia de sus trajes. Tremolan al viento sus larguísimos ropajes; y como se revuelven natural ó artificialmente, van descubriendo su ropa interior y túnicas primorosas con bordados esquisitos figurando varios animales (58). Con la escolta de medio centenar de sirvientes, destrozan el empedrado tan atropelladamente como si fuesen de viaje y con caballos de posta; y las damas y matronas, al remedo de los senadores, corren y vuelan tambien por

calles y plazas dia y noche por la ciudad y por los arrabales. Cuando estos personajes se dignan asomar por los baños públicos, se entonan desde la puerta con ínfulas de mando y señorío, y se apropian cuanto pertenece al regalo del pueblo romano. En aquellos parajes públicos se hermanan con los ajentes infames de sus deleites, abrazándolos espresivamente, al paso que se desentienden altaneramente del saludo de sus conciudadanos, á quienes tan solo se consiente el obsequio de besarles la mano ó las rodillas. Bañados ya, reponen sus anillos y demás insignias de su grandeza, entresacan de su equipaje de esquisitos lienzos, que bastarian para doce individuos, los vestidos mas halagüeños á sus antojos, y siguen con la misma altivez, propia de un Marcelo, tras la conquista de Siracusa, hasta que por fin desaparecen. Emprenden sin embargo tal cual vez estos héroes proezas mas arduas, pues van visitando por Italia sus estados, y proporcionándose por manos serviles el recreo de la caza (39). Si por antojo, con especialidad en dias calurosos, se arrojan á dar la vela en sus galeras pintadas desde el lago Lucrino (40) á sus quintas numerosas por la costa de Puteoli y Cayeta (41), comparan sus espediciones con las marchas de César ó de Alejandro; pero si una mosca se atreve á posarse por los pliegues de sus doradas sombrillas; si un destello del sol cala por una quiebra desatendida é imperceptible, ya se ponen á lamentar su angustia intolerable en lenguaje melindroso de que no han nacido en el pais de los Cimerios (42), rejion de lobreguez perpetua. En aquellos viajes al campo (43), toda la casa marcha con el dueño. Al modo que se escuadronan infantería, caballería, armadas del todo ú á la lijera, vanguardia y retaguardia, así los oficiales caseros, blandiendo su varilla, como insignia de su autoridad, van repartiendo y colocando la crecida comitiva de esclavos y acompañantes. El repuesto y el equipaje marchan al frente; sígueles una caterva de cocineros y marmitones dedicados al servicio de la cocina y de la mesa. El cuerpo principal se compone de un tropel de esclavos, con el refuerzo accidental de plebeyos haraganes y dependientes. Cierra la retaguardia la cuadrilla predilecta de eunucos, distribuidos segun sus años; y su número y su fiereza horrorizan á cuantos los miran, detestando la memoria de Semíramis, inventora del arte bárbaro de frustrar la naturaleza y de marchitar en su brote las esperanzas de toda jeneracion venidera. En el desempeño de su jurisdiccion doméstica, ostentan los nobles de Roma un melindre estremado por todo agravio personal, y despego altivo para con todo el linaje humano. En pidiendo agua tibia, si el esclavo no acude al vuelo, se le castiga con trescientos azotes; mas si el mismo comete un homicidio, el dueño prorumpe blandamente que era un malvado, pero que si repite el desafuero, tendrá su debido escarmiento. Virtud fué allá la hospitalidad en Roma, y todo estraño, bene-

mérito ú desventurado, lograba jeneroso agasajo. En el dia, si un estranjero, tal vez de clase decorosa, asoma por los umbrales de un senador opulento y engreido, se le acoje al pronto con tales estremos y preguntas cariñosas, que sale embelesado con los halagos del amigo esclarecido, y se arrepiente de haber tardado tanto en viajar á Roma, solar de la cortesanía y del imperio. En alas de aquel primer agasajo, vuelve al dia siguiente, y esperimenta el desengaño de que su persona, nombre y patria quedan igualmente olvidados. Si insiste en sus visitas, se le va contando en clase de uno de los dependientes, y se le consiente el acudir á tributar sus rendimientos infructuosos al dueño altanero, incapaz de amistad y de agradecimiento, pues ni apenas se digna advertir su presencia, su despedida ó su regreso. En disponiendo el poderoso un banquete solemne y popular (44), en celebrando sus festines peculiares con lujo descompasado y pernicioso, el nombramiento de los convidados es asunto de esmerada y ansiosa deliberacion. Orillanse el comedido, el parco y el instruido; y los alistadores, que suelen adolecer de parcialidad, se amañan para convocar á individuos desconocidos y malvados. Pero los compañeros perpetuos y familiares de los grandes son sus paniaguados, que benefician su profesion utilísima de aduladores, que vitorean palabras y obras del inmortal magnate, se embelesan con sus columnas de mármol y su vistoso pavimento, y encumbran con ahinco el boato y elegancia, pues le enseñan á conceptuarlo todo como porcion de su mérito personal. En las mesas romanas, *aves*, *ardillas* (45) y peces de tamaño descomunal se miran con sumo conato; se acude á la balanza para puntualizar su peso efectivo, y mientras todo huésped sensato se aburre con tanta molestia, se llaman escribanos que legalicen auténticamente la verdad de tan grandiosa maravilla. Otro arbitrio para internarse por los palacios es la profesion de tahur, ó, como decorosamente llaman, de jugador. Los asociados se enlazan con vínculos estrechos de intimidad, ó mas bien de conspiracion, y la maestría en el arte *teserario* (que pudo interpretarse el juego de dados, ótablero de damas (46)), es el camino mas cierto para medrar y afamarse. El consumado en esta ciencia sublime, que en una cena ó en cualquiera tertulia no se sobrepone á un majistrado, manifiesta en su sobrecejo la estrañeza ó la ira que pudiera caber á un Caton al rehusarle una plebe antojadiza sus votos para la pretoría. Por maravilla se digna dedicarse al estudio un noble, que abomina de todo esmero y aplicacion, menospreciando altamente los libros y ateniéndose meramente á las sátiras de Juvenal y á las patrañas difusas de Mario Máximo (47). Sus librerías heredadas quedan allá arrinconadas como panteones horrorosos y privados de la luz del dia (48); pero los instrumentos teatrales costosísimos, flautas, liras grandiosas, y tubos hidráulicos, merecen su íntimo aprecio, y la armo-

nía de música vocal é instrumental está resonando á toda hora por los palacios de Roma, donde el sonido prepondera á la racionalidad, y los ejercicios y galas del cuerpo á los primores del entendimiento. Se da por sentada la máxima saludable que el mas leve asomo de epidemia es motivo muy poderoso para desentenderse de toda visita, aun de los amigos mas íntimos; y hasta los mismos sirvientes que se envian en pos de informes positivos no vuelven á la casa sin la ceremonia esmerada de las friegas en el baño. Sin embargo, todo este melindre tan opresivo y afeminado tiene que ceder ante el afan predominante de la codicia. Acudirá un senador gotoso para sus ganancias hasta Espoleto; las esperanzas de alguna herencia avasallan su erguida arrogancia; y el ciudadano rico y sin hijos es el prepotente en Roma. Abunda la maestría en ajenciarse la firma de un testamento favorable, y á veces en adelantar el trance de su ejecucion; y ha sucedido bajo el mismo albergue, pero en diversa vivienda, marido y mujer, con el ejemplar intento de sobrepujarse uno á otro, convocar sus respectivos curiales para manifestarles sus ánimos recíprocos, pero opuestos. Los apuros que en justo castigo acarrea el desenfreno del lujo á los grandes suelen doblegarlos á rendimientos bochornosos. Para lograr un préstamo, se valen del abatido ademan de un esclavo de comedia; mas en tratándose del pago, se entonan con la declamacion rejia y trájica de algun descendiente del mismo Hércules. Si el demandante insiste, acuden á perjuros de profesion que le sindican de hechicero ú envenenador, y por maravilla se le desencarcela hasta que firma un billete de reintegro de la deuda. Tantos vicios que desdoran la moralidad de los Romanos llevan consigo niñerías supersticiosas que afrentan su entendimiento. Oyen confiadamente los anuncios de agoreros, que aparentan leer, en las entrañas de las víctimas patentes muestras de logros y prosperidades venideras, habiendo jentes que ni se bañan, ni comen, ni salen, sin haberse antes enterado, segun las reglas de astrolojía, de la situacion de Mercurio y del aspecto de la luna (49), y es por cierto lo mas estraño que esta credulidad desatinada suele reinar entre los profanos escépticos, que dudan ó niegan la existencia de toda potestad sobrehumana.»

En las ciudades populosas, donde florecen el comercio y las manufacturas, la clase media de los moradores, que pende para la subsistencia de la faena de sus dilijentes manos, es la parte mas pobladora, mas provechosa, y, bajo este concepto, la mas respetable del vecindario; pero los plebeyos de Roma, ajenos de estas artes sedentarias y serviles, fueron, desde los tiempos primitivos, acosados por las deudas y logrerías; y el labrador, en las temporadas del servicio militar, tenia que abandonar el cultivo de su cortijo (50). Las tierras de Italia, divididas orijinalmente entre las familias de hacendados libres y menesterosos, se fueron

imperceptiblemente comprando ó usurpando por la codicia de los nobles; y en toda la temporada que antecedió á la ruina de la república, se reguló que se reducian á solos dos mil ciudadanos los hacendados independientes (51). Pero mientras siguió el pueblo otorgando con sus votos los timbres del estado, como mando de lejiones y administracion de provincias pingües, rebosando de engreimiento, embalsamaba algun tanto los quebrantos de sus escaseces, acudiendo tambien á ellas la ambicion dadivosa de los candidatos, que trataban de afianzar la mayoría venal de las treinta y cinco tribus, ó las ciento noventa y tres centurias de Roma. Mas cuando el vecindario estragado llegó á enajenar, no solo el *ejercicio*, sino la herencia del poderío, bastardeó, cual populacho torpe y villano, bajo el reinado de los Césares, anonadándose ya en pocas jeneraciones su alcurnia, y reponiéndose con el libertamiento de los esclavos y la oleada de los estranjeros. Lamentábanse, ya en tiempo de Adriano, los sujetos pundonorosos de que la capital era el sumidero de todos los vicios del orbe y de las costumbres de las naciones mas opuestas. La beodez de los Galos, la astucia y liviandad de los Griegos, el empedernimiento irracional de Judíos y Ejipcios, el rendimiento postrado de los Asiáticos, y el desenfreno mujeril y rematado de los Siríacos: todo se barajaba en tan revuelta muchedumbre, que apellidándose mentirosa y engreidamente romana, andaba menospreciando á sus conciudadanos, y aun á sus soberanos mismos que moraban fuera del recinto de la *Ciudad Eterna* (52).

Pronunciábase sin embargo aun con acatamiento el nombre de aquella ciudad; solia alborotarse á su salvo; y los sucesores de Constantino, en vez de estrellar los últimos restos de la democracia con el brazo pujante de la potestad militar, se atuvieron á la política mansa de Augusto, y se dedicaron á remediar las escaseces y embelesar la ociosidad de un jentío inmenso (53). I. Para el regalo de los plebeyos haraganes, el reparto mensual de trigo se trocó en el socorro diario de pan; se proporcionaron muchísimos hornos á espensas del público, y á su hora fija cada ciudadano, con la tarjeta consabida, subia por la gradería peculiar de su barrio ó seccion, y recibía, bien de balde, bien á precio ínfimo, una hogaza de tres libras para el consumo de su familia. II. Las selvas de Lucania, cuya bellota engordaba crecidas piaras de jabalíes (54), surtia allá por via de tributo precioso abasto de mantenimiento saludable. Repartíase por espacio de cinco meses al año racion abundante de tocino á los ciudadanos mas menesterosos; y el consumo anual de la poblacion, ya muy decaida de su antigua brillantez, se fijó por un edicto de Valentiniano tercero á tres millones seiscientas veinte y ocho mil libras (55). III. Segun las costumbres de la antigüedad, se empleaba imprescindiblemente el aceite en las lámparas y en el baño; y el impuesto cargado sobre el

Africa en beneficio de Roma, ascendia á tres millones de libras. IV. El afan de Augusto por abastecer colmadamente de trigo la capital se ceñia únicamente á este renglon fundamental de la subsistencia humana; y cuando clamaban contra la carestía del vino, el reformador circunspecto solia publicar una proclama, recordando á los súbditos que ningun racional podia fundadamente quejarse de sed desde que las cañerías de Agripa aprontaban en arroyos agua cristalina y saludable (56). Fuése relajando tan estrecha sobriedad, y aunque el intento de Aureliano (57) no tuvo al parecer cabida en toda su estension, se franqueó luego anchamente el uso del vino. Encargóse la administracion de los lagares á un majistrado de categoría, y gran porcion de los viñedos de Campania fructificaban para el regalo de los habitantes de Roma.

Los acueductos asombrosos, y dignísimamente encarecidos por el mismo Augusto, llenaban las *Termas*, ó baños, construidos por toda la ciudad con magnificencia imperial. Los de Antonino Caracala, abiertos á sus horas fijas para el uso indistinto de senadores y plebeyos, contenian mas de mil y seiscientas tinas de mármol, y se contaban hasta mas de tres mil en los de Diocleciano (58). Paredes esculpidas y techumbres altas y artesonadas remedaban con sus matices y primores los partos de pinceles esquisitos. El granito ejipcio se ocultaba revestido con el verde esmeralda del mármol de Numidia; arroyos incesantes de agua tibia iban cuajando los estanques por otros tantos grifos anchurosos de plata maciza y bruñida; y el ínfimo Romano, por una monedilla de cobre, se proporcionaba el goce diario de un regalo pomposo y aseñorado cual lo pudiera envidiar un potentado asiático (59). De alcázares tan rejios iban saliendo catervas de plebeyos andrajosos y descalzos, que solian desgastar el dia por el Foro en pos de noticias ó de reyertas, malbaratando en apuestas disparatadas la escasa racion de sus mujeres y niños, y allá se encenagaban noches enteras en las covachas de la hedionda mancebía (60).

Pero el recreo mas vehemente de la ociosa muchedumbre se cifraba en los repetidos agasajos de juegos y espectáculos públicos. La relijiosidad de los príncipes cristianos tenia vedadas las peleas inhumanas de los gladiadores; mas el pueblo romano estaba siempre conceptuando el circo por su albergue, su templo y el alcázar de la república. Arrojábase allá la chusma desalada desde el amanecer en pos de asientos, habiendo infinitos que pasaban la noche en vela desasosegada por los pórticos inmediatos. La concurrencia, que solia ascender á cuatrocientas mil almas desde la madrugada hasta la noche, prescindiendo del sol y de la lluvia, estaba colgada incesantemente, clavando los ojos en los caballos y sus conductores; y en medio de sus zozobras y esperanzas por el triunfo de sus *matices* predilectos, manifestaban que la dicha de Roma se cifraba

en el éxito de la carrera (61). El mismo desenfreno de vocería y aplausos atronaba en la cazería de fieras y en las varias funciones teatrales. Cabe que en las capitales modernas se conceptúen estas representaciones como escuelas de fino gusto y tal vez de pundonor; pero la Musa trájica y cómica de los Romanos, que por maravilla trató de sublimarse sobre el númen Atico (62), vino á enmudecer con el derribo de la república (63), desbancándola indignamente farsas monstruosas, música afeminada y boato esplendoroso. La pantomima (64), tan decantada desde el siglo de Augusto hasta el sexto ú séptimo, estuvo mudamente representando las varias patrañas de los dioses y héroes de la antigüedad, con desempeño tan cabal, que solia desarrugar el ceño del filósofo, y arrebatar el asombro y los aplausos del pueblo. Llenaban los anchurosos y magníficos teatros de Roma hasta tres mil bailarinas, y otros tantos cantores y sus respectivos corifeos. Suma era su aceptacion y privanza, pues en temporadas de carestía, en que se arrojaba de la ciudad á todos los forasteros, el realce de contribuir á los recreos públicos *los* eximia de una disposicion que se ejecutaba cumplidamente con todos los profesores de las artes liberales (65).

Cuéntase que la curiosidad desatinada de Eliogábalo intentó apurar por la cantidad de las telarañas el vecindario de Roma. Otro sistema mas certero correspondia al desvelo de todo príncipe racional, pues en su mano estaba el empadronamiento, importante para su gobierno é interesante á la posteridad. Rejistrábanse puntualmente nacimientos y muertes de los ciudadanos; y si algun escritor antiguo se aviniera á mencionar la suma anual, ó el total corriente, pudiéramos ahora ofrecer algun cómputo fundado, ajeno de las abultadas estravagancias de los críticos, confirmando tal vez las probables y atinadas conjeturas de los filósofos (66). La pesquisa mas dilijente tan solo ha podido entresacar las circunstancias siguientes, que, si bien lijeras y escasas, arrojan sin embargo alguna luz sobre el vecindario de la antigua Roma. I. Al sitiar los Godos la capital del imperio, el matemático Amonio fué midiendo el recinto, que resultó de siete leguas (67). Hay que tener presente que la ciudad era casi circular, que es la figura jeométrica, como es notorio, mas ventajosa para abarcar el mayor espacio en una circunferencia dada. II. El arquitecto Vitruvio, que floreció en el siglo de Augusto, y cuyo testimonio sobre este punto es de sumo peso y autoridad, advierte que las viviendas innumerables del pueblo romano se hubieran ido esplayando por fuera de los límites angostos de la ciudad, y que por falta de solar, ceñido probablemente en derredor por quintas y verjeles, se acudió á la práctica obvia, pero arriesgada, de encumbrar las casas por el aire (68); pero esta elevacion descompasada, y á veces repentina, solia acarrear fracasos funestos; y así se dispuso repetidamente por Augusto y por Neron que la

altura de los edificios particulares en el interior de Roma no escediese de setenta piés del piso (69). III. Juvenal (70) se lamenta, y al parecer por su propia esperiencia, de los quebrantos de todo ciudadano menesteroso, á quienes encarga eficaz y provechosamente que se alejen al punto de la humareda de Roma, puesto que en su mano está el proporcionarse en mil puntos de Italia acomodo placentero y ventajoso al precio que les costaba una vivienda lóbrega y ruin. Por tanto eran descompasadamente subidos los alquileres; sumo era el desembolso de los ricos por el solar de sus alcázares y pensiles, y así tenia que apiñarse estrechísimamente el vecindario, y los diversos pisos se dividian, como ahora en Paris y en otros pueblos, entre varias familias plebeyas. IV. El número de casas, en las catorce rejiones de la ciudad, se halla puntualmente sumado en la descripcion de Roma, compuesta en el reinado de Teodosio, y asciende á cuarenta y ocho mil trescientas ochenta y dos (71). Las dos clases de *casa* y *manzana (domus é insulæ)* abarcan todas las viviendas de la capital de toda jerarquía y profesion, desde el palacio de mármol de los Anicios, con su caterva de libertos y esclavos, hasta el encaramado zaquizamí, donde el poetilla Codro y su mujerzuela tenian alquilado un rinconcillo á teja vana. Si nos conformamos con el cómputo que se ha seguido en Paris (72), concediendo indistintamente como veinte y cinco individuos por casa de cada clase, vendrémos á graduar prudencialmente el vecindario de Roma en un millon y doscientos mil habitantes; suma que no debe parecer exorbitante para la capital de imperio tan poderoso, aun cuando esceda á la poblacion de las mayores ciudades de la Europa moderna (73).

Tal era Roma en el reinado de Honorio, cuando la hueste goda puso cerco á la ciudad (74) (A. 408). Colocadas con maestría las crecidas fuerzas que ansiaban á porfía el trance del asalto, estaba Alarico cercando las murallas, señoreando las doce puertas principales, atajando toda comunicacion con el pais inmediato, y acechando desveladamente la navegacion del Tiber por donde se abastecian segura y colmadamente los Romanos. Fué el primer ímpetu de la nobleza y la plebe todo de estrañeza y de ira, por cuanto un inmundo bárbaro osaba desacatar á la capital del orbe; mas doblegóse luego su arrogancia con la desventura; y su saña vil, en vez de arrostrar en la lid al enemigo, se cebó en la sangre de una víctima indefensa é inocente. Quizás respetaran á Serena como sobrina de Teodosio, tia y aun madre adoptiva del emperador reinante; mas odiaban á la esposa de Estilicon, y escuchaban allá crédula y coléricamente las patrañas calumniosas que la suponian en correspondencia reservada con el Godo. A impulsos del temor ó del frenesí, el senado, prescindiendo de toda probanza, la sentenció á muerte. Ahorcaron afrentosamente á Serena; y la muchedumbre ilusa estrañó sobremanera que

su sangrienta tropelía no acarrease inmediatamente la retirada de los bárbaros y el rescate de la ciudad desventurada, que fué sucesivamente padeciendo los apuros de la escasez, y luego la calamidad horrorosa del hambre. El reparto diario de tres libras de pan se fué reduciendo á la mitad, á un tercio, á nada; y el precio del trigo seguia subiendo ejecutiva y descompasadamente. Los ciudadanos menesterosos é imposibilitados de comprar su precisa subsistencia acudian á la condescendencia voluble de los pudientes; y por algun tiempo se alivió la miseria pública con la humanidad de Leta, viuda del emperador Graciano y avecindada en Roma, quien dedicaba al socorro de los necesitados su rejia viudedad que le continuaban anualmente sus agradecidos sucesores (75). Pero estos agasajos particulares y temporales no alcanzaban á aplacar el hambre de tan crecido vecindario; y aun esta vino luego á asaltar hasta los palacios de mármol de los mismos senadores. Las personas de ambos sexos, criadas con lujo y holganza, palparon cuán escasas son las verdaderas necesidades de la naturaleza, y allá se desprendian con afan de su oro y plata en cambio de un sustento corto y tosco que antes desecharan con enfado. Los alimentos mas repugnantes á la vista y olfato y los mas contrarios á la sanidad causaban deseos vehementes, y aun contiendas reñidas entre los desesperados hambrientos. Se malició que algunos malvados, en su ímpetu rabioso, se cebaban en cadáveres de sus semejantes, matándolos antes, y aun madres (¡tan violento era el conflicto entre los dos instintos predominantes del pecho humano!) ¡aun se cuenta que hubo madres que paladearon la carne de sus hijos asesinados (76)! Miles de habitantes fallecieron en sus propias casas y por las calles, faltos de sustento; y como las sepulturas públicas fuera de los muros estaban en poder del enemigo, el hedor de tantísimo cadáver insepulto inficionó el ambiente, y luego el contajio pestilente agravó la desdicha del hambre. La corte de Ravena estaba sin cesar comunicando anuncios de socorro inmediato, que por algun tiempo fueron sosteniendo el desmayado empeño de los Romanos, hasta que al fin desesperando de todo rescate natural, acudieron á la oferta de auxilio sobrehumano. Algunos adivinos toscanos, á impulsos de su maldad ó de su fanatismo, habian persuadido á Pompeyano, prefecto de la ciudad, que con la pujanza misteriosa de ensalmos y sacrificios, podian arrebatar el rayo de las nubes, y dispararlo sobre el campamento bárbaro (77). Comunicóse el esquisito arcano á Inocencio, obispo de Roma, y se culpa al sucesor de San Pedro, quizás sin fundamento, de anteponer la salvacion de la república á la rijidez esclusiva del culto cristiano; pero ventilado el punto en el senado, y propuesta la condicion imprescindible de celebrar los sacrificios en el Capitolio, con la autoridad y en presencia de los majistrados, la mayoría, temerosa del desagrado de la majestad divina ó de la imperial, se desentendió de un paso,

que aparecia como equivalente al restablecimiento público del paganismo (78).

El recurso postrero de los Romanos se cifraba todo en la clemencia, ó á lo menos en la moderacion del rey godo. El senado, que en aquel trance empuñó las riendas del gobierno, nombró á dos embajadores para negociar con el enemigo, recayendo el grandioso encargo en Basilio, senador oriundo de España, y esclarecido ya por su administracion en las provincias, y en Juan, primer tribuno de los notarios, muy adecuado al intento por su maestría en los negocios, y por su intimidad anterior con el príncipe godo. Llegados á su presencia, manifestaron, tal vez con mas desentono del que correspondia á su situacion apurada, que estaban los Romanos resueltos á mantener su señorío, así en paz como en guerra, y que si Alarico les negaba una capitulacion decorosa y aun honorífica, podia ya al eco de sus clarines trabar batalla con un pueblo innumerable, ejercitado en las armas, y aguijado por su desesperacion.—«Cuanto mas espeso está el heno, mejor se guadaña,» fué la contestacion lacónica del bárbaro, acompañándola con una carcajada ruidosa é insultante, vivo retrato de su menosprecio para con las amenazas de una chusma afeminada y envilecida con el lujo aun antes que el hambre la descarnase y destrujese. Allanóse entónces á justipreciar el rescate para retirarse de los muros de Roma: *todo* el oro y la plata de la ciudad, propio del estado y de los individuos, *todas* las preseas y muebles preciosos, y *cuantos* esclavos acreditasen su entronque con los *bárbaros*. Alentáronse los enviados á preguntarle comedida y postradamente «si tales son, ó rey, vuestras peticiones, ¿qué es lo que estáis en ánimo de dejarnos?—Vuestras vidas,» replicó el vencedor altanero; se estremecieron y se retiraron. Mas al retirarse por fin, se ajustó una breve tregua que proporcionó otra negociacion mas comedida. Fué Alarico despejando su ceño, amainó en sus demandas, y por último se avino á levantar el sitio con el pago inmediato de tres mil libras de oro y treinta mil de plata, cuatro mil mantos de seda, tres mil piezas de grana, y tres mil libras de pimienta (79). Mas estaba exhausto el erario, las rentas anuales de los estados grandes de Italia y de las provincias estaban atajadas; el oro y la pedrería se habian trocado, durante el hambre, por los mas ínfimos abastos; los tesoros reservados permanecian ocultos por la indómita avaricia, y los tales cuales restos de consagrados despojos eran el único recurso para precaver el fracaso inminente de la ciudad. Satisfecha el ansia de Alarico, quedaron los Romanos disfrutando sosiego y abundancia. Fuéronse abriendo cautelosamente algunas de las puertas, sin que los Godos estorbasen el abasto venido de las cercanías; acudia atropelladamente el vecindario al mercado libre, que se franqueó por tres dias en los arrabales, y mientras los tratantes tomaron á su cargo aquel tráfico lucroso, se afianzó el

abastecimiento de la ciudad con los grandiosos acopios que se agolparon en las trojes públicas y privadas. Observóse en los reales de Alarico una disciplina mas entonada de lo que pudiera presumirse, y acreditó el cuerdo bárbaro su miramiento para con la fe de los tratados, por el rigor con que castigó á una partida desmandada de Godos que insultaron á algunos Romanos en el camino de Ostia. Su hueste, enriquecida con las contribuciones de la capital, se fué pausadamente adelantando hácia la pingüe provincia de Toscana, su inmediato invernadero; y su estandarte fué el paradero de cuarenta mil esclavos bárbaros, que estrellando sus cadenas, estaban aspirando á desagraviarse de tanto padecimiento y servidumbre bajo el mando de su gran libertador. Por el mismo tiempo recibia refuerzo mas honroso de Godos y Hunos, que Adolfo ó Ataulfo (80), hermano de su mujer, acaudillaba á su instancia, desde las márjenes del Danubio á las del Tíber, y que habia abierto su rumbo con algun tropiezo y quebranto por medio de las tropas imperiales, en número superior. Adalid victorioso que hermanaba el denuedo de un bárbaro con la maestría de un jeneral romano, hallábase Alarico capitaneando cien mil combatientes, y la Italia estaba pronunciando con respeto y terror su nombre formidable (81).

A distancia de catorce siglos, tenemos que ceñirnos á referir las hazañas de los conquistadores de Roma, sin podernos internar en los motivos de su conducta política. Tal vez en medio de su prosperidad aparente, se conceptuaba Alarico recónditamente endeble y defectuoso, y quizás la moderacion que ostentaba era un ceñuelo para embelesar y adormecer á los crédulos ministros de Honorio. Andaba el Godo repitiendo que anhelaba acreditarse de amigo de la paz y de los Romanos, partiendo á su instancia tres senadores de embajada á la corte de Ravena, en solicitud de mutuos rehenes y de la conclusion del tratado; y las propuestas que luego en el discurso de la negociacion espresó debian infundir alguna desconfianza por desproporcionadas á su eminente cumbre. Insistia el bárbaro en aspirar á la jerarquía de maestre jeneral de Occidente; pactó un subsidio anual de abastos y dinero, y escojió las provincias de Dalmacia, Nórico y Venecia para asiento de su nuevo reino, que dominaba entónces la comunicacion importantísima entre Italia y el Danubio. Aun en el caso de quedar desechados aquellos términos tan moderados, se mostraba Alarico propenso á prescindir de sus demandas pecuniarias, y hasta á contentarse con la posesion del Nórico, pais talado y exhausto, y espuesto á las correrías incesantes de los bárbaros de Jermania (82). Mas desesperanzóse de la paz con la tenacidad temerosa ó las miras interesadas del ministro Olimpio. Sin dar oidos á las manifestaciones saludables del senado, despidió á los embajadores con escolta militar, muy crecida para obsequio, y sobrado endeble para defensa. Mandóse á seis mil Dal-

macios, la flor de las lejiones imperiales, pasar de Ravena á Roma, por un pais despejado y lleno de catervas de bárbaros. Cercados y vendidos los valientes, cayeron en holocausto al devaneo ministerial; salvóse de la matanza el jeneral Valente con un centenar de soldados; y uno de los embajadores, que ya no podia acojerse al resguardo de la ley de las naciones, tuvo que comprar su libertad con el rescate de treinta mil piezas de oro. Alarico sin embargo, en vez de enconarse con hostilidad tan desvariada, renovó inmediatamente sus pláticas de paz; y la segunda embajada del senado romano, con el realce de Inocencio, obispo de la ciudad, fué escoltada á todo trance por un destacamento godo (83) (A. 409).

Pudiera Olimpio (84) seguir insultando el fundado enojo del pueblo, que á voces le estaba culpando como autor de las calamidades públicas; mas los amaños palaciegos y ocultos tenian socavada su privanza. Los eunucos predilectos traspasaron el gobierno de Honorio y del imperio á Jovio, prefecto del pretorio, sirviente ruin, que no compensó con el mérito de su afecto los desaciertos de su administracion. El destierro ú sea huida del malvado Olimpio le preservó para nuevas vicisitudes. Arrinconado y errante, se encubrió de nuevo, y derrocándole otra vez, lo desorejaron y azotaron de muerte, cuyo ignominioso escarmiento sirvió de gustosa vista á los amigos de Estilicon. Orillado Olimpio, cuyo temple adolecia de fanatismo, quedaron los paganos y los herejes exentos de la veda política que los escluia de todo empleo público. El valeroso Jenerid (85), soldado de oríjen bárbaro, siempre afecto al culto de sus antepasados, habia tenido que arrinconar su tahalí; y aunque le aseguró repetidamente el mismo emperador que las leyes no abarcaban á sujetos de su jerarquía y merecimientos, se desentendió de toda dispensa parcial, y perseveró en su pundonoroso desvío hasta que recabó del gobierno una disposicion jeneral fundada en justicia. El desempeño de Jenerid en el puesto encumbrado á que ascendió ú se le repuso, de maestre jeneral de Dalmacia, Panonia, Nórico y Recia, resucitó al parecer la disciplina y el brio de la república. Tras una vida haragana y menesterosa, se habituó á la tropa á riguroso ejercicio y mantenimiento abundante; y su jenerosidad privada solia aprontar los galardones que escaseaban la avaricia ó la escasez de la corte de Ravena. El teson de Jenerid, siempre formidable para los bárbaros inmediatos, fué el antemural mas poderoso de la raya ilírica, y su desvelado ahinco auxilió al imperio con un refuerzo de diez mil Hunos, que asomaron al confin de Italia, acompañados con tantísimos abastos y rebaños de bueyes y ovejas, que bastaran, no solo para la espedicion de un ejército, sino para el establecimiento de una colonia. Pero seguian el desvalimiento y el devaneo señoreando la corte de Honorio, al par del cohecho y de la anarquía. La guardia, inci-

tada por el prefecto, se alborota desaforadamente y pide las cabezas de dos jenerales y de los dos primeros eunucos. Enviáronse los jenerales, bajo la promesa alevosa de resguardo, á bordo de un bajel para degollarlos, mientras la privanza de los eunucos les proporcionó un destierro suave en Milan y en Constantinopla. El eunuco Eusebio y el bárbaro Alobich entran en el mando del dormitorio y de la guardia, y sus celos mutuos los derrocan á entrambos. Por disposicion insolente del conde de los domésticos apalean de muerte al gran camarero en presencia del atónito emperador; y luego el asesinato de Alobich, en medio de una procesion pública, es el único lance de su vida en que Honorio manifiesta algun asomo de brio y contraresto. Mas ya antes de su caida, tanto Eusebio como Alobich habian contribuido respectivamente al precipicio del imperio, oponiéndose á la conclusion del tratado que Jovio, por motivos interesados y tal vez criminales, habia negociado con Alarico en un avistamiento personal bajo los muros de Rímini. Persuadieron á Honorio, en ausencia de Jovio, que se entonase en términos muy ajenos de su situacion y de su índole, y enviase inmediatamente una carta con su firma al prefecto del pretorio, franqueándole el erario, pero vedándole el ajar los timbres militares de Roma, cediendo á las instancias altaneras de un bárbaro. Comunicóse torpemente la carta al mismo Alarico; y el Godo, que en toda la negociacion se habia portado con decoroso comedimiento, manifestó con espresiones violentas lo infinito que le encarnaba aquel desacato tan sumamente caprichoso contra su persona y su nacion. Cortóse atropelladamente la conferencia de Rímini; y el prefecto Jovio, al volver á Ravena, tuvo que admitir, y aun que engrandecer las opiniones dominantes de la corte. Por su dictámen y con su ejemplo, todos los prohombres del estado tuvieron que jurar, como igualmente la milicia, que, sin dar oidos, en *ningun* caso, á condicion *alguna* de paz, perseverarian en guerra perpetua é implacable contra el enemigo de la república; comprometimiento temerario que oponia una valla insuperable á toda negociacion venidera. Declararon luego los ministros de Honorio que si hubiesen únicamente invocado el nombre de la Divinidad, antepondrian á todo la salvacion pública, y entregarian su alma á la compasion del cielo; mas que habiéndose juramentado por la sagrada cabeza del mismo emperador, y habiendo palpado en ceremonia solemne aquel sagrario augusto de majestad y sabiduría, la contravencion al juramento los esponia á las penas temporales del sacrilejio y la rebeldía (86).

Mientras disfrutaban con engreimiento el emperador y su corte el resguardo de los pantanos y obras de Ravena, quedó Roma indefensa y á merced de Alarico (A. 409); mas tan suma era la moderacion que este abrigaba ó seguia aun aparentando, que al irse moviendo por la carretera Flaminia, despachaba incesantemente los obispos de las ciudades de

Italia, ofreciendo la paz y amonestando al emperador que tuviese á bien salvar la capital y el vecindario de la espada y el fuego enemigo de los bárbaros (87). Desvióse sin embargo el fracaso inminente, no por la conducta de Honorio, sino por el miramiento y humanidad del rey godo, que acudió á otro medio mas suave, y no menos certero de conquista. En vez de asaltar la ciudad, encaminó sus fuerzas contra el *puerto* de Ostia, una de las obras mas arrojadas y asombrosas de la magnificencia romana (88). Los contratiempos que solia padecer la capital en punto á los abastos, con las navegaciones de invierno y playas descubiertas, sujirieron al númen del primer César aquel intento utilísimo, que se completó en el reinado de Claudio. Los malecones que iban encajonando la entrada se internaban por el mar, contrastando inespugnablemente el ímpetu de las olas, mientras los bajeles mas grandiosos anclaban á su salvo en tres dárcenas hondas y anchurosas, donde venia á desaguar el brazo septentrional del Tíber, á una legua de la antigua colonia de Ostia (89). El *puerto* romano fué creciendo, y paró en silla episcopal (90), donde el trigo de Africa se entrojaba en pósitos para el abasto de la capital. Posesionado Alarico de aquel punto esencialísimo, intimó á la ciudad su entrega á discrecion, corroborando su instancia con la declaracion terminante de que la denegacion ó la demora acarrearian ejecutivamente la destruccion de los almacenes, donde estribaba la vida del pueblo romano. Clama el pueblo, asusta el hambre, y se doblega la entereza del senado; se aviene sin repugnancia á entronizar otro emperador en lugar del inservible Honorio, y el voto del vencedor godo reviste la púrpura al prefecto de la ciudad, Atalo. El agradecido monarca reconoce inmediatamente á su favorecedor como maestre jeneral de los ejércitos de Occidente; Ataulfo, con la jerarquía de conde de los domésticos, se encarga del resguardo de Atalo, y ambas naciones enemigas se hermanan al parecer con los vínculos estrechos de amistad y alianza (91).

Abrense las puertas de la capital, y el nuevo emperador de los Romanos, con escolta en derredor de las armas godas, marcha en procesion bulliciosa y se aposenta en el palacio de Augusto y de Trajano. Repartidos los cargos civiles y militares entre sus predilectos y secuaces, junta Atalo el senado pleno, ante el cual, en arenga entonada y florida, manifiesta su ánimo de restablecer la majestad de la república y de incorporar al imperio las provincias del Ejipto y del Oriente que habian antiguamente reconocido la soberanía de Roma. Promesas tan desatinadas acarrearon en todo pecho racional sumo menosprecio para con el afeminado usurpador, cuyo encumbramiento era la llaga mas afrentosa y mortal que habia cabido á la república con la insolencia de los bárbaros. Pero el populacho, con su acostumbrada liviandad, vitoreaba su mudanza de dueño; el desagrado jeneral favorecia al competidor de Honorio, y los sectarios,

acosados con sus edictos, contaban con algun arrimo, ú á lo menos tolerancia por parte de un príncipe, que siendo jónico de nacion y educado en la relijion pagana, habia posteriormente recibido el sacramento del bautismo de mano de un obispo arriano (92). Bonancibles y prósperos fueron los primeros dias del reinado de Atalo, pues con escasas fuerzas pasó un oficial de confianza y logró la obediencia de la provincia de Africa; postróse la mayor parte de Italia al terror del poderío godo; y aunque hizo la ciudad de Bolonia una resistencia porfiada y venturosa, el pueblo de Milan, quizás mal hallado con la ausencia de Honorio, aceptó con estruendosas aclamaciones la eleccion del senado romano. Alarico, al frente de un ejército formidable, llevó á su cautivo rejio casi hasta las puertas de Ravena, y se apareció luego una embajada ostentosa de los principales ministros, como Jovio, el prefecto del pretorio Valente, el maestre de infantería y caballería, el cuestor Potamio, Juliano, el notario primero, y entró con pompa marcial en el campamento godo. Se avenian todos, en nombre de su soberano, á reconocer la eleccion lejítima de su competidor, y á dividir las provincias de Italia y del Occidente entre ambos emperadores. Desechóse su propuesta con menosprecio, agravando el desaire la clemencia insultante de Atalo, que se allanaba á prometer que si Honorio se desprendia sobre la marcha de la púrpura, se le franquearia una vida bonancible en el destierro de alguna isla lejana (93). Tan desesperada parecia en efecto la situacion de Honorio á cuantos se hallaban enterados de sus fuerzas y recursos, que el ministro Jovio y el jeneral Valente claudicaron, desamparando vilmente á su bienhechor, y rindieron su alevoso acatamiento á su competidor mas afortunado. Atónito con tales ejemplares de traicion doméstica, temblaba Honorio al asomo de todo sirviente y á la llegada de algun mensajero. Estaba temiendo á los enemigos encubiertos que podian ocultarse en su capital, su palacio y su dormitorio, y tenia bajeles prontos en el fondeadero de Ravena para trasportar el apeado monarca á los dominios de su sobrino, todavía niño, el emperador de Oriente.

Pero hay una Providencia (tal era á lo menos la opinion del historiador Procopio) (94) que está velando sobre la inocencia y el devaneo, y las pretensiones de Honorio á su peculiar amparo son innegables. En el trance desesperado de estar, ajeno de toda resolucion cuerda y varonil, ideando una huida vergonzosa, fondearon oportunamente de improviso en Ravena cuatro mil veteranos. Entrega los muros y puertas de la ciudad á estos valerosos estranjeros, intactos de toda faccion palaciega, y tiéndese ya el emperador sin zozobra en su mullido lecho; llegan avisos favorables del Africa, y varia de estremo á estremo la opinion de los negocios públicos. Derrotada y muerta la tropa y oficialidad enviada al Africa, el conde Heraclio conservó con su eficacia su propia obediencia y

la de su pueblo. Estremó su lealtad remitiendo una suma cuantiosa, que afianzó el apego de la guardia imperial, y su desvelo en atajar la estraccion de trigo y aceite ocasionó hambre, alborotos y desazon en el interior de Roma. El malogro de la espedicion africana fué el oríjen de quejas mutuas y contraposicion al partido de Atalo, y el ánimo de su ensalzador se fué imperceptiblemente desviando de los intereses de un príncipe, ajeno de brio para mandar, y de docilidad para obedecer. Se acordaban disposiciones desatinadas sin noticia ó contra el dictámen de Alarico; y el empeño tenaz del senado en no admitir en el embarco quinientos Godos hacia maliciar desconfianza ó dañada intencion, que, en su situacion estremada, era ruindad y desacierto. Acibaró el encono del Godo la maquinacion siniestra de Jovio, que encumbrado á la jerarquía de patricio, trató luego de sincerar su intrincada doblez, manifestando sin empacho que *aparentó* desviarse del servicio de Honorío para dar mas certeramente al través con el usurpador. En las llanuras de Rímini, á presencia de una muchedumbre de Romanos y bárbaros, quedó el desventurado Atalo despojado de la diadema y de la púrpura; y Alarico envió, por prenda de paz y amistad, aquellas insignias rejias al hijo de Teodosio (95). Los empleados que acudieron con su desengaño y acatamiento quedaron repuestos en sus destinos, y aun se agració sin reparo á los tardíos en su arrepentimiento; mas el apeado emperador de los Romanos, ansioso por su vida é indiferente por su fracaso, imploró el permiso de seguir los reales godos en la comitiva de un bárbaro altanero y antojadizo (96).

La deposicion de Atalo orilló el tropiezo único que se atravesaba para la conclusion de la paz; y adelantóse Alarico hasta una legua de Ravena para doblegar la indecision de los ministros, cuyo descaro retoñó con el aliciente de la prosperidad; y revivió toda la ira del Godo con la privanza de Saro, caudillo competidor, enemigo personal de Ataulfo, y contrario por herencia á la casa de los Baltos. Aquel bárbaro denodado, acaudillando á trescientos secuaces, sale por las puertas de Ravena, sorprende y destroza un cuerpo considerable de Godos, regresa triunfalmente á la ciudad, y se le permite insultar á su antagonista, pregonando por un heraldo que el atentado de Alarico le apeaba para siempre de la amistad y alianza del emperador (97).

Por tercera vez va Roma á purgar con sus quebrantos el desvarío criminal de la corte de Ravena. El rey godo, desembozando ya su afan por venganza y saqueo, asoma con su hueste bajo los muros de la capital; y trémulo el senado, se disponia, desahuciado de todo socorro, con su resistencia desesperada, á dilatar el esterminio de la patria. Mas no alcanzan á cautelarse contra la conspiracion recóndita de sus esclavos y criados, quienes, por su nacimiento ú su interés, eran afectos al enemi-

go. Abren calladamente á deshora de la noche la puerta de Salaria, y el eco horroroso del clarin godo despierta al vecindario. A los mil ciento sesenta y tres años de su fundacion, la ciudad imperial, triunfadora y civilizadora de porcion tan crecida del linaje humano, quedó entregada al desenfreno irracional de las tribus de Jermania y de Escitia (98) (A. 410, agosto 24).

Sin embargo, la proclama de Alarico al allanar su entrada estaba rebosando de miramientos con las leyes de la humanidad y de la relijion. Estimulaba á su tropa á que se abalanzase denodadamente al galardon de su valor, y á enriquecerse con los despojos de un pueblo opulento y afeminado, pero la exhortaba al mismo tiempo á que conservase sus vidas á los ciudadanos desvalidos, y á que respetase las iglesias de los apóstoles San Pedro y San Pablo, como santuarios sacrosantos é inviolables. En medio de tantos horrores de un alboroto nocturno, varios de los Godos cristianos y recien convertidos se enfervorizaron como tales, refiriéndose ejemplares muy señalados de relijiosidad y moderacion, tal vez abultados por los escritores eclesiásticos (99). Vagando los bárbaros por la ciudad en pos de nuevas presas, abrió un Godo prepotente á viva fuerza la estancia de una vírjen anciana dedicada al servicio de los altares. Pídele luego, aunque comedidamente, cuanto oro y plata poseia, y se pasma al ver la dilijencia con que lo encamina á un depósito grandioso de alhajas macizas de material esquisito y labores peregrinas. Deléitase asombrado el bárbaro con tanta ventura, hasta que lo detiene una amonestacion muy formal que le dirije la vírjen en los términos siguientes: « Estos son los vasos consagrados á San Pedro; si te propasas á tocarlos, recaerá el sacrilejio sobre tu conciencia; pues en cuanto á mí, no me atrevo á guardar lo que no alcanzo á defender.» Traspasado el Godo de pasmo y acatamiento, envió un mensaje al rey para participarle el descubrimiento de aquel tesoro, y contestósele sobre la marcha que todas las alhajas consagradas y los ornamentos se trasladasen sin demora ni quebranto á la iglesia del apóstol. Desde el estremo, tal vez, del cerro Quirinal hasta el remoto barrio del Vaticano, un crecido destacamento de Godos escuadronados fué marchando por las calles principales, y resguardando con sus armas centellantes la dilatada comitiva de compañeros devotos que llevaban allá sobre sus cabezas los vasos sagrados de oro y plata, y el alarido marcial de los bárbaros alternaba con el eco relijioso de los Salmos. Atropellábanse los Cristianos de las casas inmediatas para reforzar la procesion edificativa, y un sinnúmero de fujitivos de toda edad y jerarquía y aun secta, lograron la dicha de guarecerse en el santuario seguro y agasajador del Vaticano. La obra sabia de la *Ciudad de Dios* se compuso de intento por San Agustin para sincerar las disposiciones de la Providencia en el derribo de la grandeza romana. Cele-

bra con especial complacencia el triunfo memorable de Jesucristo, y luego insulta á sus contrarios retándolos á citar ejemplos semejantes de una ciudad asaltada donde los dioses fabulosos de la antigüedad lograsen guarecerse á sí mismos ó escudar á sus ilusos devotos (100).

Habíanse fundadamente celebrado en el saqueo de Roma ejemplares estraordinarios de virtud bárbara; pero escasa era la cabida del sagrado Vaticano é iglesias apostólicas para el inmenso vecindario romano; ajenos se hallaban millares de guerreros, con especialidad de los Hunos que militaban con Alarico, del nombre ó por lo menos de la fe de Jesucristo; y debemos maliciar que allá á deshora (sin propasarnos en esto de la candorosa veracidad) con el desenfreno irracional y los ímpetus ciegos de aquella chusma, los preceptos del Evanjelio poquísimo alcanzarian á contener á los Cristianos godos. Los escritores mas propensos á abultar su clemencia confiesan que cometieron horrorosa matanza de Romanos (101), y que las calles de la ciudad estaban cuajadas de cadáveres insepultos con el trastorno y pavor jeneral. Paraba tal vez en saña la desesperacion de los ciudadanos; y enconados allí los bárbaros con la resistencia, iban asesinando indistintamente al endeble, al inocente y al desvalido. Estremóse sin lástima ni remordimiento la venganza de cuarenta mil esclavos; y los azotes afrentosos recibidos anteriormente quedaron lavados con la sangre de familias culpadas ó rendidas. Con mayores tropelías, en punto á castidad, yacieron acosadas las matronas y doncellas romanas que la de su misma muerte; y el historiador eclesiástico entresaca un ejemplar de entereza mujeril para asombro de las edades venideras (102). Una dama romana, de hermosura peregrina y fe acendrada, habia enardecido en estremo á un Godo jóven, que, segun apunta agudamente Sozomen, profesaba la herejía arriana. Airado con su resistencia incontrastable, con el despecho de un enamorado, lastimóla levemente en el cuello; siguió la heroina ensangrentada arrostrando su furia y rechazando sus conatos, hasta que el forzador desistió de su empeño infructuoso, la llevó acatadamente al santuario del Vaticano, y dió seis piezas de oro á la guardia de la iglesia, con la obligacion precisa de devolverla intacta á su esposo. Escasearon los ejemplares de tanto arrojo y jenerosidad, pues la soldadesca irracional fué saciando su apetito y prescindiendo del afecto y de las obligaciones de sus cautivas; y se entabló luego una contienda peliaguda de moralidad sobre si efectivamente aquellas víctimas indefensas, que habian negado su anuencia á la tropelía que padecieron, habian malogrado con aquel fracaso la corona gloriosa de la virjinidad (103). Hubo en verdad otros quebrantos de mayor trascendencia y de interés mas jeneral, pues no cabe suponer que todos los bárbaros y á toda hora se hallasen en disposicion de cometer tamañas violencias; y la falta de mocedad, hermosura y recato resguardó á la mayor parte de las Romanas

de aquel atropellamiento. Pero la codicia es pasion insaciable y universal, puesto que por medio del dinero se logran cuantas dichas caben á todas las índoles y propensiones. En el saqueo de Roma, se antepusieron á las demás presas el oro y las joyas, que constituyen lo mas apreciable en menor bulto; pero exhausta ya esta porcion de riqueza mas portátil por los primeros apresadores, quedaron los palacios de Roma desalfombrados y desnudos. Los bufetes de plata maciza y los ropajes matizados de seda y púrpura quedaron hacinados y revueltos en los carromatos que iban siempre á la zaga de toda hueste goda. Los primores mas peregrinos de las artes se desmoronaron ó destruyeron violenta y antojadizamente; derritiéronse las estatuas por aprovechar sus metales preciosos, y en el reparto de la presa se fueron destrozando á hachazos los vasos mas esquisitos. El logro de tantísima riqueza fué estimulando mas y mas la codicia de los robadores, que luego acudieron á amenazas, golpes y aun tormentos para arrancar á sus rendidos la manifestacion de tesoros ocultos (104). El boato y gasto patente eran testimonios de sumos haberes; las muestras de escasez se achacaban á mezquindad jenial; y la pertinacia de algunos avarientos, que arrostraron tormentos horrorosos antes de llegar á descubrir el ídolo de su cariño, redundó en el esterminio de muchos infelices, azotados de muerte por no sacar á luz sus soñados tesoros. Los edificios de Roma padecieron tambien su quebranto, aunque muy abultado, por la barbarie goda. Incendiaron, al entrar por la puerta Salaria, el caserío inmediato para alumbrarse y descaminar la atencion del vecindario; y como las llamas no hallaron contraresto en el trastorno de la noche, destruyeron varias habitaciones públicas y particulares, y las ruinas del palacio de Salustio (105) permanecieron aun en tiempo de Justiniano como testimonio grandioso de los abrasadores Godos (106). Un historiador contemporaneo advierte sin embargo que mal pudo consumir el fuego las vigas enormes de bronce macizo, y que no alcanzaba la fuerza del hombre á dar al través con los cimientos de las fábricas antiguas. Cabe no obstante alguna verdad en su aserto devoto de que el enojo del cielo daba la mano á la endeblez de la saña enemiga, y que el grandioso Foro de Roma, condecorado con tantísimas estatuas de dioses y héroes, quedó arrasado de un centellazo (107).

Cualquiera que fuese el número de la clase ecuestre ó plebeya que feneció en la matanza de Roma, afírmase resueltamente que tan solo un senador habia perdido su vida por la espada del enemigo (108); mas se haria trabajoso el puntualizar el sinnúmero que de una esfera decorosa y holgados haberes quedaron repentinamente reducidos á la desdichada suerte de cautivos y desterrados. Como los bárbaros apetecian mas moneda que esclavos, estuvieron muy comedidos en el rescate señalado para los prisioneros menesterosos; y aun la cuota solia satisfacerse por el

afecto de los amigos ó la humanidad de los estraños (109). Todo cautivo vendido pública ó privadamente recobraba su libertad nativa que no le cabia enajenar (110); pero averiguado luego que con el rescate peligraban sus vidas, y que los Godos, en no tratando de vender á sus prisioneros, pudieran irlos matando, acudió la jurisprudencia civil con una disposicion acertada de obligarlos á servir el plazo moderado de cinco años hasta devengar con su trabajo el importe del rescate (111). Las naciones avasalladoras del imperio romano iban arrollando ante sí catervas de provinciales, menos temerosos de la servidumbre que del hambre. Las calamidades de Roma y de Italia fueron arrinconando los habitantes por los sitios mas solitarios, seguros y remotos. Mientras la caballería goda iba aterrando y asolando las costas de Campania y Toscana, la islilla de Ijilio, separada por un foso angosto del promontorio Arjentario, rechazó ó burló sus embates; y á tan corta distancia de Roma, crecido número de ciudadanos se emboscaron á su salvo por aquellos parajes retirados (112). Los pingües patrimonios que muchas familias de senadores poseian en Africa les brindaban, teniendo lugar y tino de salvarse en la ruina de la patria, para acudir al halagüeño albergue de aquel retiro. El personaje mas esclarecido de tanto fujitivo fué la noble y timorata Proba (113), viuda del prefecto Petronio; pues muerto su marido, el particular mas hacendado de Roma, estaba encabezando la familia Anicia, y fué costeando sucesivamente los desembolsos que trajeron consigo los consulados de sus tres hijos. Sobrellevó Proba con resignacion cristiana, en el cerco y toma de la ciudad por los Godos, el quebranto de sus inmensos haberes; se embarcó en un bajelillo, desde donde estuvo viendo las llamas abrasadoras de su palacio, y huyó con su hija Leta, y su afamada nieta Demetria, á la costa de Africa, donde la estremada profusion con que fué la matrona repartiendo el producto de sus estados contribuyó al alivio de tantísimo desterrado y cautivo menesteroso. Mas ni aun á la familia de Proba le cupo eximirse de la opresion insaciable del conde Heracliano, que vendia vilmente en prostitucion matrimonial las señoritas principales de Roma á la lujuria ó la codicia de los navegantes siríacos. Dispersáronse los Italianos fujitivos por las provincias y por la costa de Ejipto y de Asia hasta Jerusalen y Constantinopla, y la aldea de Belen, residencia de San Jerónimo y sus convertidos, hervia de catervas de pordioseros esclarecidos de ambos sexos y de toda edad, que movian en estremo á compasion por el recuerdo de sus riquezas anteriores (114). La catástrofe asombrosa de Roma traspasó el imperio todo de quebranto y de terror; pues la contraposicion tan estremada de grandeza y desdicha labraba en la credulidad jeneral el impulso de lamentar y aun encarecer el desamparo de la Reina de las ciudades. El clero, aplicando á los acaecimientos recientes las metáforas encumbradas de las profecías orientales,

igualaba la destruccion de la capital con el esterminio del globo.

Abriga el pecho humano de suyo la propension de despreciar las ventajas y engrandecer los desmanes de la actualidad; pero al amainar los primeros ímpetus y justipreciado el daño, los contemporaneos mas instruidos y atinados vinieron á confesar que Roma en su infancia habia padecido allá mayor daño por los Galos, que ahora en su decadencia por los Godos (115). La esperiencia de once siglos proporciona á la posteridad comparacion mas estraña, para afirmar positivamente que los estragos de aquellos bárbaros, que acaudilló Alarico de las márjenes del Danubio, fueron menos estremados que la hostilidad de las tropas de Cárlos Quinto, príncipe católico, que se apellidaba emperador de los Romanos (116). Evacuaron los Godos la ciudad á los seis dias; pero los Imperiales se aposentaron por espacio de mas de nueve meses en el recinto de Roma, y á cada punto la estaban mancillando con atrocidades sangrientas, lujuriosas y robadoras. Enfrenó algun tanto la autoridad de Alarico á la desaforada muchedumbre; pero el condestable de Borbon habia heroicamente fenecido en el asalto; y con la muerte del jeneral cesó todo rastro de disciplina en una hueste compuesta de tres naciones independientes, Italianos, Españoles y Alemanes. Al principio del siglo diez y seis, estaban las costumbres de Italia retratando lo sumo de la depravacion humana, pues hermanaban los delitos sangrientos de una sociedad en embrion con los vicios acicalados que aborta el abuso del artificio y del lujo; y los aventureros desaforados que hollaban todo miramiento de patriotismo y de supersticion para saltear el alcázar del pontífice romano merecen conceptuarse como los *Italianos* mas rematados. Eran en la misma época los Españoles el asombro del mundo antiguo y del nuevo; mas desdoraban su gallardo denuedo la ceñuda soberbia, la codicia insaciable y la crueldad empedernida. Incansables tras la nombradía y las riquezas, habian ido estremando con su práctica incesante los modos mas eficaces y ejecutivos de atormentar á sus prisioneros, pues muchos de los Castellanos saqueadores de Roma eran familiares de la santa inquisicion, y quizás algunos voluntarios eran de los recien llegados de la conquista de Méjico. Estaban los Alemanes menos corrompidos que los Italianos, sin ser tampoco tan crueles como los Españoles, y la catadura montaraz y asalvajada de estos guerreros *Tramontanos* solia encubrir una índole sencilla y compasiva. Pero con el primer fervor de la reforma se habian imbuido en los principios y en el destemple de Lutero. Era su recreo predilecto el desacato y el destrozo de los objetos consagrados por la relijion católica, desmandábanse sin conmiseracion ni arrepentimiento con devoto aborrecimiento contra toda clase de clerecía, que constituye tan crecida porcion del vecindario de Roma, y su fanático empeño andaba aspirando á des-

tronar el Anticristo, y á purificar con sangre y fuego las abominaciones de la Babilonia espiritual (117).

La retirada de los Godos victoriosos, que evacuaron á Roma el sexto dia (118), podia ser parto de cordura, mas no lo fué seguramente de zozobra (119) (A. 410, agosto 29). Su caudillo denodado, capitaneando un ejército cargado de pesados y ricos despojos, se fué adelantando por las provincias meridionales de Italia, arrollando cuanto asomaba á su encuentro, y contentándose con la presa del pais indefenso. La suerte de Capua, capital engreida y lujosa de Campania, y que aun en su decadencia se respetaba como la octava ciudad del imperio (120), yace en el olvido, al paso que el pueblo inmediato de Nola (121) quedó en este trance esclarecido con la santidad de Paulino (122), cónsul, monje y obispo. Desapropióse á los cuarenta años de riquezas, honores, sociedad y literatura, para engolfarse en la soledad y la penitencia, y los aplausos redoblados de su clero lo alentaron para menospreciar las reconvenciones de sus amigos mundanos, que achacaban aquel arrebato desesperado á dolencia mental ó corporal (123). Cierto apego ya muy temprano y vehemente le movió á avecindarse en los arrabales de Nola, junto al túmulo milagroso de San Félix, cercado ya por la devocion pública con cinco grandiosas y concurridísimas iglesias. Dedicó al servicio del glorioso mártir los restos de su fortuna y todo su entendimiento, celebrando siempre su festividad con himnos solemnes en su alabanza, y en cuyo nombre edificó la sexta iglesia, mas descollante por su arquitectura y por las pinturas peregrinas sobre la historia del Antiguo y del Nuevo Testamento. Afianzó tanto fervor las finezas del santo (124), ú á lo menos del pueblo; y tras quince años de retiro, tuvo el cónsul romano que aceptar el obispado de Nola, pocos meses antes que los Godos la cercasen. Durante el sitio dieron varios sujetos timoratos por positivo haber visto en sueños ó en visiones la estampa sobrehumana de su patron tutelar; mas resultó luego que Félix carecia de potestad ó de propension para conservar la grey que pastoreó en otro tiempo. No se libertó Nola de la asolacion jeneral (125); y el obispo cautivo debió su resguardo al concepto arraigado de su inocencia y su pobreza. Mediaron mas de cuatro años entre la invasion victoriosa de la Italia por las armas de Alarico y la retirada voluntaria de los Godos acaudillados por el sucesor Ataulfo; y en toda aquella temporada, siguieron reinando sin contraste (A. 408—412) sobre un pais que, en concepto de los antiguos, atesoraba los primores mas esquisitos de la naturaleza y el arte. Ciertamente que la prosperidad del tiempo de los Antoninos iba ya de menguante con la decadencia del imperio; y los frutos de paz tan dilatada fenecieron al asalto de los bárbaros, quienes eran de suyo incapaces de disfrutar los primores del lujo, labrados para la delicadeza de los cultos y finísimos Italia-

nos. Cada soldado sin embargo cargó con su porcion de aquella abundancia sólida, como trigo, rebaños, vino y aceite, que se consumian diariamente en el campamento godo; y los guerreros descollantes iban atropellando las quintas de Luculo y Ciceron por las playas de Campania. Los trémulos cautivos, hijos ó hijas de senadores, andaban escanciando en copas de oro tragos desaforados de vino de Falerno á los vencedores altaneros, que tendian su membruda corpulencia á la sombra de los plátanos (126) artísticamente acopados para escudar de los rayos violentos y franquear el recreo apacible del sol. Realzábanse estos regalos con el recuerdo de penalidades anteriores, pues el parangon de su nativo suelo y de los riscos áridos y rasos de la Escitia y de las márjenes heladas del Elba y del Danubio estremaba el embeleso y la dicha del clima de Italia (127).

Desalábase junta ó alternativamente Alarico tras la nombradía, las conquistas y las riquezas, sin que amainase con los fracasos ó se ahítase con sus logros. Al asomarse por el estremo de Italia, se prendó con la perspectiva de una isla fértil y sosegada; mas la Sicilia debia tan solo servirle de escala para la espedicion mas importante que estaba ideando contra el continente de Africa. El estrecho entre Rejio y Mesina (128) tendrá de largo como cuatro leguas, y el paraje mas angosto tiene media legua, y los monstruos fabulosos del piélago, los peñascos de Escila y los remolinos de Caríbdis, no podian arredrar sino á los marinos apocados; mas apenas quedó embarcada la primera division goda, sobrevino una tormenta que dispersó ú sumerjió varios de sus trasportes, y los ánimos se mostraron despavoridos con el nuevo elemento, resultando desvanecido todo el intento con la temprana muerte de Alarico (A. 410), con la cual, tras una breve dolencia, le llegó el plazo final de sus conquistas. Sobresalió la índole atroz de los bárbaros en las exequias del héroe, cuyo denuedo y felicidad decantaron con llorosos aplausos. Con la faena de una muchedumbre cautiva violentaron el cauce del Busentino, riachuelo que baña los muros de Consencia. Construyeron en la madre exhausta el sepulcro real, engalanado con los despojos y trofeos esplendorosos de Roma, y luego volvieron la corriente á su cauce; encubriendo el sitio recóndito donde vinieron á depositar los restos de Alarico, dando muerte inhumana á los prisioneros empleados en la obra (129).

Los enconos personales y rencores hereditarios de los bárbaros se suspendieron con la urjencia estrecha de sus negocios, y el valeroso Ataulfo, cuñado del rey difunto, fué unánimemente elejido para sucederle en el trono. Sobresaldrán particularmente la índole y la política del nuevo rey de los Godos en su conversacion con un ciudadano esclarecido de Narbona, quien luego, en su romería á la Tierra Santa, la refirió á San Jerónimo en presencia del historiador Orosio. « Rebosando de valentía y

de triunfo, aspiré algun dia,» dijo Ataulfo, «á volcar la faz del universo, borrar el nombre de Roma, encumbrar sobre sus escombros el dominio de los Godos, y acarrearme, cual otro Augusto, la nombradía sempiterna de fundador de un nuevo imperio. El desengaño me fué demostrando que son indispensables las leyes para mantener y entonar con acierto un estado, y que el destemple indómito de los Godos los imposibilitaba de aguantar el yugo saludable de las leyes con un gobierno civil. Encaminéme desde aquel punto á otro objeto de gloria y de ambicion, y en el dia mi anhelo se cifra en el logro de vincular en un estranjero el agradecimiento de las edades venideras á quien esgrimió la espada goda, no para destruir, sino á fin de restablecer y conservar la prosperidad del imperio romano (130).» Con miras tan pacíficas, suspendió el sucesor de Alarico la guerra, y formalizó con la corte imperial la negociacion de un tratado de amistad y alianza. Interesaba á los ministros de Honorio, descargados ya de su desatinado juramento, el libertar la Italia del insufrible peso del poderío godo, y aceptaron desaladamente su oferta de lidiar con los tiranos y los bárbaros que acosaban las provincias allende los Alpes (131). Endiosado Ataulfo con su título de jeneral romano, encaminó su rumbo por el estremo de la Campania á las provincias meridionales de la Galia. Ocuparon sus tropas inmediatamente, á viva fuerza ó por convenio, las ciudades de Narbona, Tolosa y Burdeos, y aunque rechazadas de Marsella por el conde Bonifacio, se fueron luego esplayando desde el Mediterráneo hasta el Océano. Acosadas las provincias, podian clamar que los escasos restos que no habian caido en manos del enemigo eran desaforadamente presa de los supuestos aliados; mas no faltaban pretestos decorosos para cohonestar ó sincerar las tropelías de los Godos. Podian conceptuarse como rebeldes contra Honorio los pueblos que andaban asaltando por la Galia, alegando artículos del tratado é instrucciones reservadas de la corte, en descargo de las usurpaciones aparentes de Ataulfo; y la demasía de toda hostilidad desmandada ó sin éxito se achacaba siempre con verosimilitud al temple desenfrenado de la hueste bárbara, de suyo enemiga de la paz y de la disciplina, pues el regalo de Italia habia trascendido menos para amansar la braveza que para quebrantar el denuedo de los Godos, encenagándolos en los vicios, sin prendarlos de las artes é institutos de la sociedad civil (132) (A. 412).

Eran quizás sinceras las protestas de Ataulfo, y su afecto á la república se afianzó con el predominio que una princesa romana se habia granjeado sobre el corazon y los alcances del bárbaro. Placidia (133), hija del gran Teodosio y de Gala, su segunda esposa; logró educacion rejia en el palacio de Constantinopla; pero su vida está enlazada con las revoluciones que padeció el imperio occidental en el reinado de su her-

mano Honorio. Moraba Placidia en Roma, cuando su primer sitio por Alarico; siendo tan solo de edad de veinte años, y su pronta anuencia á la muerte de su prima Serena lleva asomos de ingratitud humana, que cabe recargar ó sincerar con la consideracion de sus cortos años (134). Retuvieron los bárbaros en rehenes ó en cautiverio (135) á la hermana de Honorio; mas en medio de tener que seguir indecorosamente por Italia los movimientos del campamento godo, logró sin embargo un trato muy atento y aun honorífico. Contrapónese á la autoridad de Jornandes, sumo elojiador de los primores de Placidia, el silencio, en verdad muy conceptuoso, de sus aduladores; pero la brillantez de su nacimiento, la lozanía de la mocedad, la finura de sus modales y los amaños discretos de que tuvo á bien valerse, encarnaron en el ánimo de Ataulfo, quien aspiraba á poderse apellidar hermano del emperador. Desecharon con menosprecio la propuesta de un enlace tan afrentoso para el engreimiento romano los ministros de Honorio, insistiendo mas y mas en la entrega de Placidia, como preliminar imprescindible de un tratado de paz; mas avínose sin reparo la hija de Teodosio á los anhelos del vencedor, príncipe mozo y valeroso, menos gallardo, pero mas jentil y halagüeño que Alarico. Consumóse el matrimonio (A. 414) de Ataulfo y Placidia (136) antes de la retirada de Italia por los Godos; y el desposorio, ó su cumpleaños, se solemnizó en casa de Injenuo, uno de los ciudadanos mas esclarecidos de Narbona en la Galia. Colocóse la novia, realzada con sus dijes y galas imperiales, en su encumbrado trono; y el rey godo, en traje romano para el desposorio, se allanó á ocupar otro asiento menos honorífico á su lado. El agasajo nupcial que, segun el ritual de la nacion, se tributó á Placidia, consistia en los despojos mas peregrinos y magníficos de su propio pais (137). Cincuenta mozos galanos traian una bandeja en cada mano, cuajada la una de monedas de oro, y la otra de pedrería inestimable. Aquel Atalo, juguete por tanto tiempo de la suerte y de los Godos, era el corifeo de aquellos cantares que se entonaban en los himeneos, y el apeado emperador apareció harto acreedor á las alabanzas de su maestría música. Esplayáronse descompasadamente en su triunfo, y los provincianos se holgaban con aquel enlace que amansaba, con el influjo del cariño y de la racionalidad, el destemple del dueño godo (138).

Escasa porcion de los tesoros godos venian á ser los cien azafates de oro y pedrería ofrecidos á Placidia en su desposorio; pues así se comprueba por ciertos apuntes históricos acerca de los sucesores de Ataulfo. Halláronse infinitos adornos de oro macizo realzados con joyas en su palacio de Narbona, cuando su saqueo por los Francos en el siglo sexto; sesenta copones ó cálices, quince patenas ó fuentes para comulgar, veinte cajas ó estuches para guardar los Evanjelios; y estas rique-

zas consagradas (139) se fueron distribuyendo por el hijo de Clodoveo entre las iglesias de sus dominios; relijiosidad dadivosa que sindica, al parecer, algun sacrilejio anterior de los Godos. Atesoraban mas á salvo de su conciencia el gran *misorio*, ú fuente decantada para el servicio de la mesa, de oro macizo, del peso de quinientas libras, y de valor mucho mas crecido por las piedras preciosas, su peregrina hechura y la tradicion de haberlo presentado el patricio Ecio á Turismundo, rey de los Godos. Con la promesa de este don peregrino, compró uno de los sucesores de Turismundo el auxilio del monarca francés; y sentado ya en el trono de España, lo entregó muy á su pesar á los embajadores de Dagoberto; los salteó en el camino, y tras larguísima negociacion, pactaron el rescate desproporcionado de doscientas mil piezas de oro, y conservó el *misorio* como gala del tesoro godo (140). Al robarlo allá los Arabes, tras la conquista de España, encarecieron otro objeto aun mucho mas asombroso, á saber, una mesa de tamaño crecido, y de una sola pieza de esmeralda maciza (141), orlada con tres órdenes de perlas finísimas, sostenida por trescientos sesenta y cinco piés de joyas y oro macizo, y justipreciado en quinientas mil piezas de oro (142). Parte del tesoro godo pudo ser don de la intimidad, ó tributo del rendimiento; pero la mayor parte con mucho provenia de la guerra y del saqueo, como despojo del imperio, y tal vez de Roma.

Descargada la Italia de la opresion goda, asomó algun consejero que, en medio de las asechanzas palaciegas, trató de sanar las llagas de su acongojada patria (143). Por disposiciones atinadas se acordó que las ocho provincias mas atropelladas (A. 410—417), Campania, Toscana, Piceno, Samnio, Apulia, Calabria, Brucio y Lucania, quedasen aliviadas por espacio de cinco años, pues el tributo corriente se redujo á un quinto, y este aplicable al restablecimiento y conservacion de la posta pública. Por otra ley, los eriales ó yermos se franqueaban con rebaja de cargas á los vecinos que los ocupasen, ó á los estraños que los pidiesen, afianzando á los dueños contra las demandas de los ausentes. Publicóse por el mismo tiempo, en nombre de Honorio, indulto jeneral, descargando el yerro y aun recuerdos de cuantos agravios *involuntarios* habian cometido sus desventurados súbditos en toda la temporada de trastornos y atropellamientos públicos. Acudióse atenta y decorosamente al restablecimiento de la capital, estimulando á los ciudadanos para reponer los edificios asolados ó descompuestos por el fuego enemigo, y se trajeron acopios crecidos de trigo de la costa de Africa. El tropel arrojado por la espada de los bárbaros acudió con tal afan tras las esperanzas de ensanche y deleite, que el prefecto de Roma Albino participó á la corte, con muestras de temor y estrañeza, que en un solo dia se habian empadronado hasta catorce mil estranjeros (144). En menos de siete

años ya no asomaba rastro de la invasion goda, y vino la ciudad á recobrar su antigua brillantez y sosiego. Ajustóse la matrona venerable su corona de laurel, ajada con las tormentas de la guerra, y embelesábase todavía en el postrer plazo de su decadencia con profecías de venganza, victoria y dominio sempiterno (145).

Alteróse este sosiego aparente con el asomo de un armamento enemigo, del pais abastecedor del pueblo romano (A. 413). Heracliano, conde de Africa, que á todo trance y en los mayores conflictos habia sostenido la causa de Honorio, delinquió de cónsul, rebelándose y apellidándose emperador. Llenáronse luego los puertos de Africa con fuerzas navales, con las que quiso ir personalmente á avasallar la Italia; y su armada, al fondear en la embocadura del Tíber, venia en realidad á sobrepujar á las de Jerjes y de Alejandro, si *todos* los bajeles, comprendiendo la galera real y el ínfimo botecillo, ascendian efectivamente al número de tres mil y doscientos (146). Con tan sumo armamento, capaz de derribar ó restablecer el imperio mayor del orbe, apenas hizo alguna mella el Africano en las provincias de su competidor. Al marchar desde el puerto por la carretera de Roma, un caudillo imperial logró atajarlo, amedrentarlo y derrotarlo; el señor de tan poderosa hueste, desamparando su fortuna y sus amigos, huyó afrentosamente con una sola embarcacion (147), y al desembarcar en la bahía de Cartago, halló que toda la provincia, menospreciando dueño tan indigno, habia vuelto á su obediencia. Degollaron al rebelde en el templo antiguo de la Memoria, y quedó abolido su consulado (148), cediendo el resto de sus haberes particulares, sin esceder de cuatro mil libras de oro, suma moderada, al valeroso Constancio, quien habia escudado ya el trono que vino luego á promediar con su débil soberano. Estuvo Honorio mirando con apoltronada tibieza los quebrantos de Roma y de Italia (149); pero la rebeldía de Atalo y de Heracliano contra su seguridad personal lo habian desaletargado inesperadamente. Ignoraba probablemente las causas y los acontecimientos que le preservaron de peligros tan inminentes; y como ya ni enemigos internos ni esteriores acosaban á la Italia, seguia viviendo en su palacio de Ravena, mientras los tiranos de allende los Alpes iban quedando repetidamente vencidos en nombre y por los lugartenientes del hijo de Teodosio (150). Siguiendo el hilo de la historia, cabia olvidar la muerte de tamañuelo príncipe; por tanto voy á precaverme desde ahora, diciendo que sobrevivió como trece años al postrer sitio de Roma.

Prosperaba y aparecia afianzada la usurpacion de Constantino, entronizado por las lejiones de Bretaña, y reconocido desde la valla de Antonino hasta las columnas de Hércules (A. 409—413), participando, en el desquiciamiento jeneral, del dominio y presa de los bárbaros por Espa-

ña y Galia, como que cunia ya la oleada desde el Rin hasta allende el Pirineo. Salpicado con la sangre de la parentela de Honorio, arrebató á la corte de Honorio, con quien estaba en correspondencia reservada, la ratificacion de sus pretensiones rebeldes. Comprometióse solemnemente Constantino á libertar la Italia de Godos, adelantóse hasta las orillas del Po, y tras asustar, en vez de auxiliar, á su endeble aliado, se volvió atropelladamente á su palacio de Arles para solemnizar con descompasado boato su triunfo supuesto. Mas fracasó aquella prosperidad infundada con la rebeldía del conde Jeroncio, su jeneral mas sobresaliente; quien, durante la ausencia del hijo Constante, príncipe revestido ya con la púrpura, desempeñaba el mando de las provincias de España. Jeroncio, por motivos que ignoramos, en vez de apropiarse la diadema, la ciñó en la sien de su amigo Máximo, quien se avecindó en Tarragona, mientras el ardoroso conde tramontó el Pirineo para sorprender á entrambos emperadores Constantino y Constante, antes que se dispusieran para su defensa. Cojido el hijo en Viena, fué inmediatamente ajusticiado; y el infeliz mancebo apenas tuvo tiempo para lamentarse del encumbramiento de su familia que le habia movido ú precisado á desamparar sacrílegamente el arrinconamiento pacífico de la vida monástica. Sostuvo el padre un sitio en el recinto de Arles; pero sus muros tuvieran que rendirse al asalto enemigo, á no acudir inesperadamente al auxilio el ejército de Italia. El nombre de Honorio y la proclama de un emperador lejítimo pasmaron á los partidos encontrados. Jeroncio, desamparado por su propia tropa, huyó hácia el confin de España, y rescató su nombre del olvido con el denuedo romano que enardeció los últimos instantes de su vida. Un cuerpo crecido de su alevosa soldadesca cercó á deshora de la noche y embistió su casa, que tenia ya de antemano resguardada; su esposa, un amigo valeroso, alano de nacion, y algunos esclavos leales le acompañaban; y empleó tan denodada y certeramente un almacen de arrojadizas, que mató hasta mas de trescientos de los asaltadores. Apuradas las flechas, huyeron los esclavos al amanecer; y Jeroncio, si el cariño conyugal no lo atara, tenia en su mano el seguirlos, hasta que los soldados, con la ira de tanta tenacidad, incendiaron por todas partes la casa. En aquel trance condescendió con las instancias del amigo y le quitó la vida; la esposa, estrechándole á que no la desamparase, habiendo ya de vivir lastimosa y desairadamente, alargó la cerviz á su espada; el desenlace trájico paró en descargarse á sí mismo tres cuchilladas infructuosas, y por último se clavó una daga corta en las entrañas (151). Desahuciado aquel Máximo, á quien habia revestido con la púrpura, debió la vida al menosprecio con que se miró su poder y desempeño. Los bárbaros caprichosos y asoladores de la España reentronizaron luego aquella estantigua imperial, para en breve entregarla á la

justicia de Honorio, y vino á quedar, enseñándolo al vecindario de Roma y de Ravena, públicamente ajusticiado.

El jeneral llamado Constancio, que, al acercarse al sitio de Arles, derrotó la tropa de Jeroncio, era romano de nacimiento, particularidad cuya mencion está diciendo la decadencia jenial de la milicia entre los súbditos del imperio. El brio y majestad que descollaban en su estampa (152) lo realzaban en el concepto público como acreedor al solio que obtuvo luego. Era en el trato amistoso, de modales festivos y halagüeños, y aun en el bullicio de un banquete, se allanaba á competir con los farsantes en las ridiculeces de su profesion; mas al pregon de las armas, cabalgaba maestramente, y tendiéndose sobre la cerviz del caballo (pues tal era su práctica estraña), abarcaba con su vista grandiosa y perspicaz la campiña, atemorizaba al enemigo é infundia á los soldados la seguridad de su victoria. Habia la corte de Ravena puesto á su cargo la importante empresa de estirpar la rebeldía en las provincias occidentales; y el supuesto emperador Constantino, tras una breve temporada de tregua y desahogo, quedaba sitiado en su capital por las armas de otro enemigo mas formidable. Pero en aquel intermedio tuvo cabida una negociacion acertada con los Francos y Alemanes, y su embajador Edóbico volvió presto acaudillando una hueste para estorbar las operaciones del sitio de Arles. El jeneral romano, en vez de esperar el ataque en sus líneas, acordó denodada y tal vez atinadamente atravesar el Ródano y salir al encuentro á los bárbaros. Manejóse con tal maestria y reserva, que mientras peleaban con la infantería de Constancio por el frente, quedaron embestidos, cercados y derrotados por la caballería de su teniente Ulfilas, que encubiertamente se habia situado con ventaja por la retaguardia. Conservóse con la fuga ó el rendimiento lo restante del ejército de Edóbico, quien se acojió, tras la batalla, en casa de un amigo alevoso, y este se hizo cargo de que la cabeza de un huésped que tenia en su mano seria un agasajo halagüeño y ganancioso para el caudillo imperial. Portóse entónces Constancio con la dignidad de un Romano castizo; pues hollando ú enfrenando todo impulso zeloso, reconoció públicamente el merecimiento y los servicios de Ulfilas, mas se horrorizó con el asesinato de Edóbico, y le manifestó con severidad que sus reales no se habian de mancillar mas con la presencia de un malvado ingrato, atropellador de las leyes de la amistad y del hospedaje. Desesperado el usurpador en los muros de Arles, se inclinó á esperanzar en tan jeneroso vencedor; y hecho ya presbítero y persona sagrada, imponiéndole las manos de tal, se resolvió á franquear las puertas de la ciudad; mas luego echó de ver que el honor, árbitro de la conducta personal de Constancio, ya no tenia cabida en las consideraciones políticas. No trató en verdad el jeneral romano de salpicar sus laureles con la sangre de Constantino; pero tanto él como su hijo, envia-

dos á buen recaudo al emperador, antes de asomar á las puertas de Ravena, fenecieron á manos de los sayones (A. 411, nov. 26).

Bajo el concepto jeneral de que todo individuo del imperio se aventajaba en gran manera á los príncipes que habia entronizado la casualidad de su nacimiento, anduvieron asomando redobladamente usurpadores, desentendiéndose siempre del paradero de sus antecesores. España y Galia fueron las provincias mas acosadas de esta plaga, por haberse desquiciado el gobierno con los trastornos de la guerra y de la rebeldía. Antes de orillar Constantino la púrpura, y al cuarto mes del sitio de Arles, súpose en el campamento imperial que Jovino se habia ceñido la diadema en Mentz, en la Jermania superior, á impulsos de Goar, rey de los Alanos, y de Gunciario, de los Borgoñones, y que el aspirante se iba adelantando, con hueste formidable, de las orillas del Rin á las del Ródano. Todo está enmarañado y estraordinario en la breve historia del reinado de Jovino, pues era de presumir que un jeneral valeroso y veterano, acaudillando un ejército victorioso, echase el resto por la causa de Honorio en el campo de batalla; y aunque mediasen razones poderosas para abonar la retirada veloz de Constancio, desamparó sin la mas leve demostracion la Galia entera, y tan solo se cita á Dárdano, prefecto pretoriano, como único majistrado que contrarestó al usurpador (153). Acuartelados los Godos en la Galia dos años despues del sitio de Roma, era de suponer que estuviesen alternando en su inclinacion únicamente entre el emperador Honorio, con quien acababan de formar alianza, y el apeado Atalo, á quien seguian conservando en su campamento, con el intento de que viniera á servir tan pronto de músico como de monarca, segun las circunstancias lo requiriesen. Sin embargo, en un rapto de enfado (cuya causa y fecha no cabe apurar), Ataulfo se estrechó con el usurpador de la Galia, y obligó á Atalo al afrentoso encargo de negociar el tratado ratificador de su propio desdoro. Leemos además con suma estrañeza que Jovino, en vez de conceptuar la alianza goda como el arrimo mas valedero de su trono, afeó con espresiones confusas y enmarañadas la oficiosidad importuna de Atalo; que menospreciando el dictámen de su grande aliado, revistió con la púrpura á su hermano Sebastian, y que aceptó desacordadamente el auxilio de Saro, cuando este caudillo gallardo, sirviente de Honorio, se halló incitado á desviarse de un príncipe que no sabia ni premiar ni castigar. Criado Ataulfo entre una ralea de guerreros que conceptuaban la venganza como imprescindible y como vínculo de su independencia, se adelantó al encuentro del enemigo hereditario de la casa de los Baltos con un cuerpo de diez mil Godos. Embistió á Saro desprevenido con diez y ocho ú veinte secuaces valerosos. Hermanada con la intimidad, enardecida con la desesperacion, pero al fin acosada con la muchedumbre, esta cuadrilla heroica devengó

el aprecio sin mover la compasion de sus enemigos, y cojido el leon en la red, fué degollado inmediatamente (154). Anonadó la muerte de Saro la endeble alianza que conservaba todavía Ataulfo con los usurpadores de la Galia, y dando oidos á los dictámenes del cariño y de la cordura, satisfizo al hermano de Placidia, comprometiéndose á remitirle al palacio de Ravena las cabezas de los tiranos Sebastian y Jovino. Cumplió su palabra sin dificultad ni demora; pues los hermanos desvalidos, y sin el arrimo de mérito personal, quedaron desamparados de sus auxiliares bárbaros, y la resistencia breve de Valencia, una de las ciudades principales de la Galia, sirvió de escarmiento con su ruina. El emperador nombrado por el mismo senado romano, ascendido, apeado, atropellado, restablecido y de nuevo depuesto y mal-parado, quedó por fin entregado á su suerte; pero al desampararlo el rey godo, lo resguardó por lástima ó por menosprecio de toda tropelía personal. El desventurado Atalo, sin súbditos ni aliados, se embarcó en un puerto de España, en busca de algun rincon seguro y recóndito; mas lo apresaron en el mar, lo trajeron á presencia de Honorio, lo pasearon en triunfo por las calles de Roma y de Ravena, lo pusieron á la vergüenza, ante la plebe desalada, en la grada segunda del solio de su emperador *invencible*. Se le ajustició en los mismos términos que se le achacó tenia dispuestos contra su competidor en el auje de su prosperidad, y se redujo su sentencia á cortarle dos dedos, y encerrarle en la isla de Lípari, suministrándole decorosamente lo preciso para su mantenimiento. No asomaron mas rebeldías en lo restante del reinado de Honorio, y se hace reparable que, en el plazo de cinco años, hasta siete usurpadores habian fracasado ante un príncipe incapaz de consejo y de ejecucion.

La situacion de España, desviada por donde quiera de los enemigos de Roma, mediando mares, montañas y otras provincias, habia afianzado el sosiego duradero de aquel pais lejano; y es de advertir, como muestra terminante de felicidad interna, que por espacio de cuatro siglos suministró la España escasísimos materiales para la historia del imperio romano. Borradas quedaron luego, con el restablecimiento de la paz, las huellas de aquellos bárbaros que tramontaron el Pirineo en el reinado de Galieno; y en el siglo cuarto de la era cristiana, descollaban entre las mas esclarecidas del orbe romano, las ciudades de Emérita ó Mérida, Córdoba, Sevilla, Brácara y Tarragona. Los abundantes productos, tanto del reino animal como del vejetal y mineral, se realzaban con la maña de un pueblo industrioso; y la ventaja especial de su mucha marina le facilitaba el auje de un tráfico provechoso (155). Florecian artes y ciencias al arrimo de los emperadores; y si el brio español se quebrantó algun tanto con la paz y la servidumbre, al asomo hostil de los Jermanos, que tenian despavorido y asolado todo el ámbito desde el Rin hasta el Pirineo,

retoñó de nuevo el denuedo nativo. Mientras el resguardo de las montañas corrió por cuenta de la milicia nacional, quedaron rechazados los bárbaros en todos sus repetidos intentos; mas no bien tuvo que ceder sus apostaderos á la tropa de Honorio á las órdenes de Constantino, franqueáronse al punto las puertas de la España entera al enemigo público, como diez meses antes del saqueo de Roma por los Godos (156) (A. 409, oct. 15). Acosados por su conciencia y sedientos de presas, desampararon los guardas del Pirineo sus apostaderos para ofrecer vilmente el pais á los Suevos, Vándalos y Alanos, redoblando mas y mas el raudal anegador desde la raya de la Galia hasta los mares de Africa. Pueden los padecimientos de la España retratarse en los términos de su historiador mas elocuente, que acertó á espresar lacónicamente las declaraciones acaloradas, y abultadas acaso, de los escritores contemporaneos (157). « Diluviaron desventuras con la irrupcion de aquellos bárbaros, asoladores al par de Romanos y de Españoles, de pueblos y de campiñas. Los estremos del hambre redujeron á los desdichados naturales á cebarse en sus mismos semejantes; y hasta las fieras, multiplicándose á sus anchuras, engolosinadas con la sangre y estimuladas por el apetito, embestian y devoraban osadamente presas humanas. Acudió la peste, compañera perpetua del hambre; feneció gran parte de la poblacion, y los sollozos del moribundo tan solo causaban envidia á los amigos y circunstantes. Por fin, ahitos los bárbaros de matanza y robo, y acosados por los mismos achaques contajiosos que habian acarreado, se fueron avecindando por el pais casi yermo. La antigua Galicia, cuyos linderos abarcaban el reino de Castilla la Vieja, se dividió el pais entre los Suevos y los Vándalos; estendiéronse los Alanos por las provincias de Cartajena y Lusitania, desde el Mediterráneo hasta el Océano, cabiendo el territorio fertilísimo de la Bética á los Silingos, otra rama de la nacion vándala. Arreglada la particion, hermanáronse los vencedores y los súbditos con vínculos recíprocos de resguardo y de rendimiento; cultiváronse de nuevo las campiñas, y el pueblo cautivo se fué avecindando por los pueblos y las aldeas. La mayor parte de los Españoles se avenia gustosa á esta nueva situacion menesterosa y bárbara, á trueque de libertarse de la opresion romana; mas quedaron muchos defensores de su nativa independencia negándose, con especialidad por los riscos de Galicia, á reconocer el yugo de los bárbaros (158)».

El regalo importantísimo de las cabezas de Jovino y Sebastian habia ensalzado la intimidad de Ataulfo y restablecido la Galia á la obediencia de su hermano Honorio; mas no cabia paz con la situacion y la índole del rey de los Godos. Encargóse ufano de la propuesta de ir gallardamente á guerrear contra los bárbaros de España, pues las tropas de Constancio le atajaban toda comunicacion con los puertos de la Galia, y se fué

por tanto adelantando hácia el Pirineo (159) (A. 414); y tramontándolo inesperadamente en nombre del emperador, sorprendió la ciudad de Barcelona. No amainó la pasion de Ataulfo á su consorte imperial con el tiempo y el goce; y el nacimiento de un niño, apellidado, por su esclarecido abuelo, Teodosio, lo afianzaba al parecer para siempre en los intereses de la república. El malogro de aquel hijo, cuyos restos quedaron depositados en una urna de plata dentro de una iglesia inmediata á Barcelona, desconsoló en gran manera á los padres; mas el quebranto del rey godo se esplayaba con los afanes de la guerra, y la carrera de sus victorias se atajó luego con alevosías domésticas. Cometió el desacuerdo de admitir en su servidumbre á uno de los secuaces de Saro, un bárbaro de escasa estatura, pero de ánimo denodado, y cuyo nuevo dueño lo estaba sin cesar escarneciendo descompasadamente aguijando así sus conatos vengativos. Quedó Ataulfo asesinado en el palacio de Barcelona (A. 415, agosto), y se holló la ley de sucesion con un alboroto (160), sentándose en el solio godo Sinjerico, estraño en la alcurnia real y hermano del mismo Saro. El primer acto de su reinado fué el homicidio de los seis niños de Ataulfo, habidos en matrimonio anterior, arrebatándolos desaforadamente de los brazos endebles de un obispo venerable (161). La desventurada Placidia, en vez de la compasion reverente que debia mover en los pechos mas empedernidos, fué insultada con desenfreno. La hija del emperador Teodosio, revuelta en una caterva de cautivas ruines, tuvo que marchar á pié mas de cuatro leguas delante del caballo de un bárbaro, asesino de un consorte amado á quien estaba llorando (162).

Mas cupo luego á Placidia el gozarse en su venganza, y la vista de sus padecimientos indecorosos no pudo menos de escitar el encono del pueblo contra el tirano, que fué asesinado á los siete dias de su usurpacion. Muerto Sinjerico, escojió la nacion, para empuñar el cetro godo, á Walia, cuyo temple guerrero y ambicioso se mostró desde luego en estremo enemigo de la república. Marchó escuadronado desde Barcelona hasta las playas del Océano, reverenciado y temido por los antiguos como el postrer lindero del orbe. Mas al asomar hácia el promontorio meridional de España (165) y desde el peñasco cubierto ahora por Jibraltar, estuvo contemplando la costa inmediata y fertilísima de Africa, y abrazó el intento de su conquista, orillada con la muerte de Alarico. Contrastaron de nuevo vientos y olas el empeño de los Godos, y los ánimos de un pueblo supersticioso se impresionaron intensamente con los redoblados fracasos de tormentas y naufrajios. Bajo este concepto, tuvo por fin el sucesor de Ataulfo que dar oidos al embajador romano, que hacia sus propuestas al arrimo, efectivo ó supuesto, de una hueste acaudillada por el valeroso Constancio. Se acordó y se cumplió un tratado solemne; Placidia fué honoríficamente devuelta á su hermano; entregáronse hasta seiscientas mil

medidas de trigo á los hambrientos Godos (164), y Walia se comprometió á desenvainar su espada al servicio del imperio (A. 415-418). Encendióse entónces guerra sangrienta entre los bárbaros de España, y se dice que los príncipes encontrados enviaron cartas, embajadores y rehenes al solio del emperador occidental, instándole á que presenciase sosegadamente la contienda, cuyos resultados debian redundar en ventaja de los Romanos con el destrozo mutuo de sus enemigos comunes (165). Sostúvose aferradamente la guerra de España con denuedo estremado y varia suerte por espacio de tres campañas, y descolló como héroe godo con sus altas proezas Walia por todos los ámbitos del imperio. Acabó con los Silingos, asoladores de la pingüe provincia de Bética; mató en batalla al rey de los Alanos, y las reliquias de aquellos Escitas vagarosos, que se salvaron de los trances, en vez de nombrarse nuevo caudillo, se acojieron rendidamente á la bandera de los Vándalos, con los cuales quedaron ya para siempre confundidos. Doblegáronse tambien los mismos Vándalos, y aun los Suevos, á los embates del Godo invencible; y la revuelta muchedumbre de bárbaros, atajada ya en su retirada, se acojió á las quebradas de Galicia, donde siguió, en terreno estéril y estrechos confines, ensangrentándose con sus hostilidades domésticas é implacables. En medio del orgullo de la victoria, cumplió Walia fielmente sus empeños; devolvió sus conquistas españolas á la obediencia de Honorio, y la tiranía de los empleados imperiales en breve hizo que el pueblo echase menos la temporada de su servidumbre con los bárbaros. En el mismo trance de la guerra, á la primera ventaja que logró Walia, este alentó la corte de Ravena hasta decretar el timbre de un triunfo á su débil soberano. Entró en Roma al par de los antiguos vencedores de las naciones, y si las demostraciones de bastardía servil no yacieran con el destino que merecian, estariamos viendo problablemente que una caterva de oradores y poetas, de majistrados y obispos, encarecian la dicha, la sabiduría y el denuedo invencible del emperador Honorio (166).

Correspondiera aquel triunfo al aliado de Roma, si al regresar Walia por el Pirineo, dejase á la espalda esterminadas las semillas de la guerra. Los Godos victoriosos, á los cuarenta y tres años de su tránsito por el Danubio, quedaron, en virtud de los tratados, ya establecidos y en posesion de la segunda Aquitania, provincia marítima entre el Garona y el Loira, bajo la jurisdiccion civil y eclesiástica de Burdeos. Aquella metrópoli, ventajosísimamente situada para el comercio del Océano, tenia una forma arreglada y vistosa, y su crecido vecindario descollaba en la Galia por su riqueza, instruccion y modales. La provincia inmediata, encarecidamente parangonada con el jardin de Eden, disfruta suelo fértil y temple suave; brotaban por el pais las artes y la industria; y los Godos, tras tantos afanes, apuraban lujosamente los viñedos de Aquita-

nia (167). Ensancháronse los ámbitos de la provincia con el aumento de algunas diócesis inmediatas; y los sucesores de Alarico se avecindaron en Tolosa, que abarcaba cinco barrios populosos, ó bien ciudades, en el grandioso recinto de sus muros. Por aquel tiempo, hácia el fin del reinado de Honorio, Godos, Borgoñones y Francos lograron asiento permanente y dominio en las provincias de la Galia. Confirmó el emperador lejítimo el otorgamiento grandioso del usurpador Jovino á sus aliados Borgoñones: cediéronse las campiñas de la Alta ó Primera Jermania á tan formidables estranjeros, y fueron sucesivamente agregando, por conquista ó por tratados, ambas provincias que todavía conservan el apellido nacional de Borgoña, con los títulos de condado y ducado (168). Quisieron luego los Francos, tan valerosos y fieles aliados de la república romana, imitar á los mismos invasores que habian esforzadamente rechazado. Sus gavillas desmandadas saquearon á Tréveris, capital de la Galia, y la ruin colonia que por largo tiempo estuvieron manteniendo en el distrito de Toxandría, en el Brabante, medró por las orillas del Mosa y del Escalda, hasta que su poderío independiente vino á abarcar todo el ámbito de la Jermania Segunda ó Inferior. Comprueban datos históricos estos hechos; pero la fundacion de la monarquía francesa por Faramundo, las conquistas, leyes y aun existencia de aquel héroe, se han tachado fundadamente por la imparcialidad justiciera de la crítica moderna (169).

Cabe fechar la ruina de aquellas provincias opulentas de la Galia desde el establecimiento de aquellos bárbaros cuya alianza era espuesta y gravosa, y que andaban alternando voluntariosamente por interés ó por acaloramiento la tranquilidad pública (A. 420, etc). Cargóse un rescate crecido y arbitrario á los súbditos que habian sobrevivido á tanta desdicha: los estranjeros insaciables se apropiaron las campiñas mas pingües y lozanas para sus familias, esclavos y ganados, y los naturales tenian que dejar temblando y suspirando la herencia de sus mayores. Sin embargo estas desventuras domésticas, que no suelen caber á los pueblos vencidos, los mismos Romanos se las habian estado causando y padeciendo entre sí, no solo con el engreimiento de conquistas estranjeras, sino en el frenesí de sus propias desavenencias. Proscribieron los Triunviros hasta diez y ocho de las colonias mas florecientes de Italia, y fueron luego repartiendo sus campiñas y albergues á los veteranos vengadores de la muerte de César y aniquiladores de la libertad de su patria. Dos poetas de muy desigual nombradía se han lamentado, en circunstancias muy parecidas, de la pérdida de su patrimonio; mas los lejionarios de Augusto sobrepujaron al parecer en sinrazon y tropelía á los bárbaros que invadieron la Galia en el reinado de Honorio. A durísimas penas pudo Virjilio salvarse de la espada de un centurion, usurpador de su cortijada en las

cercanías de Mantua (170); pero Paulino de Burdeos recibió una cantidad de dinero de su comprador godo, y la admitió con estrañeza y satisfaccion; y aunque en sumo grado inferior al precio de su hacienda, á lo menos aquella violencia llevaba algun viso de equidad y moderacion (171). El nombre odioso de conquistadores se fué suavizando hasta parar en el mas grato y amistoso de *huéspedes* de los Romanos; y los bárbaros de la Galia, con especialidad los Godos, andaban repitiendo que se hallaban enlazados con el pueblo por los vínculos de hospedaje, y con el emperador, por las obligaciones del homenaje y servicio militar. Respetábanse todavía el dictado de Honorio y sucesores, sus leyes y sus majistrados civiles en las provincias de la Galia, cuya posesion habian traspasado á sus aliados bárbaros; y los reyes que ejercian autoridad suprema é independiente sobre sus vasallos naturales andaban desalados tras la jerarquía mas honorífica de maestre jeneral de los ejércitos imperiales (172); ¡tal era la veneracion indeliberada que merecia aun el nombre romano en los ánimos de aquellos guerreros que habian arrebatado triunfalmente los despojos del Capitolio!

Mientras la Italia estaba asolada por los Godos, y una caterva de tiranuelos iba acosando las provincias allende los Alpes, separóse la isla de Bretaña del cuerpo del imperio romano. Habíanse retirado las fuerzas que resguardaban aquella provincia lejana, y quedó sin amparo contra los piratas ajones y los salvajes de Irlanda y Caledonia. En aquel trance, ajenos de todo auxilio de una monarquía imposibilitada, los naturales se juntaron armados, rechazaron á los salteadores y se engrieron con el descubrimiento importantísimo de sus propias fuerzas (173). Acosados de iguales calamidades é impulsados por el mismo espíritu, las provincias Armóricas (nombre que comprendia los paises marítimos de la Galia entre el Sena y el Loira) (174) acordaron seguir el ejemplo de la isla vecina. Arrojaron á los majistrados romanos dependientes del usurpador Constantino (A. 409), y plantearon un gobierno libre en un pueblo hasta entónces avasallado por el albedrío absoluto de un dueño. Confirmó luego el mismo Honorio la independencia de Bretaña y Armórica, como emperador lejítimo de Occidente, y las patentes en que ponia en manos de los nuevos estados el encargo de su propio salvamento suenan á renuncia total y perpetua del ejercicio y derecho de soberanía; y así lo comprueban los acontecimientos. Derribados sucesivamente los usurpadores de la Galia, se reincorporaron las provincias marítimas en el imperio; mas era su obediencia parcial é insubsistente, pues ya el pueblo, con su vanagloria, inconstancia y rebeldía, ni acertaba con la libertad ni con la servidumbre (175); y la Armórica, aunque en breve alteró su forma republicana (176), anduvo siempre atropellada con alborotos. Perdióse la Bretaña (177); mas como los emperadores se avinieron cuerda-

mente con la independencia de una provincia lejana, no se acibaró aquel desvío con los baldones mutuos de tiranía ó rebelion; y las peticiones de rendimiento y proteccion llevaron consigo oficiosidades recíprocas y voluntarias de amistad nacional (178).

Desplomóse entónces la máquina del gobierno civil y militar, y el pais, ya independiente en el plazo de cuarenta años, hasta el desembarco de los Sajones, se rijió por la autoridad del clero, nobles y concejos (179). I. Zósimo, conservador único de aquel acontecimiento singular, advierte esmeradamente al recordarlo que las cartas de Honorio llevaban por sobrescrito *á las ciudades* de Bretaña (180). Bajo el amparo de los Romanos habian asomado hasta noventa y dos pueblos considerables en las diversas partes de aquella gran provincia, y descollaban treinta y tres ciudades por su entidad y sus privilejios (181). Cada una de estas, así como en las demás provincias del imperio, formaba un concejo legal para el arreglo de su policía concejil, y la potestad municipal estaba repartida entre majistrados anuales, un senador escojido, y el consejo, segun la pauta de la constitucion romana (182). El manejo de la renta jeneral, el desempeño de la jurisdiccion civil y criminal, y el ejercicio del mando y consejo público eran anejos á estas cortas repúblicas, y al entonar su independencia, la juventud del concejo se escuadronaba bajo las banderas de sus majistrados. Mas el afan de disfrutar las ventajas de toda sociedad y luego desentenderse de sus gravámenes fué siempre el manantial de violentas desavenencias, y se deja de suyo discurrir que el restablecimiento de la libertad en Bretaña causaria bandos y alborotos. Ciudadanos atrevidos y populares contrarestarian á los prepotentes por nacimiento y fortuna, y los nobles altaneros, quejosos de verse avasallados á sus propios sirvientes (183), echarian menos el reinado del monarca arbitrario. II. Sostenia el influjo patrimonial de los senadores principales la jurisdiccion de cada ciudad sobre la comarca inmediata; y los pueblos cortos, las aldeas y los hacendados acudian para su resguardo al arrimo de aquellas nuevas repúblicas. Preponderaba su poderío segun los alcances de su riqueza y vecindario; mas los herederos acaudalados, que se libertaban de la vecindad de alguna ciudad grandiosa, aspiraban á la jerarquía de príncipes independientes, y ejercian denodadamente los derechos de la paz y de la guerra. Las huertas y quintas, al remedo escaso del primor italiano, íbanse trocando en fortalezas, albergue en los trances del territorio vecino (184); dedicábase el producto de las campiñas á la compra de armas y caballos, á mantener una fuerza militar de esclavos, campesinos y secuaces desmandados, y el caudillo ejercia en sus dominios la potestad de majistrado civil. Descendientes serian muchos de estos jefes de los antiguos reyes bretones, y otros, en mayor número, procurarian entroncar con esta alcurnia, y desagraviarse de la herencia, atropellada

con la usurpacion de los Césares (185). Inclinábanlos su situacion y su esperanza á usar el traje, el habla y las costumbres de los antepasados. Si los *príncipes* de Bretaña caian de nuevo en la barbarie, mientras las *ciudades* se atenian esmeradamente á las leyes y modales de Roma, no podia menos de dividirse toda la isla en dos partes nacionales, subdivididas luego en porciones menores, segun las guerras, las parcialidades, los intereses y los enconos. Las fuerzas públicas, en vez de hermanarse contra todo estraño, se estaban debilitando con desavenencias domésticas; y el mérito personal que habia encumbrado á un caudillo venturoso al frente de sus iguales lo habilitaria para avasallar pueblos inmediatos, y aspirar á la jerarquía de los *tiranos* (186) que infestaron la Bretaña tras la ruina del gobierno romano. III. Compondríase la iglesia de Bretaña de treinta á cuarenta obispos (187), con el correspondiente número de clero inferior, y sus escaseces (pues aparecen muy menesterosos) (188), los precisarian á granjearse el aprecio público con su porte decoroso y ejemplar. Favorecian el interés y la índole del clero la paz y concordia del pais desavenido; imbuirian estas lecciones provechosas familiarmente en los ánimos, y los sínodos episcopales podian únicamente aspirar á la autoridad y trascendencia de consejos nacionales. En estos concilios, donde príncipes y majistrados alternaban con los obispos, se ventilarian desahogadamente los negocios públicos de mas entidad, al par de los eclesiásticos; hermanábanse oposiciones, fraguábanse alianzas, se imponian contribuciones, se acordaban y tal vez se ejecutaban disposiciones atinadas, y hay fundamento para opinar que se elejia en los trances un *pendragon* ó dictador, por consentimiento jeneral de los Bretones. Estos desvelos paternales, tan propios del carácter episcopal, solian sin embargo interrumpirse con el fervor y la supersticion; y el clero británico se afanó mas y mas por desarraigar la herejía pelajiana, de que abominaba como borron especial de su patria (189).

Se hace algun tanto reparable, ó mas bien se hace muy natural, que la rebeldía de Bretaña y de la Armórica introdujese alguna apariencia de libertad en las provincias sumisas de la Galia. En un edicto formal (190) y rebosante de los sentimientos paternales, que los príncipes suelen aparentar sin abrigarlos, proclamó el emperador Honorio su ánimo de juntar anualmente una asamblea de las *siete provincias*; nombre apropiado por esencia á la Aquitania y á la antigua Narbonesa, que habian hacia tiempo trocado la tosquedad céltica por las artes cultas y provechosas de Italia (191). Señalóse Arles, solar del gobierno y del comercio, para la celebracion de la asamblea, que solia durar veinte y ocho dias, desde el quince de agosto hasta el trece de setiembre, todos los años. Componíase del prefecto pretoriano de la Galia, de siete gobernadores de provincia; uno consular, y los seis presidentes; de los majistrados, y tal vez de los

obispos, de unas sesenta ciudades, y de un número competente, aunque indeterminado, de los *hacendados* mas sobresalientes en honradez y riquezas, quienes debian fundadamente mirarse como los representantes del pais. Estaban facultados para interpretar y comunicar las leyes de su soberano; para hacer presentes los agravios y deseos de sus delegantes; para aliviar los impuestos exorbitantes ó desiguales, y para deliberar sobre todo asunto de entidad concejil ó nacional, que pudiera proporcionar la paz y prosperidad de las siete provincias. Si planteara universalmente aquel instituto, que interesaba al pueblo en su propio gobierno, un Trajano ú bien un Antonino, las semillas de la virtud y acierto público pudieran haberse acojido y propagado en el imperio de Roma. Los fueros del súbdito afianzaran el solio del monarca, se precavieran los abusos de un réjimen, arbitrario hasta cierto punto, enmendándolos á lo menos con la intervencion de aquellas juntas representativas, y el pais se resguardara contra un enemigo estranjero con las armas de los naturales libres. Al influjo suave y grandioso de la libertad, pudiera el imperio romano permanecer invicto é inmortal, ó si su descompasado ámbito y la instabilidad de todo lo humano contrastaran aquella subsistencia perpetua, sus miembros separados y lozanos conservaran constitutivamente su vigor y su independencia. Pero en la decadencia del imperio, cuando estaban ya exhaustos los principios todos de la sanidad y de la vida, la aplicacion tardía de aquel remedio parcial no alcanzaba á surtir efectos saludables y cuantiosos. Está el emperador Honorio manifestando su estrañeza de tener que precisar á las provincias á aceptar unos fueros que debian ansiar entrañablemente, tanto que multó en tres, y aun en cinco libras de oro, á los representantes ausentes, que parece se desentendian de este agasajo soñado de una constitucion libre, cual si fuera el postrer y mas cruel insulto de sus opresores.

NOTAS

correspondientes al capítulo trijésimo primo.

(1) Las series de los sucesos, desde la muerte de Estilicon, hasta la llegada de Alarico delante de Roma, solo pueden hallarse en Zósimo, l. V, p. 347-350.

(2) La espresion de Zósimo es fuerte y animosa : καταφρόνησιν ἐμποιῆσαι τοῖς πολεμίοις ἀρκοῦντας, suficiente para escitar el desprecio del enemigo.

(3) Eos qui catholicæ secte sunt inimici, intra palatium militare prohibemus. Nullus nobis sit aliqua ratione conjunctus, qui a nobis fide et religione discordat. Cod. de Teodos., l. XVI, tit. V, ley. 42; y comentario de Gofredo, tom. VI, p. 164. Esta ley fué aplicada en toda su latitud, y cumplida con rigor. Zósimo, l. V, p. 364.

(4) Addison (véanse sus Obras, vol. II, p. 54, edic. Baskerville) ha dado una descripcion muy pintoresca del camino por el Apenino. Los Godos no tuvieron tiempo de observar las bellezas de la perspectiva; sino que se alegraron de hallar la Saxa Intercisa, estrecho paso que Vespasiano habia abierto por la peña (Cluver., Italia Antiq., tom. I, p. 618) absolutamente descuidado.

(5) Hinc albi, Clitumne, greges, et maxima taurus
Victima, sæpe tuo perfusi flumine sacro,
Romanos ad templa Deum duxere triumphos.
Georg. II, 146.

Además de Virjilio, la mayor parte de los poetas latinos, Propercio, Lucano, Silio Itálico, Claudiano, etc., cuyos pasajes pueden hallarse en Cluverio y Addison, han celebrado las víctimas triunfales del Clitumno.

(6) Algunas ideas de la marcha de Alarico se han sacado del viaje de Honorio sobre el mismo terreno (véase Claudiano en VI. Cons. Hon., 494-522). La distancia medida entre Ravena y Roma era de 254 millas romanas. Itinerar. Wesseling., p. 126.

(7) La marcha y retirada de Aníbal están descritas por Livio, l. XXVI, c. 7, 8, 9, 10, 11 : y el lector se convierte en espectador de tan interesante escena.

(8) Estas comparaciones fueron de Cineas, consejero de Pirro, á la vuelta de su embajada, en la cual habia estudiado dilijentemente la disciplina y las costumbres de Roma. Véase Plutarco, en Pirro, tom. II, p. 459.

(9) En los tres censos que se hicieron del pueblo romano, por el tiempo de la segunda guerra púnica, los guarismos son los siguientes (Véase Livio, Epitom., l. XX, Hist., l. XXVII, 36, XXIX, 37), 270, 213, 137, 108, 214,000. La caida del segundo y la subida del tercero, parecen tan desmedidas que muchos críticos, á pesar de la unanimidad de los manuscritos, han sospechado alguna corrupcion del texto de Livio (Véase Drakemborch ad XXVII, 36, y Beaufort, République Romaine, tom. I, p. 325). No consideraron que el segundo *censo* se sacó únicamente en

Roma, y que el número fué disminuido, no solo por la muerte, sino tambien por la *ausencia* de muchos soldados. En el tercer *censo*, Livio afirma espresamente que las lejiones fueron reunidas por delegados particulares. De los guarismos de la lista debemos casi deducir un duodécimo sobre sesenta é incapaces de llevar las armas. Véase Population de la France, p, 72.

(a) Compárese el acto notable en Jeremías, XXXII, 6, hasta 44, en que el profeta compra la hacienda de su tio al acercarse el cautiverio de Babilonia, en su firme confianza en la restauracion del pueblo. En un caso, es el triunfo de la fe relijiosa, en el otro, del orgullo nacional.—M.

(10) Livio considera estos dos incidentes como efectos únicamente de la casualidad y del valor. Sospecho que ambos fueron manejados por la admirable política del senado.

(11) Véase Jerónimo, tom. I, p. 169, 170, á Eustoquio: dá á Paula los espléndidos títulos de Gracchorum stirps, soboles Scipionum, Pauli hæres, cujus vocabulum trahit, Martiæ Papyriæ Matris Africani vera et germana propago. Esta particular descripcion supone un título mas sólido que el sobrenombre de Julia, que Toxocio repartió entre mil familias de las provincias occidentales. Véase el Indice de Tácito, de las incripciones de Gruter, etc.

(12) Tácito (Annal. III, 55) afirma que, entre la batalla de Accio y el reinado de Vespasiano, el senado se llenó gradualmente de familias *nuevas* de los municipios y colonias de Italia.

(13) Nec quisquam Procerum tentet (licet ære vetusto
Floreat, et claro cingatur Roma senatu)
Se jactere parem; sed prima sede relicta
Aucheniis, de jure licet certare secundo.
Claud. in Prob. et Olybrii Coss. 18.

Tal obsequio tributado al oscuro nombre de los Auquenios ha pasmado á los críticos, pero todos concuerdan en que, sea cual fuere la verdadera leyenda, el sentido de Claudiano solo puede aplicarse á la familia Anicia.

(14) La fecha mas temprana en los anales de Piquio es la de M. Anicio Galo, Trib. Pl. A. U. C. 506. Otro tribuno, Q. Anicio, A. U. C. 508, se distingue con el epiteto de Prenestinus. Livio (XLV, 43) coloca á los Anicios despues de las grandes familias de Roma.

(15) Livio, XLIV, 30, 31, XLV, 3, 26, 43. Aprecia debidamente el mérito de Anicio, y observa con justicia que su fama fué oscurecida por el superior brillo del triunfo macedonio que precedió al ilírico.

(16) Las fechas de los tres consulados son A. U. C. 593, 818, 967: las dos últimas bajo los reinados de Neron y Caracala. El segundo de estos cónsules se distinguió únicamente por su infame adulacion (Tacit.

Annal., XV, 74); pero aun la evidencia de los crímenes, cuando llevan el sello de la grandeza y antigüedad, se admite sin repugnancia para probar la jenealojía de una casa noble.

(17) En el siglo sexto, la nobleza del nombre Anicio se menciona (Cassiodor., Variar., l. X, Ep. 10, 12) con singular respeto por el ministro de un rey godo de Italia.

(18) —Fixus in omnes
Cognatos procedit honos; quemcumque requiras
Hac de stirpe virum, certum est de Consule nasci.
Per fasces numerantur Avi, semperque renata
Novilitate virent, et prolem fata sequuntur.

(Claudiano en Prob. et Olyb. Consulat. 12, etc.). Los Anios, cuyo nombre parece haber tomado su oríjen del de Anicio, señalan los Fastos con muchos consulados, desde el tiempo de Vespasiano hasta el siglo cuarto.

(19) El título de primer senador cristiano puede justificarse por la autoridad de Prudencio (en Symmach., I, 553) y la aversion de los paganos para con la familia Anicia. Véase Tillemont, Hist. des Empereurs, tom. IV, p. 183, V, p. 44. Baron. Annal., A. D. 312, N°. 78, A. D. 322, N°. 2.

(20) Probus..... claritudine generis et potentia et opum magnitudine, cognitus. Orbi Romano, per quem universum pœne patrimonia sparsa possedit juste an secus non judicioli est nostri. Ammian. Marcellin. XXVII, 11. Sus hijos y su viuda le erijieron en el Vaticano un sepulcro magnífico, que fué demolido en tiempo del papa Nicolás V, con el objeto de hacer lugar para la nueva iglesia de San Pedro. Baronio, que lamenta la ruina de este monumento cristiano, ha conservado con esmero las inscripciones y bajos relieves. Véanse Annal. Eccles., A. D. 395, N°. 5-17.

(21) Dos sátrapas persas viajaron á Milan y Roma para oir á San Ambrosio y ver á Probo (Paulin. en Vit. Ambros). Claudiano (en Cons. Probin. et Olybr., 30-60) parece que no acierta á espresar la gloria de Probo.

(22) Véase el poema que Claudiano dedicó á los nobles mozos.

(23) Secundino, el maniqueo, ap. Baron. Annal. Eccles., A. D. 390, N°. 34.

(24) Véase Nardini, Roma Antica, p. 89, 498, 500.

(25) Quid loquar inclusas inter laquearia sylvas;
Vernula queis vario carmine ludit avis.
Claud. Rutil. Namatian, Itinerar. ver. 111.

El poeta vivió en tiempo de la invasion de los Godos. Un palacio mediano hubiera cubierto la heredad de Cincinato, que contenia cuatro fanegas (Val. Max., IV, 4). In laxitatem ruris excurrunt, dice Séneca, Epist. 114. Véase una juiciosa nota de M. Hume, Ensayos, vol. I, p. 562, última edicion en 8°.

(26) Esta curiosa relacion de Roma, en el reinado de Honorio, se halla en un fragmento del historiador Olimpiodoro, ap. Photium, p. 197.

(27) Los hijos de Alipio, de Símaco y de Máximo gastaron, durante sus respectivas pretorías, doce, veinte ó cuarenta *centenarios* (ó cien libras de oro). Véase Olimpiodoro ap. Phot., p. 197. Este cálculo popular da alguna latitud; pero es difícil de esplicar una ley en el Código de Teodosio (l. VI, ley. 5), que fija el gasto del primer pretor á 25,000, del segundo á 20,000, y del tercero á 15,000 *folles*. El nombre de *follis* (vease Mém. de l' Académie des Inscriptions, tom. XXVIII, p. 727) se aplicaba igualmente á una bolsa de 125 piezas de plata, y á una moneda pequeña de cobre del valor de $\frac{1}{2625}$ parte de aquella bolsa. En el primer sentido, los 25,000 *folles* hubieran equivalido á 14.000.000 de reales: en el segundo, á 500 reales. Lo uno parece estravagante, lo otro ridículo. Debe de haber existido un tercer valor, ó medio, que aquí se entiende; pero la ambigüedad es una falta inescusable en el lenguaje de las leyes.

(28) Nicopolis..... in Actiaco littore sita possessionis vestræ nunc pars vel maxima est. Jerónimo en præfat. Comment. ad Epistol. ad Titum, tom. IX, p. 243. Tillemont supone, bastante estrañamente, que era parte de la herencia de Agamenon, Mem. Eccles., tom. XII, p. 85.

(29) Séneca, Epist., l. XXXIX. Su lenguaje es del jénero declamatorio: pero la declamacion apenas podia exajerar la avaricia y el lujo de los Romanos. El mismo filósofo mereció una parte de la reprension; si es verdad que su rigurosa exaccion de *Quadringenties*, unos 30.000,000 de reales, que habia prestado á un interés crecido, provocó una rebelion en Bretaña (Dion Casio, l. LXII, p. 1003). Segun la conjetura de Galo (Antoninus's Itinerary in Britain, p. 92), el mismo Faustino poseyó una hacienda cerca de Bury, en Sufolk, y otra en el reino de Nápoles.

(30) Volusio, rico senador (Tacit. Annal. III, 30) prefirió siempre los arrendadores nacidos en la hacienda. Columela, que recibió de él esta máxima, arguye muy juiciosamente sobre este punto. De Re Rustica, l. I, c. 7, p. 408, edic. Gesner, Leipzig, 1735.

(31) Valesio (ad Ammian., XIV, 6) ha probado por Crisóstomo y Agustin que á los senadores no se les permitia prestar dinero con usura. Sin embargo aparece del Código de Teodosio (véase Gofredo ad l. II, tit. XXXIII, tom. I, p. 230-289) que se les permitia tomar el seis por

ciento, ó la mitad del interés legal; y, lo que es mas singular, se concedia este permiso á los senadores *jóvenes*.

(32) Plin., Hist Natur., XXXIII, 50. Fija la plata en solas 4,380 libras, que Livio hace ascender (XXX, 45) hasta 100.023: la primera cantidad parece muy corta para una ciudad opulenta, la segunda demasiado crecida para cualquier aparador privado.

(33) El docto Arbuthnot (Tables of Ancient Coins, etc., p. 153) ha observado con gracia, y á mi entender, que Augusto no tenia vidrios en sus ventanas, ni camisa encima. En el Bajo Imperio, se hizo algo mas comun el uso del lino y del vidrio (*).

(34) Me incumbe esplicar las libertades que me he tomado con el texto de Amiano. 1°. He refundido en una pieza el capítulo sexto del libro décimocuarto, y el cuarto del libro vijésimo octavo. 2°. He dado órden y conexion á la masa confusa de materiales. 3°. He suavizado algunas hipérboles estravagantes, y cercenado algunas superfluidades del orijinal. 4°. He desenvuelto algunas observaciones que estaban insinuadas mas bien que espresadas. Con estas licencias, mi version se hallará, no literal por cierto, sino fiel y exacta.

(35) Claudiano, que parece leyó la historia de Amiano, habla de esta gran revolucion en estilo mucho menos cortés:

> Postquam jura ferox in se communia Cæsar
> Transtulit; et lapsi mores; desuetaque priscis
> Artibus, in gremium pacis servile recæssi.
> De Bel. Gildonico, p. 49.

(36) La minuciosa dilijencia de los anticuarios no ha podido verificar estos nombres estraordinarios. Soy de parecer que fueron inventados por el mismo historiador, quien tuvo miedo de alguna sátira ó alusion personal. Con todo, es cierto que las meras denominaciones de los Romanos se fueron alargando por grados hasta el número de cuatro, cinco y aun siete sobrenombres pomposos; como por ejemplo, Marco Mecio Memio Furio, Balburio Ceciliano Plácido. Véase Noris Cenotaph. Pisan., Dissert, IV, p. 438.

(37) Los *carrucæ*, ó coches de los Romanos, solian ser de plata sólida, curiosamente esculpidos y grabados; y los jaeces de las mulas ó caballos estaban realzados con oro. Esta magnificencia continuó desde el reinado

(*) El descubrimiento del vidrio en uso tan comun en Pompeyo echa por tierra la chanza de Arbuthnot. Véase sir W. Gell. Pompeiana, 2ª. serie, p. 98.—M.

de Neron hasta el de Honorio; y el camino Apio estaba cuajado con los espléndidos equipajes de los nobles que salieron al encuentro de Santa Melania, cuando volvió á Roma, seis años antes del sitio de los Godos (Séneca, epist. LXXXVII, Plin., Hist Natur., XXXIII, 49; Paulin. Nolan. apud Baron., Annal. Eccles., A. D. 397. Nº. 5). Sin embargo la pompa se ha reemplazado por la conveniencia; y un sencillo coche moderno, que pende de muelles, es muy preferible á los *carros* de plata ú oro de la antigüedad, que rodaban sobre los ejes y estaban espuestos, por la mayor parte, á la inclemencia del tiempo.

(38) En una homilia de Asterio, obispo de Amasia, M. de Valois ha descubierto (ad Ammian., XIV, 6) que era una moda nueva que los osos, lobos, leones y tigres, bosques, monterías, etc. estaban representados en bordado; y que los piadosos petimetres sustituian la figura ó leyenda de un santo predilecto.

(39) Véanse las epístolas de Plinio, I, 6. Tres grandes jabalíes fueron atraidos y cojidos en las redes sin interrumpir los estudios del filósofo cazador.

(40) El cambio de la malhadada voz *Avernus*, que está en el texto, es inmaterial. Los dos lagos Averno y Lucrino se comunicaban entre sí y eran formados por los estupendos muelles de Agripa en el puerto Juliano, que se abria por una entrada estrecha en el golfo de Puteoli. Virjilio, que residía allí, ha descrito (Jeórjica II, 161) esta obra en el momento de practicarse; y sus comentadores, especialmente Catrou, han sacado mucha luz de Estrabon, Suetonio y Dion. Los terremotos y volcanes han cambiado la faz del pais, y convertido el lago Lucrino, desde el año 1538, en el Monte Nuovo. Véase Camilo Pelegrino, Discorsi della Campania Felice, p. 239, 244, etc, Antonii Sanfelicii Campania, p. 13, 88 (*).

(41) Los regna Cumana et Puteolana; loca cæteroqui valde expetenda, interpellantium autem multitudine pæne fugienda. Ciceron ad Attic., XVI, 17.

(42) La espresion proverbial de la *oscuridad cimeriana* fué sacada orijinalmente de la descripcion de Homero (en el libro undécimo de la Odisea), que aplica á un pais remoto y fabuloso á las orillas del Océano. Véase Erasmi Adagia, en sus obras, tom. II, p. 593, edicion de Leida.

(43) Podemos sacar de Séneca, epist. CXXIII, tres circunstancias curiosas relativas á los viajes de los Romanos. 1º. Iban precedidos por una tropa de caballería lijera de Numidia, que anunciaba, con una nube de polvo, la proximidad de un gran personaje. 2º. Las caballerías de bagaje trasportaban, no solamente los vasos preciosos, sino tambien las frájiles

(*) Compárese la Jeolojía de Syell, II, 72.—M.

vasijas de cristal y *murra*, cuya última materia es casi probada por el docto traductor francés de Séneca (tom. III, p, 402-422) que era igual á la porcelana de China y Japon. 3°. Los hermosos rostros de les jóvenes esclavos estaban cubiertos de una capa tinturada de yerbas medicinales ó untura que los preservaba de los efectos del sol y del hielo.

(44) Distribusio solemnium sportularum. Las *sportulæ* ó *sportelle* eran cestas pequeñas, que se suponian contener una cantidad de provisiones calientes, del valor de cien cuadrantes, ó cinco reales; estaban colocadas por órden en el salon, y se distribuian con ostentacion á la multitud hambrienta ó servil que se aguardaba á la puerta. Esta costumbre grosera se menciona con mucha frecuencia en los epígramas de Marcial, en las sátiras de Juvenal. Véase tambien Suetonio, en Claud. 21, en Neron, c. 16, en Domiciano, c. 4, 7. Estas cestas de provisiones se convirtieron despues en anchas piezas de oro ó plata acuñadas ó lisas, que se daban y recibian hasta por las personas de mas alta jerarquía (véase Symmach., epist. IV, 35, IX, 124, y Miscell., p. 256), en ocasiones solemnes de consulados, casamientos, etc.

(45) La falta de nombre inglés me obliga á referirme al comun jénero de las ardillas (*), en latin *glis*, en francés *loir*; animalejo que habita en los bosques, y permanece adormecido en invierno (véase Plin. Hist. Natur. VII, 82, Buffon, Hist. Naturelle, tom. VIII, p. 158. Pennant's Synopsis of Quadrupeds, p. 289). El arte de criar y alimentar gran número de *glires* se practicaba en las quintas de Roma, como un artículo provechoso de economía rural (Varron, de Re Rustica, III, 15). El escesivo pedido de dichos animales para las mesas de lujo se aumentó con las necias prohibiciones del oscensores, y se cuenta que son todavía bastante estimados en la moderna Roma, y son enviados frecuentemente como regalos por los príncipes de Colona (véase Brotier, último editor de Plinio, tom. II, p. 458, apud Barbou, 1779).

(46) Este juego, que podia traducirse por los nombres mas familiares de *tablas reales*, era una diversion favorita de los Romanos mas graves; y el viejo Mucio Escevola, el abogado, tenia fama de jugador muy diestro. Se llamaba *ludus duodecim scriptorum*, de las doce *scripta* ó líneas, que dividian igualmente el *alveolus* ó mesa. En estas, los dos ejércitos, el blanco y el negro, que consistian en quince hombres cada uno, ó *calculi*, eran colocados regularmente y movidos alternativamente, segun las leyes del juego y las suertes de los *tesseræ* ó dados. Dr. Hyde que traza la historia y las variedades del *nerdiludium* (nombre de etimolojía persa) desde Irlanda hasta Japon, emite sobre este frívolo asunto un copioso tor-

(*) ¿No es el liron? – M.

rente de erudicion clásica y oriental. Véase Sintagma, dissertat., tom. II, p. 217-405.

(47) Marius Maximus, homo omnium verbosissimus, qui, et mythistoricis se voluminibus implicavit. Vopisco, en Hist. August., p. 252. Escribió las vidas de los emperadores, desde Trajano hasta Alejandro Severo. Véase Gerardo Vosio, de Historicis Latin, l. II, c. 3, en sus obras vol. IV, p. 37.

(48) Esta sátira es probablemente exajerada. Las saturnales de Macrobio y las epístolas de Jéronimo dan pruebas satisfactorias de que la teolojía cristiana y la literatura clásica eran cultivadas estudiosamente por muchos Romanos de ambos sexos y de la condicion mas elevada.

(49) Macrobio, amigo de estos nobles Romanos, consideraba las estrellas como la causa ó á lo menos como las señales de los acontecimientos futuros (de Somn. Scipion, l. I, c. 19, p. 68.

(50) Las historias de Livio (véase particularmente VI, 36) están atestadas de las estorsiones de los ricos, y de los padecimientos de los pobres deudores. La triste historia de un valiente soldado veterano (Dionisio Hal., l. V, c. 29, p. 347, edic. Hudson, y Livio, II, 23), debe haberse repetido frecuentemente en aquellos tiempos primitivos, que han sido tan desmerecidamente ensalzados.

(51) Non esse civitate duo millia hominum qui rem haberent. Ciceron, Offic. II, 21, y Comment. Paul. Manut. in edit. Græv. Esta vaga computacion se hizo A. U. C. 649, en un discurso del tribuno Filipo, siendo su objeto, como tambien el de los Gracos (véase Plutarco), deplorar y quizás exajerar la miseria de la plebe.

(52) Véase la tercera sátira 60-125) de Juvenal, que se queja indignadamente:

— Quamvis quota portio fæcis Achæi!
Jampridem Syrus in Tiberim defluxit Orontes;
Et linquam et mores, etc.

Séneca, cuando trata de consolar á su madre (Consolat. ad Helv., c. 6), con la reflexion de que una gran parte del jénero humano se hallaba en el estado de destierro, recuerda cuan pocos habitantes de Roma nacieron en la ciudad.

(53) Casi todo lo que se ha dicho del pan, tocino, aceite, vino, etc. puede encontrarse en el libro décimocuarto del Código de Teodosio, que trata espresamente de la *policía* de las ciudades grandes. Véanse en especial los títulos III, IV, XV, XVI, XVII, XXIV. Los testimonios colaterales están producidos en el Comentario de Gofredo, y no es necesario trascribirlos. Segun una ley de Teodosio, que aprecia en dinero la ra-

cion militar, una pieza de oro (54 reales) equivalia á ochenta libras de tocino, ó á ochenta libras de aceite ó á doce modios (tres celemines de España) de sal (Cod. Teod., l. VIII, tit. IV, ley 17).

(54) El anónimo de la Descripcion del Mundo (p. 14, en tom. III, Geograph. Minor, Hudson) dice de Lucania, en su latin bárbaro, Regio optima, et ipsa omnibus habundans, et lardum multum foras emittit. Propter quod est in montibus, cujus æseam animalium variam, etc.

(55) Véase Novell. ad calcem Cod. Theod. D. Valent., l. I, tit. XV. Esta ley fué publicada en Roma, el 29 de junio, A. D. 452.

(56) Sueton. en August., c. 43. El mayor esceso del emperador con su vino favorito de Recia nunca pasó de un *sextarius* (una botella) Id. c. 77. Torrencio ad loc. y tablas de Arbuthnot, p. 86.

(57) Su designio fué plantar viñas á lo largo de la costa marítima de Etruria (Vopisco, en Hist. August., p. 225); las tristes, malsanas, incultas marismas de la Toscana moderna.

(58) Olmypiodor. apud Phot., p. 197.

(59) Séneca (epistol. LXXXVI) compara los baños de Escipion Africano, en su quinta de Literno, con la magnificencia (que continuamente iba en aumento) de los baños públicos de Roma, mucho tiempo antes que se erijiesen las magníficas Termas de Antonino y Diocleciano. El *quadrans* que se pagaba para la admision era el cuarto del *as*, á corta diferencia, tres cuartos.

(60) Amiano (l. XIV, c. 6, y l. XXVIII, c. 4), despues de describir el lujo y orgullo de los nobles de Roma, espone con igual indignacion los vicios y locura de la plebe.

(61) Juvenal, Satir. XI, 191, etc. Las espresiones del historiador Amiano no son menos fuertes y animadas que las del satírico; y unas y otras se han sacado de la vida: la jente que cabia en el gran circo se ha sacado de las *original. Notitiæ* de la ciudad. Las diferencias prueban que el uno no lo copió del otro: pero la suma puede parecer increible, aunque el pais en tales ocasiones se congregaba en la ciudad.

(62) A veces compusieron piezas orjinales

> — Vestigia Græca
> Ausi deserere et celebrare domestica facta.

Horat., Epist. ad Pisones, 285, y la erudita, aunque perpleja nota de Dacier, que podia haber dado el nombre de trajedias al *Bruto* y al *Decio* de Pacunio, ó al *Caton* de Materno. La *Octavia*, atribuida á uno de los Sénecas, queda como una muestra nada favorable de la trajedia romana.

(63) En tiempo de Quintiliano y Plinio, un poeta trájico se vió re-

ducido al método imperfecto de alquilar un cuarto espacioso, y leer su composicion á la compañía, á la cual convidaba á este efecto (Véase Dialog. de Oratoribus, c. 9, 11; y Plinio, Epistol. VII, 17).

(64) Véase el Diálogo de Luciano, titulado de Saltatione, tom. II, p. 265-317, edit. Reitz. Los pantomímicos obtuvieron el honroso nombre de χειροσόφοι, y se requeria que estuviesen versados en casi todas las artes y ciencias. Burette (en las Mémoires de l' Académie des Inscriptions, tom. I, p. 127, etc.) ha dado una breve historia del arte de las pantomimas.

(65) Amiano, l. XIV, c. 6. Se queja con indignacion decente de que las calles de Roma estuviesen llenas de tropeles de mujeres que podian haber dado hijos al estado, pero cuya ocupacion esclusiva era rizarse y componerse el pelo, y jactari volubilibus gyris, dum exprimunt innumera simulacra, quæ finxere fabulæ theatrales.

(66) Lipsio (tom. III, p. 423, de Magnitud. Romana, l. III, c. 3), é Isaac. Vosio (Observat. Var., 26-34), han soñado cuatro, ocho, ó catorce millones en Roma. Mr. Hume (Essays, vol. I, p. 450-457) con admirable criterio y escepticismo revela alguna propension secreta á disminuir la populosidad de los tiempos antiguos.

(67) Olympiodor. ap. Phot., p. 197. Véase Fabricio, Bibl. Græc., tom. IX, p. 400.

(68) In ea autem majestate urbis, et civium infinita frequentia innumerabiles habitationes opus fuit explicare. Ergo cum recipere non posset arca plana tantam multitudinem in urbe, ad auxilium altitudinis ædificiorum res ipsa coëgit devenire. Vitruv. II, 8. Este pasaje, que debo á Vosion es claro, fuerte y comprensivo.

(69) Los testimonios sucesivos de Plinio, Arístides, Claudiano, Rutilio, etc. prueban la insuficiencia de estos edictos restrictivos. Véase Lipsio, de Magnitud. Romana, l. III, c. 4.

— Tabulata tibi jam tertia fumant:
Tu nescis; nam si gradibus trepidatur ab imis
Ultimus ardebit, quem tegula sola tuetur
A pluvia. Juvenal. Satir. III, 199.

(70) Véase toda la sátira tercera, pero particularmente 166, 223, etc. La descripcion de una *insula* apiñada, ó vivienda, en Petronio (c. 95, 97), cuadra perfectamente con la queja de Juvenal, y sacamos de una autoridad legal que, en tiempo de Augusto (Heinecio, Hist. Juris. Roman., c. IV, p. 181), la renta ordinaria de los varios *cœnacula*, ó aposentos de una *insula*, producia anualmente cuarenta mil sextercios, de de 30,000 á 40,000 reales (Pandect., l, XIX, tit. II, N. 30), cuya suma prueba á la vez la vasta estension y el precio subido de aquellas habitaciones comunes.

(71) Esta suma total se compone de 1780 *domus*, ó casas grandes, 46,602 *insulæ*, ó habitaciones plebeyas (véase Nardini, Roma Antica, l. III, p. 88); y estos guarismos vienen confirmados por la conformidad de los textos de las diferentes *Notitiæ*. Nardini, l. VIII, p. 498-500.

(72) Véase aquel exacto escritor M. de Messame, Recherches sur la Population, p. 175-187. Con fundamentos probables ó ciertos, da á Paris 23,565 casas, 71,114 familias, y 576,630 habitantes.

(73) Este cómputo no es muy diferente del que M. Brotier, último editor de Tácito (tom. II, p. 380), ha deducido de principios semejantes; aunque parece aspirar á un grado de precision, que no es posible ni importante obtener.

(74) Para los sucesos del primer sitio de Roma, que confunden con los del segundo y tercero, véase Zósimo, l. V, p. 350-354. Sozomen, l. IX, c. 6, Olimpiodoro, ap. Phot., p. 180; Filostorjio, l. XII, c. 3, y Gofredo, Dissertat., p. 467-475.

(75) La madre de Leta se llamó Pisumena. Su padre, familia y pais son desconocidos.

(76) Ad nefandos cibus erupit esurientium rabies, et sua invicem membra laniarunt, dum mater non parcit lactenti infantiæ; et recipit utero, quem paulo ante effuderat. Jerónimo ad Principiam, tom. I, p. 121. La misma circunstancia horrible se refiere de los sitios de Jerusalen y Paris. Para este, compárese el libro décimo de la Henriada, y el Journal de Henri IV, tom. I, p. 47-83; y obsérvese que una sencilla relacion de hechos es mucho mas patética que la mas trabajosa descripcion de la poesía épica.

(77) Zósimo (l. V, p. 355, 356) habla de estas ceremonias, como un Griego que ignora la supersticion nacional de Roma y Toscana. Sospecho que consistian en dos partes, las secretas y las públicas; aquellas eran probablemente una imitacion de las artes y encantos por cuyo medio Numa habia derribado á Júpiter y su rayo en el Monte Aventino.

— Quid agant laqueis, quæ carmina dicant,
Quaque trahant superis sedibus arte Jovem,
Scire nefas homini (*).

Los *ancilia*, ó escudos de Marte, los *pignora Imperii*, que se llevaban en una procesion solemne en las calendas de marzo, sacaron su oríjen de este misterioso suceso (Ovid. Fast. III, 259-398). Probablemente

(*) Sobre la cuestion de la ciencia de conducir rayos, poseida por los antiguos, consúltese á Eusebio Salverte, des Sciences occultes, c. XXIV, Pari 1829.—M.

tenia por objeto el renovar esta antigua fiesta que Teodosio habia suprimido. En tal caso, conseguimos una fecha cronolójica (1°. de marzo A. D. 409) que no se ha observado hasta entónces.

(78) Sozomen (l. IX, c. 6) insinúa que el esperimento se hizo en efecto, aunque sin éxito; pero no menciona el nombre de Inocencio; y Tillemont (Mém. Ecclés., tom. X, p. 645) está determinado á no creer que un papa fuese culpable de tan impía condescendencia.

(79) La pimienta era un ingrediente favorito del arte mas costoso de cocina en Roma, y la mejor especie se vendia á 15 denarios ó 50 reales la libra. Véase Plinio, Hist. Natur., XII, 14 Se traia de la India; y el mismo pais, la costa de Malabar, la da aun en abundancia, pero los progresos del comercio y de la navegacion han multiplicado la cantidad y reducido el precio. Véase Histoire Politique et Philosophique, etc., tom. I, p. 457.

(80) Este jefe godo es llamado por Jornandes é Isidoro *Athaulphus*; por Zósimo y Orosio, *Ataulpus;* y por Olimpiodoro, *Adaoulphus*. He usado del célebre nombre de *Adolphus*, que parece autorizado por la práctica de de los Suecos, hijos ó hermanos de los antiguos Godos.

(81) El tratado entre Alarico y los Romanos, etc., se ha sacado de Zósimo, l. V, p. 354, 355, 358, 359, 362, 363. Las circunstancias adicionales son en muy corto número, y muy frívolas para exijir ninguna otra cita.

(82) Zósimo, l. V, p. 367, 368, 369.

(83) Zósimo, l. V, 360, 361, 362. El obispo, quedándose en Ravena, se escapó de las calamidades inminentes de la ciudad. Orosio, l. VII, c. 39, p. 573.

(84) Para las aventuras de Olimpio y de sus sucesores en el ministerio, véase Zósimo, l. V, p. 363, 365, 366; y Olimpiodor. ap. Phot., p. 180, 181.

(85) Zósimo (l. V, páj. 364) refiere esta circunstancia con visible complacencia, y celebra el carácter de Jenerid como la última gloria del paganismo espirante. Muy diferentes eran los sentimientos del consejo de Cartago, que envió diez obispos á la corte de Ravena, á quejarse de la ley, que se acababa de decretar, de que todas las conversiones al cristianismo fuesen libres y espontáneas. Véase Baronio, Annal. Eccles., A. D. 409, núm. 12. A. D. 410, núm. 47, 48.

(86) Zósimo, l. V, p. 367, 368, 369. Esta costumbre de jurar por la cabeza, la vida, la seguridad, ó el jenio del soberano, era de la mas remota antigüedad, tanto en Ejipto (Jénesis, XLII, 15) como en Escitia. Pronto pasó, por adulacion, á los Césares; y Tertuliano se queja de que fuese el único juramento que los Romanos de su tiempo afectaban reve-

renciar. Véase una elegante Disertacion del Abate Massieu sobre los *Juramentos de los Antiguos*, en las Mém. de l' Académie des Inscriptions, tom. I, p. 208, 209.

(87) Zósimo, l. V, p. 268, 369. He suavizado las espresiones de Alarico, que se espacia, de un modo demasiado florido sobre la historia de Roma.

(88) Véase Sueton en Claud., c. 20; Dion Casio, l. LX, p. 949, edic. Reimar, y la animada descripcion de Juvenal, Satir. XII, 75, etc. En el siglo décimosexto, cuando los restos de este puerto Augusto eran todavía visibles, los anticuarios trazaron el plan (véase D' Anville, Mém. de l' Académie des Inscriptions, tom. XXX, p, 198), y declararon con entusiasmo que todos los monarcas de Europa serian incapaces de hacer tan grandiosa obra (Bergier, Hist. des grands Chemins des Romains, tom. II, p. 356.

(89) Las *Ostia Tyberina* (véase Cluver., Italia Antiq., l. III, p. 870-879), en el número plural, las dos bocas del Tíber, fueron separadas por la Isla Santa, triángulo equilátero, cuyos lados se calculaban en dos millas cada uno á corta diferencia. La colonia de Ostia fué fundada inmediatamente mas allá del brazo izquierdo ó meridional, y el *Puerto* inmediatamente mas allá del brazo derecho ó septentrional; y la distancia entre su residuo mide algo mas de dos millas en el mapa de Cingolani. En tiempo de Estrabon, la arena y el cieno que deponia el Tíber habian cegado el puerto de Ostia; los progresos de la misma causa habian aumentado mucho la estension de la Isla Santa, y dejado por grados á Ostia y el Puerto á una distancia considerable de la playa. Los canales secos (fiumi morti) y los grandes estuarios (stagno di Ponente, di Levante) señalan las mudanzas del rio y los esfuerzos del mar. Consúltese, para el estado presente de este trecho espantoso y desolado, el escelente mapa del Estado Eclesiástico por los matemáticos de Benedictino XIV; descripcion actual del *Agro Romano*, en seis hojas, por Cingolani, que contiene 113, 819 *rubbia*; y el gran mapa topográfico de Ameti en ocho hojas.

(90) Ya en el siglo tercero (Ladner' s Credibility of the Gospel, part. II, vol. III, p. 89-92), ó á lo menos en el cuarto (Carol. á Sancta Paulo, Notit. Eccles., p. 47), el Puerto de Roma era una iglesia episcopal, que fué demolida, al parecer, en el siglo nono, por el papa Gregorio IV, durante las incursiones de los Arabes. Ahora está reducida á una posada, una iglesia, y la casa ó palacio del obispo, que es uno de los seis obispos cardinales de la iglesia romana. Véase Escrinard, Descrizione di Roma, e dell' Agro Romano, p. 328 (*).

(*) Compárese Sir W. Gell, Roma y su Vecindad, vol. II, p. 134.—M.

(91) Para la elevacion de Atalo, consúltese Zósimo, l. VI, p. 377-380; Sozomen, l. IX, c. 8, 9; Olympiodor. ap. Phot., p. 180, 181; Filostorj., l. XII, c. 3; y Gofredo, Dissertat., p. 470.

(92) Podemos admitir el testimonio de Sozomen para el bautismo arriano, y el de Filostorjio para la educacion pagana de Atalo. La alegría visible de Zósimo, y el descontento que achaca á la familia Anicia, son muy contrarios al cristianismo del nuevo emperador.

(93) Estremó tanto su insolencia, que declaró que mutilaria á Honorio antes de enviarle á destierro. Pero esta asercion de Zósimo queda destruida por el testimonio mas imparcial de Olimpiodoro, quien atribuye la vil proposicion (que fué absolutamente desechada por Atalo) á la bajeza, y quizás á la traicion de Jovio.

(94) Procop., de Bell. Vandal., l. I, c. 2.

(95) Véase la causa y circunstancias de la caida de Atalo en Zósimo, l. VI, p. 380-393. Sozomen, l. IX, c. 8; Filostorj., l. XXII, c. 3. Los dos actos de indemnizacion en el Código de Teodosio, l. IX, tit. XXXVIII, leg. 11, 12. que fueron publicados el 12 de febrero y el 8 de agosto, A. D. 410, se refieren evidentemente á este usurpador.

(96) In hoc, Alaricus imperatore, facto, infecto, refecto, ac defecto. Mimum risit, et ludum spectavit imperii. Orosio, l. VII, c. 42, p. 582.

(97) Zósimo, l. VI, p. 384; Sozomen, l. IX, c. 9; Filostorjio, l. XII, c. 3. En este punto el texto de Zósimo está mutilado, y hemos perdido el resto de su libro sexto y último, que terminó con el saqueo de Roma. A pesar de ser crédulo y parcial, debemos separarnos de aquel historiador con cierto pesar.

(98) Adest Alaricus, trepidam Romam obsidet, turbat, irrumpit. Orosio, l. VII, c. 39, p. 573. Despacha este gran suceso en siete palabras; pero emplea pájinas enteras en celebrar la devocion de los Godos. He estractado, de una improbable historia de Procopio, las circunstancias que tienen visos de probabilidad. Procop., de Bell. Vandal., l. I, c. 2. Supone que la ciudad fué sorprendida mientras los senadores dormian la siesta; pero Jerónimo, con mas autoridad y con mayor razon, afirma que fué de noche, nocte Moab capta est; nocte cecidit murus ejus, tom. I, p. 121, ad Principiam.

(99) Orosio (l. VII, c. 39, p. 573-576) aplaude la piedad de los Godos cristianos, sin echar de ver que la mayor parte de ellos eran herejes arrianos. Jornandes (c. 30, p. 653) é Isidoro de Sevilla (Chron., p. 714, edic. Grot), ambos adictos á la causa de los Godos, han repetido y hermoseado estos cuentos edificantes. Segun Isidoro, al mismo Alarico se le oyó decir que hacia guerra á los Romanos, y no á los apóstoles. Tal

era el estilo del siglo séptimo; doscientos años antes, la fama y el mérito se habian atribuido, no á los apóstoles, sino á Cristo.

(100) Véase Agustin, de Civitat. Dei, l. I, c. 1-6. Apela en particular á los ejemplos de Troya, Siracusa y Tarento.

(101) Jerónimo (tom. I, p. 121, ad Principiam) ha aplicado al saqueo de Roma todas las espresiones fuertes de Virjilo:—

Quis cladem illius noctis, quis funera fando,
Explicet, etc.

Procopio (l. I, c. 2) afirma positivamente que una gran multitud de jente fué muerta por los Godos. Agustin (de Civ. Dei, l. I, c. 12, 13) ofrece un consuelo cristiano por la muerte de aquellos cuyos cuerpos *(multa corpora)* habian quedado *(in tanta estrage)* insepultos. Baronio, de los diferentes escritos de los Padres, ha sacado alguna luz sobre el saqueo de Roma. Annal. Eccles., A. D. 410, núm. 16-44.

(102) Sozomen, l. IX, c. 10. Agustin (de Civitat. Dei, l. I, c. 17) insinúa que algunas vírjenes ó matronas se mataron en efecto por no ser violadas: y aunque admira su valor, tiene; por su teolojía, que condenar su temeraria presuncion. Quizás el buen obispo de Hipona fué demasiado blando en la creencia, así como harto ríjido en la censura, de este rasgo de heroicidad mujeril. Las veinte doncellas (si es que existiesen) que se arrojaron al Elba, cuando á Magdeburgo le alcanzó la tormenta, se han hecho ascender al número de mil y doscientas. Véase la Historia de Gustavo Adolfo por Harte, vol. I, p. 308.

(103) Véase Agustin, de Civitat. Dei, l. I, c. 16, 18. Trata el asunto con notable esmero; y despues de admitir que no puede haber delito donde no hay consentimiento, añade Sed quia non solum quod ad dolorem, verum etiam quod ad libidinem, pertinet, in corpore alieno perpetrari potest; quidquid tale factum fuerit, etsi retentam constantissimo animo pudicitiam non excutit, pudorem tamen incutit, ne credatur factum cum mentis etiam voluntate, quod fieri fortassesine carnis aliqua voluptate non potuit. En el c. 18, hace algunas distinciones curiosas entre la virjinidad moral y la física.

(104) Marcela, dama romana, tan respetable por su jerarquía como por su edad y piedad, fué tirada por tierra y cruelmente apaleada y azotada, cæsam fustibus flagellisque, etc. Jerónimo, tom. I, p. 121, ad Principiam. Véase Agustin, de Civ. Dei, l. I, c. 10. El moderno Sacco di Roma, p. 208, da una idea de los varios métodos de atormentar á los prisioneros para arrancarles el oro.

(105) El historiador Salustio, que practicó con utilidad los vicios que

habia censurado con tanta elocuencia, empleó el botin de Numidia en adornar su palacio y jardines sobre el collado Quirinal. El solar donde estuvo la casa está ahora ocupado por la iglesia de Santa Susana, separada tan solo por una calle de los baños de Diocleciano, y no muy distante de la puerta Salaria. Véase á Nardini, Roma Antica, p. 192, 193, y el gran plan de la moderna Roma por Nolli.

(106) Las espresiones de Procopio son distintas y moderadas (de Bell. Vandal., l. I, c. 2). La Crónica de Marcelino habla demasiado fuertemente, partemur bis Romæ cremavit, y las palabras de Filostorjio (ἐν ἐρειπίοις δὲ τῆς πόλεως κειμένης, l. XII, c. 3) encierran una idea falsa y exajerada. Barjeo ha compuesto una disertacion particular (véase tom. IV, Antiquit. Rom. Græv), para probar que los edificios de Roma no fueron demolidos por los Godos y Vándalos.

(107) Orosio, l. II, c. 19, p. 143. Habla como si desaprobase *todas* las estatuas, vel Deum vel hominum mentiuntur. Consistian en los reyes de Alba y Roma desde Eneas, en los Romanos ilustres por las armas ó las artes, y en los Césares deificados. La espresion que usa de *Forum* es algo ambigua, pues existieron *cinco foros* principales; pero como todos eran contiguos y adyacentes, en la llanura que está rodeada de los collados Capitolino, Quirinal, Esquilino, y Palatino, podian muy bien considerarse como uno. Véase Roma Antigua de Donato, p. 162-201, y Roma Antica de Nardini, p. 212-273. Aquella es mas útil por lo concerniente á las descripciones antiguas, esta por lo tocante á la topografía actual.

(108) Orosio (l. II, c. 19, p. 142) compara la crueldad de los Galos con la clemencia de los Godos. Ibi in quemquam inventum senatorem, qui vel absens evaserit; hic vix quemquam requiri, qui forte ut latens perierit. Pero hay un viso de retórica, y quizás de falsedad, en esta antítesis; y Sócrates (l. VII, c. 10) afirma, tal vez por una exajeracion opuesta, que á muchos senadores les quitaron la vida con tormentos diferentes y atroces.

(109) Multi...... Christiani in captivitatem ducti sunt. Agustin, de Civ. Dei, l. I, c. 14; y los cristianos no sufrieron ninguna penalidad peculiar.

(110) Véase Heinecio, antiquitat. Juris Roman., tom. I, p. 96.

(111) Appendix Cod. Theodos., XVI, in Sirmont, Opera, tom. I, p. 735. Este edicto fué publicado el 11 de diciembre, A. D. 408, y es mas razonable de lo que propiamente podia esperarse de los ministros de Honorio.

(112)
Eminus Igilii sylvosa cacumina miror;
Quem fraudare nefas laudis honore suæ.

Hæc pro proprios nuper tutata est insula saltus;
Sive loci ingenio, seu Domini genio.
Gurgite cum modico victricibus obstitit armis,
Tanquam longinquo dissociata mari.
Hæc multos lacera suscepit ab urbe fugatos,
Hic fesis posito certa timore salus.
Plurima terreno populaoerat œquora belle,
Contra naturam clase timendus eques:
Unum, mida fides, vario discrimine portum!
Tam prope Romanis, tam procul esse Getis.
Rutilio, en Itinerar. l. I, 325.

La isla se llama ahora Giglio; Véase Cluver., Ital. Antiq., l. II, p. 502.

(113) Como las aventuras de Proba y su familia están enlazadas con la vida de San Agustin, son dilijentemente ilustradas por Tillemont, Mém. Eclés., tom. XIII, p. 620-635. Algun tiempo despues de su llegada al Africa, Demetrias tomó el velo, é hizo voto de virjinidad; suceso que fué considerado como importantísimo para Roma y el mundo. Todos los *Santos* le escribieron cartas congratulatorias; aun existe la de Jerónimo (tom. I, p. 62-73, ad Demetriad. de servanda Virginitat.), y contiene una mezcla de raciocinio absurdo, declamacion fogosa, y hechos curiosos, algunos de los cuales se refieren al sitio y saqueo de Roma.

(114) Véase la queja patética de Jerónimo (tom. V, p. 400), en su prefacio al libro segundo de sus comentarios sobre el profeta Ezequiel.

(115) Orosio, aunque con alguna parcialidad teologal, sienta esta comparacion, l. II, c. 19, p. 142, l. VII, c. 39, p. 575. Pero en la historia de la toma de Roma por los Galos, todo es incierto y acaso fabuloso. Véase Beaufort, sur l' Incertitude, etc de l' Histoire Romaine, p. 356; y Melot, en las Mém. de l' Académie des Inscript., tom. XV, p. 1-21.

(116) El lector que desee informarse de los pormenores de este famoso acontecimiento puede leer una admirable relacion en la Historia de Carlos V, por el Dr. Robertson, vol. II, p. 283; ó consultar los Annali d' Italia del docto Muratori, tom. XIV, p. 230-244, octava edicion. Si deseare examinar los orijinales, recurra al libro décimo octavo de la grande, aunque no acabada, historia de Guicciardini. Pero la relacion que mas verdaderamente merece el nombre de auténtica y orijinal es un librito titulado *Il sacco di Roma*, compuesto, menos de un mes despues del asalto de la ciudad, por el hermano del historiador Guicciardini, que parece haber sido majistrado hábil y escritor desapasionado.

(117) El furioso brio de Lutero, efecto del temperamento y del entusiasmo, ha sido vigorosamente atacado (Bossuet., Hist. des Variations des Églises Protestantes, lib. I, p. 20 y 36), débilmente defendido (Seken-

dorf, Coment. del Luteranismo, especialmente l. I, N°. 78, p. 123, y l. III, N°. 122, p. 556).

(118) Marcelino, en Chron. Orosio (l. VII, c. 39, p. 575) asegura que salió de Roma el *tercer* dia; pero esta diferencia se concilia fácilmente por los movimientos sucesivos de grandes cuerpos de tropas.

(119) Sócrates (l. VII, c. 10) pretende, sin ninguna apariencia de verdad ó razon, que Alarico huyó al saber que los ejércitos del imperio del Oriente acudian á marchas forzadas para acometerle.

(120) Ausonio, de Claris Urbibus, p. 233, edic. Toll. El lujo de Capua habia eclipsado el de Síbaris. Véase Athenæus Deipnosophis., l. XII, p. 528, edic. Casaubon.

(121) Ochenta y ocho años antes de la fundacion de Roma (unos 800 antes de la era cristiana), los Tuscanos edificaron á Capua y Nola, á distancia de siete leguas una de otra; pero la última ciudad nunca salió de un estado de medianía.

(122) Tillemont (Mém. Ecclés., tom. XIV, p. 1-146) ha compilado, con su dilijencia acostumbrada, todo lo concerniente á la vida y escritos de Paulino, cuyo retiro es celebrado por su propia pluma, y por las alabanzas de San Ambrosio, San Jerónimo, San Agustin, Sulpicio Severo, etc., sus amigos y contemporaneos cristianos.

(123) Véanse las afectuosas cartas de Ausonio (epist. XIX-XXV, p. 650-698, edic. Toll.) á su colega, amigo y discípulo, Paulino. La relijion de Ausonio es todavía un problema (véase Mém. de l' Académie des Inscriptions, tom. XV, p. 123-138). Creo que lo fué en su tiempo, y por consiguiente, que en el interior era pagano.

(124) El humilde Paulino tuvo la presuncion de decir que creia que San Felix le queria, á lo menos, del modo que un amo quiere á su perrito.

(125) Véase Jornandes, de Reb. Get., c. 30, p. 653. Filostorjio, l. XII, c. 3. Agustin, de Civ. Dei, l. I, c. 10. Baronio, Annal. Eccles., A. D. 410. N°. 45, 46.

(126) El *platanus*, ó plátano, era muy estimado por los antiguos, quienes lo propagaron, á causa de la sombra, desde el Oriente hasta la Galia. Plinio, Hist. Natur., XII, 3, 4, 5. Menciona varios de un tamaño enorme; uno en la quinta imperial, en Velitra, que Calígula llamó su nido, como que las ramas podian cobijar una mesa grande, los concomitantes propios y al mismo emperador, á quien Plinio llama pulidamente *pars umbræ*; espresion que podria con igual razon aplicarse á Alarico.

(127) The prostrate South to the destroyer yields
Her boasted titles, and her golden fields;
With grim delight the brood of winter view

A brightei day, hay, and skies of azure hue;
Scent the new fragrance of the opening rose,
And quaff the pendant vintage as it grows.

Véanse los Poemas de Gray, publicados por Mr. Mason, p. 197. En vez de compilar tablas de Cronolojía é historia natural, ¿porqué no aplicó Mr. Gray las facultades de su injenio á concluir el poema filosófico del cual ha dejado tan esquisita muestra?

(128) Para la perfecta descripcion de los estrechos de Mesina, Escila y Caríbdis, etc. Véase Cluverio (Ital. Antiq., l. IV, p. 1283, y Sicilia, Antiq., l. I, p. 60-76), que habia estudiado dilijentemente á los antiguos y observado atentamente la faz actual del pais.

(129) Jornandes, de Reb. Get., c. 30, p. 654.

(130) Orosio, l. VII,, c. 43, p. 584, 585. Fué enviado por San Agustin, el año 415, desde Africa á Palestina, para visitar á San Jerónimo y consultarle acerca de la controversia pelajiana.

(131) Jornandes supone, sin mucha probabilidad, que Ataulfo visitó y saqueó á Roma por segunda vez (more locustarum erasit). Sin embargo concuerda con Orosio en suponer que se ajustó un tratado de paz entre el príncipe godo y Honorio. Véase Oros., l. VII, c. 43, p. 584, 585. Jornandes, de Reb. Geticis, c. 31, p. 654, 655.

(132) La retirada de los Godos de Italia y sus primeras jestiones en la Galia son oscuras y dudosas. He sacado mucho auxilio de Mascou (Hist. de los antiguos Jermanos, l. VII, c. 29, 35, 36, 37), que ha ilustrado y enlazado las crónicas truncadas y los fragmentos de los tiempos.

(133) Véase una relacion de Placidia en Ducange, Fam. Byzant., p. 72; y Tillemont, Hist. des Emp., tom. V, p. 260, 386, etc., tom. VI, p. 240.

(134) Zósim., l. V, p. 350.

(135) Zósim., l. VI, p. 383, Orosio (l. VII, c. 40, p. 576), y las crónicas de Marcelino é Idacio suponen al parecer que los Godos no se llevaron á Placidia hasta despues del último sitio de Roma.

(136) Véanse los retratos de Ataulfo y Placidia, y la relacion de su casamiento, en Jornandes, de Reb. Geticis, c. 31, p. 654, 655. Con respecto al lugar donde se estipularon, consumaron ó celebraron las bodas, los manuscritos de Jornandes están discordes entre dos ciudades vecinas, Forli é Imola (Forum Livii y Forum Cornelii). Es fácil reconciliar al historiador godo con Olimpiodoro (véase Mascou, l. VIII, c. 46): pero Tillemont se irrita y jura que no vale la pena de reconciliar á Jornandes con ninguno de los buenos autores.

(137) Los Visigodos (súbditos de Ataulfo) restrinjieron, con leyes sub-

siguientes, la prodigalidad del amor conyugal. Era ilegal para un marido el hacer ningun regalo ó viudedad en beneficio de su esposa durante el primer año de su casamiento: y su liberalidad no podia en ningun tiempo esceder de la décima parte de su propiedad. Los Lombardos fueron algo mas induljentes: concedian el regalo inmediatamente despues de la noche de bodas; y este famoso don, recompensa de la virjinidad, podia equivaler á la cuarta parte de los bienes del marido. Algunas doncellas cautas, á la verdad, fueron bastante avisadas para estipular de antemano un presente que estaban harto seguras de no merecer. Véase Montesquieu, Esprit des Lois, l. XIX, c. 25. Muratori, delle Antichità Italiane, tom. I, dissertazione XX, p. 243.

(138) Debemos el curioso pormenor de esta fiesta nupcial al historiador Olimpiodoro, ap. Photium, p. 185-188.

(139) Véase, en la gran coleccion de los historiadores de Francia por Dom Bouquet, tom. II, Greg. Turonens., l. III, c. 10, p. 191, Gesta Regum Francorum, c. 23, p. 557. El escritor anónimo, con una ignorancia digna de sus tiempos, supone que estos instrumentos del culto cristiano habian pertenecido al templo de Salomon. Si algun sentido puede tener, querrá suponer que se encontraron en el saqueo de Roma.

(140) Consúltense los siguientes testimonios orijinales en los historiadores de Francia, tom. II, Fredegarii Scholastici Chron, c. 73, p. 441. Fredegar. Fragment., III, p. 463. Gesta Regis Dagobert., c. 29, p. 587. La accesion de Sisenando al trono de España aconteció A. D. 631. Las 200,000 piezas de oro fueron destinadas por Dagoberto á la fundacion de la iglesia de San Dionisio.

(141) El presidente Goguet (Origine des Lois, etc., tom. II, p. 339) es de parecer que las estupendas piezas de esmeralda, las estatuas y columnas, que la antigüedad ha puesto en Ejipto, Gades y Constantinopla, eran en realidad composiciones artificiales de vidrios colorados. La famosa fuente de esmeralda que se enseña en Jénova se produce en prueba de esta conjetura.

(142) Elmacin., Hist. Saracenica, l. I, p. 85; Roderic. Tolet., Hist. Arab., c. 9. Cardona, Hist. de Africa y España con los Arabes, tom. I, p. 83. Se llamó la Mesa de Salomon, segun la costumbre de los orientales, que atribuyen á aquel príncipe toda obra antigua de injenio ó magnificencia.

(143) Sus tres leyes están insertas en el código de Teodosio, l. XI, tit. XXVIII, leg. 7, l. XIII, tit. XI, leg. 12, l. XV, tit. XIV, leg. 14. Las espresiones de la última son muy notables, pues contienen, no solo un perdon, sino tambien una apolojía.

(144) Olimpiodoro ap. Phot., p. 188. Filostorjio (l. XII, c. 5) ob-

serva que cuando Honorio hizo su entrada triunfal, animó á los Romanos con su mano y con la voz (χειρὶ καὶ γλώττῃ) á reedificar su ciudad; y la crónica de Próspero recomienda á Heracliano, qui in Romanæ urbis reparationem strenuum exhibuerat ministerium.

(145) La fecha del viaje de Claudio Rutilio Numaciano se saca con algunas dificultades; pero Escalíjero ha deducido de los caractéres astronómicos que salió de Roma el 24 de setiembre, y se embarcó en Porto el 9 de octubre A. D. 416. Véase Tillemont., Hist. des Empereurs, tom. V, p. 820. En este Itinerario poético, Rutilio (l. I, p. 115, etc.) se dirije á Roma en tono de congratulacion:

> Erige crinales lauros, seniumque sacrati
> Verticis in virides, Roma, recinge comas, etc.

(146) Orosio compuso su historia en Africa, solo dos años despues de los acontecimientos; no obstante parece que la improbabilidad del hecho prepondera sobre su autoridad. La crónica de Marcelino da á Heracliano 700 buques y 3,000 hombres; el último guarismo es equivocado á todas luces; pero el primero me cuadraria.

(147) La crónica de Idacio afirma sin la menor apariencia de verdad que avanzó hasta Otrículo, en Umbria, en donde fué derrotado en una gran batalla, con la pérdida de cincuenta mil hombres.

(148) Véase Cod. Theod., t. XV, tit. XIV, leg. 13. Los actos legales hechos en su nombre, hasta la manumision de esclavos, se declararon nulos, hasta que se hubieron repetido formalmente.

(149) He desdeñado el mencionar una relacion muy necia, y probablemente falsa (Procop., de Bell. Vandal., l. I, c. 2.), que Honorio se alarmó con la *pérdida* de Roma, hasta que supo que no era un polluelo favorito de aquel nombre, sino *únicamente* la capital del mundo, la que se habia perdido. Sin embargo, aun este cuento es un testimonio de la opinion pública.

(150) Los materiales para las vidas de todos estos tiranos se han sacado de seis historiadores contemporaneos, dos latinos, y cuatro griegos: Orosio, l. VII, c. 42, p. 581, 582, 583; Renato Profuturo Frijérido, apud. Gregor. Turon., l. II, c. 9., en los historiadores de Francia, tom. II, p. 165, 166. Zósimo, l. VI, p. 370, 371. Olimpiodoro, apud Phot, p. 180, 181, 184, 185. Sozomen, l. IX, c. 12, 13, 14, 15; y Filostorjio, l. XI, c. 5, 6, con la disertacion de Gofredo, p. 477, 488; á mas de las cuatro crónicas de Próspero Tiro, Próspero de Aquitania, Idacio y Marcelino.

(151) Las alabanzas que Sozomen ha dado á este acto de desespera-

cion parecen estrañas y escandalosas en boca de un historiador eclesiástico. Observa (p. 379) que la esposa de Jeroncio era *cristiana*; y que su muerte fué digna de su relijion y de fama inmortal.

(152) Εἶδος ἄξιον τυραννίδος es la espresion de Olimpiodoro, que parece haber tomado de *Eolo*, trajedia de Eurípides, de la cual existen aun algunos fragmentos (Euripid. Barnes, tom. II, p. 443, ver. 38). Esta alusion puede probar que los poetas trájicos antiguos eran aun familiares á los Griegos del siglo quinto.

(153) Sidonio Apolinar (l. V, epist. 9, p. 139, y Not. Sirmond., p. 58), despues de infamar la *inconstancia* de Constantino, la *facilidad* de Jovino, la *perfidia* de Jeroncio, continúa observando que *todos* los vicios de estos tiranos se reunian en la persona de Dardano. Sin embargo el prefecto sostuvo un carácter respetable en el mundo, y aun en la iglesia; siguió una correspondencia devota con San Agustin y San Jerónimo, y fué cumplimentado por este último (tom. III, p. 66.), con los epitetos de Christianorum Nobilissime, y Nobilium Christianissime.

(154) La espresion puede entenderse casi literalmente: Olimpiodoro dice: μόλις σάκκοις ἐζώγρησαν. Σάκκος (ό σάκος) (*) puede significar un saco, ó un vestido holgado; y este método de enredar y cojer á un enemigo, laciniis contortis, era muy practicado por los Hunos (Amian. XXXI, 2). Il fut pris vif avec des filets, es la traduccion de Tillemont, Hist. des Empereurs, tom. V, p. 608.

(155) Sin recurrir á los escritores mas antiguos, citaré tres testimonios respetables que pertenecen á los siglos cuarto y séptimo: la Expositio totius Mundi (p. 16, en el tercer volúmen de Hudson's Minor Geographers), Ausonio (de Claris Urbibus, p. 242, edic. Toll.), é Isidoro de Sevilla (Præfat. ad Chron. ap. Grotium, Hist. Goth., 707). Muchos pormenores concernientes á la fertilidad y comercio de España pueden hallarse en Nonio, Hispania illustrata; y en Huet, Hist. du Commerce des Anciens, c. 40, p. 228-234.

(156) La fecha se fija cuidadosamente en los Fastos y en la crónica de Idacio. Orosio (l. VII, c. 40, p. 578) achaca la pérdida de España á la traicion de los Honorianos; mientras que Sozomen (l. IX, c. 12) acusa solamente su descuido.

(157) Idacio quiere aplicar las profecías de Daniel á estas calamidades nacionales; y por esto tiene que acomodar las circunstancias del suceso á los términos de la prediccion.

(*) Bekker en su Focio lee σόκκοις, pero en la nueva edicion de los Bizantinos, conserva σάκκοις, que se traduce Scutis, como si le protejieran con sus escudos, para cojerle vivo. Focio. Bekker, p. 58.—M.

(158) Mariana, de Rebus Hispanicis, l. V, c. 1, tom. I, p. 141. Hag. Comit. 1733. Habia leido, en Orosio (l. VII, c. 41, p. 579), que los bárbaros habian trocado sus espadas en rejas de arado; y que muchos de los provinciales habian preferido inter Barbaros pauperem libertatem, quam inter Romanos tributariam sollicitudinem, sustinere.

(159) Esta mezcla de fuerza y persuasion puede deducirse comparando á Orosio con Jornandes, el historiador romano con el godo.

(160) Segun el sistema de Jornandes (c. 33, p. 659), el verdadero derecho hereditario al cetro de los Godos residia en los *Amalos*; mas estos príncipes, que eran vasallos de los Hunos, mandaron á las tribus de los Ostrogodos á algunas partes distantes de Jermania ó Escitia.

(161) El asesinato lo refiere Olimpiodoro; pero el número de los niños se ha sacado de un epitafio de autoridad sospechosa.

(162) La muerte de Ataulfo fué celebrada en Constantinopla con iluminaciones y juegos en el circo (véase Chron. Alexandrin). Puede parecer dudoso si los Griegos fueron impulsados, en esta ocasion, por su odio á los bárbaros ó á los latinos.

(163) Quod *Tartessiacis* avus hujus Vallia *terris*
Vandalicas turmas, et juncti Martis Alanos
Stravit, et occiduam texere cadavera *Calpen*.
Sidon. Apollinar. in Panegyr, Anthem. 363, p. 300. edit. Sirmond.

(164) Este socorro era muy aceptable: los Godos fueron insultados por los Vándalos de España con el epiteto de *Truli*, porque en su escasez estremada, habian dado una pieza de oro por una *trula*, ó cerca de media libra de harina. Olympiod. apud Phot., p. 189.

(165) Orosio inserta una copia de estas supuestas cartas. Tu cum omnibus pacem habe, omniumque obsides accipe; nos nobis confligimus, nobis perimus, tibi vincimus; immortalis vero quæstus erit Reipublicæ tuæ, si utrique pereamus. La idea es cabal; pero no puedo persuadirme de que fuese espresada por los bárbaros.

(166) Romam triumphans increditur, es la espresion formal de la crónica de Próspero. Los hechos que aluden á la muerte de Ataulfo y á las hazañas de Walia, son referidos por Olimpiodoro (ap. Phot., p. 188.), Orosio (l. VII, c. 43, p. 584-587), Jornandes (de Rebus Geticis, c. 31, 32), y las crónicas de Idacio é Isidoro.

(167) Ausonio (de Claris Urbibus, p. 257-262) celebra á Burdeos con el parcial afecto de un natural. Véase, en Salviano (de Gubern. Dei, p. 228, Paris, 1608), una descripcion florida de las provincias de Aquitania y Novempopulania.

(168) Orosio (l. VII, c. 32, p. 550) recomienda la bondad y modestia de estos Borgoñones, que trataban á sus vasallos de la Galia como sus hermanos cristianos. Mascou ha ilustrado el oríjen de su reino en las cuatro anotaciones primeras al fin de su laboriosa historia de los antiguos Jermanos, vol. II, p. 555-572, de la traduccion inglesa.

(169) Véase Mascou, l. VIII, c. 43, 44, 45. Escepto en una breve y sospechosa línea de la crónica de Próspero (en tom. I, p. 633), el nombre de Faramundo nunca se menciona antes del siglo séptimo. El autor de los Gesta Francorum (en tom. II, p. 543) sujiere, con bastante probabilidad, que la eleccion de Faramundo, ó á lo menos de un rey, fué recomendada á los Francos por su padre Marcomir, que estaba desterrado en Toscana (*).

(170) O Lycida, vivi pervenimus, advena nostri
(Quod nunquam veriti sumus) ut possessor agelli
Diceret: Hæc mea sunt; veteres migrate coloni,
Nunc victi tristes, etc.

Véase el total de la égloga novena, con el útil comentario de Servio. Señaláronse á los veteranos quince millas del territorio de Mantua, con reserva, en favor de los habitantes, de tres millas al rededor de la ciudad. Aun en este favor fueron engañados por Alfeno Varo, famoso abogado, y otro de los comisionados, que midió ochocientos pasos de agua y cieno.

(171) Véase el pasaje notable del Eucaristicon de Paulino, 575, apud Mascou, l. VIII, c. 42.

(172) Esta importante verdad queda establecida por la dilijencia de Tillemont (Hist. des Emp., tom. V, p. 641), y por el injenio del Abate Dubos (Hist. de l'Etablissement de la Monarchie Française dans les Gaules, tom. I, p. 269.

(173) Zósimo (l. VI, 376, 383) refiere en pocas palabras la revuelta de Bretaña y Armórica. Nuestros anticuarios, hasta el mismo Camden, han incurrido en muchos errores graves, por su conocimiento imperfecto de la historia del continente.

(174) Los límites de la Armórica son definidos por dos jeógrafos nacionales, Valois y D'Anville, en sus *Noticias* de la antigua Galia. La pala-

(*) La primera mencion de Faramundo está en el Gesta francorum, asignada á corta diferencia al año 720. S. Martin, IV, 469. Los escritores franceses modernos suscriben en jeneral á la opinion de Thierry: Faramond, fils de Markomir, quoique son nom soit bien germanique et son règne possible, ne figure pas dans les histoires les plus dignes de foi. A. Thierry, Lettres sur l'Histoire de France, p. 90.—M.

bra habia sido usada en una significacion mas estensa, y despues fué contraida á otra mucho mas limitada.

(175) Gens inter geminos notissima clauditur amnes,
Armoricana prius veteri cognomine dicta,
Torva, ferox, ventosa, procax, incauta, rebellis;
Inconstans, disparque sibi novitatis amore;
Prodiga verborum, sed non et prodiga facti,

Errico Monach, in Vit. San German, l. V, apud Vales., Notit. Galliarum, p. 43. Valesio alega varios testimonios para confirmar este carácter; á los cuales añadiré el del presbítero Constantino (A. D. 488), que, en la vida de San Jerman, llama á los rebeldes de Armórica mobilem et indisciplinatum populum. Véanse los historiadores de Francia, tom. I, p. 643 (*).

(176) Juzgué necesario introducir mi protesta contra esta parte del sistema del Abate Dubos, á que Montesquieu se ha opuesto tan vigorosamente. Véase Esprit des Lois, l. XXX, c. 24.

(177) Βρεταννίαν μέντοι Ῥωμαῖοι ἀνασώσασθαι οὐκέτι ἔσχον, son las voces de Procopio (de Bell. Vandal., l. I, c. 2, p. 181, edicion de Louvre) en un pasaje muy importante, que ha sido harto descuidado. Bede (Hist. Gent. Anglican., l. I, c. 12, p. 50, edic. Smith) reconoce que los Romanos al fin dejaron la Bretaña en el reinado de Honorio. Sin embargo nuestros historiadores modernos y anticuarios estienden el término de su dominio, y no falta quien dé únicamente el intervalo de pocos meses entre su partida y la llegada de los Sajones.

(178) Bede no ha olvidado el socorro casual de las lejiones contra los Escoceses y Pictos; y en adelante se producirá una prueba mas auténtica de que los Bretones independientes levantaron 12,000 hombres para el servicio del emperador Antemio en la Galia.

(179) Me debo á mí mismo y á la verdad histórica el declarar que algunas *circunstancias* en este párrafo solo se fundan en conjeturas y en la analojía. La terquedad de nuestro lenguaje me ha precisado algunas veces á desviarme del modo *condicional* al *indicativo*.

(180) Πρὸςς τὰς ἐν Βρεταννίᾳ πόλεις, Zósimo, l. VI, p. 383.

(181) Dos ciudades de Bretaña eran *municipias*, nueve *colonias*, diez

(*) Véanse Mémoires de Galler sur l'Origine des Bretons, citadas por Daru, Histoire de Bretagne, I, p. 57. Segun la opinion de estos autores, el gobierno de la Armórica fué monárquico desde el período de su independencia en el imperio romano.—M.

Latii jure donatæ, doce *stipendiaria* de nota eminente. Este pormenor se ha sacado de Ricardo de Cirencester, de Situ Britanniæ, p. 36; y aunque no parezca probable que escribiese por los manuscritos de un jeneral romano, muestra un conocimiento jenuino de la antigüedad, muy estraordinario para un monje del siglo décimocuarto (*).

(182) Véase Maffei, Verona Illustrata, part. I, l. V, p. 83-106.

(183) Leges restituit, libertatemque reducit,
Et servos famulis non sinit esse suis.
Itinerar. Rutil. l. I, 215.

(184) Una inscripcion (apud Sirmond, Not. ad Sidon. Apollinar., p. 59) describe un castillo, cum muris et portis, tuitione omnium, erijido por Dardano en su propia hacienda, cerca de Sisteron, en la Segunda Narbonesa, y llamado por él Teópolis.

(185) El establecimiento de su poder hubiera sido fácil en verdad, si pudiésemos adoptar el impracticable proyecto de un anticuario animoso y docto, que supone que los monarcas británicos de las varias tribus continuaron reinando, aunque con jurisdiccion subordinada, desde el tiempo de Claudiano hasta el de Honorio. Véase Whitaker's History of Manchester, vol. I, p. 427-457.

(186) Ἀλλ'οὖσα ὑπὸ τυράννοις ἀπ'αὐτοῦ ἔμενε, Procopio, de Bell. Vandal., l. I, c. 2, p. 181. Britannia fertilis provincia tyrannorum, fué la espresion de Jerónimo, en el año 415 (tom. II, p. 255, ad Ctesiphont). Por los peregrinos, que cada año se ponian en camino para la Tierra Santa, el monje de Belen recibió la noticia mas temprana y exacta.

(187) Véase Bingham's Eccles. Antiquities, vol. I, l. IX, c. 6, p. 394.

(188) Se cuenta de *tres* obispos británicos que asistieron al concilio de Rímini, A. D. 359, tam pauperes fuisse ut nihil haberent. Sulpicio Severo, Hist. Sacra, l. II, p. 420. Algunos de sus hermanos, sin embargo, estaban en peores circunstancias.

(189) Consúltese Usher, de Antiq. Eccles. Britannicar., c. 8-12.

(190) Véase el texto correcto de este edicto, publicado por Sirmond. Not. ad Sidon. Apollin., p. 147). Hincmar, de Rheims, que señala un puesto á los *obispos*, habia visto propiamente (en el siglo nono) una copia mas perfecta. Dubos, Hist. Critique de la Monarchie Française, tom. I, p. 241-255.

(191) Es evidente por la *Notitia* que las siete provincias eran la Vie-

(*) Los nombres pueden hallarse en Whitaker's Hist. of Manchester, vol. II, 330, 379. Turner, Hist. Anglo-Saxons, I, 216.—M.

nense, los Alpes marítimos, Primera y Segunda Narbonesa, Novempopulania, y la Primera y la Segunda Aquitania. En lugar de la Primera Aquitania, El Abate Dubos, con la autoridad de Hincmar, quiere introducir la Primera Lugdunense ó Leonesa.

CAPITULO XXXII.

Arcadio emperador de Oriente — Réjimen y caida de Eutropio — Rebelion de Gainas. — Persecucion de San Juan Crisóstomo. — Teodosio II, emperador de Oriente. — Su hermana Pulqueria. — Su mujer Eudoxia. — Guerra de Persia, division de la Armenia.

La division del orbe romano entre los hijos de Teodosio quedó terminantemente deslindada con el establecimiento del imperio de Oriente, que subsistió desde el reinado de Arcadio hasta la toma de Constantinopla por los Turcos, esto es, mil cincuenta y ocho años, en estado de perpetua decadencia. Ostentaban tenazmente aquellos soberanos el dictado futil, y luego mentiroso, de emperadores de los Romanos, y apellidándose hereditariamente Césares y Augustos, seguian pregonando que eran sucesores lejítimos del prohombre que reinó sobre todas las naciones. Competia y tal vez sobrepujaba el palacio de Constantinopla á la magnificencia de Persia; y los sermones elocuentes de San Juan Crisóstomo (1) encarecen, al paso que zahieren, el boato grandioso del reinado de Arcadio. Lleva el emperador, » dice, « en sus sienes ó una diadema ó una corona de oro embutida con pedrería de valor imponderable. Resérvanse estos realces y la vestidura de púrpura únicamente á su persona sagrada, y en sus vestiduras de seda asoman dragones de oro puro, y de oro macizo es su trono. Cércanle, al aparecerse en público, palaciegos, guardias y dependientes, cuyas picas, escudos, corazas, bridas y jaeces de sus caballos, son tambien, al parecer ó en realidad, de oro, y el centro esplendoroso y crecido del broquel va cercado por otros menores al remedo del ojo humano. Las dos mulas que tiran del carruaje del monarca son blanquísimas y resplandecientes todas de oro. El mismo carruaje, tambien de oro puro y macizo, embelesa á los circunstantes, absortos tras los cortinajes de púrpura, nevados tapices, el tamaño de la pedrería, y las chapas bruñidas de oro que centellean con el vaiven del carruaje. El color imperial es blanco-azulado; encúmbrase el emperador en el solio, con sus armas, ca-

ballos y guardias delante, y sus enemigos vencidos y aherrojados á sus plantas.» Avecindáronse de asiento los sucesores de Constantino en la ciudad rejia, edificada en el confin de Europa y de Asia. Inaccesibles á los embates de todo enemigo, y tal vez á los lamentos de todo súbdito, recibian con cualquiera viento los productos de todos los climas, mientras la fortaleza inespugnable de la ciudad siguió por siglos retando los intentos desaforados de los bárbaros; el ámbito de su señorío se esplayaba desde el Adriático hasta el Tígris, y el imperio de Oriente abarcaba todo el intermedio de veinte y cinco dias de navegacion desde el sumo frio de la Escitia hasta la zona tórrida de Etiopia (2). Descollaban las artes y las letras, con la riqueza y el lujo, en las posesiones populosas de aquel imperio; y sus moradores, con el realce de los modales y el idioma de la Grecia, blasonaban, con visos de realidad, de ser la porcion mas instruida y civilizada del linaje humano. Era el gobierno pura y sencillamente monárquico, pues el nombre de república romana, que estuvo tan largamente conservando la tradicion ya confusa de la libertad, estaba ceñido á las provincias latinas, y los príncipes de Constantinopla median los ámbitos de su grandeza por los rendimientos serviles de su pueblo. Ajenos estaban de alcanzar el quebranto que el servilismo acarrea de suyo á los pechos; pues avasallándose sin tasa, se imposibilitaron de guarecer sus vidas y haberes contra los embates de los bárbaros, y su racionalidad contra los descarríos de la supersticion.

Los primeros acontecimientos del reinado de Arcadio y Honorio están enlazados tan estrechamente, que la rebeldía goda y la muerte de Rufino tuvieron ya cabida en la historia del Occidente. Advirtióse ya que Eutropio (3), uno de los eunucos principales del palacio de Constantinopla, sucedió al ministro altanero, completando su esterminio, y remedando luego sus idénticos vicios. Todas las jerarquías del estado vinieron á doblegarse ante el nuevo valido; y tanto rendimiento le alentó para sobreponerse á las leyes, y lo que es todavía mas arduo y espuesto, á las costumbres de su pais. Con los mas endebles antecesores de Arcadio, el reinado de los eunucos era recóndito y casi invisible; pues internándose en la privanza, sus funciones patentes se reducian al desempeño doméstico de unos meros guardaropas en el dormitorio imperial. Podian secretear miras trascendentales y ajar con apuntes malvados la nombradía y loores de los ciudadanos mas esclarecidos; mas nunca osaron salir al frente de los negocios capitales (4), ni profanar los timbres del estado. Encabezó Eutropio al sexo artificial en punto á revestirse del carácter de majistrado romano, y aun de jeneral (5). Presenciábalo con sonrojo el senado subiendo al tribunal para pronunciar sentencias ó arengas estudiadas, y asomaba luego en traje heroico acaudillando á la tropa. Tales desacatos á la práctica y al decoro por lo mas arguyen un pecho ruin ó estragado,

ni parece que Eutropio abonase el desvarío de tales intentos con sentimientos sublimes ó desempeño atinado en los cargos. El rumbo de su vida anterior nunca lo encaminó al estudio de las leyes, ni al ejercicio de las armas; su torpeza y desacierto le acarreaban el menosprecio interior de los circunstantes; ansiaban los Godos que tales caudillos capitaneasen siempre los ejércitos romanos; y aun el nombre del ministro le redundaba en mayor ridiculez, nulidad quizá mas clásica que la maldad en un empleo encumbrado. Enconábanse los súbditos de Arcadio al recapacitar que aquel eunuco fiero y decrépito (6), que tan malvadamente andaba remedando los actos humanos, habia nacido en la ínfima servidumbre; que antes de asomar á los umbrales del palacio, habia sido feriado y revendido á centenares de dueños, quienes habian quebrantado sus fuerzas juveniles en ministerios serviles y afrentosos, y lo habian arrojado en su vejez al desamparo de su independencia (7). Al cundir estas hablillas ignominiosas, y tal vez abultadas privadamente, lisonjeábase la vanagloria del privado con los honores mas esclarecidos. Levantáronse, en el senado, en la capital y en las provincias, estatuas en bronce y en mármol, condecoradas con los emblemas de sus prendas civiles y militares, y rotuladas con el dictado grandioso de tercer fundador de Constantinopla. Fué ascendido á la jerarquía de *patricio*, que empezó á significar, en la acepcion popular y aun legal, padre del emperador; y el año postrero del cuarto siglo quedó tiznado con el *consulado* de un eunuco y un esclavo (A. 395-399). Tan estraño é irresarcible portento (8) renovó las preocupaciones de los Romanos. Quedó desechado el cónsul mujeril por el Occidente como borron indeleble en los anales de la república; y aun sin tener que invocar las sombras de los Brutos y de los Camilos, el compañero de Eutropio, majistrado sabio y respetable (9), manifestó las diversas máximas de entrambas administraciones. El pecho brioso y denodado de Rufino rebosaba al parecer de otro espíritu mas sanguinario y vengativo; mas no era menos insaciable la avaricia del eunuco que la del prefecto (10). Mientras anduvo esprimiendo á los desangradores del pueblo, podia Eutropio ir halagando su ansia codiciosa sin tropelías ni emulacion; pero insistiendo mas y mas en sus rapiñas, las asestó luego á las riquezas granjeadas honesta y lejítimamente por herencia ó por industria. Se acudió con aumentos al método corriente de atropellamientos; y Claudiano ha ido dibujando la almoneda pública del estado. « La impotencia del eunuco (dice el ameno satírico) ha servido tan solo de estímulo para su codicia. La misma diestra, ya tan hábil en su estado servil, para robillos de poca monta, como descerrajar las gabetas de su dueño, está ahora empuñando las riquezas del universo, y este infame feriante de todo un imperio va justipreciando y vendiendo las provincias romanas desde el monte Hemo hasta el Tigris. Uno, á costa de una quinta, queda he

cho procónsul de Asia; otro compra la Siria con las joyas de su esposa; y un tercero se está lamentando de que trocó su herencia solariega por el gobierno de Bitinia. En la antesala de Eutropio aparece patente sobre anchurosa mesa el cuadro de los precios segun sus respectivas provincias. Deslíndanse esmeradamente los valores del Ponto, la Galacia y la Lidia. Se alcanza la Licia con tantos miles de piezas de oro, pero la opulenta Frijia requiere cuantiosa puja. Está el eunuco ansiando borrar con la mengua de los demás su afrenta personal, y puesto que fué vendido, se afana por feriar á todo el linaje humano. En competencia desalada, la balanza que atesora el destino y los haberes de la provincia suele estar trémula sobre su fiel; y hasta que uno de los platillos se inclina con el peso dominante, permanece tambien colgado el ánimo angustioso del juez desapasionado (11). Tal, » continúa airado el poeta, « es el fruto de la valentía romana, de la derrota de Antíoco y del triunfo de Pompeyo. » Esta feria afrentosa de los honores públicos afianzaba la impunidad de los atentados *venideros*; pero las riquezas que iba Eutropio atesorando con las confiscaciones estaban *ya* tiznadas de injusticia, siendo decoroso el fiscalizar y condenar á los dueños de haberes que anhelaba apropiarse. Derramó el verdugo sangre ilustre, y los estremos mas inhabitables del imperio rebosaban de desterrados inocentes y esclarecidos. Entre los jenerales y cónsules del Oriente, estaba Abundancio (12) fundadamente zozobroso por el encono de Eutropio. Remordíale el delito irremisible de haber introducido al ruin esclavo en el palacio de Constantinopla; y aun se hace en parte acreedor el privado á ciertos asomos de alabanza por contentarse con el desvío de su bienhechor. Un decreto imperial despojó á Abundancio de sus cuantiosas riquezas, desterrándolo á Pitio sobre el Euxino, al confin del orbe romano, donde estuvo viviendo de los escasos favores de aquellos bárbaros, hasta que caido ya Eutropio, logró destierro mas suave en Sidon, ciudad de Fenicia. Requeríase para el esterminio de Timasio (13) embate mas formal y estudiado; pues aquel gran militar, maestre jeneral de los ejércitos de Teodosio, sobresalió por su valor en una victoria decisiva contra los Godos en Tesalia; mas era de suyo propenso, al remedo de su soberano, á gozarse en los regalos de la paz, y á esplayar toda su confianza con aduladores malvados y fementidos. Provocó Timasio la gritería jeneral confiriendo el mando de una cohorte á Bargo, dependiente suyo infamado, y mereció la ingratitud con que aquel accedió al empeño reservado del valido para que tildase de alevoso conspirador á su favorecedor mismo. Fué el jeneral reconvenido ante el tribunal del mismo Arcadio; y el eunuco se colocó junto al trono para ir apuntando las preguntas y contestaciones del soberano. Mas como tal forma de informacion pudiera conceptuarse arbitraria y apasionada, se encargaron nuevas pesquisas, contra las demasías de Timasio, á Sa-

turnino y á Procopio, consular el primero, y el segundo acatado todavía como suegro del emperador Valente. Observáronse las apariencias de procedimiento honesto y legal por la honradez incauta de Procopio, quien se allanó con repugnancia á la maña palaciega de su compañero, que pronunció sentencia de condena contra el desventurado Timasio. Confiscáronse sus riquezas inmensas en nombre del emperador y en provecho del privado, yendo perpetuamente desterrado á la Oasis, apeadero solitario, allá en medio de los arenales desiertos de la Libia (14). Desviado de todo roce humano, el maestre jeneral de los ejércitos romanos quedó por siempre perdido para el mundo; pero media suma variedad en cuanto se refiere acerca de las circunstancias de su paradero. Se insinuó que Eutropio envió órden reservada para su ejecucion (15). Contóse que, tratando de huir de la Oasis, feneció en el desierto de sed y de hambre, y que se encontró su cadáver en los arenales de la Libia (16); pero se afirmó mas positivamente que su hijo Siagrio, despues de sortear el alcance de los ajentes y emisarios de la corte, agavilló una porcion de salteadores árabes, rescató á Timasio de su destierro, y que padre é hijo desaparecieron de toda noticia del jénero humano (17). Pero el ingrato Bargo, en vez de disfrutar á sus anchuras la recompensa de su maldad, pereció luego con las asechanzas que se le armaron, con la vileza todavía mayor del ministro mismo, que conservaba aun tino y denuedo suficiente para abominar á aquel instrumento de su propio atentado.

El odio público y la desesperacion particular estaban al parecer de continuo amagando á la persona de Eutropio, y de los muchísimos allegados pendientes de su privanza y medrados con sus esclarecidas finezas venales, creó para su defensa mútua la salvaguardia de una ley que atropellaba todo cimiento de humanidad y de justicia (18). I. Se dispone, en nombre y con autoridad de Arcadio, que cuantos conspiren con súbditos y estranjeros contra las vidas de personas que el emperador conceptúe como miembros de su propio cuerpo serán castigados de muerte y confiscados sus bienes. Estiéndese esta especie de traicion soñada ó metafórica á resguardar, no solamente á los oficiales *esclarecidos* del ejército, individuos del consistorio sagrado, sino igualmente á todos los palaciegos, los senadores de Constantinopla, los jefes militares y los majistrados de las provincias; lista indeterminada y vagarosa que, bajo los sucesores de Constantino, abarcaba una serie de ínfimos dependientes sin término. II. Pudiera tal vez sincerarse tanto rigor, si se encaminara á resguardar á los representantes del soberano contra la violencia en el desempeño de sus cargos; mas todos los dependientes imperiales aspiraban á una regalía, ó mas bien impunidad, que los escudaba en los mayores escesos contra el encono atropellado y tal vez justiciero de sus conciudadanos; y con un trastorno indecible de las leyes, el mismo grado de culpa y de castigo se

aplicaba á una contienda particular que á una conspiracion contra el emperador y el imperio. El edicto de Arcadio terminante y absurdamente declara que, en tales casos de traicion, *pensamientos* y *actos* deben castigarse con el propio rigor; que el conocimiento de todo intento malvado, á menos que inmediatamente no se revele, es tan criminal desde luego como la intencion misma (19), y que cuantos temerarios acudan á implorar indulto por tales alevosías deben tiznarse con baldon público y perpetuo. III. « En cuanto á los hijos de los traidores, » continúa el emperador, « aunque deberian participar del castigo, puesto que probablemente han de imitar la culpa de sus padres, sin embargo, por efecto de nuestra imperial mansedumbre, les otorgamos la vida; mas los declaramos al mismo tiempo inhábiles para heredar por parte de padre ni de madre, y de recibir don ó legado por testamento de parientes ó de estraños. Tiznados con baldon hereditario, escluidos de honores y haberes, que padezcan el martirio de la miseria y del menosprecio hasta el punto de conceptuar su vida un achaque, y su muerte un consuelo y alivio.» En tales términos, adecuados para insultar á todo afecto humano, el emperador, ó mas bien su eunuco predilecto, encarece la moderacion de una ley que traspasa las mismas penas injustas é inhumanas á la prole de cuantos han coadyuvado, ó que no han descubierto las soñadas conspiraciones. Caducaron ya algunas de las disposiciones mas acertadas de la jurisprudencia romana; mas este edicto, tramoya adecuada para la tiranía ministerial, quedó esmeradamente inserto en los códigos de Teodosio y de Justiniano, y las mismas máximas se han resucitado en lo moderno para escudar á los electores de Alemania y á los cardenales de la iglesia romana (20).

Mas estas leyes sanguinarias y aterradoras de un pueblo decaido y desarmado eran de poquísimo poder para enfrenar los alientos de Tribijildo (21), el Ostrogodo. La colonia de aquella nacion guerrera, planteada en el territorio mas pingüe de la Frijia (22), cotejando el pausado rédito de la afanada labranza con las cuantiosas rapiñas y crecidos galardones de Alarico, y luego con el desaire de su caudillo mal recibido en el palacio de Constantinopla, sonó el clarin belicoso en el corazon de una provincia apacible, rica, y ahora atónita, pues el vasallo real, desatendido ú atropellado, logró luego acatamiento al asomar con el ademan guerrero de bárbaro. Los viñedos y campiñas amenas entre el rápido Marsias y el acaracolado Meandro (23) quedaron talados á hierro y fuego; las murallas desmoronadas de varias ciudades vinieron al suelo al primer embate del enemigo; trémulos huyeron los moradores á las orillas del Helesponto, y parte considerable del Asia Menor quedó asolada con la rebeldía de Tribijildo. Atajaron los campesinos de Panfilia tan veloces progresos con su resistencia, y atacados los Ostrogodos en una garganta en-

tre la ciudad de Selga (24), un pantano profundo y los riscos del monte Tauro, quedaron derrotados con pérdida de sus tropas mas valerosas. Mas no amainó el denuedo de su caudillo con el fracaso, y su ejército se fué mas y mas reforzando con enjambres de bárbaros y fujitivos, deseosos todos de seguir salteando con el título mas decoroso de guerreros y conquistadores. El eco de las ventajas de Tribijildo pudó al pronto contenerse con la zozobra y encubrirse por la lisonja; pero luego fué sobresaltándose la corte y la capital. Abultábanse los fracasos con especies confusas y dudosas, y los intentos venideros del rebelde eran el campo de conjeturas congojosas. En internándose Tribijildo por el pais, propendian los Romanos á opinar que ideaba el tránsito del monte Tauro y la invasion de la Siria. Si bajaba hácia la marina, achacaban, y tal vez apuntaban al caudillo godo el proyecto mas azaroso de armar una escuadra en las bahías de la Jonia, y de alargar sus salteamientos por todas las playas, desde la embocadura del Nilo hasta el puerto de Constantinopla. La cercanía del riesgo y la pertinacia de Tribijildo, que se desentendió de todo ajuste, precisó á Eutropio á convocar un consejo de guerra (25). Realzándose á sí mismo con la prerogativa de veterano, encargó el eunuco el resguardo de la Tracia y del Helesponto al Godo Gainas, y el mando del ejército asiático á su íntimo Leon, dos jenerales que en realidad, aunque por distintos rumbos, fomentaron la causa de los rebeldes. Leon (26), que por su corpulencia descomunal y la torpeza de su entendimiento se apellidaba el Ayaz del Oriente, orilló su oficio primitivo de cardador, para ejecutar con menos maestría y acierto la profesion militar; y sus operaciones desatinadas resaltaron siempre ajenas del arte en el conocimiento de sus dificultades y en el aprovechamiento de las coyunturas favorables. Los bárbaros temerarios se habian engolfado en situacion muy ardua entre los rios Mela y Eurimedonte, donde se hallaban como sitiados por los campesinos de Panfilia, cuando la llegada del ejército imperial, en vez de completar su esterminio, les franqueó salvamento y aun victoria. Sorprendió Tribijildo el campamento desprevenido de los Romanos en la lobreguez de la noche; sedujo la mayor parte de los auxiliares bárbaros, y ahuyentó sin mucho ahinco la tropa estragada con la relajacion de la disciplina y el regalo de la capital. El descontento de Gainas, que tan arrojadamente ideó y ejecutó la muerte de Rufino, se enconó con el encumbramiento de su indigno sucesor; tildaba su propio y deshonroso sufrimiento bajo el reinado servil de un eunuco, y el Godo ambicioso quedó convencido, á lo menos en el concepto público, de fomentar encubiertamente la rebelion de Tribijildo con quien estaba enlazado con vínculos domésticos y nacionales (27). Al atravesar Gainas el Helesponto, para reunir bajo su estandarte las reliquias de la tropa asiática, fué mañosamente adecuando sus movimientos á los deseos de los Ostrogodos,

desamparando en su retirada el pais que anhelaban invadir, ó facilitando con sus aproximaciones la desercion de sus auxiliares bárbaros. Andaba abultando mas y mas á la corte imperial el denuedo, el desempeño y los recursos inexhaustos de Tribijildo, confesando su incapacidad de continuar la guerra y requiriendo el permiso de negociar con su contrario invencible. Dictó el rebelde altanero las condiciones de la paz, y la demanda terminante de la cabeza de Eutropio puso de manifiesto el autor y el intento de la conspiracion enemiga.

El denodado satírico que desahogó su enfado zahiriendo parcial y apasionadamente á los emperadores cristianos, atropella el decoro, mas no la verdad histórica, parangonando el hijo de Teodosio con aquellos animales inocentes que apenas alcanzan que son propiedad de su mayoral. Dispertaron no obstante el ánimo desmayado de Arcadio dos ímpetus vehementes, á saber, la zozobra y el cariño conyugal; asustóse con los amagos de un bárbaro victorioso, y se rindió á la persuasiva de su mujer Eudoxia, quien, bañada en lágrimas estudiadas y presentando su niño al padre, imploró su justicia por algun desacato efectivo ú soñado que achacaba al desmandado eunuco (28). Asieron la diestra del emperador para hacerle firmar la condenacion de Eutropio (A. 399); voló repentinamente el ensalmo que por espacio de cuatro años habia embargado al príncipe y al pueblo; y la gritería que antes aclamaba los merecimientos y logros del privado se trocó en vocería de la soldadesca y la plebe, que le vituperaban sus maldades y activaban su ejecucion. En trance tan desesperado, no le cupo á Eutropio mas recurso que el de la iglesia, cuyas regalías cuerda ó profanamente se habia empeñado en coartar; y el prohombre de la elocuencia cristiana, San Juan Crisóstomo, logró el triunfo de escudar á un ministro volcado, cuya eleccion le habia encumbrado al trono eclesiástico de Constantinopla. El arzobispo, subiendo al púlpito de la catedral para que se le viese y oyese claramente por una concurrencia innumerable de ambos sexos y de todas edades, pronunció un discurso oportuno y patético sobre el perdon de los agravios y la insubsistencia de las grandezas humanas. La agonía del macilento y trémulo cuitado, que yacia á gatas bajo la mesa del altar, estaba mostrando un espectáculo grandioso é instructivo; y el orador, á quien se zahirió luego como si insultase á la desdicha de Eutropio, se afanó en mover el menosprecio y enfrenar la saña del pueblo (29). Prevalecieron gallardamente la humanidad, la supersticion y la elocuencia. Retrajeron á la emperatriz Eudoxia preocupaciones propias ó ajenas de atropellar el santuario de la iglesia; y Eutropio se avino á capitular con persuasiva halagüeña y con el juramento de conservarle la vida (30). Los nuevos ministros del palacio, prescindiendo del decoro de su soberano, publicaron inmediatamente un edicto, declarando que su anterior privado habia envilecido los dictados

de cónsul y de patricio, aboliendo sus estatuas, confiscando sus bienes y desterrándolo para siempre á la isla de Chipre (51). Un eunuco decrépito y despreciable ninguna zozobra podia causar á sus enemigos, ni le cabia ya disfrutar lo único remanente, el regalo del sosiego, la soledad y un clima benigno. Mas su venganza implacable aun le envidiaba el trance postrero de una vida desastrada, y no bien aportó Eutropio por las playas de Chipre, cuando lo retrajeron atropelladamente. La aprension frívola de evitar la ejecucion del juramento con un cambio de sitio movió á la emperatriz á que se le procesase y ajusticiase, no ya en Constantinopla, sino en el arrabal cercano de Calcedonia. Pronunció el cónsul Aureliano la sentencia, y sus causales patentizan la jurisprudencia de un gobierno despótico. Los atentados de Eutropio contra el pueblo sinceraban su ejecucion; mas se le declaró reo por haber uncido en su carruaje los cuadrúpedos *sagrados* que por su cria y su pelo se reservaban vinculadamente al emperador (52).

En medio de esta revolucion doméstica, Gainas (53) se rebeló desembozadamente, incorporó sus fuerzas en Tiátira de Lidia con las de Tribijildo, y conservó siempre su predominio con el caudillo desmandado de los Ostrogodos. Adelantóse la hueste confederada sin resistencia hasta los estrechos del Helesponto y del Bósforo, y enteraron á Arcadio de que, para precaver el malogro de sus dominios asiáticos, tenia que poner su autoridad y su persona en manos de los bárbaros. La iglesia de la santa mártir Eufemia, situada sobre una cumbre junto á Calcedonia (54), fué el sitio del avistamiento. Postróse Gainas rendidamente á los piés del emperador, requiriendo al mismo tiempo el sacrificio de Aureliano y Saturnino, dos ministros consulares, y sus cervices desnudas quedaron espuestas por el altanero rebelde á los filos de la espada hasta que se avino á otorgarles una tregua insubsistente y afrentosa. Fueron los Godos, segun los términos del convenio, trasportados inmediatamente de Asia á Europa, y su caudillo victorioso, aceptando el cargo de maestre jeneral de los ejércitos romanos, llenó á Constantinopla con sus tropas y fué repartiendo entre sus dependientes los honores y puestos del imperio. Habia Gainas, en su primera mocedad, atravesado el Danubio como suplicante y fujitivo; su encumbramiento era parto de su denuedo y de su estrella; y su conducta indiscreta y alevosa fué la causa de su pronto derribo. A pesar del contraste del arzobispo, se empeñó en pedir para los Arrianos una iglesia particular; y el engreimiento de los católicos se lastimó de aquella tolerancia pública de la herejía (55). Todos los barrios de Constantinopla adolecian de alborotos y trastornos; y los bárbaros clavaban con tal ahinco la vista en las tiendas de los joyeros y los escritorios de los banqueros cubiertos de oro y plata, que se tuvo por mas cuerdo el trasponer á la vista semejantes preciosidades. Resintiéronse de la injuriosa cautela, y hubo zozo-

bra vehemente de que intentasen incendiar á deshora el palacio imperial (56) (julio 20). En aquel estado de hostilidad mutua y recelosa, los guardas y el vecindario de Constantinopla cerraron las puertas y se armaron para precaver ó castigar la conspiracion de los Godos. En ausencia de Gainas, fué sorprendida y acosada su tropa, y hasta siete mil bárbaros fenecieron en la matanza. En el ímpetu del alcance, los católicos destecharon la iglesia ó santuario arriano, y no cesaron de atizonar á los refujiados hasta su final esterminio. Hallábase Gainas ó inocente en el intento ó sobradamente confiado de su logro; y quedó atónito al oir que la flor de su hueste habia fenecido con desdoro, que se le habia pregonado como enemigo público, y que su paisano Fravita, confederado valeroso y leal, se habia encargado del mando de la campaña por mar y por tierra. Las empresas del rebelde contra las ciudades de Tracia quedaron rechazadas con teson y acierto; su soldadesca hambrienta tuvo luego que acudir á la grama nacida por la orilla de las fortificaciones; y Gainas, que en balde estaba echando á menos la riqueza y el regalo del Asia, apeló al desesperado trance de atravesar á viva fuerza el Helesponto. Carecia de bajeles; mas las selvas del Quersoneso le aprontaron materiales para almadías, y los denodados bárbaros allá se arrojaron á las olas; mas Fravita estaba desveladamente acechando los adelantos de su empresa (dic. 23), y al asomar por el raudal interior, las galeras imperiales á remo y vela, con viento en popa y al ímpetu de la corriente, se dispararon unida é incontrastablemente (57); y el Helesponto entero vino á quedar cubierto con las astillas del naufrajio. Desahuciado Gainas y menoscabado de muchos miles de sus soldados mas valientes, no pudiendo aspirar á sobreponerse á los Romanos, volvió á regresar á la independencia de su vida montaraz. Un cuerpo lijero y activo de caballería bárbara, desempachado de bajeles y de infantería, podia ejecutar en ocho ú diez dias una marcha de cien leguas desde el Helesponto al Danubio (58); habian ido anonadándose las guarniciones de aquella raya tan importante, el rio en diciembre estaria hondamente helado, y la perspectiva interminable de la Escitia se estaba esplayando ante la ambicion de Gainas. Comunicóse el intento reservadamente á las tropas nacionales que se engolfaron en la suerte del caudillo; y antes de dar la señal de la marcha, se pasaron á degüello traidoramente un sinnúmero de individuos auxiliares, á quienes maliciaba de apego á su patria. Internáronse los Godos á marchas largas por las llanuras de Tracia, y luego vinieron á quedar libres de todo alcance por la vanagloria de Fravita *(a)*, que, en vez de acabar con la semilla de la guerra, se atropelló á disfrutar los aplausos populares y á realzarse con los honores pacíficos del consulado. Mas asomó allá escuadronado un aliado formidable, para desagraviar la majestad del imperio y escudar la paz y la independencia de la Escitia (59). Atajó á Gainas la

prepotencia de Uldino, rey de los Hunos; cortábale la retirada una provincia exhausta y enemiga; desentendióse de toda capitulacion, y tras varias tentativas para abrirse paso á viva fuerza, quedó muerto con sus secuaces desesperados en el campo de batalla (A. 401, enero 3). Once dias despues de la victoria naval en el Helesponto, la cabeza de Gainas, presente inestimable del vencedor, se recibió en Constantinopla con mil estremos de agradecimiento, celebrándose el rescate público en funciones y luminarias. Fueron los triunfos de Arcadio asunto de poemas épicos (40); y el monarca, descargado ya de zozobras honrosas, se entregó al dominio halagüeño y absoluto de su mujer, la linda y fiel Eudoxia, que mancilló su nombradía con la persecucion de San Juan Crisóstomo.

Muerto el desidioso Nectario, sucesor de Gregorio Nazianceno, adoleció la iglesia de Constantinopla de competidores ambiciosos que no se empachaban de cohechar con oro y con lisonjas al pueblo y á los privados. Parece que Eutropio varió de rumbo sobre este particular, y su determinacion justificada atendió únicamente al esclarecido mérito de un estraño. En un viaje reciente al Asia Menor, se pasmó con los sermones de Juan, natural y presbítero de Antioquía, cuyo nombre fué distinguido con el dictado de Crisóstomo, ú Boca de Oro (41). Espidióse órden reservada al gobernador de Siria; y como el pueblo se resistiria á desprenderse de su predicador en estremo predilecto, se le arrebató con dilijencia y secreto en un carruaje de posta de Antioquía á Constantinopla. La concordancia unánime y arbitraria de la corte, el clero y el pueblo revalidó la eleccion del ministro; y así bajo el concepto de santo como bajo el de orador, el nuevo arzobispo sobrepujó á la espectativa del público. Hijo de familia noble y opulenta en la capital de la Siria, Crisóstomo debió su educacion á los desvelos de una madre afectuosa bajo la tutela de maestros consumados. Estudió la retórica con Libanio; y aquel afamado sofista, que penetró muy pronto el talento de su discípulo, confesó injenuamente que era acreedor á sucederle, á no habérselo arrebatado los Cristianos. Su relijiosidad lo habilitó muy pronto para recibir el sacramento del bautismo; despidióse de la profesion honorífica y provechosa de las leyes y engolfóse en un desierto, donde, por espacio de seis años, estuvo subyugando los ímpetus de la carne con austerísimas penitencias. Precisáronle sus achaques á volver al trato de las jentes, y la autoridad de Melecio vinculó su talento al servicio de la iglesia; pero aun en medio de su familia, y colocado luego en el solio arquiepiscopal, persistió siempre en la práctica de las virtudes monásticas. Esmeróse en abocar al establecimiento de hospitales las rentas pingües que sus antecesores espendian en el boato y el regalo, y la muchedumbre que su caridad alimentaba anteponia los discursos elocuentes y edificativos de su arzobispo á los recreos del teatro ú del circo. Conserváronse desveladamente los mo-

numentos de aquella elocuencia, que estuvo por espacio de veinte años asombrando á Antioquía y á Constantinopla; y el caudal de cerca de mil sermones y homilias facultó á los críticos (42) de siglos posteriores para apreciar el mérito jenuino de Crisóstomo. Afirman unánimes que el orador cristiano acertó á poseer un lenguaje elegante y abundoso; á encubrir discretamente sus recursos, debidos á la retórica y la filosofía; á atesorar sin término metáforas y símiles, conceptos y pinceladas, variando y realzando los asuntos mas familiares; á aplicar los afectos en ventaja de la virtud, y á zaherir el devaneo y la fealdad del vicio casi con el brio y el desempeño de una representacion dramática.

Los afanes pastorales del arzobispo le acarrearon y al fin hermanaron contra él dos especies de enemigos; el clero ansioso que le envidiaba la nombradía, y los pecadores empedernidos á quienes lastimaba con sus reconvenciones. Cuando Crisóstomo arrojaba rayos desde el púlpito de Santa Sofía contra la bastardía cristiana, los asestaba contra la muchedumbre sin asomo de personalidad ofensiva; al declamar contra los vicios propios de la riqueza, consolábase un tanto la pobreza con sus descargas; mas el culpado se escudaba con el jentío, y el cargo mismo llevaba consigo algun realce con los visos de senorío y regalo. Mas como la pirámide iba siempre subiendo, paraba en aguda cumbre; y á los majistrados, á los ministros, palaciegos de ambos sexos (43), y á la misma emperatriz Eudoxia, les cabia mayor porcion de culpa, dividida ya entre cortísimo número de reos. Se columbraban de antemano, ú se corroboraban las aplicaciones con el testimonio de su propia conciencia; y el denodado predicador solemnizaba el derecho de ir retratando la odiosidad patente de la demasía y del culpado. El encono mas ó menos encubierto de la corte alentaba el desagrado del clero y de los monjes, reformados ejecutivamente con el afan atropellado del arzobispo. Habia tachado desde el púlpito el uso de criadas en el clero, que con el sobrescrito de tales andaban ocasionando de continuo escándalos en Constantinopla. Ensalzaba Crisóstomo con vehemencia á los varones arrinconados y silenciosos que se habian desviado del mundo; pero zaheria y tiznaba, como desdoro de su profesion sagrada, la caterva de monjes dejenerados que, al impulso indigno del recreo ú del interés, andaban emponzoñando las calles de la capital. Tenia el arzobispo que robustecer su persuasiva con el terror de la autoridad, y sus ímpetus en el desempeño de su jurisdiccion solian adolecer de acaloramiento y carecer de cordura. Era Crisóstomo de suyo colérico (44), y por mas que se empeñaba, conformándose con el Evanjelio, en amar á sus enemigos personales, se esplayaba en su regalía de odiar á los enemigos de Dios y de la iglesia, y solia espresarse con harta fuerza de habla é inmutacion de semblante. Seguia, ya por sistema de caridad ó de abstinencia, comiendo á solas; y aquella práctica poco agasajado-

ra (45), que sus enemigos achacaban á orgullo, contribuyó en parte á fomentar el achaque de su temple adusto é insocial. Retraido del trato diario que franquea el conocimiento y el despacho de los negocios, tenia vinculada su confianza en el diácono Serapion, y por maravilla sus alcances especulativos de la naturaleza humana se empleaban en descifrar la índole de sus iguales ó de sus dependientes. Hecho cargo de la pureza de sus intenciones, y tal vez de la sobresalencia de su injenio, estendia el arzobispo de Constantinopla su jurisdiccion de la ciudad imperial á fin de dilatar la esfera de sus afanes pastorales; y su conducta, que los profanos achacaban á móviles ambiciosos, se mostraba al mismo Crisóstomo con visos de obligacion sagrada é indispensable. Al visitar las provincias asiáticas, fué deponiendo hasta trece obispos de Lidia y Frijia, y llegó á manifestar indiscretamente que los estragos de la simonía y libertinaje tenian emponzoñado todo el órden episcopal (46). Si los obispos eran inocentes, su condena injusta debia acarrear un descontento fundado; y si eran culpados, tan crecido número de reos debia luego patentizar que su salvamento se cifraba en el derribo del arzobispo, á quien trataban de caracterizar como tirano de la iglesia oriental.

Era Teófilo (47), arzobispo de Alejandría, el alma de esta conspiracion; prelado eficaz y ambicioso que ostentaba el fruto de sus rapiñas con monumentos grandiosos; y su desabrimiento con la grandeza de una ciudad, que lo apeaba de la jerarquía segunda á la tercera del Cristianismo, se enconaba aun mas con varias contiendas personales con el mismo Crisóstomo (48). Convidado reservadamente por la emperatriz, aportó Teófilo en Constantinopla, escoltado con un cuerpo desaforado de marineros ejipcios, para habérselas con la plebe, y gran comitiva de obispos para afianzar con sus votos la mayoría de un sínodo. Juntóse este (49) en el arrabal de Calcedonia, apellidado la *Encina*, donde habia Rufino edificado una iglesia con su monasterio; y allí celebraron sus actas por espacio de catorce dias ó sesiones. Sindicaron al arzobispo de Constantinopla un obispo y un diácono; mas fueron los cuarenta y siete cargos presentados tan futíles é inverosímiles, que redundaron en un panejírico grandioso y absoluto. Intimaron sucesivamente hasta cuatro citas á Crisóstomo; mas siempre se desentendió de aventurar su persona y su concepto en manos de sus enemigos implacables, quienes, soslayándose de ir particularizando los artículos con todo estudio, lo condenaron por desobediente y contumaz, promulgando su sentencia de deposicion. El sínodo de la *Encina* acudió inmediatamente al emperador para que ratificase y ejecutase su fallo, insinuando que se podia aplicar la pena de traidor al predicador arrojado que habia, bajo el nombre de Jezabel, tildado á la misma emperatriz Eudoxia. Prendieron atropelladamente al arzobispo, y condújolo un mensajero imperial, que lo desembarcó, tras una breve navegacion,

á la embocadura del Euxino, de donde fué gloriosamente retraido al segundo dia.

Al pronto sus leales feligreses enmudecieron inmobles de asombro; mas luego se alzaron con ímpetu unánime é irresistible. Salvóse Teófilo; pero la caterva revuelta de monjes y marineros ejipcios feneció sin conmiseracion por las calles de Constantinopla (50). Un terremoto oportuno acreditó la intervencion del cielo; acudió la asonada á raudales sobre las puertas del palacio; y la emperatriz, á impulsos de su zozobra ó de su remordimiento, se arrojó á los piés de Arcadio, confesando que el sosiego público estaba pendiente del restablecimiento de Crisóstomo. Cuajóse el Bósforo de bajeles innumerables; iluminároņse esplendorosamente las playas de Europa y Asia, y la aclamacion del pueblo victorioso fué acompañando desde el puerto hasta la catedral el triunfo del arzobispo, quien con harta facilidad se avino á resumir el ejercicio de sus funciones, antes que su sentencia se revocase legalmente con la autoridad de un sínodo eclesiástico. Ajeno ú desentendido del inminente peligro, esplayó Crisóstomo su fervor ó su ojeriza; declamó muy agriamente contra los vicios *mujeriles*, y anatematizó los obsequios profanos que se estaban tributando, casi en el recinto de Santa Sofía, á la estatua de la emperatriz. Aquella imprudencia indujo á sus enemigos para que enardeciesen á Eudoxia, relatándole, ó quizás inventando el exordio famoso de un sermon: «Sañuda está de nuevo Herodias, y danza y está de nuevo pidiendo la cabeza de Juan;» alusion desvergonzada que, como mujer y como soberana, le era imposible perdonar (51). Empleóse el breve intermedio de una tregua alevosa para disponer arbitrios mas ejecutivos al intento de derribar y estrellar al arzobispo. Un concilio numeroso de prelados orientales, encaminados desde larga distancia por el dictámen de Teófilo, revalidó, prescindiendo de su justicia, la sentencia anterior, y se introdujo un destacamento de tropas bárbaras para enfrenar al pueblo. La víspera de Pascua, la soldadesca interrumpió desaforadamente la administracion del bautismo, atropellando el recato de los catecúmenos desnudos, y ajando con su presencia los misterios augustos del culto cristiano. Ocupó Arsacio la iglesia de Santa Sofía y el solio arzobispal; retiráronse los católicos á los baños de Constantino, y luego á la campiña, donde les acosaron todavía guardias, obispos y majistrados. Sobresalió el dia aciago del segundo y último destierro de Crisóstomo con la quema de la catedral, de la casa del senado y edificios contiguos, y se achacó el desastre, aunque sin prueba, no sin probabilidad, á la desesperacion de una faccion perseguida (52).

Algun mérito cabia á Ciceron, si su destierro voluntario redundó en el sosiego de la república (53); pero la sumision de Crisóstomo era paso imprescindible en un súbdito y en un cristiano. En vez de dar oidos á su

rendida demanda de que se le dejase residir en Cízico ó Nicomedia, la emperatriz inexorable le señaló para su destierro el pueblo lejano y desastrado de Cucuso, entre los riscos del monte Tauro, en la Armenia Menor. Estaban allá interiormente esperanzados de que feneciese el arzobispo en su marcha trabajosa y espuesta de sesenta dias, en el rigor del estío, por las provincias del Asia Menor, donde le fueron incesantemente amagando con sus recios embates los Isaurios, y los monjes, todavía mas implacables con su saña. Llegó sin embargo Crisóstomo salvo á su destino, y los tres años que permaneció en Cucuso y en el pueblo inmediato de Arabiso fueron los últimos y los mas gloriosos de su vida. Consagrada quedó su persona con la ausencia y la persecucion; trascordáronse los yerros de su réjimen; todos los labios andaban entonando las alabanzas de su injenio y de sus virtudes, y la atencion respetuosa del orbe cristiano estaba clavada en un rincon desierto entre las montañas del Tauro. Desde aquella soledad el arzobispo, cuya alma grandiosa se habia robustecido con la desventura (A. 404, junio 20), seguia correspondencia frecuente (54) con las provincias mas remotas; exhortaba á la congregacion desparramada para que permaneciese en su obediencia; activaba el derribo de los templos de Fenicia y el esterminio de la herejía en la isla de Chipre; abarcaba con su desvelo pastoral las misiones de Persia y Escitia; negociaba por medio de sus embajadores con el pontífice romano y el emperador Honorio, y apelaba esforzadamente de un sínodo parcial al tribunal supremo de un concilio jeneral é independiente. Libre sobresalia todavía el ánimo del esclarecido desterrado; pero su cuerpo cautivo yacia espuesto á las venganzas de sus atropelladores, quienes seguian abusando del nombre y de la autoridad de Arcadio (55). Espidióse órden para la remocion inmediata de Crisóstomo al desierto último de Pitio; y los guardas cumplieron tan puntualmente sus instrucciones inhumanas, que vino á espirar en Comana de Ponto, á los sesenta años de edad (A. 407, setiembre 14), antes de llegar á las costas del Euxino. Reconoció la jeneracion siguiente su inocencia y su mérito; y los arzobispos del Oriente, que debian correrse de que sus antecesores hubiesen sido enemigos de Crisóstomo, se inclinaron, con la entereza del pontífice romano, á reintegrar sus honores á nombre tan venerando (56). Sus reliquias, á las instancias entrañables del pueblo y clero de Constantinopla, se trasladaron, treinta años despues de su fallecimiento, á la ciudad rejia (57). Adelantóse el emperador Teodosio para recibirlas hasta Calcedonia, y postrándose sobre el atahud (A. 438, enero 27), imploró, en nombre de sus padres criminales Arcadio y Eudoxia, el perdon del santo agraviado (58).

Pero media la duda racional de que cupiera algun rastro de culpa hereditaria de Arcadio á su sucesor. Eudoxia, muchacha y linda, se esplayaba en amoríos, menospreciando á su consorte; pues disfrutaba el con-

de Juan, cuando menos, la íntima confianza de la emperatriz; y el público le andaba nombrando como padre efectivo de Teodosio el Jóven (59). Recibió sin embargo el padre crédulo el alumbramiento de aquel hijo como un suceso venturoso y honorífico en estremo para él, para su familia y para el orbe oriental; y el niño rejio, con fineza sin ejemplar, fué revestido con el dictado de César y de Augusto. Luego á los cuatro años escasos feneció Eudoxia en la lozanía de su mocedad, de resultas de un aborto, y esta temprana muerte dió al través con la profecía de un santo obispo (60), que, en medio del júbilo universal, se habia arrojado á predecir que llegaria á disfrutar el reinado largo y dichosísimo de su hijo. Vitorearon los católicos la justicia del cielo, vengador de la persecucion de San Crisóstomo; y quizás el emperador fué el único individuo que llorase de corazon la pérdida de la altanera y robadora Eudoxia. Desconsolóse mas con su quebranto doméstico que con tantas desdichas como estuvo padeciendo el Oriente (61) con el desenfreno de los salteadores isáuricos por la Palestina y el Ponto, que probaban la flaqueza del gobierno, y con los terremotos, incendios, hambre y nubes de langostas (62) que el descontento público andaba igualmente achacando á la incapacidad del monarca. Por fin, á los treinta y un años de edad (A. 408, mayo 1), tras un reinado (si nos cabe desairar así este vocablo) de trece años, tres meses y quince dias, falleció Arcadio en el palacio de Constantinopla. No es dable estampar su índole, pues en un plazo rebosante de materiales históricos, no asoma el hijo del gran Teodosio con un solo acto que le corresponda.

El historiador Procopio (63) ha pintado á la verdad al emperador moribundo con algun destello de cordura humana ó de sabiduría celeste. Contemplaba Arcadio con prevision ansiosa el desvalimiento de su hijo Teodosio, niño de siete años, los bandos aciagos de las menorías, y el ánimo arrojado de Jezdejerdo, monarca de Persia. En vez de tentar la obediencia de un súbdito con la participacion del poderío, acudió denodadamente á la magnanimidad de un rey, y colocó por su testamento el cetro del Oriente en la diestra del mismo Jezdejerdo. Desempeñó gustosa y fielmente el árbitro rejio tan honorífico encargo, y las armas y los consejos de Persia escudaron la niñez de Teodosio. Tal es la narracion singular de Procopio, cuya veracidad no contradice Agatias (64), aunque se diferencia de su concepto y tilda los alcances de un emperador cristiano, que tan temeraria, aunque tan acertadamente, entregó hijo y dominios al albedrío desconocido de un estranjero, un competidor y un pagano. Pudo ventilarse esta cuestion política, siglo y medio despues, en la corte de Justiniano; mas el miramiento de un historiador no ha de examinar el *acierto* antes de examinar la verdad del testamento de Arcadio. Como no le cabe paralelo en la historia del orbe, requerirémos fundadamente que el testimonio uná-

nime de los contemporaneos lo evidencie positivamente. La novedad estraña del acontecimiento que está moviendo nuestra desconfianza no puede menos de haber llamado su atencion ; y su silencio universal anonada la vana tradicion del siglo siguiente.

Si adecuadamente pudieran trasferirse las máximas de jurisprudencia romana de la propiedad particular al dominio público, adjudicaran al emperador Honorio la tutoría de su sobrino, hasta que cumpliese por lo menos catorce años ; pero la flaqueza de Honorio y las desventuras de su reinado le inhabilitaban para esforzar aquella demanda natural; y estaban ya tan separadas entrambas monarquías, por intereses y por inclinacion, que Constantinopla obedeciera con menos repugnancia las órdenes de un Persa que las de una corte italiana. Bajo un príncipe cuyo apocamiento queda encubierto al esterior con rasgos varoniles y discretos, los privados mas indignos pueden competir á oscuras por el imperio del palacio, y luego ir á dictar á las provincias rendidas las disposiciones de un dueño á quien avasallan y menosprecian ; pero los ministros de un niño, inhábil para pertrecharlos con la sancion del nombre real, tienen que granjearse y desempeñar una autoridad independiente. Los prohombres del estado y del ejército, nombrados ya antes de la muerte de Arcadio, venian á componer una aristocracia que pudiera haberles infundido la idea de una república libre. Encargóse del gobierno del Oriente por su dicha el prefecto Antemio (65), que logró por su desempeño predominio perpetuo sobre sus compañeros. El salvamento del jóven emperador acreditó los merecimientos y la virtud de Antemio, y su entereza atinada sostuvo la fuerza y el concepto de aquel reinado de un menor. Acampaba Uldino con una hueste formidable de bárbaros en el centro de la Tracia : desechó altaneramente todo ajuste, y señalando el sol en su aurora, declaró á los embajadores romanos que la carrera del planeta seria el único lindero de las conquistas de los Hunos. Mas desertáronle los confederados, convencidos á solas de la justicia y liberalidad de los ministros imperiales ; tuvo Uldino que despasar el Danubio. Quedó casi esterminada la tribu de los Escirros, que formaba su retaguardia, y crecido número de cautivos quedaron dispersos y esclavos para cultivar las campiñas del Asia (66). En medio del triunfo público, quedó Constantinopla resguardada con nuevo y mayor ámbito de murallas; se aplicó el mismo desvelo al restablecimiento de las fortificaciones de las ciudades ilíricas, y se ideó un plan atinado para afianzar en el término de siete años el Danubio, planteando en él una escuadra perpetua de doscientos y cincuenta bajeles armados (67).

Pero estaban los Romanos tan avezados á la autoridad de un monarca, que la primera hembra dotada de algun brio y alcances logró ascender al trono vacante de Teodosio. Su hermana Pulqueria (68), tan solo dos años

mayor que él, recibió á los diez y seis el dictado de *Augusta* (A. 414-455), y aunque el antojo y la tramoya nublaron á temporadas sus finezas, siguió gobernando el imperio de Oriente por cerca de cuarenta años, durante la dilatada menoría de su hermano, y despues de su muerte, en su propio nombre y en el de Marciano, su marido nominal. Permaneció soltera, ya por motivos de cordura, ya de relijion; y á pesar de algunos lunares sobre el recato de Pulqueria (69), esta determinacion, que comunicó á sus hermanas Arcadia y Marina, mereció mil encarecimientos al orbe cristiano, como la cumbre de la sublimidad y de la relijiosidad heroica. Dedicaron las tres hijas de Arcadio (70) su virjinidad á Dios, en presencia del clero y del pueblo; y el empeño de aquel voto solemne se esculpió en una lápida de oro y pedrería, que ofrecieron públicamente en la iglesia mayor de Constantinopla. Quedó el palacio convertido en monasterio; y todos los varones, escepto los ayos de su conciencia, los santos que habian olvidado la diferencia de sexos, se vieron escrupulosamente escluidos del umbral sagrado. Pulqueria, sus dos hermanas y una comitiva selecta de señoritas íntimas, venian á formar una comunidad relijiosa; se desapropiaron de toda gala vanidosa; cercenaban con ayunos frecuentes su sencillo y frugal sustento; dedicaban parte del tiempo á labores de bordado, y sobretodo varias horas del dia y de la noche á entonar plegarias y salmos. Realzaban el fervor y la liberalidad de una emperatriz la relijiosidad de vírjen cristiana. La historia eclesiástica describe las iglesias esplendorosas edificadas á espensas de Pulqueria en todas las provincias del Oriente; sus fundaciones caritativas en beneficio de los forasteros y de los menesterosos; las donaciones cuantiosas señaladas para el mantenimiento perpetuo de las sociedades monásticas, y el afan adusto con que acosó las herejías opuestas de Nestorio y de Eutiques. Suponíase que tanta virtud era acreedora á las finezas especiales de la Divinidad; y así las reliquias de los mártires como los acontecimientos venideros se comunicaban á la santa imperial en sueños y revelaciones (71). Mas la devocion de Pulqueria jamás la retrajo de su ahinco en la espedicion de los negocios temporales; y de toda la prole del gran Teodosio, sola ella al parecer heredó una porcion de su gallardo pecho y desempeño. Impuesta en el uso elegante y familiar de entrambos idiomas, estaba siempre pronta á escribir ó perorar, segun las ocurrencias de los negocios públicos, así en griego como en latin: deliberaba con madurez, y obraba con denuedo, y al jirar la máquina del gobierno sin estruendo ni aparato, atribuia advertidamente al númen del emperador el dilatado sosiego de su reinado. Es verdad que al fin de su vida la plaga de Atila azotó la Europa; pero las provincias mayores del Asia siguieron disfrutando suma y duradera bonanza. Nunca el menor Teodosio padeció la indecorosa necesidad de tener que combatir y castigar á súbditos rebeldes;

y puesto que nó cabe elojiar el vigor, alguna alabanza se debe tributar á la suavidad y á las mejoras del gobierno de Pulqueria.

Interesaba en gran manera al orbe romano la educacion de su dueño; planteóse pues un sistema constante de estudios y ejercicios, de tareas militares de cabalgar y flechar, de estudios liberales, como gramática, retórica y filosofía: acudian los maestros mas afamados del Oriente con el ansia de merecer la rejia enseñanza; y se ladeó al alumno con varios jóvenes nobles para que, hospedados en el mismo palacio, le estimulasen con su emulacion é intimidad. Reservóse Pulqueria la tarea escelsa de ir imponiendo al hermano en el arte de gobernar; pero sus documentos dejan maliciar alguna mengua en sus alcances y aun en la pureza de sus intentos. Enseñóle á mostrar circunspeccion y señorío, á pasearse, á manejar el ropaje y sentarse en el solio con ademan digno de un gran príncipe, á contener la risa, á oir con agrado, á contestar adecuadamente, á variar su semblante, poniéndolo ya formal, ya placentero; en una palabra, á representar con halagüeño decoro el personaje pomposo de un emperador romano. Mas nunca se trató de habilitar á Teodosio (72) para corresponder al cargo y á la gloria de nombre tan esclarecido; y en vez de encumbrarse á la imitacion de sus antecesores, bastardeó (si cabe ir midiendo los grados de la incapacidad) hasta el punto de menguar respecto al escaso desempeño de su padre y de su tio. Favorecieron á Arcadio y á Honorio cuidados paternales realzados con la autoridad y el ejemplo; mas el cuitado príncipe nacido en la púrpura ha de permanecer siempre forastero á los desengaños de la verdad: el hijo de Arcadio tuvo que pasar su niñez perpetua, cercado á toda hora de una comitiva servil de mujeres y eunucos: y así el ocio anchuroso que le cabia soslayándose del esmerado desempeño de su escelso cargo venia á desperdiciarse con recreos futíles y estudios inservibles. Tan solo la caza le hacia salir de su palacio; pero con mas teson se afanaba, á veces aun á deshora y con luz artificial, en la tarea material de pintar y esculpir; y el primor con que fué copiando libros relijiosos mereció á un emperador romano el dictado de *Calígrafo*, ú gran pendolista. Traspuesto al mundo con un telon impenetrable, vinculaba Teodosio su confianza en sus privados; estos eran los mismos que solian entretener y halagar su apoltronamiento, y como jamás se enteraba ni en el menor ápice de cuanto le presentaban á la firma, cometíanse de continuo tropelías ajenas de su índole bajo su mismo nombre. Recatado, frugal, dadivoso y compasivo de suyo, como estas prendas tan solo alcanzan el predicamento de virtudes al arrimo del valor y del tino, por maravilla solian redundar en provecho, y sí á veces en daño de las jentes. Debilitado su ánimo con la educacion rejia, adolecia de torpe y rastrera supersticion, ayunaba, solfeaba salmos, y se empapaba á ciegas en milagros y doctri-

nas que alimentaban su fe incesantemente. Adoraba Teodosio devotamente á los santos vivos y difuntos de la iglesia católica: y hubo ocasion en que no quiso comer por haberle descomulgado un monje insolente, hasta que se dignó revocar su anatema (73).

Pareceria novela increible la historia de una muchacha linda y virtuosa, encumbrada de una esfera mediana al solio imperial, á no haberse verificado con el enlace de Teodosio. La celebrada Atenais (74) se educó por su padre Leoncio en la relijion y ciencias de los Griegos; y merecian al filósofo ateniense sus contemporáneos concepto tan aventajado, que partió su patrimonio entre los dos hijos, dejando á su hija el corto legado de cien piezas de oro, con la viva confianza de que su hermosura y demás prendas le aprontarian un dote suficiente. Con los zelos y la avaricia de los hermanos, tuvo luego Atenais que refujiarse á Constantinopla; y esperanzada con la justicia ó el favor, se postró á los piés de Pulqueria. Oyó la princesa perspicaz su elocuente queja y destinó reservadamente la hija del filósofo Leoncio para esposa venidera del emperador de Oriente, de edad á la sazon de veinte años. Fuéle fácil mover la curiosidad del hermano retratándole al vivo el embeleso de Atenais; ojos grandes, nariz proporcionada, tez vistosa, rizos dorados, talle cenceño, garbo jentil, entendimiento despejado con el estudio, y virtud á prueba de la desventura. Encubrióse Teodosio con una cortina en la estancia de su hermana, y estuvo mirando á la doncella ateniense; prorumpió luego el sencillo mancebo en raptos de amor honesto, y se celebraron los desposorios rejios al eco de las aclamaciones de la capital y de las provincias. Atenais, de quien se logró fácilmente que orillase los desvaríos del paganismo, recibió en el bautismo el nombre cristiano de Eudocia; mas la cautelosa Pulqueria le escaseó el dictado de Augusta, hasta que la esposa de Teodosio comprobó su fecundidad con el alumbramiento de una niña; que quince años despues se desposó con el emperador de Occidente. Obedecieron los hermanos de Eudocia con alguna zozobra á su llamamiento imperial; mas como le era tan obvio el desentenderse de aquella sinrazon venturosa, se esplayó en ternuras como hermana, ascendiéndolos á la jerarquía de cónsules y prefectos. En medio de los regalos palaciegos siguió cultivando aquellas artes injeniosas, sus ensalzadoras, dedicando atinadamente su númen al honor de la relijion y del esposo. Compuso Eudocia una paráfrasis poética de los ocho libros primeros del Antiguo Testamento, y de las profecías de Daniel y de Zacarías, unos centones de los versos de Homero, aplicados á la vida y milagros de Jesucristo, la leyenda de San Cipriano, y un panejírico sobre las victorias de Teodosio en Persia; y sus escritos, vitoreados en un siglo servil ó supersticioso, no han desmerecido el aprecio de la crítica imparcial y candorosa (75). No amainó el cariño del emperador con

el goce y el tiempo ; y Eudocia , casada ya su hija , logró cumplir su voto de una romería á Jerusalen , solemnizando así sus albricias. Desdice tal vez el boato de su peregrinacion ostentosa por las rejiones del Oriente de la humildad cristiana; pronunció desde un solio engastado de pedrería una arenga elocuente al senado de Antioquía , manifestó su ánimo real de ensanchar las murallas de la ciudad, concedió una dádiva de doscientas libras de oro para restablecer los baños públicos , y aceptó las estatuas que le decretó el agradecimiento de los Antioquenos. En la Tierra Santa , sus fundaciones piadosas sobrepujaron á la munificencia de la grande Helena , y si bien el erario padeció notable quebranto con sus dádivas escesivas , logró la satisfaccion de regresar á Constantinopla con las cadenas de San Pedro , el brazo derecho de San Estévan, y el retrato indudable de la Vírjen pintado por San Lúcas (76). Pero aquella romería fué el plazo infausto de las glorias de Eudocia. Ahita de boato insustancial y trascordada tal vez de las finezas de Pulqueria , aspiró ambiciosamente al gobierno del imperio oriental. Ardia el palacio en discordias mujeriles ; mas la victoria quedó por el predominio irresistible de la hermana de Teodosio. La ejecucion de Paulino , maestre de los oficios , y el desvío de Ciro , prefecto del pretorio de Oriente , desengañaron al público de que la privanza con Eudocia no alcanzaba á escudar á sus amigos mas leales ; y la belleza peregrina de Paulino robusteció la hablilla de que su delito era el de un amante venturoso (77). Enterada la emperatriz de que el cariño de Teodosio se habia apagado para siempre, solicitó el permiso de arrinconarse en la soledad remota de Jerusalen. Logró su demanda ; pero los zelos de Teodosio y el temple vengativo de Pulqueria siguieron acosándola en su postrer retiro , y se encargó á Saturnino , conde de los domésticos , que castigase de muerte á dos eclesiásticos, sus privados íntimos. Vengóles ejecutivamente Eudocia asesinando al conde : el ímpetu con que se disparó en aquel trance sospechoso abonaba al parecer los rigores de Teodosio ; y la emperatriz , apeada afrentosamente de los honores de su jerarquía (78), quedó tiznada, quizás injustamente , en el orbe. La vida posterior de Eudocia , por espacio de unos diez y seis años , se consumió toda en el destierro y la devocion ; y los asomos de la vejez , la muerte de Teodosio , las desventuras de su hija única , llevada en cautiverio de Roma á Cartago , y el trato con los santos monjes de Palestina , fueron estremando mas y mas su temple relijioso. Tras una esperiencia consumada de las vicisitudes de la vida humana , la hija del filósofo Leoncio espiró en Jerusalen á los sesenta y siete años de edad , protestando en su postrer aliento que jamás habia traspasado los fueros de la inocencia y de la amistad (79) (A. 421—460).

Nunca el temple de Teodosio se enardeció con el afan de conquistas ó de nombradía militar, y el sobresalto leve de una guerra con Persia ape-

mas alteró el sosiego del Oriente (A. 422). Fundadas y honrosas eran las causas de esta guerra. En el último año del reinado de Jezdejerdo, el supuesto amparador de Teodosio, un obispo aspirante á la gloria del martirio abrasó uno de los templos del sol en Susa (80). Vengóse su fervor y pertinacia en cabeza de sus hermanos: movieron los magos una persecucion violentísima, y remedó la intolerancia de Jezdejerdo su hijo Varanes ó Bahran, que luego despues subió al trono. Algunos cristianos fujitivos que huyeron á la frontera romana fueron adustamente requeridos y gallardamente negados; y esta denegacion, acompañada de contiendas comerciales, encendió luego una guerra entre las monarquías opuestas. Cubrieron las huestes encontradas los riscos de Armenia y las llanuras de Mesopotamia; mas no ocurrió acontecimiento decisivo ú memorable en las dos campañas sucesivas. Mediaron refriegas y sitios de pueblos con resultado vario ú dudoso; y si los Romanos fracasaron en el intento de recobrar allá su perdida Nisibis, quedaron los Persas rechazados de los muros de una ciudad de Mesopotamia por el teson de un obispo guerrero que asestaba sus máquinas atronadoras en nombre de Santo Tomás apóstol; pero las victorias esplendorosas que la dilijencia increible del mensajero Paladio venia repetidamente participando al palacio de Constantinopla se solemnizaban con funciones y panejíricos. De estos habrán ido entresacando los historiadores (81) de aquel siglo sus relaciones estraordinarias y acaso fabulosas, del reto arrogante de un héroe persa, enmarañado en la red y degollado por la espada del godo Areobindo; de los diez mil *inmortales* fenecidos en el embate contra el campamento romano, y de los cien mil Arabes y Sarracenos, á quienes un terror pánico zambulló en el Eufrates. No cabe creer ni apreciar tales acontecimientos; pero la caridad de un obispo, Acacio de Amida, cuyo nombre realzará el calendario sagrado, no debe trascordarse. Manifestando sin rebozo que los vasos de oro y plata eran inservibles para un Dios que ni come ni bebe, vendió el desprendido prelado las alhajas de la iglesia de Amida; empleó su importe en el rescate de siete mil cautivos persas; acudió á sus urjencias con afectuoso esmero, y los envió á su patria para que enterasen al rey del verdadero espíritu de la relijion que estaba persiguiendo. Estos estremos de benevolencia en la furia de la guerra no pueden menos de quebrantar el encono de las naciones opuestas, y me complazco en conceptuar que contribuyó Acacio al restablecimiento de la paz. En las conferencias celebradas al confin de ambos imperios, degradaron los embajadores romanos el señorío personal de su soberano con su empeño desatinado de abultar su poderío, amonestando con formalidad á los Persas que evitasen con un ajuste oportuno la saña de un monarca que ni siquiera tenia noticia de guerra tan lejana. Ratificóse solemnemente una tregua de cien años; y aunque las

revoluciones de Armenia estaban amagando al sosiego público, respetáronse por espacio de cerca de ochenta años las condiciones fundamentales del tratado por los sucesores de Constantino y Artajérjes.

Desde que los estandartes romanos y partos se contrapusieron por la vez primera por las márjenes del Eufrates, yació el reino de Armenia (82) alternativamente acosado por sus amparadores formidables; y los varios acontecimientos que inclinaban la balanza de la paz y de la guerra se han ido ya refiriendo en el discurso de la presente historia. Un tratado afrentoso habia cedido la Armenia á la ambicion de Sapor y preponderó al parecer la pujanza de la Persia; pero la alcurnia real, de Arsaces se doblegaba violentamente á la casa de Sasan, los nobles indómitos afianzaban ó vendian su independencia, y la inclinacion nacional descollaba siempre por los príncipes *cristianos* de Constantinopla. Al principio del quinto siglo, dividióse la Armenia con la guerra y los bandos (83), y esta separacion violenta atropelló la ruina de aquella antigua monarquía. Cosroes, avasallado por la Persia, reinaba sobre la parte oriental y mas estensa del pais, mientras la provincia occidental reconocia el dominio de Arsaces, y la soberanía del emperador Arcadio (*b*). Muerto Arsaces abolieron los Romanos el gobierno real y avasallaron, á fuer de súbditos, á sus aliados. Encargóse el mando militar al conde de la raya armenia; se edificó y muró la ciudad de Teodosiópolis (84), en situacion aventajada y solar encumbrado y fértil, junto al nacimiento del Eufrates, administrando sus territorios hasta cinco sátrapas, cuyo señorío se realzaba con un ropaje particular de oro y púrpura. Los nobles menos favorecidos, que se lamentaban del malogro de su rey y envidiaban el realce de sus iguales, acudieron airados á negociar su paz y su indulto á la corte de Persia; y regresando con sus secuaces al alcázar de Artajata, reconocieron á Cosroes (*c*) por su lejítimo soberano. Como á los treinta años despues, Artasires, sobrino y sucesor de Cosroes, feneció por el desagrado de los nobles altaneros y caprichosos de Armenia, que apetecieron unánimes un gobernador persa en vez de un rey indigno. La contestacion del arzobispo Isaac, cuya revalidacion ansiaban, está manifestando la índole de un pueblo supersticioso. Al deplorar los vicios patentes é indisculpables de Artasires, declaró que no titubearia en sindicarle ante el tribunal de un emperador cristiano que tratase de castigar al pecador sin esterminarlo. « Nuestro rey, » continuó Isaac, « está encenagado en el desenfreno de sus deleites, mas quedó purificado con el agua sagrada del bautismo. Es muy apasionado de las mujeres, mas no adora el fuego ú los elementos. Merecerá el cargo de muy deshonesto, pero es católico, y es ortodoja su fe, aunque depravadísimas sus costumbres. Jamás me atendré á entregar allá mi grey á la saña de los devoradores, y pronto os arrepentiréis del trueque teme-

rario de los achaques de un creyente por las prendas ostentosas de un pagano (85). » Enfurecidos los nobles con la entereza de Isaac, zahirieron, á fuer de banderizos, al rey y al arzobispo, como afectos reservadamente al emperador, y se holgaron desatinadamente con la sentencia de condena que, tras una audiencia parcial, pronunció solemnemente el mismo Bahran. Quedaron apeados los descendientes de Arsaces de la jerarquía real (86), tras una posesion de quinientos y sesenta años (87); y los dominios del desventurado Artasires (*d*), apellidados ya espresamente Persarmenia, quedaron reducidos á la forma de una provincia. Enceló esta usurpacion al gobierno romano; mas zanjóse la nueva contienda por medio de una particion amistosa, pero desigual, del reino antiguo de Armenia (*e*); y una adquisicion territorial que menospreciara Augusto dió algun realce al imperio ya decaido de Teodosio el Menor (A. 431—440).

NOTAS

correspondientes al capítulo trijésimo segundo.

(1) El padre Montfaucon se vió obligado, por órden de sus superiores benedictinos (Longueruana, tom. I, p. 205), á redactar la trabajosa edicion de San Crisóstomo, en trece tomos en folio (Paris, 1738), entreteniéndose con estractar de aquella inmensa coleccion de moral algunas curiosas *antigüedades*, que ponen en claro las costumbres de la época teodosiana (véase Crisóstomo, Opera, tom. XIII, p. 192-196), y su Disertacion francesa, en las Mémoires de l' Académie des Inscriptions, tom. XIII, p. 474-490.

(2) Segun el cómputo aventurado de que un buque con viento favorable puede navegar 1000 estadios ó 125 millas, durante las veinte y cuatro horas, cuenta Diodoro Sículo diez dias del Palo Meotis á Rodas, y cuatro de Rodas á Alejandría. La navegacion del Nilo, de Alejandría á Sirene, bajo el trópico de Cáncer, como era contra corriente, requeria diez dias mas. Diodoro Sículo, tom. I, l. III, p. 200, edic. Wesseling. Hubiera podido, sin faltar á lo regular, medir los grados de calor desde la orilla de la zona tórrida; pero habla del Meotis en los 47 grados de latitud norte, como si estuviese dentro del círculo polar.

(3) Adora Bartio á su autor con la ciega supersticion de un comentador, prefiriendo los dos libros compuestos por Claudiano contra Eutropio á todas sus demás producciones (Ballet, Jugemens des Savans, tom. IV, p. 227). Es verdaderamente una sátira elocuente y rebosante de injenio, digna de un punto histórico, si fuese menos vaga y mas moderada.

(4) Tras lamentar el poder de los eunucos en el palacio romano y designar sus funciones, añade Claudiano:

— A fronte recedant
Imperii.

In Eutrop., I. 422.

Con todo no se echa de ver que el eunuco desempeñase ningun empleo del imperio, y en el decreto de su destierro solo se le denomina Præpositus sacri cubiculi. Véase Cod. Theod., l. IX, tit. XL, leg. 17.

(5) Jamque oblita sui, nec sobria divitiis mens
In miseras leges hominumque negotia ludit:
Judicat eunuchus. . . . . . .
Arma etiam violare parat. . . . .

Claudiano (I, 229-270), con una mezcla de indignacion y buen humor, que cuadra tambien en un poeta satírico, pinta la insolencia del eunuco, el decaimiento del imperio y la alegría de los Godos.

— Gaudet, cum viderit, hostis,
Et sentit jam deesse viros.

(6) El testimonio auténtico de Crisóstomo (tom. III, p. 384, edic. Montfaucon) confirma la injeniosa descripcion del poeta sobre su deformidad (I, 110-125); y dice que una vez lavada la pintura, el rostro de Eutropio parecia mas feo y arrugado que el de una vieja. Nota Claudio (I, 469), y, segun parece fundado en la esperiencia, que, en los eunucos la decrepitud sucede inmediatamente á la juventud.

(7) Parece que Eutropio era natural de Armenia ó Siria. Sus tres destinos que Claudiano menciona mas particularmente son estos: 1°. Sirvió muchos años á Tolomeo en clase de lacayo ó soldado de los establos imperiales. 2°. Regalólo este al anciano jeneral Arinteo, á quien sirvió hábilmente de alcahuete. 3°. Cuando se casó la hija de Arinteo, pasó á su servicio; y el futuro cónsul estaba encargado de peinarla, presentarle el aguamanil de plata, y en la época calurosa, lavar y abanicar á su ama. Véase l. I, 31-137.

(8) Claudiano (l. I, in Eutrop. 1-22), tras enumerar los varios prodijios de nacimientos monstruosos, animales que hablaban, lluvia de sangre ó piedras, dobles soles, etc., añade con alguna exajeracion:

Omnia cesserunt eunucho consule monstra.

Termina el primer libro el noble discurso de la diosa de Roma á su favorito Honorio, quejándose de la *nueva* ignominia á que estaba espuesta.

(9) Fl. Malio Teodoro, cuyos honores civiles y otras filosóficas ha celebrado Claudiano en un elegante panejírico.

(10) Μεθύων δὲ ἤδη τῷ πλούτῳ, embriagado con las riquezas, es la enérjica espresion de Zósimo (l. V, p. 301); el Lexicon de Suidas y la Crónica de Marcelino ambas afean la ambicion de Eutropio. Crisóstomo advirtió á menudo al favorito, lo peligrosa que es la vanidad y las desmedidas riquezas, tom. III, p. 381.

(11) — Certantum sæpe duorum
Diversum suspendit onus: cum pondere judex
Vergit, et in geminas nutat provincia lances.

Claudiano (I, 192-209) distingue tambien las circunstancias de la venta, que parecen aludir todas á anécdotas particulares.

(12) Menciona Claudiano (I, 154-170) el *crímen* y destierro de Abundancio; no podia menos de citar el ejemplo del artista, que hizo la primera prueba del toro de bronce que presentó á Falaris. Véase Zósimo, l. V, p. 302. Jerónimo, tom. I, p. 26. Fácilmente se concilia la diferencia del sitio; pero la engañosa autoridad de Asterio de Amasia (Orat. IV, p. 76, apud Tillemont, Hist. des Empereurs, tom. V, p.435) redunda en favor de Pitio.

(13) Suidas (probablemente de la Historia de Eunapio) nos da un retrato poco favorable de Timasio. La relacion del acusador, los jueces, la prueba, etc. concuerda perfectamente con la práctica de los tribunales antiguos y modernos (Véase Zósimo, l. V, p. 298, 299, 300). Casi estoy por citar el romance de un erudito (Obras de Fielding, tom. IV, p. 49, etc. 8º. edic.) como la historia de la naturaleza.

(14) La gran Oasis era uno de los puestos en los arenales de la Libia regado por riachuelos y que producia trigo, cebada, y palmeras. Tenia tres jornadas de norte á sur, media de ancho, y cinco al este de Abido en el Nilo. Véase D' Anville, Descripcion del Ejipto, p. 186, 187 y 188. Los áridos desiertos que rodean la Oasis (Zósimo, l. V, p. 300) sujirieron la idea de una fertilidad comparativa, y aun el epiteto de *isla afortunada* (Herodoto, III, 26).

(15) La línea de Claudiano en Eutropio, l. I, 180.

Marmaricus claris violatur ædibus Hammon (*).

alude sin duda á *su* persuacion de la muerte de Timasio.

(16) Sozomen, l. VIII, c. 7. Habla de oidas, ὥς τινος ἐπύθομεν.

(17) Zósimo, l. V, p. 300. Con todo sospecha que este rumor lo esparcieron los amigos de Eutropio.

(18) Véase el Código Teodosiano, l. IX, tit. 14, ad legem Corneliam de Sicariis, leg. 3, y el Código de Justiniano, l. IX, tit. VIII, ad legem Juliam de Majestate, leg. 5. La alteracion del *título* de asesinato á traicion es una mejora del discreto Treboniano. Gofredo, en una disertacion cabal, que insertó en su Comentario, deslinda la ley de Arcadio y esplica los pasos mas intrincados que los jurisconsultos, en épocas menos civilizadas, han interpretado mal. Véase tom. III, p. 88-111.

(19) Entiende Bartolo un sentimiento sencillo y desnudo sin ninguna señal de aprobacion ó consentimiento. Dice Baldo que por esta opinion se halla en la actualidad requemándose en el infierno. Por mi parte, continúa el discreto Heinecio (Element. Jur. Civil., IV, p. 411), debo aprobar la teoría de Bartolo; pero en cuanto á la práctica, me inclino á los sentimientos de Baldo. Con todo los abogados del cardenal de Richelieu citan á Bartolo; y Eutropio fué complice, aunque indirectamente, del asesinato del virtuoso de Thou.

(20) Gofredo, tom. III, p. 89. Con todo se sospecha que en esta ley, tan contraria á las máximas de la independencia jermánica, ha sido añadida subrepticiamente el becerro de oro.

(21) Una narracion circunstanciadísima (que podia haber reservado para un suceso mas importante) dedica Zósimo (l. V, p. 304-312) á la sublevacion de Tribijildo y Gainas. Véase tambien á Sócrates, l. VI, c. 6, y Sozomen, l. VIII, c. 4. El libro segundo de Claudiano contra Eutropio es un hermoso, aunque imperfecto, trozo de historia.

(22) Observa Claudiano atinadamente (in Eutrop., l. II, 237-250) que el antiguo nombre y el pais de los Frijios cojia una vasta estension, formando sus límites las colonias de los Bitinios en Tracia, los Griegos, y por último los Galos. Su descripcion (II, 257-272) de la fertilidad de la Frijia y de los cuatro rios que producen oro es exacta y pintoresca.

(*) Un fragmento de Eunapio confirma esta relacion. «Habiendo de este modo privado de la vida á este gran personaje — un eunuco hombre, un esclavo cónsul, un ministro de la cámara criado en los campamentos.» Mayo, p. 283.—In Niebuhr, 84.—M.

(23) Jenofonte, Anabasis, l. I, p. 11-12, edic. Hutchinson; Estrabon, l. XII, p. 865, edic. Amstel.; Q. Curcio, l. III, c. 1. Compara Claudiano la union del Marsias y el Meandro á la del Saona y el Rin, con la sola diferencia de que el rio mayor de los Frijios retarda el curso del menor.

(24) Selje, colonia de los Lacedemonios, habia llegado á constar de veinte mil ciudadanos; pero en tiempo de Zósimo estaba reducida á una πολίχνη, ó ciudadilla. Véase Celario, Jeografía Antigua, tom. II, p. 117.

(25) El consejo de Eutropio, en Claudiano, puede compararse al de Domiciano en la sátira cuarta de Juvenal. Los miembros principales del primero eran, juvenes protervi lacivique senes; el uno habia sido cocinero y el otro un cardador de lana. El lenguaje de su primitiva profesion comprometia su dignidad; y su trivial conversacion sobre trajedias y bailarines la hacia aun mas ridícula por la importancia que daban á su cuestion.

(26) Claudiano (l. II, 376-461) le afeó su infamia; y Zósimo, en un lenguaje mas suave, confirma sus reconvenciones. L. V, p. 305.

(27) La *conspiracion* de Gainas y Tribijildo, que confirma el historiador griego, no habia llegado á oidos de Claudiano, pues atribuye el alboroto de los Ostrogodos á su denuedo *guerrero*, y á los consejos de su mujer.

(28) Esta anécdota, que ha conservado Filostorjio (l. XI, c. 6, y Gofredo Disertac., p. 451-456) es curiosa é interesante; pues tiene relacion con la sublevacion de los Godos y las secretas intrigas de palacio.

(29) Véase la homilia de Crisóstomo, tom. III, p. 381-386, de la cual particularmente el exórdio es hermosísimo. Sócrates, l. VI, c. 5. Sozomen, l. VIII, c. 7. Supone Montfaucon (en su Vida de Crisóstomo, tom. III, p. 135) que Trebijildo estaba entónces en Constantinopla; y que mandaba los soldados que tenian la órden de apoderarse de Eutropio. Hasta el poeta pagano, Claudiano (Præfat. ad l. II, in Eutrop. 27), menciona la fuga del eunuco al santuario.

Suppliciter quæ pias humilis prostratus ad aras,
Mitigat iratas voce tremente nurus.

(30) Crisóstomo en otra homilia (tom. III, p. 386) declara que si Eutropio no hubiese abandonado la iglesia, no le hubieran cojido. Zósimo (l. V, p. 313) muy al contrario pretende que sus enemigos lo arrastraron fuera del santuario (ἐξαρπάσαντε αὐτὸν). Con todo la promesa es una prueba de algun tratado; y la gran seguridad de Claudiano (Præfat. ad l. II, 46),

Sed tamen exemplo non feriore tuo,

puede considerarse como prueba de una promesa.

(31) Cod. Theod., l. IX, tit. XI, leg. 14. La fecha de aquella ley (enero 17 de 399) está equivocada; pues la caida de Eutropio no podia acontecer hasta el otoño del mismo año. Véase Tillemont, Hist. des Empereurs, tom. V, p. 780.

(32) Zósimo, l. V, p. 313. Filostorjio, l. XI, c. 6.

(33) Zósimo (l. V, p. 313-323), Sócrates (l. VI, c. 4), Sozomen l. VIII, c. 4) y Teodoreto (l. V, c. 32, 33) representan, aunque con varias circunstancias, la conspiracion, derrota y muerte de Gainas.

(34) Ὁσίας Εὐφημίας μαρτύριον, es la espresion de Zósimo (l. V, p. 314) quien inadvertidamente usa el lenguaje de los Cristianos. Describe Evagrio (l. II, c. 3) la situacion, arquitectura, reliquias y milagros de aquella célebre iglesia, en la que despues se reunió el concilio jeneral de Calcedonia.

(35) Las piadosas amonestaciones de Crisóstomo, que no aparecen por sus escritos, las confirma Teodoreto; pero los hechos desmienten su insinuacion de que habian sido provechosas. Escribió Tillemont (Hist. des Empereurs, tom. V, p. 383) que para satisfacer el emperador la sed de oro de Gainas, se vió obligado á fundir la plata de la iglesia de los Apóstoles.

(36) Los historiadores eclesiásticos, que unas veces guian y otras siguen la opinion pública, afirman que el palacio de Constantinopla estaba guardado por lejiones de ánjeles.

(37) Menciona Zósimo (l. V, p. 319) estas galeras con el nombre de *Liburnias*, y dice que eran tan veloces (sin esplicar la diferencia que habia entre ellas) como los buques de cincuenta remos, aunque inferiores á los triremos, que hacia tiempo no estaban en uso. Sin embargo deduce razonablemente del testimonio de Polibio que en la guerra púnica se construyeron aun galeras de mayor dimension. Desde que el imperio romano se estableció sobre el Mediterráneo, se descuidó y al fin abandonó enteramente el inútil arte de construir grandes buques de guerra.

(38) Chishull (Viajes, p. 61, 63, 72, 76) siguió de Galípoli, atravesando Adrianópolis, al Danubio, en quince dias. Iba agregado al séquito de un embajador inglés, cuyo equipaje consistia en setenta y un carros. Este instruido viajero tiene el mérito de describir una ruta interesante y desconocida.

(a) Fravita, segun Zósimo, aunque pagano, recibió los honores del consulado. Zósimo, V, c. 20. Sobre Fravita véase un fragmento imperfecto de Eunapio. Mayo, II, 290, en Niebukr, 92.—M.

(39) La narracion de Zósimo, que conduce á Gainas mas allá del Danubio, debe estar conforme con el testimonio de Sócrates y Sozomen, que fué ejecutado en *Tracia*; y con las fechas exactas y auténticas de al

Crónica Alejandrina ó de Pascal, p. 307. La batalla naval ganada en el Helesponto está colocada en el mes de Apelioeus, el diez de las calendas de enero (diciembre 23); la cabeza de Gainas fué traida á Constantinopla, el tres de las nonas de enero (enero 3) en el mes de Audynæus.

(40) Eusebio escolástico se hizo célebre por su poema sobre la guerra gótica, en la que habia servido. Cuarenta años despues, Amonio recitó otro poema sobre el mismo asunto, en presencia del emperador Teodosio. Véase Sócrates, l. VI, c. 6.

(41) El libro sexto de Sócrates, el octavo de Sozomen y el quinto de Teodoreto suministran materiales interesantes y auténticos para la vida de Juan Crisóstomo. Además de estos historiadores jenerales, he tomado por guias á los cuatro pincipales biógrafos de este santo. 1. El autor de la parcial y apasionada Vindicacion del arzobispo de Constantinopla, compuesta en forma de diálogo y bajo el nombre de un celoso partidario Paladio, obispo de Helenópolis (Tillemont, Mém. Ecclés. tom. XI, p. 500-533). Se halla inserta entre las obras de Crisóstomo, tom. XIII, p. 1-90. edic. Montfaucon. 2. El moderado Erasmo (tom. III, epíst. MCL, p. 1331-1347, edic. Lugd. Bat.). Su injenio y buen sentido eran suyos propios; sus errores en el atrasado estado de la antigüedad eclesiástica eran casi inevitable. 3. El instruido Tillemont (Mém. Ecclesiástiques, tom. XI, p. 1-405, 547, 626, etc. etc.), que recopila las vidas de los santos con increible paciencia y relijioso esmero, ha recorrido minuciosamente las voluminosas obras del mismo Crisóstomo. 4. El padre Montfaucon, que habia repasado estas obras con el esmero de editor, descubrió varias nuevas homilias y volvió á revisar y componer la vida de Crisóstomo (Opera Chrysostom., tom. XIII, p. 91-177).

(42) Como los voluminosos sermones de Crisóstomo me son enteramente desconocidos, me he fiado de los críticos eclesiásticos mas juiciosos y moderados, Erasmo (tom. III, p. 1344) y Dupin (Bibliotheqne Ecclesiástique, tom. III, p. 38); con todo el buen gusto del primero se halla viciado á veces por su escesivo amor á la antigüedad; y el del último siempre refrenado por prudentes consideraciones.

(43) Distinguiéronse las mujeres de Constantinopla por su enemistad ó adhesion con Crisóstomo. Tres viudas nobles y opulentas, Marsa, Castricia y Eugrafia, eran las que encabezaban la persecucion (Pallad. Dialog. tom. XIII, p. 14). Imposible era que perdonasen á un predicador que les echaba en cara su afectacion en ocultar, por medio de adornos y vestidos, su edad y fealdad (Pallad. p. 27). Olimpia, desplegando igual celo en una causa mas piadosa, obtuvo el título de santa. Véase Tillemont, Mem. Ecclés., tom, XI, p. 416-440.

(44) Sozomen y particularmente Sócrates definieron el verdadero ca-

rácter de Crisóstomo con una imparcial independencia, muy ofensiva para sus ciegos admiradores. Estos historiadores escribieron en la siguiente jeneracion, cuando habia amainado el espíritu de partido, y habian conversado con personas bien enteradas de las virtudes é imperfecciones del santo.

(45) Palladio (tom. XIII, p. 40, etc.) defiende seriamente al arzobispo; 1.º Nunca probó el vino. 2. La debilidad de su estómago exijia que observase una dieta rigurosa. 3. Entregado á sus quehaceres, al estudio ó á la devocion, sucedia con frecuencia que á la caida de la tarde se hallaba en ayunas. 4. Aborrecia la ruidosa algazara de los festines. 5. Entregaba á los pobres todos sus ahorros. 6. Temia, en una capital como Constantinopla, la envidia y reconvenciones de invitaciones parciales.

(46) Manifiesta Crisóstomo su libre opinion (tom. IX, hom. III, in Act. Apostol. p. 29) de que el número de obispos que debian salvarse era muy corto en comparacion de los que serian condenados.

(47) Véase Tillemont, Mém. Ecclés., tom. XI, p. 441-500.

(48) He omitido á propósito la controversia que se entabló entre los frailes de Ejipto, respecto al Orijenismo y Antropomorfismo; el disimulo y furor de Teófilo; sus manejos arteros sobre la simpleza de Epifanio; la persecucion y huida de los hermanos *largos* ó altos; la ambigua ayuda que recibieron de Crisóstomo en Constantinopla, etc., etc.

(49) Focio (p. 53-60) conservó las actas orijinales del sínodo de la Encina; que desmienten la falsa asercion de que solo fueron treinta y seis los obispos que condenaron á Crisóstomo, y veinte y nueve de ellos Ejipcios. Cuarenta y cinco fueron los que firmaron su sentencia. Véase Tillemont, Mém. Ecclés., tom. XI, p. 595 (*).

(50) Confiesa Palladio (p. 30) que si Teófilo hubiese caido en manos del pueblo de Constantinopla, no hay duda que hubiera ido á parar á la mar. Sócrates menciona (l. VI, c. 17) una batalla entre el populacho y los marineros de Alejandría, en la que hubo muchos heridos y algunos muertos. El pagano Zósimo (l. V, p. 324) es el único que habla del asesinato de los frailes, confesando que Crisóstomo tenia un talento particular para dirijir la multitud ignorante, ἦν γὰρ ὁ ἄνθρωπος ἄλογον ὄχλον ὑπαγαγέσθας δεινός.

(51) Véase Sócrates, l. VI, c. 18; Sozomen, l. VIII, c. 20; Zósimo (l. V, p. 324, 327) menciona en términos jenerales sus invectivas contra Eudoxia. La homilia que empieza con estas célebres palabras es desechada como espurea. Montfaucon, tom. XIII, p. 151. Tillemont, Mém. Ecclés., tom. XI, p. 603.

(52) Ya esperábamos semejante acusacion de Zósimo (l. V, p. 327);

(*) Arguye enérjicamente Tillemont sobre el número treinta y seis.—M.

pero es bastante estraño que la confirmen Sócrates, l. VI, c. 18, y la Crónica de Pascal, p. 307.

(53) Manifestó estos motivos especiosos (Post Reditum, c. 13, 14) en boca de un orador y un político.

(54) Aun existen doscientas cuarenta y dos epístolas de Crisóstomo (Opera, tom. III, p. 528-736). Están dirijidas á diferentes personas, y dan á conocer una firmeza muy superior á la que mostró Ciceron en su destierro. La epístola catorce es una relacion de los peligros á que estuvo espuesto durante su viaje.

(55) Tras el destierro de Crisóstomo, publicó Teófilo un *enorme* y *horrible* libro contra él; en el que repite continuamente las espresiones de hostem humanitatis, sacrilegorum principem, immundum dœmonem; afirma que Crisóstomo habia vendido su alma al demonio, y le desea mayores castigos, adecuados (si posible fuese) á la enormidad de sus crímenes. San Jerónimo, á peticion de su amigo Teófilo, tradujo esta edificante obra del griego al latin. Véase Facundo Hermian. Defens. pro III capital. l. VI, c. 5, publicado por Sirmond, Opera, tom. II, p. 595, 596, 597.

(56) Insertóse su nombre, por su sucesor Atico, en los Dípticos de la iglesia de Constantinopla; año 418. Diez años despues se le reverenciaba como santo. Cirilo, que heredó el puesto y las inclinaciones de su tio Teófilo, accedió á ello con mucha repugnancia. Véase Facundo Hermian, l. 4, c. 1. Tillemont, Mém. Ecclés., tom. XIV, p. 277-283.

(57) Sócrates, l. VII, 45. Teodoreto, l. V, c. 36. Este acontecimiento reconcilió á los Joanitas, que hasta entónces no habian querido reconocer á sus sucesores. Durante su existencia los católicos respetaron á los Joanitas, como á la comunion verdadera y ortodoja de Constantinopla. Su obstinacion los condujo poco á poco al borde del cisma.

(58) Segun algunos apuntes (Baronio, Annal. Eccles., año 438, núm. 9, 10), el emperador se vió obligado á enviar una carta de invitacion, en la que se disculpaba, antes que sacasen de Comaná el cuerpo del santo.

(59) Zósimo, l. V, p. 315. No debe denigrarse la castidad de una emperatriz sin producir pruebas; pero es muy estraño que el testimonio viviese y escribiese en el reinado de un príncipe, cuya lejitimidad se atrevió á impugnar. Es de suponer que su historia fuese un libelo leido y circulado privadamente entre los paganos. No repugna á Tillemont (Hist. des Empereurs, tom. V, p. 782) el tiznar la reputacion de Eudoxia.

(60) Porfirio de Gaza. Enajenóle la órden que obtuvo para la destruccion de ocho templos paganos de aquella ciudad. Véanse los curiosos detalles de su vida (Baronio, año 301, núm. 17-51), escritos en griego ó quizá en siríaco, por un fraile, uno de sus diáconos favoritos.

(61) Filostorjio, l. XI, c. 8, y Gofredo, Disertacion, p. 457.

(62) Describe Jerónimo (tom. VI, p. 73, 76) con vivos colores la marcha regular y destructora de la langosta, que formaba una densa nube sobre el cielo y tierra de la Palestina. Los vientos estacionarios las dispersaban, arrojándolas parte al Mar Muerto y parte al Mediterráneo.

(63) Procopio, de Bell. Persic., l. I, c. 2, p. 8, edic. Louvre.

(64) Agatias, l. IV, p. 136, 137. Aunque confiesa la eficacia de la tradicion, dice que Procopio fué el primero que lo escribió. Tillemont (Hist des Empereurs, tom. VI, p. 597) prueba muy sensatamente el mérito de esta conseja. Su crítica no está apoyada por ninguna autoridad eclesiástica: ambos Procopio y Agatias son medio paganos (*).

(65) Sócrates, l. VII, c. 1. Antemio era nieto de Filipo, uno de los ministros de Constancio, y el abuelo del emperador Antemio. De vuelta de su embajada á Persia, fué nombrado cónsul y perfecto pretoriano de Oriente, en el año 405; diez años conservó la perfectura. Véanse sus alabanzas en Gofredo, Cod. Theod., tom. VI, p. 350. Tillemont., Hist. des Empereurs, tom. VI, p. 1, etc.

(66) Sozomen, l. IX, c. 5. Vió algunos Sirios trabajando cerca del Monte Olimpio, en Bitinia, y abrigó la vana esperanza de que aquellos cautivos eran los últimos de la nacion.

(67) Cod. Theod., l. VII, tit. XVII, l. XV, tit. I, leg. 49.

(68) Sozomen llenó tres capítulos con un hermoso panejírico de Pulqueria (l. IX, c. 1, 2, 3); y Tillemont (Mémoires Ecclés., tom. XV, p. 171-184) dedicó un artículo separado en honor de Santa Pulqueria, vírjen y emperatriz (**).

(69) Pretende Suidas (Excerpta, p. 68, id Scrip. Byzant.), apoyándose en la opinion de los Nestores, que Pulqueria se exasperó contra su fundador porque habia censurado su conexion con el hermoso Paulino, y su incesto con su hermano Teodosio.

(70) Véase Ducange, Famil. Byzantin., p. 70. Flaccila, la hija mayor, ó bien murió antes de Arcadio, ó si vivió hasta el año 431 (Marcelin. Chron), algun defecto del cuerpo ó del entendimiento la escluyó de los honores que correspondian á su clase.

(71) Repetidos sueños la enteraron del sitio en que estaban sepultadas las reliquias de los cuarenta mártires. El terreno habia pertenecido á la casa y jardin de una mujer de Constantinopla, luego á un monasterio de frailes macedonios, y por fin á la iglesia de San Tirso, mandada construir por Cesario, cónsul en 397; y el recuerdo de las reliquias estaba en-

(*) Véase San Martin en el artículo sobre Jezdejerdo, en la Biographie Universelle de Michaud.—M.

(**) El ateo Eunapio hace una horrible pintura de la venalidad é injusticia de la corte de Pulqueria. Frag. Eunap. in Mai, II, 293. in Niebuhr, 97.—M.

teramente borrado. A pesar de los caritativos deseos del Dr. Jortin (Observaciones, tom. IV, p. 234), no es fácil descargar á Pulqueria de la parte que tuvo en este fraude piadoso; que debió arreglarse cuando tenia treinta y seis años.

(72) Hay una diferencia muy notable entre los dos historiadores eclesiásticos, que por lo jeneral están muy acordes. Sozomen (l. IX, c. 1 (asigna á Pulqueria el gobierno del imperio y la educacion de su hermano á quien apenas alaba. Sócrates, aunque afectadamente renuncia á toda esperanza de celebridad, compuso un esmerado panejírico del emperador, suprimiendo de intento los méritos de su hermana (l. VII, c. 22, 42). Filostorjio (l. XII, c. 7) manifiesta la influencia de Pulqueria en lenguaje cortesano, τὰς βασιλικὰς σημειώσεις ὑπηρετουμένη καὶ διευθύνουσα. Suidas (Excerpt., p. 53) trae una verdadera reseña de Teodosio; y yo sigo el ejemplo de Tillemont (tom. VI, p. 25) tomando algunos apuntes de los Griegos modernos.

(73) Teodoreto, l. V, c. 37. El obispo de Cirro, el primero en su tiempo por su sabiduría y piedad, aprueba la obediencia de Teodosio á las leyes divinas.

(74) Sócrates (l. VII, c. 21) menciona su nombre, (Atenais, la hija de Leoncio, sofista ateniense), su bautismo, casamiento y jenio poético. La relacion mas antigua de su historia se halla en Juan Malala (parte II, p. 20, 21, edic. Venet. 1743) y la Crónica de Pascal (p. 311, 312). Sin duda estos autores habian visto retratos orijinales de la emperatriz Eudoxia. Los Griegos modernos, Zonaras, Cedreno, etc., han empleado la ficcion mas bien que el talento. Por Nicéforo me he atrevido á fijar su edad. El escritor de un romance no podia *imajinarse* que Atenais tuviese cerca de treinta y ocho años, cuando cautivó el corazon de un jóven emperador.

(75) Sócrates, l. VII, c. 21. Focio, p. 413-420. Aun existe la homérica rapsodia, que ha sido reimpresa varias veces; pero los críticos han negado la pretension de Eudoxia á aquella obra insustancial. Véase Fabricio, Biblioteca Griega, tom. I, p. 357. El *Ionia*, diccionario misceláneo de la historia y la fábula, fué redactado por otra emperatriz llamada Eudoxia, que vivió en el siglo once; y cuya obra aun existe manuscrita.

(76) Baronio (Annal. Eccles. 438, 439) es estenso y elegante; pero se le acusa de barajar lo auténtico con lo fabuloso.

(77) En esta ojeada de la desgracia de Eudoxia, he imitado la prudencia de Evagrio (l. I, c. 21) y del conde Marcelino (in Chron., 440 y 444). Las dos fechas auténtieas, citadas por el último, echan por tierra gran parte de las ficciones griegas: y la célebre historia de la *manzana*, etc., es

únicamente propia para las Mil y una Noches ó Cuentos árabes, en las que se hallará alguno parecido.

(78) Prisco (in Excerpt. Legat. p. 69), contemporaneo y cortesano, menciona á secas sus nombres paganos y cristianos, sin añadirles dictado, alguno honorífico ó respetuoso.

(79) En cuanto á las dos peregrinaciones de Eudoxia, su larga residencia en Jerusalen, su devocion, limosnas, etc., véase á Sócrates (l. VII, c. 47), y Evagrio (l. I, c. 20, 21, 22). Tambien merece á veces tenerse presente la Crónica de Pascal; y en la historia doméstica de Antíoco, Juan Malala es un buen testimonio. El abate Guenee, en una memoria sobre la fertilidad de la Palestina, de la que solo he visto un estracto, calcula los haberes de Eudoxia en 20,488 libras de oro, sobre 4.000,000 de duros.

(80) Teodoreto, l. V, c. 39. Tillemont, Mém. Eccles. tom. XII, p. 356-364. Assemanni, Biblioteca Oriental, tom. III, p. 396, tom. IV, p. 61. Teodoreto critica el arrojo de Abdas, pero ensalza su firmeza en el martirio. Con todo no comprendo porque la ciencia de los casuistas prohibe el reparar el daño que uno cometa indebidamente.

(81) Sócrates (l. VII, c. 18, 19, 20, 21) es el mejor autor para la guerra pérsica. Tambien se pueden consultar las tres Crónicas de Pascal, Marcelino y Malala.

(82) Del libro tercero de la historia de Armenia por Moses de Chorene hemos sacado esta relacion de la ruina y division del reino de Armenia. Defectuoso en toda calificacion de buen historiador, sus informes locales, su fogosidad y prevenciones dan bien á conocer un indíjena y contemporaneo. Refiere Procopio (de Edificiis, l. III, c. 1, 5) los mismos hechos de muy diferente modo; pero he tomado únicamente las circunstancias mas probables y auténticas en Moses de Chorene.

(83) Los Armenios de Occidente en sus actos relijiosos usaban los caractéres y lengua griega; pero este idioma enemigo quedó prohibido en las provincias de Oriente, viéndose obligados á echar mano del siríaco, hasta que Mesrobes inventó los caractéres armenios, á principios del siglo quinto, y la inmediata version de la Biblia en lengua armenia; estos acontecimientos disminuyeron las relaciones de la nacion y la iglesia con Constantinopla.

(b) La division de Armenia, segun San Martin, se hizo mucho antes, año 390. La division oriental ó persa era cuatro veces mayor que la occidental ó romana. Esta particion se llevó á cabo en los reinados de Teodosio I y Varanes, (Bahran) IV. San Martin, Sup. á Le Beau, IV, 429. Fué mal hecha esta particion, y luego se unieron otra vez bajo Cosroes, que pagaba tributo al emperador romano y al rey de Persia, V, 439.—M.

(84) Moses Choren., l. III, c. 59, p. 309 y p. 358. Procopio, de

Edificiis, l. III, c. 5. Teodosiópolis está ó estaba á treinta y cinco millas al oeste de Erzerun, la moderna capital de la Armenia turca. Véase D'Anville, Jeografía antigua, tom. II, p. 99, 100.

(c) Cosroes, segun Procopio (quien le llama Arsaces, nombre usual de los reyes armenios) y los escritores armenios, legó á sus dos hijos, á Tigranes la division persa de la Armenia, y á Arsaces la romana, año 416. Con ayuda de los nobles descontentos, colocó el rey persa á su hijo Sapor en el trono de la division oriental; al mismo tiempo que la occidental estaba unida al imperio romano, bajo el nombre de Armenia Mayor. Entónces fué construida Teodosiópolis. Abandonó Sapor el trono de Armenia para hacer valer sus derechos al de Persia; pero pereció en la demanda, y tras un período de anarquía, Bahran V, que habia ascendido al trono de Persia, colocó en el de la division persa de la Armenia al último vástago, Ardaschir, hijo de Bahran Schahpur. San Martin, V, 506. Este Ardaschir es el Artasires de Gibbon. El arzobispo es Isaac llamado por los Armenios el patriarca Sahag. San Martin, VI, 29.—M.

(85) Moses Choren., l. III, c. 63, p. 316. Segun la institucion de San Gregorio, apóstol de Armenia, el arzobispo era siempre de sangre real; circunstancia que en parte disminuia el influjo del sacerdocio, y hermanaba la mitra con el trono.

(86) Aun subsiste una rama de la casa de Arsaces, con el dictado y las posesiones (segun parece) de los sátrapas armenios. Véase Moses Choren., l. III, c. 65, p. 321.

(87) Poco despues de la derrota de Antíoco Sidetes (Moses Choren. l. II, c. 2, p. 85), ciento treinta años antes de Cristo (*), Valarsaces fué nombrado rey de Armenia por su hermano el monarca parto. Sin hacer alto en los diferentes y contradictorios períodos de los reinados de los últimos reyes, podemos afirmar que la ruina del reino armenio acaeció despues del concilio de Calcedonia, año 431 (l. III, c. 61, p. 312), en tiempo de Varamo, ó Bahran, rey de Persia (l. III, c. 64, p. 317), que reinó desde el año 420 al 440. Véase Assemanni, Bibliot. Oriental, tom. III, p. 396 (**).

(d) Artasires ó Ardaschir fué probablemente enviado al castillo del Olvido. San Martin, VI, 31.—M.

(e) La duracion del reino armenio, segun San Martin, fué de 580 años.—M.

(*) Quinientos ochenta. San Martin, ibid. Coloca este acontecimiento en el año 429.—M.

(**) Segun San Martin, VI, 32, Vagharschah ó Valarsaces fué nombrado rey por su hermano Mitrídates el Grande, rey de Partia.—M.

CAPITULO XXXIII.

Muerte de Honorio.—Valentiniano III, emperador de Oriente.—Gobierno de su madre Placidia.—Ecio y Bonifacio.—Conquista de Africa por los Vándalos.

Honorio, en su reinado largo é indecoroso de veinte y ocho años, vivió desviado de la armonía natural con su hermano, y luego al par con su sobrino que reinaba en el Oriente; y miró Constantinopla con manifiesta indiferencia y con gozo interior los quebrantos de Roma y del imperio occidental. Las aventuras peregrinas de Placidia (1) fueron por sus pasos renovando y robusteciendo la hermandad entre ambos imperios. Habia sido la hija del gran Teodosio cautiva y reina de los Godos: perdió un marido afectuoso; aherrojóla su asesino insultante; disfrutó el regalo de la venganza, y quedó canjeada en el tratado de paz por seiscientas mil medidas de centeno. Vuelta de España á Italia, esperimentó Placidia nueva persecucion en el regazo de su familia. Repugnábale un enlace ajustado sin su anuencia; y el valeroso Constancio recibió, como galardon esclarecido por los tiranos vencidos, de mano del mismo Honorio la diestra esquiva de la viuda de Ataulfo. Pero el desposorio fué el término de su resistencia, y no se desentendió Placidia de ser madre de Honorio y de Valentiniano tercero, y de asir y desempeñar un predominio absoluto en el ánimo de su consorte agradecido. El soldado bizarro, que hasta entónces habia alternado sus ratos entre los recreos sociales y el servicio militar, fué aprendiendo lecciones de avaricia y de ambicion; arrancó el dictado de Augusto; y el sirviente de Honorio vino á asociarse con el emperador de Occidente. La muerte de Constancio á los siete meses de reinado, en vez de apocar, acrecentó al parecer el poderío de Placidia, y las familiaridades (2) impropias del hermano, que pudieran no ser mas que raptos de cariño pueril, se achacaron jeneralmente á un trato incestuoso. De improviso, con las tramoyas ruines de un mayordomo y una nodriza, aquella pasion estremada vino á parar en desvio irreconciliable; las reyertas del emperador y su hermana no quedaron encerradas ya en el recinto del palacio, y como los soldados godos se atenian á su reina, la ciudad de Ravena era todo un vaiven sangriento y un alboroto azaroso, que no podia aplacarse sino con el estrañamiento voluntario ú forzado de Placidia y de sus hijos.

Aportaron en Constantinopla los desterrados reales luego despues del casamiento de Teodosio y en las funciones por las victorias contra la Persia. Tratóseles con cariño y magnificencia; mas como la corte oriental habia desechado las estatuas de Constancio, no cabia en el decoro otorgar el dictado de Augusta á su viuda. A los pocos meses de la llegada de Placidia, un mensajero dilijente avisó la muerte de Honorio, de resultas de una hidropesía; mas no se divulgó el secreto importantísimo hasta que se espidieron las órdenes debidas para que un crecido cuerpo de tropas marchase á las costas de Dalmacia. Permanecieron cerradas las tiendas y las puertas de Constantinopla siete dias; y la pérdida de un príncipe cristiano, que no era ni para apreciado ni para dolido, se lamentó con demostraciones ruidosas y afectadas de duelo público.

Mientras estaban deliberando los ministros de Constantinopla, ya usurpaba el trono vacante de Honorio la ambicion de un estraño. Juan era el nombre del rebelde: desempeñaba el cargo íntimo de *primicerio*, ó secretario principal, y la historia le atribuye mas prendas de las que parecen compatibles con el atropellamiento de la obligacion mas sacrosanta. Engreido con el avasallamiento de la Italia, y esperanzado de una alianza con los Hunos, se arrojó Juan á insultar con una embajada (A. 423—425) á la majestad del emperador de Oriente; mas informado de que sus ajentes habian sido desterrados, presos y al fin despedidos con merecida afrenta, se apercibió Juan para afianzar con las armas la injusticia de su demanda. En tan sumo empeño, el nieto del gran Teodosio debió marchar en persona; pero sus médicos le disuadieron fácilmente del intento tan temerario y azaroso, y se encargó el desempeño de la espedicion á Italia atinadamente á Ardaburio y á su hijo Aspar, que habian ya descollado por su valentía en la guerra de Persia. Acordóse que Ardaburio se embarcase con la infantería, mientras acaudillando la caballería, Aspar conducia á Placidia y á su hijo Valentiniano por la costa del Adriático. Tan suma fué la dilijencia de la caballería, que sorprendió sin resistencia la ciudad imponente de Aquileya, cuando fracasó la esperanza de Aspar impensadamente con la noticia de que una tormenta habia dispersado la escuadra imperial, y que su padre, con solas dos galeras, habia caido en manos del enemigo y sido llevado á Ravena. Este incidente, al parecer tan aciago, allanó la conquista de Italia. Se valió ú abusó Ardaburio del ensanche caballeroso que le franquearon para reencender en la tropa impulsos de lealtad y agradecimiento; y apenas estuvo la conspiracion en su madurez, dispuso y activó la llegada de Aspar con mensajes repetidos y reservados. Un pastorcillo, á quien la creencia popular trasformó en ánjel, fué guiando la caballería oriental por un rumbo desconocido, y segun se conceptuaba, intransitable, entre los pantanos del Po: abriéronse de par en par, tras una breve re-

friega, las puertas de Ravena, y el tirano indefenso fué entregado á la conmiseracion ó mas bien á la crueldad de los vencedores. Cortáronle primero la mano derecha, y espuesto luego cabalgando un asnillo al escarnio público, lo degollaron en el Circo de Aquileya. Al recibir el emperador Teodosio las nuevas de la victoria, interrumpió sus carreras de caballo, y cantando por las calles un salmo adecuado, fué conduciendo su pueblo del Hipodromo á la iglesia, donde empleó todo aquel dia en plegarias fervorosas (3).

En una monarquía, que, atendidos sus varios ejemplares, podia conceptuarse electiva, ó hereditaria, ó patrimonial, no cabia el deslindar las intrincadas pretensiones de la sucesion femenina y colateral (4); y Teodosio, por derecho de consanguinidad ó de conquista, pudiera reinar como único emperador lejítimo de los Romanos. Deslumbró quizás al pronto su vista aquella perspectiva de señorío sin límites; pero su temple indolente se avino luego á los dictámenes de una política atinada. Contentóse con la posesion del Oriente, y cedió cuerdamente el afan trabajoso de sostener una guerra lejana y dudosa contra los bárbaros allende los Alpes, ó de afianzar la obediencia de Italianos y Africanos, cuyos ánimos estaban desavenidos con la diferencia irreconciliable de idioma y de intereses. En vez de dar oidos á la voz de la ambicion, acordó Teodosio conformarse con la moderacion de su abuelo y sentar á su primo Valentiniano en el trono de Occidente. Descollaba el niño rejio en Constantinopla con el dictado de *Nobilísimo*; promoviósele antes de su partida á la dignidad y jerarquía de *César*, y tras la conquista de Italia, el patricio Helion, con las credenciales de Teodosio y en presencia del senado, saludó á Valentiniano tercero con el nombre de Augusto, y lo invistió con la diadema y la púrpura imperial (5). Por convenio de las tres hembras que estaban gobernando el orbe romano, el hijo de Placidia se apalabró con Eudoxia, hija de Teodosio y de Atenais; y luego que los novios llegaron á la pubertad, se cumplió fielmente aquel enlace honorífico. Al mismo tiempo, quizás en compensacion del desembolso para la guerra, desmembróse el Ilírico occidental de los dominios de Italia, y cupo al trono de Constantinopla (6). Granjeóse el emperador de Oriente la posesion de la provincia rica y marítima de Dalmacia, y la soberanía azarosa de Panonia y Nórico, recargada y asolada durante veinte años por la caterva revuelta de Hunos, Ostrogodos, Vándalos y *Bávaros*. Siguieron Teodosio y Valentiniano respetando los vínculos de su enlace público y particular; mas la unidad del gobierno romano quedó disuelta. Medió la declaracion terminante para que la validez de las leyes venideras se ciñese al señorío de su autor especial, á no ser que juzgase á propósito comunicarlas, firmadas por su propia mano, á la aprobacion de su compañero independiente (7).

De solos seis años era Valentiniano cuando recibió el dictado de Augusto, y encargóse su dilatada menoría á los desvelos de una madre que podia alegar su derecho femenino á la sucesion del imperio occidental (A. 428-450). Envidiaba Placidia la nombradía y virtudes de la esposa y hermana de Teodosio, sin alcanzar ni los primores de Eudoxia, ni la política atinada y venturosa de Pulqueria. Encelábase la madre de Valentiniano por un poderío que no acertaba á desempeñar (8); reinó veinte y cinco años en nombre de su hijo, y la índole de aquel emperador indigno fué dando cabida á la sospecha de que Placidia enervó adrede su mocedad, soslayando su atencion de toda instruccion decorosa y varonil. En aquel menoscabo del brio militar, capitaneaban sus huestes dos jenerales, Ecio (9) y Bonifacio (10), que deben merecidamente apellidarse como los postreros de los Romanos. Su armonía pudiera sostener un imperio ruinoso; pero su desavenencia fué la causa fatal é inmediata de la pérdida del Africa. La invasion y la derrota de Atila inmortalizó la nombradía de Ecio; y aunque el tiempo nubló las hazañas de su competidor, la defensa de Marsella y el rescate de Africa están todavía atestiguando los merecimientos militares del conde Bonifacio. En campaña, en reencuentros y en lides personales, siempre fué el pavor de los bárbaros. Edificábaseel clero, y en especial su amigo Agustin, con su relijiosidad, y hasta llegó á inclinarle al desvio del mundo; elojiaban las jentes su tersa virtud, y el ejército temia su justicia, igual, pero inexorable, como lo acredita el siguiente ejemplar: Quejóse un campesino de la intimidad criminal entre su mujer y un soldado godo, y se le encargó que acudiese á su tribunal el dia inmediato; por la tarde el conde, informado puntualmente del momento y sitio de la cita, anduvo á caballo hasta mas de tres leguas, sorprendió á la pareja culpada, ajustició en seguida al soldado, y acalló al marido presentándole la madrugada siguiente la cabeza del adúltero. Pudo utilizarse el desempeño de Ecio y de Bonifacio contra los enemigos públicos con mandos separados y trascendentales; pero la esperiencia de su conducta anterior debia cautivar el aprecio y la confianza de la emperatriz Placidia. En la temporada infausta de su destierro y apuros, solo Bonifacio conservó su lealtad incontrastable, y las tropas y los caudales de Africa contribuyeron eficazmente al esterminio de la rebelion, sostenida al contrario con afan por Ecio, quien trajo un ejército de sesenta mil Hunos del Danubio al confin de Italia para el servicio del usurpador. Precisóle la temprana muerte de Juan á aceptar un convenio ventajoso; pero siguió, aunque súbdito y soldado de Valentiniano, manteniendo correspondencia reservada y tal vez alevosa con sus aliados bárbaros, cuya retirada se habia feriado con dádivas cuantiosas y promesas todavía mas abultadas. Mas cabia á Ecio una ventaja suma para un reinado mujeril, que era el hallarse presente: tenia sitiado con ma-

ñosas y perpetuas lisonjas el palacio de Ravena; encubria sus malvados intentos con el disfraz de lealtad entrañable, y engañó por fin á su soberana y á su competidor ausente con una conspiracion recóndita, que una mujer endeble y un varon pundonoroso no podian buenamente maliciar. Recabó reservadamente de Placidia (11) apear á Bonifacio del gobierno de Africa; y con el mismo sijilo aconsejó á Bonifacio que desobedeciese á la emperatriz (A. 427), aparentando para el uno sentencia de muerte en la órden, y calificando para con la otra su negativa como declaracion de rebeldía; y al armar el crédulo y sencillo conde la provincia en su defensa, blasonó Ecio de perspicacia, habiendo previsto la rebelion que su misma alevosía habia fraguado. En habiendo indagado sosegadamente los móviles efectivos de Bonifacio, quedaba recobrado tan benemérito servidor á su obligacion y la república; mas seguian los ardides de Ecio mintiendo y acalorando, y tuvo el conde con tan tenaz persecucion que acudir á los intentos mas desesperados. El éxito con que evitó ú rechazó los primeros embates no debia infundirle la confianza aerea, acaudillando algunos Africanos desordenados, de que contrarestaria á las tropas disciplinadas de Occidente, mandadas por un competidor cuyo desempeño militar no le cabia mirar con menosprecio. Tras varias cavilaciones, último esfuerzo de la cordura y la lealtad, envió un amigo de toda satisfaccion á la corte, ó mas bien al campamento de Gonderico, rey de los Vándalos, con la propuesta de estrecha alianza, y la oferta de un establecimiento ventajoso y perpetuo.

Retirados los Godos, logró la autoridad de Honorio un restablecimiento precario en España, escepto únicamente por Galicia, donde los Suevos y los Vándalos habian fortificado sus campamentos, con discordia mutua é independencia contrapuesta. Sobresalieron los Vándalos, y sus contrarios quedaron sitiados en los cerros Nervasios entre Leon y Oviedo, hasta que la llegada del conde Asterio, á provocó á los bárbaros victoriosos trasladar el teatro de la guerra á las llanuras de la Bética. Los rápidos progresos de los Vándalos vinieron luego á necesitar un contraresto mas eficaz; y el maestre jeneral Castino se encaminó contra ellos con un crecido ejército de Romanos y Godos. Vencido Castino en batalla, huyó indecorosamente á Tarragona; y aquella derrota memorable, que se conceptuó como un castigo, fué probablemente el resultado de su presuncion temeraria (12). Presa fueron mas bien que galardon de los bravíos vencedores Sevilla y Cartajena; y los bajeles que hallaron en el puerto de la última podian trasladarlos fácilmente á las islas de Mallorca y Menorca, donde los fujitivos Españoles habian, como en seguro resguardo, encubierto en vano sus familias y sus riquezas. Prácticos ya en la navegacion, y con la perspectiva del Africa, aceptaron los Vándalos animosamente la oferta del conde Bonifacio; y la muerte del rey Gonderico fué

conducente para promover y alentar la arrojada empresa. En vez de un príncipe á ningunas luces descollante, les cupo su hermano bastardo, el pavoroso Jenserico (13), nombre que, en la destruccion del imperio romano, corre parejas con los de Alarico y Atila. Retrátanlo como de mediana estatura, y cojo de resultas de una caida de caballo. Encubria con su habla escasa y estudiada los intentos recónditos de su ánimo: se desentendia del lujo de los vencidos, esplayándose en ímpetus violentos de ira y de venganza. No conocia límites ni escrúpulos la ambicion de Jenserico, y sabian los ardides del guerrero atraer aliados provechosos para sus intereses y sembrar zizaña entre los contrarios para enemistarlos y estrellarlos. Participáronle, casi en el momento de partir, que Hermanrico, rey de los Suevos, se habia arrojado á talar los territorios españoles que trataba de abandonar. Airado con el desacato, fué Jenserico acosando á los Suevos en su escape atropellado hasta Mérida; zambulló al rey con su ejército en el Guadiana, y regresó apaciblemente á la costa para embarcar su tropa victoriosa. Los bajeles que trasportaron los Vándalos por el estrecho moderno de Jibraltar, que se reduce á un canal de cuatro leguas, eran todos españoles, como que se estaba ansiando aquella partida, ó bien africanos, cuyo jeneral (14) era el que habia implorado tan formidable auxilio (A. 429, mayo).

Nuestra aprension, ya tan propensa á multiplicar y abultar los enjambres de aquellos bárbaros belicosos que al parecer iban brotando del Norte, se ha de pasmar con la reseña de la hueste de Jenserico sobre la costa de Mauritania. Los Vándalos, que en veinte años se habian internado desde el Elba hasta el Monte Atlas, iban unidos á las órdenes de un rey guerrero; reinaba con igual autoridad sobre los Alanos, que habian pasado, en el plazo de la vida humana, desde la helada Escitia al calor sumo del clima africano. Las esperanzas de la arrojada empresa habian entusiasmado á muchos aventureros esforzados de la nacion goda; y muchos provinciales desahuciados caian en la tentacion de ir á recobrar sus haberes por los medios idénticos con que habian zozobrado. Mas toda esta revuelta muchedumbre venia únicamente á ascender á cincuenta mil hombres efectivos; y aunque Jenserico estudiadamente abultó su fuerza aparente con el nombramiento de ochenta *quiliarcos*, ó jefes de miles, el número engañoso de ancianos, niños y esclavos podia apenas acrecer el número de su hueste hasta el número de ochenta mil individuos (A. 429) (15). Pero su maña y el descontento del Africa robustecieron luego el poderío vándalo con el refuerzo de crecidos y eficaces aliados. La parte de Mauritania que confina con el desierto grande y el Océano Atlántico estaba poblada de jente bravía é intratable, cuya ferocidad se habia enconado aun mas con el terror de las armas romanas. Los Moros errantes (16), al ir asomando por las playas y por el campamento vándalo,

estarian viendo con asombro y pavor el traje, el armamento, la gallardía marcial y la disciplina de los estranjeros; y la tez hermosa y ojos azules de los guerreros jermanos resaltaban en estremo con el baño ahumado ú aceitunado que causa la inmediacion de la zona tórrida. Orillado el primer tropiezo de la diferencia del idioma, los Moros, desentendiéndose de toda consecuencia venidera, se hermanaron con los enemigos de Roma, y una caterva de salvajes desnudos se fué desemboscando de las cañadas del Monte Atlas para empaparse en venganza contra los tiranos cultos que los habian apeado de la soberanía nativa de su territorio.

La persecucion de los Donatistas (17) fué otro acontecimiento favorable á los intentos de Jenserico. Diez y siete años antes de su arribo al Africa, celebróse en Cartago una conferencia pública por disposicion del majistrado. Diéronse por convencidos los católicos de que, tras las sólidas razones que habian ido esponiendo, la tenacidad de los cismáticos era ya arbitraria é indisculpable; y se recabó del emperador Honorio que impusiese penas rigurosísimas á un bando que abusaba sin término de su clemencia y sufrimiento. Trescientos obispos (18), con muchos miles del clero inferior, fueron arrebatados de sus iglesias, despojados de sus haberes, desterrados á las islas y proscritos por las leyes, si intentasen ocultarse por las provincias del Africa. Se vedó el derecho de ciudadanos y del ejercicio de su culto relijioso á crecidas congregaciones, así en las ciudades como por las campiñas. Deslindóse esmeradamente una gradería de multas, desde diez hasta doscientas libras de plata, segun los alcances y jerarquía de cada reo, por el delito de asistir á las reuniones cismáticas; y si llegaban á incurrir hasta cinco veces en la pena sin doblegar su pertinacia, su castigo quedaba á la discrecion de la corte imperial (19). Con esta tirantez, que mereció mil aprobaciones á San Agustin (20), crecido número de Donatistas se fueron reincorporando en el regazo de la iglesia católica; mas los fanáticos, aferrados en su tema, se enfurecieron desesperadamente; trastornóse el pais con alborotos sangrientos; las gavillas armadas de los Circumceliones alternativamente iban asestando su saña contra ellos mismos ó contra sus antagonistas, y creció notablemente el catálogo de los mártires por ambas partes (21). En tales circunstancias, Jenserico, cristiano, pero enemigo de la comunion católica, se apareció allá para los Donatistas como un libertador poderoso, de quien fundadamente debian esperar la revocacion de los edictos odiosos y atropelladores del emperador romano (22). Aquella faccion doméstica, con su fervor vehemente ó propension reservada, allanó la conquista de Africa; las tropelías contra el clero y las mismas iglesias, que se achacan á los Vándalos, corresponden obviamente al fanatismo de sus aliados, y la intolerancia que desdoró el triunfo del cristianismo coadyuvó al malogro de la provincia mas grandiosa del Occidente (23).

Atónitos quedaron al par la corte y el pueblo con la estraña nueva de que un héroe pundonoroso, tras tantas finezas y señalados servicios, se habia desentendido de su homenaje é invitado á los bárbaros á talar aquella misma provincia confiada á sus desvelos. Los amigos de Bonifacio, siempre creidos de que su yerro criminal podia disculparse con algun motivo decoroso, solicitaron, en ausencia de Ecio, una conferencia libre con el conde de Africa; y Dario, oficial esclarecido, fué el encargado de la embajada trascendental (24). Desde el primer avistamiento quedaron mutuamente patentizados los soñados agravios; cotejáronse llanamente las cartas opuestas de Ecio, y quedó descubierto de plano el engaño. Lamentáronse Placidia y Bonifacio de su aciago error, y acompañó al conde la magnanimidad adecuada para confiar en la induljencia de su soberana, ó esponer su cabeza al escarmiento venidero. Sincero y fervoroso fué su arrepentimiento; mas luego echó de ver que no estaba ya en su mano el afianzar el edificio que habia estremecido hasta sus cimientos. Volvieron Cartago y las guarniciones romanas con su jeneral á la obediencia de Valentiniano; mas lo restante de Africa se halló espuesto á la guerra y á los bandos, pues el inexorable rey vándalo, desentendiéndose de todo convenio, empuñó ya ceñudamente la presa que tenia en su poder. La fuerza veterana que seguia las banderas de Bonifacio y la tropa provincial recien alistada quedaron vencidas con pérdida notable; los bárbaros victoriosos atropellaban el pais indefenso; y Cartago, Cirta é Hipo-Rejio fueron las únicas poblaciones que se libertaron de aquella asolacion jeneral.

Cuajada estaba la márjen larga y angosta de la línea africana con monumentos del arte y magnificencia de los Romanos; y el grado respectivo de perfeccion pudiera irse deslindando por la distancia de Cartago y del Mediterráneo. Un entendimiento despejado se enterará desde luego del alcance de la fertilidad y del cultivo: pobladísimo estaba el pais, y reservándose los naturales una subsistencia desahogada para su propio uso, la estraccion anual, especialmente de trigo, era tan permanente y cuantiosa, que mereció el Africa apellidarse el granero de Roma y del jénero humano. Yacieron de improviso en escombros siete provincias fertilísimas desde Tánjer á Trípoli con la incursion vándala, cuya saña asoladora quizás se abultó algun tanto por el encono popular, el afan relijioso y la declamacion hinchada. La guerra, aun la mas comedida, trae consigo un atropellamiento incesante de la humanidad y de la justicia; y las hostilidades de los bárbaros se enardecen todavía con el destemple que los acompaña á toda hora, aun en su trato casero y pacífico. En hallando los Vándalos resistencia, por maravilla daban cuartel, y la muerte de sus caudillos se pagaba con la ruina de ciudades enteras, bajo cuyos muros hubieren perecido. Sin deslindar edad, sexo ni jerarquía, acudian

á todo jénero de tormento y ultrajes para arrancar á los cautivos sus preciosidades encubiertas. La política adusta de Jenserico abonaba sus ejemplares continuos de ejecucion militar: no siempre acertaba á enfrenar sus ímpetus ó los de sus secuaces; y las desdichas de la guerra se acibaraban todavía con el desenfreno de los Moros y el fanatismo de los Donatistas. Mas no acabo de persuadirme que fuese práctica jeneral de los Vándalos el ir arrancando olivos y frutales en un pais donde trataban de avecindarse, ni puedo creer que fuese ardid corriente entre ellos la matanza de un sinnúmero de prisioneros al umbral de las ciudades sitiadas, con el único fin de emponzoñar el ambiente y fomentar una pestilencia de la cual ellos mismos tenian que ser las primeras víctimas (25).

Martirizaba el pecho pundonoroso del conde Bonifacio el sumo dolor de ver un esterminio que él mismo habia acarreado, y cuya carrera rapidísima no estaba ya en su mano atajar (A. 430, mayo). Retiróse, tras la pérdida de una batalla, á Hipo-Rejio, donde lo sitió inmediatamente un enemigo que lo conceptuaba á él como el verdadero antemural del Africa. La colonia marítima de *Hipona* (26), como á sesenta leguas al poniente de Cartago, se habia anteriormente granjeado el dictado esclarecido de *Rejio,* desde la residencia de los reyes númidas, y quedan todavía rastros del tráfico y vecindario en la ciudad moderna, conocida en Europa con el nombre corrompido de Roma. Aliviáronse los afanes militares y las reflexiones congojosas del conde Bonifacio con las conversaciones edificativas de su amigo San Agustin (27), hasta que el obispo, antorcha y columna de la iglesia católica, quedó blandamente descargado, en el tercer mes del sitio y á los setenta y seis años de edad, de las desdichas, ya actuales, ya inminentes de su patria (A. 430, agosto 28). Mancilló Agustin su mocedad con torpezas y errores, como tan injenuamente lo está confesando; mas desde el momento de su conversion hasta el de su muerte, fueron ya las costumbres del obispo de Hipona puras y austeras, descollando entre sus prendas un fervor ardiente contra los herejes de todas denominaciones: Maniqueos, Donatistas y Pelajianos, contra quienes trabó una refriega incesante. Quemada, algunos meses despues, la ciudad por los Vándalos, salvóse venturosamente la librería que atesoraba sus escritos voluminosos; doscientos treinta y dos tratados ó libros separados sobre asuntos teolójicos, además de una esposicion cabal de los Salmos y del Evanjelio, y un almacen grandioso de epístolas y homilias (28). Segun el concepto de los críticos mas desapasionados, la literatura superficial de Agustin se ceñia á la lengua latina (29); y su estilo, aunque á veces acalorado con la elocuencia de sus ímpetus, adolece de celajes retóricos y de estudiados afeites. Mas le cupo un entendimiento capaz, despejado y lójico; empezó á desenmarañar el abismo inapeable de la gracia, de la predestinacion, el albedrío y el pecado orijinal; y el sistema

tirante de cristianismo que ideó ú restableció (30) se ha ido sosteniendo con aplauso público, y repugnancia recóndita por la iglesia latina (31).

La maestría de Bonifacio, ú tal vez la torpeza de los Vándalos, fué dilatando el sitio de Hipona por mas de diez y siete meses; estaba el mar siempre espedito; y en estando el pais exhausto por las correrías, los mismos sitiadores hambrientos tenian que orillar su empresa (A. 431). Encarnábale hasta el alma la entidad y el peligro del Africa á la rejenta del Occidente; imploró pues Placidia el auxilio de su aliado oriental, y se reforzó así la escuadra como el ejército italiano con el armamento poderoso que acaudilló Aspar, viniendo de Constantinopla. Unidas las fuerzas de ambos imperios bajo el mando del conde Bonifacio, marchó este denodadamente contra los Vándalos, y la pérdida de segunda batalla decidió irreparablemente la suerte del Africa. Embarcóse desesperado atropelladamente, y se franqueó al vecindario de Hipona con sus haberes el lugar vacante de los soldados, fenecidos por la mayor parte, ó prisioneros de los Vándalos. El conde, cuya aciaga credulidad habia traspasado las entrañas de la república, tuvo que asomar por el palacio de Ravena con el semblante empañado, que desanubló luego la sonrisa de Placidia. Admitió Bonifacio con agradecimiento la jerarquía de patricio y el cargo de maestre jeneral de los ejércitos romanos; mas debió sonrojarse al ver aquellas medallas en que estaba representado con el nombre y los atributos de la victoria (32). El descubrimiento de su engaño, el desagrado de la emperatriz y la señalada privanza de su competidor, no podian menos de enconar el pecho altanero y alevoso de Ecio. Volvió atropelladamente de las Galias á Italia con una comitiva ó mas bien con una hueste de secuaces bárbaros; y tal era la flaqueza del gobierno, que los dos jenerales decidieron su contienda privada en batalla sangrienta (A. 432). Quedó vencedor Bonifacio; mas recibió en la refriega una herida mortal del chuzo de su contrario, de la cual murió en pocos dias con estremos tan cristianos y caritativos, que encargó á su mujer, heredera rica en España, que aceptase á Ecio por su segundo marido. Mas no cupo á Ecio logro alguno inmediato por la jenerosidad de su enemigo moribundo; Placidia, justiciera, lo pregonó como rebelde; y aunque intentó defender algunas fortalezas notables de sus estados patrimoniales, tuvo que huir del poderío imperial y guarecerse en Panonia con sus leales Hunos; y así la república quedó defraudada de los servicios de sus dos campeones mas esclarecidos por sus mutuas discordias (33).

Era de presumir que, tras la retirada de Bonifacio, los Vándalos redondearian, sin contraresto ni demora, la conquista de Africa. Mediaron no obstante ocho años desde la evacuacion de Hipona hasta la toma de Cartago. En aquel plazo, el ambicioso Jenserico (A. 431-439), volando en

alas de su prosperidad aparente, negoció un tratado de paz, dando en rehenes á su hijo Hunerico, y se avino á dejar al emperador de Occidente en posesion inalterable de las tres Mauritanias (54). Parto de política, y no de rectitud, fué esta moderacion, pues cercaban su solio enemigos domésticos que le tildaban su ruin nacimiento y esforzaban el derecho lejítimo de sus sobrinos, los hijos de Gonderico. Sacrificólos, es verdad, á su afianzamiento, mandando zambullir á la viuda del difunto rey en el rio Amsaga; mas descollaba el descontento público en conspiraciones azarosas y repetidas, y se asegura que el tirano guerrero derramó mas sangre vándala por mano de los sayones que en el campo de batalla (55). Los mismos trastornos del Africa, favorecedores de su invasion, contrarestaban el arraigo tenaz de su poderío, y las varias sublevaciones de los Moros y los desmanes de Donatistas y Católicos estaban incesantemente conmoviendo ú amenazando el establecimiento vacilante del vencedor. Al adelantarse sobre Cartago, tuvo que retirar sus tropas de las provincias occidentales; quedaban las playas espuestas á los intentos de los Romanos desde España ó Italia; y aun en el corazon de Numidia, la ciudad interior y fuerte de Corta se sostenia siempre en su independencia incontrastable (56). El denuedo, la perseverancia y la crueldad de Jenserico fueron arrollando todos los tropiezos; pues acudia alternativamente á sus ardides de paz y de guerra para plantear su reino africano. Firmó un tratado solemne, esperanzado de utilizarse, así del plazo de su continuacion, como del trance de su rompimiento. Amainó el desvelo de sus enemigos con las protestas de intimidad que encubrian su avance hóstil; y por fin sorprendieron los Vándalos á Cartago, quinientos ochenta y cinco años despues de la destruccion de la ciudad y de la república por Escipion el Menor (57).

Una nueva ciudad, titulada colonia, se habia levantado sobre sus escombros, y aunque desdijese Cartago de las prerogativas rejias de Constantinopla, del tráfico de Alejandría y de la suntuosidad de Antioquía, conservaba siempre su segunda jerarquía en el Occidente, como la *Roma* (usando del lenguaje de los contemporaneos) del orbe africano. Aquella metrópoli (38) lujosa y opulenta mostraba, aunque subalterna, el remedo de una república floreciente. Poseia Cartago las manufacturas, armas y tesoros de las seis provincias. Una escala de honores civiles iba deslindadamente subiendo desde los zeladores de las calles y barrios de la ciudad hasta el tribunal del majistrado supremo; quien, con el dictado de procónsul, representaba el boato y señorío de un cónsul de la antigua Roma. Introdujéronse escuelas y *jimnasios* para la enseñanza de la juventud africana, y se esplicaban en griego y en latin públicamente las costumbres y artes liberales, gramática, retórica y filosofía. Eran uniformes y magníficos los edificios; entoldaba una alameda sombría el centro

de la capital; el puerto *nuevo*, fondeadero seguro y capaz, estaba brindando la industria comerciante de propios y estraños, y los juegos esplendorosos del circo y del teatro se solian celebrar casi á presencia de los bárbaros. Desdecia el concepto de los Cartajineses de las escelencias del pais, y el vituperio de la fe púnica seguia inherente á su índole taimada y fementida (39). El tráfico y el estremado lujo habian estragado sus costumbres; mas el sumo menosprecio de los monjes y la práctica desvergonzada de apetitos desarreglados, son las dos abominaciones con que los tilda la vehemente relijiosidad de Salviano, el predicador de aquel siglo (40). Reformó severamente el rey de los Vándalos la liviandad del afeminado pueblo; y la antigua, gallarda y castiza libertad de Cartago (espresiones de Victor que no carecen de brio) quedó reducida por Jenserico á un estado de afrentosa servidumbre (A. 439, oct. 9). Despues de soltar la rienda á la saña y la codicia de sus tropas, entabló un sistema arreglado de robo y tropelía. Publicóse un bando que prescribia á todos entregar sin engaño ni demora su oro, plata, joyas y alhajas á los empleados rejios; y el intento de encubrir alguna porcion de su patrimonio se castigaba inexorablemente con tormento ú muerte, como acto de traicion contra el estado. Midiéronse esmeradamente las tierras de la provincia proconsular, que formaba el distrito inmediato á Cartago, para dividirlas entre los bárbaros, reservándose el vencedor, como patrimonio propio, el territorio fértil de Bizacio y las partes contiguas de Numidia y Jetulia (41).

Era muy obvio que Jenserico odiase á sus agraviados: la nobleza y senadores de Cartago quedaron espuestos á sus recelos y encono; y cuantos se desentendian de los términos afrentosos que el pundonor y la relijion reprobaban tenian que avenirse al destierro perpetuo que les imponia el déspota arriano. Rebosaban Roma, Italia y las provincias del Oriente de fujitivos, desterrados, y cautivos principales, que andaban implorando la conmiseracion pública; y las epístolas benévolas de Teodoreto están todavía conservando los nombres y desventuras de Celestiano y de Maria (42). Deplora el obispo siríaco las desdichas de Celestiano, que, de la jerarquía de senador esclarecido y opulento de Cartago, se vió reducido á ir pidiendo pan con su mujer, familia y criados por paises estraños; pero encarece la resignacion del desterrado cristiano, y la índole filosófica que con la carga de tanta desventura estaba disfrutando mas felicidad verdadera de la que solia caber á la riqueza y á la prosperidad. La historia de María, hija del espléndido Eudemon, es peregrina é interesante. Vendiéronla los Vándalos en el saqueo de Cartago á unos mercaderes siríacos, que la revendieron despues como esclava en su pais. Una criada, metida en el mismo bajel y vendida en la propia familia, seguia acatando á su dueña que la suerte habia igualado con idéntica servidumbre, y

continuaba la hija de Eudemon recibiendo de su afecto entrañable las mismas atenciones que antes le imponia la obediencia. Esta particularidad tan reparable divulgó las circunstancias de la suerte de María, que, en ausencia del obispo de Cirro, quedó rescatada de su esclavitud por la jenerosidad de algunos soldados de la guarnicion. Acudió Teodoreto con sus dádivas á su decorosa subsistencia, y pasó diez meses entre las diáconas de la iglesia, hasta que le noticiaron como su padre, salvándose de la ruina de Cartago, estaba desempeñando un cargo honorífico en una de las provincias occidentales. El obispo compasivo dió alas á su impaciencia filial, pues Teodoreto, en una carta que subsiste todavía, recomienda María al obispo de Ega, ciudad marítima de Cilicia, frecuentada en su feria anual por las naves de Occidente, amonestando con las mayores veras á su compañero para que trate á la señorita con todo el cariño correspondiente á su nacimiento, y que la confie á los desvelos de los mercaderes fieles, que conceptúen logro harto cabal el de restituir una hija, fuera ya de toda esperanza humana, á su inconsolable padre.

Entre las leyendas insustanciales de la historia eclesiástica, voy á entresacar la patraña memorable de los Siete Durmientes (43), cuya fecha soñada corresponde al reinado del menor Teodosio y á la conquista de África por los Vándalos (44). Al perseguir el emperador Decio á los cristianos, siete mancebos nobles de Efeso se guarecieron en una cueva anchurosa en las faldas de una sierra contigua, donde estaban sentenciados á fenecer por el tirano, quien dispuso que se murase la entrada con un paredon de peñascos enormes. Adormeciéronse luego milagrosa y dilatadamente, y yacieron por espacio de ciento y ochenta y siete años sin menoscabo de su vida y potencias. Al cumplir este plazo, los esclavos de Adolio, heredero de la montaña entera, desencajaron la sillería para emplearla en un edificio rural; flecha la luz aquella lobreguez de la cueva, y despiertan los siete durmientes. Tras un sueño, en su concepto, de pocas horas, atormentábalos el apetito, y acordaron que Jámblico, uno de los siete, volviese embozadamente á la ciudad, y comprase pan para todos. El mancebo (si cabe aun apellidarlo así) no acertaba á reconocer el aspecto de su patria, y creció su asombro al avistar una gran cruz alzada triunfalmente sobre la puerta principal de Efeso. La estrañeza del traje y lo animado del habla pasmaron al hornero á quien presentó una medalla antigua de Decio, como la moneda corriente del imperio, y maliciando que Jámblico ocultaba algun tesoro, fué conducido ante un majistrado, y allí sus mutuas informaciones vinieron á apurar, con asombro de todos, que habian mediado cerca de dos siglos desde que Jámblico y sus amigos se habian salvado de la persecucion rabiosa de un déspota pagano. Atropelláronse obispo, clero, majistrados y pueblo, y aun se dice el mismo emperador Teodosio, en demanda de la cueva de los siete durmientes, quie-

nes dieron su bendicion, refirieron su historia, y fallecieron al punto apaciblemente. No cabe achacar el orijen de esta patraña portentosa á los engaños devotos y á la credulidad de los Griegos *modernos*, puesto que la tradicion auténtica se rastrea hasta medio siglo del milagro supuesto. Jaime de Sarug, obispo siríaco, que nació solos dos años despues de la muerte del menor Teodosio, ha dedicado una de sus doscientas y treinta homilias á los loores de los mancebos de Efeso (45); y su relacion, antes del fin del sexto siglo, se tradujo del siríaco al latin por los desvelos de Gregorio Turonense. Las comuniones encontradas del Oriente conservan su memoria con igual respeto, y asoman sus nombres honoríficamente estampados en los calendarios romano, abisinio y ruso (46). Ni aun se limita su nombradía en el orbe cristiano, sino que esta conseja popular, que Mahoma pudo aprender cuando aguijaba sus camellos por las ferias de Siria, campea como revelacion divina en el Alcoran (47). Han prohijado y engalanado la historia de los Siete Durmientes cuantas naciones desde Bengala hasta Africa profesan la relijion mahometana (48); y aun asoman rastros de una tradicion semejante por los estremos de la Escandinavia (49). Creencia tan llana y universal, que está retratando el concepto de las jentes, puede atribuirse al mérito fundamental de la patraña misma. Nos vamos adelantando imperceptiblemente de la juventud á la ancianidad, sin reparar en la variacion sucesiva, pero incesante, de los negocios humanos; y aun en la esperiencia mas dilatada de los ámbitos de la historía, con el eslabonamiento seguido de causas y efectos, se habitúa el pensamiento á ir hermanando las revoluciones mas inconexas. Mas si pudiera instantaneamente anonadarse el intermedio de dos épocas memorables, si cupiese, tras un sueño momentaneo de dos siglos, ostentar el *nuevo* mundo á la vista del espectador, que retuviese todavía una impresion intensa y reciente del *antiguo*, su estrañeza y sus reflexiones suministrarian campo ameno para una novela filosófica. Atinada fué, hasta lo sumo, la colocacion del trance en los dos siglos que mediaron entre los reinados de Decio y de Teodosio el menor. En aquel plazo, se trasladó el solio del gobierno de Roma á una ciudad nueva sobre las márjenes del Bósforo Tracio, hollando el abuso de la milicia desenfrenada por medio de un sistema artificial de servidumbre rastrera y ceremoniosa. Trepó al solio del perseguidor Decio una sucesion de príncipes acendradamente cristianos, volcadores de las deidades fabulosas de la antigüedad; y el fervor público del siglo estaba ansiando ensalzar á los santos y mártires de la iglesia católica sobre las aras de Hércules y de Diana. Quedaba sajado el imperio romano, yacia su númen por el suelo, y huestes de bárbaros desconocidos, arrojados de las rejiones heladas del Norte, tenian ya planteada su dominacion victoriosa en las provincias mas hermosas de Europa y Africa.

NOTAS

correspondientes al capítulo trijésimo tercio.

(1) Véase mas atrás p. 80.

(2) Τὰ συνεχ ἢ κατὰ στόμχ φιλήματα es la espresion de Olimpiodoro (apnd Photium, p. 197); quien quizá intenta describir los halagos que Mohometo prodigó á su *hija* Fatima. Quando (dice el profeta), quando subit mihi desiderium Paradisi, osculor eam, et ingero linguam meam iu os ejus. Pero esta induljencia sensual se interpretó por medio del milagro y del misterio; y la anécdota fué dada al público por el reverendo padre Varacci en su Version y Refutacion del Alcoran, tom. I, p. 32.

(3) Sobre las revoluciones del imperio occidental, consúltese Olimpiodoro, apud Phot., p. 92, 193, 196, 197 y 200. Sozomen, l. IX, c. 16. Sócrates, l. VII, 123, 24. Filostorjio, l. XII, c. 10, 11, y Gofredo, Dissertat., p. 486. Procopio, de Bell. Vandal., l. I, c. 3, p. 182, 183. Teofanes, in Chronograph., p. 72, 73, y las Crónicas.

(4) Véase Grocio de Jure Belli et Pacis, l. II, c. 7. Trabajó asiduamente y probó, aunque en vano, el arreglar un sistema de jurisprudencia, por las formas discordantes de la sucesion real que han introducido el fraude ó la fuerza, el tiempo ó la casualidad.

(5) Los escritos orijinales no están acordes (véase Muratori, Annali d' Italia, tom. IV, p. 139) sobre si Valentiniano recibió la diadema imperial en Roma ó Ravena. En esta duda, soy de parecer, que se tuvo alguna consideracion al senado.

(6) El conde de Buat (Hist. des Peuples de l' Europe, tom. VII, p. 292-300) estableció la realidad, esplicó los motivos, y marcó las consecuencias de esta notable cesion.

(7) Véase la primera *Novel* de Teodosio, en la que ratifica y da á conocer (año 438) el Código Teodosiano. Cuarenta años antes de aquella época, una escepcion la probó unidad de la lejislacion. Los Judíos, que eran numerosos en las ciudades de Apulia y Calabria, presentaron una ley de Oriente por la cual quedaban exentos de los cargos concejiles (Cod. Theodos., l. XVI, tit VIII, leg. 13), y el emperador de Occiden-

te se vió obligado á revalidar, por un nuevo decreto, la ley, quam constat meis partibus esse damnosam. Cod. Theod., l. XI, tit. I, leg. 158.

(8) Casiodoro (Variar., l. XI, Epist. I, p. 238) comparó las rejencias de Placidia y Amalasunta. Acriminó la debilidad de la madre de Valentiniano, y ensalzó las virtudes de su real ama. En esta ocasion, parece que la adulacion habló el lenguaje de la verdad.

(9) Filostorjio, l. XII, c. 12, y Gofredo, Dissertat., p. 493, etc.; y Renato Frijedio, apud Gregor. Turon., l. II, c. 8, in tom. II, p. 163. El padre de Ecio era Gaudencio, ciudadano ilustre de la provincia de Escitia, y comandante jeneral de la caballería; su madre era una rica y noble italiana. Desde su juventud, Ecio, como soldado, habia tenido relaciones con los Bárbaros.

(10) En cuanto al carácter de Bonifacio, véase Olimpiodoro, apud Phot., p, 196; San Agustin, apud Tillemont, Mémoires Ecclés., tom. XIII, p. 712-715, 886. El obispo de Hipo no deploró la desgracia de su amigo, que, despues de un solemne voto de castidad, se casó con una segunda mujer, de la secta arriana, y se le imputaba conservar en su casa varias concubinas.

(11) Procopio (de Bell. Vandal., l. I, c. 3, 4, p. 182-186) refiere el fraude de Ecio, la sublevacion de Bonifacio y la pérdida del Africa. Esta anécdota se halla confirmada con otros testimonios (véase Ruinart, Hist. Persecut. Vandal., p. 420, 421); concuerda con los usos de las cortes antiguas y modernas, y el arrepentimiento de Bonifacio lo hubiera revelado.

(12) Véanse las Crónicas de Próspero é Idacio. Atribuye Salviano (de Gubernat. Dei, l. VII, p. 246, Paris 1608) la victoria de los Vándalos á su gran piedad. Ayunaban, oraban y llevaban la Biblia al frente de la hueste, con el intento quizá de echar en cara á sus enemigos su perfidia é impiedad.

(13) Gizericus (su nombre está escrito de diferentes modos) statura mediocris et equi casu claudicans, animo profundus, sermone rarus, luxuria contemptor, ira turbidus, habendi cupidus, ad solicitandas gentes providentissimus, semina contentionum jacere, odia miscere paratus. Jornandes, de Rebus Geticis, c. 33, p. 657. Este cuadro, delineado con maestría y mucha semejanza, debe haber sido copiado de la Historia Gótica de Casiodoro.

(14) Véase la Crónica de Idacio. Este obispo, Español y contemporáneo, coloca el paso de los Vándalos en el mes de mayo del año de Abrahan (que empieza en octubre) 2444. Esta fecha, que corresponde al año 429, está confirmada por Isidoro, otro obispo español, y que es preferida á la opinion de aquellos escritores, que colocan este acontecimiento

en uno de los dos años siguientes. Véase Pagi Critica, tom. II, p. 205, etc.

(15) Compárese Procopio (de Bell. Vandal., l. I, c. 5, p. 190) y Victor Vitensis (de Persecutione Vandal., l. I, c. 5, p. 3., edit. Ruinart). Asegura Idacio que Jenserico evacuó á España, cum Vandalis *omnibus* eorumque familiis; y Posidio (en Vit. Augustin., c. 28, apud Ruinart, p. 427) describe su ejército como manus ingens immanium gentium Vandalorum et Alanorum, comixtam secum habens Gothorum gentem, aliarumque diversarum personas.

(16) En cuanto á las costumbres de los Moros, véase Procopio (de Bell. Vandal., l. II, c. 6, p. 249), y á su figura y complexion, M. de Buffon (Histoire Naturelle, tom. III, p. 430). Procopio dice en jeneral que los Moros se unieron á los Vándalos antes de la muerte de Valentiniano (de Bell. Vandal., l. I, c. 5, p. 190), pero es probable que las tribus independientes no habian adoptado ningun sistema uniforme de gobierno.

(17) Véase Tillemont, Mémoires Ecclés., tom. XIII, p. 516-558; y la serie de persecuciones, en los monumentos orijinales, publicados por Dupin al fin de Optato, p. 323-515.

(18) Los obispos donatistas, en la conferencia de Cartago, eran en número de 279; y afirman que el total ascendia á 400. Estaban presentes 286 católicos, 120 ausentes, y además sesenta y cuatro obispados vacantes.

(19) El Código Teodosiano, título quinto, libro diez y seis, contiene una serie de leyes imperiales contra los Donatistas, desde el año 400 al 428. De todas estas, la mas severa y eficaz es la ley 54, promulgada por Honorio, año 414.

(20) San Agustin mudó de opinion con respecto al trato que debia darse á los herejes. Su patética declaracion de compasion é induljencia con los Maniqueos la insertó M. Locke (vol. III, p. 469) entre sus fragmentos escojidos en su repertorio. Otro filósofo, el célebre Bayle (tom. II, p. 445-496) refutó inútilmente los argumentos, con los que el obispo de Hipona, en su ancianidad, trató de justificar la persecucion de los Donatistas.

(21) Véase Tillemont, Mém. Ecclés., tom. XIII, p. 586-592, 806. Vanagloriáronse los Donatistas de *miles* de estos mártires voluntarios. Afirma Agustin, y probablemente con verdad, que este número era exajerado; pero sostiene con severidad que era mejor que *algunos* se quemasen en este mundo que no *todos* en las llamas del infierno.

(22) Segun San Agustin y Teodoreto, los Donatistas se inclinaban mas bien á los principios, ó al menos al partido de los Arrianos, que sostenia Jenserico. Tillemont, Mém. Ecclés., tom. VI, p. 68.

(23) Véase Baronio, Annal. Eccles., año 428, núm. 7, año 439, núm. 35. El cardenal, aunque mas inclinado á buscar en el cielo que en

la tierra las causas de los grandes acontecimientos, habla de la aparente relacion de los Vándalos y los Donatistas. Bajo el reinado de los bárbaros, los cismáticos del Africa gozaron de una paz de cien años, tras los cuales vemos otra vez renovarse las persecuciones imperiales. Véase Tillemont, Mém. Ecclés., tom. VI, p. 192, etc.

(24) San Agustin, en una carta confidencial al conde Bonifacio, sin examinar las causas de la disputa, le exhorta piadosamente á llenar los deberes de cristiano y súbdito; á separarse sin tardanza de su peligrosa y criminal situacion; y aun, si pudiese obtener el consentimiento de su mujer, entregarse al celibato y la penitencia (Tillemont, Mém. Ecclés., t. XIII, p. 928).

(25) Las quejas orijinales de la desolacion del Africa se hallan: 1. En una carta de Capreolo, obispo de Cartago, escusándose por su ausencia del concilio de Efeso (ap. Ruinart, p. 429). 2. En la vida de San Agustin por su amigo y colega Posidio (ap. Ruinart., p. 427). 3. En la Historia de la Persecucion Vandálica por Victor Vitensis (l. I, c. 1, 2, 3, edic. Ruinart). La última descripcion, que fué hecha sesenta años despues de este acontecimiento, es mas bien la espresion de los sentimientos del autor que la verdad.

(26) Véase Celario, Jeografía Antigua, tom. II, part. II, p. 112. Leon Africano en Ramusio, t. I, fol. 70. El Africa de Mármol, t. II, p. 434, 437. Viajes de Shaw, p. 46, 47. Los Arabes, en el siglo séptimo, destruyeron la antigua Hipo Rejio; pero á dos millas de allí, con los mismos materiales se construyó una nueva ciudad, y en el siglo diez y seis contenia sobre trescientas familias de industriosos, aunque turbulentos manufactureros. El territorio adyacente es célebre por la pureza del aire, la fertilidad y abundancia de frutas.

(27) La vida de San Agustin, por Tillemont, forma un tomo en cuarto (Mém. Ecclés., tom. XII) de mas de mil pájinas; y en esta ocasion el devoto celo por el fundador de su secta escitó la asiduidad de este instruido jansenista.

(28) Tal es al menos la relacion de Victor Vitensis (de Persecut. Vandalr, l. I, c. 3); aunque Grenadio duda de que haya habido persona alguna que haya leido ni aun recopilado *todas* las obras de San Agustin (véase Hieronym. Opera, tom. I, p. 319, in Catalog. Scriptor. Eccles). Han sido reimpresas varias veces, y Dupin (Bibliotheque Ecclés., tom. III, p. 158-257) ha dado á luz un estracto de ellas conforme á la última edicion de los Benedictinos. Mi conocimiento del obispo de Hipona no se estiende mas que á las *Confesiones* y la *Ciudad de Dios*.

(29) San Agustin (Confess. I, 14) en su juventud descuidó el estudio del griego, pues no le tenia aficion; y confiesa francamente que leyó los

Platónicos de una version latina (Confess. VII, 9). Algunos críticos modernos son de opinion que la fálta de conocimiento de este idioma le inhabilitaba para la esplicacion de la Sagrada Escritura; y Ciceron y Quintiliano lo miran como indispensable en un profesor de retórica.

(30) Rara vez se promovieron estas cuestiones desde el tiempo de San Pablo hasta el de S. Agustin. Sé que los padres griegos abrigaban los sentimientos naturales de los Semi-Pelajios; y que la ortodojia de S. Agustin derivaba de la escuela maniquea.

(31) La iglesia de Roma canonizó á San Agustin y reprobó á Calvino. Con todo, como la *verdadera* diferencia entre ambos es casi invisible, aun para el ojo mas perspizaz, los Molinistas se hallan agoviados por la autoridad del santo, y los Jansenistas sonrojados por su semejanza con los herejes. En tanto los protestantes arminios, manteniéndose á un lado, se rien de la perplejidad de ambos partidos (véase Revista de la Controversia, por Le Clerc, Bibliothèque Universelle, tom. XIV, p. 144-398). Quizá un raciocinador mas independiente se sonreirá á *su* vez, cuando lea un comentario arminio sobre la Epístola á los Romanos.

(32) Ducange, Fam. Byzant., p. 67. Por un lado, la cabeza de Valentiniano; por el reverso Bonifacio, con un látigo en una mano y una palma en la otra, de pié en un carro triunfal tirado por cuatro caballos, y en otra medalla por cuatro ciervos; ¡desgraciado emblema! Dudo que se halle otro caso en el que la cabeza de un súbdito se halle al reverso de una medalla imperial (*). Véase Science des Medailles, por el padre Jobert, tom. I, p. 132-150, edic. de 1739, por el baron de la Bastie.

(33) La historia de Bonifacio, por Procopio, no alcanza mas que hasta su vuelta de Italia (de Bell. Vandal., l. I, c. 3, p. 185). Mencionan su muerte Próspero y Marcelino; y la espresion de este último, que Ecio, el dia anterior, se habia provisto de una *larga* lanza, viene á significar un duelo formal.

(34) Véase Procopio, de Bell. Vandal., l. I, c. 4, p. 186. Publicó Valentiniano varias leyes humanas para aliviar la desgraciada suerte de sus súbditos númidas y mauritanos: les perdonó gran parte de sus deudas, redujo el impuesto á una octava parte, y les concedió el derecho de apelacion contra sus majistrados provinciales al prefecto de Roma. Cod. Theod., tom. VI, Novell., p. 11, 12.

(35) Victor Vitensis, de Persecat. Vandal., l. II, c. 5, p. 26. Las crueldades de Jenserico con sus súbditos están enérjicamente espresadas por la Crónica de Próspero, año 442.

(*) Lord Mahon, vida de Belisario, p. 133, menciona una de Belisario apoyándose en la autoridad de Cedreno.—M.

(36) Posidio, in Vit. Agustin, c. 28, apud Ruinart, p. 428.

(37) Véanse las Crónicas de Idacio, Isidoro, Próspero y Marcelino. Señalan el mismo año, aunque diferentes dias, para la sorpresa de Cartago.

(38 La descripcion de Cartago, cuando florecia en los siglos cuarto y quinto, está sacada de la Expositio totius Mundi, p. 17, 18, en el tercer tomo de Hudson, Jeógrafos Menores, de Ausonio; de Claris Urbibus, p. 228, 229; y particularmente de Salviano, de Gubernatione Dei, l. VII, p. 257, 258. Es estraño que la Notitia no conceda á Cartago una casa de moneda, ó un arsenal, y sí tan solo un jineceo ó manufactura femenil.

(39) El autor anónimo de la Expositio totius Mundi, en su bárbaro latin, compara el pais y los habitantes; y tras denigrar su falta de fe, concluye friamente: Difficile autem inter eos invenitur bonus, tamen in multis pauci boni esse possunt. p. 18.

(40) Manifiesta que todos los vicios peculiares de cada pais se reunieron para completar la ruina de Cartago (l. VII, p. 257). A pesar de la induljencia con el vicio, los Africanos ensalzaban su heroica virtud. Et illi se magis virilis fortitudinis esse crederent, qui maxime vires fæminei usus probrositate fregissent (p. 268). Las calles de Cartago pululaban de pícaros afeminados, que hacian alarde públicamente de sus trajes y ademanes mujeriles (p. 264). Si aparecia un fraile de la ciudad, le perseguian escarneciéndole; detestantibus ridentium cachinnis (p. 289).

(41) Compárese Procopio, de Bell. Vandal., l. I, c. 5, p. 189, 190; y Victor Vitensis, de Persecut. Vandal., l. I, c. 4.

(42) Ruinart (p. 444-457) recopiló de Teodoreto y otros autores las desgracias verdaderas ó fabulosas de los habitantes de Cartago.

(43) La eleccion de circunstancias fabulosas es de poca importancia; sin embargo me he atenido á la narracion, traducida del siríaco por Gregorio de Turs (de Gloria Martyrum, l. I, c. 95, in Max. Bibliotheca Patrum, tom. XI, p. 856), á las actas griegas de su martirio (apud Photium, 1400, 1401), y á los Anales del patriarca Eutiquio (tom. I, p. 391, 531, 532, 535. Vers Pocock).

(44) Dos escritores siríacos, citados por Assemanni (Bibliot. Oriental, tom. I, p. 336, 338), colocan la resurreccion de los Siete Durmientes en el año 736 (425) ó 748 (437) de la era de los Seléucidas. Las actas griegas, que leyó Focio, fijan la fecha del año treinta y ocho del reinado de Teodosio, que debe corresponder al 439 ó 446. El período que trascurrió desde la persecucion de Decio, se confirma fácilmente; y solo la ignorancia de Mahoma ú las leyendas podian suponer un intervalo de tres á cuatrocientos años.

(45) Jaime, uno de los padres ortodojos de la iglesia siríaca, nació

en el año 452, empezó á componer sus sermones en 474, fué electo obispo de Batna, en el distrito de Sarug, provincia de Mesopotamia, en 519, y murió en 521 (Assemanni, tom. I, p. 288, 289). En cuanto á la homilia *de Pueris* Ephesinis, véase p. 335-339 : aunque hubiera deseado que Assemanni hubiese traducido el texto de Jaime de Sarug en vez de contestar á las objeciones de Baronio.

(46) Véase los *Acta Sanctorum* de los Bolandistas (Mensis Julii, tom. VI, p. 375-397). Este inmenso calendario de santos, en ciento treinta y seis años (1644-1770), y en cincuenta tomos en folio, no alcanza mas que hasta el 7 de octubre. La supresion de los jesuitas suspendió una obra, que, á pesar de la mucha supersticion que encierra, instruye histórica y filosóficamente.

(47) Véase Maracci, Alcoran, Sura XVIII, tom II, p. 420-427, y tom. I, part. IV, p. 103. Con semejante privilejio, Mahoma no mostró mucho gusto ó injenio. Inventó el perro (Al Rakim) de los Siete Durmientes; el respeto del Sol, que alteraba su curso dos veces al dia para no alumbrar la cueva ; y el cuidado de Dios, que preservaba sus cuerpos de la putrefaccion, volviéndolos de derecha á izquierda.

(48) Véase D' Herbelot, Bibliothèque Orientale, p. 139; y Renaudot, Hist. Patriarch. Alexandrin, p. 30, 40.

(49) Pablo, diácono de Aquileya (de Gestis Langobardorum, l. I, c. 4, p. 445, 746, edit. Grot.), que vivia á fines del siglo octavo, colocó, en una caverna, bajo una roca, á orillas del Océano, los Siete Durmientes, cuyo profundo reposo respetaban los bárbaros. Indicaba su traje que eran romanos; y el diácono supone que la Providencia los reservaba como los futuros apóstoles de las naciones incrédulas.

CAPITULO XXXIV.

Indole, conquistas y corte de Atila, rey de los Hunos. — Muerte de Teodosio el Menor. — Elevacion de Marciano al imperio de Oriente.

Yacia el imperio oriental atropellado por los Godos y Vándalos, quienes iban huyendo de los Hunos ; pero las proezas de estos no eran proporcionadas á su prosperidad y poderío. Habíanse esplayado sus gavillas victoriosas desde el Volga al Danubio (A. 376—433) ; pero su pujanza pública desmayaba con las desavenencias de sus caudillos independien-

tes; exhalábase su denuedo en algaradas robadoras y desconocidas, y solian desdorar su decoro nacional, allanándose, cebados con el despojo, á alistarse en las banderas de sus contrarios fujitivos. Volvieron á aterrar el orbe los Hunos en el reinado de Atila (1), y tengo ahora que ir delineando la índole y los hechos de aquel bárbaro formidable, que alternativamente invadió y devastó el Oriente y el Occidente, y arrebató la ruina ya inminente del imperio romano.

En la oleada de la emigracion, cuyo ímpetu predominaba desde el confin de la China hasta el de Jermania, las tribus mas populosas y descollantes solian asomar por los linderos de las provincias romanas. Contrastaron al pronto vallas artificiales la agolpada mole; y la dignacion llana de los emperadores iba estimulando, mas no satisfaciendo las demandas de unos bárbaros, que se enardecian mas y mas tras los regalos de la vida civilizada. Los Húngaros, quienes ufanamente colocan el nombre de Atila entre sus reyes nativos, pueden afirmar con certeza que las gavillas súbditas de su tio Roas ó Rujilas habian sentado sus campamentos dentro de los confines de la Hungría moderna (2), en un territorio fértil que acudia colmadamente á las necesidades de una nacion cazadora y ganadera. En situacion tan aventajada, Rujilas y sus hermanos valerosos, que iban siempre medrando en poder y nombradía, eran árbitros de la paz ó de la guerra con entrambos imperios. Corroborábase su alianza con los Romanos por su amistad personal con el grande Ecio, que estaba muy seguro de hallar siempre en el campamento bárbaro agasajo y arrimo. Se adelantaron á sus instancias, y en nombre del usurpador Juan, hasta sesenta mil Hunos hácia el confin de Italia; su venida y su retirada resultaban igualmente costosísimas para el estado, y la política agradecida de Ecio se desprendió de la posesion de la Panonia para sus fieles confederados. No vivian los Romanos del Oriente menos recelosos con las armas de Rujilas, que estaba amagando á las provincias y aun á la capital. Historiadores eclesiásticos hay que esterminaron los bárbaros con rayos y peste (3); mas vióse Teodosio reducido al arbitrio mas desairado de pactar un rédito anual de trescientas y cincuenta libras de oro, disfrazando este tributo afrentoso con el dictado de jeneral que el rey de los Hunos tuvo á bien aceptar. Solia la impaciencia desaforada de los bárbaros alterar la tranquilidad pública con motivo de los amaños alevosos de la corte bizantina. Cuatro naciones dependientes, entre ellas la bávara, se desentendieron de la soberanía de los Hunos, protejiendo la alianza romana su rebeldía, hasta que las demandas fundadas y el poderío formidable de Rujilas esforzaron la razon por boca de su embajador Eslao. El senado ansiaba únicamente la paz; y se nombraron dos embajadores, Plintas, jeneral oriundo de Escitia, pero de jerarquía consular, y el cuestor Epijenes, estadista ati-

nado y práctico, recomendado para aquel encargo por su compañero ambicioso.

Suspendió la muerte de Rujilas los adelantamientos del tratado, y sus dos sobrinos Atila y Bleda, que sucedieron al tio en el trono (432—433), se allanaron á una conferencia con los embajadores de Constantinopla: y como se negaron orgullosamente á apearse, se zanjó el negocio desde á caballo en una llanura anchurosa junto á la ciudad de Margo, en la Mesia superior. Las resultas fueron aventajadas, en los honores y en la sustancia, para los reyes hunos. Fueron dictando las condiciones del ajuste, siendo cada una un desacato para la majestad del imperio. Además de un mercado seguro y copioso sobre la orilla del Danubio, exijieron que se aumentase el tributo anual desde trescientas y cincuenta hasta setecientas libras de oro; que se pagase una multa ó rescate de ocho piezas de oro por cada cautivo romano huido de su dueño; que renunciase el emperador á todo tratado ú compromiso con los enemigos de los Hunos, y que cuantos refujiados habia en la corte ó en las provincias de Teodosio se entregasen á la justicia de su airado soberano, como se verificó rigurosamente con algunos desventurados jóvenes de la alcurnia real. Fueron estos crucificados por disposicion de Atila en territorio del imperio, y apenas dejó despavoridos á los Romanos con el eco de su nombre, les franqueó alguna tregua arbitraria mientras avasallaba otras naciones rebeldes ó independientes en Escitia y Jermania (4).

Atila, hijo de Mundzuk, entroncaba su alcurnia noble, ó tal vez rejia (5), con los antiguos Hunos, que antes habian guerreado contra los monarcas de la China. Sus facciones, segun advierte un historiador godo, llevaban estampado su oríjen; y al retratar á Atila, queda apersonado un Calmuco moderno (6): cabeza anchurosa, piel abrasada, ojos pequeños y hundidos, nariz aplastada, alguna hebra de pelo en lugar de barba, espaldas monstruosas, cuerpo bajo y cuadrado, y fortaleza nerviosa en medio de un conjunto desproporcionado. El andar altanero y toda la traza del rey de los Hunos estaban pregonando el engreimiento que lo sobreponia á todo el linaje humano; y se habia enseñado á revolver sañudamente la vista, como si se complaciese en aterrar á los mirones. No era sin embargo tan empedernido el héroe bravío; sus enemigos cabizbajos podian contar con su indulto, y lo consideraban los súbditos como superior, justificado y bondadoso. Se deleitaba con la guerra; pero ascendido al trono en la edad madura, su cabeza, y no su mano, fué la conquistadora del Norte, y la nombradía de guerrero venturoso se trocó provechosamente en la de atinado y triunfador caudillo. Los resultados del valor personal son de tan poca monta, escepto en poesía y en novelas, que la victoria, aun entre bárbaros, estriba en

la maestría con que un solo individuo combina y guia el desempeño de la muchedumbre. Sobrepujaron los conquistadores escitas Atila y Zenjis á sus paisanos en arte mas bien que en denuedo; y es de ver que las monarquías, tanto de los Hunos como de los Mogoles, se encumbraron por sus fundadores sobre el cimiento de la superticion popular. La concepcion milagrosa que el engaño y la credulidad atribuyeron á la vírjen madre de Zenjis lo sobrepuso á la raya de la naturaleza humana; y el profeta en carnes, que en nombre de la Divinidad lo revistió del imperio de la tierra, aguijó el valor de los Mogoles con entusiasmo incontrastable (7). No medió menos maestría en las patrañas relijiosas de Atila adecuadas á la índole de su siglo y de su patria. Era harto natural que el Escita adorase con devocion especial al dios de la guerra; mas siendo incapaces de ideas ó de abultar un objeto, reverenciaban á su deidad tutelar bajo el símbolo de una cimitarra de hierro (8). Advirtió un boyero de los Hunos que una vaca paciendo se lastimó una pesuña; y siguiendo esmeradamente el rastro de la sangre, descubrió entre el denso césped una espada, que desenterró luego y se la presentó á Atila. El príncipe magnánimo, ó mas bien artero, aceptó con agradecimiento aquel favor celestial; y como poseedor lejítimo de la *espada de Marte*, alegó su demanda sobrehumana al señorío de la tierra (9). Si se solemnizaron en el trance los ritos de Escitia, una ara grandiosa ó sea una hacina de leña, de seiscientas varas de ancho y de largo, descolló en medio de una gran llanura; y se colocó empinada encima del altar montaraz la espada de Marte, consagrada anualmente con la sangre de ovejas, caballos y cien cautivos (10). Ora que los sacrificios humanos alternasen allí con el culto de Atila, ora que propiciase al dios de la guerra con las víctimas que de continuo le estaba tributando en el campo de batalla, el predilecto de Marte se granjeó luego un carácter sagrado, que facilitaba y arraigaba sus conquistas; y los príncipes bárbaros estaban devota ó lisonjeramente confesando que no les cabia el pararse á mirar la majestad divina del rey de los Hunos (11). Su hermano Bleda, que reinaba sobre una porcion considerable de la nacion, tuvo que rendirle cetro y vida; pero aun este hecho desalmado se atribuyó á un ímpetu sobrenatural; la pujanza con que Atila blandió la espada de Marte mostró al universo que estaba reservada únicamente para su brazo incontrastable (12). Mas tan solo la estension de su imperio puede evidenciar el número y entidad de sus victorias; y el monarca escita, aunque idiota en cuanto á la preciosidad de las ciencias y de la filosofía, pudiera quizás lamentarse de que sus ignorantes súbditos careciesen del arte perpetuador de las hazañas.

En separando los climas civilizados y los bravíos del globo, y entre el vecindario de las ciudades que cultivaban la tierra, y los cazadores y

vaqueros que moraban en las tiendas, podia Atila aspirar al dictado de monarca supremo y único de los bárbaros (13). Solo él, entre los conquistadores de los tiempos, tanto antiguos como modernos, juntó los dos reinos poderosos de la Escitia y de Jermania; y esta denominacion mal deslindada debe entenderse con sumo ensanche al aplicarla á su reinado. La Turinjia, que se propasaba de los actuales linderos hasta el Danubio, era una de sus provincias; intervino con la preponderancia de vecino predominante en los negocios internos de los Francos, y uno de sus tenientes castigó y casi esterminó á los Borgoñones del Rin. Avasalló las islas del Océano, y los reinos de Escandinavia cortados y divididos por las aguas del Báltico, y los Hunos llegaron á cobrar tributo de pieles de la rejion septentrional, resguardada contra todos los demás conquistadores por el rigor del clima y el brio de los naturales. No cabe el delinear hasta el Oriente el señorío de Atila por los yermos de Escitia; pero consta que reinó sobre las márjenes del Volga; que se le temia por guerrero y por májico (14), que desacató y venció al kan del formidable Jeujen, y que envió embajadores para entablar negociaciones con el imperio de la China. En la reseña grandiosa de las naciones avasalladas por Atila, y que durante su vida jamás soñaron en rebelarse, descollaban los Jépidas y Ostrogodos por su número, su valentía y el mérito personal de sus caudillos. El afamado Ardarico, rey de los Jépidas, era el consejero leal y perspicaz del monarca, quien apreciaba su injenio, al paso que gustaba de las prendas apacibles y agudas del noble Walamiro, rey de los Ostrogodos. La caterva de reyes vulgares, caudillos de tantas tribus belicosas que seguian los estandartes de Atila, le servian rendidamente en clase de guardias y criados del escelso dueño. Alerta á sus señas, y trémulos á su ceño, al menor asomo de su albedrío, lo ejecutaban desaladamente y sin murmullo. En tiempo de paz, los príncipes subordinados se colocaban en sus reales con las tropas en órden pautado, y en incorporando sus fuerzas militares, ponia en campaña una hueste de quinientos mil, y, segun otras noticias, hasta de setecientos mil bárbaros (15).

Bien podian los embajadores de los Hunos desaletargar á Teodosio recordándole su vecindad por Europa y por Asia, pues llegaban por una parte al Danubio, y alcanzaban por la otra el Tanais. En el reinado de su padre Arcadio, una algarada de Hunos habia talado las provincias del Oriente, llevándose riquísimos despojos y un sinnúmero de cautivos (16). Internáronse por senderos recónditos en las playas del mar Caspio; atravesaron las nevadas cumbres de la Armenia; pasaron el Tígris, el Eufrates y el Halis; reclutaron su caballería fatigada con la cria selecta de Capadocia; ocuparon las cercanías de la Cilicia y desbarataron las funciones, cantos y bailes de los ciudadanos de Antioquía. Tembló el Ejipto á su asomo, y

los monjes y peregrinos de la Tierra Santa huyeron de su furia embarcándose atropelladamente. Estaba muy presente aquella invasion en el ánimo de los orientales, y los súbditos de Atila podian, con fuerzas muy superiores, ejecutar el intento que habian entablado aquellos desaforados aventureros, dando vado á ansiosas conjeturas sobre si la tormenta se iba á disparar contra Persia ó Roma. Algunos de los potentados vasallos del rey de los Hunos habian pasado á ratificar una alianza y hermandad de armas con el emperador, ó mas bien con el jeneral de Occidente; y en su residencia de Roma, refirieron las circunstancias de una espedicion recien-hecha por ellos al Oriente. Atravesando un desierto y un pantano, que, en concepto de los Romanos, era el lago Meotis, tramontaron cumbres y llegaron á los quince dias al confin de la Media, internándose hasta las ciudades desconocidas de Basico y Cúrsico *(a)*. Encontráronse con el ejército persa en las llanuras de la Media, y nublaron el aire, su misma espresion, con la espesura de sus flechas. Mas tuvieron que retirarse los Hunos por el sinnúmero de los enemigos, verificándolo trabajosamente por diverso rumbo, perdiendo la mayor parte de su presa, y por fin alcanzaron sus reales con alguna práctica del terreno y con anhelo intenso de vengarse. En la conversacion desahogada de los embajadores imperiales, que en la corte de Atila lograron penetrar la índole y los intentos de tan formidable enemigo, mostrándose esperanzados los ministros de Constantinopla de que se emplease y distrajese aquella prepotencia en dilatada y dudosa contienda con los príncipes de la casa de Sasan, advirtieron los Italianos mas perspicaces á sus hermanos orientales el devaneo y el peligro de tamaña espectativa, y los desengañaron de *que* los Medos y los Persas eran incapaces de contrarestar á los Hunos; *que* adquisicion tan llana y grandiosa estremaria el engreimiento y poderío del vencedor; y que, en vez de contentarse con una contribucion moderada y un dictado militar que lo igualaba con los jenerales de Teodosio, se adelantaria Atila á imponer un yugo afrentoso é intolerable sobre las cervices de los Romanos postrados y cautivos, cercados entónces por el imperio de los Hunos (17).

Mientras las potencias de Europa y de Asia se desalaban por evitar el inminente peligro, la alianza con Atila conservaba á los Vándalos la posesion del Africa. Habíase combinado una empresa (A. 441, etc.) por las cortes de Ravena y Constantinopla para el recobro de aquella provincia pingüe, y estaban llenos los puertos de Sicilia con las fuerzas militares y navales de Teodosio; mas el agudo Jenserico, que andaba entablando negociaciones por el orbe entero, atajó el intento moviendo al rey de los Hunos á invadir el imperio de Oriente; y un acaso futíl vino á ser luego el motivo ú el pretesto de una guerra esterminadora (18). Aprontábase, en virtud del tratado de Margo, un mercado franco al costado septen-

trional del Danubio, resguardado por una fortaleza romana, llamada Constancia. Atropella una gavilla de bárbaros á los feriantes, los mata ó los dispersa, y destruye la fortaleza. Sinceraron los Hunos esta tropelía á título de represalia, alegando que el obispo de Margo se habia entrometido en su territorio en busca de un tesoro oculto de sus reyes, y pedian con arrogancia el prelado criminal, el despojo sacrílego y los súbditos fujitivos que se desentendian de la justicia de Atila. La negativa de la corte bizantina fué el pregon de la guerra; y al pronto los Mesios encarecieron la entereza jenerosa de su soberano; mas luego quedaron amedrentados con el esterminio de Viminiaco y pueblos adyacentes, y persuadióse al pueblo la máxima de que un solo ciudadano, por mas inocente y virtuoso que aparezca, debe sacrificarse á la salvacion del pais. El obispo de Margo, que no poseia la vocacion de mártir, acordó precaver los intentos que estaba maliciando. Contrató atrevidamente con los caudillos hunos, afianzó con juramentos solemnes su indulto y su galardon, colocó un crecido destacamento de bárbaros en recóndita emboscada sobre la márjen del Danubio, y á la hora convenida, abrió con su propia mano las puertas de la ciudad episcopal. Esta ventaja, aborto de una alevosía, encabezó otras victorias mas honoríficas y decisivas. Acordonaban la raya ilírica varios castillos y fortalezas, y aunque se reducian por lo mas á una mera torre con guarnicion corta, solian bastar para el rechazo ú el desvío de las correrías enemigas, sin arte ni combinacion, ni menos teson para formalizar un sitio. Mas arrolló la riada de los Hunos tropiezos tan leves (19). Fueron asolando á hierro y á fuego las ciudades populosas de Sirmio y Sinjiduno, de Ratiaria y Marcianópolis, de Naiso y Sárdica; donde tanto el arreglo del vecindario como el sistema de construccion para sus edificios se encaminaba únicamente y mas y mas por cada dia al objeto capital de su defensa. La anchura toda de Europa, dilatándose por cerca de doscientas leguas desde el Euxino hasta el Adriático, quedó á un tiempo invadida, hollada y exhausta con las millaradas de bárbaros que iba Atila acaudillando. El peligro y el desastre jeneral no alcanzaron sin embargo á retraer á Teodosio de sus recreos y de su devocion, y mucho menos á hacerle capitanear personalmente las lejiones romanas; mas se retrajeron de Sicilia las tropas destacadas contra Jenserico; apuráronse las guarniciones por la parte de Persia, y se agolpó en Europa una fuerza militar, formidable por las armas y el número, si los caudillos tuvieran la debida ciencia y los soldados la indispensable subordinacion. Quedaron vencidas las huestes del imperio de Oriente en tres batallas seguidas; y cabe rastrear los adelantos de Atila por los campos de batalla. Las dos primeras, sobre las márjenes del rio Uto, se trabaron junto á los muros de Marcianópolis, en las dilatadas llanuras entre el Danubio y el Monte Hemo. Acosados los Romanos por el enemigo vencedor, se fueron

torpemente retirando hácia el Quersoneso de Tracia, y quedó señalado aquel estrecho rincon al estremo de la tierra con su derrota tercera é irreparable, con la cual vino á quedar Atila dueño incontrastable de toda la campiña. Fué luego asolando, sin contraresto y sin conmiseracion, las provincias de Tracia y de Macedonia, desde las Termópilas hasta el Helesponto y los arrabales de Constantinopla. Salváronse quizás de aquella irrupcion pavorosa de los Hunos Heraclea y Adrinópolis; pero las voces mas significativas de ruina y esterminio total se hallan aplicadas á las calamidades que fueron descargando sobre setenta ciudades del imperio oriental (20). Escudaron los antemurales de la capital á Teodosio, á su corte y á su pueblo desaguerrido; pero aquella misma valla se derribó con un terremoto que volcó hasta cincuenta y ocho torres y abrió una brecha anchurosa y formidable. Reparóse á la verdad ejecutivamente el daño; mas se agravó tan sumo quebranto con la zozobra supersticiosa de que el mismo Cielo habia entregado la ciudad imperial á los vaqueros de Escitia, ajenos de las leyes, idiomas y relijion de los Romanos (21).

Arrebataba siempre á los montaraces, al invadir los imperios del Mediodía, la saña tenaz, jenial y asoladora; pues las leyes de la guerra, que enfrenan todo saqueo y matanza nacional, estriban sobre los cimientos de interés, el conocimiento de los mayores beneficios que ha de acarrear el uso comedido de la conquista, y la fundada zozobra de una represalia equitativa de cuantas desdichas se causen al enemigo. Mas ni temor ni esperanza tienen cabida en el estado pastoril de las naciones. Los Hunos de Atila deben parangonarse con los Mogoles y Tártaros, antes que la relijion y el lujo alterasen sus costumbres primitivas, y el testimonio de la historia oriental puede algun tanto despejar la lobreguez de los anales breves y escasos de Roma. Sojuzgadas las provincias septentrionales de la China por los Mogoles, se deliberó con toda formalidad sobre esterminar ó no, en consejo celebrado sosegadamente despues de la victoria, á todos los moradores de aquel pais pobladísimo, para asolar la tierra y reducirla á pastadero de sus ganados; y la entereza de un mandarin chino (22) retrajo á Zenjis, movido eficazmente por impulsos de racionalidad, de la ejecucion de tan horroroso intento. Pero en las ciudades de Asia rendidas á los Mogoles, ejercitábase el abuso inhumano del derecho de la guerra sistemáticamente, cual con igual fundamento, aunque sin la misma autoridad, puede achacarse á los Hunos victoriosos. Mandábase á los habitantes avasallados que evacuasen sus albergues y se juntasen en algun llano inmediato, donde se dividian los vencidos en tres porciones. La primera se componia de los soldados de la guarnicion y de los mozos en estado de llevar armas, y quedaba al golpe decretado su destino, pues ó se alistaban sobre la marcha con los Mogoles, ó se les quitaba de enmedio con las picas y flechas de la tropa que los tenia cerca-

dos. La segunda clase, que constaba de muchachas lindas, de artesanos primorosos en toda clase de artefactos, y de los ciudadanos mas ricos ó visibles, que podian proporcionar un rescate cuantioso, se repartian en suertes proporcionadas. Los restantes, cuya vida ó muerte era igualmente inservible á los vencedores, eran árbitros de volverse á la ciudad, despojada ya de todo lo mas apreciable, y se cargaba un impuesto al desventurado vecindario por la fineza de permitirle respirar el aire nativo. Tal era la conducta de los Mogoles, en no mediando alguna violencia estraordinaria (23); pero la ofensa mas casual, el menor motivo, antojo ú ventaja los solia invitar á matar indistintamente á todo un vecindario; y se verificó el esterminio de ciudades florecientes con perseverancia tan empedernida, que, segun su espresion, atravesaban caballos sin tropiezo y á carrera por el solar donde existieran. Arrasaron las huestes de Zenjis las tres grandes capitales del Korazan, Maru, Neisabur y Herat; y el padron puntual que se formó de los muertos ascendia á cuatro millones trescientos cuarenta y siete mil individuos (24). Educóse Timur ó Tamerlan en siglo menos bárbaro, y profesando la relijion mahometana; sin embargo si Atila igualó allá los estragos de Tamerlan (25), tanto el Tártaro como el Huno merecen el apodo de azotes de Dios (26).

Puede afirmarse terminante y positivamente que los Hunos despoblaron las provincias del imperio por el número de súbditos que se llevaron cautivos. En manos de un lejislador atinado, colonia tan industriosa hubiera contribuido para derramar por los yermos de la Escitia las artes útiles y agradables; mas los cautivos de la guerra se fueron accidentalmente dispersando por los aduares que pertenecian al imperio de Atila. Justipreciábanse por el mero concepto de un bárbaro idiota y ajeno de toda inclinacion. No se alcanzaba quizás la trascendencia de un teólogo deslindador de los arcanos recónditos de la Trinidad y de la Encarnacion; mas respetaban á los ministros de todas las relijiones; y el fervor eficaz de los misioneros cristianos, sin asomar á la persona ni á la morada del monarca, se afanó acertadamente por la propagacion del Evanjelio (27). Las tribus pastoriles, ajenas del conocimiento de la propiedad territorial, se desentendieron así del uso como del abuso de la jurisprudencia civil; y la maestría de un jurista elocuente le redundaria en menosprecio ú en odio de su profesion (28). El trato incesante de los Hunos con los Godos les habia facilitado el conocimiento de sus mutuos idiomas nacionales; y los bárbaros ansiaban hablar en latin, que era la lengua militar, aun en el imperio oriental (29). Mas despreciaban el idioma y las ciencias de los Griegos; y el sofista vanaglorioso, ó el filósofo circunspecto, que habian disfrutado los aplausos lisonjeros de sus escuelas, se acongojaban de ver que su rollizo sirviente era un cautivo de mas precio y entidad que ellos mismos. Se apreciaban y fomentaban las artes mecánicas, por cuanto

conducian á satisfacer las necesidades de los Hunos. Un arquitecto, dependiente de Onejesio, uno de los íntimos de Atila, se empleó en construir un baño; pero aquella obra era un ejemplo estraño de lujo particular, y el herrero, el carpintero y el armero eran individuos mas adecuados para un pueblo errante, menesteroso de instrumentos importantes de paz y guerra. Pero un facultativo era el personaje merecedor de toda atencion y agasajo; mas los bárbaros despreciadores de la muerte solian ser aprensivos en sus dolencias, y el vencedor altanero temblaba ante un cautivo á quien suponia quizás una potencia soñada de alargarle ó conservarle la vida (30). No dejarian los Hunos de insultar á la desventura de sus esclavos, sobre quienes ejercian un mando despótico (31): mas no cabia en sus costumbres un sistema acicalado de opresion; y los rasgos de valor ó de dilijencia solian merecerles la libertad. El historiador Prisco, cuya embajada es un manantial de instruccion selecta, se vió saludado en los reales de Atila por un estranjero que le hablaba en griego, pero cuya vestidura y traza estaban ostentando el esterior de un Escita acaudalado. Segun su relacion, habia perdido en el sitio de Viminiaco haberes y libertad, paró en esclavo de Onejesio; pero sus fieles servicios contra los Romanos y los Acatziros lo habian encumbrado hasta la jerarquía de los Hunos, con los cuales se hallaba hermanado por los vínculos domésticos de la mujer con siete hijos. Los despojos de la guerra le habian restablecido y aun mejorado sus haberes particulares; era admitido en la mesa de su señor primitivo, y el apóstata griego estaba bendiciendo la hora de su cautiverio, pues le habia proporcionado una esfera dichosa é independiente que disfrutaba á título de su servicio militar. Esta reflexion acarreó un coloquio sobre las ventajas y las nulidades del gobierno romano, reciamente zaherido por el apóstata, y defendido por Prisco en una difusa y endeble declamacion. Retrató el liberto de Onejesio muy al vivo los achaques de un imperio menoscabado, cuya víctima habia sido tanto tiempo; la crueldad disparada de los príncipes romanos, inhábiles para escudar á los súbditos contra el enemigo público, y opuestos á que se defiendan con armas por sí mismos; el peso abrumador de los impuestos, agravado con el método enmarañado y arbitrario de su recaudacion; la confusion de un sinnúmero de leyes contradictorias; las formalidades enojosas y costosísimas de los procedimientos judiciales; la administracion parcial de la justicia, y el cohecho universal que robustecia el influjo del rico y recargaba la desdicha del menesteroso. Prorumpió por fin el venturoso desterrado en afectos patrióticos y fraternarles, lamentándose lloroso de la culpa ó la flaqueza de aquellos majistrados que habian venido á estragar las instituciones mas cuerdas y saludables (32).

La política medrosa ó egoista de los Romanos occidentales habia rendido á los Hunos el imperio de Oriente (33), donde la carencia de disci-

plina ó de virtud tampoco se compensaba con las prendas del monarca. Podia Teodosio afectar el lenguaje y aun el dictado de *invencible Augusto;* mas tuvo que apelar á la clemencia de Atila, quien dictó soberanamente estas condiciones broncas y avasalladoras de paz: I El emperador de Oriente se desprendió por convenio tácito ú espreso (A. 446) del territorio pingüe y dilatado que se estendia por las orillas meridionales del Danubio, desde Sinjiduno ú Belgrado hasta Novas en la diócesis de Tracia. Su anchura se regulaba vagamente con las palabras quince jornadas *(b);* mas, á propuesta de Atila, internada la situacion del mercado nacional, abarcaba tambien dentro de su señorío la ciudad arruinada de Naiso. II. Requirió y consiguió el rey de los Hunos que su tributo ú subsidio de setecientas libras de oro se aumentase hasta la suma anual de dos mil y ciento, y pactó el pago ejecutivo de seis mil en reintegro de sus desembolsos y desagravio de la guerra. Se conceptuará al pronto que una demanda, igual apenas á los haberes de algunos particulares, se presentaria desde luego cumplidamente por el imperio de Oriente, pero el apuro jeneral demuestra la escasez, ó á lo menos el trastorno del erario. Una porcion crecida de los impuestos arrebatados al pueblo quedaba descaminada en su tránsito por los conductos impuros al tesoro de Contantinopla. Malgastaban Teodosio y sus privados las rentas en costoso y desatinado lujo, disfrutándolas con el nombre de munificencia imperial ó caridad cristiana. Los auxilios inmediatos se habian apurado con la precision imprevista de preparativos militares. Una contribucion personal, cargada violenta y caprichosamente á los individuos de la jerarquía de senadores, era el único arbitrio que podia apagar desde luego la sedienta codicia de Atila; y las escaseces de los nobles los precisaron á conformarse con el recurso escandaloso de colgar en almoneda pública el ajuar de sus esposas y las galas hereditarias de sus palacios (54). III. Parece que el rey de los Hunos sentó por principio de jurisprudencia nacional que nunca podia perder la propiedad que habia llegado á poseer en los sujetos que voluntaria ó violentamente pudo avasallar. Inferia de aquí, y eran las ilaciones de Atila leyes irrevocables, que cuantos habian caido prisioneros durante la guerra debian entregarse sin demora y sin rescate; que todo cautivo y fujitivo romano debia comprar su derecho á la libertad por doce piezas de oro, y que cuantos bárbaros habian desertado de las banderas de Atila se devolviesen sin mediar indulto ni pacto alguno. Al ejecutar tratado tan inhumano y afrentoso, los empleados imperiales tuvieron que dar muerte á varios desertores nobles y leales que se desentendieron de aquella anuencia á una muerte inevitable; y los Romanos se imposibilitaron toda alianza con cualquiera pueblo escita con esta confesion pública de que no alcanzaban á escudar á los suplicantes que se habian guarecido á la sombra del solio de Teodosio (55).

El teson de un pueblo solo, tan arrinconado que con este único motivo asoma en la historia y en la jeografía, estuvo pregonando la afrenta del emperador y del imperio. Azimo ú Azimuntio, corta ciudad de la Tracia sobre la raya ilírica (56), habia descollado por la bizarría de sus mozos, la pericia y nombradía de sus propios caudillos y sus denodadas hazañas contra la hueste innumerable de los bárbaros. En vez de estarse aguardando su llegada, embistieron los Azimuntinos en repetidas y acertadas salidas el tropel de los Hunos, que iban evitando tan azarosa cercanía; rescataron de sus manos despojos y cautivos, y lograron reforzar sus valientes con la incorporacion de fujitivos y desertores. Concluido el tratado, volvió Atila á amagar al imperio con guerra implacable, si no se obligaba á los Azimuntinos á avenirse á las condiciones aceptadas por su soberano. Confesaron vergonzosa y verídicamente los ministros de Teodosio que no les quedaba ya un átomo de autoridad sobre jentes que con tan sumo denuedo esforzaban su independencia natural; y el rey de los Hunos se avino á contratar en términos iguales con los ciudadanos de Azimo. Pidieron la restitucion de algunos pastores y ganados que por acaso les habian arrebatado; otorgóseles una pesquisa esmerada, aunque infructuosa; mas tuvieron que jurar los Hunos que no guardaban prisionero alguno del pueblo, y entónces se les devolvieron sus dos paisanos que habian reservado como prendas para resguardo de sus compañeros estraviados. Atila por su parte quedó convencido, aunque engañado, de que habian degollado á los demás cautivos, acostumbrando siempre despedir á los Romanos y desertores bajo el resguardo de la fe pública. Disimulo tan cuerdo y oficioso podia sincerarse ó culparse por los casuistas, segun propendan al decreto violento de San Agustin, ó al dictámen mas blando de San Jerónimo ú San Crisóstomo; mas todo militar y todo estadista se harán cargo de que si la estirpe de los Azimuntinos se alentara y multiplicara, no llegaran los bárbaros á hollar la majestad del imperio (57).

No cabia por cierto el que Teodosio comprara con su desdoro un sosiego permanente, ni menos el que su mansedumbre le escudase contra nuevos agravios. Fué la corte bizantina insultada con cinco ú seis embajadas sucesivas (58); y encargóse á los ministros de Atila que estrechasen el cumplimiento pronto y cabal del último tratado; que pusiesen de manifiesto los nombres de todos sus fujitivos y desertores amparados en el imperio, y declarasen, con muestras de comedimiento, que en no logrando su soberano satisfaccion inmediata y completa, le seria imposible enfrenar, aun cuando lo desease, el ímpetu enconado de sus tribus guerreras. Sobre el orgullo y el interés que movian al rey de los Hunos á llevar adelante la negociacion, mediaba tambien la mira menos honrosa de enriquecer á sus privados á espensas de sus enemigos. Apurábase el

erario en agasajar á los embajadores y acompañantes, cuyos informes favorables eran muy conducentes para el mantenimiento de la paz. Lisonjeábase el monarca bárbaro con el recibimiento de sus ministros; justipreciaba con deleite los espléndidos regalos, requeria indispensablemente el desempeño de toda promesa ganancioso para ellos, y trató como negocio importantísimo de estado el enlace de su secretario Constancio (39). Este aventurero galo, recomendado por Ecio al rey de los Hunos, se habia comprometido á servir á los ministros de Constantinopla por el galardon pactado de una novia rica y noble; y se echó mano de la hija del conde Saturnino para cumplir con el empeño de su patria. La repugnancia de la víctima, trastornos de familia, y la confiscacion injusta de sus bienes entibiaron al amante; pero seguia pidiendo siempre un enlace equivalente, y tras demoras y desvios estudiados, tuvo la corte bizantina que sacrificar al desvergonzado estranjero la viuda de Armacio, cuyo nacimiento, opulencia y hermosura la encumbraban á la suma jerarquía entre las matronas romanas. Instaba Atila por la competente correspondencia sus embajadas importunas y trastornadoras; parábase á escudriñar la clase ó suposicion de los enviados imperiales; pero se avino á adelantarse hasta Sárdica para recibir á cuantos ministros se le enviasen revestidos de la dignidad consular. Desentendióse el consejo de Teodosio de la propuesta, manifestando el estado de asolacion y de escombros en que se hallaba Sárdica, y aun se arrojaron á insinuar que todo palaciego ú oficial del ejército estaba caracterizado para contratar con los príncipes mas poderosos de la Escitia. Encargóse Maximino, cortesano respetable (40), cuyo desempeño estaba muy acreditado en sus largos destinos civiles y militares, aunque con repugnancia, de la comision incómoda y quizás azarosa de apaciguar las iras del rey de los Hunos. Su amigo, el historiador Prisco (41), logró la coyuntura de ir observando al héroe bárbaro en sus interioridades; pero el secreto aciago y criminal en estremo de la embajada tan solo se confió al intérprete Vijilio. Los dos últimos embajadores de los Hunos, Orestes, particular distinguido de la Panonia, y Edecon, caudillo esforzado de la tribu de los Escirros, regresaban al mismo tiempo al campamento real. Esclareciéronse luego sus nombres desconocidos con la fortuna estraordinaria y el contraste de sus hijos, pues ambos sirvientes de Atila vinieron á ser padres del último emperador romano de Occidente y del primer rey bárbaro de Italia.

Los embajadores, con su crecida comitiva de jente y caballos, hicieron el primer alto en Sárdica, á mas de cien leguas de Constantinopla, á los trece dias de marcha. Como los restos de Sárdica yacian dentro de la raya del imperio (A. 448), correspondia á los Romanos el papel de agasajadores. Abasteciólos el vecindario de la porcion competente de ganado, y convidaron á los Hunos á una cena opípara; mas se alteró el

banquete por las preocupaciones mutuas. Los ministros del emperador encarecian la grandeza del imperio con entusiasmo; encumbraban los Hunos con igual empeño la preeminencia de su monarca victorioso; acaloróse mas y mas la contienda con la adulacion temeraria é intempestiva de Vijilio, quien orilló todo cotejo de un mero mortal con el divino Teodosio, y fuéles trabajoso á Maximino y Prisco el zanjar la conversacion y aplacar los ánimos airados de los bárbaros. Levantados de la mesa los embajadores imperiales, regalaron riquísimas ropas de seda y perlas orientales á Edecon y Orestes, quienes agradecieron el agasajo; mas no pudo menos Orestes de insinuar que no siempre se le habia tratado con igual miramiento y galantería; y la diferencia ofensiva que se sobreentendia entre su cargo civil y la jerarquía hereditaria de su compañero parece que constituia á Edecon en amigo sospechoso, y á Orestes en enemigo irreconciliable. Viajaron, tras el banquete, mas de treinta leguas desde Sárdica á Naiso, patria floreciente del gran Constantino, que yacia por el suelo, pues sus habitantes habian fenecido ú andaban dispersos, y la vista de algunos dolientes que se albergaban por los escombros de las iglesias hacia que horrorizase mas y mas la perspectiva. Blanqueaba la campiña con la osamenta de los muertos; y los embajadores, que seguian el rumbo del nordeste, tuvieron que pasar las sierras de la Servia moderna, antes de bajar al terreno llano y pantanoso que termina en el Danubio. Dominaban los Hunos el gran rio, navegándolo en canoas ó barquillas de troncos huecos; trasladaron á los ministros de Teodosio á la orilla opuesta, y sus asociados bárbaros acudieron inmediatamente al campamento de Atila, dispuesto igualmente para la caza y la guerra. Antes de andar Maximino una legua (*c*) desde el Danubio, ya empezó á esperimentar la molestísima insolencia del conquistador. Se le vedó el armar sus tiendas en una cañada amena, por temor de que se propasase á quebrantar la augusta distancia debida á la real morada (*d*). Estrecháronle los ministros de Atila para que les comunicase los negocios é instrucciones que traia reservadas para los oidos del soberano. Al alegar comedidamente Maximino la práctica contraria de las naciones, quedó atónito al advertir que los acuerdos del Consistorio sagrado, arcanos (dice Prisco) que no debieran revelarse ni á los mismos dioses, se habian alevosamente patentizado al enemigo público. Como se negase á acceder á sus propuestas indecorosas, quedó inmediatamente despedido; revocóse la órden, repitióse de nuevo, y procuraron los Hunos infructuosamente doblegar el teson invencible de Maximino. Por fin, con la mediacion de Escota, hermano de Onejesio, cuyas finezas habian cohechado, fué admitido á la presencia real: mas en vez de la gran contestacion decisiva, tuvo que emprender un viaje lejano hácia el norte, para que Atila pudiese disfrutar la satisfaccion altanera de recibir en el mismo

campamento á los embajadores de ambos imperios, oriental y occidental. Iban los guias pautando la marcha, teniendo que hacer alto, que apresurarse, que desviarse de la carretera, segun podia acomodar al antojo del rey. Los Romanos, que fueron atravesando las llanuras de la Hungría, suponen que pasaron *varios* rios navegables, ya en canoas, ya en barquillas portátiles; mas hay motivo para sospechar que el cauce revuelto del Teis ó Tibisco puede presentarse en diferentes sitios bajo diversos nombres. Abasteciáseles diariamente de todo desde las aldeas cercanas; dándoles sidra en lugar de vino, pan de mijo por el de trigo, y cierto licor llamado *camo*, que, segun la relacion de Prisco, se destilaba de la cebada (42). Toscamente lastimarian tales manjares y bebidas el paladar mimado con el lujo de Constantinopla; mas se olvidaba su penalidad accidental con los agasajos espresivos de aquellos mismos bárbaros tan furibundos y empedernidos en la guerra. Habian los embajadores acampado á la orilla de un grandioso pantano, y una tormenta deshecha con truenos y rayos les volcó las tiendas, anegó su equipaje y repuestos en el lodo y dispersó su comitiva que anduvo errante en la lobreguez de la noche, sin atinar con el camino y temerosa de algun peligro ignorado, hasta que dispertó con sus gritos al vecindario de una aldea cercana, perteneciente á la viuda de Bleda. Una iluminacion resplandeciente y luego una lumbre placentera de cañas se encendieron á impulsos de su afecto; quedaron las urjencias y los apetitos satisfechos colmadamente, y parece que los Romanos estuvieron harto perplejos con la cortesanía singular de aquella viuda, que realzó sus finezas con el regalo, ú á lo menos el préstamo de un número cabal de lindas y espresivas doncellas. El dia siguiente muy despejado se dedicó al descanso, á recojer y enjugar el equipaje, á reponer la jente y los caballos; pero por la tarde, antes de continuar su viaje, trataron los embajadores de mostrarse agradecidos á la hermosa aldeana, ofreciéndole con esmero copas, vellones de púrpura, fruta seca y pimienta de la India. Tras esta aventura se incorporaron con el campamento de Atila, del cual se habian separado por espacio de seis dias, y se fueron pausadamente encaminando á la capital de un imperio que en miles de leguas no comprendia una sola ciudad.

En cuanto cabe deslindar la jeografía escasa y revuelta de Prisco, parece que dicha capital estaba situada entre el Danubio, el Teis y la serranía Carpatia, en las llanuras de la Alta Hungría, y muy probablemente por las cercanías de Jazberin, Agria ó Tokay (43). Pudo ser en su principio un mero campamento casual, que con la residencia frecuente y dilatada de Atila se habia ido engrandeciendo, cual una aldea inmensa, para el recibimiento de su corte y de las tropas que le seguian, y además de la muchedumbre revuelta de la comitiva y de los esclavos hara-

ganes ó industriosos (44). Era el único edificio de piedra el de los baños construidos por Onejesio, trasportando los materiales de Panonia; y como el pais inmediato carecia de madera de construccion, se deja suponer que las moradas inferiores de la aldea rejia eran de barro, de paja y de tela. Las casas de madera de los Hunos mas eminentes estaban construidas y engalanadas con magnificencia tosca, segun la jerarquía, los haberes y el gusto de sus dueños. Parece que estaban colocadas con cierto órden y simetría, y cada solar venia á ser mas honorífico en cuanto se acercaba á la persona del soberano. El palacio de Atila, que sobrepujaba á todas las demás casas de sus dominios, estaba enteramente construido de madera y cubria grandísimo espacio de terreno. Era el recinto esterior un gran vallado ú estacada de vigas cuadradas, con torres altísimas interpuestas, y mas apropiadas para el adorno que para la defensa. Este antemural, que parece abarcaba las faldas de un cerro, encerraba una gran porcion de edificios, todos de madera, arreglados á los usos de la soberanía. Cada una de las muchas esposas de Atila tenia su casa separada, y en vez del emparedamiento estrecho y ruin de los zelos asiáticos, recibieron cortesmente á los embajadores romanos así á su presencia como á su mesa, y aun con el ensanche de un abrazo inocente. Al ofrecer Maximino sus presentes á Cerca (*e*), la reina principal, estrañó la arquitectura singular de su morada, la altura de sus columnas redondas, el tamaño y la hermosura de la madera que estaba primorosamente labrada, torneada, pulimentada y esculpida; y su vista cuidadosa fué columbrando algun gusto en los realces y cierto arreglo en las proporciones. Despues de atravesar por medio de la guardia que habia en la puerta, los embajadores fueron introducidos en el estrado de Cerca. Recibió esta la visita sentada, ó mas bien recostada en un lecho mullido; el suelo estaba alfombrado; los criados formaban un cerco en derredor de la reina, y sus doncellas, sentadas por el suelo, se afanaban en ir bordando los trajes que engalanaban á los guerreros bárbaros. Ansiaban los Hunos ostentar aquellas riquezas que eran efecto y testimonio de sus victorias: los jaeces de sus caballos, sus espadas, y aun sus zapatos, estaban claveteados de oro y piedras preciosas, y sus mesas rebosaban de fuentes, vasos y alhajas de oro y plata, de mano de artistas griegos, pues solo el monarca se engreia siempre con la sencillez de sus antepasados escitas (45). El traje de Atila, sus armas, y los jaeces de su caballo eran lisos, sin el menor realce, y de un solo color. Servíase la mesa real con vasijas y copas de madera; la carne era su único alimento, y aquel conquistador septentrional jamás llegó á probar el lujo del pan.

En la primera audiencia que dió Atila á los embajadores romanos, estaba su tienda cercada de una guardia formidable; hallábase el monarca sentado en un sillon de madera. Su estampa ceñuda, ademanes airados

y bronco desentono quebrantaron la entereza de Maximino ; pero mas fundamento tenia Vijilio para temblar, puesto que entendió distintamente la amenaza, á saber, que si Atila no respetase la ley de las naciones, clavaria al fementido intérprete á una cruz, brindando á los buitres con su cadáver. Allanóse el bárbaro á mostrar una lista cabal para evidenciar la falsedad de Vijilio, quien afirmaba que solos diez y siete desertores se habian hallado ; pero añadió con arrogancia que únicamente le desazonaba el tener que lidiar desairadamente con sus esclavos fujitivos, menospreciando sus conatos desvalidos para resguardar las provincias que Teodosio les habia encargado; pues ¿« qué fortaleza? » continuó Atila, «¿ qué ciudad, en todo el ámbito anchuroso del imperio romano, se conceptuará afianzada é inespugnable en dándome el deseo de aventarla por los aires? » Despidió sin embargo al intérprete, quien volvió á Constantinopla con el requerimiento terminante del reintegro cabal y otra embajada mas esplendorosa. Fué sin embargo amainando su ira, y el júbilo doméstico de un desposorio que celebró con la hija de Eslam (*f*) pudo tal vez contribuir para afianzar la fiereza nativa de su índole. Una ceremonia estrañísima señaló la entrada de Atila en su aldea real, pues le salió al encuentro una gran cuadrilla de mujeres. Iban marchando en hileras largas y arregladas delante de su héroe, entoldando los intermedios con velos blancos y finísimos de lino, que encaramaban las portadoras con sus manos, y formaban como una techumbre para un coro de doncellas tiernas que entonaban himnos y cantares en lengua escita. La esposa de su privado Onejesio saludó á Atila, en el tránsito para el palacio, al umbral de su casa, y le ofreció, segun costumbre del pais, en demostracion de rendimiento, el vino y los manjares que tenia dispuestos para recibirle. Apenas la dignacion halagüeña del monarca aceptó el agasajo, encumbraron los sirvientes una mesita de plata á la altura competente, manteniéndose Atila á caballo, y tocando el vaso con sus labios, correspondió al saludo de la esposa de Onejesio y continuó su camino. Mientras residia en el solio de su imperio, no se estaba ocioso en el encierro del serrallo, pues sabia conservar su decoro, sin encubrir su persona á las miradas públicas. Solia juntar su consejo y dar audiencia á los embajadores de las naciones, pudiendo su pueblo apelar al tribunal supremo, que celebraba á ciertos plazos, y, segun la costumbre oriental, á los umbrales de la puerta principal de su palacio de madera. Los Romanos, tanto orientales como occidentales, estuvieron dos veces convidados á los banquetes en que Atila agasajaba á los príncipes y nobles de Escitia. Maximino y sus compañeros quedaron detenidos en el umbral, hasta que brindaron rendidamente por la salud y prosperidad del rey de los Hunos ; y se les condujo, tras esta ceremonia, á sus respectivos asientos en un salon espacioso. La mesa y el lecho real, cubiertos

con alfombras y lienzos finos, se elevaban un tanto en medio de la estancia; y un hijo, un tio, ú quizás un rey predilecto fueron partícipes de la comida sencilla y casera de Atila. Dos hileras de mesitas de á tres ó cuatro convidados cada una ceñian ambos costados; reputábase el derecho por mas honorífico; pero los Romanos confiesan injenuamente que se les colocó en el izquierdo, y que Bercio, caudillo desconocido y probablemente de alcurnia goda, antecedia á los representantes de Teodosio y Valentiniano. Recibió el bárbaro monarca de manos de su escanciano un vaso lleno de vino y bebió cortesmente á la salud del convidado preeminente, quien se levantó del asiento, y manifestó en iguales términos su leal y ansioso acatamiento. Alcanzó el ceremonial á todos, ó al menos á los mas descollantes, y debió durar largo rato, pues se repitió hasta tercera vez, al cubrir la mesa con otros platos. Mas quitados los manjares, siguieron los Hunos soltando la rienda á su destemplanza, mucho despues que los sobrios embajadores se habian retirado decorosamente del banquete nocturno; pero antes se les proporcionó el enterarse de las costumbres de los Escitas en sus convites. Habia dos Escitas junto al lecho de Atila, recitándole los versos que habian compuesto en celebridad de su denuedo y sus victorias (*g*). Enmudeció el salon, teniendo embargados á los concurrentes con el embeleso armónico que revivia y perpetuaba la memoria de sus propias hazañas. Echaban los guerreros de sus ojos marcial arrojo, como desalados tras la refriega, manifestando los ancianos con sus lágrimas la desesperacion que les causaba el verse ya inhábiles para alternar gallardamente en los trances y en la gloria de las armas (46).

Esta funcion, que merece conceptuarse como escuela de virtud militar, se coronaba con una mojiganga que desdoraba la naturaleza humana. Un bufon escita y otro moro (*h*) alternaban en suscitar la risa del crecido auditorio, por sus figuras contrahechas, vestuarios estrambóticos, ademanes disparatados y charla frenética, revuelta de una jerga de latin, griego y huno; y todo el salon retumbaba con el estruendo desenfrenado de las carcajadas. En medio de tan descomedido alboroto, solo Atila, inalterable, seguia con su grave y ceñudo señorio, que únicamente amainaba al asomar el menor de sus hijos, pues abrazaba al niño con una sonrisa de ternura paternal, le pinchaba suavemente el carrillo y rebosaba de cariño estremado, realzado solo con la promesa de los profetas, de que Irnac vendria á ser la columna de su familiia y del imperio. A los dos dias recibieron los embajadores nuevo convite, y no pudieron menos de celebrar la cortesanía y el agasajo de Atila. Esplayóse este en conversacion familiar con Maximino; pero salpicando sus atenciones con palabras broncas y altaneras, reconvenciones, y se puso eficazmente de parte de su secretario Constancio y sus demandas indecoro-

sas por intereses personales. « El emperador, » dijo Atila, « le prometió allá una esposa rica; y Constancio no ha de quedar chasqueado; ni debiera un emperador romano dar lugar á que se le apodase de embustero. » Al dia tercero, quedaron despedidos los embajadores; otorgóse la libertad con moderado rescate á varios cautivos, por sus eficaces instancias, y se les permitió aceptar de cada noble escita el regalo honorífico y provechoso de un caballo. Volvióse Maximino por el mismo rumbo, y aunque le sobrevino una contienda casual con Berico, el nuevo embajador de Atila, se congratuló de haber contribuido con su trabajoso viaje á consolidar la paz y alianza de las dos naciones (47).

Mas ignoraba el embajador el alevoso intento, encubierto bajo el disfraz de la fe pública. El asombro y la complacencia de Edecon al contemplar las grandezas de Constantinopla alentaron al intérprete Vijilio para proporcionarle el avistarse reservadamente con el eunuco Crisafio (48), que estaba gobernando al emperador y el imperio. Tras algunos preámbulos, juramentáronse mutuamente sobre el sijilo; y el eunuco, que ni por sus propios sentimientos ni por la esperiencia habia formado concepto grandioso de la virtud ministerial, se aventuró á proponerle la muerte de Atila, como servicio sumo que pudiera acarrear á Edecon parte crecida de tantas riquezas y lujo como estaba encareciendo. Dió el embajador de los Hunos oidos á la oferta halagüeña, blasonó de su maestría é inclinacion á ejecutar el hecho sangriento; comunicóse el intento al maestre de los oficios, y el devoto Teodosio se avino al asesinato de su enemigo invencible. Mas descubrióse la conspiracion alevosa con el disimulo ú el arrepentimiento de Edecon, y por mas que abultase su aborrecimiento á la traicion misma que aparentaba aprobar, tuvo la maña de apropiarse el mérito de su pronta y voluntaria confesion. Si nos paramos ahora á estudiar la embajada de Maximino y la conducta de Atila, ensalzarémos al bárbaro, que respetó la ley del hospedaje, y agasajó y despidió hidalgamente al ministro de un príncipe que habia conspirado contra él. Pero todavía estrañarémos mas la temeridad de Vijilio, puesto que sabedor del atentado y del peligro, volvió al campamento real, acompañado de su hijo cargado con un saquillo de oro, suministrado por el eunuco predilecto, para acudir á las urjencias de Edecon y cohechar á su guardia. Afianzóse inmediatamente al intérprete, y puesto ante el tribunal de Atila, se revistió de entereza protestando su inocencia; pero la amenaza de la muerte ejecutiva de su hijo le arrebató el descubrimiento sincero de toda la tramoya criminal. El codicioso rey de los Hunos admitió, á título de rescate ó confiscacion, doscientas libras de oro por la vida de un traidor á quien se desentendia de castigar. Envió inmediatamente á sus embajadores Eslao y Orestes á Constantinopla, con un encargo terminante que les era mas seguro ejecutar que des-

obedecer. Se introdujeron osadamente hasta la presencia imperial, con el aciago bolson pendiente del cuello de Orestes, quien preguntó al eunuco Crisafio, que estaba junto al trono, si reconocia aquel testimonio de su atentado. Pero el prorumpir en amargas reconvenciones corria á cargo de su compañero, preeminente en dignidad, Eslao, quien se encaró ceñudamente con el emperador oriental y le dijo: « Teodosio es hijo de un padre esclarecido y respetable. Atila desciende igualmente de alcurnia noble, y ha correspondido con sus acciones al decoro que heredó de su padre Mundzuk. Pero Teodosio bastardea respecto del pundonor paterno, y aviniéndose á pagar tributo, se ha envilecido hasta la vecindad de un esclavo. Es pues muy debido que acate y venere á quien la suerte y el mérito le han sobrepuesto, en vez de intentar, como un esclavo perverso, conspirar clandestinamente contra su dueño. » El hijo de Arcadio, avezado únicamente al eco de la lisonja, oyó con asombro el lenguaje adusto de la verdad; sonrojado y trémulo, ya no se atrevió á denegar la cabeza de Crisafio, que Eslao y Orestes traian el encargo de pedir. Grandiosa embajada se dispuso arrebatadamente con plenos poderes y regalos magníficos para amainar las iras de Atila, y quedó su orgullo pagado con el nombramiento de Nomio y Anatolio, dos ministros de jerarquía consular ó patricia, de los cuales era el uno tesorero mayor y el otro maestre jeneral de los ejércitos de Oriente. Se allanó á salirles al encuentro á la orilla del rio Drenco; y aunque al principio se entonó, fué su cólera cediendo con la elocuencia y la galantería. Avínose á indultar el emperador al eunuco y al intérprete; se juramentó en cumplir las condiciones de la paz, libertó un crecido número de cautivos, se desentendió de fujitivos y desertores, y cedió un territorio anchuroso al mediodía del Danubio, exhausto ya de riquezas y de habitantes. Mas fetióse el tratado á espensas tan subidas, que bastaran para sostener una guerra esforzada y venturosa; y los súbditos de Teodosio tuvieron que rescatar la vida de un privado villano con impuestos desangradores que pagaran mas gustosos para su esterminio (49).

No sobrevivió mucho el emperador Teodosio á la particularidad mas afrentosa de una vida arrinconada. Cabalgando ú cazando por las cercanías de Constantinopla, arrojólo el caballo al rio Lico. (A. 450, jul. 28). Quebrantósele el espinazo en la caida, y espiró algunos dias despues á los cincuenta años de edad y cuarenta y tres de su reinado (50). Pulqueria, cuyo predominio contrarestaban aciagamente los eunucos, tanto en los negocios civiles como en los eclesiásticos, fué unánimente proclamada emperatriz del Oriente; y los Romanos por la vez primera se sujetaron á un reinado mujeril. Puesta en el solio, desahogó justiciera su propio encono y el de todos. Degollóse ilegalmente al eunuco Crisafio á las puertas de la ciudad; y la inmensidad de sus riquezas le condujo

tan solo para sincerar y atropellar su castigo (51). En medio de las aclamaciones del clero y del pueblo, no trascordó la emperatriz la vulgaridad y desventaja que cabia á su sexo, y acordó atinadamente precaver sus hablillas nombrando un compañero que acatase siempre la jerarquía superior y la castidad virjinal de su esposa. Alargó su mano al senador Marciano, de sesenta años; y el marido nominal de Pulqueria fué solemnemente revestido de la púrpura imperial. Tan solo su afan por el credo lejítimo, cual lo deslindó el concilio de Calcedonia, le pudo merecer la elocuencia agradecida de los católicos. Pero la vida privada de Marciano, y luego su desempeño en el solio, comprueban que era muy capaz de rescatar y robustecer un imperio desmoronado por la flaqueza consecutiva de dos monarcas hereditarios. Nacido en Tracia y educado en la profesion de las armas, las desventuras y escasez habian aquejado su juventud, pues todo su peculio al asomar por Constantinopla se reducia á doscientas piezas de oro prestadas por un amigo. Pasó diez y nueve años en el servicio militar y personal de Aspar y su hijo Ardaburio; siguió á entrambos jenerales poderosos en las guerras de Persia y de Africa, y logró por su mediacion la jerarquía honorífica de tribuno y senador. Su índole apacible y su provechosa suficiencia realzaron á Marciano en el aprecio y la privanza con sus patronos; habia presenciado y quizás sentido los abusos de un réjimen venal y atropellador; y su propio ejemplo dió peso y eficacia á las leyes que fué promulgando para la reforma de las costumbres (52).

NOTAS

correspondientes al capítulo trijésimo cuarto.

(1) Los materiales auténticos para la historia de Atila se hallan en Jornandes (de Rebus Geticis, c. 34-50, p. 660-688, edit. Grot.) y Prisco (Excerpta de Legationibus, p. 33-76. Paris, 1648). No he visto las vidas de Atila, compuestas por Juvencus Cœlius Calanus Dalmatinus, en el siglo doce, ó por Nicolas Olaho, arzobispo de Gran, en el diez y seis. Véase Historia de los Jermanos por Mascou, IX, 23, y Maffei, Osservazioni Litterarie, tom. I, p. 88, 89. Todo lo que han añadido los Húngaros modernos debe ser fabuloso; y parece que no han sobre-

salido en el arte del engaño. Supone que cuando Atila invadió la Galia é Italia, se casó con un sinnúmero de mujeres y que tenia ciento y veinte años. Thwrocz Chrn., p. I, c. 22 in Scrip. Hungar., tom. I, p. 76.

(2) La Hungría fué ocupada sucesivamente por tres colonias escitas. 1. Los Hunos de Atila; 2. Los Abares del siglo sexto; y 3. Los Turcos ó Mayares, año 889; los verdaderos antecesores de los Húngaros modernos, cuya relacion con los primeros es sumamente remota. El *Prodromus* y la *Notitia* de Mateo Belio, contiene una infinidad de apuntes sobre la Hungría antigua y moderna. He visto los estractos en la Bibliotheque Ancienne et Moderne, tom. XXII, 1-51, y Bibliotheque Raisonnée, tom. XVI, 127-175 (*).

(3) Sócrates, l. VII, c. 43. Teodoreto, l. V, c. 36. Tillemont que siempre se apoya en la autoridad de escritores eclesiásticos, afirma seriamente (Hist. des Empereurs, tom. VI, p. 136, 607) que las guerras y las personas no eran las mismas.

(4) Véase Prisco, p. 47, 48, y Hist. des Peuples de l' Europe, tom. VII, c. XII, XIII, XIV, XV.

(5) Prisco, p. 39. Los Húngaros modernos deducen su jenealojía, que asciende hasta el treinta y cinco grado, de Ham, el hijo de Noe; con todo ignoran el verdadero nombre de su padre (De Guignes, Hist. des Huns, tom. II, p. 297).

(6) Compárese Jornandes (c. 35, p. 661) con Buffon, Hist. Natural, tom. III, p. 380. El primero tenia derecho á decir, originis suœ signa restituens. El retrato de Atila está probablemente tomado de Casiodoro.

(7) Abulfaraje, Dynast. vers. Pocock, p. 281. Historia Jenealójica de los Tártaros, por Abulghazi Bahader Khan, part. III, c. 15, part. IV, c. 3. Vida de Jenjiskan, por Petit de la Croix, l. I, c. 1, 6. Las relaciones de los misioneros, que visitaron la Tartaria en el siglo trece (véase el tomo séptimo de la Historia de los Viajes) dan á conocer su idioma y costumbres populares: llamaban á Zenjis hijo de Dios, etc. etc.

(8) Nec templum apud eos visitur, aut delubrum, ne tugurium quidem culmo tectum cerni usquam potest; sed *gladius* Barbarico ritu humi

(*) Mailath (en su Geschichte der Magyaren) considera aun indecisa la cuestion del oríjen de los Magyares. Las antiguas crónicas húngaras están acordes en derrivarlos de los Hunos de Atila. Véase nota, tom. III, p. 318. La opinion adoptada últimamente por Schlozer, Belnay, Dankoosky, es que, por su idioma, descienden de la raza fenicia. Fessler, en su Historia de la Hungría, está acorde con Gibbon en suponerlos Turcos. Mailath insertó una injeniosa disertacion de Fejer, en la que trata de relacionarlos con los Partos. Vol. I, Anmerkunjen, p. 50.—M.

figitur nudus, eumque ut Martem regionum quas circumcircant præsulem verecundius colunt. Amiano Marcelino, XXXI, 2, y las sabias notas de Lindembrojio y Valesio.

(9) Refiere Prisco esta célebre historia, tanto en su texto orijinal (p. 65) como en la citacion hecha por Jornandes (c. 35, p. 662). Podia haber esplicado la tradicion ó conseja que caracteriza esta célebre espada, y el nombre así como los atributos de la deidad escitia, á quien trasforma en el Marte de los Griegos y Romanos.

(10) Herodoto, l. IV, c. 62. Por economía, he calculado con el estadio mas pequeño. En los sacrificios humanos cortaban un brazo á la víctima, que arrojaban al aire, formando agüirios segun caia en la pira.

(11) Prisco, p. 55. Un héroe mas civilizado, Augusto, se complacia en estremo, si la persona sobre quien fijaba su vista parecia no poder resistir su divino resplandor. Suetonio, in August. c. 79.

(12) El conde de Buat (Hist. des Peuples de l' Europe, tom. VII, p. 428, 429) trata de justificar á Atila del asesinato de su hermano; y aun casi desecha el testimonio de Jornandes y de las crónicas contemporaneas.

(13) Fortissimarum gentium dominus, qui inaudita antese potentia, solus Scythica et Germanica regna possedit. Jornandes, c. 49, p. 684. Prisco, p. 64, 65. M. de Guignes, con el conocimiento del chino, adquirió (tom. II, p. 295-301) una idea exacta del imperio de Atila.

(14) Véase la Hist. de los Hunos, tom. II, p. 296. Los Jeujenes creian que los Hunos podian promover á su antojo las tempestades. Producia este fenómeno la piedra *Gezi*, á cuyo májico poder atribuyeron los Tártaros Mahometanos del siglo catorce la pérdida de una batalla. Véase Cherefeddin Ali, Hist. de Timur Bec, tom. I, p. 82, 83.

(15) Jornandes, c. 35, p. 661, c. 37, p. 667. Véase Tillemont, Hist. des Empereurs, tom. VI, p. 129, 138. Corneille representó el orgullo de Atila con sus reyes súbditos; y su trajedia empieza con estos dos versos estravagantes:

Ils ne sont pas venus, nos deux rois? Qu'on leur die
Qu'ils se font trop attendre, et qu'Attila s'ennuie.

Los dos reyes de los Jépidos y de los Ostrogodos son profundos políticos y amantes sentimentales; toda la trajedia manifiesta los defectos del poeta, sin el númen.

(16) — allii per Caspia claustra
Armeniasque nives, inopino tramite ducti

Invadunt Orientis opes: jam pascua fumant
Cappadocum, volucrumque parens Argeus equorum,
Jam rubet altus Halys, nec se defendit iniquo
Monte Cilix; Syriæ tractus vastantur amæni;
Assuetumque choris, et læta plebe canorum,
Proterit imbellem sonipes hostilis Orontem.
Claudian., in Rufin., l. II, 28-35.

Véase tambien en Eutropio, l. I, 243-251, y la descripcion de Jerónimo, que escribió segun sus sentimientos, tom. I, p. 26, Heliodor., p. 200, ad Ocean, Filostorjio (l. IX, c. 8) menciona esta irrupcion.

(a) Gibbon padeció una equivocacion: Básico y Cúrsico eran los nombres de los jefes de los Hunos. Παρεληλυθέναι δὲ εἰς τὴν Μήδων τόν τε Βασίχ καὶ Κουρσίχ... ἄνδρας τῶν βασιλείων Σκυθῶν καὶ πολλοῦ πλήθους ἄρχοντας, Prisco, edic. Bonn, p. 200.—M.

(17) Véase la conversacion orijinal de Prisco, p. 64, 65.

(18) Prisco, p. 33. Contenia su historia una estensa y elocuente relacion de la guerra (Evagrio, l. I, c. 17), pero lo único que se ha conservado son los estractos relativos á las embajadas. Con todo, la obra orijinal aun existia en tiempo de los escritores, de quienes tomamos nuestros apuntes imperfectos, Jornandes, Teofanes, conde Marcelino, Próspero-Tiro, y el autor de la crónica alejandrina. M. de Buat (Hist. des Peuples de l' Europe, tom. VII, c. XV) examinó los motivos, circunstancias y duracion de esta guerra, y la coloca en el año 444.

(19) Procopio, de Edificiis, l. IV, c. 5. Estas fortalezas fueron reparadas y reforzadas por el emperador Justiniano; pero destruidas luego por los Abares, que sucedieron á los Hunos en el poder y en sus posesiones.

(20) Septuaginta civitates (dice Próspero-Tiro) depredatione vastatæ. El lenguaje del conde Marcelino es aun mas enérjico. Pene totam Europam, invasis *excisisque* civitatibus atque castellis, *conrasit.*

(21) Tillemont (Hist. des Empereurs, tom. VI, p. 106, 107) da mucha importancia á este célebre terremoto, que se sintió desde Constantinopla á Antioquía y Alejandría, y todos los eclesiásticos lo ensalzan. Un terremoto en manos de un predicador popular es una palanca de una fuerza estraordinaria.

(22) Hizo presente el emperador de los Mogoles que las cuatro provincias (Petcheli, Chantong, Chansi y Leaotong) que ya poseia, bajo una buena administracion, podian producir, 500,000 onzas de plata, 400,000 medidas de arroz y 800,000 piezas de seda. Gaubil, Hist. de la Dynastie des Mongous, p. 58, 59. Yelutchousay (este era el nombre del

mandarin) era un sabio y virtuoso ministro, que salvó á su pais y civilizó á los conquistadores (*).

(23) Seria interminable el citar ejemplos particulares; pero el minucioso lector puede consultar la vida de Jenjiscan, por Petit de la Croix, la Histoire des Mongous, y el tomo quince de la Historia de los Hunos.

(24) En Maru, 1.300,000; en Herat. 1.600,000; en Neisabur, 1.747,000. D' Herbelot, Bibliotheque Orientale, p. 380, 481. He seguido la ortografía de los mapas de D' Anville. Es menester convenir que los Persas exajeraban sus pérdidas, y los Mogoles ensalzaban sus victorias.

(25) Cherefeddin Ali, su adulador panejirista, nos proporciona muchos bárbaros ejemplos. Timur, en su campamento delante de Delhi, mandó asesinar á 100,000 prisioneros indios, porque se *sonrieron* á la vista del ejército de sus compatriotas (Hist. de Timur Bec, tom. III, p. 90). La ciudad de Ispahan suministró 70,000 cráneos humanos para la construccion de varias altas torres (id., tom. I, p. 434). En la sublevacion de Bagdad (tom. III, p. 370) se cobró un impuesto semejante; y el número exacto, que Cherefeddin no pudo procurarse, lo fija otro historiador (Almet Arabsiada, tom. II, p. 173, vers. Manger) en 90,000 cabezas.

(26) Los antiguos Jornandes, Prisco, etc., ignoraban este epiteto. Los Húngaros modernos suponen que un ermitaño de la Galia se lo aplicó á Atila, quien solia insertarlo entre los títulos de su dignidad real. Mascou, IX, 23, y Tillemont, Hist. des Empereurs, tom. VI, p. 143.

(27) Los misioneros de San Crisóstomo convirtieron gran número de Escitas que vivian allende el Danubio en tiendas y carros. Teodoreto, l. V, c. 31. Focio, p. 1517. Los Mahometanos, Nestores y Cristianos latinos se creian seguros de ganar á los hijos y nietos de Zenjis, quienes trataban á los misioneros rivales con suma bondad.

(28) Los Jermanos que esterminaron á Varo y sus lejiones habian sido gravemente ofendidos por las leyes y abogados romanos. Uno de los bárbaros, despues de tomar sus precauciones, habiendo cortado la lengua á un abogado y cosídole la boca, dijo con satisfaccion que la víbora ya no podia silbar. Floro, IV, 12.

(29) Prisco, p. 59. Los Hunos preferian la lengua gótica y el latin á su propio idioma, que probablemente era duro y estéril.

(30) Filipo de Comnines, en su admirable descripcion de los últimos momentos de Luis XI (Memoires, l. VI, c. 12), pinta la insolencia del

(*) Compárese la vida de este hombre célebre, traducida del chino por M. Abel Rémusat, Nouveaux Mélanges Asiatiques, tom. II, p. 64.—M.

médico, que en cinco meses consiguió del severo y ambicioso tirano 1.330,000 reales y un rico obispado.

(31) Prisco (p. 61) ensalza la equidad de las leyes romanas que protejian la vida del esclavo. Occidere solent (dice Tácito de los Jermanos) non disciplina et severitate, sed impetu et ira, ut inimicum, nisi quod impune. De Moribus Germ., c. 25. Los Hérulos, que eran los súbditos de Atila, reclamaron y ejercieron el poder de vida ó muerte sobre sus esclavos. Véase un ejemplo en el tomo segundo de Agatias.

(32) Véase toda la conversacion en Prisco, p. 59-62.

(33) Nova iterum Orienti assurgit ruina... quum nulla ad Occidentalibus ferrentur auxilia. Próspero-Tiro compuso su crónica en el Oriente; y su observacion envuelve una censura.

(b) Cinco en la última edicion de Prisco. Niebuhr. Byz. Hist., p. 147.—M.

(34) Segun la descripcion ó mas bien la crítica de Crisóstomo, muy productiva debia ser una venta pública del lujo bizantino. Toda casa acomodada poseia un mesa semicircular de plata maciza, que dos hombres no podian mover, un vaso sólido de oro de peso de cuarenta libras, copas, platos, del mismo metal, etc.

(35) En Prisco (p. 34, 35, 36, 37, 53, etc.) se hallan los artículos del tratado, sin órden ni concierto. El conde Marcelino lo aclara algun tanto diciendo, 1. Que el mismo Atila solicitó la paz y presentes que habia rehusado anteriormente; y 2. Que en aquella época, los embajadores de la India regalaron al emperador Teodosio un hermosísimo tigre manso.

(36) Prisco, p. 35, 36. Entre las ciento ochenta y dos fortalezas ó castillos de Tracia, enumerados por Procopio (Edificiis, l. IV, c. XI, tom. II, p. 92, edic. Paris), hay uno llamado *Esimontou*, cuya situacion está indudablemente señalada en las cercanías de Anquialo y del Mar Euxino. Los muros de Azimuncio existieron hasta el reinado de Justiniano; pero la raza de sus valientes defensores fué cuidadosamente estirpada por los zelos de los príncipes romanos.

(37) La disputa de San Jerónimo y San Agustin, que trabajaron por diferentes vias para deslindar la aparente cuestion de los apóstoles, San Pedro y San Pablo, pende de la solucion de un hecho importante (Obras de Middleton, tom. II, p. 5-10), que ha sido promovido frecuentemente por los doctores católicos y protestantes, y aun por los abogados y filósofos de todos tiempos.

(38) Montesquieu (Considerations sur la Grandeur, etc., c. XIX) delineó fácil y atrevidamente algunas de las circunstancias mas notables del orgullo de Atila y la miseria de los Romanos. Merece elojiársele por ha-

ber leido los Fragmentos de Prisco, de los que se ha hecho muy poco caso.

(39) Véase Priscò, p. 69, 71, 72, etc. Creo positivamente que este aventurero fué luego crucificado por órden de Atila, por sospechas de traicion; pero Prisco (p. 57) ha distinguido claramente *dos* personas del nombre de Constancio, que por los acontecimientos semejantes de sus vidas, podrian confundirse fácilmente.

(40) En el tratado persa, firmado en el año 422, el sabio y elocuente Maximino fué el asesor de Ardaburio (Sócrates, l. VII, c. 20). Cuando Marciano ascendió al trono, dió á Maximino el empleo de gran chambelan, que en edicto público le coloca entre los cuatro principales ministros del estado (Novell. ad Calc. Cod. Theodos., p. 31). Desempeñó una comision civil y militar en las provincias de Oriente; y los salvajes de Etiopía, cuyas correrías habia reprimido, lloraron su muerte. Véase Prisco, p. 40, 41.

(41) Priscò era natural de Panio en Tracia, y merecia por su elocuencia un distinguido puesto entre los sofistas de aquella época. Su Historia Bizantina, que corresponde á aquellos tiempos, forma siete tomos. Véase Fabricio, Bibliot. Græc., tom. VI, p. 235, 236. A pesar de la favorable opinion de los críticos, me parece que Prisco era pagano (*).

(c) 70 estadios. Prisco, 173.—M.

(d) Prohibiósele el armar sus tiendas en una eminencia, porque las de Atila estaban abajo en la llanura. *Ibid.*—M.

(42) Los Hunos continuaban desentendiéndose del cultivo de los campos, abusando de los privilejios de conquistadores, y los Godos, sus industriosos súbditos, que ejercian la agricultura, temian su vecindad como la de otros tantos lobos hambrientos (Prisco, p. 45). Los Sartos y Tadjicos del mismo modo proveian á su propia subsistencia y á la de los Usbec-Tártaros, sus holgazanes y rapaces dueños. Véase Jenealojía de los Tártaros, p. 423, 455, etc.

(43) Claro es que Prisco pasó el Danubio y el Teis, y que no llegó al pié de los montes Carpatos. Agria, Tokay y Jazberin están situadas en las llanuras circunscritas en esta definicion. M. de Buat (Histoire des Peuples, etc, tom. VII, p. 461) elijió Tokay; Otrokosci (p. 180, apud Mascou, IX, 23), sabio húngaro, prefirió Jazberin, ciudad situada á treinta y seis millas al oeste de Buda y el Danubio (**).

(*) Niebuhr es de la misma opinion. Vida de Prisco, en la nueva edicion de los historiadores bizantinos.—M.

(**) M. San Martin considera la narracion de Prisco como la única autoridad de M. de Buat y de Gibbon, no bastando para fijar el campamento de Atila.

(44) La aldea real de Atila puede compararse á la ciudad de Karacorum, residencia de los sucesores de Zinjis; y á pesar de que parece haber sido una residencia agradable, no igualó la estension y esplendor de la ciudad y abadía de San Dionisio, en el siglo trece (véase Rubruquis, en la Histoire Générale des Voyages, tom. VII, p. 286). La descripcion del campamento de Aurengzeib, tan hermosamente rasgueada por Bernier (tom. II, p. 217-285), mezcla las costumbres de Escitia con la magnificencia y el lujo del Hindostan.

(e) Tres veces cita Prisco el nombre de esta reina, y siempre de diferente manera—Cerca, Creca y Rheca. Los poetas escandinavos han conservado su recuerdo bajo el nombre de Herkia. San Martin, VI, 192.—M.

(45) Cuando los Mogoles, en la dieta de Toncat, presentaron los despojos del Asia, el trono de Zinjis aun estaba cubierto con el mismo paño negro sobre el que se habia sentado cuando ascendió al mando de sus compañeros de armas. Véase Vida de Jenjiscan, l. IV, c. 9.

(f) Escam —ἐν ᾗ γαμεῖν θυγατέρα Ἐσκὰμ ἐβούλετο, πλείστας μὲν ἔχων γαμητάς, ἀγόμενος δὲ καὶ ταύτην κατὰ νόμον τὸν Σκυθικόν ¿Era esta su hija ó la de una persona llamada Escam? (Gibbon escribió incorrectamente Eslam, nombre desconocido. El oficial de Atila, llamado Eslas, se escribía Ησλας) En cualquiera de los dos casos está imperfecto: un buen escritor griego hubiera añadido un artículo para determinar el sentido, ó bien τὴν αὐτοῦ θυγατέρα, ó τὴν τοῦ Ἐσκὰμ θυγατέρα. No está enteramente claro sobre si las costumbres escitas consienten la poligamia ó un casamiento que en cualquiera otro pais se miraria como incestuoso. La version latina conserva cuidadosamente la misma ambigüedad, filiam Escam uxorem. No creo que deba decir «su propia hija,» aunque tengo poca confianza en la uniformidad de los idiomas gramaticales de los Bizantinos (aunque Prisco es uno de los mejores) para decidir con seguridad.—M.

(g) Este pasaje es notable por la relacion que tiene el nombre de Atila con aquel estraordinario ciclo de poesía, que se halla en diversa forma en casi todos los idiomas teutónicos. Un poema latino, de prima expedi-

Es digno de notarse en las tradiciones húngaras recopiladas por Thwrocz, l. 2, c. 17, que precisamente en el brazo izquierdo del Danubio, en donde estaba acampado Atila, en la misma paralela está la actual ciudad de Buda, en húngaro Buduvur. Por esta razon la ciudad conservó por mucho tiempo entre los Jermanos de Hungría el nombre de Etzelnburgo ó Etzela-burgo, esto es, la ciudad de Atila. La distancia de Buda desde el punto en que Prisco cruzó el Danubio, en su viaje de Naiso, es igual á la que tuvo que andar para llegar á la residencia del rey de los Hunos. No veo fundados motivos para no dar crédito á la relacion de los historiadores húngaros. San Martin, VI, 191.—M.

tione Attilæ, regis Hunorum, in Gallias, se publicó en el año 1780, por Fischer en Leipsic. Forma en todo con la continuacion 1452 líneas. Abunda en faltas métricas, pero no carece de enerjía é imajinacion en la variedad de circunstancias de los combates del héroe Gualterio, príncipe de Aquitania. Poco contiene que se pueda suponer histórico, y aun mucho menos concerniente al carácter de Atila. Se refiere su primera espedicion á la Galia, en lo que no sigue la historia, pues en aquella época, los reyes de los Francos, de los Borgoñones y de la Aquitania se sometieron y dieron rehenes á Atila; el rey de los Francos, que parece ser el mismo Hajen del romance teutónico; el rey de Borgoña, su hija Heldgunda; el rey de Aquitania, y su hijo Gualterio. El asunto del poema es la fuga de Gualterio y Heldgunda del campamento de Atila, y el combate entre Gualterio y Guntar, rey de los Francos, acompañados de doce caballeros, entre los cuales se halla Hajen Gualterio, quien fué descubierto al pasar por Worms, ciudad del rey franco, al pagar su pasaje al través del Rin con un pescado estraño, que habia cojido en su fuga, y que era desconocido en aquellas aguas. Guntar deseaba arrebatarle las riquezas que se habia llevado del campamento de Atila. El autor de este poema es desconocido, ni me atrevo á fijar su fecha, en la vaga ó mas bien dudosa alusion de Tule por Islandia. Fué evidentemente recitado en un monasterio, segun se echa de ver por la primera línea, y compuesto en el mismo sitio. Las faltas métricas indican una época muy antigua, así como la tradicion denota una mas moderna, pues Gualterio, el héroe, se metió fraile.

Con todo, este poema, por su carácter, no guarda ninguna relacion con el ciclo teutónico, de que el Nibelungun Lied es el modelo mas cabal. En este, en el Heldenbuch, en algunos de los Sagas daneses, en cuentos y baladas en todos los dialectos de la Escandinavia, aparece el rey Etzel (Atila) en contienda con los Borgoñones y los Francos. Por un anacronismo poético se halla entre estos Dietrico de Berna (Teodorico de Verona), célebre rey ostrogodo, y otras muchas coincidencias estrañas de nombres históricos que reaparecen en los poemas (Véase Lachman, Kritik des Sage, en su tomo de varios apuntes sobre los Niebelungen; Berlin, 1836, p. 336).

Debo confesar mi incapacidad para formar una teoría satisfactoria en cuanto á la relacion de este poema con la historia de la época ó período de que deriva su oríjen, á pesar de las laboriosas investigaciones y la sagacidad de los Schlegels, los Grimms, E. P. Muller y Lachman, y toda la caterva de críticos y anticuarios alemanes, sin omitir á nuestro compatriota, M. Herbert, cuya teoría acerca de Atila no carece ciertamente de atrevimiento y orijinalidad. Comprendo que el único medio de lograr un concepto despejado sobre este punto seria continuar lo empe-

zado por Lachman (véase arriba), recopilando y comparando las varias formas conservadas por las tradiciones, prescindiendo de la teoría mítica ó poética, y, si posible fuese, descubrir la verdadera base de la rica y fantástica leyenda. Una cosa hay que habla en favor de la antigüedad de este ciclo poético, y es que las costumbres son claramente anteriores á la época de la caballería, y la influencia ejercida en la literatura poética de Europa por los poemas y romances caballerescos. Creo hallar algunas huellas de esta influencia en el poema latino, aunque comprimidas por la imajinacion de un fraile.

El lector puede hallar una divertida relacion de los Niebelungen y Heldenbuch y algunas de las Sagas escandinavas en el tomo de las Antigüedades del Norte, publicadas por Weber, el amigo de Sir Walter Scott. Este contribuyó sin duda alguna á la parte mas apreciable de la obra. Véanse tambien las varias ediciones de los Niebelungen, á las que Lachman, con verdadera perseverancia alemana, añadió un grueso tomo de varias leyendas; el Heldenbuch, los antiguos poemas daneses por Grimm, el Eddas, etc. Atila de Herbert, p. 510 y sig.—M.

(46) Si damos crédito á Plutarco (en Demetrio, tom. V, p. 24), era costumbre entre los Escitas, cuando gozaban los placeres de la mesa, el despertar su lánguido valor haciendo resonar las cuerdas de sus arcos.

(h) El Escita era un idiota ó lunático; el Moro un mediano bufon.—M.

(47) La interesante relacion de esta embajada, que requiere pocas observaciones y no es suceptible de ningun testimonio, se halla en Prisco, p. 49-70. Pero no he seguido el mismo órden; ante todo he estractado las circunstancias históricas que menos relacion tenian con el viaje, y con las obligaciones de los embajadores romanos.

(48) M. de Tillemont ha descrito debidamente la sucesion de los Chambelanes, que reinaron en nombre de Teodosio. Crisafio fué el último, y segun el testimonio unánime de la historia, el peor de estos favoritos (véase Histoire des Empereurs, tom. VI, p. 117-119. Mém. Ecclés., tom. XV, p. 438). Su parcialidad por su abuelo, el heresíarca Eutiquio, le empeñó en la persecucion del partido ortodojo.

(49) Esta secreta conspiracion y sus importantes consecuencias están estampadas en los fragmentos de Prisco, p. 37, 38, 39, 54, 70, 71, 72. La cronolojía de este historiador no tiene fecha fija; pero la serie de negociaciones entre Atila y el imperio de Oriente debe incluirse entre los tres ó cuatro años que terminaron, 450, con la muerte de Teodosio.

(50) El lector Teodoro (véase Vales. Hist. Eccles., tom. III, p. 563), y la Crónica de Pascal, mencionan la caida, sin especificar el daño recibido; pero el suceso es tan natural, y tan improbable el que se inven-

tase, que podemos con toda seguridad dar crédito á Nicéforo Calisto, Griego del siglo catorce.

(51) Pulcheriæ nutu (dice el conde Marcelino) sua cum avaritia interemptus est. Entregó el eunuco á la piadosa venganza de un hijo, cuyo padre habia sufrido á instigacion suya (*).

(52) Procopio, de Bell. Vandal., l. I, c. 4. Evagrio, l. II, c. 1, Teofanes, p. 90, 91. Novell. ad Calcem Cod. Theod., tom. VI, p. 30. Las alabanzas que San Leon y los Católicos prodigan á Marciano las trascribe Baronio para alentar á los príncipes venideros.

(*) ¿No sería quizás la ejecucion de Crisafio un sacrificio para apaciguar la cólera de Atila, á quien habia tratado el eunuco de asesinar? —M.

CAPITULO XXXV.

Invasion de la Galia por Atila. — Recházanle Ecio y los Visigodos. — Atila embiste y evacúa la Italia. — Muerte de Atila, de Ecio y de Valentiniano III.

En sentir de Marciano debia evitarse, en cuanto fuese dable, la guerra, conservando una paz decorosa y duradera; mas opinaba tambien que no cabe paz segura y decorosa, cuando asoma en el soberano una aversion pusilánime á la guerra. Este valor moderado dictó su contestacion á las instancias de Atila, que estrechaba desvergonzadamente el pago del tributo anual (A. 450). Significó el emperador á los bárbaros que no tratasen de seguir ajando la majestad de Roma mencionando el tributo; que estaba pronto á galardonar con liberalidad comedida la amistad leal de sus aliados; pero que si se propasaban á quebrantar la paz pública, vendria á esperimentar que le quedaban tropas, armas y denuedo para contrarestar sus demasías. Este idéntico lenguaje usó aun en el mismo campamento de los Hunos el embajador Apolonio, cuya negativa resuelta á entregar los presentes hasta que se avistase personalmente, acreditó un sentimiento caballeroso y un menosprecio del peligro, que Atila estaba muy lejos de esperar en los Romanos estragados (1). Amenazó con castigar al sucesor temerario de Teodosio; pero titubeaba en asestar primero sus armas contra el imperio oriental, ó contra el occidental. Mientras el orbe enmudecia pendiente de su decision, envió igual reto á las cortes de Cons-

tantinopla y de Ravena, y sus ministros saludaron á entrambos emperadores con la misma declaracion altanera : « Atila, *mi* dueño y el *tuyo*, te ordena que prepares un palacio para su inmediato recibimiento (2). » Mas como los bárbaros menospreciaban ó aparentaban desatender á los Romanos de Oriente, á quienes tantas veces habian vencido, manifestó desde luego su ánimo Atila de suspender tan llana conquista, hasta redondear otra empresa mas gloriosa é importante. El aliciente para los Hunos de su invasion memorable de Italia y Galia se cebaba en la riqueza y fertilidad de aquellas provincias; pero el motivo particular y provocador para Atila se fundaba probablemente en el estado del imperio occidental, bajo el reinado de Valentiniano, ó mas bien, con el réjimen de Ecio (3).

Muerto su competidor Bonifacio, habíase Ecio retirado cuerdamente á las tiendas de los Hunos; y á su alianza debió su salvamento y reintegro. En vez del lenguaje rendido de un desterrado criminal, aspiraba á su indulto capitaneando sesenta mil bárbaros (A. 433-454); y la emperatriz Placidia confesó con su leve resistencia que la dignacion con visos de benignidad era efecto de flaqueza ó de temor. Entregó pues su persona, la de su hijo Valentiniano, y hasta el imperio occidental á un súbdito desmandado; ni pudo Placidia resguardar al yerno de Bonifacio, el virtuoso y leal Sebastian (4), contra la persecucion implacable que lo iba acosando de reino en reino, hasta que feneció lastimosamente al servicio de los Vándalos. El venturoso Ecio, promovido inmediatamente á la jerarquía de patricio, y revestido tres veces con el timbre del consulado, cargó, bajo el dictado de maestre jeneral de la caballería é infantería, con toda la potestad militar del estado; y se le suele apellidar por los escritores contemporaneos el duque ó el caudillo de los Romanos occidentales. Obra fué de cordura, y no de virtud, el dejar con la púrpura al nieto de Teodosio, franqueándole la paz y el regalo de Italia, engriéndose el jeneral con los blasones de héroe y de patricio, que por espacio de veinte años estuvo sosteniendo las ruinas del imperio occidental. Confiesa injenuamente el historiador godo que Ecio nació para el salvamento de la república romana (5); y el retrato siguiente, aunque realzado con matices favorables, contiene innegablemente mayores rasgos de verdad que de lisonja *(a)*: « Era su madre una Italiana noble y rica, y su padre Gaudencio de esclarecida jerarquía en la provincia de Escitia; fué sucesivamente ascendiendo de *doméstico* militar al cargo de maestre de la caballería. Su hijo, alistado ya casi de niño en la guardia, estuvo de rehen, primero de Alarico, y despues con los Hunos *(b)*, y luego fué obteniendo los honores civiles y militares del palacio, para los cuales se hallaba igualmente capaz con su disposicion sobresaliente. Era de estampa agraciada, aunque de mediana estatura, y sus miembros varoniles rebosaban de brio, hermosura y ajilidad, descollando en los ejercicios marciales de jinetear,

flechar y alancear. Sufridísimo para el hambre y el sueño, tanto el cuerpo como el entendimiento eran de sumo aguante para todo jénero de afanes. Atesoraba el valor mas castizo, arrostrador de peligros y de agravios, y no cabia cohechar, torcer ó acobardar la entereza incontrastable de su pecho (6).» Los bárbaros avecindados ya en las provincias occidentales tuvieron que aprender imperceptiblemente el pundonor y el denuedo del patricio Ecio, quien acertó á amansar sus ímpetus, á contemporizar con sus preocupaciones, á equilibrar sus intereses y á enfrenar su ambicion *(c)*. Concluyó un tratado oportuno con Jenserico para resguardar la Italia contra las correrías de los Vándalos; los Bretones independientes imploraron y reconocieron su benéfico auxilio; quedó restablecida y conservada en la Galia y la España la autoridad imperial, y precisó á los Francos y á los Suevos, vencidos campalmente, á ser confederados provechosos de la república. A impulsos de su interés y de su agradecimiento, estuvo Ecio cultivando la alianza de los Hunos, pues mientras residia como rehen ó como desterrado allá en sus tiendas, conversó familiarmente hasta con el mismo Atila, sobrino de su bienhechor, y parece que entre los dos afamados antagonistas mediaba amistad personal y militar, corroborada luego con regalos mutuos, embajadas frecuentes y la educacion de Carpilio, hijo de Ecio, en los reales de Atila. Podia el patricio, con protestas decorosas de agradecimiento y afecto, encubrir sus zozobras respecto al conquistador escita, que estaba acosando entrambos imperios con sus huestes innumerables. Se obedecian ó se eludian sus peticiones; cuando instaba por los despojos de algun pueblo vencido, como vasos de oro engañosamente descaminados, enviábanse inmediatamente los superiores civiles y militares del Nórico para desagraviarle (7); y se evidencia por las conversaciones con Maximino y Prisco en la aldea real, que el denuedo y tino de Ecio no habian libertado al imperio occidental de la afrenta igual del tributo. Mas su maestría política fué prorogando las ventajas de la paz beneficiosa; y una hueste crecida de Hunos y Alanos que tenia alistados á su servicio se aunó para el resguardo de la Galia. Planteáronse atinadamente dos colonias de estos bárbaros en los territorios de Valencia y de Orleans (8); y su caballería veloz afianzaba los tránsitos importantes del Ródano y el Loira. No se hacian á la verdad estos aliados bravíos menos formidables á los súbditos que á los enemigos de Roma, y su establecimiento primitivo se cimentaba con el desenfreno de la conquista, quedando las provincias por donde atravesaban espuestas á todos los quebrantos de una invasion enemiga (9). Ajenos de todo miramiento con el emperador ó la república, los Alanos de la Galia estaban avasallados á la ambicion de Ecio; y aunque se pudiera maliciar que, en el caso de contienda con el mismo Atila, se arrimasen rebeldemente al estandarte de su

rey nacional, esmerábase el patricio en enfrenar mas bien que en estimular su encono contra Godos, Borgoñones y Francos.

El reino planteado por los Visigodos en las provincias meridionales de la Galia se habia ido robusteciendo y sazonando sucesivamente; y la conducta de aquellos bárbaros ambiciosos embargaba los desvelos de Ecio. Muerto Walia, recayó el cetro godo en Teodorico, hijo del grande Alarico (10); y su reinado próspero de mas de treinta años sobre un pueblo desmandado no puede menos de comprobar su teson y desempeño cabal de cuerpo y alma. Mal hallado con sus estrechos linderos, aspiró Teodorico á la posesion de Arles (A. 419-451), solar poderoso del gobierno y del comercio; pero acudió Ecio oportunamente para su salvamento; y el rey godo, tras de levantar el sitio con algun quebranto y desdoro, se dejó, mediante un subsidio proporcionado, torcer el ímpetu marcial de sus súbditos hácia una guerra en España. Acechó no obstante y aprovechó Teodorico el trance favorable para renovar sus hostilidades. Sitian los Godos á Narbona, mientras invaden los Borgoñones las provincias belgas, y la salvacion pública estaba amagada de todas partes por la union aparente de los enemigos de Roma. La caballería escita y la actividad de Ecio los iban contrarestando por donde quiera ventajosamente, quedando hasta veinte mil Borgoñones muertos en batalla, y aceptando los restantes rendidamente un establecimiento subordinado en las montañas de Saboya (11). (A. 435-439). Quebrantadas estaban ya las murallas de Narbona con máquinas poderosas, y exánime el vecindario con los estremos del hambre, cuando llega calladamente el conde Litorio, y llevando cada jinete dos costales de harina en la grupa, arrolla las trincheras enemigas, levántase el sitio, y la victoria mas decisiva, que se atribuye á la maestría de Ecio, sobresale con la sangre de ocho mil Godos. Pero ausentándose el patricio, llamado atropelladamente á Italia por intereses públicos ó privados, encargóse del mando el conde Litorio, y su engreimiento pone de manifiesto luego cuan inferior es el empeño de manejar una ala de caballería al de dirijir las operaciones de una guerra importante. Adelántase temerariamente, capitaneando una hueste de Hunos, hasta las puertas de Tolosa, rebosando de menosprecio para con un enemigo, ajuiciado con los contratiempos y desesperado por su situacion. Habian los anuncios de los agoreros engreido á Litorio hasta el punto de conceptuarse ya entrando triunfalmente en la capital goda; y su confianza suma en los aliados paganos le retrae de admitir las condiciones decorosas de paz que se le proponen por los obispos en nombre de Teodorico. Muestra el rey godo en su desamparo la contraposicion edificativa de su relijiosidad y comedimiento, ni orilló el cilicio y la ceniza hasta el punto mismo de pertrecharse para la pelea. Sus soldados, en alas de su entusiasmo militar y relijioso, asaltan el campamento de Litorio; porfiadísima es la refriega y la matan-

za recíproca. El jeneral romano, tras una derrota total, debida únicamente á su temeridad desatinada, entra efectivamente por las calles de Tolosa, no en el triunfo propio, sino en el de su enemigo; y la desdicha que viene á padecer en largo y afrentoso cautiverio llega á lastimar á los mismos bárbaros (12). Tan sumo quebranto en un pais exhausto ya de brio y de caudales no podia fácilmente reponerse; y luego los Godos engriéndose por su parte con ímpetus de ambicion y de venganza, enarbolaran su estandarte victorioso por las orillas del Ródano, á no acudir Ecio y con su presencia restablecer el brio y la disciplina de los Romanos (13). Estaban ambos ejércitos esperando la señal de una refriega decisiva; pero los caudillos, enterados mutuamente de su respectivo poderío, y desconfiados de su propia superioridad, envainaron cuerdamente sus aceros en el campo de batalla, y fué su reconciliacion sincera y permanente. Parece que Teodorico, rey de los Visigodos, se hizo acreedor al cariño de sus súbditos, á la confianza de los aliados y al aprecio del jénero humano. Cercaban su solio seis hijos valerosos, educados con los ejercicios de los bárbaros y en la escuela de la Galia, se impusieron con el estudio de la jurisprudencia en la teoría, por lo menos, de las leyes y de la justicia, y los conceptos armoniosos de Virjilio contribuyeron para suavizar sus modales nativos (14). Las dos hijas del rey godo se enlazaron con los primojénitos de los reyes de los Suevos y de los Vándalos, que reinaban en España y en Africa; pero tan esclarecidos desposorios acarrearon maldades y discordias. Tuvo la reina de los Suevos que llorar la muerte de un marido asesinado atrozmente por su hermano; y la princesa de los Vándalos fué víctima de un tirano zeloso que apellidaba padre. Malició el inhumano Jenserico que su nuera conspiraba para envenenarlo; castigóse el supuesto atentado con desnarizarla y desorejarla; y la desventurada hija de Teodorico fué afrentosamente devuelta á la corte de Tolosa en aquel estado de monstruosidad; desenfreno horrendo, que haciéndose ya increible en un siglo civilizado, movió á llanto á todos los circunstantes; mas Teodorico, á fuer de padre y de rey, tuvo que acudir á la venganza de tan irreparable desacato. El ministro imperial, que siempre estaba fomentando desavenencias entre los bárbaros, suministrara á los Godos armas, naves y tesoros para la guerra africana; y la crueldad de Jenserico recayera sobre sí mismo, si el astuto Vándalo no se escudara con el poderío formidable de los Hunos. Ricos regalos é instancias encarecidas inflamaron la ambicion de Atila, y la Galia atajó los intentos de Ecio y Teodorico (15).

Los Francos, cuya monarquía estaba aun ceñida á las cercanías del Bajo Rin, habian acertadamente planteado el derecho de sucesion hereditaria en la alcurnia esclarecida de los Merovinjios (16). Elevaban á sus príncipes en un broquel, emblema del mando militar (17), y la costum-

bre rejia de la cabellera larga era el distintivo de su nacimiento y señorío. Sus madejas ondeadas, que peinaban con singular esmero, se tendian en rizados anillos por hombros y espaldas, al paso que lo restante de la nacion tenia que trasquilarse la porcion posterior de la cabeza, traerse las guedejas sobre la frente, y contentarse con el realce de sus dos bigotillos (18). La estatura grandiosa y los ojos azules de los Francos demostraban su linaje jermano; su traje ceñido mostraba la forma de sus miembros; una espada descomunal colgaba de su tahalí anchuroso; resguardaban el cuerpo con un broquel anchísimo; y aquellos guerreros bárbaros se ejercitaban desde la primera mocedad en correr, saltar, nadar, arrojar el chuzo ú la maza con apunte certero, abalanzarse sin titubear al enemigo aun superior, y conservar en vida y en muerte la nombradía incontrastable de sus antepasados (19). Clodion, el primero de los reyes cabelludos cuyo nombre y acciones suenan en la historia auténtica, residia en Dispargo (20), aldea ó fortaleza cuyo solar puede señalarse entre Bruselas y Lovaina. El rey de los Francos se enteró por sus espías de que el estado desvalido de la Segunda Béljica se rendiria, al primer avance, al denuedo de sus súbditos. Internóse arrojadamente por las malezas y pantanos de la Selva Carbonaria (21), ocupó á Turnay y Cambray, únicas ciudades del siglo quinto, y estendió sus conquistas hasta el rio Soma, por un pais bravío, cuyo cultivo y vecindario son efecto de industria mas reciente (22). Acampaba Clodion en las llanuras del Artois (23), y celebraba con orgulloso desahogo y señorío el desposorio tal vez de su hijo, cuando se interrumpe la funcion con la llegada imprevista y desagradable de Ecio, que habia atravesado el Soma capitaneando su caballería lijera. Vuélcanse violentamente las mesas que se habian colocado al resguardo de un cerro por las orillas de un ameno riachuelo; quedan hollados los Francos antes de poder acudir á sus armas y á sus filas, y su teson inservible les redunda en mayor esterminio. Brindan con rica presa los carruajes que seguian su marcha; y la novia y su comitiva mujeril tienen que avenirse á los nuevos amantes que les impone el trance de la guerra. Esta ventaja, conseguida por la intelijencia y actividad de Ecio, redundó en algun desdoro del desempeño militar de Clodion; mas luego volvió en sí, recobró su pujanza y nombradía, y conservó la posesion del reino de la Galia desde el Rin al Soma (24). En su reinado, y probablemente por el denuedo de los súbditos, las tres capitales, Mentz, Tréveris y Colonia, padecieron los estremos de la crueldad y codicia del enemigo. Dilatóse mas el quebranto de Colonia por el dominio perpetuo de los bárbaros, quienes evacuaron las ruinas de Tréveris, pueblo que en el espacio de cuarenta años habia padecido cuatro sitios y saqueos y se mostraba propenso á perder la memoria de sus conflictos en los devaneos del circo (25). La muerte de Clodion ocasionó ambiciosa discordia entre sus dos hijos; y

el menor, Meroveo (26), acudió al amparo de Roma; recibióle la corte imperial como aliado de Valentiniano é hijo adoptivo del patricio Ecio, regresando luego á su patria con espléndidos regalos y certeza positiva de amistad y arrimo. Habia en su ausencia su hermano mayor galanteado con igual ahinco al formidable Atila, quien se prendó de una alianza que le facilitaba el tránsito del Rin, y justificaba con aquel pretesto decoroso y honorífico su invasion de la Galia (27).

Al pregonar Atila su ánimo de acudir á sus aliados, los Vándalos y Francos, al mismo tiempo, casi á fuer de anovelado caballero, el bravío monarca se profesó amante y campeon de la princesa Honoria. Educada en el palacio de Ravena, por cuanto su enlace pudiera acarrear algun quebranto al estado, se la encumbró con el dictado de *Augusta* (28) sobre toda esperanza de los súbditos mas engreidos. Pero llegada la linda Honoria á los diez y seis años, abominó aquel aciago encumbramiento que la defraudaba para siempre del consuelo de un amor honesto, y en medio del boato insustancial y desabrido, suspiró Honoria, se entregó á sus impulsos naturales, y se arrojó á los brazos de su camarero Eujenio. Su culpa y afrenta (pues así prorumpe el hombre en el mando) asomaron con las muestras de su preñez; pero el desdoro de la familia real voló de boca en boca por la indiscrecion de la emperatriz Placidia, que, tras encierro estrecho y vergonzoso, arrojó á su hija al destierro lejano de Constantinopla. Pasó la desventurada princesa hasta doce ó catorce años en la compañía angustiosa de las hermanas de Teodosio y sus doncellas escojidas, á cuya *corona* no podia aspirar Honoria, y cuyas plegarias monásticas y sempiternas, con ayunos y desvelos, tenia que remedar á su despecho. Su desasosiego al verse desahuciada de todo enlace la arrebató á un estremo muy estraño y absolutamente desesperado. Sonaba de continuo y con susto el nombre de Atila en Constantinopla; y sus frecuentes embajadas ocasionaban una comunicacion incesante entre su campamento y el palacio imperial. La hija de Placidia, á impulsos del cariño ó de la venganza, holló todo miramiento y toda preocupacion, y ofreció entregar su persona en los brazos de un bárbaro, cuyo idioma ignoraba, cuya estampa no parecia humana, y cuya relijion aborrecia de muerte. Con el ministerio de un eunuco leal, envió á Atila un anillo, en prenda de su cariño, encargándole con todas veras que la pidiese por esposa lejítima, con la cual estaba reservadamente apalabrado. Recibióse sin embargo la oferta indecorosa con tibieza y despego, y siguió el rey de los Hunos redoblando la cuadrilla de sus mujeres, hasta que los ímpetus mas pujantes de la ambicion y la codicia vinieron á dar alas al cariño. Pide formalmente la princesa Honoria, con su porcion igual y debida del patrimonio imperial, antes de invadir la Galia, pues sus antecesores, los antiguos Tanjus, así solian demandar terminante y amena-

zadoramente las damas de la China; y como la pretension de Atila no era menos injuriosa para la majestad de Roma, se comunica desde luego con entereza una negativa á los embajadores; y hasta el derecho de sucesion femenina, á pesar de los ejemplares patentes de Placidia y Pulqueria, se rechazan poderosamente, alegando además compromisos anteriores de Honoria (29). Tras el descubrimiento de su correspondencia con el rey de los Hunos, se la envia como objeto horroroso de Constantinopla á Italia; se le deja la vida, y se ejecuta la ceremonia del desposorio con un novio desconocido y nominal, para luego emparedarla en perpetuo encierro para llorar culpas y desventuras que tal vez evitara no siendo hija de emperador (30).

Un Galo contemporaneo, el docto y elocuente Sidonio, que fué luego obispo de Clermont, tenia prometido á un amigo historiar puntualmente la guerra de Atila; y si su modestia no le retrajera de aquel desempeño (31), refiriera el escritor con la sencillez de la verdad aquellos acontecimientos memorables, á los cuales como poeta va aludiendo con metáforas revueltas y enmarañadas (32). Los reyes de las naciones de Jermania y Escitia, quizás desde el Volga hasta el Danubio, acuden al llamamiento de Atila. Desde su aldea real en las llanuras de Hungría, va tremolando su estandarte hácia el Occidente, y tras una marcha de mas de doscientas leguas, llega á la confluencia del Rin con el Necker, donde se le incorporan los Francos de su aliado, el primojénito de Clodion. Un tropel de bárbaros saqueadores á la lijera antepondrian el invierno por la ventaja de atravesar el rio sobre el hielo; mas la caballería innumerable de los Hunos requeria tal cúmulo de forrajes y abastos, que solo podian hallarse en estacion mas bonancible; aprontó la selva Hercinia materiales para un puente de barcas, y allá se desbocó el raudal á miles de miles por las provincias belgas (33). Universal fué la consternacion de las Galias; y los diversos fracasos de sus ciudades han logrado el realce de martirios y milagros (34). Salvaron á Troyes los merecimientos de San Lupo; arrebataron del mundo á San Jervasio para que no presenciase la ruina de Tongres, y las plegarias de Santa Jenoveva descaminaron el rumbo de Atila de las cercanías de Paris. Mas como las ciudades de la Galia carecian por lo mas al par de santos y de soldados, fueron sitiadas y arrolladas por los Hunos, quienes ejecutaron en Metz (35) sus máximas invariables de guerra. Abarcaron allá en igual matanza sacerdotes que estaban sirviendo el altar, y niños que en el trance habia bautizado el obispo á prevencion; ardió la ciudad floreciente, y una capilla aislada de San Estévan señalaba el solar de su antigua existencia. Desde el Rin y el Mosela, internóse Atila hasta el corazon de la Galia, atravesó el Sena en Auxerre, y tras una marcha larga y trabajosa, acampó bajo los muros de Orleans. Ansiaba afianzar su conquista con la posesion de un punto

aventajado que dominase el tránsito del Loira, y estaba pendiente de la promesa reservada de Sanjiban, rey de los Alanos, quien le ofreció vender la ciudad y rebelarse contra el emperador. Mas quedó descubierta y burlada la conspiracion alevosa; Orleans se habia nuevamente fortalecido con mayores obras; y todos los asaltos de los Hunos fueron rechazados con escarmiento por el teson y lealtad de los soldados ó ciudadanos que defendian la plaza. La eficacia pastoral del obispo Aniano, un obispo de santidad primitiva y de prudencia consumada, echó el resto de su política relijiosa para robustecer su teson hasta la llegada del auxilio anhelado. Tras un sitio porfiado se cuartearon las murallas con los embates del ariete; hallábanse ya los Hunos en los arrabales, y el pueblo, inhábil para las armas, yacia exhalando plegarias. Aniano, que estaba ansiosamente contando los dias y las horas, envió un mensajero leal para observar desde las almenas el aspecto de la comarca lejana. Volvió dos veces desesperanzado é inconsolable; mas el tercer aviso fué de que asomaba allá un celaje que escasamente pudo divisar al confin del horizonte. «¡Es el socorro de Dios!» prorumpió el obispo con acento de piadosa confianza, y todo el jentío repitió tras él: «¡Es el socorro de Dios!» El objeto lejano, donde todos tenian clavada la vista, se fué abultando y despejando; divisáronse mas y mas las banderas romanas y godas, y aventando el oreo favorablemente la polvareda, patentizó escuadronados los tercios de Ecio y Teodorico que se iban adelantando al auxilio de Orleans.

La facilidad con que Atila se internó por la Galia debe atribuirse, no menos á su política alevosa que al terror de sus armas. Sus declaraciones públicas eran hábilmente mitigadas por sus protestas reservadas, pues halagaba alternativamente y amagaba al par á Godos y Romanos; y las cortes de Ravena y de Tolosa, mutuamente recelosas, estuvieron mirando adormecidamente el asomo de su enemigo comun. Quedaba Ecio solo para el resguardo público; mas entorpecia sus disposiciones mas acertadas la faccion que desde la muerte de Placidia andaba infestando el palacio imperial. Estremecióse la juventud italiana á los ecos del clarin; y los bárbaros, que por temor ó por su albedrío propendian á la causa de Atila, estaban de acecho con fe venal é insubsistente, hasta ver el paradero de la guerra. Tramontó los Alpes el patricio, capitaneando alguna tropa, cuya fuerza y número apenas merecian el nombre de ejército (56); pero llegado á Arles ó á Lion, quedó atónito al saber que los Visigodos, desentendiéndose de la defensa de la Galia, estaban resueltos á esperar en sus mismos territorios al formidable invasor que aparentaban menospreciar. El senador Avito, que, tras el cargo honorífico de prefecto pretoriano, vivia retirado en sus estados de Auvernia, fué el encargado de la ardua embajada que desempeñó con atinado esmero. Manifestó á Teodorico que un conquistador ambicioso y aspirante al dominio del orbe podia

solo contrarestarse con la alianza cabal y briosa de las potencias que se afanaba por avasallar. La elocuencia fogosa de Avito inflamó á los guerreros godos, retratándoles los agravios que sus antepasados habian recibido de los Hunos, cuya saña implacable seguia hostigándolos desde el Danubio á la falda de los Pirineos. Les fué reciamente amonestando para que, como cristianos, acudiesen á la obligacion urjente de resguardar de tanta tropelía sacrílega los sagrarios del Señor y las reliquias de los Santos, que cuantos bárbaros se hallaban avecindados se interesaban en defender las mieses y viñedos cultivados para su goce contra los vaqueros escitas, sus asoladores. Rindióse Teodorico á tan patente evidencia; se comprometió al partido mas acertado y honorífico, y manifestó que, como aliado leal de Ecio y de los Romanos, estaba pronto á esponer su vida y reino por la salvacion jeneral de la Galia (37). Hallábanse á la sazon los Visigodos en la cumbre de su fama y poderío, y obedecieron con entusiasmo la señal de la guerra, apercibieron sus armas y caballos, y se agolparon al estandarte de su anciano rey, resuelto con sus dos hijos Turismundo y Teodorico, á mandar en persona á su nacion valiente y numerosa. Movió el ejemplo de los Godos á otras varias tribus ó pueblos, que estaban al parecer indecisos entre los Hunos y los Romanos. El afan infatigable del patricio fué recojiendo sucesivamente las tropas de la Galia y la Jermania que se habian antes ya reconocido súbditos ó soldados de la república, pero que ahora clamaban por el galardon de sus antiguos servicios y la jerarquía de aliados independientes; los Letos, Armóricos, Breones, Sajones, Borgoñones, Sármatas, Alanos, Ripuarios, y Francos que seguian á Meroveo como á su príncipe lejítimo. Tal era la hueste muy varia que, acaudillada por Ecio y Teodorico, se adelantaba á marchas dilijentes á rescatar á Orleans y combatir al ejército innumerable de Atila (38).

Levanta el sitio á su asomo el rey de los Hunos, y suena llamada á los mas internados que estaban saqueando una ciudad recien tomada (39). Siempre Atila avasallaba el propio denuedo á su cordura, y previendo las resultas aciagas de una derrota en el corazon de la Galia, despasó el Sena para esperar al enemigo en las llanuras de Chalons, cuyo terreno igual y despejado era á propósito para las operaciones de la caballería escita. Mas en aquella retirada repentina, la vanguardia de los Romanos y aliados les fué dando alcance, y aun trabando refriega á cuantos Atila habia colocado en su retaguardia; las columnas enemigas, en la lobreguez de la noche y la incertidumbre de los caminos, pudieron tropezarse indeliberadamente; y una refriega sangrienta entre los Francos y los Jépidos, donde fenecieron hasta quince mil bárbaros (40), fué el preliminar de empeño mas jeneral y decisivo. Esplayábanse las campiñas Catalaunias (41) por las cercanías de Chalons, y aun se estienden, segun la medicion mal deslindada de Jornandes, hasta cincuenta leguas de largo y

mas de treinta de ancho, sobre toda la provincia apellidada con propiedad *Champaña* (42). Asomaba sin embargo en la llanura dilatada algun otero; y hechos cargo entrambos jenerales de la trascendencia de uno que dominaba el campamento de Atila, se batalló por él. Trepa el primero á su cumbre el jóven y valeroso Turismundo; dispáranse los Godos irresistiblemente sobre los Hunos, empeñados en subir por la parte opuesta; y caudillos y tropa, todos cifran la victoria en la posesion de aquel sitio ventajoso. Ansioso Atila, consulta con sus sacerdotes y agoreros, y se cuenta que examinadas las entrañas y raspados los huesos de las víctimas, le participan en lenguaje misterioso su derrota y la muerte de su principal enemigo; y que el bárbaro, al aceptar la equivalencia, manifestó involuntariamente su aprecio de la maestría de Ecio. Pero al ver desalentados sin ejemplar los Hunos, acude Atila al arbitrio, tan valido entre los jenerales antiguos, de enardecer la tropa por medio de una arenga, y su contesto es el de un rey que ha solido pelear y vencer á su frente (43). Los amonestó á enterarse de su gloria anterior, del peligro actual y de sus esperanzas venideras. La misma suerte que franqueó los yermos y pantanos de la Escitia á su denuedo desarmado, que habia postrado á sus plantas tantísimas naciones guerreras, habia reservado las *albricias*, en aquella campiña memorable, para el colmo de sus victorias. Fué atribuyendo mañosamente las cautelas, alianzas y parajes aventajados de los enemigos, no á su maestría, sino á su zozobra. Eran únicamente los Visigodos el nervio y poderío de la hueste opuesta; y los Hunos podian hollar á su salvo á los ya dejenerados Romanos, cuya formacion cerrada y estrecha declaraba su temor, siendo al par incapaces de arrostrar los peligros y fatigas de un dia de batalla. Recalcó mucho sobre la doctrina de la predestinacion, tan favorable al ímpetu marcial, asegurando á los súbditos que los guerreros protejidos por el cielo eran invulnerables para los flechazos de los enemigos; pero que el Hado, siempre certero, traspasaba sus víctimas aun en medio de la paz. «Yo mismo,» continúa Atila, «voy á desembrazar el primer chuzo, y el desventurado que se desentienda de seguir el ejemplo de su soberano queda ya sentenciado á muerte inevitable.» Rehácese la pujanza de los bárbaros con la presencia, voz y ejemplo de su denodado caudillo; y Atila, al ímpetu de aquel ardimiento, forma al punto su órden de batalla. Capitanea, en el centro de la línea, á sus valientes y leales Hunos; las naciones avasalladas, Rujios, Hérulos, Turinjios, Francos y Borgoñones, se estendian por ambos lados sobre la campiña anchurosa de los campos Catalaunios; mandaba Ardarico, rey de los Jépidos, el ala derecha, y los tres hermanos valerosos que reinaban sobre los Ostrogodos se colocan á la izquierda, opuestos á las tribus parientes de los Visigodos. Escuadrónanse los aliados bajo otras miras. Colócase al centro Sanjibano, el fementido rey de los Ala-

nos, para acecharle cuidadosamente los movimientos y castigar ejecutivamente sus alevosías. Encárgase Ecio del ala izquierda, y Teodorico de la derecha, mientras Turismundo seguia posesionado de la eminencia que parece se estendia por el costado y quizás la retaguardia del ejército escita. Agólpanse las naciones desde el Volga al Atlántico en los llanos de Chalons; pero muchas se habian desavenido por bandos, conquistas ó emigraciones; y el aspecto de armas é insignias parecidas que se estaban mutuamente amenazando ofrecia la perspectiva de una guerra civil.

La disciplina y táctica de Griegos y Romanos forman una parte interesante de sus costumbres nacionales. El estudio esmerado de las operaciones militares de Jenofonte, César ó Federico, cuando descritas por el mismo númen que las ideó y ejecutó, puede ir perfeccionando (si tal mejora es apetecible) el arte de destruir la especie humana; mas la batalla de Chalons tan solo puede cebar la curiosidad por su bulto, puesto que se decidió por el ímpetu ciego de unos bárbaros, y está referida por escritores parciales, cuyas profesiones civiles ó eclesiásticas los desviaban de todo conocimiento en puntos militares. Sin embargo Casiodoro habia conversado familiarmente con varios guerreros godos que se hallaron en la refriega memorable; «batalla,» segun le refirieron, «desaforada, varia, tenaz y sangrientísima, y aun sin par ni en los tiempos pasados ni en los presentes.» Ascendió el número de los muertos á ciento y sesenta y dos mil, y hasta trescientos mil, segun otras relaciones (44), cuyas exajeraciones increibles suponen una pérdida real y efectiva, suficiente para abonar la observacion de un historiador, á saber, que el desvarío de los reyes puede anonadar jeneraciones enteras en el término de una hora. Despues de mutuas y repetidas descargas, en que sobresalieron los flecheros de Escitia con su maestría, estrecháronse infantería y caballería de ambos ejércitos en pelea revuelta é inmediata con rabioso desenfreno. Los Hunos, que lidiaban á la vista de su rey, horadaron el centro endeble y variable de los aliados, aislaron sus alas, y revolviendo ejecutivamente sobre su izquierda, aunaron sus fuerzas contra los Visigodos. Al cabalgar Teodorico por la línea, recibió un golpe mortal de la pica de Andajes, un ostrogodo noble, y cayó inmediatamente al suelo. El rey herido vino á quedar abrumado en el remolino y hollado por su propia caballería; y su muerte tan trascendental esplicó la profecía enmarañada de los agoreros. Desordenados los Visigodos con la huida ó la falsedad de los Alanos, se fueron rehaciendo, y quedaron indudablemente vencidos los Hunos, puesto que Atila tuvo que retirarse. Espuso este su propia persona con la temeridad del último soldado; pero sus tropas denodadas se propasaron del centro, carecieron de apoyo y descubrieron los costados, y los vencedores de Escitia y de Jermania se salvaron de una derrota deshecha con la venida de la noche. Atrincheráronse con el cerco de

carruajes que resguardaba su campamento ; apeáronse los escuadrones y se dispusieron á una defensa, para la cual ni sus armas ni sus ánimos eran á propósito. Dudoso era el éxito, pero Atila tenia prevenido un recurso postrimero y honorífico. Hacináronse en pila jeneral las sillas y jaeces preciosos de la caballería, por su disposicion ; y aquel bárbaro magnánimo tenia resuelto, si le forzaban los atrincheramientos, el abalanzarse á las llamas y defraudar á los enemigos del blason que pudiera redundarles con la muerte ó el cautiverio de Atila (45).

Mas habian pasado la noche los enemigos con igual zozobra y desconcierto, pues el denuedo de Turismundo lo habia arrebatado en el alcance, hasta que inadvertidamente se halló con poquísimos de sus secuaces en medio de la carruajería de los Escitas. En el remolino de una refriega nocturna, lo arrojaron del caballo, é iba á fenecer como su padre, á no rescatarle del trance su mocedad forzuda y el arrojo leal de sus compañeros. De la misma suerte, Ecio, en su ala izquierda, quedó atajado de sus aliados, ajeno de su victoria y acongojado por su paradero, pues tropezó con la tropa enemiga desparramada por las llanuras de Chalons, pero llegando al fin al campamento de los Godos, tuvo que fortificarse ó mas bien abroquelarse únicamente hasta el amanecer. Quedó luego enterado el caudillo imperial de la derrota de Atila, quien permanecia inmoble en su atrincheramiento, y al ir reconociendo aquel solar sangriento, advirtió con suma complacencia que el principal quebranto habia recaido sobre los bárbaros. Descubrióse bajo un monton de cadáveres el cuerpo de Teodorico, acribillado de heridas honoríficas; lloraron los súbditos la muerte del rey paternal, mas acompañaban sus lágrimas cantares y aclamaciones, solemnizando los ritos funerales á presencia del enemigo vencido. Elevaron los Godos, golpeando sus armas, sobre el ámbito de un broquel á su primojénito Turismundo, á quien debidamente atribuyeron la gloria de su triunfo, y el nuevo rey aceptó la obligacion de su venganza, como parte sagrada de la herencia paterna. Mas quedaron pasmados los mismos Godos con el aspecto arrogante é incontrastable del antagonista formidable ; y su historiador parangona á Atila con un leon acorralado en su cueva y amenazando á los cazadores con redoblada saña. Los reyes y naciones que lo hubieran desamparado en el trance se hicieron cargo de que el desagrado del monarca era su peligro mas inminente é inevitable. Todos sus instrumentos de música guerrera resonaban sin cesar con ecos grandiosos y retadores ; y la vanguardia que se adelantó al asalto quedó atajada ó muerta con el diluvio que los asaeteó por donde quiera. Acordóse en el consejo jeneral de guerra el sitiar al rey de los Hunos en sus reales, cortarle las provisiones, y precisarle á la alternativa de un tratado afrentoso ó una refriega desigual. Mas luego la impaciencia de los bárbaros orilló estas disposi-

ciones cautelosas y dilatadas, y la política recóndita de Ecio le infundia la zozobra de que esterminados ya los Hunos, el engreimiento y poderío de la nacion goda redundaria en esterminio de la república. El patricio echó el resto de su predominio y de sus alcances para aplacar los ímpetus que el hijo de Teodorico calificaba de pundonorosos, representándole con cariñoso empeño y efectiva realidad los riesgos de la ausencia y la demora, y persuadió á Turismundo que frustrase con su pronto regreso los intentos ambiciosos de sus hermanos que pudieran apropiarse el solio y los tesoros de Tolosa (46). Desviados los Godos y divididas las tropas aliadas, pasmóse Atila con el silencio profundo que reinaba por las llanuras de Chalons, y el recelo de algun ardid lo detuvo aun varios dias en el recinto de sus carruajes, hasta que por fin retirado allende el Rin, confesó la postrer victoria conseguida en nombre del imperio occidental. Meroveo y sus Francos, manteniéndose cuerdos á cierta distancia y abultando el concepto de sus fuerzas con encender por la noche muchísimas fogatas, fueron siguiendo la retaguardia de los Hunos hasta que llegaron al confin de Turinjia. Servian los Turinjios en el ejército de Atila, y al atravesar el territorio de los Francos, estremaron quizás las atrocidades que vino el hijo de Clodoveo á vengar ochenta años despues. Degollaron rehenes y cautivos, dieron tormento á doscientas muchachas con empedernida saña, despedazáronlas con caballos bravos, ó magullaron sus cuerpos bajo las ruedas de sus pesadísimos carros, dejando sus cadáveres por las carreteras para pasto de perros y buitres. Tales eran aquellos antepasados irracionales, cuyas virtudes soñadas han merecido á veces las alabanzas y la envidia de los pueblos civilizados (47).

Nada menguaron ni el brio ni los alcances ni la nombradía de Atila con el malogro de la espedicion á la Galia, pues en la primavera siguiente insistió en su demanda de la princesa Honoria y sus tesoros patrimoniales. Repitióse la negativa ó el efujio; y el amante airado salió inmediatamente á campaña, tramontó los Alpes, invadió la Italia y sitió á Aquileya con hueste innumerable de bárbaros. Idiotas en la disposicion de los cercos, ni aun sabian aquellos escasos arbitrios de los antiguos en el manejo de las artes mecánicas; pero con el trabajo de largos miles de paisanos y cautivos sacrificados sin conmiseracion, alcanzaban á ejecutar las empresas mas espuestas y grandiosas. Envileciase el desempeño de los artífices romanos con el esterminio de su patria. Embistieron las murallas de Aquileya una batería formidable de arietes (A. 452), torres movibles y máquinas que diluviaban piedras, dardos y fuego (48), y el monarca de los Hunos echó el resto de los estímulos de esperanza, temor, competencia é interés para derribar la única valla que le atrasaba la conquista de Italia. Era Aquileya á la sazon una de las ciudades

mas ricas, populosas y fuertes de la costa Adriática. Trascendia el denuedo de los auxiliares godos, que parece habian servido bajo sus príncipes nativos Alarico y Antala; y los ciudadanos tenian presente la resistencia gloriosa y afortunada con que sus mayores habian contrarestado á un bárbaro adusto é inexorable que desdoraba la majestad de la púrpura romana. Habian mediado tres meses sin resultas en el sitio de Aquileya, hasta que la carencia de abastos y los clamores del ejército precisaron á Atila á desistir de la empresa, y mandó á su pesar que á la madrugada se recojiesen las tiendas y se retirasen las tropas; pero cabalgando en torno del recinto, advirtió una cigüeña que iba á desemparar su nido en una de las torres, y huir con su tierna familia hácia el campo. Utilizó con la perspicacia de un estadista la futil ocurrencia que la suerte ofrecia á la supersticion, y prorumpió en acento subido y placentero que ave tan casera y amante de la sociedad humana no abandonaria su solar antiguo á no estar sentenciado á inminente esterminio y soledad (49). Infunde el agüero favorable seguridad en la victoria, renuévase el sitio con redoblada pujanza, ábrese anchurosa brecha en la parte de la muralla por donde habia huido la cigüeña, trepan los Hunos al asalto con ímpetu incontrastable, y la jeneracion inmediata apenas alcanza á descubrir los escombros de Aquileya (50). Tras este escarmiento pavoroso, continuó Atila su marcha, y las ciudades de Altino, Concordia y Padua quedaron con su tránsito reducidas á montones de piedras y cenizas. Los pueblos interiores de Vicenza, Verona y Bérgamo quedaron patentes á la crueldad robadora de los Hunos. Aviniéronse sin resistencia á la entrega de sus riquezas Milan y Padua, encareciendo la clemencia desusada que preservó de las llamas los edificios públicos y particulares, y dejó la vida á la muchedumbre cautiva. Se hacen sospechosas las tradiciones populares de Como, Turin y Módena; pero acompañadas de testimonios mas auténticos, comprueban que Atila siguió estendiendo sus estragos por las pingües llanuras de la moderna Lombardía, cortadas por el Po y ceñidas por los Alpes y el Apenino (51). Al tomar posesion del palacio real de Milan, se pasmó y agravió al ver un cuadro que retrataba á César entronizado y los príncipes escitas postrados á sus plantas. Injeniosa é inocente fué la venganza de Atila contra aquel monumento de la gloria romana, pues mandó á un pintor que invirtiese las figuras y los ademanes, y quedaron los emperadores retratados en el mismo lienzo, acercándose rendidamente á vaciar sus saquillos de oro tributario ante el trono del monarca escita (52). No pudieron menos los circunstantes de confesar la certeza y propiedad de aquella alteracion, y quizás trataron con este motivo de aplicar la fábula tan sabida sobre la contienda del leon y el hombre (53).

Prevaleció un dicho muy digno del orgullo feroz de Atila, y es que

nunca retoñaba la yerba que pisaba su caballo ; mas el bravío asolador vino á fundar sin su disposicion una república que resucitó , en el estado feudal de Europa, el arte y la fuerza de la industria traficante. El nombre tan sonado de Venecia (54) abarcaba en lo antiguo una provincia pingüe y anchurosa de Italia desde el canton de Panonia hasta el rio Adua y desde el Po hasta los Alpes Recios y Julianos. Prosperaban y florecian cincuenta ciudades venecianas antes de la inundacion de los bárbaros: descollaba Aquileya por su situacion; mas labranza y manufacturas se daban la mano para sobreponer á todas á Padua desde lo antiguo, pues el haber de quinientos ciudadanos condecorados con el órden ecuestre debia ascender , por un cómputo esmerado, á cerca de ocho millones de duros. Una porcion de familias de Aquileya , Padua y pueblos comarcanos, huyendo de la espada de los Hunos, hallaron salvamento por las islas cercanas (55). Al estremo del golfo donde el Adriático remeda escasamente las oleadas del Océano, asoman hasta cerca de cien islillas desviadas con bajos del continente, y resguardadas del mar con varios arrecifes que franquean la entrada á los bajeles por estrechos y recónditos canales (56). Hasta mediados del siglo quinto, aquellos islotes estaban yermos, despoblados y desconocidos. Pero los modales de los Venecianos fujitivos, sus artes y su gobierno se fueron labrando sucesivamente con su nueva situacion; y una de las cartas de Casiodoro (57), que describe su estado como setenta años despues, puede conceptuarse por el monumento primitivo de la república (*d*). Compáralo el ministro de Teodorico en su estilo declamador á unas aves acuáticas que anidan en el regazo de las olas : y aunque confiesa que las provincias venecianas contenian desde antes muchas familias hidalgas, insinúa que la desventura las tenia reducidas al sumo quebranto y escasez. El pescado venia á ser el alimento reinante y casi universal de todas las clases: sus tesoros se cifraban en la abundancia de sal que beneficiaban del mar, y el trueque de este renglon tan esencial á la vida humana era el equivalente, en los mercados cercanos , de la moneda de oro y plata. Pueblo cuyas viviendas estaba en duda si pertenecian al agua ó á la tierra pronto vino á familiarizarse con entrambos elementos , y las demandas de la codicia desbancaron las de la necesidad. Enlazados desde Grado hasta Chiozza , los isleños se internaban por Italia , por medio de la navegacion segura, aunque trabajosa, de los canales y rios navegables. Sus bajeles , que fueron creciendo en tamaño y en número , visitaban todas las ensenadas del golfo, y el desposorio que Venecia ha celebrado anualmente con el Adriático se contrajo desde su niñez muy temprana. La carta de Casiodoro , prefecto del pretorio , va encaminada á los tribunos marítimos, exhortándolos, en acento de autoridad halagüeña , á enfervorizar á sus paisanos por el servicio público que estaba pidiendo su auxilio

para trasportar los almacenes de vino y aceite de Italia á la ciudad rejia de Ravena. La tradicion esplica el cargo ambiguo de aquellos majistrados, suponiendo que en las doce islas principales se creaban doce tribunos ó jueces anualmente por eleccion popular. La existencia de la república veneciana bajo el reino godo de Italia queda evidenciada por el mismo documento auténtico que anonada sus engreidas pretensiones de independencia orijinal y perpetua (58).

Atónitos quedaron los Italianos, ajenos ya del manejo de las armas, tras cuarenta años de paz, con el asomo de un bárbaro formidable, á quien aborrecian de muerte, tanto por enemigo de su relijion como de su república. Erguia Ecio sus denodadas sienes, en medio de aquel campo de pavor, mas no le cabia, solo y desvalido, el descollar con heroicidades dignas de su escelsa nombradía. Desentendiéronse los bárbaros defensores de la Galia de acudir al socorro de los Italianos, y eran lejanos y dudosos los auxilios ofrecidos por el emperador del Oriente. Desde que Ecio capitaneando sus tropas seguia manteniéndose en campaña, hostilizando y entorpeciendo los pasos de Atila, nunca su magnanimidad sobresalió en tanto grado como cuando una plebe idiota y desagradecida zahirió su desempeño (59). Si cupiera algun ímpetu hidalgo en el ánimo de Valentiniano, debiera espejarse en la gallardía de tan esclarecido caudillo; mas el medroso nieto de Teodosio, en vez de alternar en los peligros de la guerra, se retrajo de su estruendo; y su retirada y azoramiento de Ravena á Roma, de una fortaleza inespugnable á una capital patente, estaba pregonando su intento recóndito de huir y abandonar la Italia, en asomando el peligro sobre su persona imperial. Suspendióse sin embargo tan vergonzosa renuncia, por las dudas y tardanzas que suelen acompañar las disposiciones pusilánimes y correjir su desatinada tendencia. Tanto el emperador como el senado y el pueblo de Roma acordaron mas acertadamente aplacar, por medio de una embajada solemne y suplicante, las iras de Atila. Encabezó encargo tan grandioso Avieno, quien, por su nacimiento y riquezas, por su dignidad consular y crecida comitiva de sirvientes, y luego por sus prendas personales, descollaba en el senado romano. Habilitábanle para el desempeño cabal de toda negociacion pública ó privada su maña y señorío (60); su acompañante Trijecio habia sido prefecto pretoriano de Italia; y Leon, obispo de Roma, se allanó á esponer su vida para el salvamento de su grey. Sobresalió el injenio de Leon (61) en los quebrantos públicos, y se hizo acreedor al dictado de *Grande* por el tino con que se afanó para establecer sus opiniones, bajo los nombres sacrosantos de fe ortodoja y disciplina eclesiástica. Entran los embajadores romanos en la tienda de Atila, que acampaba donde el manso y sesgo Mincio se empoza en las olas espumosas del lago Renaco (62), y holló con su caballería escita los cor-

tijos de Catulo y Virjilio (63). Oye el bárbaro atento, propicio y aun reverente, y cómprase el rescate de Italia con la suma inmensa, con el dote de la princesa Honoria. El estado de su ejército facilita el tratado y activa la retirada. Quebrantárase su denuedo con la riqueza y destroncamiento de un clima cálido. Los vaqueros del Norte, acostumbrados á su leche y carne cruda, se ahitaron de pan, vino y manjares aderezados con el arte de los cocineros, y las dolencias desagraviaron hasta cierto punto á los Italianos (64). Al manifestar Atila su ánimo de llevar sus armas victoriosas hasta las puertas de Roma, advirtiéronle amigos y enemigos que poco habia sobrevivido Alarico á la conquista de la ciudad eterna; sabia sobreponerse á los peligros efectivos, pero asaltáronle temores soñados, y lo aprisionó la misma supersticion que tantas veces habia cooperado á sus intentos (65). La elocuencia arrolladora de Leon, su presencia majestuosa y sus vestidos sacerdotales movieron la veneracion de Atila para con el padre espiritual del cristianismo. La aparicion de los dos apóstoles San Pedro y San Pablo amenazando al bárbaro, si desestimaba las instancias de aquel sucesor de entrambos, es una de las leyendas mas grandiosas de la tradicion eclesiástica. Acreedor era el salvamento de Roma á la intervencion de los seres celestes; justo es que repitamos una fábula representada por el pincel de Rafael, y luego por el cincel de Algardi (66).

Antes de salir de Italia amenazó el rey de los Hunos con volver mas implacable, si no le entregaban la princesa Honoria en el plazo prescrito en el tratado; pero mientras iban á recibirla sus embajadores, desahogó su afan con otra novia, sobre las ya innumerables, llamada Ildicona, en estremo linda (67). Solemnizóse el desposorio con boato bárbaro y montaraces regocijos en su palacio de madera allende el Danubio; y el monarca, acosado del vino y del sueño, se retiró á deshora del banquete al lecho nupcial. Continuaron sus sirvientes respetando su regalo ó su descanso, manteniéndose silenciosos hasta muy entrado el dia, cuando el desusado sosiego vino á sobresaltarlos, y arrojándose á despertar á Atila con gritos agudos y redoblados, se abalanzaron á la estancia real. Hallaron trémula á la esposa sentada junto al lecho, y tapándose el rostro, al exhalar lamentos por su propio peligro y la muerte del rey, quien habia espirado durante la noche (68). Habíasele roto una arteria, y como yacia de espaldas, un raudal de sangre no hallando salida, refluyó por las narices á los riñones y al estómago y lo ahogó ejecutivamente. Estuvo solemnemente espuesto el cadáver en medio de la llanura, bajo un pabellon de seda, y los escuadrones selectos de los Hunos, jirando en redobladas evoluciones, iban en derredor entonando endechas á la memoria de un héroe, glorioso en vida, invencible en muerte, padre de su pueblo, azote de sus enemigos y pavor del orbe. Segun costumbre

nacional, fueron los bárbaros cortándose parte de su cabello, lisiándose horrendamente los rostros y llorando á su héroe valeroso, no con lágrimas mujeriles, sino con sangre de guerreros. Encerráronse los restos de Atila con tres atahudes, de oro, plata y hierro, y lo enterraron de noche reservadamente, matando inhumanamente á los cautivos sepultureros; y aquellos mismos Hunos, que se estremaron en su duelo, se holgaron riendo y banqueteando desencajadamente junto al sepulcro reciente de su soberano. Contóse por Constantinopla que en la noche venturosa de su fallecimiento, estuvo Marciano viendo en sueños destrozado el arco de Atila, y esta relacion comprueba lo muy presente que el emperador romano tenia siempre la estampa de aquel bárbaro formidable (69).

La revolucion que derribó el imperio de los Hunos arraigó la nombradía de Atila, cuyo númen tan solo abarcaba tan ajigantada é inconexa mole. A su muerte, los caudillos mas denodados aspiraron á la jerarquía de reyes; los mas poderosos esquivaron á todo superior; y tantísimos hijos como hubo en sus innumerables mujeres el rey difunto se dividieron y disputaron, como herencia particular, el mando supremo de las naciones de Jermania y Escitia. El osado Aldarico esperimentó y manifestó el desaire de aquella particion servil; y sus vasallos, los belicosos Jépidos y los Ostrogodos, capitaneados por tres hermanos valerosos, enardecieron á sus aliados al desagravio. En una refriega sangrienta y decisiva por las orillas del rio Netad, en Panonia, la lanza del Jépida, la espada del Godo, la flecha del Huno, la infantería sueva, las armas lijeras de los Hérulos, y las pesadas de los Alanos, se cruzaron ó se sostuvieron mutuamente, y la victoria de Ardarico campeó con la matanza de treinta mil enemigos. Perdió Elac, el primojénito de Atila, corona y vida en tan memorable batalla; habia su denuedo temprano entronizádole sobre los Acatzires, pueblo escítico avasallado por él; y su padre, amante de todo mérito, envidiara la muerte de Elac (70). Su hermano Denjisich, con un ejército de Hunos, aun temibles en su fuga y descalabro, conservó su solar mas de quince años sobre las orillas del Danubio. El palacio de Atila, con el antiguo pais de Dacia, desde las sierras Carpatas hasta el Euxino, vino á ser el asiento de una potencia nueva, levantada por Ardarico, rey de los Jépidos. Ocuparon los Ostrogodos las conquistas de Panonia desde Viena á Sirmio; y los establecimientos de cuantas tribus habian arraigado gallardamente su nativa independencia se fueron repartiendo desigualmente segun el alcance de sus respectivas fuerzas. Ceñido y acosado por los esclavos de su padre, el reino de Denjisich quedó confinado al recinto de sus carruajes; embistió, llevado de su desesperacion, el imperio oriental, feneció en la batalla; y su cabeza, clavada en el Hipodromo, ofreció un espectáculo halagüeño al pueblo de Constantinopla. Atila, por cariño ó por superstition, creyó

que Irnac, su hijo menor, estaba destinado para perpetuar los timbres de su alcurnia. La índole de aquel príncipe, que intentó moderar la temeridad de su hermano Denjisich, se atemperaba mejor al estado menguante de los Hunos, é Irnac con sus rancherías súbditas se retiró al corazon de la Escitia menor. Anególos luego la oleada de nuevos bárbaros que venian siguiendo el mismo rumbo descubierto antes por sus mayores. Los *Jeujenes* ó Avares, cuya residencia correspondia, segun los escritores griegos, á las costas del Océano, empujaron á las tribus contiguas; hasta que al fin los Igures del Norte, saliendo de las heladas rejiones siberianas que crian las pieles mas preciosas, se tendieron por os yermos hasta el Boristenes y las puertas Caspias, y finalmente vinieron á esterminar el imperio de los Hunos (71).

Pudiera aquel acontecimiento contribuir á la salvacion del imperio oriental, bajo el reinado de un príncipe que se granjeó la amistad sin perder el aprecio de los bárbaros; pero el emperador de Occidente, el apocado y disoluto Valentiniano, que se hallaba en los treinta y cinco años, sin llegar á la edad de la razon y del valor, abusó de esta seguridad aparente (A. 454) para socavar su propio solio, matando al patricio Ecio. A impulsos de su ánimo ruin y zeloso, odiaba al varon encarecido jeneralmente como el pavor de los bárbaros y la columna de la república *(e)*; y su nuevo privado, el eunuco Heraclio, despertó al emperador del letargo que, en vida de Placidia (72), se embozaba con su cariño filial. La nombradía de Ecio, su riqueza y predicamento, la comitiva gallarda y crecida de bárbaros sus secuaces, sus poderosos dependientes, que desempeñaban los cargos del estado, y la esperanza de su hijo Gaudencio, apalabrado ya con Eudoxia, hija del emperador, lo habian encumbrado sobre la jerarquía de súbdito. Los anhelos ambiciosos que reservadamente le achacaban encelaron y enconaron á Valentiniano. Engreido Ecio por su parte con sus merecimientos, sus servicios y quizás con su inocencia, se manejaba al parecer altanera y aun indiscretamente. Ofendió el patricio á su soberano con sus declaraciones hostiles; agravó su desacato, precisándole á juramentarse sobre un tratado de reconciliacion y enlace con él; fué pregonando sus recelos, desatendia su propio resguardo; y confiado neciamente de que el enemigo á quien menospreciaba era incapaz hasta de un delito varonil, arriesgó temerariamente su persona en el palacio de Roma. Mientras se afanaba, quizás con descomedido empeño, en el desposorio de su hijo, Valentiniano, desenvainando por primera vez en su vida la espada, la hincó en el pecho del caudillo salvador de su imperio; acudieron desaladamente palaciegos y eunucos á remedar á su dueño; y Ecio, acribillado de heridas, cayó muerto á la real presencia. Mataron igualmente á Boecio, prefecto del pretorio, y antes que se divulgase la noticia, los amigos principales del patricio, lla-

mados á palacio, fueron feneciendo separadamente. El hecho horrendo, sobredorado con los nombres decorosos de justicia y precision, se comunicó inmediatamente por el emperador á la tropa, súbditos y aliados. Las naciones estranjeras, y aun enemigas de Ecio, lloraron jenerosamente el indigno paradero de aquel héroe; disimularon los bárbaros, vinculados en su servicio, el quebranto y encono que abrigaban; y el menosprecio público que siempre se habia acarreado Valentiniano se trocó de improviso en aborrecimiento intenso y universal. Tales sentimientos por maravilla trascienden hasta el interior de un palacio; quedó sin embargo sonrojado el emperador con la contestacion pundonorosa de un Romano cuya aprobacion ansiaba: «No me constan, señor, motivos ni desacatos; solo sé que habeis obrado como uno que con su mano izquierda se corta la derecha (75).»

Parece que el regalo de Roma solia ocasionar las dilatadas visitas de Valentiniano, que redundaban siempre en su mayor menosprecio. Retoñó un espíritu republicano en el senado, cuando su autoridad y aun sus aprontos eran imprescindibles para el sostenimiento de su débil gobierno. El engreimiento de un monarca hereditario lastimaba su orgullo, y los deleites de Valentiniano atropellaban el sosiego y el pundonor de las familias esclarecidas. Igualábale la emperatriz Eudoxia en nacimiento, y su cariñosa lindeza la hacia acreedora á cuantos estremos de pasion andaba el marido repartiendo en sus devaneos y tratos ilejítimos. Petronio Máximo, senador opulento, de la familia Anicia, dos veces cónsul, poseia una esposa tan linda como recatada; su porfiada resistencia redundó en mayor ahinco de Valentiniano, y resolvió gozarla con ardid ó con violencia. El juego alto era una de las liviandades de la corte; y el emperador, que por suerte ó por maña habia ganado á Máximo una cantidad crecida, le requirió desatentamente el anillo por fianza de la deuda, y lo envió por un mensajero de confianza á su mujer, mandándole, en nombre del marido, que inmediatamente se presentase á la emperatriz Eudoxia. La mujer de Máximo va confiadamente á palacio en su litera; condúcenla los emisarios del amante á un dormitorio desviado y silencioso, y atropella Valentiniano sin reparo las leyes del hospedaje. Sus lágrimas al regreso, su desconsuelo entrañable y sus agrias reconvenciones al marido á quien conceptuaba cómplice de su afrenta, mueven á Máximo para el justísimo desagravio; aguija la ambicion la venganza, y puede aspirar desde luego, con el voto libre del senado romano, al solio de un competidor odiado y despreciable. Valentiniano, suponiendo los demás pechos tan ajenos como el suyo de amistad y agradecimiento, admitió torpemente en su guardia á varios criados y secuaces de Ecio; dos de ellos, de ralea bárbara, se avinieron á ejecutar una obligacion sagrada y honorífica, castigando

de muerte al asesino de su patrono; y su denuedo logró muy pronto el favorable trance. Mientras se estaba recreando Valentiniano en el Campo de Marte con la vista de algunos juegos militares, abalanzáronse á él con las espadas desenvainadas, atravesaron al culpado Heraclio, y traspasaron el corazon del emperador, sin contraresto de parte de la crecida comitiva que al parecer se complacia con la muerte del tirano (455, marzo 16). Tal fué el paradero de Valentiniano Tercero (74), el último emperador romano de la familia de Teodosio. Fué puntualmente remedando la flaqueza hereditaria del primo y de los tios, sin abonarla con la apacibilidad, la pureza y la inocencia que recomendaban su índole. Es menos disculpable Valentiniano, por cuanto adolecia de pasiones sin virtudes; aun su relijion era disputable, y aunque nunca resbaló hasta los estravíos de la herejía, anduvo escandalizando á los cristianos timoratos con su apego á las artes profanas de la majia y la adivinacion.

Allá desde el tiempo de Ciceron y Varron, opinaban los agoreros romanos que los *doce buitres* vistos por Rómulo simbolizaban los *doce siglos* prefijados por plazo fatal de su ciudad (75). La profecía, desatendida tal vez en la pujanza y prosperidad, infundió en el pueblo grandes zozobras con el siglo doceno, al asomar el término nubloso y malhadado de aquel siglo (76); y no puede menos la posteridad de dar por cierto con suma estrañeza que la interpretacion arbitraria de una circunstancia accidental y fabulosa tuvo un cumplimiento harto formal con la ruina del imperio de Occidente. Pero agüeros mas positivos que el vuelo de los buitres estuvieron pregonando la catástrofe, pues el gobierno romano se mostraba por cada dia menos formidable para sus enemigos y mas odioso para los súbditos (77). Crecian los impuestos con las escaseces públicas; cuanto mas se necesitaba la economía, mas se orillaba, y la sinrazon de los pudientes revertia la carga desproporcionada de sus hombros sobre los del pueblo, al que estaban defraudando de las franquicias que á veces pudieran aliviar sus quebrantos. Las pesquisas violentas que confiscaban sus bienes y martirizaban sus personas precisaban á los súbditos de Valentiniano á anteponer la tiranía mas sencilla de los bárbaros, á huir por los bosques y los riscos, ó acojerse á la villana y rastrera condicion de sirvientes pagados. Abjuraban y aborrecian el nombre de ciudadanos de Roma, que habia merecido el ansia del jénero humano. Trastornáronse con su desordenada independencia las provincias armóricas de la Galia y la mayor parte de España con las confederaciones de los Bagaudas; y los ministros imperiales estaban acosando con leyes proscribidoras y armas inservibles á los rebeldes que habian ido haciendo (78). Aun cuando todos los bárbaros se anonadaran en un mismo punto, su esterminio absoluto no restableciera el imperio de Occidente; y si Roma sobrevivió, fué ya sin libertad, virtud ni pundonor.

NOTAS

correspondientes al capítulo trijésimo quinto.

(1) Véase Prisco, p. 39, 72.

(2) La Crónica Alejandrina ó de Pascal, que coloca este orgulloso mensaje durante la vida de Teodosio, puede haber anticipado la fecha; pero el estúpido analista era incapaz de inventar el estilo orijinal de Atila.

(3) El segundo tomo de la Histoire Critique de l' Établissement de la Monarchie Française, tom I, p. 189-424, manifiesta el estado de la Galia, cuando la invadió Atila; pero el injenioso autor, el abate Dubos, se estravía á menudo en conjeturas.

(4) Victor Vitensis (de Persecut. Vandal., l. I, c. 6, p. 8, edic. Ruinart) le llama acer consilio et strenuus in bello: pero su valor, cuando fué desgraciado se tachó de desesperado arrojo; y Sebastian mereció ú obtuvo el epiteto de *præceps* (Sidon. Apollinar, Carmen IX, 181). Sus aventuras en Constantinopla, Sicilia, Galia, España y Africa, están débilmente delineadas por las Crónicas de Marcelino é Idacio. En su desgracia iba siempre seguido de un numeroso séquito, hasta que pudo talar el Helesponto y la Propóntida y apoderarse de la ciudad de Barcelona.

(5) Reipublicæ Romanæ singulariter natus, qui superbiam Suevorum, Francorumque barbariem immensis cædibus servire Imperio Romano coegisset. Jornandes, de Rebus Geticis, c. 34, p. 660.

(a) Debemos á la sagacidad de Niebuhr, el haber conservado, de un manuscrito, algunos fragmentos apreciables de un panejírico poético de Aecio, por el Español Merobaudes. Fueron reimpresos en la nueva edicion de los Historiadores Bizantinos. El poeta habla con entusiasmo de la larga (annosa) paz que se disfrutó bajo la administracion de Aecio. Los versos son muy espresivos. Recompensóse al poeta erijiéndole en Roma una estatua.

Danuvii cum pace redit, Tanaimque furore
Exuit, et nigro candentes œthere terras
Marte suo caruisse jubet. Dedit otia ferro
Caucasus, et sævi condemnant prælia reges.

Addidit hiberni famulantia fœdera Rhenus
Orbis. . . . .
Lustrat Aremoricos jam mitior incola saltus;
Perdidit et mores tellus, adsuetaque sævo
Crimine quæsitas silvis celare rapinas,
Discit inexpertis Cererem committere campis:
Cæsareoque diu manus obluctata labori
Sustinet acceptas nostro sub consule leges;
Et quamvis Geticis sulcum confundat aratris,
Barbara vicinæ refugit consortia gentis.
Merobaudes, p. 11—M.

(6) Este cuadro está delineado por Renato Profuturo Frijérido, historiador contemporaneo, conocido únicamente por algunos estractos conservados por Gregorio de Turs (l. II, c. 8, tom. II, p. 163). Quizá era obligacion, ó al menos interés de Renato, el ensalzar las virtudes de Aecio; pero hubiera mostrado mas injenio, á no haber insistido en su carácter sufrido y bondadoso.

(b) —cum Scythicis succumberet ensibus orbis,
Telaque Tarpeias premerent Arctoa secures,
Hostilem fregit rabiem, pignusque superbi
Fœderis et mundi pretium fuit. Hinc modo voti
Rata fides, validis quod dux premat impiger armis
Edomuit quos pace puer; bellumque repressit
Ignarus quid vella forent. Stupuere feroces
In tenero jam membra Getæ, Rex ipse, verendum
Miratus pueri decus et prodentia fatum
Lumina, primævas dederat gestare faretras,
Laudabatque manus librantem et tela gerentem
Oblitus quod noster erat. Proh nescia regis
Corda, feris quanto populis discrimine constet
Quod Latium docet arma ducem—
Merobaudes, Panegyr., p. 15.—M.

(c) Insessor Libyes, quamvis, fatalibus armis
Ausus Elisæi solium rescindere regni,
Militibus Arctois Tyrias compleverat arces,
Nunc hostem exutus pactis propioribus arsit
Romanam vincire fidem, Latiosque parentes
Adnumerare sibi, sociamque intexere prolem.
Merobaudes, p. 12.—M.

(7) La embajada se componia del conde Rómulo, de Promoto, presidente de la Nórica; y de Romano, duque militar. Acompañábalos Tatulo, ciudadano ilustre de Petovio, en la misma provincia, y padre de

Orestes, que casó con la hija del conde Rómulo. Véase Prisco, p. 57, 65. Menciona Casiodoro (Variar. I, 4) otra embajada, desempeñada por su padre y Carpilio, el hijo de Aecio; y como ya no existia Atila, podia á su salvo vanagloriarse de su intrepidez en su presencia.

(8) Deserta Valentinæ urbis rura Alanis partienda traduntur. Prosper Tyronis Chron in Historiens de France, tom. I, p. 639. Algunas líneas despues dice Próspero que se asignaron tierras á los Alanos de la Galia *ulterior*. Sin admitir la enmienda de Dubos (tom I, p. 300), la razonable suposicion de *dos* colonias ó guarniciones alanas confirma sus argumentos y aventa sus objeciones.

(9) Véase Prosper. Tyro, p. 639. Sidonio (Panegyr. Avit. 246) se queja en nombre de la Auvernia, su pais nativo,

Litorius Scythicos equites tunc forte subacto
Celsus Aremorico, Geticum rapiebat in agmen
Per terras, Arverne, tuas, qui proxima quæque
Discursu, flammis, ferro, feritate, rapinis,
Delebant; pacis fallentes nomen inane.

Otro poeta, Paulino de Perigord, confirma la queja.

Nam socium vix ferre queas, qui durior hoste.

Véase Dubos, tom. I, p. 33o.

(10) Teodorico II, hijo de Teodorico I, manisfestó á Avito su resolucion de reparar ó espiar las faltas de su *abuelo*.

Quœ *noster* peccavit *avus*, quem fuscat id unum,
Quod te, Roma, capit.—

Sidon. Panegyric. Avit. 505.

Este carácter, propio únicamente del grande Alarico, establece la jenealojía de los reyes góticos que hasta entónces habia sido desconocida.

(11) El nombre de *Sapaudia*, el oríjen de *Savoya*, se halla mencionado por Amiano Marcelino; y la Notitia confirma dos puestos militares dentro de los límites de aquella provincia: una cohorte estaba estacionada en Grenoble en el Delfinado; y Ebreduno ó Iverdun, abrigaba una flota de buques menores, que dominaba el lago de Neuchatel. Véase Valesio, Notit. Galliarum, p. 503. D' Anville, notice de l' Ancienne Gaule, p. 284, 579.

(12) Salviano trató de esplicar el gobierno moral de la Deidad; empresa fácil de desempeñar, suponiendo que las calamidades de los malos son *castigos*, y las de los buenos *pruebas*.

(13) —Capto terrarum damna patebant
Litorio, in Rhodanum proprios producere fines,
Theudoridæ fixum; nec erat pugnare necesse,
Sed migrare Getis; rabidam trux asperat iram
Victor; quod sensit Scythicum sub mænibus hostem
Imputat, et nihil est gravius, si forsitan unquam
Vincere contingat, trepido. — Panegyr. Avit. 300, etc.

Continúa luego Sidonio, segun el deber de un panejirista, trasfiriendo todo el mérito de Aecio á su ministro Avito.

(14) Teodorico II, reverenciaba á Avito como su preceptor,

—Mihi Romula dudum
Per te jura placent: parvumque ediscere jussit
Ad tua verba pater, docili quo prisca *Maronis*
Carmine molliret Scythicos mihi pagina mores.
Sidon. Panegyr. Avit. 495, etc.

(15) Nuestras autoridades para el reinado de Teodorico I son, Jornandes, de Rebus Geticis, c. 34, 36, y las Crónicas de Idacio, y de los dos Prósperos, insertas en los historiadores de Francia, tom. I, p. 612-640. A estos podemos añadir Salviano, de Gobernatione Dei, l. VII, p. 243, 244, 245 y el panejírico de Avito por Sidonio.

(16) Reges *Crinitos* se creavisse de prima, et ut ita dicam nobiliori suorum familia (Greg. Turon., l. II, c. 9, p. 166 del segundo tomo de los Historiadores de Francia). Gregorio no menciona el nombre *merovinjio*, el que puede con todo fijarse á principios del siglo séptimo, como la denominacion distintiva de la familia real, y aun de la monarquía francesa. Un crítico instruido deriva los Merovinjios del gran Marabodos y prueba claramente que el príncipe que dió su nombre á la primitiva raza era mas antiguo que el padre de Quilderico. Véanse Mémoires de l' Académie des Inscriptions, tom. XX, p. 52-90, tom. XXX, p. 557-587.

(17) Esta costumbre jermana, seguida desde el tiempo de Tácito hasta el de Gregorio de Turs, fué al fin adoptada por los emperadores de Constantinopla. Montfaucon, de un manuscrito del siglo diez, sacó la descripcion de una ceremonia idéntica, que la barbarie de los tiempos habia aplicado al rey David. Véase Monumens de la Monarchie Française, tom. I, Discours Préliminaire.

(18) Cæsaries prolixa.... crinium flagellis per terga dimissis, etc. Véase el Prólogo del tomo tercero de los Historiadores de Francia, y el abate de Bæuf (Dissertat., tom. III, p. 47-79). Esta costumbre peculiar de los Merovinjios la han citado naturales y estranjeros; Prisco (tom. I, p. 608), Agatias (tom. II, p. 49) y Gregorio de Turs (l. III, 18, VI. 24, VII, 10, tom. II, p. 196, 278, 316).

(19) Véase la descripcion orijinal de la figura, vestidos, armas y carácter de los antiguos Francos, en Sidonio Apolinario (Panegyr. Majorian., 238-254); y estas descripciones, aunque, toscamente delineadas, tienen un valor intrínseco. El padre Daniel (Hist. de la Milice Françoise, tom. I, p. 2-7) aclaró esta descripcion.

(20) Dubos, Hist. Critique, etc., tom. I, p. 271, 272. Algunos jeógrafos colocaron á Dispargo en la orilla jermana del Rin. Véase una nota de los editores benedictinos á los Historiadores de Francia, tom. II, p. 166.

(21) El bosque Carbonario era aquella parte de las Ardenas, que estaba entre el Escalda ó Scheldt y el Mosa. Vales. Notit. Gall., p. 126.

(22) Gregorio Turon., l. II, c. 9, in tom. II, p. 166, 167. Fredegar., Epitom., c. 9, p. 395. Gesta Reg. Francor., c. 5, in tom. II, p. 544. Vit. S. Remig. ab Hincmar, in tom. III, p. 373.

(23) —Francus qua Cloio patentes
Atrebatum terras pervaserat.—
Panegyr. Majorian. 212.

El sitio era una ciudad ó aldea llamada Vicus *Helena*, y entrambos nombre y paraje se hallan descubiertos por los jeógrafos modernos en Lens. Véase Vales. Notit. Gall. p. 246. Longuerue, Description de la France, tom. II, p. 88.

(24) Véase una vaga relacion del combate en Sidonio, Panegyr. Majorian., 212-230. Los críticos franceses, deseosos de establecer su monarquía en la Galia, se han apoyado en el silencio de Sidonio, que no se atreve á insinuar que los Francos vencidos se vieron obligados á despasar el Rin Dubos, tom. I, p. 322.

(25) Salviano (de Gubernat. Dei, l. VI) espresó en términos vagos y tono declamatorio las desgracias de estas tres ciudades, que se hallan citadas por el instruido Mascou, Historia de los Antiguos Jermanos, IX, 21.

(26) Prisco, al referir el contexto, no menciona á los dos hermanos, habiendo visto al segundo en Roma, un jóven barbilampiño, con larga caballera (Historiadores de Francia, tom. I, p. 607, 608). Los editores benedictinos suponen que eran los hijos de algun rey desconocido de los Francos, que habia reinado en las orillas del Necker, pero los argumentos de M. de Foncemagne (Mém. de l' Académie, tom. VIII, p. 464) parecen probar que los dos hijos disputaron la sucesion de Clodion; y que el menor era Meroveo, padre de Quilderico (*).

(*) El parentesco de Meroveo con Clodion es muy dudoso.—Algunos le califican hijo ilejítimo: otros únicamente de su raza. Greg. Tur., II, c. 9, en Sismondi, Hist. des François, I, 177. Véase Mezeray, I.—M.

(27) Bajo la raza merovinjia, el trono era hereditario; pero todos los hijos del difunto tenian igual derecho á su parte de los tesoros y territorios. Véanse las Disertaciones de M. de Foncemagne, en el tomo sexto y octavo de las Memorias de la Academia.

(28) Aun existe una medalla que representa el halagüeño rostro de Honoria con el título de Augusta; y en el reverso la impropia leyenda de *Salus Reipublicæ* en derredor del monógrama de Cristo. Vease Ducange, Famil. Byzantin., p. 67, 73.

(29) Véase Prisco, p. 39, 40. Puede muy bien alegarse que si las hembras podian ascender al trono, Valentiniano, que se habia desposado con la hija y heredera del jóven Teodosio, hubiera reclamado su derecho á la corona del imperio de Oriente.

(30) Las aventuras de Honoria se hallan, aunque imperfectamente, en Jornandes, de Successione Regn., c. 97, y de Reb. Get., c. 42, p. 674, y en las Crónicas de Próspero y Marcelino, pero no pueden mirarse como auténticas ó probables, á menos que separemos, por un intervalo de tiempo y lugar, sus intrigas con Eujenio, y su invitacion á Atila.

(31) Exegeras mihi, ut promitterem tibi, Attilæ bellum stylo me posteris intimaturum...... cœperam scribere, sed operis arrepti fasce perspecto, teduit inchoasse. Sidon Apoll., l. VIII, epist. 15, p. 235.

(32) —Subito cum rupta tumultu
Barbaries totas in te transfuderat Arctos,
Gallia, Pugnacem Rugum comitante Gelono,
Gepida trux sequitur; Scyrum Burgundio cogit:
Chunus, Bellonotus, Neurus, Basterna, *Toringus*
Bructerus, ulvosa vel quem Nicer abluit unda
Prorumpit Francus. Cecidit cito secta bipenni
Hercynia in lintres, et Rhenum texuit alno.
Et jam terrificis diffuderat Attila turmis
In campos se, Belga, tuos.—

Panegyr. Avit., 319, etc.

(33) En Jornandes (de Reb. Geticis, c. 36-41, p. 662-672) se halla la relacion mas auténtica y circunstanciada de esta guerra, quien á veces compendia y otras trascribe la grande historia de Casiodoro. Es casi superfluo el repetir que Jornandes puede ser aclarado por Gregorio de Turs, l. 2, c. 5, 6, 7 y las Crónicas de Idacio, Isidoro y los dos Prósperos. Todos los testimonios antiguos se hallan recopilados é insertos en los Historiadores de Francia; pero el lector debe estar prevenido contra un supuesto estracto de las Crónicas de Idacio (entre los fragmentos de Fredegario, tom. II, p. 492), que contradice á menudo el texto orijinal del obispo gallego.

(34) Las *antiguas* leyendas merecen alguna atencion, pues tienen que formar sus cuentos sobre la verdadera historia de sus tiempos. Véanse las vidas de San Lupo, San Amiano, los obispos de Metz, Santa Jenoveva, etc., en los Historiadores de Francia, tom. I, p. 644, 645, 649, tom. III, p. 369.

(35) El escepticismo del conde de Buat (Hist. des Peuples, tom. VII, p. 539, 540) no puede avenirse con los principios de la razon. ¿No es Gregorio de Turs exacto en su relacion de la destruccion de Metz? ¿Cien años despues podia él ignorar, podia el pueblo ignorar la suerte de la ciudad, la residencia actual de sus soberanos, los reyes de Austrasia? El instruido conde, que parece haber emprendido la apolojía de Atila y de los Bárbaros, cita el supuesto Idacio, *parcens* civitatibus Germaniæ et Galliæ; y olvida que el verdadero Idacio afirma esplícitamente, plurimæ civitates *effractæ*, entre las cuales enumera á Metz.

(36) —Vix liquerat Alpes
Aetius, tenue, et rarum sine milite ducens
Robur, in auxiliis Geticum male credulus agmen
Incassum propriis præsumens adfore castris.
Panegyr. Avit., 328, etc.

(37) En el panejírico de Avito y en el capítulo treinta y seis de Jornandes, se halla, aunque imperfectamente, descrita la administracion de Atila, Aecio y de los Visigodos. El poeta y el historiador, ambos estaban animados por prevenciones personales ó nacionales. El primero ensalza el mérito de Avito; orbis, Avite, salus, etc. El segundo se muestra deseoso de presentar á los Godos del modo mas favorable. Sin embargo su concordancia, una vez bien interpretados, prueba su veracidad.

(38) La revista del ejército de Aecio se halla en Jornandes, c. 36, p. 644, edic. Grot., tom. II, p. 23 de los Historiadores de Francia, con las notas del editor benedictino. Los *Letos* era una raza entremezclada de Bárbaros, nacidos ó naturalizados en la Galia; y los Riparios ó *Ripuarios* derivaban su nombre de su posicion entre los tres rios, el Rin, el Mosa y el Mosela; los *Armoricanos* poseian las ciudades independientes entre el Sena y el Loira. Una colonia de *Sajones* se habia establecido en la diócesis de Bayeux; los *Borgoñones* vivian en la Savoya; y los *Breones* eran una tribu guerrera de Retianos, al este del lago de Contancia.

(39) Aurelianensis urbis obsidio, oppugnatio, irruptio nec direptio, l. V. Sidon. Apollin., l. VIII, Epist. 15, p. 246. La conservacion de Orleans puede fácilmente mirarse como un milagro, obtenido y predicho por el santo obispo.

(40) Las ediciones comunes traen XCM; pero hay alguna autoridad de manuscritos (y casi ninguna autoridad es suficiente) para el número mas probable de XVM.

(41) Chalons ó Duro Catalaunum, despues *Catalauni*, habia antes formado parte del territorio de Reims, desde donde solo dista veinte y siete millas. Véase Vales. Notit. Gall., p. 136. D'Anville, Notice de l' Ancienne Gaule, p. 212, 279.

(42) Gregorio de Turs menciona á menudo el nombre de Campania ó Champaña; y aquella vasta provincia, de que Reims era la capital, obedecia el mando del duque. Vales. Notit., p. 120-123.

(43) Siento infinito que estas arengas militares esten por lo regular compuestas por el historiador; con todo, los antiguos Ostrogodos, que habian servido en tiempo de Atila, podrian repetir los discursos de Casiodorio: las ideas, y aun las espresiones, tienen cierto aire escitio; y dudo que un Italiano del siglo sexto hubiera pensado en el hujus certaminis *gaudia*.

(44) Las espresiones de Jornandes, ó mas bien de Casiodoro, son sumamente enérjicas. Bellum atrox, multiplex, inmane, pertinax, cui simile nulla usquam narrat antiquitas: ubi talia gesta referuntur, ut nihil esset quod in vita sua conspicere potuisset egregius, qui hujus miraculi privaretur aspectu. Dubos (Hist Critique, tom. I, p. 392, 393) trata de conciliar los 162,000 de Jornandes con los 300,000 de Idacio é Isidoro; suponiendo que el mayor número abraza la destruccion total de la guerra las enfermedades, la matanza del pueblo indefenso, etc.

(45) El conde de Buat (Hist. des Peuples, tom. VII, p. 554-673), ateniéndose al *falso* y desechando otra vez el *verdadero* Idacio, dividió la derrota de Atila en dos grandes batallas; la primera cerca de Orleans la segunda en Champaña; en la una pereció Teodorico, en la otra quedó vengado.

(46) Jornandes de Rebus Geticis, c. 41, p. 671. La política de Aecio y la conducta de Torismundo son sumamente naturales; y segun Gregorio de Turs (l. II, c. 7, p. 163), el patricio despidió al príncipe de los Francos, sujiriéndole un recelo semejante. El falso Idacio pretende ridículamente que Aecio habia hecho una visita nocturna y clandestina á los reyes de los Hunos y de los Visigodos, obteniendo de cada uno un presente de diez mil piezas de oro, como precio de su retirada.

(47) Estas crueldades deploradas por Teodorico, hijo de Clodoveo (Gregorio de Turs, l. III, c. 10, p. 190), cuadraban con la época y las circunstancias de la invasion de Atila. La tradicion popular confirma su residencia en Turinjia; suponiendo que reunió un *curultai*, ó dieta, en el territorio de Eisenach. Véase Mascou, IX, 30, quien establece con es-

mero la estension de la antigua Turinjia, y deriva su nombre de la tribu gótica de los Tervinjios.

(48) Machinis constructis, omnibusque tormentorum generibus adhibitis, Jornandes, c. 42, p. 673. Los Mogoles, en el siglo trece, atacaron las ciudades de la China con grandes máquinas, construidas por los Cristianos ó Mahometanos que estaban á su servicio, que arrojaban piedras del peso de 150 á 300 libras. Los Chinos usaron, en defensa de su pais, la pólvora y aun las bombas, cien años antes que fuesen conocidas en Europa; sin embargo, estas armas celestiales ó infernales no bastaban á protejer una nacion pusilánime. Véase Gaubil, Hist. des Mongous, p. 70, 71, 155, 157, etc.

(49) Refieren la misma historia Jornandes y Procopio (de Bell. Vandal., l. I, c. 4, p. 187, 188): ni es fácil decidir cuál es la verdadera. Pero el historiador griego es culpable de una inexactitud, pues coloca el sitio de Aquileya *despues* de la muerte de Aecio.

(50) Jornandes, cien años despues, afirma que Aquileya estaba tan completamente arruinada, ita ut vix ejus vestigia, ut appareant, reliquerint. Véase Jornandes, de Reb. Geticis, c. 42, p. 673. Pablo Diacon., l. II, c. 14, p. 785. Luitprando, Hist., l. III, c. 2. Algunas veces se aplicó el nombre de Aquileya al Forum Julii (Cividad del Friuli), la capital mas moderna de la provincia veneciana (*).

(51) Al describir la guera de Atila, guerra tan célebre y cuyos pormenores ignoramos, me han servido de guias dos intruidos Italianos, que consideran el hecho bastante ventajosamente; Sigonio, de Imperio Occidentali, l. XIII, en sus obras, tom. I, p. 495-502; y Muratori, Annali d'Italia, tom, IV, p. 229-236, 8ª. edicion.

(52) Esta anécdota puede hallarse en dos artículos diferentes (μεδιόλανον y κόρυκος) de la compilacion miscelanea de Suidas.

(*) Compárense los curiosos poemas latinos sobre la destruccionde Aquileya, publicados por M. Endlicher en su apreciable catálogo de manuscritos latinos, en la librería de Viena, p. 298, etc.

Repleta quondam dominibus sublimibus, ornatis mire, niveis marmoreis,
Nunc ferax frugum metiris funiculo ruricularum.

El poeta frailuno halla un consuelo en los sufrimientos de Atila de alma y cuerpo.

Vix dictam tamen non evasit impius destructur tuus Attila sœvissimus,
Nunc cigni simul gehennæ et vermibus excruciatur. —P. 290.— M.

(53) Leo respondit, humana hoc pictum manu;
Videres hominem dejectum, si pingere
Leones scirent.

Appendix ad Phædrum, Fab. XXV.

El leon apela neciamente, en Fedro, de la pintura al anfiteatro ; y celebro que Lafontaine con su natural buen gusto (l. III, fáb. X) haya omitido esta conclusion defectuosa.

(54) Describe Pablo el Diácono (de Geticis, Langobard., l. II, c. 14, p. 784) las provincias á fines del siglo octavo. *Venetia* non solum in paucis insulis quas nunc Venetias dicimus, constat; sed ejus terminus a Panno-niæ finibus usque Adduam fluvium protelatur. La historia de esta provincia, hasta el tiempo de Carlomagno, forma la primera parte de lo mas interesante de la Verona Illustrata (p. 1-388), en la que el marqués Escipio Maffei se muestra igualmente capaz de mayores empresas y de minuciosa investigacion.

(55) No confirma esta emigracion ninguna autoridad contemporanea; pero la verdad está probada por el acontecimiento; la tradicion puede conservar las circunstancias. Refujiáronse los ciudadanos de Aquileya á la isla de Grado, los de Padua á Rivo Alto, ó Rialto, en donde luego se fundó la ciudad de Venecia, etc.

(56) La topografía y antigüedades de las islas venecianas, desde Grado hasta Clodia, ó Chioggia, se hallan esmeradamente descritas en la Dissertatio Chorographica de Italia Medii Ævi, p. 151-155.

(57) Cassiodor. Variar., l. XII, epist. 24. Maffei (Verona Illustrata, part. I, p. 240-254) tradujo y esplicó esta interesante carta, con el discernimiento de un instruido anticuario y como súbdito leal, que consideraba á Venecia como la única y lejítima descendiente de la república romana. Fija la fecha de la carta, y por consiguiente la prefectura de Casiodoro, en el año 523, y la autoridad del marqués adquiere mayor peso, teniendo dispuesta una edicion de sus obras, y publicando en la actualidad una disertacion sobre la verdadera ortrografía de su nombre. Véase Osservazioni Letterarie, tom. II, p. 290-339.

(d) El instruido conde Figliasi en sus memorias sobre los Venedos, (Memorie de' Veneti primi é secondi del conte Figliasi, tom. VI, Venezia, 1796) probó que desde el mas remoto período, esta nacion, que ocupaba el pais llamado desde entónces Estados Venecianos ó Tierra Firme, habitaba tambien las islas diseminadas sobre la costa, y que de aquí se derivaron los nombres de *Venetia prima* y *secunda*, aplicando el primero á la tierra firme, y el segundo á las islas y lagunas. Desde el tiempo de

los Pelasjios y de los Etrurios, los primeros Venetos, viviendo en un pais fértil y agradable, se dedicaron á la agricultura; los segundos, colocados en medio de canales y en la embocadura de varios rios, convenientemente situados con respecto á las islas de Grecia, así como á las fértiles llanuras de la Italia, se entregaron á la navegacion y el comercio. Ambos se sometieron al poderío romano poco antes de la segunda guerra púnica; sin embargo, no fueron declaradas provincias romanas hasta despues de la victoria de Mario sobre los Cimbrios. Venetia prima ocupó mas de una vez las pájinas de la historia, por las calamidades que sufrió bajo los emperadores..... Pero la provincia marítima estaba entregada á la pesca, salazones y el comercio. Los Romanos los consideraron como indignos de ser mencionados en la historia y los dejaron en la oscuridad... Vivieron así hasta la época en que sus islas sirvieron de refujio á sus arruinados y fujitivos compatriotas. Sismondi, Hist. des Rép. Italiennes, V, I, p. 313.—G.

Compárese, sobre el oríjen de Venecia, á Daru, Hist. de Venise, vol. I, c. 1.—M.

(58) Véase el tomo segundo de Amelot de la Houssaie, Histoire du Gouvernement de Venise, traduccion del célebre Squittinio. Este libro, que ha sido elojiado mucho mas de lo que merece, está tiznado en cada línea por la malquerencia de partido, y lo verdadero y apócrifo está entremezclado; pero el lector puede fácilmente escojer el término medio.

(59) Sirmond (Not. ad Sidon. Apollin., p. 19) publicó un pasaje curioso de la Crónica de Próspero. Attila, redintegratis viribus, quas in Gallia amiserat, Italiam ingredi per Pannonias intendit, nihil duce nostro Aetio secundum prioris belli opera prospiciente, etc. Reconviene á Aecio por su descuido en la custodia de los Alpes, y con intencion de abandonar la Italia; pero esta amarga censura se halla equilibrada por los favorables testimonios de Idacio é Isidoro.

(60) Véanse los retratos orijinales de Avieno y de su rival Basilio, delineados y comparados en la carta (I, 9, p. 22) de Sidonio. Habia estudiado el carácter de los dos jefes del senado; pero se aficionó á Basilio, como el amigo mas firme y desinteresado.

(61) El carácter y principios de Leon se hallan estampados en ciento cuarenta y una cartas orijinales, que aclaran la historia eclesiástica de su largo y penoso pontificado, desde el año 440 al 461. Véase Dupin, Bibliothèque Ecclésiastique, tom. III, part. II, p. 120-165.

(62) —tardis ingens ubi flexibus errat
Mincius, et tenera prætexit arundine ripas.
. . . .
Anne lacus tantos, te Lari maxime, teque
Fluctibus, et fremitu assurgens *Benace* marino.

(63) El marqués Maffei (Verona Illustrata, part. I, p. 95, 129, 221; part. II, p. 2, 6) esplicó con gusto é intelijencia esta interesante topografía. Establece la entrevista de Atila y san Leon cerca de Ariolica, ó Ardelica, hoy dia Peschiera, en la confluencia del lago y el rio; coloca la villa de Catulo en la deliciosa península de Sirmio; y descubre los Andes de Virjilio en la aldea de Bandes, situada precisamente, qua se subducere colles incipiunt, en donde los montes Veronesos se deslizan insensiblemente en la llanura de Mantua (*).

(64) Si statim infesto agmine urbem petiissent, grande discrimen esset: sed in Venetia quo fere tractu Italia mollissima est, ipsa soli cælique clementia robur elanguit. Ad hoc panis usu carnisque coctœ, et dulcedine vini mitigatos, etc. Este pasaje de Floro (III, 3) es mas bien aplicable á los Hunos que á los Cimbrios, pudiendo servir de comentario á la plaga *celestial*, con la que Idacio é Isidoro aquejaron á las tropas de Atila.

(65) El historiador Prisco menciona el efecto que produjo su ejemplo en el ánimo de Atila. Jornandes, c. 42, p. 673.

(66) El cuadro de Rafael está en el Vaticano; el basso (ó quizás el alto) relieve de Algardi, en uno de los altares de san Pedro (Véase Dubos, Reflexions sur la Poésie et sur la Peinture, tom. I, p. 519, 520); Baronio (Annal. Eccles., año 452, núm. 57, 58) sostuvo intrépidamente la verdad de la aparicion, que los católicos mas instruidos y piadosos han rechazado.

(67) Attila, ut Priscus historicus refert, extinctionis suæ tempore, puellam Ildico nomine, decoram valde, sibi matrimonium post innumerabiles uxores..... socians. Jornandes, c. 49, p. 683, 684. Luego añade (c. 50, p. 686) Filii Attilæ, quorum per licentiam libidines pæne populus fuit. La poligamia se conservó en todos tiempos entre los Tártaros. La categoría de las esposas plebeyas se regulaba únicamente por sus atractivos; y la ajada matrona preparaba, sin murmurar, el lecho para su hermosa rival. Pero en las familias reales, las hijas de los Khanes trasmitian á sus hijos el derecho hereditario. Véase Historia Jenealójica, p. 406, 407, 408.

(68) La noticia de su *crímen* llegó á Constantinopla, en donde se le denominó de diferente modo; y repara Marcelino que el tirano de Eu-

(*) Gibbon padeció una estraña equivocacion; el Mincio corre fuera del Benaco en Peschiera, y no dentro. La entrevista se verificó en Ponte Molino, y en Governolo, en la confluencia del Mincio y del Po. Gonzaga, obispo de Mantua, en el año 1616 colocó una tablilla en la iglesia de Governolo, para perpetuar este acontecimiento. Descrizione di Verona e della sua provincia. C. 11, p. 126.—M.

ropa fué asesinado durante la noche por mano de una mujer. Corneille adaptó á su trajedia esta relacion verdadera, describiendo la irrupcion de la sangre en cuarenta líneas pomposas, y Atila esclama con ridículo enfurecimiento.

—S' il ne veut s' arrêter (*su sangre*),
(Dit-il), on me paiera ce qui m' en va coûter.

(69) Las interesantes circunstancias de la muerte y funerales de Atila se hallan referidas por Jornandes (c. 49, p. 683, 684, 685), y están probablemente tomadas de Prisco.

(70) Véase Jornandes, de Rebus Geticis, c. 50, p. 685, 686, 687, 688. La descripcion que hace de las armas nacionales es curiosa é importante. Nam ibi admirandum reor fuisse spectaculum, ubi cernere erat cunctis, pugnantem Gothorum ense furentem, Gepidam in vulnere suorum cuncta tela frangentem, Suevum pede, Hunnum sagitta præsumere, Alanum gravi, Hurulum levi, armatura, aciem instruere. No estoy bien informado de la verdadera situacion del rio Netad.

(71) Dos historiadores modernos han aclarado la ruina y division del imperio de Atila; M. de Buat, con su minuciosa actividad (tom. VIII, p. 3-31. 68-94); y M. de Guignes, por su gran conocimiento de los escritores é idioma chino. Véase Hist. de los Hunos, tom. II, p. 315-319.

(e) Las alabanzas prodigadas por Gibbon al carácter de Aecio han sido censuradas con demasiada severidad (Véase J. Atila, de M. Herbert, p. 321). No sé que Gibbon haya desfigurado ó paliado ninguno de los crímenes ó traiciones de Aecio; pero su posicion en la época de su asesinato era ciertamente la del conquistador mas temible de los bárbaros: ninguna seguridad hay de que no fuese *inocente* de criminales designios contra Valentiniano. Si los primeros hechos de su vida, la introduccion de los Hunos en Italia, y de los Vándalos en Africa, contribuyeron á la decadencia del imperio, su muerte fué la señal de su completa ruina.—M.

(72) Murió Placidia en Roma, en 27 de noviembre de 450. Fué enterrada en Ravena, en donde su sepulcro, y aun su cuerpo, sentado en una silla de ciprés, se conservaron por siglos. El clero ortodojo cumplimentó á la emperatriz, y san Pedro Crisólogo la aseguró que su celo por la Trinidad habia sido recompensado por una trinidad de hijos. Véase Tillemont, Hist. des Emp., tom. VI, p. 240.

(73) Aetium Placidus mactavit semivir amens, es la espresion de Sidonio (Panegyr. Avit. 359). El poeta conocia el mundo, y no se hallaba dispuesto á adular á un ministro que habia causado la desgracia de Avito y Mayoriano, los héroes de su canto.

(74) Nuestros apuntes acerca de las causas y circunstancias de las muertes de Aecio y Valentiniano son oscuros é imperfectos. Procopio (de Bell. Vandal., l. I, c. 4, p. 186, 187, 188) es un escritor fabuloso para los acontecimientos que preceden á su memoria. Su narracion debe ser correjida por cinco ó seis Crónicas, y ninguna de ellas compuesta en Roma ó Italia; las que solo pueden espresar, en sentencias sueltas, los rumores populares, cuando fueron enviados á Galia, España, Africa, Constantinopla, ó Alejandría.

(75) Esta interpretacion de Vecio, un celebrado augurio, la cita Varron en su libro XVIII, de las Antigüedades. Censorino, de Die Natali, c. 17, p. 90, 91, edic. Havercamp.

(76) Segun Varron, el siglo doce debia terminar en el año 447; pero la duda de la verdadera era de Roma concede alguna latitud de atraso ó anticipacion. Los poetas de la época, Claudiano (de Bell. Getico, 265) y Sidonio (in Panegyr. Avit. 357) pueden considerarse como verdaderos testimonios de la opinion popular.

Jam reputant annos, interceptoque volatu
Vulturis, incidunt properatis sæcula metis.
. . . .
Jam prope fata tui bissenas vulturis alas
Implebant; scis namque tuos, scis, Roma, labores.

Véase Dubos, Hist. Critique, tom. I, p. 340-346.

(77) El libro quinto de Salviano está cuajado de lamentos patéticos y acaloradas invectivas. Su libertad inmoderada prueba la debilidad y corrupcion del gobierno romano. Publicóse su libro tras la pérdida de Africa (439), y antes de la guerra de Atila (451).

(78) La crónica de Idacio menciona á menudo los Bagaudos de España, que guerrearon con las tropas romanas. Salviano describió en lenguaje enérjico su miseria y rebelion. Itaque nomen civium Romanorum.... nunc ultro repudiatur ac fugitur, nec vile tamen sed etiam abominabile pœne habetur.... Et hinc est ut etiam hi qui ad Barbaros non confugiunt, Barbari tamen esse coguntur, scilicet ut est pars magna Hispanorum, et non minima Gallorum.... De Bagaudis nunc mihi sermo est, qui per malos judices et cruentos spoliati, afflicti, necati postquam jus Romanæ libertatis amiserant, etiam honorem Romani nominis perdiderunt..... Vocamus rebelles, vocamus perditos quos esse compulimus criminosos. De Gubernatione Dei, l. V, p. 158, 159.

CAPITULO XXXVI.

Saqueo de Roma por Jenserico, rey de los Vándalos.—Sus piraterías. —Sucesion de los últimos emperadores de Occcidente, Máximo, Avito, Mayoriano, Severo, Antemio, Olibrio, Glicerio, Nepote, Augústulo.—Esterminio absoluto del imperio de Occidente.—Reinado de Odoacro, primer rey bárbaro de Italia.

La pérdida ó asolamiento de las provincias desde el Océano á los Alpes empañó la gloria y quebrantó el poderío de Roma, y su prosperidad interior se desplomó con la separacion del Africa. Insaciables los Vándalos, confiscaban los estados patrimoniales de los senadores (A. 439-455), y atajaban las rentas que socorrian las urjencias y fomentaban la holgazanería de los plebeyos. Agraváronse los apuros de Roma con un desfalco inesperado, pues la provincia, cultivada siempre para su abasto por súbditos obedientes é industriosos, se armó contra ella por un bárbaro ambicioso. Los Vándalos y Alanos, que seguian el estandarte triunfador de Jenserico, se habian posesionado de un territorio pingüe que se esplayaba por la costa en mas de noventa jornadas desde Tánjer á Trípoli; mas estrechaban sus límites por ambos costados el Mediterraneo y los arenales. No cabia en la ambicion discreta de Jenserico el empeñarse tras las naciones negras habitadoras de la zona tórrida; pero tendió la vista por el mar y acordó plantear un poderío naval, realizando gallardamente su intento con teson y actividad irresistibles. Aprontaban maderas de sobra los bosques del monte Atlas; sus nuevos súbditos sobresalian en la navegacion y en las construcciones navales; alentó á sus valerosos Vándalos á emprender un jénero de guerra que les avasallaria todas las playas; cebó á los Moros y demás Africanos con la esperanza de cuantiosas presas, y tras seis siglos, las armadas que iba desembocando el puerto de Cartago esperaban de nuevo imperar en el Mediterraneo. El éxito de los Vándalos, la conquista de Sicilia, el saqueo de Palermo y los desembarcos repetidos por la costa de Lucania movieron y sobresaltaron á la madre de Valentiniano y á la hermana de Teodosio. Se ajenciaron alianzas, se prepararon á toda costa armamentos infructuosos para esterminar al enemigo comun, que tenia reservado su denuedo para los trances que su política no acertase á precaver. Solia Jenserico burlar los intentos de Roma con sus demoras alevosas, promesas ambiguas y con-

cesiones aparentes, y la intervencion de aquel confederado tan formidable, el rey de los Hunos, retraia á los emperadores del recobro del Africa al esmero de su propio salvamento. Las revoluciones palaciegas, que dejaban el imperio occidental sin defensor y sin príncipe lejítimo, aventaron las zozobras y aguijaron la codicia de Jenserico. Habilitó luego crecida armada de Vándalos y Moros, y ancló á la embocadura del Tiber, como tres meses despues de la muerte de Valentiniano y el entronizamiento de Máximo.

Se solia citar la vida privada del senador Petronio Máximo (1) como raro ejemplo de felicidad humana. Esclarecido era su nacimiento, puesto que descendia de la alcurnia Anicia, correspondiendo á su señorío el caudal y las fincas, y acompañando sus haberes la aficion á las artes, y los modales decorosos que realzan ó remedan los dones inestimables del númen y de la virtud. El lujo de su palacio y mesa era espléndido y halagüeño, y en saliendo en público, llevaba una gran comitiva de ahijados obsequiosos y agradecidos (2); y aun cabe que entre ellos tuviese algunos amigos entrañables. El valimiento con el príncipe y el senado era el galardon de sus merecimientos; fué tres veces prefecto pretoriano de Italia, cónsul dos veces, y ascendió á la jerarquía de patricio. Cabíale sosiego y ensanche en medio de sus honores civiles, repartiendo el tiempo entre recreo y tareas por horas, y esta economía del tiempo acredita el concepto que tenia Máximo de su propia dicha. Disculpa al parecer su venganza con el emperador Valentiniano aquel agravio tan estremado é irremisible. Un filósofo no obstante pudiera reflexionar que si la resistencia de su esposa fuera sincera, intacta quedaba su castidad, mancillándose al contrario para siempre, si accediera al vil albedrío de un adúltero. Titubeara un patricio antes de agolpar sobre sí mismo y sobre la patria entera aquel cúmulo de plagas inevitables en faltando la línea real de Teodosio. Desentendióse desacordadamente Máximo de estos reparos fundamentales; sació su encono y su ambicion; estuvo viendo el cadáver ensangrentado de Valentiniano á sus plantas, y se oyó saludar emperador con la voz unánime del senado y del pueblo. Pero el dia mismo de su encumbramiento le anocheció para su felicidad, pues quedó encerrado (como se espresa Sidonio Apolinar) en su palacio, y tras de pasar la noche en vela, suspiró de que habia llegado á la cumbre de sus anhelos, y solo ansiaba ya apearse de tan azarosa elevacion. Agoviado con el peso de la diadema, desahogó su pecho acongojado con su amigo y cuestor Fuljencio, y al ir repasando hácia atrás con pesadumbre inservible los deleites de su vida anterior, esclamó el emperador: «¡O venturoso Dámocles (3); empezó y finó tu reinado en el mismo banquete!» Alusion muy trillada, que luego Fuljencio anduvo repitiendo, como leccion instructiva para príncipes y súbditos.

Siguió el reinado de Máximo como tres meses; sus horas, de que ya no le cabia disponer, se iban emponzoñando mas y mas con remordimientos, delitos y terrores; y su solio padeció vicisitudes por las sediciones de la soldadesca, el pueblo y los bárbaros. Encaminábase acaso el enlace de su hijo Paladio con la primojénita del difunto emperador á arraigar la sucesion hereditaria en su familia; mas la violencia con que atropelló á la emperatriz Eudoxia solo pudo provenir de lujuria ó venganza. Quitó la muerte oportunamente de en medio á su esposa, causadora de tanto acontecimiento trájico, y la viuda de Valentiniano tuvo que orillar el luto decoroso, quizás el quebranto sincero, y allanarse á los cariños de un usurpador engreido, á quien suponia asesino de su difunto esposo (A. 455, junio 12). Demostróse esta suposicion, confirmándola indiscretamente el mismo Máximo, quien se acarreó el odio de su desabrida novia, muy engreida siempre con sus entronques con la línea imperial. No le cabia sin embargo á Eudoxia el contar con el arrimo del Oriente; su padre y su tia Pulqueria habian fallecido, estaba su madre desterrada y desvalida en Jerusalen, y un estraño empuñaba el cetro de Constantinopla. Tendió sus miradas hácia Cartago, imploró reservadamente el auxilio del rey de los Vándalos, y recabó de Jenserico que se valiese de la proporcion aventajada de disfrazar sus intentos rapaces con los nombres decorosos de pundonor, lástima y justicia (4). El desempeño de Máximo como particular se anonadó al asir las riendas del imperio; y aunque quedó luego enterado de los armamentos navales que se estaban preparando por la costa de Africa, se mantuvo adormecido en la espectativa del enemigo, sin acudir á los arbitrios de poderosa defensa, negociacion ó retirada oportuna. Al fondear los Vándalos en la embocadura del Tíber, el clamoreo de la muchedumbre trémula y airada vino por fin á desaletargarlo. Atónito y mudo, no le cupo otra disposicion que la de huir atropelladamente, exhortando á los senadores para que siguiesen su ejemplo. Mas al asomar por las calles Máximo, le descargaron una lluvia de piedras, y luego un soldado romano ú borgoñon se abalanzó á darle la primera herida; arrojaron su cadáver lisiado al Tíber; celebró el pueblo romano el castigo impuesto al causador de tantas desdichas, y la servidumbre de Eudoxia descolló con su afan por la causa de su dueña (5).

Al tercer dia despues del alboroto, adelantóse Jenserico denodadamente desde el puerto de Ostia hasta los umbrales de la ciudad indefensa (A. 455, junio 15—29). En vez de una salida de la juventud romana, desembocó por las puertas una procesion desarmada y venerable del obispo acaudillando á su clero (6). El despejo brioso de Leon, su predominio y elocuencia, amansaron *nuevamente* la fiereza de un conquistador bárbaro: prometió el rey de los Vándalos desentenderse de la

muchedumbre indefensa, resguardar del fuego los edificios y eximir á los cautivos del tormento; y aunque no se formalizaron tales órdenes ni menos se obedecieron con puntualidad, la mediacion del papa fué gloriosa para él, y hasta cierto punto provechosa para su patria. Mas Roma y su vecindario quedaron entregados al desenfreno de los Vándalos y Moros, cuyos ciegos ímpetus desagraviaron á Cartago. Duró el saqueo catorce dias con sus noches, y cuanta riqueza pública ó privada, cuantos tesoros sagrados ó profanos quedaban todavía se fueron ejecutivamente trasladando á los bajeles de Jenserico. Entre los despojos, las reliquias esplendorosas de dos templos, ó relijiones mas bien, manifestaron un ejemplar memorable de las vicisitudes de todos los negocios humanos y divinos. Abolido el paganismo, quedó el Capitolio envilecido y desamparado; respetáronse sin embargo las estatuas de dioses y héroes; permanecia reservada la techumbre primorosa de bronce dorado para las manos apresadoras de Jenserico (7). Los instrumentos sagrados de la relijion judaica (8), la mesa de oro y el blandon, igualmente de oro, con sus siete brazos, fabricado orijinalmente segun las especiales instrucciones del mismo Dios, y colocado todo en el santuario de su templo, se habian enarbolado ostentosamente ante el pueblo romano en el triunfo de Tito. Depositáronse luego en el templo de la Paz, y á los cuatrocientos años, aquellos despojos de Jerusalen se trasladaron de Roma á Cartago por un bárbaro oriundo de las playas del Báltico. Aquellos monumentos antiguos podian cebar la curiosidad no menos que la codicia; mas las iglesias cristianas, enriquecidas y realzadas con la superstícion dominante de la época, ofrecian aun mayor atractivo al sacrilejio; y la liberalidad grandiosa de Leon, que derritió seis vasos de plata, regalados por Constantino, de cien libras cada uno, evidencia el estrago que trataba de reparar. En los cuarenta y cinco años que mediaban desde la invasion goda, habíase hasta cierto punto restablecido el boato y lujo de Roma, y no cabia ni el evadirse ni el saciar á un conquistador avariento, que estaba muy despacio y tenia á la mano naves para trasportar la riqueza de la capital. Los adornos imperiales del palacio, las alhajas y alfombras, las mesas de plata maciza, todo se fué hacinando revueltamente: ascendía el oro y la plata á miles de talentos; pero hasta el cobre y el bronce se arrebataron con trabajoso ahinco. La misma Eudoxia, que se adelantó para verse con su amigo y libertador, tuvo luego que llorar su desatino. Despojáronla violentamente de sus joyas; y la desventurada emperatriz, con sus dos hijas, únicos retoños vivos del gran Teodosio, tuvo que seguir como cautiva al Vándalo altanero, quien inmediatamente dió la vela y aportó prósperamente en Cartago (9). Embarcáronse á su pesar varios miles de Romanos de ambos sexos, entresacados por alguna particularidad provechosa ó agradable, en la escuadra

de Jenserico, y agravóse su desdicha, por cuanto los bárbaros empedernidos fueron separando, en el reparto de su presa, las mujeres de los maridos y los hijos de sus padres. No les cupo mas arrimo y consuelo que la caridad de Deogracias, obispo de Cartago (10), quien vendió desprendidamente el oro y la plata de las iglesias para comprar la libertad de unos, aliviar la esclavitud de otros, y acudir á los apuros y dolencias de una muchedumbre cautiva cuya salud se habia quebrantado con las penalidades del tránsito de Italia al Africa. Convirtiéronse por su disposicion dos iglesias espaciosas en hospitales; repartiéronse los enfermos por sus competentes lechos, y socorriéronse anchamente con sustento y medicinas; y el prelado sacrosanto andaba dia y noche repitiendo sus visitas con un esmero superior á sus fuerzas, y un cariño tan entrañable, que realzaba el mérito de sus beneficios. Cotéjese este cuadro con el campo de Canas, y júzguese entre Aníbal y el sucesor de San Cipriano (11).

Habian las muertes de Ecio y de Valentiniano relajado los vínculos que enfrenaban á los bárbaros de la Galia en paz y subordinacion (A. 455, julio 10). Infestaban los Sajones la costa; adelantáronse los Alemanes y los Francos desde el Rin hasta el Sena, y la ambicion de los Godos estaba al parecer cavilando en conquistas mas estensas y permanentes. Descargóse el emperador Máximo, con una eleccion atinada, de aquellos desvelos lejanos; acalló las solicitudes de sus amigos, se atuvo al eco de la nombradía y ensalzó á un estraño al mando de las fuerzas en la Galia. Descendia Avito (12), cuyos merecimientos se galardonaron tan esclarecidamente, de una familia honrada y rica en la diócesis de Auvernia. Las vicisitudes de la época le estrecharon á seguir con el mismo ahinco las profesiones militar y civil, y su mocedad incansable alternaba el estudio de la literatura y de la jurisprudencia con el ejercicio de las armas y de la caza. Dedicó hasta treinta años al servicio público, descollando alternativamente en la guerra y en las negociaciones, y aquel soldado de Ecio, despues de haber desempeñado embajadas de suma entidad, llegó á la clase de prefecto pretoriano de la Galia. Sea que tanto mérito le acarrease émulos, ó que su moderacion ansiara el sosiego, se retiró apaciblemente á unos estados que poseia por las cercanías de Clermont. Una corriente caudalosa despeñándose de las sierras á saltos redoblados y espumosos desembocaba luego sobre un lago de cerca de una legua, y bañaba una quinta amenísima que lo dominaba. Baños, pórticos, viviendas de estío y de invierno, todo brotaba comodidad y boato, ciñéndola el pais comarcano con varia perspectiva de bosques, dehesas y praderas (13). En aquel retiro, donde Avito estaba ociando con sus libros, recreos campesinos, el ejercicio de la labranza y la sociedad de sus amigos (14), recibió el diploma imperial que lo constituia maestre

jeneral de la infantería y caballería de la Galia. Encargóse del mando militar; enfrenáronse los bárbaros, y prescindiendo de medios y de concesiones forzosas, disfrutó el pueblo el regalo de su inalterable sosiego. Pero dependia la suerte de la Galia de los Visigodos, y el caudillo romano, desentendiéndose de su propia dignidad por acudir al interés jeneral, se allanó á comparecer en Tolosa con el carácter de embajador. Recibiólo con agasajo cortesano Teodorico, rey de los Godos; mas mientras Avito se esmeraba en consolidar una alianza con aquella nacion poderosa, supo con asombro que el emperador Máximo habia sido muerto y Roma saqueada por los Vándalos. Cebó su ambicion (15) aquel solio vacante donde podia entronizarse á su salvo, y le fué muy obvio el recabar de los Visigodos su arrimo poderoso (A. 455, agosto 15). Gustaban de su persona, acataban sus prendas y complacíanse en la ventaja y el timbre de dar un emperador al Occidente. Asomaba ya el plazo de la junta anual de las siete provincias en Arles; podian presenciarlas y privar en ellas Teodorico y su gallardo hermano, mas la eleccion se debia inclinar á los patricios mas esclarecidos. Aceptó Avito, tras cierta resistencia decorosa, la diadema imperial de los representantes de la Galia, aclamando su nombramiento tanto bárbaros como naturales. Solicitóse y vino la anuencia terminante de Marciano, emperador de Oriente; pero el senado, Roma y la Italia, tras el abatimiento de los quebrantos recientes, se allanaron con secretos susurros al engreimiento del usurpador galo.

Teodorico, á quien debia Avito la púrpura, se habia granjeado el cetro godo matando á su hermano primojénito Turismundo; y sinceró tan suma atrocidad con el intento ideado por su antecesor de atropellar su alianza con el imperio (16). Pudiera aquel atentado avenirse con las costumbres; mas eran los modales de Teodorico apacibles y cariñosos, y cabe á la posteridad el enterarse sin susto del retrato orijinal de un rey godo, á quien Sidonio habia observado íntimamente en temporadas de paz y de trato social. Satisface el orador la curiosidad de un amigo, en carta fecha en la corte de Tolosa, con los términos siguientes (17): « Desde luego Teodorico impone respeto á cuantos desconocen sus prendas con su estampa majestuosa, y aunque nació príncipe, realzaria su mérito una esfera privada. Es de mediana estatura, mas bien grueso que gordo, y juega con ajilidad sus briosos y proporcionados miembros (18). Sobresale en su rostro la frente espaciosa, con cejas grandes y revueltas, nariz aguileña, labios delgados, dentadura tersa y fina, y tez delgada, que se sonroja mas á menudo por modestia que por enojo. Reparte regularmente el tiempo, en cuanto cabe conceptuar por lo que se manifiesta, en la forma siguiente: Antes de amanecer, acude con escasa comitiva á su oratorio particular, donde oficia el clero arriano; mas cuantos leen en su interior conceptúan toda aquella devocion como

habitual y política: emplea lo restante de la mañana en el desempeño de su gobierno. Cercan su asiento oficiales de traza decorosa y de juicio; la caterva ruidosa de la guardia bárbara se arremolina por la antesala de audiencia; mas no le cabe el traspasar los toldos que atajan la sala del consejo. Van entrando sucesivamente los embajadores de varias naciones; óyelos Teodorico atentamente, contéstales con brevedad entendida, y manifiesta ó emplaza, segun lo requiere el asunto, su contestacion terminante. Á las ocho (la hora segunda) se levanta del trono y da vuelta por su erario y por sus caballerizas. Si sale á caza, ó á cabalgar meramente por via de ejercicio, un mancebo íntimo le lleva el arco, y cuando lo asesta sobre alguna pieza, es sumamente certero; como rey, se corre de ir armado en tan ínfima guerra, mas como soldado, se sonrojaria de recibir de mano ajena servicio alguno militar. Diariamente su comida es igual á la de cualquiera ciudadano; pero los sábados agasaja rejiamente á sus huéspedes con el primor de los Griegos, la abundancia de los Galos y el método y despejo de los Italianos (19). Sus alhajas de oro y plata no sobresalen tanto por el peso como por el primor de sus tersas hechuras: queda servido el gusto sin el auxilio del lujo estranjero y costoso: el tamaño y número de tragos en las copas va ajustado á las reglas de la templanza; y el silencio circunspecto que se guarda suele tan solo interrumpirse con tal cual conversacion formal é instructiva. Por maravilla sestea Teodorico brevemente; y entónces pide luego dados y tableros, encargando á los amigos que se desentiendan de la majestad, y se complace en verlos prorumpir en ímpetus, segun los lances del juego. En este recreo, que apetece como remedo de la guerra, suele alternativamente mostrar su ahinco, su maestría, su aguante y su jovialidad. Rie cuando pierde, y si gana, se reporta y calla. Pero en medio de esta indiferencia aparente, sus cortesanos están en acecho de aquellos momentos de victoria para solicitar sus finezas, y yo mismo, en mis recursos al rey, he sabido utilizar mis pérdidas (20). A las tres de la tarde se renueva la tarea, y no cesa hasta el anochecer, en que asoma la cena del rey y queda despedida la caterva de suplicantes y pleitistas. Hay mas llaneza en la cena, y suelen acudir juglares y farsantes para divertir, sin lastimar á los concurrentes con sus agudezas ridículas; mas no se admiten cantarinas ni música afeminada, pues los oidos de Teodorico solo se regalan con acentos marciales, incitadores del denuedo y del heroismo. Levántase de la mesa, y colócase luego su guardia á la entrada del tesoro, del palacio y de las viviendas particulares.»

Cuando el rey de los Visigodos alentó á Avito para revestirse la púrpura, ofreció su persona y facultades, como soldado leal de la república (21). Las hazañas de Teodorico (A. 456) luego patentizaron al mundo que no habia dejenerado de las virtudes guerreras de sus antepasados.

Despues del establecimiento de los Godos en Aquitania y el tránsito de los Vándalos al Africa, los Suevos, que habian fundado su reino en Galicia, aspiraron á la conquista de España, y estaban amenazando con el total esterminio de los Romanos en la España entera. Los naturales de las provincias de Cartajena y Tarragona, acosados con aquella invasion, acudieron representando sus padecimientos y sus zozobras. Pasó el conde Fronton, en nombre del emperador Avito, con ofertas ventajosas de paz y alianza, y aun interpuso Teodorico su mediacion poderosa, declarando que á menos de que su cuñado se retirase inmediatamente, tendria que armarse por la causa de la justicia y de Roma. «Dile,» contestó el altanero Requiario, «que menosprecio al par su amistad y sus armas; tanto que voy á probar si me espera debajo de los muros de su Tolosa.» El reto precisó á Teodorico á precaver los denodados intentos de su enemigo: tramonta el Pirineo acaudillando sus Visigodos, acompáñanle Francos y Borgoñones, y aunque se profesaba sirviente fino de Avito, pactó reservadamente para sí y sus sucesores la posesion absoluta de las conquistas españolas. Estrelláronse ambos ejércitos, ó mas bien las naciones, á las orillas del rio Orbigo, á cuatro leguas de Astorga, y parecia que la victoria decisiva de los Godos habia esterminado por algun tiempo el nombre y el reino de los Suevos. Adelantóse Teodorico desde el campo de batalla hasta Braga, su capital, que conservaba todavía rastros grandiosos de un antiguo comercio y predicamento (22). No mancilló su entrada con sangre; y los Godos respetaron la castidad de sus cautivas y con especialidad las vírjenes consagradas: pero los mas del clero y vecindario quedaron esclavos, y allanáronse iglesias y altares en el saqueo jeneral. Huyó el desventurado rey suevo á un puerto del Océano; pero la tenacidad de los vientos le atajó la salida; entregáronlo á su competidor implacable, y Requiario, que ni merecia ni esperaba indulto, recibió con varonil entereza el hachazo que probablemente descargara en igual caso. Tras este sangriento sacrificio, hijo de la política ó del encono, Teodorico se internó con sus armas victoriosas hasta Mérida, el pueblo principal de Lusitania, sin hallar mas resistencia que la milagrosa de Santa Eulalia; mas quedó atajado en tan próspera carrera y retraido de España antes que pudiese providenciar el afianzamiento de sus conquistas. En su retirada hácia el Pirineo, se fué vengando con el pais de todo su malogro, manifestándose en el saqueo de Palencia y Astorga aliado tan leal como enemigo inhumano. Mientras el rey de los Visigodos estaba peleando y venciendo en nombre de Avito, habia fenecido aquel reinado; y tanto el blason como el interés de Teodorico quedaron ajados con el fracaso de un amigo á quien habia sentado en el trono del imperio occidental (23).

El empeño del senado y del pueblo recabó del emperador Avito el ave-

cindarse en Roma y aceptar el consulado para el año inmediato (A. 456, oct. 16). El primero de enero, su yerno Sidonio Apolinar entonó sus alabanzas en un panejírico de seiscientos versos; pero aquella composicion, aunque galardonada con su estatua de bronce (24), escasea al parecer de númen y de verdad. El poeta, si cabe desdorar así ese dictado sacrosanto, abulta los merecimientos del soberano y padre, y su profecía de un reinado largo y glorioso quedó luego desmentida con los acaecimientos. Avito, por la época en que la dignidad imperial estaba reducida á una preeminencia de afan y peligro, se frustró en el regalo de la afeminacion italiana: no amainaba con la edad su propension amorosa, y se le tilda de haber escarnecido torpe y vilmente á los maridos cuyas mujeres habia seducido ú atropellado (25). Mas no trataban los Romanos ni de disculpar sus yerros, ni de respetar sus prendas, pues cada porcion del imperio se iba estrañando mas y mas de las otras, y el estranjero galo no merecia mas que odio y menosprecio. Esforzaba el senado su lejítimo derecho para la eleccion de todo emperador; y aquella autoridad, dimanada primitivamente de la constitucion antigua, se robustecia ahora con la misma endeblez de la monarquía; pero aun así, contrarestara el emperador los votos de un cuerpo desarmado, si no mediara el desabrimiento, sostenido ú quizás inflamado por el conde Ricimero, uno de los caudillos de las tropas bárbaras, defensoras de la Italia. Nieto por su madre de Walia, rey de los Visigodos, descendia Ricimero por la línea paterna de la nacion sueva (26); su engreimiento ú patriotismo pudo lastimarse de las desventuras de sus paisanos, y repugnábale estar á las órdenes de un emperador, en cuyo ensalzamiento no habia intervenido. Sus servicios leales y grandiosos contra el enemigo comun lo constituian aun mas formidable (27), y tras de acabar junto á Córcega con una escuadra de Vándalos compuesta de sesenta galeras, volvió como triunfador con el timbre de libertador de Italia. Aprovechó una coyuntura para notificar á Avito que finara ya su reinado; y el apocado emperador, lejos de sus aliados godos, tuvo, tras corta é inservible resistencia, que desnudarse de la púrpura. Sin embargo por la clemencia ó el menosprecio de Ricimero (28), se le apeó del solio para encargarle el destino mas apetecible de obispo de Placencia; mas no se sació el encono del senado, y lo sentenció irrevocablemente á muerte. Huyó hácia los Alpes, esperanzado, no de armar á los Visigodos por su causa, sino de afianzar su persona y tesoros en el santuario de Julian, uno de los santos tutelares en la Auvernia (29). Una indisposicion ó la mano del verdugo lo alcanzaron en el camino; pero sus restos se trasladaron decorosamente á Brivas ó Briuda, en su provincia, y descansaron á los piés de su santo patrono (30). Dejó Avito una sola hija, esposa de Sidonio Apolinar, heredero del suegro, y que se la-

mentó al mismo tiempo de su malogro público y privado. Su encono le movió á incorporarse en un bando rebelde en la Galia; y el poeta, como culpado, tuvo que tributar nuevas lisonjas al sucesor en el imperio (31).

Este emperador nos ofrece el descubrimiento de un temple grandioso y heroico, de los que asoman tal vez sobre los escombros de un siglo bastardo para volver por el honor de la humanidad. Hízose Mayoriano (A. 457) acreedor á las alabanzas de sus contemporaneos y de la posteridad, y todas van cifradas en las palabras de un historiador juicioso y desinteresado, á saber: «que era apacible con los súbditos, terrible para sus enemigos, y que descolló por sus virtudes sobre *cuantos* antecesores habian reinado en Roma» (32). Tal testimonio por lo menos alcanza á sincerar el panejírico de Sidonio, y podemos afirmar confiadamente que si bien el orador cortesano ensalzara con sus lisonjas al príncipe mas ruin, el mérito sobresaliente del individuo lo fué ciñendo á los límites de la verdad (33). Derivaba Mayoriano su nombre del abuelo materno, que en el reinado del gran Teodosio mandó la tropa de la raya ilírica. Enlazó á su hija con el padre de Mayoriano, empleado respetable que manejó las rentas de la Galia con maestría y pureza, y antepuso gallardamente su intimidad con Ecio á las ofertas espresivas de una corte alevosa. Su hijo, el emperador venidero, educado en la profesion de las armas, sobresalió desde la mocedad con su denuedo, sensatez y galantería suma en medio de sus escaseces. Siguió las banderas de Ecio, contribuyó á sus logros, y á veces nubló sus timbres, y por fin enceló al patricio, ú mas bien á su esposa, que le precisó á retirarse del servicio (34). Muerto Ecio, fué llamado Mayoriano y promovido; y su intimidad con el conde Ricimero fué el paso inmediato por donde ascendió al trono de Occidente. En la vacante de Avito, el bárbaro ambicioso, por cuanto su nacimiento le escluia de la dignidad imperial, gobernó la Italia con el dictado de patricio, cedió su esclarecido cargo de maestre-jeneral de la infantería y caballería á su amigo, y tras algunos meses se avino al anhelo unánime de los Romanos, cuya privanza mereció Mayoriano con una victoria contra los Alemanes (35). Revistióse la púrpura en Ravena, y la carta que escribió al senado manifiesta desde luego su situacion y sus dictámenes. Dice así: «Vuestro nombramiento, Padres Conscriptos, y la disposicion de un ejército valeroso me han hecho emperador (36). ¡Así la deidad propicia encamine y prospere los consejos y acontecimientos de mi réjimen en ventaja vuestra y felicidad de todos! Por mi parte jamás he aspirado, pero he tenido que avenirme á reinar; ni cumpliria con el honor de buen ciudadano, si ruin é ingratamente me desentendiese de cargar con esos afanes que me impuso la república. Auxiliad pues al príncipe que habeis escojido; alternad en

el desempeño que le habeis encargado, ¡y así nuestro ahinco hermanado fomente la dicha de un imperio que recibí de vuestras manos! Tened entendido que si en nuestros dias se robustece, como en lo antiguo, la justicia, descollará tan inocente como benemérita. Nadie, sino los mismos autores, tema las delaciones (37), que siempre reprobé como súbdito y castigaré severamente como príncipe. Nuestros desvelos y los de nuestro padre, el patricio Ricimero, acudirán á los negocios militares, y providenciarán cuanto conduzca al bien del orbe romano que hemos logrado salvar de sus enemigos estraños y domésticos (38). Ya quedais enterados de mi sistema de gobierno; podeis contar con el amor leal y las protestas sinceras de un príncipe que fué vuestro compañero en el trato y en los peligros, que blasona todavía de su dictado de senador, y que ansia en el alma que nunca llegueis á arrepentiros del juicio que habeis proclamado á su favor.» Un emperador que sobre los escombros del orbe romano renovaba el lenguaje antiguo de las leyes y la libertad, y que no desconociera el mismo Trajano, debió espresar los sentimientos íntimos que le brotaban del corazon, pues no le ofrecian ejemplares ni las costumbres del siglo ni las de sus antecesores (39).

Escaseamos de noticias interiores y públicas acerca de Mayoriano; pero sus leyes, reparables por cierto temple orijinal de concepto y espresion, retratan la índole de un soberano que amaba á su pueblo, se condolia de sus quebrantos, se habia enterado de las causas de la decadencia del imperio (A. 457—461), y que era capaz de aplicar (en cuanto fuese practicable la reforma) remedios acertados y eficaces á los trastornos públicos (40). Sus providencias sobre la hacienda se encaminaban palpablemente á quitar de en medio, ó á suavizar á lo menos los gravámenes mas insufribles. I. Desde el principio de su reinado, acudió (voy trasladando sus espresiones) á aliviar las *acosadas* provincias desangradas con las demandas incesantes de indicciones sobre indicciones (41). Con esta mira, concedió una dispensa universal, una descarga final y absoluta de los atrasos de tributos, de cuantas deudas los ajentes del fisco pudieran pedir al pueblo. El cuerdo abandono de aquellas demandas anticuadas, atropelladoras é inservibles, mejoró y acrisoló todos los manantiales de la renta pública; y el súbdito, que podia mirar hácia atrás sin quebranto, podia afanarse esperanzado de la granjería propia y jeneral. II. En el reparto y recaudacion de los impuestos, restableció Mayoriano la jurisdiccion ordinaria de los majistrados provinciales, y suprimió las comisiones estraordinarias introducidas á nombre del emperador mismo ú de los prefectos del pretorio. Los sirvientes predilectos, que solian pertrecharse de potestades tan descompasadas, se insolentaban en sus modales y se propasaban en sus demandas, menospreciaban afectadamente los tribunales menores, y se mostraban desabri-

dos, si no igualaban sus multas y adehalas, ó sobrepujaban el doble de la cantidad que se avenian á verter en el erario. Pareceria increible un ejemplar de sus tropelías, si no lo autentizase el lejislador en persona. Exijian el pago en oro, pero rehusaban la moneda corriente del imperio, y solo admitian las piezas antiguas acuñadas con el tipo de Faustina ó de los Antoninos; y todo desprevenido que carecia de aquellas medallas acudia al arbitrio de ajustarse con los demandantes insaciables, ó si lograba sus pesquisas, se le doblaba el impuesto, segun el peso y el valor de las monedas antiguas (42). III. « Los cuerpos municipales (dice el emperador), los senados menores (así cabalmente los llamaba la antigüedad), merecen conceptuarse como el corazon de las ciudades y los nervios de la república; y sin embargo están ahora tàn apocados por la sinrazon de los majistrados y la venalidad de los recaudadores, que muchos de sus individuos, abandonando su jerarquía y su patria, se han ido refujiando por destierros remotos y arrinconados. » Los estrecha y precisa á volver á sus respectivos pueblos; pero se desentiende del desafuero que les habia obligado á abandonar el ejercicio de sus funciones municipales. Se les encarga de nuevo la recaudacion bajo la autoridad de los majistrados provinciales; pero en vez de constituirlos responsables de la suma entera cargada al distrito, se les precisa únicamente á rendir cuenta y razon de los pagos que tienen recibidos y de los que están todavía en descubierto con el público. IV. Pero Mayoriano estaba hecho cargo de la propension de estos cuerpos colejiados á desquitarse de sinrazones y tropelías que hayan padecido; y por tanto renueva el cargo provechoso de *síndicos de las ciudades*. Exhorta al pueblo á elejir en junta plena y libre algun varon entendido y honrado que osase defender sus fueros, hacer presentes sus agravios, escudar á los menesterosos contra la tiranía de los ricos, y enterar al emperador de cuantos abusos se cometieren á la sombra de su nombre y autoridad.

El curioso que va tendiendo desconsoladamente la vista por los escombros de Roma se indigna contra los Godos y Vándalos por los estragos que no pudieron cometer, ni por el espacio, ni por la potestad, ni quizás por su inclinacion. Pudo el turbion de la guerra derribar las techumbres mas encumbradas; pero el descalabro que iba minando los cimientos de tantísima mole continuó pausada y calladamente por un plazo de diez siglos; y los móviles del interés, que luego fueron obrando abiertamente, fueron severamente reprimidos por Mayoriano. La decadencia de la ciudad habia ido menoscabando los edificios públicos; incitaban á veces el circo y el teatro el afan del pueblo sin satisfacerle; los templos que se habian salvado del acaloramiento de los cristianos no contenian ya ni dioses ni hombres; la caterva ya menguada de los Romanos se perdia por la inmensidad de los baños y de los pórticos; y las librerías

ostentosas y los salones de justicia se hacian inservibles á una jeneracion apoltronada que se desentendia de toda clase de estudios y quehaceres. No habia respeto ya para los monumentos de aquella grandiosidad consular é imperial que constituia el blason inmortal de la Reina de las ciudades, pues se apreciaban tan solo como una mina inexhausta de materiales mas baratos y á la mano que la lejana cantera. Dirijian á los majistrados avenibles de Roma peticiones decorosas, que alegaban escasez de piedra ó ladrillo para algun intento preciso; y así se iban afeando violentamente las fábricas mas asombrosas para algunos reparos mezquinos ó supuestos; y los Romanos bastardos, que aplicaban el despojo á su provecho, iban demoliendo sacrílegamente los trabajos de sus antepasados; pero Mayoriano, que solia antes dolerse de tanta asolacion, aplicó un remedio severo al escandaloso estrago (43). Reservó al príncipe y al senado los casos estremos, para que en su vista otorgasen la destruccion conveniente de algun edificio, impuso una multa de cincuenta libras de oro (diez mil duros) á todo majistrado que osase conceder permisos tan torpes é ilegales, amenazando á los dependientes criminales con azotes violentos y el cercen de entrambas manos, si obedecian aquellas órdenes perniciosas. Parece que en esta última parte el lejislador desproporcionaba la pena con el delito; pero su destemple venia á proceder de un impulso gallardo, pues ansiaba Mayoriano resguardar los monumentos de aquellos siglos en que anhelaba y merecia haber vivido. Bien se le alcanzaba lo infinito que debia interesarle el acrecentar el número de los súbditos; que le competia el conservar la pureza de todo lecho nupcial; mas los medios de que se valió para el desempeño de tan altos fines aparecen indebidos y reprensibles. Las solteras devotas que consagraban su virjinidad á Cristo tenian que cumplir cuarenta años antes de tomar el velo. Las viudas de menos edad debian contraer segundo enlace en el término de cinco años, bajo pena de la confiscacion de la mitad de su caudal á favor de sus parientes mas cercanos, ó bien del estado. Se vedaban ó anulaban los matrimonios desproporcionados. Confiscacion y destierro se conceptuaron penas tan ínfimas para castigar el adulterio, que si el reo se aparecia por Italia, declaró espresamente Mayoriano que se le pudiera matar impunemente (44).

Mientras el emperador Mayoriano se afanaba por restablecer las virtudes y la dicha de los Romanos, tuvo que lidiar con Jenserico, su enemigo mas formidable por su índole y su situacion. Aportó una escuadra de Vándalos y Moros á la embocadura del Liris ó Garigliano; mas la tropa imperial embistió de sorpresa á los desmandados bárbaros empachados con los despojos de Campania, arrojólos con escarmiento á sus bajeles, y su caudillo, el cuñado del rey, se halló entre los muertos (45). Pregonaba aquel desvelo el temple del nuevo reinado; mas el mayor es-

mero y las fuerzas mas crecidas no alcanzaban á escudar la costa dilatada de Italia contra los salteamientos de una guerra marítima. El concepto público imponia conatos mas árduos y esclarecidos á los alcances de Mayoriano, pues de él solo esperaba Roma la restitucion del Africa; y el intento que ideó de ir en busca de los Vándalos recien establecidos fué parto de su política valerosa y atinada. Si el denodado emperador lograra infundir su aliento en la juventud italiana; si pudiera renovar en el Campo de Marte los ejercicios varoniles en que descollara, pudiera acaudillar contra Jenserico una hueste *romana*. A la jeneracion viniente correspondia tamaña reforma de las costumbres nacionales; mas el desconsuelo de príncipes sostenedores de una monarquía menoscabada se cifra en que, para acudir á un peligro inminente, tienen que abonar y aun encarecer abusos perniciosos. Así Mayoriano, como sus antecesores mas indignos, no pudo menos de valerse del arbitrio afrentoso de sustituir auxiliares bárbaros á sus desaguerridos súbditos; y su desempeño sumo solo podia servir mediando la fuerza y maestría con que manejaba un instrumento espuesto á retroceder sobre la mano que lo empleaba (A. 457). Además de los confederados ya de antemano alistados en el servicio del imperio, el eco de su largueza y denuedo atrajo á las naciones del Danubio, del Boristenes, ó tal vez del Tanais. Varios miles de los súbditos mas valerosos de Atila, Jépidos, Ostrogodos, Rujianos, Borgoñones, Suevos, Alanos, se agolparon en las llanuras de la Liguria; y su poderío formidable se contrarestaba con sus mutuos enconos (46). Tramontaron los Alpes en un invierno riguroso, encabezábalos el emperador á pie, armado de piés á cabeza, sondando la hondura del hielo ú de la nieve con su lanzon, y alentando á los Escitas que se quejaban del sumo frio con el placentero anuncio de su desquite con los calores de Africa. Osaron los ciudadanos de Leon cerrarle las puertas; mas tuvieron que implorar luego y alcanzaron la clemencia de Mayoriano. Venció en batalla á Teodorico, y dió cabida en su intimidad y alianza á un rey que habia esperimentado digno de sus armas. La reunion provechosa, aunque insubsistente, de la mayor parte de la Galia y España fué parto no menos de su persuasiva que de su poderío (47); y los Bagaudos independientes, que habian evitado ú resistido las tropelías de los reinados anteriores, se avinieron á confiar en las virtudes de Mayoriano. Hervian sus reales de bárbaros; pero el afan de un pueblo afecto era la columna de su solio. Estaba con todo hecho cargo el emperador de la imposibilidad de allanar el Africa sin fuerzas navales. En la primera guerra púnica fué tan dilijente la república, que á los dos meses del primer hachazo descargado en la selva, mareó una escuadra de ciento y sesenta grandiosas galeras (48). En circunstancias menos favorables, igualó Mayoriano el denuedo y perseverancia de los Romanos antiguos. Apeáronse los bos-

ques del Apenino, restableciéronse los arsenales y manufacturas, ó corderías de Ravena y Miseno; competian la Italia y la Galia en cuantiosas contribuciones para el servicio público; y la armada imperial de trescientas galeras mayores, con su porcion competente de trasportes y buques menores, se reunió en el puerto seguro y capaz de Cartajena en España (49). Alentaba á las tropas con la confianza de la victoria el ademan denodado de Mayoriano, y si damos crédito al historiador Procopio, su ardimiento lo arrebataba á veces fuera de los límites de la prudencia. Con el ansia de esplorar por sí mismo el estado de los Vándalos, se arriesgó, tiñéndose el cabello, á visitar á Cartago bajo el predicamento de su propio embajador; y luego se apesadumbró Jenserico cuando llegó á entender que habia agasajado y despedido al emperador de los Romanos. Podrá desecharse el caso como patraña inverosímil; mas es ficcion que nunca llegará á idearse sino en la vida de un héroe (50).

Prescindiendo de avistamientos personales, harto enterado vivia Jenserico de la inventiva y los intentos de su contrario. Acudió á sus ardides jeniales del engaño y la demora; mas fueron todos infructuosos. Sus instancias por la paz iban ya siendo por momentos mas rendidas y quizás sinceras; pero Mayoriano, inflexible, insistia mas y mas en la máxima antigua de que no habia salvamento para Roma, mientras Cartago permaneciese enemiga. Desconfiaba el rey vándalo del teson de sus naturales súbditos, afeminados con el regalo del mediodía (51), maliciaba infidelidad en el pueblo vencido que lo aborrecia como déspota y arriano; y el partido desesperado que tomó y ejecutó de yermar la Mauritania (52) mal podia imposibilitar las operaciones del emperador romano, árbitro de hacer el desembarco en el punto que le conviniese de toda la costa. Mas preservóse Jenserico de su esterminio inminente, y aun inevitable, con la vil alevosía de algunos súbditos poderosos, mal hallados, por envidia ó por zozobra, con el éxito de su soberano. Guiado por ocultos confidentes, sorprendió la escuadra desprevenida en la bahia de Cartajena; cojió, quemó y echó á pique un sinnúmero de bajeles; y vinieron á fenecer en un dia los preparativos de tres años (53). Tras este acontecimiento, la conducta de entrambos antagonistas los sobrepuso á su respectiva suerte; pues el Vándalo, en vez de engreirse con esta victoria casual, insistió nuevamente en su demanda de paz; y el emperador de Occidente, capaz de idear intentos grandiosos y de sobrellevar malogros amargos, se avino á un tratado, ú mas bien suspension de armas, con el pleno convencimiento de que antes que cupiese restablecer la armada, no escasearian desacatos que justificasen la segunda guerra. Volvióse Mayoriano á Italia para llevar adelante sus afanes por la felicidad pública; y como se engreia con su propia integridad, pudo trasponérsele la conspiracion recóndita que amenazaba su solio y su vida. El fracaso reciente

de Cartajena mancilló la gloria que deslumbraba á la muchedumbre: casi todos los empleados civiles y militares vivian enconados con el reformador, puesto que casi todos se utilizaban de los abusos que estaba empeñado en zanjar; y el patricio Ricimero andaba fogueando los ímpetus variables de aquellos bárbaros contra un príncipe á quien justipreciaba y aborrecia. No alcanzaron las escelencias de Mayoriano á escudarlo contra la sublevacion que estalló en sus reales cerca de Tortona, á la falda de los Alpes. Tuvo que desnudarse de la púrpura imperial; y cinco dias despues de su renuncia, se contó que habia muerto de disentería (54) (A. 461, agosto 7); y el túmulo llano que encerraba sus restos quedó consagrado con el respeto y agradecimiento de las jeneraciones siguientes (55). Infundia cariño y respeto la vida particular de Mayoriano; se destemplaba contra la sátira y la calumnia, menospreciándola en asestando sus tiros contra él mismo; pero protejia la agudeza del injenio, y en los ratos que el emperador dedicaba al trato familiar con los amigos, acertaba á chancear sin que desdijese del encumbramiento de su jerarquía (56).

Sirvió tal vez de algun pesar á Ricimero el sacrificio de un amigo á los conatos de la ambicion: por tanto se atuvo en su segunda eleccion á sujeto menos sobresaliente. El rendido senado de Roma otorgó, á su mandato, el dictado imperial á Libio Severo (A. 461-467), que subió al solio de Occidente, sin salir de su esfera privada, pues apenas se digna la historia apuntar su nacimiento, exaltacion, índole y muerte. Feneció el cuitado al punto en que su vida desacomodó á su hacedor (57); y seria de mas el deslindar su reinado nominal en el intermedio vacante de seis años entre la muerte de Mayoriano y el ensalzamiento de Antemio. Empuñó Ricimero solo las riendas del gobierno en aquel plazo; y aunque modesto, el bárbaro se desentendió del dictado de rey, atesoró caudales, planteó un ejército separado, negoció alianzas particulares y dominó la Italia con el mismo predominio independiente y despótico que ejercieron luego Odoacro y Teodorico. Limitaban sin embargo sus dominios los Alpes; y dos jenerales romanos, Marcelino y Ejidio, conservaban su obediencia á la república, desechando con menosprecio aquel fantasma que se estaba titulando emperador. Seguia Marcelino adicto á la relijion antigua; y los paganos devotos, que desobedecian á sus solas las leyes de la iglesia y del estado, ensalzaban su maestría en la ciencia de la adivinacion; pero poseia las prendas muy preferentes de instruccion, virtud y denuedo (58), pues el estudio de la literatura latina habia afinado su gusto, y su desempeño militar le habia granjeado el aprecio y la confianza del jeneral Ecio, cuyo fracaso le habia alcanzado. Huyó á tiempo y evitó las iras de Valentiniano, descollando gallardamente con su libertad entre las convulsiones del imperio occidental. Su sumision gustosa ó in-

voluntaria á la autoridad de Mayoriano le proporcionó el gobierno de Sicilia y el mando de un ejército situado allí para contrarestar ó embestir á los Vándalos; mas se le rebelaron sus bárbaros, cohechados con las dádivas mañosas de Ricimero. Capitanea Marcelino una cuadrilla de secuaces fieles, se apodera denodadamente de la provincia de Dalmacia, ostenta el dictado de patricio del Occidente, afianza el cariño de los súbditos con un réjimen suave y equitativo, y construye una escuadra que va alternativamente señoreando el Adriático y salteando las costas de Italia y del Africa (59). Ejidio, maestre jeneral de la Galia, que iguala, ó al menos imita á los héroes de la antigua Roma (60), proclama y pregona su encono perpetuo contra los asesinos de su amado dueño. Ejército crecido y valeroso sigue sus banderas; y aunque los ardides de Ricimero y las armas de los Visigodos le atajan su carrera hasta los umbrales de Roma, tremola su soberanía independiente allende los Alpes, y hace respetable el nombre de Ejidio en paz y en guerra. Los Francos, que habian castigado con destierro los devaneos juveniles de Quilderico, nombran por su rey al jeneral romano; halágase su vanagloria mas bien que su ambicion con tan estraño realce, y cuando á los cuatro años la nacion se arrepiente de su desaire á la familia merovinjia, se aviene sosegadamente al restablecimiento del príncipe lejítimo. La autoridad de Ejidio espira con su vida, y la credulidad suspicaz de los Galos malicia veneno ó violencia encubierta, con presencia de las mañas jeniales de Ricimero (61).

El reino de Italia, nombre á que se fué reduciendo el imperio occidental, vino á padecer bajo el reinado de Ricimero la plaga de las piraterías incesantes de los Vándalos (62). Habilitaban todas las primaveras una armada formidable en el puerto de Cartago; y aun el mismo Jenserico, en medio de su edad avanzada, solia mandar personalmente las espediciones de entidad, encubriendo con suma reserva sus intentos hasta el punto de dar la vela. Al pedirle su piloto el rumbo, «el de los vientos,» le contestaba el bárbaro con engreimiento relijioso; «por su cuenta corre el aportarme sobre los provocadores de la justicia divina.» Mas cuando la dignacion de Jenserico espresaba sus órdenes terminantes, el mas rico era siempre el mas criminal. Arrojáronse repetidamente los Vándalos sobre las playas de España, Liguria, Toscana, Campania, Lucania, Brucio, Apulia, Calabria, Venecia, Dalmacia, Epiro, Grecia y Sicilia: trataron de sojuzgar la isla de Cerdeña, tan ventajosamente situada en el centro del Mediterráneo, y siguieron sus armas asolando y aterrando desde las columnas de Hércules hasta la embocadura del Nilo. Como mas amantes de presas que de timbres, iban evitando las plazas y los ejércitos; pero con la velocidad de los movimientos, ya amenazaban, ya embestian acá y acullá casi al mismo tiempo (A. 461-467), segun les hala-

gaban los objetos ; y embarcando un crecido número de caballos, apenas aportaban, arrollaban al vecindario despavorido con un cuerpo de caballería lijera. Mas á pesar del ejemplo de su rey, los Vándalos y los Alanos castizos se fueron retrayendo de aquel jénero de guerra fatigoso y espuesto; estinguiéronse los conquistadores aguerridos ; y sus hijos, nacidos ya en Africa, estuvieron disfrutando la delicia de los baños y jardines que les granjeara el denuedo de los padres. Reemplazáronlos luego á millares Moros, Romanos, cautivos y salteadores ; y aquellos forajidos, tras haber atropellado las leyes patrias, eran los mas desalados en pos de Jenserico y de las maldades que tiznaron sus victorias. Procedia, en el trato que daba á sus prisioneros desventurados, á impulsos de su codicia ó de su crueldad ; y la matanza de quinientos ciudadanos principales de Zante ó Zacinto, cuyos cadáveres destrozados arrojó al mar Jónico, se siguió afeando por la ira jeneral á su posteridad mas remota.

No caben agravios que abonen tamaños atentados ; pero la guerra encarnizada del rey de los Vándalos contra el imperio romano venia á justificarse con móviles fundados y decorosos (A. 462). Eudoxia, viuda de Valentiniano, á quien llevara cautiva de Roma á Cartago, era la única heredera de la alcurnia de Teodosio ; su primojénita Eudocia tuvo que desposarse muy á su pesar con el primojénito Hunerico ; y el adusto padre, alegando una demanda legal, que no podia fácilmente quedar desairada ni satisfecha, pedia su porcion competente del patrimonio imperial. Ofreciásele por el emperador oriental un equivalente, si no cabal, muy cuantioso, comprando así una paz indispensable. Devolviéronse honoríficamente Eudoxia y su niña menor Placidia ; y así la saña de los Vándalos vino á vincularse en el imperio occidental. Careciendo los Italianos de fuerza naval para el resguardo de su costa, imploraron el auxilio de las naciones mas venturosas del Oriente, que antiguamente tenia reconocida la primacía de Roma, en paz y en guerra ; mas la separacion positiva de ambos imperios habia descaminado sus intereses é inclinaciones ; alegábase la fe de un tratado reciente ; y los Romanos occidentales, en vez de armas y navíos, lograron tan solo la asistencia de una mediacion tibia é infructuosa. El altanero Ricimero, que forcejeaba mas y mas con las dificultades de su situacion, tuvo por fin que allanarse á acudir al solio de Constantinopla en los términos rendidos de un súbdito ; y se avino la Italia, en prenda y afianzamiento de su alianza, á recibir un dueño de manos del emperador de Oriente (63). No corresponde á este capítulo ni tomo el continuar la serie de la historia bizantina ; mas un leve bosquejo del reinado é índole del emperador Leon esplicará los postreros conatos que se idearon para la salvacion del imperio ya ruinoso de Occidente (64).

Desde la muerte del menor Teodosio, ni guerras ni bandos habian in-

terrumpido el sosiego doméstico dé Constantinopla. Habia Pulqueria alargado su mano, con el cetro de Oriente, al virtuoso y modesto Marciano, quien seguia de agradecido reverenciando la jerarquía augusta y la castidad virjinal de su consorte, á cuya muerte mostró á su pueblo el ejemplo del culto relijioso debido á la memoria de la santa imperial (65). Embargado Marciano en la prosperidad de sus dominios (A. 457-474), miraba al parecer con indiferencia las desventuras de Roma ; y la resistencia de un príncipe valeroso y activo en blandir los aceros contra los Vándalos se achacaba á un compromiso reservado que se le exijió en su cautiverio con Jenserico (66). La muerte de Marciano, tras un reinado de siete años, iba á esponer el Oriente á los peligros de una eleccion popular, cuando el valimiento preponderante de una sola familia inclinó la balanza á favor del candidato que apadrinaba. En mano de Aspar estaba el ceñirse la diadema, con firmar el credo Niceno (67). Por espacio de tres jeneraciones, su padre, él y su hijo Ardaburio siguieron acaudillando los ejércitos del Oriente ; su guardia bárbara componia una fuerza militar que se sobreponia al palacio y á la capital, y repartiendo sus tesoros inmensos á diestro y siniestro, se mostraba tan popular como poderoso. Recomienda al desconocido Leon de Tracia, tribuno militar y mayordomo mayor de la casa imperial ; y el senado ratifica unánimemente su nombramiento, recibiendo el paniaguado de Aspar la corona imperial de manos del patriarca, á quien se permitió espresar, con esta ceremonia nunca vista, el voto de la divinidad (68). El primer emperador llamado Leon fué apellidado el *Grande* para diferenciarlo de una sucesion de príncipes que, en concepto de los Griegos, fueron menguando hasta un dechado ínfimo de perfeccion heroica, ó á lo menos rejia ; pero la entereza con que Leon contrarestó á su bienhechor acreditó que le constaban tanto su obligacion como sus prerogativas. Pasmóse Aspar al ver que su influjo no alcanzaba á nombrar un prefecto de Constantinopla ; y entónces se arrojó á reconvenir á su soberano por el quebrantamiento de sus promesas, y estremeciéndole insolentemente la púrpura, « Es impropio, » dijo, «que quien está revestido de este ropaje sea un embustero. — Mas impropio fuera, » le replicó Leon, « que un príncipe orillara su concepto íntimo y el interés público por el albedrío de un súbdito (69).» Tras este lance tan sonado, no cabia que la reconciliacion del emperador con el patricio fuese sincera, y mucho menos efectiva y permanente. Alistóse reservadamente un ejército de Isaurios (70) ; se logró introducirlo en Constantinopla ; y mientras Leon estaba socavando el predominio y disponiendo la ruina de la famila de Aspar, sus pasos cautelosos le imposibilitaban todo intento temerario y desesperado que redundase en esterminio de entrambos partidos. Adolecian las disposiciones de paz y guerra de esta revolucion interior ; pues mientras estuvo Aspar mancillando la majestad del

solio, la hermandad reservada de relijion y de intereses le ladeaban hácia la causa de Jenserico; mas libertándose Leon de aquella servidumbre afrentosa, escuchó el lamento de los Italianos, acordó desarraigar la tiranía de los Vándalos, y pregonó su alianza con el compañero Antemio, revistiéndolo solemnemente con la diadema y la púrpura del Occidente.

Abultáronse quizás las prendas de Antemio con motivo de que su alcurnia imperial, entroncada únicamente con el usurpador Procopio, vino á encumbrarse hasta una descendencia de emperadores (71); mas el mérito de sus mismos padres, sus timbres y riquezas constituyeron á Antemio uno de los súbditos mas esclarecidos del Oriente. Su padre Procopio, tras la embajada de Persia, obtuvo la jerarquía de jeneral y patricio; y el nombre de Antemio se derivaba de su abuelo materno, el decantado prefecto que apadrinó con tanta maestría y acierto los asomos del reinado de Teodosio. Ensalzóse el nieto de aquel prefecto sobre la clase de mero súbdito, por su enlace con Eujenia, hija del emperador Marciano. Tan esplendoroso desposorio, que pudiera suplir las veces del mérito, fué arrebatando los ascensos de Antemio á los varios realces de conde, maestre jeneral, cónsul y patricio; y su desempeño ú suerte mereció los timbres de una victoria sobre las orillas del Danubio contra los Hunos (A. 467-472). Sin embargarse en soñada ambicion, podia el yerno de Marciano esperanzar verse sucesor suyo; mas Antemio sobrellevó aquel malogro con entereza y sufrimiento, y su ensalzamiento posterior mereció la aprobacion jeneral del pueblo, que lo conceptuaba digno de reinar hasta el punto mismo de entronizarse (72). Salió el emperador de Occidente de Constantinopla acompañado de varios condes de encumbrados blasones, y un cuerpo de guardias equivalente casi á un ejército; entró en Roma triunfalmente (A. 467, abril 12), y el senado, el pueblo y los confederados bárbaros de Italia revalidaron el nombramiento de Leon (73). Tras la solemnidad de la jura de Antemio, se celebraron los desposorios de su hija con el patricio Ricimero; acontecimiento venturoso que afianzó desde luego la concordia y felicidad del estado. Salió á luz ostentosamente la riqueza de entrambos imperios, y varios senadores vinieron á rematar su desdicha con el costoso empeño de encubrir la pobreza. Orillóse todo negocio formal durante las funciones; cerráronse los tribunales; resonaban cantares y danzas á Himeneo por todas las calles, teatros y parajes de reunion pública ó privada; y la novia real, engalanada con ropajes de seda y su corona en la cabeza, fué conducida al palacio de Ricimero, que habia trocado su traje militar con la vestidura de senador y de cónsul. Con aquel motivo tan memorable, Sidonio, cuya ambicion temprana habia quedado tan desgraciadamente agostada, se presentó como orador de Auvernia entre los diputados provinciales que arengaron al trono con parabienes ó lamentos (74). Asomaban ya las calendas de

enero; y el poeta venal (A. 468, enero 1), tan apasionado de Avito y afecto á Mayoriano, se dejó recabar de los amigos que entonase en verso heroico el mérito, la bienaventuranza, el segundo consulado y los triunfos venideros del emperador Antemio. Pronunció Sidonio con garbo y aceptacion un panejírico, restante todavía; y en medio de sus nulidades de la materia y de su ejecucion, el adulador logró inmediatamente la prefectura de Roma; cargo que lo encumbraba al par de los personajes mas esclarecidos del imperio, hasta que luego prefirió mas cuerdamente la dignidad de obispo y de santo (75).

Encarecen los Griegos la relijiosidad y fe católica del emperador que regalaron al Occidente, sin olvidar que al salir de Constantinopla convirtió su palacio en las fundaciones pias de baño público, iglesia y hospital para los ancianos (76). Asoman sin embargo lunares que empañan la tersura teolójica de Antemio, pues con sus coloquios con Filoteo, sectario macedonio, se habia imbuido en máximas de tolerancia; y los herejes de Roma se anduvieran juntando á su salvo, si la censura vehemente que el papa Hilario le arrojó en la iglesia de San Pedro no le precisara á hollar tan intempestiva condescendencia (77). Hasta los paganos, ya escasos y arrinconados, esperanzaron algun tanto con la tibieza ó parcialidad de Antemio; y su estraña intimidad con el filósofo Severo, á quien ascendió al consulado, se achacó á intento reservado de resucitar el culto antiguo de los dioses (78). Yacian aquellos ídolos ya desfigurados en el polvo, y la mitolojía, en otro tiempo el credo de las naciones, estaba ya tan descreida, que sonaba sin escándalo ú al menos sin recelos en las poesías cristianas (79). Mas asomaban todavía rastros de supersticion, y la festividad de los Lupercales, anterior á la fundacion de Roma, se celebraba todavía en el reinado de Antemio. Los ritos sencillos y salvajes retrataban todavía el estado primitivo de la sociedad antes de la invencion de las artes y la labranza. Las deidades cerriles que apadrinaban los afanes y recreos de la vida pastoril, Pan, Fauno y su comitiva de Sátiros, eran cuales los debia enjendrar la fantasía de unos pastores, traviesos, retozones y lascivos, de potestad limitada y de bellaquerías inocentes. La ofrenda mas adecuada á su índole y atributos era una cabra; tostaban su carne en asadores de chopo, y los zagalillos alborotados que se agolpaban al banquete corrian desnudos por la campiña, tremolando largas correas, y comunicando, decian, la preciosidad de ser fecundas á las mujeres que alcanzaban á tocar (80). Erijió tal vez el Arcadio Evandro, en una cueva recóndita á la falda del cerro Palatino, bañada por una fuente perene y enramada por un bosque, el ara del dios Pan. La tradicion de que en el mismo sitio una loba amamantó á Romulo y Remo lo hacia mas sagrado y venerable para los Romanos; y aquel mismo paraje tan emboscado vino luego á cercarse con los grandiosos edificios del

Foro (81). Convertida ya la ciudad imperial, siguieron los Romanos celebrando anualmente por febrero sus Lupercales, á los cuales atribuian un poderío misterioso y eficaz para las dichas que proporcionaban entrambos reinos animal y vejetal. Desalábanse los obispos de Roma tras la abolicion de una costumbre profana y tan ajena del Cristianismo; mas desentendiéronse los majistrados civiles de todo aquel ahinco: continuó el abuso inveterado hasta el fin del quinto siglo, y el papa Jelasio, que purificó la capital de toda mancilla de idolatría, tuvo que aplacar con una apolojía formal el susurro del senado y del pueblo (82).

El emperador Leon, en todos sus escritos públicos, está declarando la autoridad y el afecto de padre para su hijo Antemio, con quien tiene promediado el réjimen del universo (83). Retraíale su situacion y quizás su temple de esponer su persona á los afanes y peligros de una guerra africana (A. 468). Echóse el resto sin embargo en el imperio de Oriente para libertar la Italia y el Mediterráneo de los Vándalos; y Jenserico, salteador de mar y tierra, se vió amagado por todas partes de una invasion formidable. Abrióse la campaña con una empresa atrevida y acertada del prefecto Heraclio (84). Embarcáronse á sus órdenes las tropas de Ejipto, la Tebaida y la Libia; y los Arabes, con un tropel de camellos y caballos, iban franqueando el camino por el desierto. Desembarcó Heraclio en la costa de Trípoli, sojuzgó los pueblos de aquella provincia, y tras esta sorpresa, trató de incorporarse, por medio de una marcha trabajosa y practicada anteriormente ya por Caton (85), con el ejército imperial, bajo los muros de Cartago. Sabedor Jenserico de este desman, acudió á sus asechanzas de propuestas infructuosas de paz; pero le sobresaltó aun mas la reconciliacion de Marcelino con entrambos imperios. Recabóse del patricio independiente que reconociese el título lejítimo de Antemio, á quien acompañó en su viaje á Roma; franqueáronse las bahías de Italia á la escuadra dálmata; el denuedo fogoso de Marcelino arrojó á los Vándalos de la isla de Cerdeña, y los débiles conatos del Occidente reforzaron un tanto los preparativos inmensos de los Romanos orientales. Se ha puntualizado el coste del armamento naval enviado por Leon contra los Vándalos, cuya razon interesante é instructiva manifiesta la riqueza del imperio ya ruinoso. Los estados reales ó el patrimonio peculiar del príncipe aprontaron diez y siete mil libras de oro; y setecientas mil de plata, con cuarenta y siete mil de oro, se llevaron al erario por los prefectos pretorianos; pero estaban las ciudades reducidas á suma pobreza, y el cómputo esmerado de multas y secuestros no suministra, como ramos de renta, concepto alguno de administracion cabal y compasiva. El total desembolso, prescindiendo de sus jéneros de entradas, de la campaña africana ascendió á la suma de ciento y treinta mil libras de oro, esto es, á unos veinte y cinco millones de duros, en época que, cotejada la mo-

neda con el preció del trigo, preponderaba su valor un tanto al que tiene en el dia (86). Componíase la escuadra, al dar la vela en Constantinopla para Cartago, de mil ciento y trece naves, y de mas de cien mil hombres entre marineros y soldados. Confióse el mando de tantísima entidad á Basilisco, hermano de la emperatriz Vorina. Su hermana, mujer de Leon, habia abultado el mérito de sus hazañas anteriores contra los Escitas; mas la guerra de Africa fué la descubridora de su maldad ó su insuficiencia; y los amigos, para dejar airosa su reputacion militar, acudieron á tacharle de conspirador con Aspar para salvar á Jenserico, vendiendo así el imperio de Occidente.

Tiene acreditado la esperiencia que el éxito de una espedicion se cifra todo en el brio y actividad de su caudillo. El empuje de la embestida se embota con la demora; la sanidad y el denuedo de la tropa van de suyo amainando en un clima lejano; el armamento naval, cuyo poderoso empeño tal vez no cabe segundarse, se va desgastando; y cuantas horas se desperdician en negociaciones van habituando al enemigo á contemplar y escudriñar el aterrador aparato, que á su primer asomo se le figuraba irresistible. Surcó la armada formidable de Basilisco en bonanza desde el Bósforo de Tracia hasta la costa de Africa; desembarcó su tropa en el cabo de Bona, ó Promontorio de Mercurio, á mas de doce leguas de Cartago (87). El ejército de Heraclio y la escuadra de Marcelino, ú se incorporaron ó auxiliaron al teniente imperial; y los Vándalos que intentaron algun contraresto fueron quedando sucesivamente vencidos (88). Si Basilisco afianzara la coyuntura del terror y se adelantara denodadamente á la capital, Cartago se rindiera y se esterminara el reino de los Vándalos. Hízose cargo Jenserico del peligro con entereza y lo burló con su maestría veterana. Protestó rendidamente que estaba pronto á avasallar persona y dominios al albedrío del emperador; pero instaba por una tregua de cinco dias para formalizar los términos del allanamiento; y se creyó jeneralmente que sus dádivas reservadas le afianzaron el éxito de la negociacion pública. En vez de negarse á toda solicitud del enemigo atosigado, el criminal ó crédulo Basilisco se avino á la aciaga tregua, y su indiscreta confianza parece que pregonaba que se conceptuaba ya vencedor del Africa. Soplaron en este plazo los vientos favorablemente para los intentos de Jenserico, quien tripuló sus mayores naves con los Moros y Vándalos mas esforzados, remolcando consigo varias embarcaciones capaces y llenas de materiales combustibles. Lanzáronse en la lobreguez de la noche aquellas naves incendiarias sobre la armada desprevenida y confiada de los Romanos, á quienes dispertó por fin la cercanía del peligro. Estaban apiñadas y revueltas, facilitando así la comunicacion y violencia del fuego con rapidez irresistible; el estruendo del viento, el estallido de las llamas, la gritería descompasada de los marineros y solda-

dos que no acertaban á obedecer ni á mandar, todo horrorizaba mas y mas en aquel nocturno desconcierto. Mientras se afanaban por ir evitando el incendio y salvar á lo menos parte de la armada, las galeras de Jenserico las asaltaron con esfuerzo disciplinado; y muchos de los Romanos, ya libres de la violencia de las llamas, fueron ó destrozados ó cojidos por los Vándalos victoriosos. Entre los acontecimientos de tan desastrada noche, el arrojo heroico ú mas bien desesperado de Juan, uno de los oficiales mas eminentes de Basilisco, rescató su nombre del olvido. Al ver ya casi consumida la nave que habia defendido bizarramente, arrojóse armado al piélago, y menospreció la compasion de Jenso, hijo de Jenserico, que le ofrecia recibimiento honorífico, y allá se anegó en las olas, clamando hasta el último momento que nunca se avendria á caer vivo en manos de aquellos perros desapiadados. Otro era el ánimo de Basilisco, quien, situado en la lejanía del peligro, huyó afrentosamente desde el principio de la refriega, regresó á Constantinopla con pérdida de mas de la mitad del ejército y armada, y guareció su cabeza criminal en el santuario de Santa Sofia, hasta que su hermana, á fuerza de ruegos y lágrimas, le alcanzó el indulto del airado emperador. Verificó Heraclio su retirada por el desierto; Marcelino se retiró á Sicilia, donde lo asesinó, quizás á impulsos de Ricimero, uno de sus mismos capitanes; y el rey de los Vándalos manifestó su pasmo y satisfaccion de que los Romanos mismos le fuesen quitando de en medio sus contrarios mas formidables (89). Tras el malogro de tan grandiosa espedicion *(a)*, volvió Jenserico á tiranizar los mares, quedando de nuevo espuestas á su venganza y su codicia las costas de Italia, Grecia y Asia; volvieron Trípoli y Cerdeña á su obediencia; añadió la Sicilia al número de sus provincias, y antes de morir (A. 477), cargado de años y de gloria, llegó por fin á ver la estincion total del imperio de Occidente (90).

En el afan de un largo reinado, el monarca africano siguió cultivando esmeradamente la amistad de los bárbaros de Europa, de cuyas armas se podia valer para hacer llamadas oportunas y eficaces contra ambos imperios. Muerto Atila, renovó su alianza con los Visigodos de la Galia; y los hijos del primer Teodorico que reinaron sucesivamente sobre aquella nacion belicosa se avinieron fácilmente, á impulsos de su interés (A. 462-472), á olvidar el oprobio que Jenserico habia hecho á su hermana (91). La muerte del emperador Mayoriano libertó á Teodorico segundo de todo reparo tímido ó pundonoroso; quebrantó el Godo el tratado reciente con los Romanos; y el territorio grandioso de Narbona, que incorporó íntimamente con sus dominios, fué el galardon de su alevosía. La política egoista de Ricimero le estimuló á invadir las provincias poseidas por su competidor Ejidio; mas el conde, con la defensa de Arles y la victoria de Orleans, salvó la Galia, y atajó, durante su vida, las de-

masías de los Visigodos. Reencendióse luego su ambicion; y el intento de anonadar el imperio romano en España y en la Galia se ideó y casi se redondeó en el reinado de Eurico, quien asesinó á su hermano Teodorico, y descolló, en medio de su índole bravía, con mas cabal desempeño en paz y en guerra. Tramonta el Pirineo acaudillando un ejército crecido, sojuzga á Zaragoza y á Pamplona, vence en batalla á los nobles bizarros de Tarragona, se interna con sus armas victoriosas en el corazon de Lusitania, y otorga á los Suevos la posesion del reino de Galicia bajo la monarquía goda de España (92). No fué menor su pujanza y su acierto en la Galia; y en todo el ámbito que corre desde el Pirineo hasta el Ródano y el Loira, fueron Berri y Auvernia las únicas ciudades ó las diócesis que se negaron á reconocerle por dueño (93). Los habitantes de Auvernia aguantaron, en la defensa de Clermont, los quebrantos de la guerra, de la epidemia y del hambre con teson inflexible; y los Visigodos, abandonando un sitio infructuoso, aplazaron sus esperanzas de aquella conquista importante. Enardecióse la juventud de la provincia con el denuedo heroico y casi increible de Ecdicio, hijo del emperador Avito (94), que hizo una salida desesperada con solos diez y ocho jinetes, embistió gallardamente al ejército godo, y tras una escaramuza al galope, se retiró salvo y victorioso al recinto de Clermont. Su caridad corria parejas con su denuedo, pues en época de suma escasez, mantuvo á cuatro mil menesterosos á sus espensas, y con su influjo particular alcanzó á levantar un ejército de Borgoñones para el rescate de Auvernia. Tan solo por sus virtudes vivian los ciudadanos leales de la Galia esperanzados de salvamento y libertad; y aun tan sublimes prendas fueron insuficientes para conjurar la ruina inminente de su patria, puesto que ansiaban saber por su autoridad y su ejemplo si debian preferir en la alternativa el destierro ú la servidumbre (95). Falleciera la confianza pública; quedaban exhaustos los recursos del estado, y creia la Galia con harto fundamento que Antemio, quien estaba reinando en Italia, era inhábil para escudar á sus desvalidos súbditos allende los Alpes. El débil emperador tan solo alcanzó á proporcionar para su resguardo el servicio de doce mil auxiliares británicos, recabando de uno de sus reyezuelos ó caudillos independientes, Riotamo, que trasportase su tropa de la isla al continente de la Galia. Surcó Loira arriba, sentó sus reales en Berri, donde el pueblo se estuvo lamentando de aquellos aliados opresores, hasta que vinieron á fenecer ó dispersarse con las armas de los Visigodos (96).

Uno de los postreros actos de imperio que ejerció el senado romano sobre los súbditos de la Galia fué el proceso y sentencia de Arvando, prefecto pretoriano (A. 468). Sidonio, que se alegra de vivir bajo un reinado en que pudiera compadecer y asistir á un reo de estado, habia manifestado los deslices de su desventurado amigo con afectuosidad y desenfado (97).

Desmandóse, en vez de ajuiciarse, Arvando con los peligros que habia contrastado, y á tal estremo llegó su desgobierno, variable y perpetuo, que se hace mucho mas asombrosa su prosperidad que su estermi- nio. La segunda prefectura que ejerció en el plazo de cinco años nubló cuantos merecimientos y popularidad le habia acarreado el desempeño anterior. La lisonja estragó su llana índole, y las contradicciones la enconaron; tuvo que satisfacer á sus acreedores con los despojos de la provincia, y su descaro lastimó á los principales de la Galia, viniendo á ser por fin el holocausto del odio público. Intimábale la cédula de su deposicion que sincerase su conducta ante el senado; y surcando viento en popa el mar de Toscana, soñó mil venturas, con aquel agüero favorable. Guardóse decoroso miramiento á su jerarquía *prefectoria*, y al apearse en Roma, lo confiaron al hospedaje mas bien que á la guardia de Flavio Asello, conde de las larguezas sagradas, que residia en el Capitolio (98). Fiscalizáronle ahincadamente los cuatro diputados de la Galia, descollantes todos por su nacimiento, sus cargos y su elocuencia. Entablaron una accion civil y militar, segun las formalidades de la jurisprudencia romana, pidiendo el reintegro de los quebrantos particulares, y el castigo competente á la justicia del estado. Los cargos de cohecho y tropelía fueron varios y gravísimos; mas fundaron lo esencial en una carta interceptada, y, segun testimonio de su secretario, dictada por el mismo Arvando. Su contenido era al parecer el intento de disuadir al rey godo de todo ajuste con el emperador *griego*, apuntándole el avance de los Bretones sobre el Loira, y le recomendaba una particion de la Galia, segun ley de todos los pueblos, entre Visigodos y Borgoñones (99). Los planes malvados, que entre amigos se pudieran sobredorar con las reconvenciones de engreimiento é indiscrecion, daban márjen á interpretaciones alevosas, y los diputados estaban acordes en no manifestar sus aceros mas afilados hasta el trance decisivo de la contienda. Mas Sidonio penetró sus intentos, y participó inmediatamente al confiado reo su sumo peligro, lamentándose de la altanería desatinada de Arvando, quien se desentendia y aun se enojaba de las advertencias saludables de los amigos. Ajeno de su arriesgada situacion, se ostentó Arvando en el Capitolio con su ropaje blanco á fuer de candidato, aceptó indistintamente saludos, ofrecimientos y agasajos, fué examinando las tiendas de los mercaderes, sedas, joyas, á veces con la tibieza de un curioso, y otras con el esmero de un comprador, y se anduvo quejando de la época, del senado, del príncipe y de las tardanzas de la justicia. Cesaron pronto sus quejas, pues se aplazó para luego su causa, y apareció Arvando con sus acusadores ante una junta numerosa del senado romano. El enlutado duelo que aparentaron movió á compasion á los jueces, quienes se escandalizaron del traje alegre y vistoso de su contrario; y al destinar su asiento así al reo como al

primer diputado, en los bancos senatorios, resaltó la misma contraposicion de engreimiento y recato en sus movimientos. En aquel sitio memorable, que estaba retratando al vivo la antigua república, fueron los Galos esponiendo con desahogo y brio los quebrantos de la provincia; y al ver ya inflamado el auditorio, recitaron la aciaga carta. Estribaba la tenacidad de Arvando en el supuesto estravagante de que á ningun súbdito se le podia convencer de traicion mientras no conspirase realmente en demanda de la púrpura. Leido el papel, lo reconoció por suyo en voz alta; y sumo fué su asombro y mayor su desaliento cuando la voz unánime del senado lo declaró reo de culpa capital. Por decreto inmediato, se le apeó de la jerarquía de prefecto á la esfera ínfima de plebeyo, y fué arrebatado afrentosamente á la cárcel por manos esclavas. Tras el plazo de quince dias se juntó de nuevo el senado para pronunciar su sentencia de muerte; pero despues de estar esperando en la isla de Esculapio el vencimiento de los treinta dias concedidos por ley antigua á los malhechores mas viles (100), mediaron los amigos, se condolió el emperador Antemio, y logró el prefecto de la Galia el castigo mas benigno de consficacion y destierro. Pudieran merecer compasion los yerros de Arvando; pero la impunidad de Seronato tildaba la justicia de la república, hasta que fué por fin ajusticiado sobre queja del pueblo de Auvernia. Aquel ministro forajido, el Catilina de su siglo y patria, seguia correspondencia oculta con los Visigodos para venderles la provincia que estaba desangrando; tenia elavada su atencion en inventar impuestos nuevos y descubrir agravios añejos, y sus devaneos desatinados le acarrearan tan solo desprecio, á no ser dignos de temor y aborrecimiento (101).

Abarcaba la justicia á tales reos; mas por criminal que fuese Ricimero, como bárbaro y poderoso, se las habia ó negociaba con el príncipe, cuya alianza se allanaba á recibir. Nublóse luego con desventuras y desavenencias aquel reinado próspero y bonancible que Antemio tenia prometido al Occidente (A. 471). Ricimero, por zozobra ó displicencia de todo superior, se retiró de Roma para avecindarse en Milan; situacion ventajosa, así para atraer como para rechazar las tribus belicosas que moraban entre los Alpes y el Danubio (102). Fuése la Italia dividiendo en dos reinos independientes y enemigos; y los principales de la Liguria, que se estremecian al menor asomo de guerra civil, se postraron á las plantas del patricio para suplicarle que mirase por aquel desventurado pais. «Por mi parte,» contestó Ricimero con moderacion insolente, «siempre gustaré de estar corriente con el Gálata (103); mas ¿quién tomará á su cargo el aplacar su enojo, ú amansar su soberbia, que siempre va en aumento á proporcion que le acatamos?» Participáronle que Epifanio, obispo de Pavía, hermanaba (104) la sabiduría de serpiente con la inocencia de la paloma, y se manifestaron creidos de que la elocuencia de aquel em-

bajador arrollaria todo contraste de interés ó de acaloramiento. Aprobóse la recomendacion, y Epifanio, tomando á su cargo aquella mediacion benévola, pasó sin demora á Roma donde se le honró con el agasajo debido á su mérito y nombradía. Se deja desde luego conceptuar la oracion de un obispo á favor de la paz: evidenció que en todo jénero de circunstancias, el indulto es un rasgo de conmiseracion, de magnanimidad ó de cordura, y amonestó muy formalmente al emperador que evitase toda contienda con un bárbaro indómito, que pudiera redundar en azote de él mismo y de todos sus dominios. Dió Antemio por cierta su máxima; pero sentia hasta el alma la conducta odiosa de Ricimero, y prorumpió en ímpetus elocuentes: «¿Qué finezas se han escaseado á ese ingrato? ¿Cuánto desacato le hemos tolerado? Desentendiéndome de la majestad de la púrpura, entregué mi hija á un Godo, sacrificando mi propia sangre á la salvacion de la república. Larguezas que debieran afianzar el afecto perpetuo de Ricimero lo han enconado contra su bienhechor. ¡Cuántas guerras ha movido contra el imperio! ¿Cuántas veces ha estado incitando y enfureciendo á las naciones enemigas? ¿He de ir ahora á aceptar su amistad alevosa? ¿Puedo esperanzar que respete las condiciones de un tratado quien atropelló ya las obligaciones de hijo?» Exhalóse la ira de Antemio con estas esclamaciones acaloradas; cedió por fin á la propuesta de Epifanio; y el obispo regresó á su diócesis con la complacencia de restituir la paz á la Italia, con una reconciliacion (105) de cuya sinceridad y continuacion podia fundadamente dudarse. Brotó á viva fuerza la clemencia del emperador de su apocamiento; y Ricimero suspendió sus intentos ambiciosos hasta tener dispuestas las tramoyas con que habia de derribar el solio de Antemio. Arrojó entónces toda máscara de paz y de moderacion, reforzando su ejército con cuerpos crecidos de Borgoñones y Suevos orientales. Se desentendió de todo homenaje al emperador griego; marchó de Milan á las puertas de Roma, y sentando sus reales en las márjenes del Anio, esperó desahogadamente la llegada de Olibrio, su candidato imperial.

El senador Olibrio, de la familia Anicia, podia conceptuarse heredero lejítimo del imperio occidental. Se habia desposado con Placidia, hija menor de Valentiniano (A. 472, marzo 22), despues que la hubo devuelto Jenserico, quien estaba todavía deteniendo á su hermana Eudocia, como esposa ó mas bien cautiva de su hijo. Sostuvo el rey vándalo con amenazas ó instancias las pretensiones de su aliado romano, y particularizó como uno de los motivos de la guerra la negativa del senado y del pueblo en reconocer á su príncipe lejítimo, y la preferencia impropia que habian dado á un estranjero (106). Su amistad con el enemigo público tenia que hacer á Olibrio menos popular para los Italianos; pero al idear Ricimero el esterminio del emperador Antemio, ofreció la diadema al

candidato que sincerase su rebeldía con un nombre esclarecido y entronques reales. El marido de Placidia, como los mas de sus antepasados, habia obtenido la dignidad consular; podia seguir disfrutando en Constantinopla anchamente sus grandiosos y seguros bienes, y no parece que su temple necesitase el desempeño de algun imperio para entretenerse ú atarearse á toda hora. Rindióse sin embargo Olibrio á las instancias de sus amigos y quizás de su esposa; se engolfó temerariamente en los trances y quebrantos de una guerra civil, y con la anuencia reservada del emperador Leon, aceptó la púrpura italiana, otorgada y reasumida al antojadizo albedrío de un bárbaro. Aportó sin tropiezo (pues era Jenserico árbitro de los mares) en Ravena ó en Ostia, y pasó inmediatamente á los reales de Ricimero, donde fué recibido como soberano del orbe occidental (107).

El patricio, que habia ido adelantando sus apostaderos desde el Anio hasta el puente Milvio, estaba ya aposentado en dos barrios de Roma, el Vaticano y el Janículo, separados por el Tíber de lo restante de la ciudad (108); y cabe conjeturar que una reunion de senadores disidentes (A. 472, jul. 11) remedó en la eleccion de Olibrio las formalidades de una votacion legal; pero el cuerpo del senado y el vecindario se mostraban adictos á Antemio; y el apoyo mas valedero de un ejército godo le proporcionó el ir dilatando su reinado y el conflicto público, resistiendo hasta tres meses con los achaques inseparables de hambre y epidemia. Dió por fin Ricimero un asalto furioso al puente de Adriano ó de San Anjelo, y el tránsito estrecho se defendió con igual teson por los Godos hasta la muerte de su caudillo Jilimero. Arrollando entónces la tropa victoriosa toda valla, se internó con ímpetu irresistible hasta el corazon de la ciudad; y la saña civil de Ricimero y Antemio (segun espresion de un papa contemporaneo) vino á destruir á Roma (109). Arrastraron de su retrete y mataron inhumanamente al desventurado Antemio por disposicion del yerno; y así añadió un tercero y quizás un cuarto emperador al número de sus víctimas. La soldadesca, encrudecida con la furia de ciudadanos facciosos y con las costumbres bravías de los bárbaros, se desenfrenó á su albedrío en el robo y la matanza; la muchedumbre de esclavos y plebeyos que prescindia del acontecimiento salia muy gananciosa con el saqueo por igual; y la ciudad ofrecia la contraposicion estremada de la crueldad atroz y de la disolucion (110). A los cuarenta dias de tan horrendo fracaso, aborto de la maldad y de la afrenta, quedó la Italia redimida, con una dolencia congojosa, del tirano Ricimero, que dejó el mando del ejército á su sobrino Gundobaldo, uno de los príncipes borgoñones. En el mismo año todos los principales autores de la revolucion fueron quitados de en medio; y todo el reinado de Olibrio, en cuya muerte (oct. 23) no asoman visos de violencia, se redujo al breve plazo

de siete meses. Dejó una hija, fruto de su enlace con Placidia; y la familia del gran Teodosio, trasladada de España á Constantinopla, se propagó por la línea femenina hasta la octava jeneracion (111).

Mientras el solio de Italia estaba vacante y á merced de bárbaros indómitos (112), ventilóse formalmente en el consejo de Leon el punto de nombrar nuevo compañero. La emperatriz Vorina, desalada por el engrandecimiento de su familia, habia desposado una de sus sobrinas con Julio Nepote, que sucedió á su tio Marcelino en la soberanía de Dalmacia (A. 472-475); posesion mas arraigada que el dictado de emperador de Occidente que se avino á recibir; pero las disposiciones de la corte bizantina fueron tan desmayadas, que mediaron varios meses desde la muerte de Antemio, y aun de Olibrio, antes que el nombrado sucesor asomase con fuerza respetable al confin de Italia. En el intermedio, Glicerio, soldado desconocido, se revistió de la púrpura, apadrinado por Gundobaldo; mas este príncipe carecia de poder ó de voluntad para sostenerse con guerra civil; las urjencias de sus intereses domésticos lo llamaron luego allende los Alpes (113), y se franqueó á su ahijado el permiso de permutar el cetro romano por el obispado de Salona. Orillado aquel competidor, quedó reconocido el emperador Nepote por el senado, los Italianos y los súbditos de la Galia; encarecíanse altamente sus virtudes civiles y su maestría militar, y sus agraciados entonaban en raptos proféticos el restablecimiento de la felicidad pública (114). Fracasaron tantas esperanzas (si las hubo) en el plazo de un año; y el tratado de paz que cedia la Auvernia á los Visigodos es el único acontecimiento de su reinado breve y deslucido. Sacrificó el emperador italiano los súbditos mas leales de la Galia á la esperanza de su resguardo doméstico (115); mas luego turbó su sosiego una sedicion violenta de los confederados bárbaros, que marcharon de Ravena para Roma á las órdenes del jeneral Orestes. Trémulo Nepote á su asomo, en vez de confiar fundadamente en la fortaleza de Ravena, huyó atropelladamente á sus naves, y se retiró á su principado de Dalmacia, en la costa opuesta del Adriático. Con esta renuncia vergonzosa dilató su vida hasta cinco años, en estado muy ambiguo de emperador y desterrado, hasta que en Salona lo asesinó el desagradecido Glicerio, que fué trasladado, quizás en galardon de su atrocidad, al arzobispado de Milan (116).

Las naciones que tras la muerte de Atila habian afianzado su independencia se habian avecindado, por derecho de posesion ó de conquista, en las comarcas dilatadas al norte del Danubio, ó en las provincias romanas entre el rio y los Alpes. Pero sus guerreros mas valerosos se alistaron en el ejército de los *confederados*, que constituia la defensa y el espanto de Italia (117); y en tan revuelta muchedumbre, sobresalian los nombres de Hérulos, Escirros, Alanos, Turcilinjios y Rujios. Imitó el ejemplo de

aquellos guerreros (118) Orestes, hijo de Tátulo, y padre del último emperador de Occidente. Nunca Orestes, ya mencionado en esta historia, habia desamparado su patria; y su nacimiento y fortuna lo ensalzaban como uno de los súbditos mas esclarecidos de Panonia. Cedida aquella provincia á los Hunos, entró al servicio de Atila, su soberano lejítimo, alcanzó el cargo de secretario suyo, y fué de embajador á Constantinopla para representar su persona é intimar los mandatos del monarca invencible. Recobró, con la muerte del conquistador, su independencia, y podia Orestes desentenderse decorosamente de seguir á los hijos de Atila por los desiertos de Escitia, y de obedecer á los Ostrogodos, usurpadores ya de Panonia. Antepuso el servicio de los príncipes italianos, sucesores de Valentiniano, y como dotado de valor, injenio y esperiencia, medró apresuradamente en la carrera militar, hasta que el favor del mismo Nepote (A. 475) lo ensalzó á los cargos de patricio y maestre-jeneral de la tropa; la cual hallándose ya muy de antemano avezada á reverenciar la índole y el predicamento de Orestes, que se familiarizaba con ella en costumbres y coloquios, le hallaba además enlazado con los principales caudillos, en términos de suma estrechez y familiaridad. Alborotóse toda á sus instancias contra el desconocido Griego que les imponia engreidamente obediencia; y cuando Orestes, por motivos reservados, se soslayó del solio, se avino con igual facilidad á reconocer á su hijo Augústulo por emperador de Occidente. Retirado Nepote, habia Orestes llegado á la cumbre de sus ambiciosas esperanzas (A. 476); pero antes de un año echó de ver que cuantas lecciones puede dar un rebelde tan perjuro como ingrato le recaen luego sobre la frente, y que el soberano precario de Italia era tan solo árbitro de escojer entre la cadena ó el alfanje de sus bárbaros asalariados; pero la alianza tan azarosa de aquellos estranjeros hollaba y escarnecia los últimos restos de la libertad romana. A cada revolucion iban medrando en paga y en regalías; pero sobrepujaban todavía mas en descaro, envidiando siempre la dicha de sus hermanos, en España, Galia y Africa, quienes, con sus armas victoriosas, se habian granjeado herencias perpetuas é independientes; y así insistieron en la demanda terminante de que se les repartiese inmediatamente el *tercio* de las tierras de Italia. Orestes, con un denuedo, acreedor en otras circunstancias á nuestro aprecio, antepuso el arrostrar la saña de una muchedumbre armada al conformarse con el esterminio de un pueblo inocente. Desechó la osada peticion, y su negativa favoreció la ambicion de Odoacro, bárbaro atrevido, que afirmó á sus compañeros estar pronto á poner en sus manos la providencia que se negaba á sus atentas instancias, en asociándose bizarramente á sus órdenes. Acudieron á miles los confederados de todos los puntos de Italia, dejando campamentos y guarniciones en pos de su caudillo popular, y el desventurado patricio,

arrollado por el turbion, se retiró atropelladamente á la ciudad fuerte de Pavía, silla episcopal del beato Epifanio. Fué Pavía inmediatamente sitiada, embestida y saqueada; y por mas que se afanó el obispo con sumo ardor y algun éxito por salvar las alhajas de la iglesia y la castidad de las cautivas, tan solo se logró aplacar el desenfreno con la ejecucion de Orestes (119). Quedó muerto en una accion su hermano Pablo junto á Ravena, y el desvalido Augústulo, que ya no podia infundir respeto, tuvo que implorar la clemencia de Odoacro.

El bárbaro triunfador era hijo de Edecon; que en ciertos lances notables, circunstanciados ya en un capítulo anterior, habia sido compañero del mismo Orestes *(b)*. No debia asomar sospecha contra el concepto de un embajador; y Edecon habia dado oidos á una conspiracion contra la vida de su soberano; mas aquel desliz quedaba cubierto con sus méritos y su arrepentimiento; era encumbrada y patente su jerarquía; gozó privanza con Atila, y la tropa de su mando, que resguardaba la aldea real á su turno, se componia de Escirros, súbditos hereditarios suyos. Rebeladas ya las naciones, siguieron adictos á los Hunos; y mas de doce años despues, suena honrosamente el nombre de Edecon en su contienda harto desigual con los Ostrogodos, pues paró, tras dos batallas sangrientas, en la derrota y dispersion de los Escirros (120). El esforzado caudillo, que no sobrevivió á este desastre nacional, dejó dos hijos, Onulfo y Odoacro, para luchar contra la adversidad, y mantener como pudieran con rapiñas ó con servicios á los secuaces leales de su destierro. Encaminó sus pasos Onulfo á Constantinopla, donde mancilló con el asesinato de un bienhechor jeneroso la nombradía que se habia granjeado con las armas. Su hermano Odoacro anduvo vagando con los bárbaros del Nórico, con un ánimo y una fortuna propia para los intentos mas desesperados, y resuelto por fin en su plan, fué en romería á la celdilla de Severino, el santon popular del pais, en busca de su beneplácito y bendicion. No cabia por la baja sobrepuerta la estatura ajigantada de Odoacro; teniendo que doblegarse, alcanzó el santo á divisar en aquella postura humilde las muestras de su engrandecimiento venidero, y dirijiéndose á él, le dijo con entonacion profética: «Sigue con tu intento; marcha á Italia, que pronto arrojarás esas toscas pieles, y tu opulencia corresponderá á la largueza de tu pecho (121).» El bárbaro, cuyo denuedo aceptó y revalidó el anuncio, fué admitido al servicio del imperio occidental, y alcanzó luego una graduacion honorífica en la guardia. Sus modales se fueron afinando, su maestría militar subiendo de punto, y los confederados de Italia no le nombraran su caudillo, á no estribar el concepto de su desempeño en bizarrías y disposiciones aventajadas (122). Aclamáronle militarmente su rey; mas se abstuvo en todo su reinado de usar la púrpura y la diadema (123), por temor de lastimar á príncipes cuyos súbditos accidental-

mente reunidos habian venido á formar el ejército victorioso que con el tiempo y la intelijencia llegarian tal vez á componer una nacion grandiosa.

Monárquico solia ser el gobierno de los bárbaros, y el rastrero pueblo de Italia se postraba dispuesto á obedecer sin susurro la autoridad que tuviese á bien ejercer como lugarteniente del emperador de Occidente; mas tenia Odoacro dispuesta la abolicion de aquel cargo costoso é inservible, y es tal el peso de una preocupacion trillada, que se requeria arrojo y perspicacia para descubrir la suma facilidad de tamaña empresa. Tuvo el desventurado Augústulo que ser el instrumento de su propia afrenta; participó su renuncia al senado, el cual, en el acta postrera de obediencia á un príncipe romano, aparentó todavía el desahogo anchuroso y las formalidades de la constitucion. Escribióse, por decreto unánime, al emperador Zenon, yerno y sucesor de Leon, quien acababa de ser restablecido, tras una breve rebeldía, al solio bizantino. «Niegan solemnemente la necesidad, y aun el deseo, de que continúe ya la sucesion imperial en Italia, puesto que, en su concepto, la majestad de un solo monarca es suficiente para abarcar y protejer á un mismo tiempo el Oriente y el Occidente. En su nombre y en el de todo el pueblo, se allanan á que el imperio universal se traslade de Roma á Constantinopla, y se desprenden rastreramente del derecho de elejir su dueño, único rastro restante de la autoridad que habia dado leyes al orbe. La república (repiten aun este nombre sin sonrojo) puede confiar á su salvo en las prendas civiles y militares de Odoacro; y así ruegan rendidamente al emperador tenga á bien revestirle con el dictado de patricio y la administracion de la *diócesis* de Italia.» Recibiéronse en Constantinopla los diputados del senado con muestras de enojo y aun de ira, y admitidos en la audiencia de Zenon, les reconvino adustamente por el trato que dieran á los emperadores Antemio y Nepote que el Oriente habia otorgado á las instancias de Italia: «habeis muerto al primero,» continuó, «y lanzado al segundo; pero este vive, y es por tanto aun vuestro lejítimo soberano.» Pero luego Zenon desamparó la causa desahuciada de su apeado compañero. El dictado de emperador único halagaba su vanagloria con el realce de las estatuas erijidas en honor suyo por los barrios de Roma; siguió en correspondencia amistosa y ambigua con el *patricio* Odoacro, y recibió con agradecimiento las insignias imperiales, los sagrados adornos del solio y del palacio que el bárbaro se complacia en desviar de la vista del pueblo (124) (A. 476 ó 479).

Desaparecieron hasta nueve emperadores en veinte años desde la muerte de Valentiniano; y el hijo de Orestes, mancebo sin mas realce que el de su jentileza, fuera el menos acreedor al conocimiento de la posteridad, si no lo particularizase la estincion del imperio romano de Occidente,

formando asi época memorable en la historia del jénero humano (125). Habíase el patricio Orestes desposado con la hija del conde *Rómulo*, de Petovio, en Nórico; el nombre de *Augusto*, á pesar de los zelos del poderío, era corriente en Aquileya como sobrenombre vulgar; y los apellidos de entrambos fundadores famosos de la monarquía vinieron á enlazarse por estrañeza en el último sucesor (126). El hijo de Orestes se apropió y afrentó los nombres de Rómulo Augusto; mas el primero se ridiculizó con el *Mómilo* de los Griegos, y trocóse el segundo por los Latinos en el diminutivo despreciante de Augústulo. Conservóle la vida al inocentuelo mancebillo la clemencia jenerosa de Odoacro, que lo despidió con toda su familia del palacio imperial y lo pensionó con seis mil piezas de oro anuales, señalándole la quinta de Luculo en la Campania para su retiro y destierro (127). Al respirar los Romanos de los afanes de la guerra púnica, embelesáronse con los primores y regalos de la Campania; y la quinta del primer Escipion en Literno ofrecia un dechado permanente de sencillez campestre (128). Agolpáronse los cortijos sobre las playas amenas de la bahía de Nápoles; y encareció Sila la maestría de su competidor, que se aposentó en el alto promontorio de Miseno, que domina en torno mar y tierra, hasta el estremo confin del horizonte (129). Compró á pocos años Luculo la quinta de Mario, y su importe habia ido subiendo de diez á doce mil duros á mas de trescientos y aun cuatrocientos mil (130). Realzóla el nuevo poseedor con las artes griegas y los tesoros asiáticos, y descollaron las casas y pensiles de Luculo en la lista de los palacios imperiales (131). Al hacerse tan temibles los Vándalos por las costas, la quinta de Luculo sobre el cabo Miseno se fué fortaleciendo y encastillando, y vino á ser el albergue del postrer emperador de Occidente. A los veinte años de esta gran revolucion, quedó convertida en iglesia y monasterio para recibir los huesos de San Severino. Descansaron estos á su salvo entre los trofeos destrozados y victorias Címbricas y Armenias, hasta que al principio del siglo diez, cuando las fortificaciones que podian proporcionar alguna guarida á los Sarracenos quedaron demolidas por el pueblo de Nápoles (132).

Fué Odoacro el primer bárbaro que reinó sobre la Italia, en un pueblo avasallador del linaje humano. Nos estamos todavía condoliendo sinceramente de la decadencia de los Romanos, acompañándolos en el dolor imajinario y en la ira supuesta de su posteridad bastarda; pero las calamidades de la Italia habian ido ya doblegando aquel engreimiento, reflejo de su independencia y de su gloria. Vivian, en los siglos de la virtud romana, las provincias subordinadas á las armas, y los ciudadanos á las leyes de la república; hasta que la discordia civil derribó leyes y costumbres, y la ciudad y las provincias pararon al par en finca servil de un tirano. Los asomos de constitucion que aliviaban ó encubrian su es-

clavitud rastrera fueron desapareciendo con el tiempo y la violencia ; solian los Italianos andar llorando la presencia ó el desvio de su soberano á quien aborrecian ó menospreciaban, y la sucesion de cinco siglos fué trayendo los varios quebrantos del militar desenfreno, despotismo antojadizo y tropelías estudiadas. En el mismo plazo salieron los bárbaros de su oscuridad y menosprecio, y los guerreros de Jermania y Escitia se internaron por las provincias á fuer de siervos, de aliados, y por fin de dueños de los Romanos, á quienes atropellaban y defendian. El temor enfrenó el odio del pueblo, quien acataba ya el denuedo y la brillantez de caudillos revestidos de blasones imperiales ; y la suerte de Roma estuvo largo tiempo pendiente de la espada de aquellos formidables estranjeros. El adusto Ricimero, que holló los escombros de Italia, ejerció el poderío sin usar del dictado de rey ; y los sufridos Romanos se fueron imperceptiblemente amoldando para reconocer el cetro de Odoacro y de sus bárbaros sucesores.

Acreedor era el rey de Italia á tanto encumbramiento, hijo de su esfuerzo y de su dicha ; fuéronse afinando sus toscos modales con el trato; y aunque conquistador y bárbaro, respetaba las instituciones y aun las vulgaridades de sus súbditos. Restableció Odoacro, tras un intervalo de siete años, el consulado de Occidente (A. 476—490). Modesto ó soberbio, se desentendió de un timbre que aceptaban todavía los emperadores de Oriente ; pero la silla curul fué asiento sucesivamente de once senadores de los mas esclarecidos (133), realzando la lista el nombre muy respetable de Basilio, cuyas virtudes merecieron la amistad y los elojios de su ahijado Sidonio (134). Revalidáronse las leyes de los emperadores, y seguian el prefecto pretoriano y sus dependientes con el réjimen civil de la Italia. Reencargó Odoacro á los majistrados romanos la tarea odiosa y desangradora de la recaudacion de los impuestos, reservándose el merecimiento de dispensas oportunas y populares (135). Habíase imbuido, como los demás bárbaros, en la herejía arriana ; pero reverenciaba el carácter episcopal y aun el monástico, y luego el silencio de los Católicos atestigua el ensanche que disfrutaban. Requeria el sosiego de la ciudad la intervencion de su prefecto Basilio en la eleccion del pontífiee romano; y el decreto que vedaba al clero la enajenacion de sus fincas redundaba en beneficio del pueblo, cuya devocion hubiera tenido que costear las pérdidas de la iglesia (136). Resguardaba el conquistador la Italia con sus armas ; y hacia que los bárbaros de Galia y Jermania, que habian estado allá insultando á la menguada alcurnia de Teodosio, respetasen sus confines. Atravesó Odoacro el Adriático para castigar á los asesinos del emperador Nepote y posesionarse de la provincia marítima de Dalmacia. Tramontó los Alpes para rescatar los restos del Nórico de Fava ó Feleteo, rey de los Rujios, quien moraba allende el Danubio. Quedó el rey

vencido y prisionero ; trasladóse á Italia una nueva colonia de cautivos y súbditos ; y Roma, tras largo plazo de afrentas y derrotas, pudo entonar los triunfos de su bárbaro dueño (137).

En medio del tino de Odoacro, ofrecia su reino la perspectiva melancólica de la asolacion y la miseria. Fué decayendo desde el tiempo de Tiberio la agricultura en toda la Italia, y era lastimosa la consideracion de que la vida del pueblo romano estuviese pendiente del viento y de las olas (138). Dividido y ruinoso el imperio, frustráronse las mieses tributarias de Ejipto y Africa, menguó el vecindario con los medios para la subsistencia, y quedaron despobladas las campiñas con los quebrantos irreparables de guerra, hambre (139) y epidemias. San Ambrosio deplora la desdicha de un distrito populoso, donde en otro tiempo descollaron las populosas ciudades de Bolonia, Módena, Rejio y Plasencia (140). Súbdito era de Odoacro el papa Jelasio; y afirma, aunque abultadamente, que en Emilia, Toscana y provincias contiguas, quedaba la especie humana casi estirpada (141). Los plebeyos de Roma, alimentados por mano de su dueño, perecieron ó se dispersaron al cesar su reparto; la decadencia de las artes fué reduciendo al industrioso artesano á la ociosidad y la miseria; y los senadores que se avenian á sobrellevar el esterminio de su patria se lamentaban de su quebranto particular en riqueza y lujo (*c*). Un tercio de aquellos estados grandiosos á que se achaca fundadamente la ruina de Italia (142) se desapropió para uso de los conquistadores. Agravaban insultos tantos agravios, acibarando los padecimientos la zozobra de lo venidero. Amagaban mayores quebrantos, y al paso que se iban repartiendo otras tierras á nuevos enjambres de bárbaros, todo senador estaba receloso de que el repartidor ojease su quinta predilecta ó su cortijo mas productivo. Los menos mal librados eran los que se avenian mudamente á un poderío irresistible, pues ansiosos por la vida, debian mostrarse agradecidos á quien se la habia franqueado, y con tales árbitros de sus bienes, tenian que aceptar la porcion escasa que les cabia, como dádiva voluntaria y garbosa (143). La humanidad y cordura de Odoacro alivió las desventuras de Italia (*d*), aunque se hallaba ligado, en premio de su encumbramiento, á satisfacer las demandas de una muchedumbre insaciable y desmandada. Solian los *propios* súbditos contrarestar, deponer y aun matar á los reyes bárbaros; y las gavillas diferentes de Italianos asalariados, compañeros ya bajo las banderas de un jeneral electivo, pedian mayor ensanche todavía para sus rapiñas y su desenfreno. Monarquía sin enlace nacional ni derecho hereditario se iba atropelladamente desmoronando; y así tras un reinado de trece años, quedó Odoacro avasallado por el númen superior de Teodorico, rey de los Ostrogodos, rey igualmente aventajado en las artes de la guerra y en el gobierno, que restableció el siglo de la paz y

de la prosperidad, y cuyo nombre embarga y merece todavía la atencio del jénero humano.

NOTAS

correspondientes al capítulo trijésimo sexto.

(1) Compuso Sidonio Apolinario la 13ª. epístola del libro segundo para refutar la paradoja de su amigo Serrano, que conservaba un estraño, aunque jeneroso, entusiasmo por el difunto emperador. Esta epístola, con alguna induljencia, reclama el mérito de una elocuente composicion; y aclara el carácter de Máximo.

(2) Clientum, prævia, pedisequa circumfusa, populositas, es el séquito que señala Sidonio (l. I. epis. 9) á otro senador consular de su clase.

(3) Districtus ensis cui super impia
Cervice pendet, non *Siculæ dapes*
Dulcem elaborabunt saporem :
Non avium citharæque cantus
Somnum reducent.

Horat. Carm., III, 1.

Sidonio concluye su carta con la historia de Dámocles, que Ciceron (Tusculan., V, 20, 21) refirió en términos inimitables.

(4) A pesar de la evidencia de Procopio, Evagrio, Idacio, Marcelino, etc., el instruido Muratori (Annali d' Italia, tom IV, p. 249) duda de la realidad de esta invitacion, y dice con mucha verdad, «Non si può dir quanto sia facile il popolo a sognare e spacciar voci false.» Pero este argumento, del intervalo de tiempo y lugar, es sumamente débil. Los higos que crecian cerca de Cartago se presentaban al tercer dia al senado de Roma.

(5) . . . Infidoque tibi Burgundio ductu
Extorquet trepidas mactandi principis iras.

Sidon. in Panegyr. Avit. 442.

Línea notable, que insinúa que los Borgoñones mercenarios habian vendido á Roma y á Máximo.

(6) El éxito aparente del papa Leon se halla confirmado por Próspero, y el *Historian Miscellan*; pero la improbable idea de Baronio (455, núm. 13), que Jenserico habia respetado las tres iglesias apostólicas, no está sostenida ni aun por el dudoso testimonio del *Liber Pontificalis*.

(7) La profusion de Catulo, que hizo dorar el tejado del Capitolio, fué jeneralmente desaprobada (Plin. Hist. Natur., XXXIII, 18), pero fué escedida en mucho por la del emperador Domiciano, que gastó en dorar el esterior del templo, 12.000 talentos (12 millones de duros). Las espresiones de Claudiano y Rutilio *(luce metalli æmula... fastigia astris*, y *confunduntque vagos delubra micantia visus)* prueban suficientemente que ni los Godos ni los Cristianos tocaron á esta espléndida cubierta (véase Donatus, Roma Antiqua, l. II, c. 6, p. 125). Parece que el tejado del Capitolio estaba adornado con estatuas doradas y carros tirados por cuatro caballos.

(8) El lector curioso puede consultar el esmerado tratado de Adriano Reland, de Spoliis Templi Hierosolymitani in Arcu Titiano Romæ conspicuis, en 12º. Trajecti ad Rhenum, 1716.

(9) El buque que trasportaba las reliquias del Capitolio fué el único, de toda la flota, que zozobró. Si un sofista ó un pagano hubiese referido el suceso, se hubiera alegrado de que este cargo sacrílego se hubiese perdido en el mar.

(10) Véase Victor Vitensis, de persecut. Vandal., l. I, c. 8, p. 11, 12, edic. Ruinart. Deogracias dirijió solos tres años la iglesia de Cartago. A no habérsele enterrado privadamente, su cuerpo hubiera sido hecho trizas por la loca devocion del pueblo.

(11) La prueba de muerte de Máximo y el saqueo de Roma por los Vándalos se hallan insertos en Sidonio (Panegyr. Avit. 441-450), Procopio (de Bell. Vandal., l. I, c. 4, 5, p. 188, 189, y l. II, c. 9, p. 255), Evagrio (l. II, c. 7), Jornandes (de Reb. Geticis, c. 45, p. 677), y las Crónicas de Idacio, Próspero, Marcelino, y Teofanes, en el mismo año.

(12) La vida privada y elevacion de Avito deben deducirse, con la debida precaucion del panejírico pronunciado por Sidonio Apolinario, su súbdito, y yerno.

(13) Tras el ejemplo de Plinio el Menor, Sidonio (l. II, c. 2) compuso la florida, prolija y oscura descripcion de su quinta, que era llamada (Avitacum), y habia sido propiedad de Avito. Ignórase á punto fijo su situacion. Con todo, consúltense las notas de Savaron y Sismond.

(14) Describe Sidonio (l. II, epist. 9) la vida campestre de los nobles galos, en una visita que hizo á sus amigos cuyos estados se hallaban cu

las cercanías de Nimes. Empleaban la mañana en el *sphæristerium*, ó juego de pelota, ó en la librería, que estaba provista de autores *latinos*, profanos y relijiosos; los primeros para los hombres, y los segundos para las señoras. La mesa se cubria dos veces, á la comida y á la cena, con carne (cocida óasada) y vino. En las demás horas intermedias se dormia, paseaba á caballo y tomaban baños calientes.

(15) Tres palabras de un respetable historiador echan por tierra las setenta líneas del panejírico (505-575) que describe la importunidad de Teodorico y Galo para vencer la modesta repugnancia de Avito. Romanum *ambisset* Imperium (Greg. Turon., l. II, c. 11, in tom. II, p. 168).

(16) Isidoro arzobispo de Sevilla, que pertenecia á la familia real de los Godos, confiesa y casi justifica (Hist. Goth., p. 718) el crímen que su esclavo Jornandes habia tan bajamente desfigurado (c. 43, p. 673).

(17) Esta esmerada descripcion (l. I, ep. II, p. 2-7) fué dictada por algun motivo político. Estaba destinada al público, y los amigos de Sidonio la dieron publicidad antes que se insertase en la coleccion de sus epístolas. El primer tomo se publicó por separado. Véase Tillemont, Mémoires Eccles., tom. XVI, p. 264.

(18) En este retrato de Teodorico, he suprimido muchas minuciosidades y frases técnicas, tolerables é intelijibles únicamente para aquellos que, como los contemporaneos de Sidonio, frecuentaban los mercados en que se vendian los esclavos desnudos (Dubos, Hist. Critique, tom. I, p. 404).

(19) Videas ibi elegantiam Græcam, abundantiam Gallicanam; celeritatem Italam; publicam pompam, privatam diligentiam, regiam disciplinam.

(20) Tunc etiam ego aliquid obsecraturus feliciter vincor, et mihi tabula perit ut causa salvetur. Sidonio de Auvernia no era súbdito de Teodorico; pero quizá se vió obligado á solicitar justicia ó favor en la corte de Tolosa.

(21) Teodorico hizo una solemne y voluntaria promesa de fidelidad, que se entendió tanto en la Galia como en España.

—Romæ sum, te duce, Amicus,
Principe te, Miles.
Sidon. Panegyr. Avit. 511.

(22) Quæque sinu pelagi jactat se Bracara dives.
Auson., de Claris Urbibus, p. 245.

Segun la intencion del rey de los Suevos, claro es que era conocida y practicada la navegacion de los puertos de Galicia al Mediterráneo. Los

buques de Brácara ó Braga marcaban cautelosamente á lo largo de la costa, sin atreverse á engolfar en el Atlántico.

(23) La guerra sueva es la parte mas auténtica de la Crónica de Idacio, que, como obispo de Iria Flavia, fué espectador y paciente. Jornandes (c. 44, p. 675, 676, 677) se esplaya con satisfaccion sobre la victoria gótica.

(24) En uno de los pórticos ó galerías de la librería trajana, entre las estatuas de los escritores y oradores célebres. Sidon. Apoll., l. IX, epist. 16, p. 284, Carm. VIII, p. 350.

(25) Luxuriose agere volens a senatoribus projectus est, es la concisa espresion de Gregorio de Turs (l. II, c. XI, in tom. II, p. 168). Una Crónica antigua (in tom. II, p. 649) menciona una burla de Avito, que parece mas bien aplicable á Roma que á Tréveris.

(26) Sidonio (Panegyr. Anthem., 302, etc.) ensalza el real nacimiento de Ricimero, el lejítimo heredero, como indica, de entrambos reinos gótico y suevo.

(27) Véase la Crónica de Idacio. Jornandes (c. XLV, p. 678) le llama con algun fundamento virum egregium, et pene tunc in Italia ad exercitum singularem.

(28) Parcens innocentiæ Aviti, es el lenguaje compasivo, pero desdeñoso, de Victor Tunnunenssis (in Chron. apud Scaliger Euseb.). En otra parte le llama, vir totius simplicitatis. Esta alabanza es mas humilde; pero mas sólida y sincera que los encomios de Sidonio.

(29) Segun se supone, tambien le alcanzó la persecucion de Diocleciano (Tillemont, Mém. Ecclés., tom. V, p. 279, 696). Gregorio de Turs, su parcial, dedicó un tomo entero á la gloria de Juliano el Mártir (de Gloria Martyrum, l. II, in Max. Bibliot. Patrum, tom. XI, p. 861-871), en el que se refieren cincuenta necios milagros obrados por medio de sus reliquias.

(30) Gregorio de Turs (l. II, c. XI, p. 160) es conciso, pero correcto en cuanto al reinado de su compatriota. Las espresiones de Idacio, « caret imperio, caret et vita, » parecen dar á entender que la muerte de Avito fué violenta; pero debe haber sido secreta, pues Evagrio supone (l. II, c. 7) que murió de la peste.

(31) Despues de acudir modestamente al ejemplo de sus hermanos, Virjilio y Horacio, Sidonio confiesa decorosamente la deuda y promete satisfacerla.

Sic mihi diverso nuper sub Marte cadenti
Jussisti placido Victor ut essem animo.
Serviat ergo tibi servati lingua poetæ,

Atque meæ vitæ laus tua sit pretium.
Sidon. Apoll. Carm. IV, p. 308.

Véase Dubos, Hist. Critique, tom. 1, p. 448, etc.

(32) Las palabras de Procopio merecen trascribirse: οὗτος γὰρ ὁ Μαϊορῖνος ξύμπαντας τοὺς πώποτε Ῥωμαίων βεβασιλευκότας ὑπεραίρων ἀρετῇ πάσῃ: y despues ἀνὴρ τὰ μὲν εἰς τοὺς ὑπηκόους μέτριος γεγονὼς, φοβερὸς δὲ τὰ ἐς τοὺς πολεμίους (de Bell. Vandal., l. I, c. 7, p. 194); concisa, pero intelijible definicion de virtud rejia.

(33) El Panejírico se pronunció en Lion hácia fines del año 458, mientras el emperador era aun cónsul. Encierra mas arte que injenio, y mas trabajo que arte. Los adornos son falsos ó triviales; la espresion débil y prolija; y Sidonio carece de habilidad para presentar el asunto principal bajo su verdadero punto de vista. La vida privada de Mayoriano coje sobre doscientas lineas. 107-305.

(34) Abrevió sus últimos instantes, y aun no estaba satisfecha con su muerte. Parece que á Aecio, así como Belisario y Marlborough, le manejaba su esposa, cuya fervorosa piedad, aunque pudiese hacer milagros (Gregor, Turon., l. II, c. 7, p. 162), no era incompatible con los consejos viles y sanguinarios.

(35) Los Alemanes que habian tramontado los Alpes Recios fueron derrotados en los *Campi Canini* ó Valle de Bellinzona, al través del cual pasa el Tesino, cuando baja del monte Adula al lago Magiore (Cluver. Italia Antiq., tom. I, p. 100, 101). Esta célebre victoria sobre *novecientos* Bárbaros (Panegyr, Majorian, 372, etc., descubre la suma debilidad de Italia.

(36) Imperatorem me factum, P. C. electionis vestræ arbitrio, et fortissimi exercitus ordinatione agnoscite (Novell. Majorian., tit. III, p. 34. ad Calcem Cod. Theodos.). Sidonio proclama la opinion pública del imperio:

— Postquam ordine vobis
Ordo omnis regnum dederat; *plebs*, *curia*, *miles*,
Et *collega* simul. — 386.

Este lenguaje es antiguo y constitucional; y es de notar que el *clero* entónces no era una clase distinguida en el estado.

(37) O bien dilaciones ó delaciones, ambas palabras cuadran bien; pero la última, á la que he dado la preferencia, es mas enérjica y forma mejor sentido.

(38) Ab externo hoste et a domestica clade liberavimus: por la última querrá Mayoriano dar á entender la tiranía de Avito, cuya muerte confiesa como un acto meritorio. En esta ocasion, Sidonio es tímido y oscuro; describe á los doce Césares, las naciones de Africa, etc., con tal de no citar el peligroso nombre de Avito (305-369).

(39) Véase el edicto ó epístola de Mayoriano al senado (Novell, tit. IV, p. 34). Con todo la espresion *regnum nostrum* guarda alguna conexion con la época, y no se aviene con la voz *respublica*, que se repite á menudo.

(40) Véanse las leyes de Mayoriano (no son mas que nueve, pero largas y variadas) al fin del Código Teodosiano, Novell., l. IV, p. 32-37. Gofredo no ha hecho ningun comentario sobre estos trozos adicionados.

(41) Fessas provincialium varia atque multiplici tributorum exactione fortunas, et extraordinariis fiscalium solutionum oneribus attritas, etc. Novell. Majorian., tit. IV, p. 34.

(42) El instruido Greaves (vol. I, p. 329, 330, 331) halló, por una activa investigacion, que los *aurei* de los Antoninos pesaban ciento diez y ocho granos ingleses, y el del siglo quinto solamente setenta y ocho. Mayoriano da curso á todo el oro acuñado, esceptuando solamente el *Gallic solidus*, por falta, no en el peso, sino en la ley.

(43) El edicto (Novell. Majorian, tit. VI, p. 35) es curioso. «Antiquarum ædium dissipatur speciosa constructio; et ut aliquid reparetur, magna diruuntur. Hinc jam occasio nascitur, ut etiam unusquisque privatum ædificium construens, per gratiam judicum...... præsumere de publicis locis necessaria, et transferre non dubitet,» etc. Petrarca, en el siglo catorce, repitió las mismas quejas, con igual celo, aunque con menos enerjía (Vie de Pétrarque, tom. I, 326, 327). Si sigo esta historia, no echaré en olvido la decadencia y ruina de la *ciudad* de Roma; interesante asunto, al que se concreta enteramente mi plan.

(44) Censura el emperador la lenidad de Rogaciano, cónsul de Toscana, en un estilo de amarga reconvencion, que casi se parece á resentimiento personal (Novell. tit. IX, p. 47). La ley de Mayoriano, que castigaba á las viudas obstinadas, fué luego suprimida por su sucesor Severo (Novell. Sever., tit. I. p. 37).

(45) Sidon. Panegyr. Majorian, 385-440.

(46) Los pasajes menos malos del Panejírico (470-552) son la revista del ejército, y el paso de los Alpes. M. de Buat (Hist. des Peuples, etc., tom. VIII, p. 49-55) es comentador mas completo que Savaron ó Sirmond.

(47) Τὰ μὲν ὅπλοις, τὰ δὲ λογοις, la verdadera y enérjica distincion de Prisco (Excerpt. Legat. p. 42) es un breve fragmento que aclara la historia de

Mayoriano. Suprimió Jornandes la derrota y alianza de los Visigodos, que se proclamaron solemnemente en Galicia, y se hallan en la Crónica de Idacio.

(48) Floro, l, II, c. 2. Se divierte con la idea poética de que los árboles se habian trasformado en buques; y que verdaderamente toda transaccion, segun se halla referida en el primer libro de Polibio, se desvia mucho del órden natural de los sucesos humanos.

(49) Interea duplici texis dum littore classem,
Inferno superoque mari, cadit omnis in æquor
Sylva tibi, etc. —
Sidon. Panegyr. Majorian, 441-46.

El número de buques, que Prisco fija en 300, está realzado por la comparacion con las escuadras de Agamenon, Jerjes y Augusto.

(50) Procopio, de Bell. Vandal., l. I, c. 8, p. 194. Cuando Jenserico condujo á su desconocido huesped al arsenal de Cartago, las armas resonaron por sí solas. Mayoriano pintó sus doradas hebillas de negro.

(51) —Spoliisque potitus
Immensis, robur luxu jam perdidit omne,
Quo valuit dum pauper erat.
Panegyr. Majorian, 330.

Luego achaca á Jenserico, segun parece, injustamente, los vicios de sus súbditos.

(52) Quemó las ciudades, y envenenó los manantiales (Prisco, p. 42). Dubos (Hist. Critique, tom. I, p. 475) dice que los efectos que los Moros enterraban escapaban á su destructora investigacion. En un mismo paraje solian á veces cavar doscientos ó trescientos pozos; y cada uno contenia sobre cuatrocientas fanegas de grano. Viajes de Shaw, p. 139.

(53) Idacio, que se hallaba en Galicia, fuera del poder de Ricimero, declara atrevida y decorosamente, Vandali per proditores admoniti, etc.; con todo, desfigura el nombre del traidor.

(54) Procop., de Bell. Vandal., l. I, c. 8, p. 194. El testimonio de Idacio es verdadero é imparcial; Majorianum de Galliis Romam redeuntem, et Romano imperio vel nomini res necessarias ordinantem, Richimer livore percitus, et *invidorum* consilio fultus, fraude interficit circumventum.» Algunos leen *Suevorum*, y no quiero borrar ninguna de las dos palabras, pues espresan los diferentes cómplices que entraron en la conspiracion contra Mayoriano.

(55) Véanse los epígramas de Enodio, núm. CXXXV, inter Sirmond

Opera, tom. I, p. 1903. Es insustancial y oscuro; pero Enodió fué nombrado obispo de Pavia cincuenta años despues de la muerte de Mayoriano, y su alabanza merece algun crédito.

(56) Hace Sidonio una pesada relacion (l. I, epist. XI, p. 25-31) de una cena en Arles, á la que fué convidado por Mayoriano, poco tiempo antes de su muerte. No era su intencion el ensalzar á un emperador difunto; pero una observacion casual y desinteresada, « Subrisit Augustus; ut erat, auctoritate servata, cum se communioni dedisset, joci plenus, » contrapesa las seiscientas líneas de su panejírico venal.

(57) Sidonio (Panegyr. Anthem., 317) lo envia al cielo:

> Auxerat Augustus naturæ lege Severus
> Divorum numerum.—

La antigua lista de los emperadores, compuesta en tiempo de Justiniano, ensalza su piedad, y fija su residencia en Roma (Sirmond, Not. ad Sidon., p. 111, 112.

(58) Tillemont que se escandaliza siempre con las virtudes de los infieles, atribuye este aventajado retrato de Marcelino (que Suidas conservó) al celo parcial de un historiador pagano (Hist. des Empereurs, tom. VI, p. 330).

(59) Procopio de Bell. Vandal., l. I, c. 6, p. 191. En varios puntos de la vida de Marcelino, no es fácil el conciliar el historiador griego con las crónicas latinas de aquella época.

(60) Debo aplicar á Ejidio las alabanzas que Sidonio (Panegyr. Mayorian., 553) prodiga á un jeneral sin nombre que mandaba la retaguardia de Mayoriano. Idacio, por la opinion pública, recomienda su piedad cristiana; y Prisco menciona (p. 42) sus conocimientos militares.

(61) Greg. Turon., l. II, c. 12, in tom. II, p. 168. El padre Daniel, cuyas ideas son superficiales y modernas, estableció algunas objeciones contra la historia de Quilderico (Hist. de France, tom. I, Prólogo Histórico, p. LXXVIII, etc.), pero han sido deshechas por Dubos (Hist. Critique, tom. I, p. 460-510), y por otros dos autores que disputaron el premio de la academia de Soissons (p. 131-177, 310-339). Con respecto al término del destierro de Quilderico, es preciso, ó bien prolongar la vida de Ejidio mas allá de la fecha designada por la Crónica de Idacio, ó bien correjir el texto de Gregorio, leyendo *quarto* anno, en vez de *octavo*.

(62) La guerra naval de Jenserico está descrita por Prisco (Excerpta Legation., p. 42), Procopio (de Bell. Vandal., l. I, c. 5, p. 189, 190, y c. 22, p. 228), Victor Vitensis (de Persecut. Vandal., l. I, c. 17, y

Ruinart, p. 467-481), y en los tres panejíricos de Sidonio, cuyo órden cronolójico está torpemente traspuesto en ambas ediciones de Savaron y Sirmond (Avit. Carm. VII, 441-451. Majorian. Carm. V, 327-350, 385-440, Anthem. Carm. II, 348-386). En un pasaje, inspirado el poeta por el asunto, espresa una enérjica idea por medio de una imájen halagüeña:

—Hinc Vandalus hostis
Urget; et in nostrum numerosa classe quotannis
Militat excidium; conversoque ordine Fati
Torrida Caucaseos infert mihi Byrsa furores.

(63) El poeta tiene que confesar la desgracia de Ricimero:

Præterea invictus Ricimer, quem publica fata
Respiciunt, *proprio* solus vix *Marte* repellit
Piratam per rura vagum —

La Italia dirije sus quejas al Tiber, y Roma, á solicitud del dios del rio, pasa á Constantinopla, renuncia á sus antiguos derechos, é implora la amistad de Aurora, diosa del Oriente. Esta tramoya fabulosa, de que se valió y abusó el injenio de Claudiano, es el único recurso de la musa de Sidonio.

(64) Los autores orijinales de los reinados de Marciano, Leon y Zenon, se reducen á algunos fragmentos imperfectos, cuyas lagunas deben suplirse con las complicaciones mas modernas de Teofanes, Zonaras y Cedreno.

(65) Santa Pulqueria murió en 453, cuatro años antes que su marido nominal; y los Griegos modernos celebran su fiesta el 10 de setiembre; dejó un inmenso patrimonio destinado á actos piadosos ó á lo menos eclesiásticos. Véase Tillemont, Mémoires Elccés., tom. XV, p. 181-184.

(66) Véase Procopio de Bell. Vandal., l. I, c. 4, p. 185.

(67) De la incapacidad de Aspar para suceder al trono, debemos inferir que la mancha de la *herejía* era perpétua é indeleble, en tanto que la del *barbarismo* desaparecia á la segunda jeneracion.

(68) Teofanes, p. 95. Este parece ser el oríjen primitivo de una ceremonia, que todos los príncipes cristianos han adoptado desde entónces; y de la que el clero ha deducido terribles consecuencias.

(69) Cedreno (p. 345, 346), que estaba versado en los escritores de otros tiempos, conservó las memorables palabras de Aspar, Βασιλεῦ, τον ταύτην τὴν ἀλουργίδα περιβεβλημένον οὐ χρῆ διαψεύδεσθαι.

(70) El poder de los Isaurios conmovió el imperio de Oriente en los

reinados consecutivos de Zenon y Anastasio, pero terminó con la destruccion de aquellos bárbaros, que hacia cerca de doscientos treinta años que conservaban su fiera independencia.

(71) —Tali tu civis ad urbe
Procopio genitore micas; cui prisca propago
Augustis venit a *proavis*.

Luego el poeta (Sidon. Panegyr. Anthem., 67-306) sigue refiriendo los sucesos y vida privada del futuro emperador, de la que debia estar muy mal enterado.

(72) Manifiesta Sidonio, con bastante injenuidad, que este engaño dió nuevo realce á las virtudes de Antemio (210, etc.), quien rehusó un cetro, aceptando otro por fuerza (22, etc.).

(73) El poeta celebra otra vez la unanimidad de todas las clases del estado (15-22); y en la Crónica de Idacio menciona las fuerzas que le acompañaban en su marcha.

(74) Interveni autem nuptiis Patricii Ricimeris, cui filia perennis Augusti in spem publicæ securitatis copulabatur. El viaje de Sidonio de Leon y la festividad de Roma, están descritas con bastante enerjía. L. I, epíst. 5, p. 9-13. Epíst. 9, p. 21.

(75) Sidonio (l. I, epist. 9, p. 23, 24) manifiesta claramente los motivos, su trabajo y recompensa. « Hic ipse Panegyricus, si non judicium, certe eventum, boni operis accepit.» Fué nombrado obispo de Clermont, en 471. Tillemont, Mém. Ecclés., tom. XVI, p. 750.

(76) El palacio de Antemio estaba en las orillas de la Propóntida. En el siglo nueve, Alejo, yerno del emperador Teófilo, obtuvo el permiso de comprar el terreno, y terminó sus dias en el monasterio que fundó en aquel delicioso sitio. Ducange, Constantinopolis Christiana, p. 117, 152.

(77) Papa Hilarius..... apud beatum Petrum Apostolum, palam ne id fieret, clara voce constrinxit, in tantum ut non ea facienda cum interpositione juramenti idem promitteret Imperator. Jelasio, Epistol. ad Andronicum, apud Baron, 467, núm. 3. El cardenal dice, con alguna complacencia, que era mucho mas fácil el establecer la herejía en Constantinopla que en Roma.

(78) Damascio, en la vida del filósofo Isidoro, apud Photium, p. 1049. Damascio, que vivia en tiempo de Justiniano, compuso otra obra, que contiene 570 historias sobrenaturales de almas, demonios, apariciones, los sueños del paganismo platónico.

(79) En las obras poéticas de Sidonio, que luego condenó (l. IX, epíst. 16, p. 285), los principales actores son las deidades fabulosas. Si Jeró-

nimo fué azotado por los ánjeles por haber leido á Virjilio, el obispo de Clermont, por tan vil imitacion, merecia de las musas mayor castigo.

(80) Ovidio (Fast., l. II, 267-452) ha hecho una divertida descripcion de las locuras de la antigüedad, que aun inspiran tanto respeto, que un grave majistrado, corriendo desnudo por las calles, no era un objeto de risa ni estrañeza.

(81) Véase Dionisio Halicarnaseo, l. I, p. 25, 65, edic. Hudson. Los anticuarios romanos, Donato (l. II, c. 18, p. 173, 174) y Nardini (p. 386, 387) han trabajado para fijar la verdadera situacion de los Lupercales.

(82) Baronio publicó, de un manuscrito del Vaticano, esta epístola del papa Jelasio (496, núm. 28-45) que se titula Adversus Andromachum Senatorem, cæterosque Romanos, qui Lupercalia secundum morem pristinum colenda constituebant. Jelasio siempre supone que sus adversarios son cristianos nominales, y para aventajarles en absurdas preocupaciones, imputa á esta inocente festividad todas las *calamidades* de la época.

(83) Itaque nos quibus totius mundi regimen commisit superna provisio... Pius et triumphator semper Augustus filius noster Anthemius, licet Divina Majestas et nostra creatio pietati ejus plenam Imperii commiserit potestatem, etc... Tal es el estilo majestuoso de Leon, á quien Antemio llama respetuosamente Dominus et Pater meus Princeps sacratissimus Leo. Véase Novell. Anthem., tit. II, III, p. 38, ad calcem Cod. Theod.

(84) La espedicion de Heraclio está oscurecida con dificultades (Tillemont, Hist. des Empereurs, tom. VI, p. 640), y se necesita mucho tacto para valerse de los apuntes suministrados por Teofanes, sin ofender el respetable testimonio de Procopio.

(85) El viaje de Caton desde Berenice, en la provincia de Cirene, fué mas largo que el de Heraclio desde Trípoli. Atravesó el arenoso desierto en treinta dias, y fué preciso proveerse, además de los abastos de costumbre, de gran número de pellejos con agua, y algunos *Psylli*, á los que se les atribuia la virtud de chupar el veneno de las mordeduras de las serpientes. Véase Plutarco in Caton. Uticens., tom. IV, p. 275. Estrabon, Geograph., l. XVII, p. 1193.

(86) La suma principal está claramente espresada por Procopio (de Bell. Vandal., l. I, c. 6, p. 191); las pequeñas partes constituyentes, que Tillemont (Hist. des Empereurs, tom. VI, p. 395) ha recopilado de los escritores bizantinos, son menos seguras é importantes. El historiador Malco lamenta la miseria pública (Excerpt. ex Suida in Corp. Hist. Byzant. p. 58); pero es injusto en imputar á Leon la acumulacion de las riquezas exijidas del pueblo (*).

(*) Compárese tambien la obra recien descubierta de Lido de Magistratibus

(87) Este promontorio está á cuarenta millas de Cartago (Procop., libro I, c. 6, p. 192), y á veinte leguas de Sicilia (Viajes de Shaw, p. 89). Escipion desembarcó mas adelante en la bahía, en el verdadero promontorio; véase la animada descripcion de Livio, XXIX, 26, 27.

(88) Afirma Teofanes (p. 100) que muchos buques de los Vándalos se fueron á pique. La asercion de Jornandes (de Successione Regn.), que Basilisco atacó á Cartago, debe entenderse en su verdadero sentido.

(89) Damascio in Vit. Isidor. apud Phot., p. 1048. Parece, comparando las tres breves crónicas de aquella época, que Marcelino peleó cerca de Cartago y fué muerto en Sicilia.

(a) Segun Lido, enojado Leon por esta y otras calamidades de su reinado, particularmente por un horrible incendio en Constantinopla, abandonó el palacio, cual otro Orestes, y se preparó para no volver mas á Constantinopla, l, III, c. 44, p. 230.—M.

(90) En cuanto á la guerra africana, véase Procopio (de Bell. Vandal., l. I, c. 6, p. 191, 192, 193), Teofanes (p. 99, 100, 101), Cedreno (p. 349, 350) y Zonaras (tom. II, l. XIV, p. 50, 51). Montesquieu (Considerations sur la Grandeur, etc., c. XX, tom. III, p. 497) hizo una juiciosa observacion sobre la decadencia de estos grandes armamentos navales.

(91) Jornandes es nuestro mejor guia para los reinados de Teodorico II y Eurico (de Rebus Geticis, c. 44, 45, 46, 47, p. 675-681). Idacio termina demasiado pronto, é Isidoro abrevia los informes que hubiera podido darnos sobre los asuntos de España. Los acontecimientos de la Galia están esmeradamente ilustrados en el libro tercero del abate Dubos, Hist. Critique, tom. I, p. 424-620.

(92) Véase Mariana, Hist. Hispan., tom. I, l. V, c. 5, p. 162.

(93) Una imperfecta descripcion de la Galia, pero orijinal, y particularmente de la Auvernia, se halla en Sidonio; que, como senador, y luego obispo, estaba muy interesado en la suerte de su pais. Véase l. V, epíst. 1, 5, 9, etc.

(94) Sidonio, l. III, epist. 3, p. 65-68. Gregorio Turon., l. II, c. 24 in tom. II, p. 174. Jornandes, c. 45, p. 675. Quizá Ecdicio era el úni-

ed. Hase (Paris, 1812, en la nueva coleccion de los Bizantinos), l. III, c. 43. Lido dice que el gasto ascendió á 65,000 libras de oro y 700.000 de plata. Exajera la escuadra hasta el número increible de 10,000 buques mayores (Liburnia), y las tropas á 400.000 hombres. Describe Lido esta fatal medida, dando la culpa á Basilisco, como el causante de la bancarrota del estado. Desde aquella época todos los recursos del imperio se cobraron anticipadamente, y la hacienda fué una babilonia.—M.

co hijastro de Avito, fruto de las primeras nupcias de su mujer.

(95) Si nullæ à republica vires, nulla præsidia; si nullæ, quantum rumor est, Anthemii principis opes; statuit, te auctore, nobilitas, seu patriam dimittere seu capillos (Sidon., l. II, epist. 1, p. 33). Las últimas palabras (Sirmond, Not. p. 25) pueden tambien indicar la tonsura clerical, que fué la eleccion de Sidonio.

(96) La historia de estos Bretones está estampada en Jornandes (c. 45, p. 678), Sidonio (l. III, epíst. 9, p. 73, 74), y Gregorio de Turs (l. II, c. 18 in tom. II, p. 179). Sidonio (que llama á estas tropas mercenarias argutos, armatos, tumultuosos, virtute, numero, contubernio, contumaces) se dirije á su jeneral en tono de amistad y familiaridad.

(97) Véase Sidonio, l. I, epíst. 7, p. 15-20, con las notas de Sirmond. Esta carta hace honor tanto á su corazon como á su intelijencia. La prosa de Sidonio, aunque viciada por un gusto falso y afectado, es muy superior á sus versos insípidos.

(98) Cuando el Capitolio dejó de ser templo, se destinó para el uso de los majistrados civiles; y aun hoy dia es la residencia del senado romano. Permitíase á los joyeros y demás el colocarse en los pórticos para vender sus preciosas mercancías.

(99) Hæc ad regem Gothorum charta videbatur emitti, pacem cum Græco Imperatore dissuadens, Britannos super Ligerim sitos impugnari oportere demonstrans, cum Burgundionibus jure gentium Gallias dividi debere confirmans.

(100) *Senatus consultum Tiberianum* (Sirmond Not., p. 17); pero la ley solo concede diez dias de la sentencia á la ejecucion; en el reinado de Teodosio se añadieron los otros veinte.

(101) Catilina seculi nostri. Sidonio, l. II, epíst. 1, p. 33; l. V, epíst. 13, p. 143; l. VII, epíst. 7, p. 185. Detesta los crímenes y aprueba el castigo de Seronato, quizá con la indignacion de un ciudadano virtuoso, ó el resentimiento de un enemigo personal.

(102) Bajo el reinado de Antemio, Ricimero derrotó y dejó tendido en el campo á Beorgor, rey de los Alanos (Jornandes, c. 45, p. 678). Su hermana se casó con el rey de los Borgoñones y estableció una íntima relacion con la colonia suévica establecida en Panonia y Nórica.

(103) Galatam concitatum. Sirmond (en sus notas á Enodio) aplica esta denominacion á Antemio. Quizá el emperador habia nacido en la provincia de Galacia, cuyos habitantes, los Galo-Griegos, se suponia que juntaban los vicios de los salvajes con los de un pueblo corrompido.

(104) Epifanio fué treinta años obispo de Pavía (467-497; véase Tillemont, Mém. Ecclés., tom. XVI, p. 788). Su nombre y hechos hubieran quedado desconocidos á la posteridad, si Enodio, uno de sus su-

cesores, no hubiese escrito su vida (Sirmond, Opera, tom. I, p. 1647-1692); en la que lo representa como uno de los principales jenios de su tiempo.

(105) Enodio (p. 1659-1664) describe la embajada de Epifanio; y su narracion flúida, segun parece, aclara los pasajes curiosos de la decadencia del imperio de Occidente.

(106) Prisco Excerpt. Legation., p. 74. Procopio de Bell. Vandal., l. I, c. 6, p. 191. Eudoxia y su hija fueron restablecidas tras la muerte de Mayoriano. Quizá el consulado de Olibrio (464) fué el regalo de boda.

(107) La apariencia hostil de Olibrio está confirmada (á pesar de la opinion de Pagi) por la duracion de su reinado. Teofanes y la Crónica de Pascal afirman las secretas relaciones con Leon. Ignoramos las causas; pero, en este oscuro período, nuestros cortos conocimientos se estienden á los hechos mas públicos é importantes.

(108) De las catorce rejiones ó cuarteles en que Augusto dividió á Roma, solo *uno*, el Janículo, caia á la parte tuscana del Tiber. Pero, en el siglo quinto el arrabal Vaticano formaba una ciudad considerable; y en la distribucion eclesiástica, hecha recientemente por Simplicio, el papa reinante, *dos* de las *siete* rejiones ó parroquias de Roma dependian de la iglesia de San Pedro. Véase Nardini, Roma Antica, p. 67. Requeriria una fastidiosa disertacion el indicar los puntos en que no estoy de acuerdo con la topografía del instruido Romano.

(109) Nuper Anthemii et Ricimeris civili furore subversa est. Jelasio, in Epist. ad Andromach, apud Baron., 496, núm. 42, Sigonio (tom. I, l. XIV, de Occidentali Imperio, p. 542, 543), y Muratori (Annali d'Italia, tom. IV, p. 308, 309), con ayuda del manuscrito mas correcto de la Historia Miscella, han aclarado la oscura y sangrienta transaccion.

(110) Tal habia sido el sæva ac deformis urbe tota facies, cuando Roma fué asaltada por las tropas de Vespasiano (véase Tácito, Hist. III, 82, 83); y todo motivo de desgracia ha adquirido desde entónces mucha enerjía. La revolucion de los tiempos puede acarrear idénticas calamidades; pero no producir un Tácito que las describa.

(111) Véase Ducange, Familiæ Byzantin., p. 74, 75. Areobindo, que parece haberse casado con la nieta del emperador Justiniano, era el octavo descendiente de Teodosio el mayor.

(112) Las últimas revoluciones del imperio de Occidente están descritas muy por alto en Teofanes (p. 102), Jornandes (c. 45, p. 679), la Crónica de Marcelino, y los fragmentos de un escritor anónimo, publicados por Valesio al fin de Amiano (p. 716, 717). Si Focio no hubiese sido tan sumamente conciso, hubiera sacado algunos apuntes de las historias con-

temporaneas de Malco y Cándido. Véanse sus Estractos, p. 172-179.

(113) Véase Greg. Turon., l. II, c. 28, in tom. II, p. 175. Dubos, Hist. Critique, tom. I, p. 613. Por asesinato ó muerte de sus dos hermanos, adquirió Gundobaldo la posesion de todo el reino de Borgoña, cuya ruina precipitó sus desavenencias.

(114) Julius Nepos armis pariter summus Augustus ac moribus. Sidonio, l. V, ep. 16, p. 146. Nepos dió á Ecdicio el título de patricio, que Antemio habia prometido, decessoris Anthemii fidem absolvit. Véase l. VIII, ep. 7, p. 224.

(115) Nepos envió á Epifanio de embajador á los Visigodos, con la intencion de confirmar el *fines Imperii Italici.* (Enodio in Sirmond, tom. I, p. 1665-1669). Su discurso patético oculta el terrible secreto, que muy luego promovió las justas y amargas quejas del obispo de Clermont.

(116) Malco, apud Phot., p. 172. Enodio, Epigram. LXXXII, in Sirmond Oper., tom. I, p. 1879. Con todo, alguna duda puede haber sobre la identidad del emperador y del arzobispo.

(117) Procopio (de Bell. Gothico, l. I, c. 1, p. 308) hace una descripcion de estos mercenarios que derribaron el imperio de Occidente. La opinion popular y los historiadores modernos representan á Odoacro como un *aventurero* y un *rey*, que invadió la Italia con un ejército de estranjeros, sus propios súbditos.

(118) Orestes, qui eo tempore quando Attila ad Italiam venit, se illi junxit, et ejus notarius factus fuerat. Anonym. Vales., p. 716. Se equivoca en la fecha, pero debemos dar crédito á su aserto, que el secretario de Attila era el padre de Augústulo.

(119) Véase Enodio (in Vit. Epiphan. Sirmond, tom. I, p. 1669, 1670). Añade algun peso á la narracion de Procopio, aunque es algo dudoso que el diablo inventase el sitio de Pavía para afligir al obispo y su grey.

(b) Manso observa que el testimonio que identifica á Edecon, el padre de Odoacro, con el colega de Orestes, no es concluyente. Geschichte des Ost-Gotischen Reiches, p. 32. Pero San Martin concuerda con Gibbon, nota VI, 75.—M.

(120) Jornandes, c. 53, 54, p. 692-695. M. de Buat (Hist. des Peuples de l'Europe, tom. VIII, p. 221-228) esplicó claramente el oríjen y aventuras de Odoacro. Creo que fué el mismo que saqueó á Angers, y mandaba una escuadrilla de piratas sajones. Greg. Turon., l. II, c. 18, in tom. II, p. 170 (*).

(121) Vade ad Italiam, vade vilissimis nunc pellibus coopertus: sed multis cito plurima largiturus. Anonym. Vales., p. 717. Cita la vida de

(*) Segun San Martin, esta conjetura carece de fundamento, VII, 75.—M.

San Severino, que aun existe, y encierra mucha parte desconocida de esta importante historia; fué compuesta por su discípulo Eujipio (511), treinta años despues de su muerte. Véase Tillemont, Mém. Ecclés., tom. XIV, p. 168-181.

(122) Teofanes, que le llama Godo, afirma que fué educado y criado τραφέντος en Italia (p. 102); y como esta espresion no admite una interpretacion literal, debe esplicarse por su largo servicio en la guardia imperial.

(123) Nomen regis Odoacer assumpsit, cum tamen neque purpura nec regalibus uteretur insignibus. Casiodoro, in Chron. A. 476. Parece haber disfrutado el título de rey, sin aplicacion á ningun pais ó nacion (*).

(124) Malco, cuya pérdida nos es sensible, conservó (in Excerpt. Legat., p. 93) esta estraordinaria embajada del senado á Zenon. El fragmento anónimo (p. 717) y el estracto de Cándido (apud Phot., p. 176) sirven lo mismo.

(125) No está fijado positivamente el año en que terminó el imperio de Occidente. Las crónicas auténticas fijan la era vulgar de 476. Pero las fechas designadas por Jornandes (c. 46, p. 680) retardarian aquel grande acontecimiento hasta el año 479: y aunque M. de Buat ha revisado *su* testimonio, añade (tom. VIII, p. 261-288) muchas circunstancias en apoyo de la misma opinion.

(126) Véanse sus medallas en Ducange (Fam. Byzantin, p. 81), Prisco (Excerpt. Legat., p. 56), y Maffei (Osservazioni Letterarie, tom. II, p. 314). Podemos alegar un caso célebre y semejante. Los sujetos ínfimos del imperio romano gozaban del nombre *ilustre* de *Patricios*, el que, por la conversion de Irlanda, se comunicó á una nacion entera.

(127) Ingrediens autem Ravennam deposuit Augustulum de regno, cujus infantiam misertus concessit ei sanguinem; et quia pulcher erat, tamen donavit ei reditum sex millia solidos, et misit eum intra Campaniam cum parentibus suis libere vivere. Anonym. Vales., p. 716. Jornandes dice (c. 46, p. 680), in Lucullano Campaniæ castello exili pæna damnavit.

(128) Véase la elocuente declamacion de Séneca (Epíst. LXXXVI). El filósofo debia haberse hecho cargo de que todo el lujo es relativo; y que Escipion el mayor, cuyos modales eran mas finos por efecto del estudio y la conversacion, fué acusado de este vicio por sus contemporaneos (Livio, XXIX, 19).

(*) Observa Manso que Odoacro nunca se tituló rey de Italia, ni usó la púrpura, no existe ninguna medalla con su nombre. Geschichte Ost. Goth. Reiches, p. 36.—M.

(129) Sila, con el lenguaje de un soldado, ensalza su *peritia castrametandi* (Plin., Hist. Natur., XVIII, 7). Fedro, que de sus paseos nocturnos (*læta viridia*) formó la escena de una fábula insípida (II, 5), describe así la situacion:—

Cæsar Tiberius quum petens Neapolim,
In Misenensem villam venisset suam,
Quæ monte summo posita Luculli manu
Prospectat Siculum et prospicit Tuscum mare.

(130) De setenta y cinco á dos mil quinientas millas. Con todo, en poder de Mario era un lujoso retiro. Los Romanos se burlaban de su indolencia; pero bien pronto echaron menos su actividad. Véase Plutarco, in Mario, tom. II, p. 524.

(131) Luculo tenia otras casas de campo, de igual magnificencia, en Baya, Nápoles, Túsculo, etc. Vanagloriábase de poder mudar su temperatura por medio de gruas ó poleas. Plutarco, in Lucull., tom. III, p. 193.

(132) Severino murió en Nórico, en el año 482. Seis años despues, su cuerpo, que sembraba milagros á su paso, fué trasportado por sus discípulos á Italia. La devocion de una señora napolitana condujo al santo á la quinta lucula, en lugar de Augústulo, que probablemente ya no existia. Véase Baronio (Annal. Eccles., 496, núm. 50, 51), y Tillemont (Mém. Eccles., tom. XVI, p. 178-181) en la vida orijinal de Eujipio. La narracion de la última emigracion de Severino á Nápoles es tambien un hecho auténtico.

(133) Los fastos consulares pueden hallarse en Pagi ó Muratori. Los cónsules nombrados por Odoacro ó quizá por el senado romano, parece se instruyeron en el imperio, de Oriente.

(134) Sidonio Apolinario (l. I, epíst. 9, p. 22, edic. Sirmond) compara los dos senadores principales de su tiempo (468), Jenadio Avieno y Cecina Basilio. Al primero lo califica de especioso, al segundo le concede las virtudes de una vida pública y privada. Basilio mayor, probablemente su hijo, fué cónsul en el año 480.

(135) Intercedió Epifanio por el pueblo de Pavía; y los reyes al principio le concedieron una induljencia de cinco años, y luego la aliviaron de la opresion de Pelajio, prefecto pretoriano (Enodio, in Vit. St. Epiphan. in Sirmond. Oper. tom. I, p. 1670, 1672).

(136) Véase Baronio, Annal. Eccles., 483, núm. 10-15. Diez y seis años despues, el papa Símaco, condenó á Basilio, en un sínodo romano, por su conducta irregular.

(137) Las guerras de Odoacro están concisamente mencionadas por

Paulo el diácono (de Gest. Langobard., l. I, c. 19, p. 757, edic. Grot.), y las dos Crónicas de Casiodoro y Caspiniano. La vida de San Severino, por Eujipio, que el conde de Buat (Hist. des Peuples, etc., tom. VIII, c. 1, 4, 8, 9) estudió atentamente, ilustra la ruina de Nórico y las antigüedades bávaras.

(138) Tácito, Annal. III, 53. Las Recherches sur l'Administration des Terres chez les Romains (p. 351-361) manifiestan claramente el progreso interno de su decadencia.

(139) Un poeta francés describe elocuentemente en prosa y verso el hambre que aflijió á la Italia cuando la irrupcion de Odoacro, rey de los Hérulos (Les Mois, tom. II, p. 174, 206, edic. en 12°.). Ignoro de donde ha sacado sus apuntes; pero estoy seguro de que refiere hechos incompatibles con la verdadera historia.

(140) Véase la epístola XXXIX de San Ambrosio, como la cita Muratori, sopra le Antichità Italiane, tom. I, Dissert. XXI, p. 354.

(141) Æmilia, Tuscia, ceteræque provinciæ in quibus hominum prope nullus existit. Jelasio, Epist. ad Andromachum, ap. Baronium, Annal. Eccles., 496, núm. 36.

(c) Supone Denina que los bárbaros se vieron precisados á dedicarse á la agricultura. La Italia, poco ó nada cultivada por los indolentes ó arruinados propietarios, no solo no podia satisfacer los impuestos de que dependia la paga del soldado, sino que no alcanzaba á cubrir las necesidades de la vida. Los paises vecinos estaban ocupados por naciones guerreras; las comunicaciones con el Africa, que solia suministrarles grano, estaban cortadas; el comercio estranjero casi estinguido; de modo que no podian estender sus miradas mas allá de los límites de Italia, en la que la agricultura decaia rápidamente (Denina, Rev. d' Italia, l. V, c. 1)—M.

(142) Verumque confitentibus, latifundia perdidere Italiam. Plin., Hist. Natur., XVIII, 7.

(143) Tales son los motivos de consuelo, ó bien de paciencia, que Ciceron (ad Familiares, lib. IX, Epíst. 17) sujirió á su amigo Papirio Peto, bajo el despotismo militar de César. Con todo, el argumento de « vivere pulcherrimum duxi, » es mas bien dirijido al filósofo romano, que poseia la libre alternativa de vida ó muerte.

(d) Compárese, sobre la desolacion y cambio de propiedad en Italia, Manso, Geschichte des Ost-Gothischen Reiches, part. II, p. 73, y siguientes. —M.

CAPITULO XXXVII.

Oríjen, progresos y efectos de la vida monástica. —Conversion de los bárbaros al Cristianismo y al arrianismo.— Persecucion de los Vándalos en Africa. — Estincion del arrianismo entre los bárbaros.

El enlace imprescindible de los negocios civiles con los eclesiásticos me ha precisado á referir los progresos, las persecuciones, el establecimiento, las desavenencias, el triunfo terminante y el estragamiento sucesivo del Cristianismo. He retardado muy de intento la consideracion de dos acontecimientos relijiosos, interesantes para el estudio de la naturaleza humana, y de importancia en la decadencia y ruina del imperio romano. I. La institucion de la vida monástica (1). II. La conversion de los bárbaros septentrionales.

I. La prosperidad y la paz introdujeron la distincion entre los *Cristianos vulgares* y los *Ascéticos* (2). La práctica desahogada é imperfecta de la relijion aquietaba la conciencia de la muchedumbre. El príncipe ó el majistrado, el militar ó el traficante, hermanaban su fervoroso esmero y fe implícita con el ejercicio de su profesion, el afan de sus intereses y el desenfreno de sus pasiones; pero los ascéticos, que obedecian y estremaban la entereza de los preceptos evanjélicos, procedian á impulsos de aquel entusiasmo salvaje que conceptúa al hombre como reo, y á Dios como tirano; orillaban formalmente los negocios y recreos del siglo; se desapropiaban del uso del vino, de la carne y del matrimonio; maceraban su cuerpo, quebrantaban sus propensiones, y abrazaban una vida de escasez y desamparo, por granjearse la bienaventuranza sempiterna. Huyeron los ascéticos, en el reinado de Constantino, de un mundo profano y estragado, á soledad perpetua ó sociedad relijiosa. Al par de los Cristianos primeros de Jerusalen (3) (*a*), se desapropiaban de sus haberes temporales, plantearon comunidades arregladas del mismo sexo y en iguales términos, y se fueron apellidando *Ermitaños*, *Monjes* y *Anacoretas*, significando su retiro solitario por desiertos naturales ó artificiales. Granjeáronse luego los miramientos de un mundo que despreciaban y que entonaba loores á aquella filosofía sobrehumana (4), que sin ciencias ni raciocinio descollaba sobre las escelencias tan estudiadas de las escuelas griegas. Podian con efecto competir los monjes con los estoicos en su menosprecio de riquezas, quebrantos y muerte: su réji–

men servil imponia silencio y rendimiento pitagórico, y orillaban tan denodadamente como los mismos Cínicos la formalidad y el decoro de la sociedad civil. Pero los amantes de tan divina filosofía aspiraban al remedio de otro dechado mas cabal y mas escelso. Fueron siguiendo las huellas de los profetas que se habian engolfado por los yermos (5), restableciendo la vida devota y contemplativa, planteada en Palestina y Ejipto por los Esenios. Tendió Plinio su vista filosófica por un pueblo solitario que moraba entre palmeras cerca del mar Muerto; vivia sin moneda, y se propagaba sin mujeres, acudiendo asociados voluntarios que se disgustaban y arrepentian de sus devaneos mundanos (6).

El Ejipto, solar fecundo de supersticiones, dió á luz el primer ejemplo de la vida monástica. Antonio (7), mozo idiota (8) de la Tebaida Inferior, repartió su patrimonio (9), desamparó su familia y casa paterna, y ejecutó la penitencia monástica con arrojado y sin par fanatismo. Tras largo y angustioso noviciado entre sepulcros y alguna torre arruinada, se engolfó valerosamente por el desierto hasta tres dias al oriente del Nilo; descubrió un paraje solitario con la ventaja de sombras y agua, y por fin planteó su residencia en el monte Colzim, cerca del mar Rojo, donde un monasterio antiguo conserva todavía el nombre y la memoria del santo (10). La devocion desalada de los Cristianos lo fué siguiendo por el desierto, y cuando tuvo que asomar en Alejandría á presencia de las jentes, supo sostener su nombradía con tino y dignidad. Mereció la intimidad de Atanasio, cuya doctrina celebraba, y el campesino ejipcio se desentendió muy atentamente de un llamamiento del emperador Constantino. El patriarca venerable (pues Antonio llegó á la edad de ciento y cinco años) (A. 251—356) contempló la dilatada prole que habia formado con su ejemplo y sus lecciones. Las colonias multiplicadoras de los monjes fueron creciendo prontísimamente por los arenales de la Libia, sobre los peñascos de la Tebaida y en las ciudades del Nilo. Al sur de Alejandría, las montañas y el desierto contiguo de Nitria estaban poblados con cinco mil anacoretas; y el viajero puede todavía ver los escombros de cincuenta monasterios, planteados en aquella aridez por los alumnos de Antonio (11). En la Tebaida Superior, acudió Pacomio, con mil y cuatrocientos hermanos, á posesionarse de la isla despoblada de Tabena (12). Aquel santo abad fué sucesivamente fundando hasta nueve monasterios de hombres, y uno de mujeres; y la festividad de la Pascua reunia á veces cincuenta mil relijiosos que seguian la regla *anjelical* de la *disciplina* (13). La ciudad magnífica y populosa de Oxirinco, el solar del Cristianismo ortodojo, dedicó templos, edificios públicos y aun murallas á objetos piadosos y caritativos; y el obispo, árbitro de predicar en doce iglesias, regulaba en diez mil las hembras y veinte mil los varones de la profesion monástica (14). Los Ejipcios, blasonando de revo-

lucion tan asombrosa, esperanzaban y creian que el número de los monjes igualaba á lo restante del vecindario (15), y pudiera la posteridad repetir el dicho aplicado en lo antiguo á los animales sagrados del mismo pais; á saber, que en Ejipto era mas obvio el tropezar con un dios que con un hombre.

Introdujo Atanasio en Roma el conocimiento y la práctica de la vida monástica, y abrieron escuela de esta nueva filosofía los alumnos de Antonio, acompañantes de su primado hasta los sagrados umbrales del Vaticano (A. 341). La traza estraña y montaraz de aquellos Ejipcios horrorizó y se miró al pronto con asco, que paró luego en aplauso y ansioso remedo. Trasformaron los senadores, y con especialidad las matronas, sus palacios y quintas en casas relijiosas, y el estrecho instituto de *seis* Vestales quedó arrinconado con los varios monasterios, planteados sobre los escombros de templos antiguos, aun en medio del Foro Romano (16). Enardecido con el ejemplo de Antonio, un mancebo siríaco, llamado Hilarion (17), planteó su pavorosa morada en un arrecife arenoso entre el mar y un pantano, como á dos leguas de Gaza (A. 328). La penitencia austera á que se sujetó por espacio de cuarenta y ocho años fué propagando aquel entusiasmo; y el santo varon llegó á encabezar una comitiva de dos ó tres mil anacoretas al ir visitando los monasterios innumerables de la Palestina. Inmortal es en la historia monástica del Oriente la nombradía de Basilio (18). Embebido en la literatura y elocuencia de Aténas, ambicioso hasta desestimar el obispado de Cesarea, retiróse Basilio á las malezas solitarias del Ponto, y se avino por algun tiempo á lejislar por las colonias espirituales que fué derramando á manos llenas en la costa del mar Negro. Por el Occidente, Martin de Turs, soldado, ermitaño, obispo y santo (19), planteó los monasterios de la Galia; dos mil discípulos lo acompañaron hasta el sepulcro (A. 370), y su historiador elocuente está retando á los desiertos de la Tebaida para que presenten, aun en climas mas favorables, un campeon de virtudes tan esclarecidas. Fueron los progresos de los monjes tan rápidos y universales como los del mismo ámbito del Cristianismo. Cada provincia, y luego cada ciudad del imperio, estaba hirviendo con su muchedumbre, y aun las islas áridas y pedregosas, desde Lerinos á Lípari, que despuntan sobre el mar de Toscana, solian escojerse por los anacoretas para solar de su destierro. Comunicacion obvia é incesante enlazaba las provincias del orbe romano, y la vida de Hilarion demuestra la suma facilidad con que un ermitaño menesteroso de Palestina podia atravesar el Ejipto, embarcarse para Sicilia, aportar en Epiro, y por fin establecerse en la isla de Chipre (20). Abrazaron los cristianos latinos las instituciones relijiosas de Roma. Los peregrinos, visitantes de Jerusalen, imitaban desaladamente, en las rejiones mas remotas de la tierra, el dechado fiel de la vida mo-

nástica. Fuéronse los alumnos de Antonio derramando por mas allá del trópico hasta el imperio cristiano de Etiopia (21). El monasterio de Bancor (22), en el condado de Flint, que contenia mas de dos mil hermanos, lanzó una colonia crecida entre los bárbaros de Irlanda (23); y luego Yana, una de las Hébridas, plantada por los monjes irlandeses, bañó con algun escaso destello de ciencia y de superstición las rejiones septentrionales (24).

La índole lóbrega é implacable de la credulidad impelia á estos desterrados de la vida social. Sosteníase mutuamente su teson al arrimo de los millones de ambos sexos, de toda edad y jerarquía; y todo novicio que atravesaba el umbral de un monasterio se persuadia de que estaba hollando el sendero escabroso de la bienaventuranza eterna (25). Mas estos móviles variaban de rumbo ú de eficacia segun el temple y situacion de los secuaces. Cabia que la razon predominase la pasion y enfrenase los ímpetus particulares; pero encarnaban mas en los pechos ternezuelos de niños y de mujeres; se robustecian con los remordimientos ó con desventuras casuales, influyendo tambien las consideraciones temporales de interés ó de vanagloria. Se dejaba suponer que los monjes timoratos, desprendidos ya del mundo para vincularse en el afan de su salvacion, eran los mas á propósito para el réjimen espiritual de los Cristianos. El ermitaño desabrido tenia que desamparar su celdilla, y sentarse al eco de los vivas del pueblo en el solio episcopal; iban los monasterios de Ejipto, Galia y Oriente surtiendo de competente refuerzo de santos y obispos, y luego la ambicion vino á desemboscar el sendero recóndito para encumbrarse á los blasones y la opulencia (26). Los monjes bienquistos, cuyo concepto iba enlazado con la nombradía y preponderancia de su órden, se esmeraban en aumentar el número de los demás cautivos; entrometíanse por las familias principales, y se acudia á la lisonja y á las arterías del embeleso para afianzar alumnos acarreadores de haberes y de señorío á la profesion monástica. Airábase dolorosamente el padre por el malogro de un hijo único (27); la muchacha candorosa se descarriaba por vanagloria del rumbo de la naturaleza, y aspiraba la matrona á perfecciones soñadas desapropiándose de las virtudes de la vida doméstica. Rindióse Paula á la persuasiva de Jerónimo (28), y el dictado profano de suegra de Dios (29) recabó de aquella viuda esclarecida el consagrarle la virjinidad de su hija Eustoquia. Por el dictámen y en compañía de su guia espiritual, desamparó Paula en Roma á su hijo tierno, se retiró á la santa aldea de Belen, fundó un hospital y cuatro monasterios, y con sus limosnas y penitencia se granjeó un encumbrado predicamento en la iglesia católica. Penitentes tan sumos y esclarecidos eran la norma y merecian los timbres del siglo; mas rebosaban los monasterios de catervas de plebeyos rastreros y desconocidos (30) que aventajaban en el

claustro mucho mas de lo que habian sacrificado en el mundo. Campesinos, esclavos y artesanos lograban descollar sobre sus escaceses y su menosprecio en profesion segura y honorífica, cuyas penalidades aparentes se mitigaban con la costumbre, la aceptacion popular y la relajacion interior del instituto (31). Los súbditos del imperio sobre cuyas personas y haberes recaian impuestos descompasados se retraian de los apremios del gobierno imperial, y la juventud cobarde anteponia las penitencias de la vida monástica á los peligros de la carrera militar. El vecindario despavorido, que sin escepcion de clases iba huyendo de los bárbaros, hallaba su albergue y mantenimiento; empozábanse lejiones enteras en aquellos santuarios, y la misma causa que remediaba el desamparo de los individuos redundaba en quebranto y ruina del imperio (32).

La profesion monástica de los antiguos (33) venia á ser un mero acto de devocion voluntaria. El fanático inconstante quedaba amagado de la venganza eterna del Dios á quien desamparaba; mas estaban patentes á toda hora las puertas del monasterio para el arrepentido. Los monjes, cuya conciencia se robustecia con sus alcances ó sus pasiones, eran árbitros de recobrar su independencia de hombres y de ciudadanos; y aun las esposas de Cristo podian abrazarse legalmente con un amante terrenal (34). Escandalizaron los ejemplares, aumentó la supersticion y se acudió á lazos mas violentos. Tras un ensayo cabal se afianzaba la permanencia del novicio con votos solemnes y perpetuos, y su comprometimiento inviolable quedaba revalidado por las leyes de la iglesia y del estado. El reo fujitivo se veia arrestado por la autoridad civil y repuesto en su encierro perpetuo, y aquella intervencion arrollaba la independencia y los merecimientos que solian aliviar algun tanto la esclavitud rendida de la vida monástica (35); pero de antemano pautadas estaban las acciones, palabras, y aun pensamientos (36) de un monje, si no alteraba el órden algun superior caprichoso. Afrenta ó encierro castigaban las culpas mas leves; recargando á veces ayunos y azotes sangrientos; mas la desobediencia, el murmullo y la demora entraban en la clase de los pecados horrendos (37). Rendimiento ciego á las órdenes del abad, si bien desatinadas y aun criminales al parecer, era el principio dominante, la virtud fundamental de los monjes ejipcios, ejercitándolos de continuo al sufrimiento con ensayos descabellados. Mandábaseles desviar un peñasco descomunal; regar de continuo un recinto árido, ú bien un varapalo seco plantado en él para que al fin de tres años brotase y floreciese como un árbol: pasearse por dentro de un horno encendido, arrojar un niño propio á un estanque profundo; y varios santos, ó locos, se han inmortalizado en la historia monástica por su obediencia insensata é inalterable (38). Aherrojábase el entendimiento con la práctica de tanta credulidad y abatimiento; y el monje, habituándose á los achaques de la

servidumbre, se atenia rendidamente á la fe y á los impulsos de su tirano eclesiástico. Alteraron la paz de la iglesia oriental enjambres de fanáticos ajenos de toda zozobra, raciocinio y humanidad; y confesaban sin rubor las tropas imperiales que los temian mas que á las gavillas de los bárbaros (39).

Ha ido la supersticion ideando y como consagrando los trajes harto estrambóticos de los monjes (40); mas su estrañeza aparente dimana á veces de su apego uniforme á cierto patron sencillo y primitivo, que las vicisitudes de la moda han venido ya á ridiculizar para la vista de las jentes. El patriarca de los Benedictinos se desentiende espresamente de toda eleccion ó realce, y encarga cuerdamente á sus discípulos que se conformen con el traje tosco y adecuado de los paises que habiten (41). Variaban los hábitos antiguos de los monjes con el clima y el jénero de vida, y cargaban con la misma indiferencia con el pellico de los campesinos ejipcios, que con el manto de los filósofos griegos. Aveníanse al uso del lino en Ejipto, jénero allí barato y casero; pero en el Occidente no les cabia un renglon tan costoso de industria estranjera (42). Solian los monjes cortarse ó raparse el pelo, se encogullaban la cabeza para evitar los objetos profanos; andaban descalzos de pié y pierna, escepto en la crudeza del invierno, é iban sosteniendo sus pasos endebles y pausados con un bordon. Horrenda y asquerosa era la traza de un castizo anacoreta; pues toda sensacion repugnante al hombre se supone halagüeña para la divinidad; y la regla anjelical de Tabena vedaba el baño de agua y las unturas de aceite (43) (*b*). El monje austero dormia en el suelo, sobre una estera tosca ó una manta burda, y el mismo brazado de hojarasca de palmera le servia de asiento de dia y de almohada por la noche. Sus celdas primitivas eran chocillas bajas y angostas de cualesquiera materiales, que iban formando una aldea crecida y populosa con calles alineadas, que abarcaban en su recinto una iglesia, un hospital, acaso una librería, algunas oficinas indispensables, un huerto y una fuente ó estanque de agua fresca. Treinta ó cuarenta hermanos componian una familia de disciplina y comida diversa, y los grandes monasterios de Ejipto constaban de treinta ó cuarenta familias. Deleite y pecado son voces sinónimas en boca de monjes; y habian ido descubriendo con la esperiencia que ayunos rigurosos y abstinencias perpetuas eran los preservativos mas eficaces contra los deseos impuros de la carne (44). Sus reglas estrechísimas no eran iguales é invariables; contraponíase la funcion placentera de Pentecostes á la mortificacion estremada de la cuaresma; fué amainando el fervor en los monasterios nuevos, y no cabia en el apetito voraz de un Galo el avenirse á la templanza y sufrimiento de un Ejipcio (45). Satisfacíanse los alumnos de Antonio y Pacomio con la racion diaria (46) de doce onzas de pan, ó mas bien galleta (47), repartida

en dos refacciones frugales del medio dia y de la tarde. Conceptuábase mérito, y casi instituto, la abstinencia de vejetales hervidos que aprontaba el refectorio; pero la dignacion del prelado les franqueaba á veces el lujo del queso, frutas, ensaladas y pescadillo seco del Nilo (48). Fuése luego ensanchando por grados la franquicia de pescado de mar ó de rio, pero el uso de la carne se vinculó por mucho tiempo en los enfermos y viandantes, y cuando vino á prevalecer en los monasterios mas desahogados, medió luego una separacion harto estraña, como si las aves domésticas ó salvajes fuesen menos profanas que los cuadrúpedos del campo. Agua cristalina é inocente era la única bebida de los monjes primitivos; y el fundador de los Benedictinos se lamenta de la racion diaria de media azumbre de vino, de que vino á desprenderse por las demasías del siglo (49). El viñedo de Italia fácilmente aprontaba esta porcion, y sus discípulos victoriosos que atravesaron los Alpes, el Rin y el Báltico necesitaban en compensacion del vino su competente suministro de cerveza ó de sidra.

Todo aspirante á la escelencia de la pobreza evanjélica se desapropiaba, al asomar á los umbrales de una comunidad, hasta del pensamiento y del nombre de toda posesion esclusiva (50). Sustentábanse los hermanos con su trabajo diario; y se recomendaba este instituto como penitencia, como ejercicio y como medio laudable para proporcionarse el mantenimiento diario (51). El huerto y los campos que el afan de los monjes solian rescatar de la maleza ó el pantano se cultivaban esmeradamente con sus manos. Se allanaban sin reparo á oficios rastreros de esclavos ó de sirvientes, y en el recinto de los grandes monasterios se hallaban los talleres de cuantas artes se requerian para proporcionarse ropas, utensilios y albergue. Propendian por lo mas los estudios monásticos á condensar y no á despejar la lobreguez de la supersticion; pero el afan ó la relijiosidad de algunos solitarios estudiosos cultivó las ciencias eclesiásticas y aun las profanas; y la posteridad tiene que reconocer agradecida que los monumentos de la literatura griega y latina se han preservado y engrandecido con sus plumas infatigables (52); pero la industria mas llana de los monjes, con especialidad en Ejipto, venia á reducirse á la tarea sedentaria y silenciosa de labrar sandalias ó almadreñas y trenzar la hoja de palmera para esteras ó cestos. El abasto sobrante acudia con su tráfico á las demás urjencias de la comunidad; las barquillas de Tebena y otros monasterios de la Tebaida bajaban por el Nilo hasta Alejandría, y en mercados cristianos la santidad de los obreros podia encarecer el artefacto.

Fué luego urjiendo menos la necesidad del trabajo manual, pues el novicio franqueaba sus haberes á los venerables entre quienes iba á pasar lo restante de la vida, y el ensanche pernicioso de la ley le consentia ad-

mitir para su propio uso cuantas mandas ó herencias iba adquiriendo (53). Entregó Melania sus alhajas de trescientas libras de plata, y Paula se empeñó en sumas exorbitantes por sus monjes predilectos, quienes acudian dilijentes con los merecimientos de sus plegarias y su penitencia á una pecadora rica y dadivosa (54). Iba el tiempo acrecentando los estados de los monasterios mas bienquistos, y así se estendieron por las ciudades y sus cercanías, y desde el primer siglo de su institucion, el infiel Zósimo advierte que los monjes cristianos habian, en beneficio de los menesterosos, reducido gran parte del jénero humano á la mendiguez (55). Mientras conservaron su fervor primitivo, se acreditaron de ecónomos fieles y benévolos de la caridad que se habia encargado á su desempeño. Mas los estragó la prosperidad, se fueron ensoberbeciendo con la riqueza, y desbarraron por gastos lujosos. Su boato público pudiera abonarse por el señorío del culto relijioso, y por el motivo decoroso de asegurar mansion duradera á una sociedad inmortal; mas todos los siglos de la iglesia han ido tildando el desenfreno y bastardía de los monjes, pues trascordado ya el objeto de su instituto, se encenagaron en los devaneos y sensualidades mundanas de que se habian alejado (56), y abusaron de las riquezas granjeadas con las virtudes austeras de sus fundadores (57). Su apeamiento natural de aquella encumbrada y costosísima perfeccion á la liviandad humana quizás no enjendrará ni enojo ni pesar en el pecho de un filósofo.

Consumábase la vida de los monjes primitivos en soledades y penitencias, prescindiendo de cuantos afanes llenan el tiempo y ejercitan las potencias de la racionalidad. Si se les franqueaba la puerta, llevaban en atalayas mutuas dos compañeros que se acechaban á toda hora los pasos, y á su regreso se les precisaba á olvidar ó á lo menos callar cuanto habian visto ú oido en el mundo. Agasajábase en la hospedería á todo estraño de profesion católica; mas su conversacion peligrosa se ceñia á los mas provectos en edad, discrecion y honradez. El esclavo monástico tan solo con este resguardo podia admitir visitas de amigos ó parientes, y se reputaba meritorio su despego y aun desvio de palabra ú obra de una hermana cariñosa ó de un padre anciano (58). Pasaban su vida los monjes sin intimidad personal, revueltos en una caterva que se habia juntado por acaso, y permanecia encarcelada por preocupacion ó por fuerza. Pocas son las ideas ó conceptos que los fanáticos tienen que comunicarse. El abad pautaba con permiso particular el punto y el rato de sus visitas familiares; y en sus comidas silenciosas, encapuchados todos, aparecian inaccesibles, ó mas bien invisibles unos á otros (59). Es el estudio el recurso de la soledad; mas no habia la educacion labrado y enardecido para tareas cultas á un artesano ó á un campesino que venian á componer las comunidades monásticas. Podian trabajar, pero la vani-

dad de su perfeccion espiritual solia esquivar el ejercicio del trabajo manual; y se apoca y desmaya toda industria sin el estímulo del interés personal.

Segun su fe y devocion podian emplear el dia, mientras lo pasaban en sus celdas en plegarias vocales ó mentales; juntábanse al anochecer, y se les dispertaba á deshora para el culto público del monasterio. Las estrellas, siempre centellantes por el cielo despejado del Ejipto, señalaban la hora, y un cuerno tosco, ó bien un clarin, al toque de la devocion, interrumpia por dos veces los callados ámbitos del desierto (60). Tasado estaba por ápices hasta el sueño, último refujio de los desventurados. Desplomábanse pesadísimamente las horas vacantes del monje, sin quehacer y sin recreo; y antes del anochecer tenia repetidamente tachada la pausa angustiosa del sol (61). En medio de aquel desconsuelo sobrevenia aun la superticion acosadora para atenacear á sus amantes (62). Acudia el tardío arrepentimiento á defraudarle del sosiego que habia ido á buscar en un claustro, con dudas mundanas y anhelos criminales; y al conceptuar todo impulso natural como pecado irremisible, estaba trémulo asomado á la orilla de un volcan insondable. Aquella lucha desesperada solia tener por paradero el desvarío ó la muerte; y se fundó en el siglo sexto un hospital en Jerusalen para cierto número de penitentes austeros que venian á perder el juicio (63), y cuyas visiones, antes de llegar á tan sumo trance, han surtido la historia sobrenatural con crecidos materiales. Vivian íntimamente persuadidos de que el ambiente de su respiracion estaba cuajado de enemigos invisibles, de espíritus innumerables puestos en acecho para luego apersonarse bajo cualquiera forma para aterrar, y ante todo descaminar su virtud desprevenida. Las ilusiones de un fanatismo arrebatado desencajaban sentidos y potencias; y el ermitaño, cuya plegaria á deshora tenia que rendirse á un adormecimiento involuntario, debia á un mismo tiempo horrorizarse y complacerse con que le habian estado hostigando en vela y en sueños (64).

Dividíanse los monjes en dos clases, los *cenobitas*, moradores en comunidad bajo una disciplina pautada é invariable; y los *anacoretas*, que allá se engolfaban en su fanatismo insocial é independiente (65). Los hermanos mas devotos ó mas ambiciosos desamparaban el convento y se despedian del mundo; los monasterios fervorosos del Ejipto, Palestina y Siria estaban comprendidos en una *Laura* (66), cerco dilatado de celdillas solitarias; y las penitencias disparatadas de los ermitaños se estimulaban con el aplauso y la competencia (67). Aplanábanse abrumados con el peso angustioso de cruces y cadenas; y sus miembros descarnados se encajonaban en argollas, cerquillos, manoplas y botines de hierro y bronce macizo. Echaban allá lejos de sí todo estorbo superfluo de ropa, y merecieron sumo lauro algunos santos bravíos de ambos sexos cuya desnudez no llevaba mas cubierta que su larguísima cabellera. Aspiraban á reducirse al

estado lastimoso en que un bruto humano viene á equivocarse con los demás irracionales ; y una secta crecida de anacoretas derivaba su nombre de la maña humilde de andar pastando las praderas de Mesopotamia al par de su compañera grey (68). Solian desalojar de sus cuevas á las fieras que ansiaban remedar, empozándose allá en la lobreguez que el arte ó la naturaleza habian escavado en los peñascos; y en las canteras de mármol de la Tebaida se hallan aun estampados los monumentos de sus penitencias (69). Se da por sentado que los ermitaños mas cabales pasaban dias y dias en ayunas, largas noches en vela y años enteros sin hablar, y mostrábase ufanísimo el *hombre* (abusando estoy de tal dictado) que ideaba su celdilla ó sitio de construccion peculiar, que lo espusiera en postura incómoda á todo jénero de intemperies.

Descuella inmortalizada, entre tantos héroes de la vida monástica, la nombradía de Simeon Estilita (70), con su invencion particular de una penitencia aerea. Desampara el mancebo siríaco á los trece años su profesion de pastor y se empoza en un riguroso monasterio. Tras largo y trabajoso noviciado, en que se le rescata repetidas veces de su devoto suicidio, plantea su residencia en una cumbre, á diez ó doce leguas al oriente de Antioquía. En el recinto de un peñascal, al que se habia amarrado con pesadísima cadena, se encarama sobre una columna alzada sucesivamente á la altura de nueve hasta sesenta piés de su asiento (71). En este postrero y encumbrado sitio, resiste el esforzado anacoreta el ardor de treinta estíos y el hielo de otros tantos inviernos. La costumbre y el ejercicio le habilitaban á mantenerse en tan arriesgada posicion sin zozobra ni vahidos, y á ir variando sus posturas mas ó menos estrañas y devotas. Ya oraba erguido y brazi-abierto en figura de cruz ; ya solia doblegar su acartonado esqueleto desde la frente á los piés ; y un espectador curioso, despues de contar mil doscientas cuarenta y cuatro repeticiones, se aburre y desiste de tan interminable numeracion. Encónasele una úlcera en el muslo (72), y le acorta, mas no altera, su *celeste* vida ; y así el sufridísimo esmitaño espira sin apearse de su encumbramiento. Todo príncipe que por antojo impusiera tamaños tormentos se acreditaria de tirano; mas no habia de alcanzar su tiranía á dilatar con la existencia de sus víctimas indefensas tan rematadas crueldades. Este martirio voluntario iba por grados embotando y destruyendo la sensibilidad de cuerpo y alma; ni cabe suponer que fanáticos tan desaforados contra sí mismos adolezcan del menor afecto para con el prójimo. Indole cruel y empedernida fué distintivo de monjes en todas edades y paises ; su adusta indiferencia, que por maravilla se ablanda con amistades personales, se fortalece con los enconos relijiosos, y su fervor implacable ha acudido siempre eficazmente á las santas ejecuciones de la Inquisicion.

Los santos monásticos, que tan solo mueven á lástima y desprecio á los

filósofos, vivian acatados, y casi adorados del príncipe y el pueblo. Catervas incesantes de peregrinos de la Galia y de la India acudian á saludar el divino pilar de Simeon; las tribus de los Sarracenos peleaban por el logro de sus bendiciones; las reinas de Persia y Arabia confesaban agradecidas su virtud sobrenatural; y el ermitaño anjelical sirvió de consultor al menor Teodosio en los trances mas arduos de la iglesia y del estado. Trasportáronse sus restos de la montaña de Telénisa en solemne procesion del patriarca, del maestre-jeneral del Oriente, seis obispos, veinte y dos condes ó tribunos y seis mil soldados; y Antioquía estuvo reverenciando su osamenta como su mas glorioso realce y resguardo. Los anacoretas recientes y populares iban arrollando la nombradía de los apóstoles y los mártires; postrábase el orbe cristiano ante sus sagrarios, y los milagros atribuidos á sus reliquias sobrepujaban, á lo menos en número y subsistencia, á las proezas espirituales de sus vidas. Mas la credulidad interesada de sus hermanos solia engalanar la leyenda dorada de aquellas vidas (75); y el siglo supersticioso se persuadia desde luego de que el antojo mas frívolo de un monje siríaco ú ejipcio alcanzaba á torcer las leyes sempiternas de la naturaleza. Los validos del cielo solian curar achaques arrancados con un leve toque, una palabrilla ó un recado lejano, y lanzar los demonios mas tercos de las almas ó los cuerpos que estaban atormentando. Se acercaban ó imperaban soberanamente á los leones del desierto; infundian pujanza y retoños á los troncos mas áridos; suspendian el hierro á la haz del agua; atravesaban el Nilo cabalgando un cocodrilo, y tomaban refresco en una calera. Estas patrañas disparatadas, que están manifestando la ficcion, sin el númen de la poesía, han trascendido formalmente hasta la racionalidad, la fe y la moralidad de los Cristianos. Su creencia estragó y avillanó las potencias, destroncó el testimonio de la historia, y aquellas tinieblas apagaron la contrapuesta luz de la ciencia y de la filosofía. Cuantos jéneros de cultos practicaron los santos, cuantas doctrinas misteriosas creyeron, se robustecian y revalidaban con la revelacion divina; y el reinado servil y apocado de los claustrales avasalló toda virtud varonil. Si cabe medir el intervalo que media desde los escritos filosóficos de Ciceron hasta la leyenda sagrada de Teodoreto, desde la índole de Caton hasta la de Simeon Estilita, nos enterarémos de la revolucion memorable que se redondeó en el imperio romano en el plazo de quinientos años.

II. Dos victorias gloriosas y decisivas vinieron á señalar los progresos del Cristianismo; una sobre los ciudadanos instruidos y lujosos del imperio romano, y otra sobre los bárbaros belicosos de Escitia y Jermania, que derribaron el gobierno y abrazaron la relijion de los Romanos. Encabezaron los Godos la serie de los alumnos montaraces; y la nacion debió su conversion á un patricio ú á lo menos á un súbdito digno de colo-

carse entre los inventores de las artes útiles; y como tales se hicieron acreedores al recuerdo y agradecimiento de la posteridad. Crecido número de provinciales romanos, llevados en cautiverio por las gavillas godas que asolaron el Asia en tiempo de Galieno, eran cristianos, y varios de ellos eclesiásticos. Aquellos misioneros involuntarios, repartidos como esclavos por las aldeas de la Galia, se fueron sucesivamente afanando por la salvacion de sus dueños. Las semillas que derramaron de doctrinas evanjélicas se fueron propagando; y en menos de un siglo la empresa piadosa quedó consumada con el ahinco de Ulfilas, cuyos antepasados de un pueblecito de Capadocia habian ido á parar allende el Danubio.

Ulfilas, obispo y apóstol de los Godos (74), se granjeó su cariño y respeto por su vida irreprensible y fervor; y recibieron con sincera confianza las doctrinas de virtud y certeza que les predicaba con obras y palabras (A. 360 etc.). Desempeñó la empresa muy ardua de traducir la Escritura en su lengua nativa, dialecto del idioma jermánico ú teutónico; mas cercenó cuerdamente los cuatro libros de los Reyes, como espuestos á enconar mas y mas el ánimo bravío y sanguinario de los bárbaros. El lenguaje tosco y escaso de soldados y vaqueros, tan impropio para espresar conceptos intelectuales, se mejoró y entonó con su talento; y Ulfilas, antes que arreglar su version, tuvo que componer un alfabeto nuevo de veinte y cuatro letras *(c)*, inventando hasta cuatro para significar los sonidos especiales desconocidos en la pronunciacion griega y latina (75). Mas aquella prosperidad de la iglesia goda adoleció luego de discordias y guerras, y andaban sus caudillos tan desavenidos en relijion como en intereses. Fritijerno, afecto á los Romanos, paró en alumno de Ulfilas, al paso que la altanería de Atanarico esquivaba el yugo del imperio y del Evanjelio. Se acrisoló la fe de los recienconvertidos con la persecucion que se acarreó muy en breve. Un carruaje portador de la imájen contrahecha de Tor, quizás, ó de Woden, se fué paseando en solemne procesion por las calles del campamento; y los rebeldes que se negaron á adorar al Dios de sus padres fueron inmediatamente abrasados con sus tiendas y familias. Apreciaba la corte oriental á Ulfilas por su índole, habiéndole dos veces recibido como ministro de paz; abogó por los angustiados Godos que imploraban el amparo de Valente, y apellidóse *Moisés* al guia espiritual que condujo á su pueblo por las aguas profundas del Danubio á la tierra de Promision (76). Los vaqueros devotos, adictos á su persona y dóciles á su voz, se avinieron á su establecimiento á la falda de las montañas Mésicas, en territorio arbolado y adehesado que alimentaba sus rebaños, y les proporcionaba el granjearse el trigo y el vino de provincias mas productivas. Fueron estos bárbaros inocentes multiplicando, arrinconados y pacíficos, en la profesion del Cristianismo (77).

Sus hermanos bravíos, los formidables Visigodos, se avinieron jeneral-

mente á la relijion de los Romanos, con quienes vivian en roce incesante de guerra, de amistad ó de conquista. En su marcha dilatada y victoriosa desde el Danubio hasta el Océano Atlántico, fueron convirtiendo á sus aliados; educaban la jeneracion viniente; y la devocion reinante en el campamento de Alarico ú en la corte de Tolosa podia edificar ó afrentar los palacios de Roma ó de Constantinopla (78). Cristianos eran ya casi todos los bárbaros por aquella época, establecedores de sus reinos sobre los escombros del imperio occidental; los Borgoñones en la Galia, los Suevos en España, las Vándalos en Africa, los Ostrogodos en Panonia, y las varias gavillas de mercenarios que entronizaron á Odoacro en Italia. Perseveraban todavía los Francos y Sajones en los errores del paganismo; mas lograron los Francos la monarquía de la Galia por su rendimiento al ejemplo de Clodoveo; los misioneros de Roma desengañaron á los Sajones, conquistadores de Bretaña, de su irracional superesticion; y aquellos bárbaros convertidos echaron el resto acertadamente en la propagacion de la fe. Los reyes merovinjios y sus sucesores, Carlomagno y los Otones, fueron estendiendo con sus leyes y victorias el dominio de la cruz. Produjo la Inglaterra al apóstol de Jermania, y la luz del Evanjelio fué difundiéndose por grados desde las cercanías del Rin á las naciones del Elba, el Vístula y el Báltico (79).

No cabe deslindar por puntos las causas diversas de racionalidad ó de violencia que vinieron á prevalecer en los bárbaros convertidos. Solian aquellas ser accidentales y caprichosas; un sueño, un milagro, un agüero, el ejemplo de algun sacerdote ó héroe, el embeleso de una mujer crédula, y ante todo el resultado venturoso de una plegaria ó votos encaminados en algun trance al Dios de los Cristianos (80). Las preocupaciones tempranas de su crianza se fueron desgastando imperceptiblemente con el roce del trato familiar; las virtudes disparatadas de los monjes abrigaban los preceptos morales del Evanjelio, y con el arrimo patente de las reliquias y la pompa del culto, campeaba la teolojía espiritual. Mas cabia tambien la persuasiva que suministró un obispo sajon (81) á un santo popular para el uso de los misioneros afanados en la conversion de los infieles. « Admitamos, » dice el disputador perspicaz, « cuanto les acomode afirmar de la alcurnia fabulosa y carnal de sus dioses y diosas que se fueron enjendrando sucesivamente. Deduzcamos de este principio su naturaleza imperfecta, sus achaques humanos, la certeza de que *nacieron* y la probabilidad de que han de *morir* ¿En qué tiempo? ¿de qué causas? ¿por qué medios fueron producidos el dios primero y la primera diosa? ¿Siguen todavía propagando, ú cesaron ya de enjendrar? Si cesaron, que vengan los contrarios á manifestar los motivos de novedad tan estraña, y si continúan, irán creciendo los dioses hasta lo infinito; ¿y no cabe el adorar inadvertidamente alguna deidad desvalida, y el encelar á

la mas encumbrada? Tierra y cielo, tan visibles, y todo el sistema del universo que abarca el entendimiento, ¿ fué creado ú es eterno? Si creado, ¿ cómo y dónde podian morar los dioses antes de la creacion? Si eterno, ¿ cómo podian imperar un mundo anterior é independiente? Esforcemos estos argumentos con templanza y comedimiento; insinuemos á ratos la verdad y hermosura de la revelacion cristiana, y tratemos de avergonzar á los incrédulos sin destemplarlos.» Este raciocinio metafísico, harto acicalado tal vez para los bárbaros de Jermania, se solia robustecer con el empuje de la autoridad y del consentimiento popular. La prosperidad arrolladora habia desertado del partido pagano, y venia encabezando el Cristianismo. Los mismos Romanos, la nacion mas poderosa é ilustrada del globo, habia orillado su añeja supersticion; y si la ruina de su imperio estaba zahiriendo la eficacia de la nueva fe, el desaire quedaba desagraviado con la conversion de los Godos victoriosos. Los esforzados y venturosos bárbaros, avasalladores del Occidente, iban sucesivamente recibiendo y comunicando el ejemplar edificativo. Podian las naciones cristianas blasonar, antes del siglo de Carlomagno, de la posesion de climas templados, y de tierras fecundas y productivas de trigo, vino y aceite, mientras los idólatras montaraces y sus ídolos desvalidos yacian arrinconados en los estremos del globo, las rejiones lóbregas y heladas del norte (82).

Al patentizar el cristianismo las puertas del cielo á los bárbaros, causó una mutacion fundamental en su estado moral y político. Cúpoles al mismo tiempo el uso de las letras, de suyo tan importante en una relijion cuyas doctrinas están contenidas en un libro sagrado; y con la enseñanza de las verdades divinas, se fueron despejando sus entendimientos y abarcando la historia, la naturaleza, las artes y la sociedad. El traslado de las Escrituras á su idioma nativo, allanando su conversion, no pudo menos de mover en el clero la curiosidad de leer el texto orijinal, de imponerse en la liturjia sagrada de la iglesia y de estudiar por los escritos de los padres el eslabonamiento de la tradicion eclesiástica. Atesorábanse estos dones espirituales en el griego y en el latin, con los monumentos peregrinos de la literatura antigua. Los partos inmortales de Virjilio, Ciceron y Livio, que se estaban ya franqueando á los cristianos bárbaros, eslabonaban calladamente el reinado de Augusto con los tiempos de Clodoveo y Carlo-Magno. Estimulaba á los estudios la memoria de estados mas perfectos, y ardia reservadamente la antorcha de la ciencia para alumbrar y enardecer la edad madura del orbe occidental. En lo mas estragado del Cristianismo, cupo á los bárbaros el aprender la justicia de la *ley* y la conmiseracion del Evanjelio; y si el conocimiento de sus obligaciones no les bastaba para encaminar sus acciones ó enfrenar sus ímpetus, solia contenerles la conciencia y aun remorderles el arrepentimien-

to. Mas la autoridad directa de la relijion era menos eficaz que la sagrada igualdad que los hermanaba con los demás feligreses en intimidad espiritual. Aquellos impulsos afianzaban su fidelidad en el servicio ú la alianza de los Romanos, aliviaban los estragos de la guerra, moderaban los desacatos de las conquistas y conservaban en la ruina del imperio cierto respeto al nombre y á las instituciones de Roma. Allá en los dias del paganismo, reinaban los sacerdotes de la Galia ó la Jermania sobre el pueblo y coartaban la jurisdiccion de los majistrados; y luego los convertidos zelosos trasladaron aquella obediencia timorata para con los pontífices de la fe cristiana. Las posesiones temporales encarecian el carácter sagrado de los obispos; gozaban asiento honorífico en las asambleas lejislativas de la soldadesca y el vecindario, y les interesaba é incumbia el amansar por medio de consejos pacíficos la indomitez de los bárbaros. La correspondencia incesante del clero latino, las peregrinaciones frecuentes á Roma y á Jerusalen, y la autoridad en auje de los papas, robustecian la union de la república cristiana, y enjendraron por grados la semejanza en las costumbres y jurisprudencia comun, que ha diferenciado de los demás hombres á las naciones independientes, y aun desavenidas de la Europa moderna.

Pero el empuje de estas causas se atrasó con una novedad aciaga que envenenó mortalmente la copa de la Salvacion. Cualesquiera que fuesen los sentimientos primeros de Ulfilas, su enlace con el imperio y la iglesia sobrevino en el auje del arrianismo. Firmó el apóstol de los Godos el credo de Rímini; profesaba sin rebozo, y quizás sin doblez, que el Hijo no era igual ó consustancial con el Padre (83); pegó sus errores al clero y al pueblo y emponzoñó el orbe de los bárbaros con una herejía (84) que vedó y anonadó el gran Teodosio entre los Romanos. No cabian sutilezas metafísicas en el temple y alcances de los recien convertidos; mas conservaban con teson cuanto habian piadosamente admitido como doctrina ortodoja del Cristianismo. La ventaja de estar predicando y esponiendo la escritura en lengua teutónica favoreció los afanes apostólicos de Ulfilas y de su inmediato sucesor, y fué ordenando un número competente de obispos y presbíteros para la instruccion de las tribus emparentadas con las suyas. Ostrogodos, Borgoñones, Suevos y Vándalos, que habian dado oidos á la elocuencia del clero latino (85), antepusieron las lecciones mas perceptibles de sus maestros domésticos, y cundió el arrianismo á fuer de creencia nacional de los belicosos convertidos, aposentados ya sobre los escombros del imperio occidental. La desavenencia irreconciliable de relijion era manantial perene de zelos y de odio, y el vituperio de *bárbaro* se acibaraba con el apodo mortal de *hereje*. Los héroes del Norte, que con algun sinsabor se habian allanado á creer que todos sus antepasados yacian en los infiernos (86), se estremecian y airaban al saber que aun

ellos mismos solo habian mudado de rumbo para igualmente ir á parar allí mismo. En vez del aplauso halagüeño que los príncipes cristianos suelen esperar de sus leales prelados, los obispos ortodojos y el clero se mostraban opuestos á las cortes arrianas; y su indiscreta desavenencia solia parar en criminal, y podia á veces ser azarosa (87). El púlpito, motor sagrado y seguro de rebeliones, retumbaba con los nombres de Faraon y de Holofernes (88). La desazon pública se enardecia con la esperanza de cercano rescate en la gloria y prosperidad, y los santos mas sediciosos iban promoviendo el cumplimiento de sus propios anuncios. En medio de tanto descaro, los Católicos de España, Galia é Italia seguian disfrutando, bajo el reinado de los arrianos, el ejercicio libre y pacífico de su relijion. Sus dueños altaneros respetaban el fervor de un pueblo crecido, pronto á morir al pié de los altares, y aun los mismos bárbaros respetaban é imitaban el ejemplo de un teson tan devoto. Libertábanse sin embargo los conquistadores de la tacha ó manifestacion de medrosos, con atribuir su tolerancia á los principios jenerosos de cordura y humanidad, y al aparentar el lenguaje, se imbuian sin estudio en el temple del Cristianismo jenuino. Solia interrumpirse la paz de la iglesia por la indiscrecion de los Católicos y la fogosidad de los bárbaros; y los actos parciales de severidad é injusticia, tan recomendados por el clero arriano, se abultaban por los escritores ortodojos. Debe achacarse la demasía de la persecucion á Eurico, rey de los Visigodos, quien suspendió el ejercicio de las funciones eclesiásticas, ó á lo menos episcopales, y castigó á los obispos mas bienquistos de Aquitania con encarcelamiento y confiscacion (89); mas vinculóse en los Vándalos la empresa inhumana y desatinada de avasallar los ánimos de todo un pueblo. El mismo Jenserico desde su temprana mocedad habia orillado la comunion católica; y como apóstata, no podia otorgar ni merecer indulto candoroso (A. 429-477). Encrudecíase al esperimentar que los Africanos, ahuyentados por él en el campo de batalla, tuviesen la osadía de resistirle en los sínodos é iglesias; su pecho selvático no admitia ni zozobra ni conmiseracion, y así anduvo acosando á los súbditos católicos con leyes atropelladoras y castigos arbitrarios. Arrebatada y formidable era el habla de Jenserico; mas sabidos sus intentos, se sinceran las interpretaciones mas siniestras de sus procedimientos, achacándose á los ánimos las ejecuciones frecuentes que mancillaron el palacio y los dominios del tirano. Guerra y ambicion eran sin embargo los ímpetus dominantes del monarca de los mares; pero Hunerico, su hijo desaguerrido (A. 477), que al parecer solo heredó sus vicios, siguió aquejando á los Católicos con la misma saña empedernida, tan aciaga ya para su hermano, sus sobrinos y los amigos y privados de su padre, y aun para el patriarca arriano, quemado vivo inhumanamente en medio de Cartago. La guerra relijiosa fué precedida y

preparada por la asechanza de una tregua; hízose de la persecucion negocio de suma entidad y trascendencia para la corte vándala; y la dolencia asquerosa que atropelló la muerte de Hunerico desagravió á la iglesia sin contribuir á su desahogo. Ascendieron al solio de Africa sucesivamente los sobrinos de Hunerico, Gundemundo (A. 484), que vino á reinar doce años, y Trasimundo, que estuvo gobernando la nacion mas de veinte y siete. Hostilizaron todos á los Católicos, pues Gundemundo corria parejas en crueldad con su tio, si no le sobrepujaba; y si por fin amainó ú recojió á los obispos y restableció la franquicia del culto de Atanasio, su temprana muerte defraudó de las ventajas que proporcionara su clemencia tardía. Su hermano Trasimundo era el mas cabal de todos los reyes vándalos, aventajándoseles en jentileza, cordura y magnanimidad; pero ajaba tantísimas prendas (A. 496) su afan intolerante y su clemencia fementida. En vez de amenazas y tormentos, echaba el resto en halagos y finezas, galardonando la apostasía con riquezas y privanza. El católico que habia quebrantado las leyes compraba su indulto con renegar de su creencia; y al estar ideando una disposicion violenta, se mantenia comedidamente en acecho hasta que algun desliz de sus contrarios le ofreciese campo para sus intentos. La devocion fué su postrer sentimiento al morir, y juramentó al sucesor para que nunca tolerase á los secuaces de Atanasio; pero el sucesor Hilderico (A. 523), sucesor apacible del selvático Hunerico, antepuso los dictámenes de la humanidad y la justicia á la obligacion aerea de un juramento impío, y descollaron gloriosamente con su advenimiento la paz y el desahogo jeneral. Usurpó el trono de aquel virtuoso, pero apocado monarca su primo Jelimero (A. 530), arriano desaforado; mas antes que le cupiese el goce ó el abuso de su poder, las armas de Belisario dieron al través con el reino vándalo, y así el partido católico vino á quedar desagraviado de todos sus padecimientos (90).

Las declamaciones acaloradas de los católicos, historiadores únicos de aquella persecucion, no deslindan causas y acontecimientos ni ofrecen perspectiva despejada de personajes y de intentos; pero los pormenores notables y verosímiles pueden reducirse á los encabezamientos siguientes: I. En la ley orijinal que tenemos todavía (91), declara Hunerico, al parecer con esmerada individualidad, que copia fielmente las disposiciones penales de los edictos del imperio contra las congregaciones heréticas, contra el clero y el pueblo que discordase de la relijion establecida. Si los católicos se hicieran cargo de la equidad y la razon, tenian que afear su conducta anterior ó avenirse á sus padecimientos actuales; mas insistian siempre en negar la condescendencia que estaban reclamando. Mientras miraban trémulos el azote enarbolado, encarecian el rigor *laudable* del mismo Hunerico, quemador ó desterrador de un sinnúmero de *mani-*

queos (92); y se horrorizaban al asomo de un compromiso en que los alumnos de Ario y de Atanasio disfrutasen igual tolerancia recíprocamente en los territorios de los Romanos y de los Vándalos (93). II. Retorcióse contra los mismos Católicos su práctica tan repetida de las conferencias para denostar y atropellar á sus antagonistas pertinaces (94). Juntáronse por disposicion de Hunerico hasta cuatrocientos sesenta y seis obispos católicos en Cartago; pero no bien se asomaron á la sala de audiencia, cuando tuvieron el quebranto de ver al arriano Cirilo encumbrado en su solio patriarcal. Separáronse los contrincantes con las reconvenciones mutuas y corrientes de estruendo y silencio, demora y atropellamiento, de violencia militar y clamores. Entresacóse un mártir y un confesor de los obispos católicos; libertáronse veinte y ocho con la fuga, y ochenta y ocho con su allanamiento; enviáronse cuarenta y seis á Córcega á fin de cortar madera para la armada real, y trescientos y dos fueron desterrados á varios puntos del Africa, espuestos á los desacatos de sus enemigos, y esmeradamente privados de todo consuelo temporal y espiritual para la vida (95). Debió menguar su número con los quebrantos de un destierro de diez años, y cumpliéndose la ley de Trasimundo, que vedaba las consagraciones episcopales, espirara la iglesia católica de Africa con las vidas de sus actuales individuos. Desobedecieron y se castigó su desacato con segundo destierro de doscientos y veinte obispos á Cerdeña, donde estuvieron penando por quince años hasta el advenimiento del graciable Hilderico (96). Los déspotas arrianos escojieron malvadamente aquellas dos islas; pues Séneca, como práctico, abultó el desamparo de Córcega (97), y la fertilidad de Cerdeña se contrapesaba con la insalubridad del aire (98). III. El zelo de Jenserico y los sucesores por la conversion de los Católicos debió estimularlos para conservar la pureza de la fe vándala. Antes que se cerrasen totalmente sus iglesias, era criminal el uso del traje bárbaro, y cuantos osaban desentenderse del mandato real eran arrastrados de espaldas por su larga cabellera (99). Los oficiales palatinos que se negaban á profesar la relijion de su príncipe quedaban ignominiosamente apeados de sus honores y empleos, desterrados á Cerdeña y Sicilia, ó condenados á las faenas serviles de esclavos ó campesinos en la campiña de Utica. Vedábase mas estrechamente el culto católico en los distritos correspondientes á los Vándalos, y se castigaba rigurosamente la demasía, tanto del misionero como del convertido. Con tales arterías se fué conservando la fe de los bárbaros, mas y mas enfervorizados en su creencia; desempeñaban devotamente las vilezas de espías, delatores y sayones; y en saliendo á campaña la caballería, era su diversion favorita el ir encenagando las iglesias é insultar al clero del bando opuesto (100). IV. Los ciudadanos educados con el primor de una provincia romana se veian entregados con crueldad muy estudiada á los Moros del desierto.

Mandó Hunerico que se desalojase á viva fuerza de sus casas á una comitiva venerable de obispos, presbíteros y diáconos, con una caterva de cuatro mil noventa y seis feligreses, cuya culpa no consta en la historia. Encarcelábanlos de noche, como un rebaño, confundidos y revueltos con su propia basura; de dia los acosaban en la marcha por arenales abrasados, y si desfallecian con el ardor y el cansancio, los aguijoneaban y arrastraban hasta que espirasen á manos de sus sayones (101). Aquellos exánimes desterrados, al llegar á los aduares moriscos, escitaron tal vez la compasion de un pueblo cuya humanidad nativa ni se habia afinado con la racionalidad ni estragado con el fanatismo; mas si estaban en salvo de los peligros, tenian que terciar en el desamparo de la vida montaraz. V. Se hace imprescindible á los perseguidores tener de antemano determinado el paradero de sus tropelías, pues van encendiendo la hoguera que tratan de apagar, y luego se hace forzoso castigar la contumacia al par de la demasía del reo. La multa que le es imposible ó repugnante pagar espone su persona á los rigores de la ley, y el menosprecio de penas leves acarrea la urjencia del castigo capital. Traslúcese, aun bajo el velo de las ficciones y de los encarecimientos, que los Católicos, con especialidad en el reinado de Hunerico, padecieron tropelías afrentosas y mortales (102). Ciudadanos respetables, matronas ilustres y vírjenes consagradas tremolaban desnudas por los aires en garruchas, amarrándoles enormes pesos á sus plantas. Encrudecíase luego el martirio con los azotes que les sajaban las carnes, ó se las abrasaban en las partes mas tiernas con planchas de hierro enalbadas. Cortábanles los arrianos orejas, nariz, lengua ó la mano derecha, y aunque no cabe puntualizar el número, es indudable que varias personas, entre ellas un obispo (103) y procónsul (104) que se nombran, merecieron la corona del martirio. Atribúyese el mismo teson al conde Sebastian, que siguió profesando el credo Niceno con teson; y pudo Jenserico odiar como hereje al valiente y ambicioso fujitivo que temia como competidor (105). VI. Idearon los ministros arrianos un método nuevo de conversion para avasallar al apocado y sobresaltar al timorato. Aplicaban con ardid ó violencia los ritos del bautismo y castigaban la apostasía de los Católicos, si rehusaban aquella ceremonia profana y odiosa, que atropellaba escandalosamente el albedrío y la unidad de los sacramentos (106). Las sectas encontradas se habian otorgado la validez de sus bautismos respectivos; y la innovacion sostenida tan ferozmente por los Vándalos puede tan solo achacarse al ejemplo y dictámen de los donatistas. VII. Sobrepujaba el clero arriano en crueldad relijiosa al rey y á sus Vándalos; mas eran inhábiles para el cultivo del viñedo que poseian. Podia un patriarca (107) sentarse en el solio de Cartago; varios obispos de ciudades principales podian usurpar el asiento de sus competidores; mas la cortedad de su nú-

mero, y luego la ignorancia de la lengua latina (108), inhabilitaban á los bárbaros para el ministerio eclesiástico de iglesias mayores; y los Africanos, privados de sus pastores lejítimos, quedaron defraudados del ejercicio público del Cristianismo. VIII. Eran los emperadores padrinos de la doctrina homoousia; y el pueblo leal de Africa, tanto á fuer de Romano como de Católico, anteponia su lejítimo soberano á la usurpacion de los bárbaros herejes. En un intervalo de paz y hermandad, restableció Hunerico la catedral de Cartago, intercediendo Zenon, que reinaba en Oriente, y Placidia, hija y residuo de emperadores, y hermana de la reina de los Vándalos (109). Breve fué tan decoroso miramiento, y el bárbaro altanero ostentó su menosprecio para con la relijion del imperio, colocando esmeradamente todo el pormenor de la persecucion por las calles principales que debian atravesar los embajadores romanos en su tránsito al palacio (110). Juramentóse á los obispos que se habian juntado en Cartago para que sostuviesen la sucesion del hijo de Hilderico, y atajasen toda correspondencia estranjera ó *trasmarina*. Aquel compromiso, al parecer acorde con sus obligaciones morales y relijiosas, quedó desechado por los individuos mas perspicaces del congreso (111); y su negativa, mal cohonestada con el pretesto de que era ilícito á un Cristiano el jurar, no podia menos de provocar sospechas en el ánimo de un tirano receloso.

Acosados los Católicos por el monarca y la milicia, descollaban en número é instruccion, y solian acallar y arrollar á los erguidos sucesores de Ulfilas con las mismas armas que les suministraban los padres griegos (112) y latinos de sus contiendas arrianas. El concepto propio de su superioridad debia sobreponerlos á las arterías y pasioncillas de toda guerra de relijion; mas en vez de engreirse decorosamente, acudieron los teólogos ortodojos, satisfechos de su impunidad, á ficciones que merecen tiznarse con los baldones de engaño é impostura. Atribuyeron sus obras de controversia á los nombres mas venerables de la antigüedad cristiana, pues Vijilio y sus discípulos (113) representaron torcidamente los personajes de Atanasio y Agustin; y el decantado credo que tan despejadamente patentiza los misterios de la Trinidad y de la Encarnacion se entronca por deducciones muy probables con aquella escuela africana (114). Llegaron sus manos temerarias y sacrílegas á profanar la misma Escritura, pues el texto memorable que sienta la unidad de los Tres, testimoniada en el cielo (115), queda condenado con el silencio universal de los padres ortodojos, de las versiones antiguas y manuscritos auténticos (116). Alegóse la primera vez por los obispos católicos convocados á la conferencia de Cartago (117). Una interpretacion alegórica, tal vez en forma marjinal, se introdujo en el texto de las Biblias latinas, que se renovaron y retocaron en el plazo lóbrego de diez siglos (118). Inventada la impren-

ta (119), los editores del testamento griego cedieron á su propia preocupacion ó á la del siglo (120); y el fraude relijioso, apadrinado con igual afan en Roma que en Jinebra, se ha ido jeneralizando sin término en todos los paises é idiomas de la Europa moderna.

Ejemplares de supercherίa enjendran recelo, y así los grandiosos milagros con que los Católicos africanos escudaban la verdad y justicia de su causa deben atribuirse con mas fundamento á su propia inventiva que al amparo patente del cielo. Mas el historiador, que presencia este conflicto relijioso, puede avenirse á atar *un* acontecimiento sobrenatural para edificar al devoto y asombrar al incrédulo. Tipasa (121), colonia marítima á cinco leguas al oriente de Cesarea, habia siempre descollado con el fervor ortodojo de su vecindario. Arrostró el desenfreno de los donatistas (122), contrastó y burló la tiranía de los arrianos, pues desertó al asomo de un obispo hereje, ajenciándose unas naves para pasar á la costa de España; y el resto desventurado, ajeno de todo roce con el usurpador, siguió celebrando piadosa, aunque ilegalmente, sus juntas. Encrudeció su desobediencia la inhumanidad de Hunerico y envió de Cartago á Tipasa un jefe militar, quien juntó á los Católicos en el Foro, y á presencia de toda la provincia cortó á los reos la mano derecha y la lengua; pero los santos confesores, ya deslenguados, siguieron hablando; milagro atestiguado por Victor, obispo africano que publicó su historia de la persecucion dos años despues del acontecimiento (123). «Quien lo dude,» dice Victor, «acuda á Constantinopla y oiga el habla cabal y despejada del subdiácono Restituto, uno de aquellos pacientes, que se hospeda actualmente en el palacio del emperador y merece las atenciones de la devota emperatriz.» Nos pasma el hallar en Constantinopla un testigo irrecusable, desapasionado y cabal. Eneas de Gaza, filósofo platónico, rasguea al vivo sus propias observaciones sobre aquellos pacientes africanos: «Los ví yo mismo, los oí hablar; examiné con ahinco por qué medios se podia prorumpir en voces articuladas sin el órgano del habla; apliqué mis ojos para comprobar el testimonio de mis oidos: les abrí la boca y ví que toda la lengua tenian arrancada de raiz; operacion que los facultativos jeneralmente califican de mortal (124).» Confírmase esta autoridad de Eneas de Gaza con el dicho escusado del emperador Justiniano en su edicto perpetuo; del conde Marcelino en la crónica de sus tiempos; y del papa Gregorio primero, quien habia residido en Constantinopla de ministro del pontífice romano (125). Vivieron todos en el término de un siglo; y todos ellos apelan á su conocimiento personal ó la notoriedad pública sobre la verdad de un milagro, repetido con varios ejemplares, dado á luz en el mayor teatro del mundo, y descubierto al exámen de los sentidos. Este don sobrenatural de los confesores africanos que hablaban sin lengua precisa el asenso tan solamente de cuantos creen ya que su

lenguaje era puro y ortodojo. Pero los pechos infieles insistieron en sus recelos incurables, y al arriano ó sociniano, que desechó formalmente la doctrina de la Trinidad, no causa la mas leve mella el testimonio patente de un milagro atanasio.

Perseveraron Vándalos y Ostrogodos en su profesion de arrianismo hasta la ruina de los reinos que habian fundado en Africa y en Italia; sujetáronse los bárbaros de la Galia al dominio ortodojo de los Francos, y la España quedó restablecida á la iglesia católica con la conversion voluntaria de los Visigodos (A. 500—700).

Aceleróse la revolucion saludable (126) con el ejemplo de un mártir real que nuestro raciocinio sosegado puede tal vez apellidar un rebelde ingrato. Estaba Leovijildo, monarca godo de España (A. 577—584), mereciendo el respeto de sus enemigos y el cariño de los súbditos; disfrutaban los Católicos desahogada tolerancia, y los sínodos arrianos se empeñaron sin grande éxito á desvanecer los escrúpulos aboliendo el rito malquisto del *segundo* bautismo. Su primojénito Hermenejildo, revestido ya por el padre con la diadema real y el precioso principado de la Bética, contrajo enlace honorífico con una princesa merovinjia, hija de Sijiberto, rey de Austrasia, y de la famosa Brunequilda. La linda Injundis, de trece años, fué recibida, amada y perseguida en la corte arriana de Toledo; y Jeosvinta, la reina goda, abusando de entrambas ramas de autoridad materna, asestó alternativamente halagos y tropelías contra el teson relijioso de la niña (127). Asió Jeosvinta airada á la princesa católica por su larga cabellera, la estrelló bárbaramente contra el suelo, la holló hasta cubrirla de sangre, y por fin mandó que la arrojasen desnuda á un estanque de peces (128). Aunáronse el pundonor y el cariño para que se lastimara Hermenejildo con la tropelía de su novia; y se persuadió de que los padecimientos de Injundis procedian de afecto á la verdad divina. Lamentos entrañables de la ofendida y argumentos poderosos del arzobispo de Sevilla completaron su conversion, y el heredero del monarca godo quedó iniciado en la fe Nicena con el rito solemne de la confirmacion (129). El mancebo temerario, acalorado con su fervor y tal vez con su ambicion, se arrestó á prescindir de los sentimientos de hijo y de súbdito; y los Católicos de España, sin padecer persecucion alguna, vitorearon su rebeldía devota contra un padre hereje. Se fué dilatando la guerra civil con los sitios largos y porfiados de Mérida, Córdoba y Sevilla, pueblos entusiasmados por el partido de Hermenejildo. Convidó á los bárbaros católicos Suevos y Francos á talar su propio pais; solicitó el auxilio azaroso de los Romanos, poseedores del Africa y de parte de la costa de España, y su embajador santo, Leandro, negoció efectivamente con la corte bizantina. Mas zozobran las esperanzas de los Católicos por el ahinco eficaz de un monarca que disponia de las tropas y de

los tesoros de España, y el criminal Hermenejildo, tras su intento infructuoso de resistir ó ponerse en salvo, tuvo que postrarse ante un padre airado. Recordó Leovijildo aquel segundo carácter, y el rebelde, apeado de toda insignia real, fué árbitro de profesar en destierro decoroso su relijion católica. Sus alevosías repetidas y frustradas provocaron al fin las iras del rey godo; y la sentencia de muerte, pronunciada al parecer con repugnancia, se ejecutó reservadamente en la torre de Sevilla. El teson con que se negó á recibir la comunion arriana, como prenda de su salvamento, podrá disculpar los cultos que se han tributado á la memoria de San Hermenejildo. Aprisionaron los Romanos á su esposa y á su niño en afrentoso cautiverio, y esta desventura doméstica ajó los timbres y acibaró los momentos postreros de Leovijildo.

Su hijo y sucesor Recaredo habia imbuido la fe de su malaventurado hermano á quien sostuvo con mas cordura que éxito; y viniendo luego á ser el primer rey católico de España, en vez de estrellarse desde luego con el padre, esperó sufridamente el trance de su muerte; y lejos de mancillar su memoria, dió filialmente por supuesto que el monarca moribundo habia depuesto los errores del arrianismo y recomendado al hijo la conversion de toda la nacion goda (A. 586—589). Juntó Recaredo, para el logro de tamaño objeto, un congreso del clero arriano y los nobles, se declaró católico y amonestó á todos para que imitasen el ejemplo de su príncipe. La interpretacion afanosa de textos dudosos y el ahinco de argumentos metafísicos hubieran acarreado una contienda interminable; así que el monarca propuso atinadamente á su audiencia lega dos raciocinios visibles y palpables, el testimonio del Cielo y de la Tierra. La *Tierra* se habia avenido al mismo sínodo Niceno, pues Romanos, bárbaros y Españoles profesaban unánimes el mismo credo ortodojo, y los Visigodos venian á ser los únicos opuestos al consentimiento del orbe cristiano. Aquel siglo supersticioso estaba dispuesto para venerar como testimonio del *Cielo* las curaciones sobrenaturales realizadas por la maestría y virtud del clero católico; las fuentes bautismales de Oset en la Bética (150), que se llenaban todos los años, la víspera de Pascua (151), y el sagrario milagroso de San Martin de Turs, que habia convertido ya al príncipe suevo y al pueblo de Galicia (152). Tropiezos se atravesaron al rey católico en aquella mutacion trascendental de la relijion del pais; y una conspiracion, abrigada con reserva por la reina viuda, se fraguó contra su vida; dos condes movieron rebelion poderosa en la Galia Narbonense; mas atajó Recaredo á los conspiradores, y arrolló á los rebeldes, ajusticiando á los reos, mientras los arrianos le estaban ya tiznando de perseguidor. Ocho obispos, de ralea bárbara por el eco de sus nombres, se desengañaron de sus errores, y todos los libros de teolojía arriana quedaron reducidos á cenizas en la casa donde se habian hacinado al inten-

to. Todo el cuerpo de Visigodos y Suevos quedó atraido ú apremiado al gremio de la comunion católica; la fe, á lo menos en la jeneracion entrante, era entrañable y fervorosa, y la compunjida largueza de los bárbaros enriqueció las iglesias y los monasterios de España. Hasta setenta obispos reunidos en el concilio de Toledo recibieron el acatamiento de sus vencedores, y el afan de los Españoles realzó el credo Niceno, declarando la procedencia del Espíritu Santo, del Hijo, igualmente que del Padre; punto gravísimo de doctrina que abonó mucho despues el cisma de las iglesias griega y latina (133). El convertido rejio obsequió en seguida y consultó al papa Gregorio, por sobrenombre el Grande, prelado santo y docto, cuyo reinado sobresalió por la conversion de herejes y de infieles; ofrecieron los embajadores de Recaredo rendidamente en el umbral del Vaticano sus riquísimos presentes de oro y pedrería, recibiendo en cambio gananciosо la cabellera de San Juan Bautista, una cruz que servia de engaste á una astillita del verdadero leño, y una llave que atesoraba ciertas partecillas de hierro raspadas de las cadenas de San Pedro (134).

El mismo Gregorio, conquistador espiritual de la Bretaña, alentó á la piadosa Teodelinda, reina de los Lombardos, para propagar el credo Niceno entre los salvajes victoriosos, cuyo cristianismo reciente estaba mancillado con la herejía arriana (A. 600, etc.). Sus afanes devotos dejaron todavía cabida á los conatos y logros de misioneros posteriores, y quedaban aun ciudades por Italia en contienda con los obispos opuestos. Mas íbase por puntos desplomándose la causa del arrianismo con el poderío de la verdad, del interés y del ejemplo, y la controversia que sacó el Ejipto de la escuela platónica feneció tras una guerra de tres siglos con la conversion total de los Lombardos de Italia (135).

Apelaban los primeros que predicaron el Evanjelio á los bárbaros al testimonio de la razon, y clamaban por tolerancia (136); mas no bien hubieron establecido su predominio espiritual, anduvieron amonestando á los reyes cristianos para que desarraigasen sin compasion los restos de la superstición bárbara ó romana. Cien azotes imponian los sucesores de Clodoveo á todo conservador de sus ídolos. Castigaban los Anglo-Sajones el delito de sacrificar á los demonios con las penas mas graves de cárcel y confiscacion, y aun el cuerdo Alfredo prohijó como indispensable el sumo rigor de las instituciones Mosaicas (137). Mas fueron quedando al par abolidos delito y castigo en el pueblo cristiano; enmudecieron los escolares con sus disputas teolójicas al resguardo de la ignorancia; y el ímpetu intolerante que no podia ya tropezar con idólatras ni herejes se abalanzó á los Judíos (A. 612-712). Habia aquella nacion desterrada ido fundando algunas sinagogas en las ciudades de la Galia; pero hervia la España, desde el tiempo de Adriano, con sus crecidas colonias (138). El caudal que fueron atesorando con su tráfico y administracion de rentas cebó la

codicia devota de sus dueños, pudiéndose atropellar sin peligro, por cuanto carecian hasta de la memoria de las armas. Sisebuto, rey godo, que imperó á principios del séptimo siglo, estremó de improviso la persecucion (139). Noventa mil Judíos tuvieron que recibir el sacramento del bautismo, confiscáronse los haberes y se martirizaron las personas de los pertinaces, y aun se duda que les cupiese el desamparar su cuna. Enfrenó tan desamparados ímpetus el clero de España, pronunciando solemnemente una sentencia contradictoria, que no se debian imponer á viva fuerza los sacramentos; mas que se debia precisar á cuantos Judíos estaban ya bautizados, por el honor de la iglesia, á perseverar en la práctica esterior de una relijion que descreian y abominaban. Sus reincidencias incesantes movieron á uno de los sucesores de Sisebuto para desterrar de sus dominios á la nacion entera, y un concilio de Toledo promulgó un decreto para que todo rey godo se juramentase en mantener edicto tan saludable. Pero desagradaba á los tiranos el desprenderse de víctimas que se regalaban en atormentar, y privarse de esclavos industriosos, á quienes podian acosar con ventaja. Permanecieron los Judíos en España, aquejados con leyes civiles y eclesiásticas, que luego se trasladaron puntualmente al Código de la Inquisicion. Los reyes godos, y aun los obispos, se hicieron cargo por fin de que los agravios enjendran odios, y que estos luego se desalan tras las coyunturas de la venganza. La nacion, enemiga reservada ó patente del Cristianismo, siguió multiplicándose en medio del quebranto y de la servidumbre, y las tramoyas de los Judíos vinieron á cooperar al éxito rapidísimo de los conquistadores árabes (140).

Desarrimada de los bárbaros, la herejia malquista de los arrianos yació luego en el menosprecio y el olvido; mas los Griegos persistian siempre en su destemple locuaz; al asomo de una nueva doctrina inesplicable, se agolpaban cuestiones y contiendas, quedando siempre al albedrío de un prelado ambicioso ú de un monje fanático el atropellar la paz de la iglesia, y quizás del imperio. El historiador de aquel imperio puede desentenderse de disputas emparedadas en la lobreguez de las escuelas y los sínodos. Empeñados los Maniqueos en hermanar la relijion de Cristo con la de Zoroastro, se habian ido internando ocultamente por las provincias; mas aquella secta estraña se empozó con la afrenta jeneral de los Gnósticos, y el odio público puso en ejecucion las leyes imperiales. Propagáronse las opiniones racionales de los Pelajianos desde la Bretaña hasta Roma, Africa y la Palestina, y vinieron á fenecer calladamente en un siglo supersticioso. Mas las contiendas de los Nestorianos y Eutiquianos desencajaban el Oriente con su empeño de desentrañar el misterio de la Encarnacion; atropellando así la ruina del Cristianismo en su solar nativo. Asomaron estas controversias en el reinado de Teodo-

sio el menor ; mas sus resultas muy trascendentales propasan con mucho los límites del tomo presente. El eslabonamiento metafísico de los argumentos, las refriegas de la ambicion eclesiástica, y su influjo político en la decadencia del imperio bizantino, podrán suministrar campo de historia instructiva é interesante desde los concilios jenerales de Efeso y Calcedonia hasta la conquista del Oriente por los sucesores de Mahoma.

NOTAS

correspondientes al capítulo trijésimo séptimo.

(1) El oríjen de esta institucion monástica ha sido discutido por Tomasin (Discipline de l'Eglise, tom. I, p. 1419-1426) y Helgot (Hist. des Ordres Monastiques, tom. I, p. 1-66). Estos instruidos autores, con su diferente opinion, muestran toda la estension del asunto. Con todo, el desconfiado protestante, que no da crédito á ningun papista, puede consultar el libro séptimo de las Antigüedades Cristianas por Bingham.

(2) Véase Eusebio, Demonstrat. Evangel. (l. I, p. 20, 21, edic. Græc. Rob. Stephani, Paris, 1545). En su Historia Eclesiástica, publicada doce años despues de la Demostracion, afirma Eusebio (l. II, c. 17) el Cristianismo del Terapeuta; pero parece ignorar que semejante institucion reviviese actualmente en Ejipto.

(3) Casiano (Collat. XVIII, 5) reclama este oríjen para la institucion de los *Cenobitas*, que decayó gradualmente hasta que fué restablecida por Antonio y sus discípulos.

(a) Está probado que la primera comunidad cristiana no era estrictamente cenobita. Véase vol. II, p. 89 - M.

(4) Ὠφελιμώτατον γάρ τι χρῆμα εἰς ἀνθρώπους ἐλθοῦσα παρὰ Θεοῦ ἡ τοιαύτη φιλοσοφία. Estas espresivas palabras de Sozomen describen completa y agradablemente (l. I, c. 12, 13, 14) el oríjen de la filosofía frailuna (véase Suicer, Thesaur. Eccles., tom. II, p. 1441). Algunos escritores modernos, Lipsio (tom. IV, p. 448. Manuduct. ad Philosoph. Stoic. III, 13), y La Mothe le Vayer (tom. IX de la Vertu des Payens, p. 228-262) han comparado los Carmelitas á los Pitagoreos y los Cínicos á los Capuchinos.

(5) Los Carmelitas derivan su jenealojía, por línea recta, del profeta Elijah (véase el Teses de Besieres, año 1682, en Bayler, Nouvelles de la

République des Lettres, Oeuvres, tom. I, p. 82, etc. y la prolija ironía de las Ordenes Monásticas, una obra anónima, tom. I, p. 1-433, Berlin, 1751). Roma y la inquisicion de España impusieron respecto á la crítica profana de los Jesuitas de Flándes (Helyot, Hist. des Ordres Monastiques, tom. I, p. 282-300), y la estatua de Elijah, el Carmelita, se erijió en la iglesia de San Pedro (Viajes del P. Labat, tom. III, p. 87).

(6) Plin. Hist. Natur. V, 15. Genssola, et in toto orbe præter ceteras mira, sine ulla femina, omni venere abdicata, sine pecunia, socia palmarum. Ita per seculorum millia (incredibie dictu) gens æterna est in qua nemo nascitur. Tam fœcunda illis aliorum vitæ pænitentia est. Los coloca fuera de la influencia del lago, y llama Engadi y Masada como las ciudades mas cercanas. El Laura y el monasterio de San Sabas no podian estar distantes de este sitio. Véase Reland. Palestin. tom., I, p. 295, tom. II, p. 763, 874, 880, 890.

(7) Véase Atanasio, Op. tom. II, p. 450-505 y la Vit. Patrum, p. 26-74, con las anotaciones de Rosweyde. El primero es un orijinal griego; el segundo una antigua version latina por Evagrio, el amigo de San Jerónimo.

(8) Γράμματα μὲν μάθειν οὐκ ἠνέσχετο. Atanasio, tom. II, in Vit. San Anton., p. 452; y la asercion de su completa ignorancia ha sido admitida por muchos antiguos y modernos. Pero Tillemont (Mem. Eccles., tom. VII, p. 666) demuestra, con argumentos probables, que Antonio podia leer y escribir en cóptico, su lengua nativa; desconociendo únicamente el griego. El filósofo Sinesio (p. 51) afirma que el talento natural de Antonio no necesitaba de la ayuda de la instruccion.

(9) *Arurœ* autem erant ei trecentæ uberes et valde optimæ (Vit. Patr. l. I, p. 36). Si el *Arura* es una medida cuadrada de cien codos ejipcios (Rosweyde, Onomasticon ad Vit. Patrum, p. 1014, 1015); y el codo ejipcio en todos tiempos ha sido igual á veinte y dos pulgadas inglesas (Greaves, vol. I, 233), el arura debe tener tres octavos de fanega.

(10) La descripcion del monasterio se halla en Jerónimo (tom. I, páj. 248, 249, in Vit. Hilarion), y el P. Sicard (Missions du Levant, tom. V, p. 122-200). Sus relaciones no siempre están acordes; el padre sigue su imajinacion, y el jesuita su esperiencia.

(11) Jerónimo, tom. I, p. 146, ad Eustochium. Hist. Lausiac, c. 7, in Vit. Patrum, p. 712. El padre Sicard (Missions du Levant, tom. II, p. 29-79) visitó é hizo una descripcion de este desierto, que en el dia contiene cuatro monasterios y veinte ó treinta frailes. Véase D'Anville, Description de l'Egipte, p. 74.

(12) Tabene es una pequeña isla en el Nilo, en la diócesis de Tentira ó Dendera, entre la ciudad moderna de Jirje y las ruinas de la antigua

Tebas (D'Anville, p. 194). Mr. Tillemont duda que fuese una isla ; pero deduzco de su propia relacion que su nombre primitivo fué luego trasferido al gran monasterio de Bau ó Pabau (Mem. Eccles., tom. VII, p. 678, 688).

(13) Véase en el Código Regularum (publicado por Lucas Holstenio, Roma, 1661) el prólogo de San Jerónimo á su version latina de la Regla de Pacomio, tom. I, p. 61.

(14) Rufino, c. 5, in Vit. Patrum, p. 459. La llama civitas ampla valde et populosa, y cuenta doce iglesias. Estrabon (l. XVII, p. 1166) y Amiano (XXII, 16) han mencionado á Oxirinco, cuyos habitantes adoraban un pescadito colocado en un magnífico templo.

(15) Quanti populi habentur in urbibus, tanta pæne habentur in desertis multitudines monachorium. Rufino, c. 6, in Vit. Patrum, p. 471, Se congratula por el cambio afortunado.

(16) Menciona Jerónimo (tom. I, p. 119, 120, 199) la introduccion de la vida monástica en Roma é Italia.

(17) Véase la Vida de Hilarion, por San Jerónimo (tom. I, p. 241, 252). El mismo autor describió admirablemente las anécdotas de Pablo, Hilarion y Malco, y el único defecto de estas agradables composiciones es la falta de verdad y sentido comun.

(18) Su verdadero retiro era una pequeña aldea en las orillas del Iris no lejos de Neo Cesarea. Los diez ó doce años de su vida monástica fueron interrumpidos por frecuentes diversiones. Algunos críticos han negado la autenticidad de las reglas ascéticas ; pero el testimonio esterno está fundado, y lo único que pueden probar es que es obra de un entusiasmo verdadero ó afectado. Véase Tillemont, Mém. Ecclés., tom. IX, p. 636-644. Helyot, Hist. des Ordres Monastiques, tom. I, p. 175-181.

(19) Véase su Vida, y los tres Diálogos de Sulpicio Severo, quien asegura (Dialog. I, 16) que los libreros de Roma estaban contentísimos de la rápida venta de su obra popular.

(20) Cuando Hilarion partió de Paretonio para el cabo Paquino, ofreció pagar su pasaje con un libro de los Evanjelios. Postumiano, fraile galo, que habia visitado el Ejipto, halló en Alejandría un buque mercante con destino á Marsella, é hizo su viaje en treinta dias (Sulp. Sever. Dialog. I, 1). Atanasio, que dedicaba su Vida de San Antonio á los frailes estranjeros, se vió obligado á apresurar su composicion, para aprovechar la salida de las escuadras (tom. II, p. 451).

(21) Véase Jerónimo (tom. I, p. 126), Asemani, Bibliot. Orient., tom. IV, p. 92, p. 857-919, y Gedde, Church History of Æthiopia, p. 29,

30, 31. Los frailes abisinios observaban estrictamente su primitiva institucion.

(22) Camden, Britannia, vol. I, p. 666, 667.

(23) Todo lo que el buen sentido podia estractar de las muchas sandeces de los tiempos bárbaros, ha sido entresacado por el obispo Usher y se halla en su Britannicarum Ecclesiarum Antiquitates, cap XVI, p. 425-503.

(24) Este pequeño punto, aunque no estéril, Iona, Hy, ó Columbkill, de dos millas de largo y una de ancho, se ha distinguido, 1. Por el monasterio de Santa Columba, fundado en el año 566, cuyo abad ejercia una jurisdiccion estraordinaria sobre los obispos de Caledonia; 2. Por una librería *clásica*, que daba algunas esperanzas de un Livio completo; y 3. Por los sepulcros de sesenta reyes, Escoceses, Irlandeses y Noruegos; que descansaban en tierra santa. Véase Usher (p. 311, 360-370), y Buchanan (Rer. Scot., l. II, p. 15, edic. Ruddiman).

(25) Crisóstomo (en el primer tomo de la edicion benedictina) dedica tres libros en alabanza y defensa de la vida monástica. Anímale el ejemplo del arca á presumir que solo los predilectos (los frailes) pueden salvarse (l. I, p. 55, 56). En cualquier otro punto es mas comedido (l. III, p. 83, 84), y concede diferentes grados de gloria, como al sol, la luna y las estrellas. En su despejada comparacion de un rey y un fraile (. III, p. 119-121) supone (lo que es muy dudoso) que el rey será menos recompensado, y castigado mas rigurosamente.

(26) Tomasin (Discipline de l'Eglise, tom. I, p. 1426-1469); y Mabillon (OEuvres Post umes, tom. II, p. 115-158). Los frailes se consideraron gradualmente como parte de la jenealojía eclesiástica.

(27) El Dr. Middleton (vol. I, p. 110) censura la conducta y escritos de Crisóstomo, uno de los mas elocuentes y afortunados defensores de la vida monástica.

(28) Jerónimo dedica gran parte de sus obras á las damas piadosas: el tratado, que llama el Epitafio de Paula (tom. I, p. 169-192), es un estravagante panejírico. El exordio es ridiculísimo: «Si todos los miembros de mi cuerpo se cambiasen en lenguas, y resonasen con una voz humana, con todo seria incapaz,» etc.

(29) Socrus Dei esse cæpisti (Jeron., tom. I, p. 140. ad Eustochium). Rufino (in Hieronym. Op., tom. IV, p. 223), que se escandalizó, pregunta á su adversario, ¿de qué poeta pagano ha tomado una espresion tan impia y absurda?

(30) Nunc autem veniunt *plerumque* ad hanc professionem servitutis, Dei, et ex conditione servili, vel etiam liberati, vel propter hoc à Domi-

nis liberandi ; et ex vita rusticana, et ex opificum exercitatione, et plebeio labore. Augustin, de Oper. Monach., c. 22, ap. Tomasin, Discipline de l'Eglise, tom. III, p. 1094. El Ejipcio, que censuró á Arsenio, confiesa que disfrutaba una vida mas regalada como fraile que como pastor. Véase Tillemont, Mém. Ecclés., tom. XIV, p. 679.

(31) Un fraile dominico (Voyages du P. Labat, tom. I, p. 10), que vivia en un convento de Cádiz, pronto echó de ver que la devocion nocturna nunca interrumpia su reposo; «quoiqu' on ne laisse pas de sonner pour l'édificacion du peuple.»

(32) Véase el prólogo de Lúcas Holstenio al Codex Regularum. Los emperadores probaron el cumplir con sus deberes públicos y privados; pero el torrente de la supersticion echó por tierra sus proyectos; y Justiniano sobrepujó los deseos mas ardientes de los frailes (Tomasin, tom. I, p. 1782-1799, y Bingham, l. VII, c. 3, p. 253) (*).

(33) Las instituciones monásticas, particularmente las de Ejipto, sobre el año 400, están descritas por cuatro devotos é investigadores viajeros: Rufino (Vit. Patrum, l. II, III, p. 424-536), Postumiano (Sulp. Sever., Dialog. I), Paladio (Hist. Lausiac. in Vit. Patrum, p. 709-863), y Casiano (véase in tom. VI, Bibliothec. Max. Patrum, sus cuatro primeros libros de Institutos, y las veinte y cuatro Comparaciones ó Conferencias).

(34) El ejemplo de Malco (Jerónimo, tom. I, p. 256), y la intencion de Casiano y su amigo (Collatio XXIV, 1), son pruebas incontestables de su independencia, que Erasmo ha descrito tan elegantemente en su Vida de San Jerónimo. Véase Chardon, Hist. des Sacremens, tom. VI p. 279-300.

(35) Véanse las Leyes de Justiniano (Novel. CXXIII, núm. 42), y de Luis el Piadoso (en los Historiadores de Francia, tom. VI, p. 427), y la jurisprudencia actual en Denissart (Decisions, etc., tom. IV, p. 855, etc.)

(36) El antiguo Codex Regularum, recopilado por Benedicto Anianino, el reformador de los frailes á principios del siglo nueve, y publicado en el diez y siete, por Lúcas Holstenio, encierra treinta reglas diferentes para hombres y mujeres. De estas, siete fueron compuestas en Ejipto, una en Oriente, una en Capadocia, una en Italia, una en Africa, cuatro en España, ocho en la Galia ó Francia y una en Inglaterra.

(37) La regla de Columbano, tan en boga en el Occidente, imponia

(*) El emperador Valente promulgó una ley contra ignaviæ quosdam sectatores, qui desertis civitatum muneribus, captant solitudines ac secreta et specie religionis cum cætibus monachorum congregantur. Cod. Theod., l. XII, tit. I, leg. 63.—G.

cien azotes por las menores ofensas (Cod. Reg., part. II, p. 174). Antes del tiempo de Carlomagno, acostumbraban los abades mutilar á los frailes, ó hacerles sacar los ojos; castigo mucho menos cruel que el tremendo *vade in pace* el calabozo subterráneo ó sepulcro) que fué luego inventado. Véase el admirable discurso del instruido Mabillon (Œuvres Posthumes, tom. II, p. 321-336), quien, en esta ocasion, parece inspirado por el jenio de la humanidad. Por semejante esfuerzo, le perdono su defensa de la santa lágrima de Vendoma (p. 361-399).

(38) Sulp. Sever. Dialog. I, 12, 13, p. 532, etc. Cassian., Institut., l. IV, c. 26, 57. « Prœcipua ibi virtus et prima est obedientia. » Entre el Verba seniorum (in Vit. Patrum, l. V, p. 617), el libelo ó discurso catorce es sobre la obediencia, y el Jesuita Rosweyde, que publicó aquel gran tomo para uso de los conventos, recopiló todos los pasajes sueltos en sus dos copiosos índices.

(39) El Dr. Jortin (Observaciones sobre la Historia Elesiástica, vol. IV, p. 161) habla del descaro de los frailes de Capadocia, que está probado por el destierro de Crisóstomo.

(40) Casiano describió sencilla, aunque estensamente, las costumbres monásticas de Ejipto (Institut., l. I) á las que Sozòmen (l. III, c. 14) atribuye virtudes y significado alegórico.

(41) Regul. Benedict., núm. 55, in Cod. Regul., part. II, p. 51.

(42) Véase la regla de Ferreolo, obispo de User (núm. 31, in Cod. Regul., part. II, p. 136), y de Isidoro, obispo de Sevilla (núm. 13, in Cod. Regul., part. II, p. 214).

(43) Concedíanse algunas induljencias parciales para los piés y las manos. « Totem autem corpus nemo unguet nisi causa infirmitatis, nec lavabitur aqua nudo corpore, nisi languor perspicuus sit. » (Regul. Pachom. XCII, part. I, p. 78).

(*b*) Atanasio (Vit. Ant., c. 47) pondera el santo horror de Antonio contra el agua clara, que nunca llegó á contaminar sus piés, sino en casos de absoluta necesidad .—M.

(44) San Jerónimo, en enérjico, pero indiscreto lenguaje, esplica los buenos resultados del ayuno y abstinencia: « Non quod Deus universitatis Creator et Dominus, intestinorum nostrorum rugitu, et inanitate ventris, pulmonisque ardore delectetur, sed quod aliter pudicitio tuta esse non possit. » (Op. tom. I, p. 82, ad Eustochium). Véase la doce y veinte y dos colacion de Casiano, *de Castitate y de Illusionibus Nocturnis*.

(45) Edacitas in Græcis gula est, in Gallis natura (Dialog. I, c. 4, p. 521). Casiano confiesa francamente que el perfecto modelo de abstinencia no puede ser imitado en la Galia, en razon del aerum temperies, y el

qualitas nostræ fragilitatis (Institut. IV, 11). Entre las reglas occidentales, la de Columbano es la mas austera; habia sido educado en la pobreza de Irlanda, quizá tan ríjida é inflexible como la virtud sobria de Ejipto. La regla de San Isidoro de Sevilla es la mas suave: pues concede el uso de carne en los dias festivos.

(46) « Aquellos que no beben mas que agua, ni toman ningun líquido nutritivo, deben tener, al menos, libra y media *(veinte y cuatro onzas)* de pan al dia. » Estado de las Cárceles, p. 40, por Mr. Howard.

(47) Véase Casiano, Collat. l. II, 19, 20, 21. Los panecillos, ó galleta, de seis onzas cada uno ó se llamaban *Paximacia* (Rosweyde, Onomasticon, p. 1045). Con todo, Pacomio concedia á sus frailes alguna latitud en cuanto á la comida; pero les hacia trabajar á proporcion (Pallad. in Hist. Lausiac., c. 38, 39, in Vit. Patrum, l. VIII, p. 736, 737).

(48) Véase al banquete á que fué convidado Casiano (Collatio VIII, 1) por Sereno, abad ejipcio.

(49) Véase la regla de San Benedicto, núm. 39, 40. (in Cod. Reg., part. II, p. 41, 42). Licet Legamus vinum omnino monachorum non esse, sed quia nostris temporibus id monachis persuaderi non potest; les concede una *hemina* romana, medida que se halla en las tablas de Arbuthnot.

(50) Las espresiones *mi* libro, *mi* capa, *mis* zapatos (Cassian. Institut. l. IV, c. 13) estaban severamente prohibidas entre los frailes de Occidente (Cod. Regul., part. II, p. 174, 235, 288); y la regla de Columbano las castigaba con seis azotes. El irónico autor de las *Ordenes Monásticas* se burla de la delicadeza de los conventos modernos, pareciendo ignorar que los antiguos se hallaban en el mismo caso.

(51) Los dos grandes maestros de la ciencia eclesiástica, el P. Tomasin (Discipline de l'Eglise, tom. III, p. 1090-1139), y el P. Mabillon (Études Monastiques, tom. I, p. 116-155) examinaron atentamente el trabajo de los frailes, que el primero considera como un *mérito*, y el segundo como un *deber*.

(52) Mabillon (Études Monastiques, tom. I, p. 47-55) recopiló muchos hechos curiosos para justificar los trabajos literarios de sus predecesores, tanto en Oriente como en Occidente. En los antiguos monasterios de Ejipto (Cassian. Institut., l. IV, c. 12) se copiaban libros, y por los discípulos de San Martin (Sulp. Sever. in Vit. Martin, c. 7, p. 473). Casiodoro concedió á los frailes una completa libertad en la eleccion de sus estudios; y así no nos escandalizarémos, si algunas veces sus plumas pasan de Crisóstomo y Agustin á Homero y Virjilio.

(53) Tomasin (Discipline de l'Eglise, tom. III, p. 118, 145, 146,

171-179) examinó la revolucion de la ley civil, cánon, y la comun. La Francia moderna confirma la muerte que á veces se daban los frailes, y los priva con razon del derecho de herencia.

(54) Véase Jerónimo (tom. I, p. 176, 183). El fraile Pambo dió una sublime contestacion á Melania, que deseaba especificar el valor de su donativo: «Me lo ofreces á mí, ó á Dios; El que suspende las montañas en la balanza no necesita saber el peso de tu plata.» (Pallad. Hist. Lausiac., c. 10 in la Vit. Patrum, l. VIII, p. 715).

(55) Τὸ πολὺ μέρος τῆς γῆς ὠκειώσαντο, προφάσει τοῦ μεταδιδόναι πάντων πτωχοῖς, πάντας (ὡς εἰπεῖν) πτωχοὺς καταστήσαντες. Zósimo, l. V, p. 325. La grandeza de los Benedictinos era muy superior á las riquezas de los frailes de Oriente.

(56) El sexto concilio jeneral (el Quinisext, in Trullo, Canon XLVII, in Beveridge, tom. I, p. 213) prohibe á las mujeres el pasar la noche en un convento de frailes, y á los hombres en uno de monjas. En el séptimo concilio jeneral (el segundo Niceno, Canon XX, in Beveridge, tom. I, p. 325) prohibe la ereccion de monasterios dobles ó de los dos sexos; pero segun Balsomon, la prohibicion no se llevó á cabo. Sobre los placeres y gustos del clero y los frailes, véase Tomasin, tom. III, p. 1334-1368.

(57) He oido ó leido en alguna parte la franca confesion de un abad benedictino: «Mi voto de pobreza me ha producido dos millones quinientos mil reales al año; mi voto de obediencia me ha elevado á la dignidad de príncipe soberano.» — No me acuerdo de las consecuencias de su voto de castidad.

(58) Pior, fraile ejipcio, permitia á su hermana el verle; pero durante su visita tenia los ojos cerrados. Véase Vit. Patrum, l. III, p. 504. Podrian citarse otros muchos ejemplos.

(59) Los artículos 7, 8, 29, 30, 31, 34, 57, 60, 86 y 95 de la regla de San Pacomio imponen algunas leyes intolerables de silencio y mortificacion.

(60) Discute Casiano, en sus libros tercero y cuarto de sus Instituciones, las oraciones de los frailes; y prefiere la liturjia que dedicó un ánjel á los monasterios de Tabena.

(61) Casiano, por su propia esperiencia, describe el *acedia*, ó dar oidos á las tentaciones del cuerpo y de la imajinacion, á lo que se esponia un fraile, cuando deseaba estar solo. Sœpiusque egreditur et ingreditur cellam, et Solem velut ad occasum tardius properantem crebrius intuetur (Institut. X, 1).

(62) El desgraciado Estajirio comunicó á su amigo San Crisóstomo sus tentaciones y padecimientos. Véanse las obras de Middleton, v. 1, p. 107,

110. Lo mismo se halla en la vida de todos los santos ; y el famoso Iñigo ó Ignacio, el fundador de los Jesuitas (Vida de Inigo de Guiposcoa, tom. I, p. 29-38) puede servir de ejemplo.

(63) Fleury, Hist. Ecclésiastique, tom. VII, p. 46. He leido en alguna parte, en el Vitæ patrum ; pero no me acuerdo en qué pájina, que *varios*, supongo *muchos*, frailes se suicidaron, por no haber comunicado al abad sus tentaciones.

(64) Casiano, en sus colaciones siete y ocho, examina detenidamente la causa de que los demonios sean menos numerosos y activos desde el tiempo de San Antonio. El estenso índice de Rosweyde al Vitæ Patrum apunta un gran número de escenas infernales. Los diablos bajo forma femenina eran los mas temibles.

(65) Para la debida distincion de los *Cenobitas* y *los Ermitaños*, particularmente en Ejipto, véase Jerónimo (tom. I, p. 45, ad Rusticum), el primer diálogo de Sulpicio Severo, Rufino (c. 23 in Vit. Patrum, l. II, p. 478), Paladio (c. 7, 69 in Vit Patrum, l. VIII, p. 712, 758), y sobre todo, la octava y novena colacion de Casiano. Estos escritores, que comparan la vida comun con la solitaria, manifiestan el abuso y peligro de la última.

(66) Suicer. Thesaur. Ecclesiast., tom. II, p. 205, 218. Tomasin (Discipline de l'Eglise, tom. I, p. 1501, 1502) hace una relacion exacta de estas celdas. Cuando Jerásimo fundó su monasterio, en las asperezas del Jordan, estaba acompañado por una Laura de setenta celdas.

(67) Teodoreto recopiló en un tomo (el Philothecus in Vit. Patrum, l. IX, p. 793-863) la vida y milagros de treinta anacoretas. Evagrio (l. I, c. 12) ensalza, en pocas palabras, á los frailes y ermitaños de Palestina.

(68) Sozomen, l. VI, c. 33. El gran San Efrem compuso un panejírico sobre estos βόσκοι, ó monjes que pacian la yerba (Tillemont, Mém. eccl., tom. VIII, p. 292).

(69) El P. Sicard (Missions du Levant, tom. II, p. 217-233) examinó las cuevas de la baja Tebaida con pasmo y devocion. Las inscripciones están en antiguo siríaco, usado por los Cristianos de Abisinia.

(70) Véanse Teodoro (in Vit. Patrum, l. IX, p. 848-854), Antonio (in Vit. Patrum, l. I, p, 170-177), Cosmas (in Asseman, Biblioth Oriental, tom. I, p. 239-253), Evagrio (l. I, c. 13, 14), y Tillemont (Mém. Ecclés. tom. XV, p. 347-392).

(71) La corta circunferencia de dos codos, ó tres piés, que asigna Evagrio á lo alto de la columna, no es probable, ni se aviene con los hechos ni las reglas de arquitectura. El pueblo podia engañarse fácilmente, pues la miraba desde abajo.

(72) No debo ocultar un antiguo hecho escandaloso con respecto al oríjen de esta úlcera. Dícese que el diablo, tomando una forma anjelical, le invitó á subir, como á Elija, á un carro igneo. El santo se apresuró á levantar el pié, y aprovechando Satanás el momento, le aplicó el castigo de su vanidad.

(73) No sé cómo escojer ó especificar los milagros contenidos en el *Vitæ Patrum*, de Rosweyde, pues su número escede á las mil pájinas de aquella obra voluminosa. En los Diálogos de Sulpicio Severo, y en la vida de San Martin, se halla una muestra elegante. Reverencia á los frailes de Ejipto; con todo los insulta diciendo que nunca resucitaron ningun muerto; cuando el obispo de Turs devolvió la vida á *tres*.

(74) Sobre Ulfilas y la conversion de los Godos, véase Sozomen, l, VI, c. 37. Sócrates, l. IV, c. 35. Teodoreto, l. IV, p. 37. Filostorjio, . II, c. 5. La herejía de Filostorjio parece haberle dado mejores medios de iuformarse.

(c) Este es el alfabeto Meso-Gótico del que muchos caractéres están tomados del griego romano. M. Saint Martin con todo asegura que es imposible que anteriormente no se usase algun otro alfabeto entre los Godos. Supone que sus caractéres primitivos son aquellos que se hallan en los runos, pero que estando en relacion con las antiguas supersticiones idólatras, fueron desterrados por los misioneros cristianos. Las runos, tan comunes entre las tribus jermanas, desaparecieron tras la propagacion cristianismo. Saint Martin, IV, p. 97, 98. —M.

(75) En el año 1665 se publicó una copia imperfecta de los cuatro Evanjelios, en la version gótica, y se mira como el monumento mas antiguo de la lengua teutónica, aunque Wetstein trata, con algunas conjeturas frívolas, de privar á Ulfilas del honor de la obra. Dos de estas cuatro letras adicionales espresan la *W* y nuestra *Th*. Véase Simon, Hist. Critique du Nouveau Testament, tom. II, p. 219 223. Mill. Prolegom. p. 151, edic. Kuster. Wetstin, Prolegom., tom. I, p. 114 (*).

(76) Filostorjio coloca equivocadamente este pasaje en tiempo de Constantino; pero creo que precedió á la grande emigracion.

(*) El Codex Argenteus, hallado en el siglo diez y seis en Wenden, cerca de Colonia, y conservado hoy dia en Upsal, contiene casi los cuatro Evanjelios completos. La mejor edicion es la de J. Christ. Zalen, Weissenfels, 1805. En 1762, Knettel descubrió y publicó, de un manuscrito palimpsesto, cuatro capítulos de la epístola á los Romanos: fueron reimpresos en Upsal en 1763. Desde entónces M. Mayo descubrió otros fragmentos y restos de la literatura Meso-Gótica, de un palimp sesto en Milau. Véase Ulphilæ partium inedictarum in Ambrosianis Palimpsestis ab Ang. Maio repertarum specimen. Milan. 4°. 1819.-M.

(77) Agradecemos á Jornandes (de Reb. Get, c. 51, p. 688) la breve y viva pintura de los Godos menores. Gothi minores, populos immensus, cum suo Pontifice ipsoque primate Wulfila. Estas últimas palabras, no son unicamente tautolojía, encierran alguna jurisdiccion temporal.

(78) At non ita Gothi non ita Vandali; nuclis licet doctoribus instituti, meliores tamen etium in hac parte quam nostri. Salviano de Gubern. Dei, l. VII, p. 243.

(79) Mosheim describió lijeramente los progresos del Cristianismo en el Norte, desde el siglo cuarto al catorce. El asunto suministra materiales para una historia eclesiástica y aun filosófica.

(80) Atribuye Sócrates (l. VII, c. 30) á esta causa la conversion de los Borgoñones, cuya piedad cristiana celebra Orosio (l. VII, c. 19).

(81) Véase una epístola orijinal y curiosa de Daniel, el primer obispo de Winchester (Beda, Hist Eccles. Anglorum, l. V, c. 18, p. 203, edic. Smith) á San Bonifacio, que predicaba el Evanjelio entre los salvajes de Hese y Turinjia. Epístol. Bonifacii, LXVII, en la Maxima Bibliotheca Patrum, tom. XIII, p. 93.

(82) La espada de Carlomagno añade algun peso á este argumento; pero cuando David escribió esta epístola (A. 723), los Mahometanos, que reinaban desde la India á España, podian haberla vuelto contra los Cristianos.

(83) Las ideas de Ulfilas y de los Godos se inclinaban á un semiarrianismo, pues no querian confesar que el Hijo era una *criatura*, aunque formaban comunion con los que sostenian aquella herejía. Su apóstol presentaba esta controversia como una cuestion insignificante, suscitada únicamente por las pasiones del clero. Teodoreto, l. IV, c. 37.

(84) El arrianismo de los Godos se imputó al emperador Valente: «Itaque justo Dei judicio ipsi eum vivum incenderunt, qui propter eum etiam mortui, vitio erroris arsuri sunt.» Orosio, l. VII, c. 33, p. 554. Confirma Tillemont esta cruel sentencia (Mém. Ecclés., tom. VI, p. 604-610), y observa con indiferencia, «un seul homme entraîna dans l'enfer un nombre infini de Septentrionaux, etc.» Salviano (de Gubern. Dei, l. V, p. 150, 151) compadece y escusa su error involuntario.

(85) Afirma Orosio que en el año 416 (l. VII, c. 41, p. 580) las iglesias de Cristo (de los Católicos) estaban llenas de Hunos, Suevos, Vándalos y Borgoñones.

(86) Radbod, rey de los Frisones, quedó tan escandalizado al oir la atrevida declaracion de un misionero, que retiró el pié que habia puesto en la fuente bautismal. Véase Fleury, Hist. Ecclés., tom. IX, p. 167.

(87) Las epístolas de Sidonio, obispo de Clermont, en tiempo de los

Visigodos, y las de Avito, obispo de Viena, en el de los Borgoñones, esplican, algunas veces con oscuros apuntes, las disposiciones jenerales de los Católicos. La historia de Clodoveo y Teodorico suministrará algunos hechos particulares.

(88) Jenserico confiesa la semejanza, por la severidad con que castigó tan indiscretas alusiones. Victor Vitensis, 1, 7, p. 10.

(89) Tales son las quejas del contemporaneo Sidonio, obispo de Clermont (l. VII, c. 6, p. 182, etc., edic. Sirmond). Gregorio de Turs, que cita esta epístola (l. II, c. 25, in tom. II, p. 174), establece esta dudosa asercion, que de las nueve vacantes de Aquitania, algunas de ellas habian sido efecto de *martirios* episcopales.

(90) Los monumentos orijinales de la persecucion vandálica se hallan conservados en los cinco libros de la Historia Victor Vitensis (de Persecutione Vandalica), obispo desterrado por Hunerico; en la vida de San Fuljencio, que fué distinguido en la persecucion de Trasimundo (in Biblioth. Max. Patrum, tom. IX, p. 4-16), y en el primer libro de la guerra vandálica, por el imparcial Procopio (c. 7, 8, p. 196, 197, 198, 199). Dom Recinart, el último editor de Victor, ilustró el asunto con gran número de notas y un erudito suplemento (Paris, 1694).

(91) Victor, IV, 2, p. 65. Niega Hunerico el nombre de Católicos á los *Homoousianos*. Describe, como el viri Divinæ Majestatis cultores, su propio partido, que profesaba la fe, confirmada por mas de mil obispos en los sínodos de Rímini y Seleucia.

(92) Victor, II, 1, p. 21, 22, *Laudabilior*.... videbatur. En el manuscrito que omite esta palabra, el pasaje es inintelijible. Véase Ruinart, Not., p. 164.

(93) Victor, II, 2, p. 22, 23. El clero de Cartago llamaba estas condiciones *periculosæ*; y parecen haber sido propuestas como un lazo para cojer á los obispos católicos.

(94) Véase la narracion de esta conferencia, y el trato de los obispos, en Victor, II, 13-18, p. 35-42, y todo el cuarto tomo, p. 63-171. El libro tercero, p. 42-62, está enteramente lleno con su apolojía ó confesion de fe.

(95) Véase la lista de los obispos africanos, en Victor, p. 117-140, y notas de Ruinart, p. 215-397. El nombre cismático de *Donato* se halla con frecuencia, y parecen haber adoptado (como los fanáticos de los últimos tiempos) las piadosas denominaciones de *Deodatus*, *Deogratias*, *Quidvultdeus*, *Habetdeum*, etc. (*).

(*) Estos nombres parecen haber sido introducidos por los Donatistas.—M.

(96) Fulgent., Vit., c. 16-29. Trasimundo finjia ensalzar la moderacion y sabiduría ; y Fuljencio dedica tres libros de controversia al tirano arriano, á quien denomina *piissime Rex*. Biblioth. Maxim. Patrum, tom. IX, p. 41. Menciónanse únicamente seis obispos desterrados en tiempo de Fuljencio; auméntanlos hasta ciento y veinte Victor Tununensis é Isidoro ; y en la *Historia Miscella* , y en una crónica breve y auténtica de aquellos tiempos, traen el número de doscientos y veinte. Véase Ruinart, p. 570, 571.

(97) Véanse los viles é insípidos epígramas del estoico , que no podia sobrellevar el destierro con mas resignacion, que Ovidio. Córcega podia no producir grano , vino ó aceite ; pero no puede carecer de yerba, agua y aun fuego.

(98) Si ob gravitatem cæli interissent , *vile* damnum. Tacit. Annal. , II, 85. En esta aplicacion, Trasimundo hubiera adoptado el modo de leer de algunos críticos *utile* damnum.

(99) Véanse estos preludios de una persecucion *jeneral* en Victor, II, 3, 4, 7, y los dos edictos de Hunerico, l. II, p. 35, l. IV, p. 64.

(100) Véase Procopio, de Bell. Vandal., l. I, c. 7, p. 197, 198. Un príncipe moro trató de congraciarse con el Dios de los Cristianos , borrando todas las señales del sacrilejio vándalo.

(101) Véase esta historia en Victor , II, 8-12, p. 30-34. Describe Victor las desgracias de estos confesores como testigo de ellas.

(102) Véase el libro quinto de Victor. Confirma sus quejas apasionadas el testimonio de Procopio , y la declaracion pública del emperador Juliano (Cod., l. I, tit. XXVII).

(103) Victor, II, 18, p. 41.

(104) Victor, V, 4, p. 74, 75. Su nombre era Victoriano , rico ciudadano de Adrumeto, que gozaba de la privanza del rey ; por cuyo medio obtuvo el empleo , ó al menos el título de procónsul de Africa.

(105) Victor , I, 6, p. 8, 9. Tras referir la firme resistencia y diestra respuesta del conde Sebastian, añade , quare alio generis argumento postea bellicosum virum occidit.

(106) Victor , V , 12 , 13. Tillemont , Mém. Ecclés. , tom. VI, p. 609.

(107) *Primado* era el verdadero título del obispo de Cartago ; pero el de *patriarca* se daba por las sectas y naciones á sus eclesiásticos superiores. Véase Tomasin, Discipline de l'Église, tom. I, p. 155, 158.

(108) El patriarca Cirilo declaró que no entendia el latin (Victor, II, 18, p. 42) ; Nescio Latine ; y podia conversar con facilidad , sin ser capaz de discutir ó predicar en aquel idioma. Su clero vándalo era aun

mas ignorante; y poco habia que confiar en los Africanos que se habian conformado.

(109) Victor, II, 1, 2, p. 22.

(110) Victor, V, 7, p. 77. Acude al embajador, cuyo nombre era Uranio.

(111) *Astutiores*, Victor, IV, 4, p. 70. Esplica claramente que su citacion del Evanjelio, «Non jurabites in toto;» se mencionó únicamente para eludir la obligacion de un juramento forzado. Los cuarenta y seis obispos que rehusaron jurar fueron desterrados á Córcega; y los trescientos dos que lo hicieron fueron distribuidos en las provincias de Africa.

(112) Fuljencio, obispo de Ruspe, en la provincia Bizancena, era de una familia senatorial, y habia recibido una educacion esmerada. Podia recitar todo Homero y Menandro antes que se le permitiese estudiar el latin, su lengua nativa (Vit. Fulgent., c. 1). Muchos obispos africanos entendian el griego, y varios teólogos griegos fueron traducidos al latin.

(113) Compárense los dos prólogos al Diálogo de Virjilio de Tapso (p. 118, 119, edic. Chipflet). Podia entretener al lector con una inocente ficcion; pero el asunto era demasiado serio, y los Africanos muy ignorantes.

(114) El P. Quesnel estableció esta opinion, que fué recibida favorablemente. Pero las tres siguientes verdades, por estrañas que parezcan, están hoy dia admitidas (Jerardo Vosio, tom. VI, p. 516-522. Tillemont, Mém. Ecclés., tom. VIII, p. 667-671). 1. San Atanasio no es el autor del credo que se lee tan á menudo en nuestras iglesias. 2. Parece no haber existido hasta un siglo despues de su muerte. 3. Fué redactado en latin, y por consiguiente en las provincias occidentales. Jenadio, patriarca de Constantinopla, quedó tan sorprendido con esta estraordinaria composicion, que declaró francamente que era obra de un beodo. Petav. Dogmat., Theologica, tom. II, l. VII, c. 8, p. 687.

(115) Juan, V, 7. Véase Simon, Hist. Critique du Nouveau Testament, part. I, c. XVIII, p. 203-218; y part. II, c. IX, p. 99-121; y el Prolegomena y Anotaciones del doctor Mill y Wetstein á sus ediciones del Testamento griego. En 1689, el católico Simon queria ser libre; en 1707, el protestante Mill deseaba ser esclavo; en 1751, el arminio Wetstein disfrutó de la libertad de su época y de su secta (*).

(*) Continuó promoviéndose esta controversia, aunque con menos interés aun por el partido mas relijioso de la comunidad; y puede considerarse como terminada, habiendo adoptado los eruditos casi jeneralmente las conclusiones de

(116) De *todos* los manuscritos que existen hoy dia, en número de cuarenta, algunos tienen mas de 1200 años (Wetstein ad loc.) Las copias *ortodojas* del Vaticano, de los editores complutenses, de Roberto Stefens, están inintelijibles; y los manuscritos de Dublin y Berlin no valen la pena de esceptuarlos. Véanse las Obras de Emlyn, vol. II, p. 227-255, 269-299; y las cuatro injeniosas cartas de Mr. Missy, in tom. VIII y IX del Diario Británico.

(117) O con mas propiedad, por *cuatro* obispos, que componian y publicaban la profesion de fe en nombre de sus hermanos. Denominaban esta composicion luce clarius (Victor Vitensis, de Persecut. Vandal., l. III, c. 11, p. 54). Se halla luego citado por los polémicos africanos, Vijilio y Fuljencio.

(118) En los siglos once y doce, corrijieron las Biblias Lanfranc, arzobispo de Canterbury, y Nicolas, cardenal y bibliotecario de la iglesia romana, secundum orthodoxam fidem (Wetstein, Prolegom, p. 84, 85). A pesar de estas correcciones, el pasaje está aun defectuoso en veinte y cinco líneas del manuscrito latino (Wetstein ad loc.), el mas antiguo y perfecto; dos circunstancias que pocas veces se hallan hermanadas, á no ser en los manuscritos.

(119) El arte inventado por los Jermanos se aplicó en Italia á los escritores profanos de Roma y Grecia. El orijinal griego del Nuevo Testamento se publicó por aquel tiempo (A. 1514, 1516, 1520) por la industria de Erasmo y el desprendimiento del cardenal Jimenez. El poligloto complutense costó al cardenal 50,000 ducados. Véase Mattaire, Annal. Typograph., tom. II, p. 2-8, 125-133; y Wetstein, Prolegomena, p. 116-127.

(120) El prudente Erasmo estableció en nuestro Testamento Griego los tres testimonios; la supersticion de los editores complutenses; el error ó fraude tipográfico de Roberto Stefens en la colocacion de una llave, y la deliberada mentira ó estraña mala intelijencia de Teodoro Beza.

(121) Plin., Hist. Natural, V, 1. Itinerar. Wesseling, p. 15. Celario, Jeografia Antigua, tom. II, part. II, p. 127. Esta Tipasa (que no debe confundirse con otra en Numidia) era una ciudad de alguna importancia, desde que Vespasiano la fundó con el derecho de Lacio.

(122) Optatus Milevitanus de Schism. Donatist, l. II, p. 38.

(123) Victor Vitensis, V, 6, p. 76. Ruinart., p. 483-487.

(124) Æneas Gazæus in Teophrasto, in Biblioth. Patrum, tom. VIII,

Porson en sus Cartas á Travis. Véanse los folletos del último obispo de Salisbury y de Crito Cantabrijense, Dr. Turton de Cambridge.—M.

p. 664, 665. Era cristiano, y compuso este diálogo (el Teofrasto) sobre la inmortalidad del alma, y la resurreccion del cuerpo; además veinte y cinco epístolas, que aun se conservan. Véase Cave (Hist. Litteraria, p. 297) y Fabricio (Biblioth. Græc., tom. I, p. 422).

(125) Justiniano, Codex, l. I, tit. XXVII. Marcellin. in Chron., p. 45, in Thesaur. Temporum Scaliger. Procopio, de Bell. Vandal., l. I, c. 7, p. 196. Gregor. Magnus, Dialog. III, 32. Ninguno de estos testigos especifica el número de confesores, que una antigua menolojía fija en sesenta (apud Ruinart, p. 486). Dos de ellos perdieron el habla por abuso de los placeres; pero el milagro está cohonestado por el ejemplo de un muchacho que *nunca* habló antes de que le cortasen la lengua.

(126) Véanse los dos historiadores jenerales de España, Mariana (Hist. de Rebus Hispaniæ, tom. I, l. V, c. 12-15, p. 182-194), y Ferreras, Traduccion francesa, tom. II, p. 206-247). Mariana casi olvida que es Jesuita, para adoptar el estilo de un clásico romano. Ferreras, industrioso compilador, revisa los hechos, y rectifica su cronolojía.

(127) Goisvinta se desposó con dos reyes visigodos: Atanajildo, del cual dió á luz á Brunequilda, la madre de Ingundis; y Leovijildo, cuyos dos hijos Hermenejildo y Recaredo nacieron de un matrimonio anterior.

(128) Iracundiæ furore succensa, adprehensam per comam capitis puellam in terram conlidit, et diu calcibus verberatam, ac sanguine cruentatam, jussit exspoliari, et piscinæ immergi. Greg. Turon., l. V, c. 39, in tom. II, p. 255. Gregorio es uno de los mejores orijinales para esta parte de la historia.

(129) Los Católicos que recibian el bautismo de los herejes renovaban la ceremonia, ó, segun se denominó despues, el sacramento de la confirmacion, al cual se atribuyen muchas místicas y maravillosas prerogativas, tanto visibles como invisibles. Véase Chardon, Hist. des Sacremens, tom. I, p. 405-552.

(130) Oset, ó Julia Constancia, en frente de Sevilla, á la parte norte del Betis (Plin. Hist. Natur., III, 3): y la referencia auténtica de Gregorio de Turs (Hist. Francor., l. VI, c. 43, p. 288) merece mas crédito que el nombre de Lusitania (de Gloria Martyr, c. 24), que le aplicó el vano y superticioso Portugués (Ferreras, Historia de España, tom. II, p. 166).

(131) Este milagro se ejecutó con maña. Un rey arriano selló las puertas y mandó abrir un gran foso en derredor de la iglesia, sin que esto bastase á interceptar el suministro del agua bautismal.

(132) Ferreras (tom. II, p. 168-175. A. 550) aclaró las dificultades

con respecto al tiempo y circunstancias de la conversion de los Suevos. Leovijildo los habia agregado últimamente á la monarquía gótica de España.

(133) Esta adicion al credo niceno, ó mas bien constantinopolitano, se hizo primero en el octavo concilio de Toledo, A. 653; pero era la espresion de la doctrina popular (Jerardo Vosio, tom. IV, p. 527, de tribus Symbolis).

(134) Véase Gregorio Magn., l. VII, epist. 126, apud Baronium, Annal. Eccles. A. 599, núm. 25, 26.

(135) Pablo Warnefrid (de Gestis Langobard. l. IV, c. 44, p. 853, edic. Grot.) conviene en que el arrianismo preponderaba aun en el reinado de Rotario (A. 636-652). No trata el piadoso *diácono* de fijar la era exacta de la conversion nacional, la que, con todo, se verificó antes de terminarse el siglo séptimo.

(136) Quorum fidei et conversioni ita congratulatus esse rex perhibetur, ut nullum tamen cogeret ad Christianissimum..... Didicerat enim a doctoribus auctoribusque suæ salutis, servitium Christi voluntarium non coactitium esse debere. Bedæ, Hist. Ecclesiastic., l. I, c. 26, p. 62, edic. Smith.

(137) Véanse los historiadores de Francia, tom. IV, p. 114; y Wilkins, Leges Anglo Saxonicæ, p. 11, 31. Siquis sacrificium immolaverit præter Deo soli morte moriatur.

(138) Los Judíos suponen haber sido introducido en España por las escuadras de Salomon, y las armas de Nebuco; que Adriano trasportó cuarenta mil familias de la tribu de Judá y diez mil de la de Benjamin, etc. Basnage, Hist. des Juifs, tom. VII, c. 9, p. 240-256.

(139) Isidoro, en aquella época arzobispo de Sevilla, menciona, desaprueba, y felicita el celo de Sisebuto (Chron. Goth., p. 728). Baronio (A. 614, núm. 41) designa el número, apoyándose en la autoridad de Aimoin (l. IV, c. 22); pero el testimonio es débil, y no me ha sido posible el verificar la cita (Historiadores de Francia, tom. III, p. 127).

(140) Basnage (tom. VIII, c. 13, p. 388-400) representa fielmente el estado de los Judíos; pero podia haber añadido, de los cánones de los concilios españoles, y de las leyes de los Visigodos, muchas circunstancias curiosas muy, esenciales, para su asunto, aunque muy ajenas del mio (*).

(*) Compárese Milman, Hist. de los Judíos, III, 256, 266.—M.

CAPITULO XXXVIII.

Reinado y conversion de Clodoveo.—Sus victorias sobre los Alemanes, Borgoñones y Visigodos. — Establecimiento de la monarquía francesa en la Galia. — Leyes de los Bárbaros. — Estado de los Romanos. — Los Visigodos de España. — Conquista de la Bretaña por los Sajones.

Mal hallados los Galos con el yugo romano (1), recibieron una leccion memorable de un teniente de Vespasiano, cuyo tino trascendental quedó realzado por el númen de Tácito (2). «El padrinazgo de la república ha libertado á la Galia de sus discordias interiores y de invasores estraños. Con el malogro de la independencia nacional os habeis granjeado el nombre y los privilejios de ciudadanía romana. Estais disfrutando, al par de nosotros, las ventajas permanentes de un gobierno civil, y vuestra situacion lejana os resguarda de los quebrantos imprevistos de la tiranía. En vez de estremar el derecho de conquista, nos hemos contentado con cargaros unos tributos imprescindibles para vuestra propia conservacion. Solo con ejércitos se afianza la paz, y el pueblo es quien ha de costear las tropas. Por vuestro interés, y no por el nuestro, estamos guardando la valla del Rin contra los montaraces Jermanos que tantas veces intentaron, y que siempre seguirán anhelando el trocar las soledades de sus malezas y pantanos por las riquezas y la fertilidad de la Galia. Aciaga fuera la ruina de Roma para las provincias, y luego yaceriais bajo los escombros de la grandiosa mole, encumbrada por el teson y la sabiduría de ocho siglos. Allá os arrollaria con esa libertad soñada un dueño bravío, y tras la espulsion de los Romanos, se os desplomaria el turbion sempiterno de hostilidades de unos conquistadores bárbaros (3).» Aceptóse la advertencia saludable y se cumplió el funesto vaticinio. En el plazo de cuatro siglos, los Galos esforzados, contrastadores de las armas del César, se habian ido imperceptiblemente confundiendo en el globo jeneral de ciudadanos y súbditos: quedó disuelto el imperio occidental, y los Jermanos de allende el Rin batallaron ferozmente por la posesion de la Galia, y se acarrearon ya el menosprecio, ya el odio de sus moradores cultos y pacíficos. Engreidos como sucede con su preeminencia en luces y en lujo, mofábanse de los salvajes velludos y ajigantados del Norte, de sus modales montaraces, bulla descompasada,

voracidad insaciable, y traza horrorosa, tan repugnante á la vista como al olfato. Cultivábanse todavía los estudios finos en las escuelas de Autun y de Burdeos, y la juventud usaba en la Galia familiarmente el habla de Ciceron y de Virjilio. Estremeciánse sus oidos con aquellos sonidos broncos y desusados del dialecto jermánico, y se lamentaban injeniosamente de que las musas trémulas huian á carrera de los ecos de una lira borgoñona. Dotados descollaban los Galos con todas las prendas del arte y la naturaleza; mas careciendo de pujanza para resguardarlas, quedaron debidamente condenados á adular á los bárbaros victoriosos, á cuya clemencia eran acreedores de sus haberes mal seguros, y aun de sus vidas (4).

No bien Odoacro anonadó el imperio occidental, fué en pos de intimidad con los bárbaros mas poderosos (A. 476—481); cedió á Eurico, rey de los Visigodos, todas las conquistas romanas allende los Alpes, hasta el Rin y el Océano (5), y cupo al senado el revalidar el don grandioso con ostentacion de poderío y sin quebranto positivo en rentas ni en dominios. La ambicion y el acierto abonaron las pretensiones lejítimas de Eurico; la nacion goda pudo aspirar, bajo su mando, á la monarquía de España y Galia. Rindiéronse á sus armas Arles y Marsella; arrolló la libertad de Auvernia, y el obispo se avino á comprar su regreso por medio de alabanzas repugnantes, aunque justas. Estuvo esperando Sidonio á los umbrales del palacio con una caterva de embajadores y demandantes, y la variedad de los negocios en la corte de Burdeos demostraba el poderío y nombradía del rey de los Visigodos. Los Hérulos del remoto Océano, que pintaban su desnudez azuladamente, imploraron su amparo, y los Sajones respetaron las provincias marítimas de un príncipe que carecia de fuerza naval. Los corpulentos Borgoñones se allanaron á su dominio, ni restableció á los rendidos Francos hasta despues de imponer á su altanería condiciones desiguales de paz. Acudieron los Vándalos del Africa en busca de su amistad, y sostuvo con su auxilio poderoso á los Ostrogodos de Panonia contra las demasías de los Hunos inmediatos. El Norte (así se espresa el poeta) se alborotaba ó se aplacaba al entrecejo de Eurico, el gran rey de Persia consultaba con el oráculo del Occidente, y el dios anciano del Tiber tenia que vivir al amparo del númen lozano del Garona (6). Colgada suele estar la suerte de naciones enteras de un acaso; y la Francia puede atribuir su engrandecimiento á la temprana muerte del rey godo en el trance de ser su hijo un niño desvalido, y su contrario Clodoveo (7) un mozo esforzado y ambicioso.

Mientras Quilderico, padre de Clodoveo, yacia desterrado en Jermania, mereció agasajos al rey y á la reina de los Turinjios. Despues de restablecido, huyó Basina del lecho nupcial á los brazos de su amante, manifestando sin rebozo que si conociera hombre mas despejado, vale-

roso y jentil que Quilderico, aquel fuera el objeto de su cariño (8). Nació Clodoveo de aquel enlace voluntario, y ya á la edad de quince años sucedió á su padre difunto en el mando de la tribu sálica. Reducíase su reino (9) á la estrechez de la isla Bátava y las diócesis antiguas de Turnay y Arras (10); y al bautizo de Clodoveo tan solo pudieron acudir cinco mil guerreros. Las tribus emparentadas de los Francos, que se habian avecindado por los rios Escalda, Mosa, Mosela y el Rin, se gobernaban por sus reyes independientes de la alcurnia merovinjia, iguales, aliados, y á veces enemigos del príncipe sálico. Pero los Jermanos, que obedecian en paz la jurisdiccion hereditaria de sus caudillos, eran árbitros de séguir las banderas de un jeneral bienquisto y victorioso, y las prendas de Clodoveo le granjearon el respeto y los homenajes de la confederacion nacional. Al salir á campaña carecia de metálico en su erario y de trigo y vino en sus almacenes (11); pero siguió el ejemplo de César, quien se ajenció riquezas con su espada en el mismo pais, y reclutó soldados con los frutos de su conquista. Tras una batalla ó espedicion venturosa, se hacinaban los despojos en masa comun, cabíale á cada guerrero su parte competente, y la preeminencia real se conformaba con la cuota que le correspondia por la ley militar. El ánimo indómito de los bárbaros tuvo que doblegarse al predominio de la disciplina arreglada (12), y en la reseña anual del mes de mayo, se les examinaban esmeradamente las armas y al atravesar un territorio pacífico, se les vedaba el tocar ni una brizna de grama. Inexorable era la justicia de Clodoveo, y todo soldado desobediente ó perezoso era reo de muerte. Es por demás el elojiar el valor de un Franco; pero el de Clodoveo iba encaminado por la pauta de su cordura serena y consumada (13). En todo negocio justipreciaba por quilates ya el interés, ya el arrebato, ya la opinion, atemperando sus disposiciones al ímpetu sanguinario de los Jermanos, y luego al temple mas apacible de Roma y del Cristianismo. Atajóle la muerte en la carrera de la victoria, habiendo fallecido á los cuarenta y cinco años de edad, mas dejando ya redondeado en el plazo de treinta años el establecimiento de la monarquía francesa en la Galia.

La derrota de Siagrio, hijo de Ejidio, fué la primera proeza de Clodoveo, y en este trance pudo el encono personal acibarar la contienda pública (A. 486). Estaba la gloria del padre insultando todavía á la alcurnia merovinjia, y el poderío del hijo encelaria la ambicion del rey de los Francos. Heredó Siagrio en patrimonio la ciudad y la diócesis de Soisons: las reliquias desoladas de la segunda Béljica, Reims y Troyes, Beauvais y Amiens, debian naturalmente avasallarse al conde ó patricio (14); y desplomado ya el imperio occidental, podia reinar con el dictado, ú á lo menos con la autoridad de rey de los Romanos (15). Educóse, como romano, en los estudios cultos de retórica y jurispru-

dencia; mas el acaso y la política lo familiarizaron en el uso de la lengua jermánica. Acudian los bárbaros independientes al tribunal de un estranjero, que poseia la habilidad de irles desentrañando los dictámenes de la razon y de la equidad. Bienquistóse el juez con su eficacia y agrado, mereciendo obediencia sus sentencias imparciales, y el reinado de Siagrio sobre los Francos y los Borgoñones estaba al parecer resucitando el instituto primitivo de la sociedad humana (16). En medio de tan pacíficas tareas, recibe y acepta denodadamente Siagrio el reto de Clodoveo, quien desafia á su competidor con desenfado caballeresco á fin de que señale sitio, dia y hora para la batalla (17). Desembocara Soisons en tiempo de César hasta cincuenta mil caballos, surtidos de sobras con broqueles, corazas y máquinas militares de los arsenales y manufacturas de la ciudad (18). Mas yacia la pujanza y escaseaba el número de la juventud en la Galia; y los asalariados y voluntarios mal acuadrillados que seguian el pendon de Siagrio eran inhábiles para contrarestar el valor nacional de los Francos. Seria impropio, careciendo de datos acerca de las fuerzas y recursos de Siagrio, tildar su fuga tras la pérdida de una refriega á la corte lejana de Tolosa. Endeble arrimo, ni resguardo ofrecia al desventurado fujitivo la apocada memoria de Alarico; despavoridos los Godos (19) con las amenazas de Clodoveo, entregaron, tras breve encierro, al *monarca* romano á manos del verdugo. Rindiéronse las ciudades belgas al rey de los Francos, ensanchándose sus dominios por levante con la grandiosa diócesis de Tongre (20) que avasalló Clodoveo á los diez años de su reinado.

Desatinadamente se ha ido á derivar el nombre de Alemanes de su soñado establecimiento sobre las orillas del lago *Leman* (21). Los Borgoñones fueron los ocupadores de aquel distrito pingüe desde aquel lago hasta Avenche y el monte Jura (22) (A. 496). Habian con efecto los feroces Alemanes sojuzgado la parte septentrional de la Helvecia, destrozando con sus propias manos el fruto de su conquista. La provincia, mejorada y engalanada con las artes de Roma, quedó de nuevo yerma y montaraz, y aun quedan rastros de la suntuosa Vindonisa en el valle fértil y populoso del Aar. (23). Desde el manantial del Rin hasta su confluencia con el Mein y el Mosela, estaban los enjambres formidables de los Alemanes mandando por derecho de conquista ó de su victoria reciente. Se habian internado en la Galia por las provincias modernas de la Alsacia y la Lorena, y el avance denodado del reino de Colonia precisó al príncipe sálico á la defensa de sus aliados Ripuarios. Tropezó Clodoveo con los invasores de la Galia en la llanura de Tolbiac, como á ocho leguas de Colonia, y las dos naciones jermanas tan bravías se enardecian mutuamente con la memoria de hazañas anteriores y la perspectiva de grandezas venideras. Cejaron, tras porfiado ahinco, los Francos; y los

Alemanes prorumpiendo en alaridos victoriosos estrechaban el alcance; mas la batalla se rehizo con el teson, la maestría y quizás la relijiosidad de Clodoveo, y el paradero de la jornada sangrienta decidió para siempre la alternativa del imperio ú la servidumbre. Feneció en la refriega el último rey de los Alemanes, y su jente fué destruida ó acosada hasta que arrojó las armas y se postró á la merced del vencedor. Faltos de disciplina, no podian rehacerse; habian arrasado con menosprecio los antemurales y fortificaciones que podian escudarlos en su desgracia; persiguiólos aun emboscados un enemigo no menos tenaz y animoso que ellos mismos. Teodorico, rey de Italia, congratuló á Clodoveo, recien casado con su hermana Albofleda, por tan suma victoria, intercediendo afectuosamente por los llorosos y fujitivos, quienes imploraban su amparo. Apropióse el vencedor cuantos territorios poseian los Alemanes en la Galia; y la nacion ya engreida, invicta ó rebelde para las armas de Roma, reconoció la soberanía de los reyes merovinjios, quienes la agraciaron permitiéndole gozar de sus costumbres é institutos bajo el gobierno de duques, ya temporales, ya por fin hereditarios. Conquistadas las provincias occidentales, únicamente los Francos siguieron conservando sus moradas antiguas allende el Rin, y fueron sucesivamente sojuzgando y civilizando los paises asolados hasta el Elba y las sierras de la Bohemia, afianzándose el sosiego de Europa con el rendimiento de la Jermania (24).

Continuó Clodoveo hasta los treinta años adorando á los dioses de sus antepasados (25) (A. 496). Su incredulidad, ó sea su desacato con el Cristianismo, pudo estimularle á saquear con menos reparo las iglesias de un territorio enemigo; mas los súbditos galos disfrutaron su ejercicio libre en punto á relijion, y los obispos esperanzaban mas con el idólatra que con los herejes. Contrajera aquel príncipe merovinjio un enlace venturoso con la hermosa Clotilde, sobrina de rey del Borgoña, educada, en medio de una corte arriana, en la fe católica. Interés y obligacion suya era el coronar la conversion (26) de un marido pagano, y Clodoveo fué imperceptiblemente dando oidos á la voz del cariño y de la relijion. Se avino (quizás se habia pactado de antemano) al bautismo de su primojénito; y aunque la muerte repentina del niño acarreó algunas zozobras supersticiosas, se recabó por segunda vez su condescendencia al azaroso esperimento. En el conflicto de la batalla de Tolbiac, habia Clodoveo invocado á voces al dios de Clotilde y de los Cristianos, y la victoria labró su ánimo para escuchar con reverente agradecimiento al elocuente (27) Remijio (28), obispo de Reims, quien esforzó poderosamente las ventajas temporales y espirituales de su conversion. Manifestóse el rey enterado de la verdad de la fe católica, y las razones políticas que pudieron dilatar su profesion pública quedaron arrolladas con las

aclamaciones devotas y leales de los Francos, que se mostraron igualmente prontos para seguir á su caudillo heroico al campo de batalla y á la pila bautismal. Celebróse la grandiosa ceremonia en la catedral de Reims, con cuantos requisitos de magnificencia y solemnidad pudieran augustamente encarecer los arcanos de la relijion en el ánimo de los recien convertidos (29). Bautizóse inmediatamente el nuevo Constantino con tres mil de sus belicosos súbditos, siguiendo su ejemplo los demás *bárbaros apacibles,* que por obedecer al prelado victorioso adoraban la cruz que antes habian quemado, y abrasaron los ídolos que habian adorado (30). Adolecia de raptos de fervor Clodoveo; encrudecíase con la relacion de los padecimientos y muerte de Cristo, y en vez de hacerse cargo de las resultas saludables de aquel sacrificio misterioso, solia esclamar con saña: « A estar yo presente con mis valerosos Francos, pronto lo desagraviara (31).» Mas el conquistador bravío de la Galia era incapaz de pararse á buscar las pruebas de una relijion en las pesquisas afanadas de testimonios históricos y teolojía especulativa. Menos le podia impresionar todavía el influjo del Evanjelio que cautiva y acrisola todo pecho recien convertido. Era su reinado ambicioso un atropellamiento incesante de las obligaciones morales y cristianas, empapábanse en sangre sus manos en la paz como en la guerra, y no bien hubo Clodoveo despedido un sínodo de la iglesia galicana, cuando sosegadamente asesinó á todos los príncipes de la alcurnia merovinjia (32). Adoraria sin embargo al dios cristiano entrañablemente como á un Sér mas remontado y poderoso que sus deidades nacionales; y el rescate y triunfo señalado de Tolbiac alentó á Clodoveo para confiar en el amparo venidero del Señor de los ejércitos. Habia Martin, santo muy popular, atronado el orbe occidental con la nombradía de aquellos milagros que menudeaban á toda hora en su sepulcro sagrado de Turs. Su auxilio patente ó invisible engrandeció los triunfos de un príncipe ortodojo y dadivoso; y la advertencia profana del mismo Clodoveo de que San Martin era un amigo costoso (33) no debe interpretarse como muestra de una duda permanente ó raciocinada. Mas alborozóse la tierra al par del cielo con la conversion de los Francos, pues el dia memorable en que Clodoveo se purificó en la pila bautismal, solo él, en el ámbito del Cristianismo, mereció el dictado y las prerogativas de rey Católico. Abrigaba el emperador Anastasio sus errores acerca de la naturaleza de la encarnacion divina, y aun yacian Italia, Africa, España y Galia en el cieno de la herejía. El primojénito, ó mas bien el único hijo de la iglesia, quedó reconocido por el clero como su soberano lejítimo, ú libertador glorioso, y la faccion católica echó el resto de su ahinco á favor de las armas de Clodoveo (34).

Bajo el imperio romano, las riquezas y prepotencia de los obispos, su carácter sagrado y autoridad perpetua, sus muchos dependientes, elo–

cuencia popular y juntas provinciales, siempre les acarreaban respeto, y aun trascendencia, á veces arriesgada. Fué creciendo su influjo al par de la superstición, y el establecimiento de la monarquía francesa puede hasta cierto punto atribuirse á la estrecha hermandad entre un centenar de prelados que reinaban en las ciudades independientes ó descontentas de la Galia (A. 497,etc.). Se estremeció y desquició repetidamente la frájil república *Armórica;* pero un mismo pueblo seguia conservando su libertad; descollaba con el señorío del nombre romano, y contrarestó esforzadamente las correrías y salteamientos y los avances formales de Clodoveo, empeñado siempre en abarcar con sus conquistas el Sena y el Loira. Con su resistencia venturosa se planteó la concordia honorífica, y así los Francos apreciaron el valor de los Armoricanos (35), y estos se avinieron á la relijion de los Francos. La fuerza militar de los apostaderos para la defensa de la Galia se componia de cien destacamentos diversos de infantería y caballería; y aquella tropa, aunque se apellidaba privilejiadamente romana, se iba reclutando de continuo con refuerzos de juventud bárbara. Su desesperado valor escudaba todavía los puntos avanzados del ya descabalado imperio; mas quedaban atajados irreparablemente y en total abandono, así por los príncipes de Constantinopla como por los usurpadores arrianos de la Galia, de cuyo roce huian como católicos. Aceptaron sin rubor ni reparo la capitulacion garbosa que les propuso un héroe tambien católico; y esta ralea bastarda ó lejítima de las lejiones siguió por siglos diferenciándose con sus armas, insignias, instituto y traje particular. Mas robusteciose la fuerza nacional con estos refuerzos voluntarios y poderosos, y los reinos confinantes vinieron á tener el número al par del denuedo de los Francos. Las provincias septentrionales de la Galia se fueron al parecer incorporando, no por el trance de una batalla, sino por el resultado repetido de guerras y convenios; y Clodoveo alcanzó cada objeto de su ambicion con otorgamientos y conatos proporcionados á sus valores respectivos. Su destemple feroz y las prendas de Henrique IV suministran las ideas mas opuestas de la naturaleza humana; cabe sin embargo algun cotejo en la situacion de dos príncipes que avasallaron la Francia con su denuedo, su política y el merecimiento de una conversion oportuna (36).

El reino de Borgoña, señalado por dos rios de la Galia, el Saona y el Ródano, se estendia desde la selva de los Vosjes hasta los Alpes y el mar de Marsella (37). Empuñaba el cetro Gundobaldo (A. 499). Aquel príncipe esforzado y ambicioso habia reducido el número de los candidatos rejios con la muerte de los dos hermanos, uno de los cuales era padre de Clotilde (38); pero no fué cabal su atentado, dejando que su hermano menor Godejesildo siguiese poseyendo el principado dependiente de Jinebra. Sobresaltóse en gran manera el monarca arriano con la satisfaccion

y esperanzas que manifestaban al parecer el clero y el pueblo por la conversion de Clodoveo, y juntó Gundobaldo en Lion una porcion de obispos para zanjar, si fuese dable, sus desavenencias políticas y relijiosas. Ventilóse en balde el asunto entre los dos bandos; afeaban los arrianos á los Católicos su culto de tres dioses; mediaron distinciones y deslindamientos teolójicos, y los argumentos, objeciones y réplicas trilladas se arrojaban y contrarestaban con porfiado alboroto, hasta que el rey manifestando sus zozobras, prorumpió en una pregunta decisiva, pues dirijiéndose á los obispos católicos, clamó en estos términos: « Si profesais verdaderamente la relijion cristiana, ¿porqué no enfrenais al rey de los Francos? Me ha declarado la guerra, y se anda coligando con mis enemigos para mi esterminio. Un pecho sanguinario y codicioso es impropio para una conversion sincera; venga y acredite su fe con las obras.» Sonó con acento y semblante anjelical la contestacion del obispo de Viena, que tomó la voz por su hermano. «Ignoramos,» dijo, «los intentos y motivos del rey de los Francos; mas nos está enseñando la Escritura que cuantos reinos se desvian de la ley divina suelen ir al través, y que acosarán por todas partes enemigos á quien se ha enemistado con Dios. Vuelve con tu pueblo al gremio de la ley del Señor, y pacificará y afianzará tus dominios.» El rey borgoñon, ajeno de admitir el pacto que los Católicos venian á conceptuar esencial para el tratado, fué dilatando y al fin despidió la conferencia, despues de reconvenir á los obispos con que Clodoveo, su íntimo y alumno, trataba reservadamente de cohechar á su hermano (39).

Estaba ya este con efecto sobornado; y la obediencia de Godejesildo, que se incorporó con las tropas jinebrinas al estandarte real, afianzó eficazmente el éxito de la conspiracion (A. 500). Al estar peleando Francos y Borgoñones con igual empeño, su desercion oportuna decidió el éxito de la batalla, y como los Galos desafectos sostenian apocadamente á Gundobaldo, tuvo que ceder á las armas de Clodoveo, retirándose atropelladamente del campo, sito al parecer entre Langres y Dijon. Desconfió de la fortaleza de Dijon, que era cuadrangular y la cercaban dos rios y una muralla de treinta piés de altura y quince de macizo, con cuatro puertas y treinta y tres torres (40); desamparó las ciudades importantes de Lion y Viena, que fué arrollando Clodoveo, y siguió atropelladamente el fujitivo su carrera hasta guarecerse en Aviñon, á setenta leguas del campo de batalla. Lo largo del sitio y las arterías de la negociacion advirtieron al rey de los Francos el peligro y la dificultad de su empresa. Impuso tributo al Borgoñon, le precisó á indultar y aun galardonar al hermano por su alevosía, y volvió á sus dominios, engreido con los despojos y cautivos de las provincias meridionales. Nublóse el triunfo esplendoroso con el aviso de que Gundobaldo, quebrantando el ajuste reciente y sitiando á

Viena y rindiéndola por sorpresa, habia muerto el desventurado hermano Godejesildo, que guarnecia la plaza con cinco mil Francos (41). Tamaño desafuero enconara al soberano mas apacible; pero el conquistador de la Galia disimuló el insulto; descargó el impuesto y aceptó la alianza y el servicio militar del rey de Borgoña. No poseia ya Clodoveo las ventajas que lo sobreponian á todos en la guerra anterior; y su competidor, amaestrado con la adversidad, se habia granjeado el afecto y el arrimo del pueblo. Encarecian Galos y Romanos las leyes suaves é imparciales de Gundobaldo, que casi los nivelaba con sus vencedores. Lisonjeó y reconcilió á los obispos, esperanzándolos mañosamente con su cercana conversion, y aunque pasó la vida dilatando el plazo, su moderacion afianzó la paz y atrasó el esterminio del reino de Borgoña (42).

Ansiando estoy llegar á la ruina final de aquel reino, realizada en el reinado de Sijismundo, hijo de Gundobaldo. Granjeóse el católico Sijismundo los timbres de santo y mártir (43) (A. 532); pero el santo rejio empapó sus manos en la sangre de su inocente hijo, sacrificándolo inhumanamente á la altaneria y encono de una madastra; mas luego reconoció su yerro y lamentó tan irreparable malogro. Al abrazar Sijismundo el cadáver del mancebo desventurado, oyó la amonestacion tremenda de uno de los circunstantes: «No es su situacion, ó monarca, sino la tuya, la merecedora de lástima y lloros.» Embotó sin embargo los remordimientos de su conciencia culpada con cuantiosas donaciones al monasterio de Agauno, ú San Mauricio en el Vallés, fundado por él mismo en obsequio de los soñados mártires de la lejion Tebana (44). Instituyó el príncipe devoto un coro cabal de salmos perpetuos; solia practicar los ejercicios austeros de los monjes, y rogaba rendidamente que se le impusiese en este mundo la pena condigna á sus pecados. Fué oida su plegaria, pues estaban los vengadores á la puerta, anegando un ejército victorioso de Francos las provincias de Borgoña. Tras el desastrado éxito de una batalla, ansioso Sijismundo de dilatar su vida para alargar tambien sus penitencias, se ocultó con hábito relijioso en un desierto, hasta que lo descubrieron y manifestaron sus propios súbditos, con el afan de bienquistarse con los nuevos dueños. Trasladóse á Orleans al cautivo monarca con la esposa y dos niños para sepultarlos en un pozo hondísimo, de órden de los adustos hijos de Clodoveo, cuya crueldad tan solo admite alguna disculpa con las máximas y ejemplos de tan bárbaro siglo. Enardecia ó disfrazaba el cariño filial su ambicion de redondear la conquista de Borgoña; y Clotilde, cuya santidad no se cifraba en el perdon de los agravios, los estimulaba para que vengasen la muerte del padre en la familia del asesino. Otorgóse á los Borgoñones rebeldes, pues intentaron romper sus cadenas, el goce de las leyes nacionales con la pecha del tributo y del servicio militar, y los príncipes merovinjios siguieron reinando

en un pais, cuya gloria y señorío habian antes derribado las armas de Clodoveo (45).

Ajado habia la primera victoria de Clodoveo los timbres godos, infundiendo aquellos progresos denodados pavor y zelos, y la nombradía juvenil de Alarico quedó soterrada con el númen prepotente de su competidor (A. 507). Sobrevenian desavenencias con el deslinde repetido de sus provincias contiguas; y tras las demoras de negociaciones infructuosas, se propuso y aceptó un avistamiento personal de los dos reyes. Celebróse aquella conferencia de Clodoveo y Alarico en una islilla del Loira cerca de Amboise; se abrazaron, conversaron familiarmente y comieron juntos, separáronse con vivísimas protestas de paz y cariño fraternal. Mas aquella intimidad aparente estaba encubriendo sospechas recónditas de intentos enemigos y alevosos, y sus quejas recíprocas solicitaron, burlaron y desatendieron una disposicion terminante. Declaró Clodoveo en Paris, que conceptuaba ya como su sitio real, á una junta de príncipes y guerreros el pretesto y el motivo de una guerra goda. «Pésame el ver como los arrianos poseen la flor de la Galia; marchemos á ellos con la ayuda de Dios; y vencidos los herejes, serémos árbitros de compartirnos sus provincias mas sobresalientes (46).» Los Francos, á impulsos de su denuedo hereditario y fervor reciente, vitorearon el gallardo intento del monarca; pregonaron su ánimo de vencer ó morir, puesto que la muerte y la victoria eran igualmente provechosas, y protestaron solemnemente que no habia para ellos afeite ni cercen de sus barbas hasta que el triunfo los descargase de aquel voto tan trabajoso. Activó Clotilde con sus exhortaciones públicas ó privadas tamaña empresa; advirtió á su marido cuan eficaz seria para propiciar la Divinidad alguna fundacion piadosa grata á sus siervos; y el héroe cristiano desembrazándo su maza maestra y esforzadamente, esclama: «Allí en el punto donde caiga mi *francisca* (47), voy á edificar una iglesia en honor de los santos apóstoles.» Esta relijiosidad ostentosa robusteció y abonó el apego de los Católicos con quienes se estaba reservadamente correspondiendo, y sus anhelos devotos se fueron por puntos aunando en conspiracion formidable. Alborotóse el pueblo de Aquitania con las reconvenciones indiscretas de sus tiranos godos, que fundadamente les tildaban el preferir el dominio de los Francos; y su fervoroso adicto Quintiano, obispo de Rodes (48), estaba predicando con mas persuasiva en su destierro que en su diócesis. Para contrarestar á tanto enemigo estraño y doméstico, robustecido además con la alianza de los Borgoñones, juntó Alarico sus tropas mucho mas crecidas que todo el poderío militar de Clodoveo. Reasieron los Visigodos sus armas arrimadas en una paz dilatada y lujosa (49); acompañó á sus dueños en la guerra una porcion selecta de esclavos (50), y las ciudades de la Galia tuvieron que aprontar á su despecho su mal seguro auxilio. Afanóse Teodorico, rey de los Ostro-

godos en Italia, por conservar el sosiego de la Galia, y tomó sobre sí, ó lo aparentó para el intento, el cargo imparcial de medianero; pero el monarca perspicaz maliciaba el engrandecimiento de Clodoveo, y estaba eficazmente comprometido en sostener la causa nacional y relijiosa de los Godos.

Aquel siglo supersticioso dió crédito á los portentos casuales ó estudiados que realzaron la espedicion de Clodoveo, como manifestacion patente del amparo divino. Sale de Paris, y al atravesar con reverente decoro la santa diócesis de Turs, su zozobra lo postra ante el sagrario de San Martin, el sumo oráculo de la Galia; encarga á los mensajeros que atiendan á las voces del Salmo que se esté cantando al entrar él cabalmente en la iglesia; espresan venturosamente aquellas palabras el denuedo y la victoria de los campeones del cielo, trasponiendo obviamente la aplicacion al nuevo Josué ó Jedeon que se adelantaba á batallar contra los enemigos del Señor (51). Afianza Orleans á los Francos un puente sobre el Loira; pero á las doce leguas de Poitiers ataja su marcha una crecida estraordinaria del riachuelo Vijena ó Viena, y la orilla opuesta aparece cubierta con el campamento de los Visigodos. Siempre la demora es azarosa para los bárbaros que van talando el pais que atraviesan, y aun teniendo Clodoveo espacio y materiales para construir un puente ó violentar el tránsito, no cabia uno ni otro en presencia de un enemigo superior; pero los campesinos, sus afectos, por el ansia de bienquistarse con su libertador, le muestran al punto un vado desconocido é indefenso; reálzase la fineza del descubrimiento con la intervencion oportuna de la ficcion y el engaño; y un ciervo blanco, de tamaño y hermosura peregrina, se aparece guiando y enardeciendo la marcha de la hueste católica. En medio de la irresolucion de los Visigodos, sus guerreros bizarros y engreidos, ajenos de huir ante los salteadores de Jermania, acaloran á Alarico para ostentar con las armas el nombre y la sangre del conquistador de Roma; estréchanle los caudillos mas circunspectos á que burle el primer ímpetu de los Francos, esperando por las provincias meridionales de la Galia á los Ostrogodos veteranos y victoriosos que el rey de Italia habia ya enviado á su auxilio. Malogróse el trance con deliberaciones vanas; abandonan los Godos atropelladamente un punto, quizás ventajoso, y aun frustran la proporcion de una retirada segura con sus movimientos pausados y revueltos. Pasa Clodoveo el vado que se llama todavía del *Ciervo*, atropella denodadamente sus marchas para atajar al enemigo, sigue de noche un metéoro centellante, colgado sobre la catedral de Poitiers, y esta señal, que pudo combinarse de antemano con el sucesor católico de San Hilario, se compara con la columna de fuego que guiaba á los Israelitas por el desierto. A las nueve del dia, como á tres leguas de Poitiers, alcanza Clodoveo y embiste ejecutivamente al ejército godo, que estaba ya en ademan de

vencido con su pavor y desconcierto. Rehácese aun en lo sumo del trance, y los mancebos gallardos que habian voceado descompasadamente por la batalla no se avienen á sobrevivir á la afrenta de su fuga; lidian los dos reyes de hombre á hombre. Cae Alarico á manos de su competidor, y el Franco victorioso se salva con la finura de su coraza y la pujanza de su caballo de las lanzas de dos Godos desesperados que se disparan rabiosamente contra él para vengar la muerte de su soberano. La espresion á bulto de montaña de cadáveres desde luego demuestra una matanza descompasada y sin guarismo; mas advierte esmeradamente Gregorio que su paisano valeroso Apolinar, hijo de Sidonio, perdió la vida capitaneando á la nobleza de Auvernia. Quizás aquellos católicos sospechosos quedaron malvadamente espuestos al ímpetu ciego del enemigo, y quizás el afecto personal y el pundonor orillaron en aquel punto el influjo de la relijion (52).

Tanto puede la suerte (si seguimos disfrazando nuestra ignorancia con la vulgaridad de tal nombre), que es casi igualmente arduo el antever los acontecimientos de la guerra que atinar en la verdad de sus resultados. Sucede que una victoria sangrienta y completa no da de sí mas que la posesion de su campo; y acontece tambien que la pérdida de diez mil hombres acarrea en un solo dia el esterminio de una mole de siglos. Siguió la conquista de Aquitania (A. 508) á la batalla decisiva de Poitiers. Habia Alarico dejado en pos de sí un niño, un competidor bastardo, nobles banderizos y un pueblo desleal; y el resto de las fuerzas godas quedó desbaratado con el pavor jeneral ó con las discordias civiles. Adelantóse el Franco victorioso á sitiar á Angulema, y al eco de sus clarines los muros de la ciudad, al remedo de los de Jericó, se vinieron instantaneamente al suelo, milagro esplendoroso que cabe esplicar suponiendo que injenieros eclesiásticos habian reservadamente socavado los cimientos de la muralla (53). Invernó Clodoveo en Burdeos, que se le habia rendido sin resistencia, y su prudente economía trajo de Tolosa el erario, que se depositó en la capital de la monarquía. Asomóse el vencedor al confin de España (54), restableció los blasones de la iglesia católica, planteó en Aquitania una colonía de Francos (55), y traspasó á sus tenientes el encargo tan obvio de avasallar ó anonadar la nacion de los Visigodos. Mas resguardábalos el monarca cuerdo y poderoso de Italia. Mientras hubo equilibrio, quizás dilatara Teodorico la marcha con sus Ostrogodos, cuya pujanza gallarda contrarestó aventajadamente la ambicion de Clodoveo; y el ejército de los Francos y sus aliados Borgoñones tuvieron que levantar el sitio de Arles, con el quebranto, segun se dice, de treinta mil hombres; vicisitudes que doblegaron la entereza altanera de Clodoveo para avenirse á un tratado apreciable de paz. Otorgóse á los Visigodos la posesion de la Septimania, tirada estrecha de costa desde el Ródano al Pi-

rineo; mas la provincia de Aquitania, desde dichos montes hasta el Loira, quedó irrevocablemente incorporada con el reino de Francia (56).

Aceptó Clodoveo, tras el éxito de la guerra goda, los honores del consulado romano (A. 510). Concedió el emperador Atanasio ambiciosamente el dictado y las insignias de aquella dignidad esclarecida al competidor mas poderoso de Teodorico; mas el nombre de Clodoveo, por motivos ignorados, no suena en los *Fastos* ni de Oriente ni de Occidente (57). El monarca de la Galia, colocándose en el dia solemne una diadema en la sien, apareció revestido, en la iglesia de San Martin, con una túnica y un manto de púrpura; cabalgó desde allí hasta la catedral de Turs, y al andar por las calles, fué derramando profusamente y con sus propias manos un donativo de oro y plata á la muchedumbre placentera que le aclamó á competencia *Cónsul* y *Augusto*. La autoridad efectiva ó legal de Clodoveo ningun incremento lograba con la dignidad consular, que se reducia á un eco, una sombra y un boato fantástico, y si el conquistador estuviera hecho cargo de las prerogativas antiguas de aquel empleo para reclamarlas, fenecian luego con su plazo anual. Propensos estaban los Romanos á reverenciar en la persona de su dueño aquel dictado remoto, que los emperadores se allanaban á ostentar; el mismo bárbaro tenia en algun modo que contraer aquella obligacion respetando la majestad de la república; y el sucesor de Teodosio, al solicitar su intimidad, cedia tácitamente y casi ratificaba la usurpacion de la Galia.

A los treinta y cinco años de la muerte de Clodoveo (A. 536), quedó mas terminantemente formalizada esta concesion grandiosa en un tratado entre sus hijos y el emperador Justiniano. Imposibilitados los Ostrogodos de Italia de resguardar sus adquisiciones remotas, habian cedido á los Francos las ciudades de Arles y de Marsella, cuando estaba aun aquella descollando como solar del prefecto pretoriano, y Marsella con los caudales que le acarreaban el comercio y la navegacion (58). La autoridad imperial confirmó este convenio; y Justiniano cediendo garbosamente á los Francos la soberanía de los paises allende los Alpes que estaban ya poseyendo, descargó las provincias de su vasallaje, y planteó con cimiento mas legal, aunque no mas sólido, el trono de los Merovinjios (59). Disfrutaron desde aquella época el derecho de celebrar en Arles los juegos del Circo, y por privilejio singular, denegado aun á los monarcas persas, la moneda de *oro*, con su nombre y busto estampado, se declaró corriente en el imperio (60). Celebra un historiador griego de aquel siglo las virtudes públicas y privadas de los Francos, con entusiasmo tan apasionado, que no cabe justificarlo con sus anales domésticos (61). Encarece su cortesanía y urbanidad, su gobierno entonado y relijion ortodoja, y afirma sin rebozo que tales bárbaros tan solo se diferenciaban en el traje y el idioma de los súbditos del imperio. Quizás sobresalian ya los Francos

con el temple sociable y travesura agraciada que en todos tiempos disfrazó su liviandad, y á veces encubrió su mérito innegable. Quizás Agatias y los Griegos se deslumbraron con la prevalencia repentina de sus armas y la brillantez de su imperio. Quedaron las Galias, tras la conquista de Borgoña, escepto la provincia goda de Septimania, avasalladas en todo su ámbito por los hijos de Clodoveo. Habian estinguido el reino jermano de Turinjia, sin que el Rin deslindase su señorío, internándose hasta por sus selvas nativas. Los Alemanes y Bárbaros, quedominaban las provincias romanas de Recia y Nórico, al sur del Danubio, se confesaban rendidos á los Francos, y la valla endeble de los Alpes no alcanzaba á poner coto á su ambicion. Cuando el postrer viviente de los hijos de Clodoveo aunó los heredamientos y conquistas de los Merovinjios, propasaba con mucho su reino los linderos de la Francia moderna; mas esta, á tanto la han encumbrado las artes y la política, sobrepuja con mucho en riqueza, poblacion y poderío los reinos anchurosos, pero montaraces, de Clotario ú Dagoberto (62).

Los Francos, ó Franceses, son los únicos de Europa que pueden entroncar una sucesion perpetua desde los conquistadores del imperio occidental; mas siguieron diez siglos de idiotez y anarquía á su conquista de la Galia. Al rayar la literatura, los estudiantes que habian cursado en las escuelas de Aténas y Roma menospreciaban á sus bárbaros antepasados, y medió larguísimo plazo antes que el sufrido afan aprontase materiales para satisfacer ú mas bien avivar la curiosidad de tiempos mas ilustrados (63). Por fin la crítica y la filosofía se dirijieron á la antigüedad de Francia; mas contajiáronse los mismos filósofos con la preocupacion y el alucinamiento, pues los sistemas mas encontrados de la servidumbre personal de los Galos y de su hermandad igual y voluntaria con los Francos se han ideado y defendido con suma temeridad y pertinacia, y los disputadores fogosos se han zahirido mutuamente de conspiradores contra las regalías de la corona, el señorío de la nobleza y la independencia del pueblo. Mas la refriega acalorada ha venido á ejercitar los alcances opuestos de la erudicion y del injenio, y cada peleante, alternativamente vencido ú victorioso, ha ido estirpando desaciertos y acrisolando verdadesn interesantes. Ahora un estranjero imparcial, con el arrimo de su contienda, sus descubrimientos y aun sus errores, podrá tal vez describir con los mismos materiales primitivos el estado de aquellas provincias romanas, despues de avasallada la Galia por las armas y las leyes del rey merovinjio (64).

La condicion suma, al par de la ínfima, de la sociedad humana está con todo arreglada por reglas jenerales é invariables. Al contemplar Tácito la sencillez primitiva de los Jermanos, descubrió ciertas máximas constantes, ó costumbres, así en la vida pública como en la privada, conservadas

por tradicion perene, hasta la introduccion del arte de escribir en la lengua latina (65). Antes de la eleccion de los reyes merovinjios, la tribu ó nacion mas poderosa de los Francos nombró cuatro caudillos venerables para componer las leyes *Sálicas* (66); y tres consejos sucesivos se juntaron para examinarlas y aprobarlas. Clodoveo, despues de su bautismo, reformó varios puntos, al parecer incompatibles con el Cristianismo; retocaron tambien sus hijos la ley Sálica; y por fin, bajo el reinado de Dagoberto, se revisó y promulgó el código en la forma presente, un siglo despues del establecimiento de la monarquía francesa. Se copiaron y publicaron en el mismo plazo las costumbres de los *Ripuarios;* y el mismo Carlomagno, el lejislador de su siglo y patria, se enteró eficazmente de las dos leyes nacionales que estaban todavía prevaleciendo en los Francos (67). Trascendió el esmero á los vasallos, y los toscos institutos de los Alemanes y Bávaros se recopilaron y revalidaron por la autoridad suprema de los reyes merovinjios. Los *Visigodos* y *Borgoñones*, cuyas conquistas en la Galia antecedieron á las de los Francos, se mostraron menos ansiosos por alcanzar una de las principales ventajas de una sociedad civilizada. Fué Eurico el primer príncipe godo que puso por escrito los usos y costumbres de su pueblo; y la composicion de las leyes de Borgoña fué parto de política mas bien que de justicia, encaminado á aliviar el yugo y granjearse el afecto de los súbditos galos (68). Así que con estraña coincidencia formaron los Jermanos sus desaliñadas instituciones, cuando el trabajoso sistema de la jurisprudencia romana se habia por fin acabalado. Cábenos el parangonar en las leyes Sálicas y las Pandectas de Justiniano el embrion ó asomo y la madurez colmada de la sabiduría civil; y por mas que la vulgaridad propenda á favor del barbarismo, la sensatez pausada atribuirá á los Romanos la ventaja descollante, no solo de racionalidad y ciencia, sino tambien de humanidad y justicia. Atemperábanse sin embargo las leyes *(a)* de los bárbaros á sus urjencias y anhelos, á sus afanes y á sus alcances, y todas vinieron á encaminarse á la conservacion de la paz y mejoras de la sociedad á cuyo uso se habian primitivamente dedicado. Los Merovinjios, en vez de imponer la misma pauta á la conducta de sus varios súbditos, franqueaban á cada pueblo y á cada familia el ejercicio y el goce de sus propios fueros en el ámbito de su imperio respectivo (69); ni quedaban los Romanos escluidos del beneficio de la tolerancia legal (70). Conformábanse los hijos con la ley de sus padres, la mujer con la del marido, el liberto con la de su patrono; y en toda causa entre partes de diversas naciones, el demandante ó acusador tenia que acudir al tribunal del acusado, que podia siempre alegar una presuncion legal de derecho ú inocencia. Dábase todavía mayor ensanche, si cada ciudadano ante el juez podia manifestar la ley bajo la cual apetecia vivir y la sociedad nacional á que le acomodaba pertenecer. Tan suma

condescendencia abolia el desnivel de la victoria, y las provincias romanas podian sufridamente avenirse á las penalidades de su situacion, puesto que tenian en su mano el incluirse en el privilejio, en osando revestirse del carácter de bárbaros libres y belicosos (71).

Cuando la justicia está pidiendo inexorablemente la muerte de un matador, se robustece en cada ciudadano particular el concepto de que las leyes, el majistrado y la comunidad entera escudan su persona; mas en la sociedad desahogada de los Jermanos, era siempre la venganza honorífica y aun meritoria; el guerrero independiente corria á castigar ó vengar con su propia mano la tropelía que habia causado ú recibido, sin mas zozobra que la del encono de hijos ó parentela del enemigo que sacrificara á ímpetus interesados ó coléricos. El majistrado, hecho cargo de su desvalimiento, era reconciliador mas que justiciero, y se daba por muy pagado con reducir á los contrincantes á desembolsar ó aceptar la multa moderada que se graduaba cabal para el derramamiento de sangre (72). Correspondia enfrenar mas eficazmente la índole arrebatada de los Francos, que menospreciaban tales mezquindades; y allá cuando la opulencia de la Galia estragara sus costumbres sencillas, delitos casuales ó predispuestos andaban de continuo atropellando el sosiego jeneral. En todo gobierno equitativo, el matador, príncipe ó labriego, incurre en la misma pena; mas la desigualdad nacional, planteada por los Francos en los procedimientos criminales, era el sumo abuso y descaro de su conquista (73). En los ratos bonancibles de mera lejislacion, sentenciaban solemnemente que la vida de un Romano era de menor monta que la de un bárbaro. El *Antrustion* (74), dictado conceptuoso de alcurnia esclarecida y señorío entre los Francos, se justipreciaba en la suma de seiscientas piezas de oro, mientras el provincial noble que alternaba en la mesa del rey podia ser asesinado por la mitad de aquella suma. Un Franco de estado llano valia doscientas piezas; pero el Romano plebeyo corria el mayor peligro y afrenta por la suma de ciento, y aun por cincuenta. Si la racionalidad equitativa dispusiera estas leyes, el resguardo público acudiera proporcionalmente á suplir la escasez de pujanza personal; mas el lejislador habia contrapesado en la balanza, no de la justicia, sino de su política, la pérdida de un soldado contra la de un esclavo; la cabeza de un bárbaro desertado y robador estaba á buen recaudo por medio de una multa cuantiosa, y el resguardo ínfimo recaia sobre el mas desvalido. Menguaron con el tiempo la insolencia del vencedor y el sufrimiento del vencido; y el ciudadano mas osado fué aprendiendo con los desengaños que siempre serian mas sus agravios padecidos que sus demasías. Al desembravecerse la ferocidad de los Francos, se fueron encrudeciendo sus leyes; y los reyes merovinjios se esmeraron en remedar el rigor imparcial de los Visigodos y Borgoñones (75). Bajo el imperio de Carlo Magno se imponia

sin escepcion pena capital al homicida, y la jurisprudencia europea ha ido franqueando cuantiosamente la muerte á los delitos (76).

La profesion militar y la civil, separadas por Constantino, se hermanaron de nuevo por los bárbaros; suavizáronse con dictados latinos de conde, duque ó prefecto los sonidos broncos de toda denominacion teutónica, y un mismo empleado se encargaba en el ámbito de su distrito del mando de la tropa y de la administracion de justicia (77). Mas por maravilla el idiota y bravío caudillo acertaba con el desempeño de juez, que requiere alcances naturales ejercitados con esmero y laboriosidad; y su ruda ignorancia tenia que acudir á medios mas obvios y palpables para afianzar el tino de la justicia. En toda relijion se ha invocado á la divinidad para evidenciar la verdad ó escarmentar la doblez de los testimonios humanos: pero instrumento tan poderoso vino á parar en abusivo y aciago por la sencillez de los lejisladores jermanos. Podia el reo comprobar su inocencia, presentando ante el tribunal cierto número de testigos íntimos, que declaraban solemnemente su creencia ó certidumbre de no ser culpado. Segun la gravedad del cargo, se iba aumentando este número legal de *compurgadores*; requeríanse hasta setenta y dos votos para descargar á un incendiario ú asesino, y en tildándose el recato de una reina de Francia, llegó el caso de jurar cien valerosos nobles sin titubear que el reciennacido se habia enjendrado por el difunto marido (78). La vileza y el escándalo de tanto perjuro movió á los majistrados á orillar tentaciones tan azarosas, y acudir, en defecto de los testimonios humanos, á las pruebas decantadas del fuego y el agua. Ideábanse allá tan caprichosamente aquellos esperimentos estraordinarios, que en ciertos casos la culpa, y en otros la inocencia, no podian comprobarse sin la intervencion de un milagro. Suministrábanlos el engaño y la credulidad, desenmarañándose las causas mas intrincadas por este medio tan obvio como infalible, y los bárbaros desmandados que hollaron la sentencia de un majistrado se allanaban rendidamente al juicio de Dios (79).

Mas fuéronse afamando y prevaleciendo las pruebas de reto ú lid particular en un pueblo belicoso que no acababa de creer que mereciese padecer un valiente, ni vivir un cobarde (80). Tanto en los procesos criminales como civiles, el querellante ó acusador, el reo y aun el testigo, estaban espuestos al reto de muerte con el contrincante que carecia de pruebas legales, y le era forzoso ó desamparar la causa ó sostener públicamente su pundonor en la estacada. Peleábase á pié ó á caballo, segun la práctica nacional (81); y la sancion del cielo, del juez ó del pueblo revalidaban la decision del acero Introdujeron los Borgoñones en la Galia esta ley sanguinaria, y su lejislador Gundobaldo (82) se allanó á responder á las quejas ó reparos del súbdito Avito: «¿No es por ventura cierto,» dijo el rey de Borgoña al obispo, «que el juicio de Dios en-

camina el éxito de las guerras nacionales y de los trances particulares y que su providencia apronta la victoria á la causa pura? «Con argumentos tan terminantes, la práctica desatinada y atroz de los desafios judiciales, peculiar de algunas tribus de Jermania, se fué propagando y estableciendo en todas las monarquías de Europa desde Sicilia hasta el Báltico. Despues de diez siglos no se habia aun soterrado el predominio de la tropelia legal; y las censuras infructuosas de santos, de papas y de concilios demuestran al parecer que se quebranta el influjo de la superstición por su hermandad monstruosa con la razon y la humanidad. La sangre de ciudadanos, tal vez inocentes y respetables, salpicaba los tribunales; la ley, que ahora está favoreciendo al pudiente, se postraba entónces ante el poderoso; y el anciano, el endeble y el desvalido quedaban sin opcion á lo mas apreciable, ó bien tenian que arrostrar los peligros de una pelea desigual (83), ó por lo menos confiar en el desempeño de un campeon asalariado. Descargó esta jurisprudencia atropelladora sobre las provincias de la Galia que alegaban algun agravio de su persona ó sus haberes. Prescindiendo de la pujanza ó el denuedo de los individuos, sobresalian los bárbaros en la aficion y ejercicio de las armas; y el Romano, ya vencido, tenia que acudir á la repeticion, en su propia persona, del trance sangriento que ya se habia decidido contra su patria (84).

Una hueste asoladora de ciento y veinte mil Jermanos habia en otro tiempo pasado el Rin, bajo el mando de Ariovisto. Apropiáronse un tercio de las tierras pingües de los Secuanos, y el vencedor segundó luego su peticion con otro tercio, para la colocacion de una colonia nueva de veinte y cuatro mil bárbaros, á quienes convidó para terciar en la cosecha de la Galia (85). Tras cinco siglos Visigodos y Borgoñones, vengadores de la derrota de Ariovisto, usurparon la misma porcion escesiva de los *dos tercios* de las tierras avasalladas; mas este reparto, en vez de abarcar la provincia entera, puede reducirse prudencialmente á los distritos peculiares donde se avecindó el pueblo victorioso, por su propio albedrío, ú por la política de su caudillo; distritos donde cada bárbaro estaba enlazado por vínculos de hospedaje con algun vecino romano. El hacendado tenia que ceder dos tercios de su patrimonio á huésped tan malquisto; mas el Jermano, de suyo vaquero ú cazador, se contentaria con una tirada de bosque ó dehesa, y se desprenderia de una cuota menor, pero mas provechosa, para el afan del labrador industrioso (86).

La carencia de testimonios antiguos y auténticos ha robustecido el concepto de que las rapiñas de los *Francos* no tuvieron coto ni formalidad de reparto legal; de que, á fuer de salteadores desenfrenados, se fueron diseminando por las provincias, y de que cada forajido victorioso, segun sus urjencias, su codicia y su pujanza, media por los alcances

de su albedrío y de su espada los ámbitos de su nueva herencia. Distando de su soberano, los bárbaros á la verdad se propasarian con arbitrariedades; mas el teson atinado de Clodoveo no pudo menos de doblegar el desenfreno que debia agravar el desamparo de los vencidos, estragando la disciplina y concordia de los vencedores (*b*), y el vaso memorable de Soisons es un monumento y una prenda del arreglo en el reparto de los despojos galos. Incumbia é interesaba á Clodoveo el galardonar á una hueste triunfadora, avecindando á un pueblo crecido, sin agravio infructuoso de los católicos leales de la Galia. Las fincas grandiosas que se podia apropiar del patrimonio imperial, baldíos y usurpaciones godas, acortarian la precision de los embargos y confiscaciones; y rendidas ya las provincias, se avendrian mas resignadamente al reparto igual y arreglado de sus pérdidas (87).

La riqueza de los príncipes merovinjios se cifraba en la estension de sus fincas. Dueños ya de la Galia, seguian complaciéndose en la cerril sencillez de sus antepasados; yacian las ciudades en la decadencia y el desamparo, y sus monedas, diplomas y sínodos muestran todavía los nombres de las quintas ó alcázares donde fueron sucesivamente residiendo. Salpicaban el ámbito de sus provincias hasta ciento y sesenta de aquellos *alcázares*, dictado que no trae consigo el concepto impropio de lujo artístico, y aunque algunos venian á equivocarse con fortalezas, los mas se quedaban en la clase de pingües alquerías. Cercaban la morada de los reyes cabelludos corrales y caballerizas á propósito para el ganado y la volatería, huertos muy arbolados de frutales, talleres y aperos de labranza, y aun los dependientes cazaban y pescaban en beneficio del soberano; rebosaban de trigo sus almacenes y de vino sus lagares, ya para la venta, ya para el consumo, y todos los ramos se administraban con la pauta de la mas estrecha economía (88). Este grandioso patrimonio abastecia colmadamente la abundancia hospedadora de Clodoveo y sucesores, y premiaba la fidelidad de sus valerosos compañeros, que, tanto en paz como en guerra, se vinculaban en su servicio. Cada compañero, en vez de un caballo ó de un juego de armadura, segun su jerarquía, merecimientos ó privanza, se hallaba con un *beneficio*, nombre primitivo y forma sencillísima de la posesion feudal. Arbitro era el soberano de recojer estas dádivas, y su escaso predominio se robustecia un tanto con el influjo de sus larguezas (*c*); mas fuéronse luego aboliendo sucesivamente aquellas regalías (89) por los nobles independientes y rapaces de Francia, quienes arraigaron la propiedad perpetua y la herencia de sus beneficios; novedad provechosa para las tierras, que se menoscababan ó desatendian por la insubsistencia de los dueños (90). Además de dichos estados reales y beneficios, se habian en crecida porcion señalado las tierras *alodiales* y *sálicas* en la division de la Galia: estaban descarga-

das de tributos, y las tierras sálicas se concedieron por igual á los descendientes varones de los Francos (91).

En las discordias sangrientas y decadencia de la alcurnia merovinjia, fueron asomando por las provincias nuevos tiranillos, apellidados *señores*, que usurparon el derecho de gobernar y el permiso de atropellar á los súbditos de su territorio peculiar. Enemigos iguales solian atajar los ímpetus de su ambicion; mas no habia leyes, y el bárbaro sacrílego que arrostraba las iras de un santo ú obispo (92) por maravilla respetaba los linderos de un hacendado profano y desvalido. Los derechos comunes y públicos de la naturaleza, cuales se conceptuaban en la jurisprudencia romana (93), quedaban muy restrinjidos por el albedrío de los conquistadores jermanos, cuyo recreo, ú mas bien frenesí, era el ejercicio de la caza. El dominio vago que se apropió el hombre sobre los demás vivientes de tierra, aire y agua quedaba vinculado en unos cuantos individuos venturosos de la especie humana. Emboscóse de nuevo la Galia, y los animales reservados para el uso ú deporte del señor podian ir á su salvo talando las campiñas de sus vasallos industriosos, pues era la caza regalía sagrada de nobles y sirvientes caseros. Se azotaban y encarcelaban los plebeyos contraventores (94), y en un siglo que admitia un ajuste por la vida de un ciudadano, el malherir un ciervo ó un toro silvestre en el recinto de los bosques reales era delito capital (95).

Segun las máximas antiguas de la guerra, el vencedor se enseñoreaba legalmente del enemigo avasallado y mantenido vivo (96); y la causa fecundísima de la esclavitud personal, que casi estaba aniquilada con la soberanía pacífica de Roma, retoñó y cundió con las hostilidades incesantes de los bárbaros independientes. Godos, Borgoñones ó Francos, al volver de una espedicion venturosa, traian en pos de sí catervas de ovejas, bueyes y cautivos á quienes trataban con irracional desprecio. Entresacaban los jóvenes de ambos sexos airosos y de traza fina para el servicio casero; situacion resbaladiza que los esponia á los ímpetus del dueño. Los artesanos ó sirvientes provechosos (herreros, carpinteros, sastres, zapateros, cocineros, hortelanos, tintoreros ó plateros) se dedicaban á su oficio para uso ú ganancia de los amos; mas los cautivos desmañados, pero hábiles para el trabajo, paraban en vaqueros ó labriegos de los bárbaros, prescindiendo de su jerarquía anterior. Crecia el número de los siervos adictos á los estados de la Galia con nuevos refuerzos; y toda aquella servidumbre ascendia por favor insubsistente, ó bajaba segun el antojo del zafio despotismo, ó segun el temple ó la situacion de sus señores (97); quienes ejercian potestad absoluta de vida y muerte, y en los desposorios de una hija, enviaban una comitiva de siervos, aherrojados en los carruajes para afianzarlos, como regalo de boda (98). Las leyes romanas escudaban la libertad de cada ciudadano contra los ímpe-

tus temerarios de su propio desamparo ú desesperacion ; pero los súbditos de los reyes merovinjios eran árbitros de enajenar sus personas ; y este acto de suicidio legal , muy frecuente á la sazon , se espresa en términos afrentosos y atropelladores de la dignidad de la naturaleza humana (99). El ejemplo de los menesterosos que compraban la vida, sacrificando cuanto puede hacerla apetecible , fué teniendo imitadores entre los apocados y devotos, que en el sumo trastorno acudian cobardemente á guarecerse tras las almenas de algun caudillo poderoso, ó junto al sagrario de algun santo predilecto. Aceptaban aquellos patrones temporales ó espirituales el rendimiento, y el ajuste atropellado vinculaba irremisiblemente su persona y las de su mas remota posteridad. Las leyes y costumbres de la Galia aunadas, desde el reinado de Clodoveo y por espacio de cinco siglos, se esmeraron en acrecentar el número y afianzar la duracion de la servidumbre personal. El tiempo y la violencia fueron borrando las clases intermedias de la sociedad, y apenas cabia deslindar un noble y un esclavo. Esta separacion arbitraria y moderna ha parado en distintivo *nacional,* con el orgullo y la vulgaridad, procediendo ya de las armas y leyes de los Merovinjios. Los nobles, que alegaban su descendencia castiza ó fabulosa de los Francos independientes y triunfadores, han abusado del derecho incontrastable de conquista sobre la chusma postrada de plebeyos y esclavos, á quienes achacaban el desdoro soñado de su alcurnia gálica ó romana.

El estado jeneral y las revueltas de la Francia , nombre impuesto por los conquistadores , pueden un tanto despejarse con el ejemplar de una provincia ó diócesis de una familia senatoria. Siempre la Auvernia habia conservado debida preeminencia entre los estados y concejos independientes de la Galia, ostentando sus numerosos y esforzados habitantes un trofeo peregrino ; y era la espada del mismo César , perdida cuando lo rechazaron en el sitio de Jergovia (100). Alegaban , como prole comun de Troya, hermandad con los Romanos (101), y si cada provincia remedara el teson y lealtad de Auvernia, quizás se precavia , ó al menos se dilataba la ruina del imperio occidental. Mantuvieron con entereza la fidelidad jurada al pronto con repugnancia á los Visigodos ; pero fenecidos sus prohombres en la batalla de Poitiers , aceptaron gustosos un soberano católico y victorioso. Teodorico , primojénito de Clodoveo , fué el adalid y luego el poseedor de aquella conquista llana y preciosísima ; mas caia aquella provincia lejana y desviada de sus dominios Austrasios, separándola los reinos intermedios de Soisons, Paris y Orleans, que componian , tras la muerte del padre, la herencia de sus tres hermanos. La inmediacion y amenidad de Auvernia cebó á Quildeberto, rey de Paris (102) , pues la parte montañosa que se levanta por el mediodía con las sierras de Cevenas ofrecia la perspectiva pingüe y pintoresca de

bosques y praderas; y faldeábanla viñedos, coronados en sus lomas con quintas ó castillos. En la baja Auvernia, el rio Allier va regando la llanura amena y anchurosa de Limaña; y la fertilidad inexhausta del suelo suministraba, como ahora, la repeticion perene de sus doradas mieses (103). Con la noticia de que su soberano lejítimo habia fenecido, el nieto de Sidonio Apolinar vendió la ciudad y la diócesis de Auvernia. Gozó Quildeberto de esta victoria solapada; y los súbditos libres de Teodorico le amenazaron con su desercion, si se cebaba en su encono particular, mientras se hallaba la nacion comprometida en la guerra de Borgoña. Pero la elocuencia del rey arrebató al punto á los Francos de Austrasia. « Seguidme, » esclamó Teodorico, « á la Auvernia, pues os llevo á una provincia donde podréis cargar con oro, plata, esclavos, ganados y preciosas galas á medida de vuestros deseos. Repito el brindis, allá van pueblo y riquezas como presa vuestra, y la podréis trasladar á vuestro albedrío á vuestra patria. » Desempeñó su promesa Teodorico, y desmereció el homenaje de un pueblo que sentenciaba al esterminio. Reforzada su tropa con los bárbaros mas bravíos de la Jermania (104), fué asolando la alfombrada Auvernia, y solo dos puntos, una fortaleza y un sagrario célebre, se libertaron ó redimieron de su esterminador desenfreno. Estaba el castillo de Meroliac (105) situado sobre un peñon que se encumbraba cien piés sobre la llanura, y abarcaba un aljibe de agua fresca y algunas huertecillas en su recinto. Estuvieron los Francos mirando con desesperado anhelo la fortaleza inespugnable; pero sobrecojieron una guerrilla de cincuenta hombres, y como estaban recargados de cautivos, ofrecieron á aquellas desventuradas víctimas la alternativa de vida ó muerte, sacrificándolas cruelmente á la constancia de la guarnicion. Internóse otro destacamento hasta Brivas ó Briude, donde el vecindario con sus alhajas se habia refujiado en el santuario de San Julian. Resistian las puertas de la iglesia el asalto; mas un valiente se metió por una ventana del coro y franqueó paso á los compañeros. Arrebataron á viva fuerza del retablo al clero, al pueblo, y luego lo sagrado y lo profano, y se hizo el sacrílego reparto á corta distancia de Briude. Mas castigó el hijo devoto de Clodoveo ejemplarmente aquel acto de impiedad, con pena de la vida á los mas desmandados, dejando á la venganza de San Julian sus cómplices encubiertos; devolvió la presa y estendió los fueros del santuario hasta cerca de dos leguas en derredor del sepulcro del santo mártir (106).

Antes de retirarse el ejército austrasio de la Auvernia, requirió Teodorico prendas de la lealtad venidera de un pueblo cuyo aborrecimiento muy fundado tan solo con el temor podia enfrenarse. Entregóse al vencedor una cuadrilla de mancebos nobles, hijos de los principales senadores, como rehenes de la fe de Quildeberto y compatricios. Al primer asomo de guerra ó de conspiracion quedaron aquellos inocentes re-

ducidos á estrecha servidumbre ; y uno en particular llamado Atalo, cuyas aventuras se individualizan , era caballerizo de su amo en la diócesis de Tréveris (107). Tras pesquisas afanadas , se le vino á descubrir en aquella faena indecorosa por los emisarios de su abuelo , Gregorio , obispo de Langres ; mas la codicia del bárbaro desechó adustamente la oferta de rescate , requiriendo la exorbitancia de diez libras de oro por la libertad de su hidalgo cautivo. Logróse su redencion por el valeroso ardid de Leon , esclavo de la cocina del obispo de Langres (108). Entrometióse fácilmente el encargado en la misma familia , pues el bárbaro compró á Leon en doce piezas de oro , por su maestria en los guisos de una mesa episcopal. «El domingo próximo,» dijo el Franco, «tengo que convidar á mis amigos y deudos. Echa el resto, y que confiesen que nunca han llegado á gustar un banquete igual en la mesa del rey.» Aseguróle Leon que, en aprontándole cuantas aves necesitaba, quedaria colmadamente servido. Ansioso el dueño de sobresalir en el agasajo para con sus huéspedes, se apropió las alabanzas que los convidados voraces tributaron al cocinero ; y así el esperto Leon se fué granjeando la confianza y el manejo en el interior de la casa. Tras la espectativa trabajosa de un año entero, secreteó su intento con Atalo , y le encargó se aviase para la partida la noche siguiente. Embargados los concurrentes en sus brindis, se retiraron á deshora , y el yerno del Franco, á quien Leon llevó una bebida, le chancea sobre la facilidad que le cabia de abusar de su confianza. El esclavo inalterable, desentendiéndose de aquella travesura, entra en el dormitorio de su dueño, le quita el escudo y la lanza, saca silenciosamente los caballos mas corredores de la cuadra, desatranca las fuertísimas puertas, y estimula á su Atalo para que salve al vuelo libertad y vida. Acosados de zozobras, tienen que dejar sus caballos á la orilla del Mosa (109), atraviesan el rio á nado , vagan tres dias por la selva inmediata, y se mantienen con el descubrimiento inesperado de un frutal. Oyen emboscados el estruendo de caballería ; estreméceles el rostro airado de su dueño, y escuchan despavoridos el amago de colgar al uno de un árbol y desmenuzar al otro con su espada , en habiendo á las manos sus viles fujitivos. Llegan por fin entrambos á la mansion amistosa de un presbítero de Reims, que los rehace con pan y vino, los oculta y los conduce en salvo, fuera ya de los linderos del reino de Austrasia, al palacio episcopal de Langres. Abraza Gregorio, bañado en llanto de gozo, á su nieto, y rescata en albricias á Leon , con toda su familia, del yugo de la servidumbre, agraciándole con la propiedad de un cortijo, donde pudiera terminar sus dias libre y dichoso. Quizás refirió el mismo Atalo su anovelado caso á su sobrino ú primo , el primer historiador de los Francos , pues nació Gregorio de Turs (110) sesenta años despues de la muerte de Sidonio Apolinar, y sus circunstancias vienen á ser idén-

ticas, alcanzando á entrambos las particularidades de naturales de Auvernia, senadores y obispos; pero su diferencia suma en conceptos y lenguaje patentiza la decadencia de la Galia, y sirve de pauta para medir la decadencia del entendimiento humano en brio y cultura (111).

Podemos ahora demostrar nuestro desengaño acerca de los sistemas encontrados que abultan ó disminuyen los padecimientos de los Romanos galos bajo el reinado de los Merovinjios. Jamás promulgaron los conquistadores edicto *alguno* de servidumbre ó confiscacion; pero bastardeaba el pueblo, cohonestando su molicie con los dictados decorosos de cultura y paz, y así vivia espuesto á las armas y leyes de bárbaros feroces, siempre prontos para ajarlo y atropellarlo en todos los requisitos de su existencia. Padecia parcial y estraordinariamente; mas los Romanos en globo seguian conservando, tras aquel trastorno, los haberes y privilejios de ciudadanos. Se les despojó de gran parte de sus haciendas para el uso de los Francos, mas quedaron disfrutando lo restante exento de pecha (112); y aquel arrebato mismo que acabó con las artes y manufacturas en la Galia dió al través con el sistema arduo y costoso del despotismo imperial. Solian los vencidos deplorar la jurisprudencia bravía de las leyes Sálicas y Ripuarias; mas su vida privada, en los negocios importantes de casamientos, herencias y testamentos, se atenia á las disposiciones del código Teodosiano; y el Romano mal hallado era árbitro de encumbrarse ó sea allanarse á la esfera de bárbaro. Franqueábanseles los honores del estado, y por cuanto la educacion ó índole de los Romanos los predisponia muy bien para el desempeño de cargos civiles, tan pronto como la emulacion hubo revivido algun denuedo militar, cabíales seguir y aun acaudillar á los Jermanos victoriosos. No me esplayaré en la reseña de jenerales y majistrados cuyos apellidos (113) evidencian la política liberal de los Merovinjios. El mando supremo de la Borgoña, con el dictado de patricio, estuvo sucesivamente encargado á tres Romanos; y el último y mas poderoso, Mumolo (114), que alternativamente salvó y trastornó la monarquía, habia reemplazado á su padre en el cargo de conde de Autun, y dejado un tesoro de treinta talentos de oro y doscientos y cincuenta de plata. Los bárbaros montaraces é idiotas quedaron por largas jeneraciones escluidos de las dignidades, y aun de las órdenes de la iglesia (115). Componíase casi enteramente el clero de la Galia de los naturales; postrábanse los Francos altaneros á las plantas de sus propios súbditos autorizados con el carácter episcopal; y la potestad y los caudales perdidos en la guerra se iban imperceptiblemente recobrando con la supersticion (116). La ley universal del clero en todos los negocios temporales era el código Teodosiano; pero la jurisprudencia de los bárbaros habia acudido eficazmente á su seguridad personal; un subdiácono equivalia á dos Francos; el *antrustion* y el sacer-

dote corrian parejas, y la vida de un obispo se justipreciaba mucho mas alto que la cuota corriente, por el valor de cien piezas de oro (117). Comunicaron los Romanos á sus vencedores el uso de la relijion cristiana y de la lengua latina (118), mas una y otra bastardeaban en gran manera respecto al siglo augustano y al apostólico. Crecian al vuelo la barbarie y la supersticion; el culto de los santos encubria á los ojos vulgares el Dios de los Cristianos, y el habla tosquísima de los campesinos y de la soldadesca se estragaba mas y mas con vocablos y dejo teutónicos. Mas aquel roce de profesiones mancomunadas fué desarraigando todo distintivo de nacimiento y de predominio; y así las naciones de la Galia vinieron á barajarse bajo el nombre y el gobierno de los Francos.

Revueltos ya estos con los súbditos galos, pudieran haberles traspasado los dones preeminentes de la humanidad, esto es, el brio y el sistema de una libertad constitucional. Bajo un rey hereditario, pero limitado, pudieran los caudillos y consejeros deliberar en Paris y en el palacio de los Césares: el campo inmediato, donde los emperadores revistaban sus lejiones asalariadas, pudiera admitir la reunion de sus guerreros libres; y el tosco bosquejo deslindado en las selvas de Jermania (119) pudiera pulirse y mejorarse con la sabiduría civil de los Romanos. Mas los bárbaros soñolientos, afianzada su independencia nacional, desatendian los afanes del gobierno; aboliéronse calladamente las juntas anuales de Marzo, y quedó la nacion separada y casi disuelta con la conquista de la Galia (120). Careció la monarquía de toda planta de justicia, de armamento y de renta. No cupo á los sucesores de Clodoveo aliento para asir, ó fuerzas para ejercer las potestades lejislativa y ejecutiva de que se habia desprendido el pueblo; pues la prerogativa real descollaba tan solo con mayor ensanche de tropelías mas ó menos trascendentales; y el amor de la libertad, que la ambicion particular suele robustecer y mancillar, se reducia, para el desenfreno de los Francos, á menosprecio del órden y anhelo de impunidad. A los setenta y cinco años de la muerte de Clodoveo, su nieto Gontran, rey de Borgoña, envió un ejército á invadir las posesiones godas de Septimania ó Langüedoque, y estimuló á su tropa, la de Berry, de Auvernia y territorios inmediatos con la esperanza de sus despojos. Marcharon de tropel bajo las banderas de condes jermanos ó galos; fué su avance desmayado y azaroso; mas las provincias amigas ó enemigas quedaron al par asoladas con ciega saña. Abrasó la llama mieses, aldeas y aun iglesias, matando ú arrastrando en cautiverio á sus moradores; y en el atropellamiento de la retirada, fenecieron cinco mil de aquellas fieras de hambre ó de sus propias desavenencias. Al reconvenir el devoto Gontran á los caudillos con su maldad ó abandono, se disculparon estos con el desenfreno universal é incurable de su jente. « No hay uno, » dijeron, « que tema ó respete ya á su rey, á su duque ó á

su conde. Todos se afanan por hacer daño, y allá disparan sus ímpetus criminales. La reprension mas leve arranca al golpe un alboroto; y el majistrado temerario que se arroja á reconvenir ó á refrenar á sus sediciosos súbditos por maravilla logra salvar su vida de la venganza ejecutiva (121). » A la misma nacion cabia vinculadamente el patentizar con sus devaneos descompasados el abuso mas abominable de la libertad, y el suplir su malogro con el pundonor y la humanidad, que está ahora suavizando y encareciendo su obediencia á un soberano absoluto (*d*).

Habian los Visigodos traspasado á Clodoveo la mayor parte de sus posesiones en la Galia; mas quedó aquella pérdida compensada con la fácil conquista y desahogado afianzamiento de las provincias de España. Engríese esta todavía con la monarquía goda que embebió luego el reino suevo de Galicia; mas aquellos áridos anales (122) ni ofrecen ni precisan al historiador del imperio romano á apurar su serie desabrida. Deslindaban las empinadas cumbres del Pirineo á los Godos de España, y sus costumbres é instituciones, en cuanto se rozan con las jermanas, quedan ya descifradas anteriormente. En el capítulo antecedente dejo ya anticipados sus acontecimientos eclesiásticos de mas entidad, como el derribo del arrianismo y la persecucion de los Judíos, y solo me resta el apuntar algunas especies interesantes acerca de la constitucion civil y eclesiástica del reino de España.

Francos y Visigodos, tras su conversion de idólatras y herejes, se mostraban igualmente propensos á abrazar postradamente los achaques inherentes y las ventajas accidentales de la superticion. Mas los prelados de Francia, mucho antes de espirar la alcurnia merovinjia, habian ido dejenerando en bárbaros pendencieros y cazadores. Orillaron los sínodos, se desentendieron del recato y la templanza, y anteponian los ensanches de su ambicion peculiar y lujosa á los intereses jenerales de la profesion sacerdotal (123). Los obispos en España mantenian y se granjeaban decoroso miramiento; encubria su hermandad íntima sus deslices y robustecia su predominio: y la disciplina entonada de la iglesia arraigó la paz, el órden y la estabilidad en el gobierno del estado. Desde el reinado de Recaredo, primer rey católico, hasta el de Witiza, antecesor inmediato del infeliz Rodrigo, se celebraron sucesivamente hasta diez y seis concilios nacionales. Presidian por su órden de antigüedad los seis metropolitanos de Toledo, Sevilla, Mérida, Braga, Tarragona y Narbona; componíase la reunion de sus obispos sufragáneos, quienes acudian, en persona ó por sus apoderados, con asiento para el abad mas descollante en santidad y en opulencia de todo el reino. En los tres dias primeros de su reunion, mientras se estaban ventilando cuestiones eclesiásticas de enseñanza y disciplina, quedaban los laicales, como profanos, escluidos de las sesiones, manejadas siempre con decorosa solemnidad. Mas á la

madrugada del cuarto dia, franqueábanse las puertas á los primeros empleados del palacio, los duques y condes de las provincias, jueces de las ciudades y Godos nobles; y el consentimiento del pueblo revalidaba los decretos del cielo. Observábanse las mismas reglas en las juntas provinciales y sínodos anuales, facultados para oir quejas y acudir con desagravios; y el influjo preponderante del clero sostenia la máquina del gobierno legal. Los obispos, siempre dispuestos para lisonjear al victorioso y hollar al vencido, tras cualquiera revuelta se afanaban con eficacia y éxito en avivar las llamas de la persecucion y sobreponer la mitra á la corona. Pero los concilios nacionales de Toledo, en que la política episcopal doblegaba el erguimiento de los bárbaros, fueron planteando leyes provechosas en jeneral para el rey y para el pueblo. Acudian los obispos y palaciegos á las vacantes del trono con su eleccion, y exhausta la alcurnia de Alarico, quedó aun ceñida la dignidad real á la sangre castiza é hidalga de los Godos. El clero, unjidor del príncipe lejítimo, encargaba siempre y practicaba á veces el rendimiento del homenaje, asestando las censuras espirituales sobre las cabezas de los súbditos impíos que contrarestasen su autoridad, conspirasen contra su vida, ó mancillasen con enlace indecoroso el recato aun de su viuda. Mas el monarca mismo, al subir al trono, tenia que juramentarse con Dios y el pueblo para desempeñar fielmente su importantísimo encargo; una aristocracia poderosa escudriñaba los yerros efectivos ó soñados de su réjimen, y los obispos y palaciegos vivian escudados con el fuero fundamental de no poderlos apear, encarcelar, martirizar ni castigar con muerte, destierro ú confiscacion, sino por juicio libre y en público de sus iguales (124).

Uno de estos concilios lejislativos de Toledo tomó á su cargo el escrutinio y revalidacion del código de leyes recopiladas en la sucesion de reyes godos desde el feroz Eurico hasta el devoto Ejica. Mientras los Visigodos mismos se dieron por satisfechos con las costumbres toscas de sus antepasados, franquearon á los súbditos de Aquitania y de España el goce de sus leyes romanas; mas con sus adelantos sucesivos en artes, en política, y despues en relijion, se engrieron imitando ú orillando aquellos institutos ajenos, y vinieron á componer un código de jurisprudencia civil y criminal para el uso de un pueblo grandioso y unido. Comunicáronse aquellas obligaciones y prerogativas á las naciones de una monarquía española, y los conquistadores olvidando insensiblemente el idioma teutónico, se allanaron á los miramientos de la justicia y elevaron á los Romanos á la participacion de su independencia. La situacion de la España bajo el reinado de los Visigodos realzó el mérito de política tan imparcial. Vivian aquellas provincias tenazmente separadas de sus dueños arrianos, por la diferencia irreconciliable de su relijion. Allanadas con la conversion de Recaredo las aprensiones de los católicos, seguian las costas, así del

Océano como del Mediterráneo, bajo el mando de los emperadores, que andaban reservadamente estimulando al pueblo ya descontento para que desechase el yugo de los bárbaros y se engriese con el nombre y señorío de ciudadano de Roma. Afiánzase la subordinacion de los súbditos dudosos en persuadiéndoles que van á aventurar mas en una sublevacion que cuanto pueden esperanzar con una revolucion; mas se hace tan obvio el atropellar al odiado y temido, que el sistema opuesto merece el concepto de cuerdo y moderado (125).

Mientras los reinos de los Francos y de los Visigodos se iban planteando en Galia y España, redondearon los Sajones la conquista de Bretaña, la tercera gran diócesis de la prefectura de Occidente. Separada ya la Bretaña del imperio romano, pudiera callar una historia familiar para los mas legos y enmarañada para los mas eruditos de mis lectores. Los Sajones, descollantes en el manejo del remo y del hacha, desconocian el arte de perpetuar la nombradía de sus proezas; las provincias reengolfadas en la barbarie, se desentendieron de describir la ruina de su interior, y casi yacia soterrada la tradicion escasa, cuando los misioneros de Roma restablecieron la luz de la ciencia y del Cristianismo. Las declamaciones de Jildas, los fragmentos ó fábulas de Nenio, los apuntes oscuros de las leyes y crónicas de los Sajones, y las consejas eclesiásticas del venerable Beda (126) se han ido esclareciendo con las tareas, y á veces hermoseando con la fantasía, de repetidos escritores, cuyas obras no es mi intento criticar ni trasladar (127). Mas cabe en el historiador del imperio detenerse á proseguir las revoluciones de una provincia romana hasta que llegue á desaparecer, y es propio de un Inglés el delinear esmeradamente el establecimiento de los bárbaros á quienes debe nombre, leyes y tal vez ascendencia.

Desplomado el gobierno romano, á los cuarenta años (A. 449), parece que Vortijerno ejerció el mando supremo y malseguro de los príncipes y ciudades de la Bretaña. Censuran jeneralmente al monarca desventurado por su política apocada y azarosa de apelar á un estranjero formidable para rechazar las correrías atropelladoras de un enemigo doméstico (128). Los historiadores mas graves envian sus embajadores á la costa de Jermania, arengan afectuosamente á la junta jeneral de los Sajones, y aquellos bárbaros belicosos acuerdan auxiliar con escuadra y ejército á los suplicantes de una isla lejana y desconocida. Si los Sajones desconocieran positivamente á la Bretaña, no le sobrevinieran tantos fracasos, mas no siempre podia el gobierno romano disponer de fuerzas para abrigar sus provincias marítimas contra los piratas de la Jermania; los estados independientes y desavenidos quedaban espuestos á sus salteamientos; y allá se hermanarian tácitamente Sajones, Escoceses y Pictos para el robo y la asolacion. Tan solo cabia á Vortijerno el contrapesar los varios peligros

que asaltaban por donde quiera su solio y su pueblo, y su política es acreedora á elojio ú disculpa, si antepuso la alianza de *aquellos* bárbaros cuya potestad naval los constituia los enemigos mas espuestos, ó los aliados mas provechosos. Al ir bojando la costa de levante con tres bajeles, Henjisto y Horsa se asalariaron con cuantioso estipendio para el resguardo de la Bretaña, y su denuedo despejó en breve el pais de los salteadores caledonios. Destinóse la isla de Tanet, distrito seguro y pingüe, para la residencia de los auxiliares jermanos, abasteciéndolos, en virtud del tratado, colmadamente de ropa y comestibles. El agasajo alentó hasta á cinco mil guerreros para embarcarse con sus familias en diez y siete buques, y el poderío en embrion de Henjisto se robusteció con este refuerzo cuantioso y oportuno. Apuntó el astuto bárbaro á Vortijerno la ocurrencia ventajosa de plantear al confin de los Pictos una colonia de aliados leales: acudió tercera escuadra de cuarenta bajeles de Jermania, asolando las Orcadas, y desembarcando un nuevo ejército por las costas de Northumberland ó Lothian, al estremo opuesto de la tierra apetecida. Obvio era el antever, pero imposible el evitar los desastres inminentes. Desaviniéronse enconadamente las dos naciones; pues abultaban los Sajones sus servicios y padecimientos á favor de un pueblo ingrato; al paso que los Bretones se dolian del galardon grandioso, incapaz de saciar la codicia de aquellos mercenarios altaneros. Enconáronse recelos y odios implacablemente, empuñaron sus armas los Sajones, y si cometieron una matanza alevosa en medio de un banquete, anonadaron la confianza recíproca que sostiene toda comunicacion en paz y en guerra (129).

Aspira denodamente Henjisto á la conquista de Bretaña, exhorta á sus compatricios á que aprovechen el precioso trance; retrata al vivo la fertilidad del suelo, la riqueza de las poblaciones, la flaqueza de los naturales y la situacion aventajada de una isla solitaria y anchurosa, accesible por donde quiera á las armadas sajonas (A. 455-582). Las colonias succesivas que fueron desembocando del Elba, del Weser y del Rin, solian componerse de tres naciones ó tribus valerosas de Jermania, los *Jutas*, los antiguos *Sajones* y los *Anglos*. Los primeros, que peleaban bajo las banderas mismas de Henjisto, blasonaban de guias de sus paisanos en el sendero de la gloria, y de fundadores en Kent del primer reino independiente. Atribuyó la fama tamaña empresa á los Sajones primitivos, y leyes é idioma de los conquistadores abarcan á todo un pueblo que á los cuatro siglos produjo como nacion los primeros monarcas de la Bretaña meridional. Descollaban los Anglos por su número y sus proezas, y lograron el timbre de apellidar para siempre el pais que ocupaban por la mayor parte. Los bárbaros que al cebo de la presa los iban siguiendo por mar y por tierra se fueron barajando con la triple hermandad; los *Frisones*, con su vecindad á las costas de Bretaña, acudieron y contrapesaron

por corto tiempo el poderío y el concepto de los Sajones; apenas se apuntan los *Daneses*, *Prusianos* y *Rujianos*, y algunos aventureros de los *Hunos* que habian asomado por el Báltico pudieron embarcase en los bajeles jermanos para la conquista de un nuevo mundo (130). Mas no se dispuso ni se llevó adelante tal arrojo por la concordia de un poderío nacional; pues cada denodado caudillo, segun los alcances de su nombradía y de sus triunfos, juntaba sus secuaces, habilitaba una escuadra de tres ó bien de sesenta naves, escojia el paraje de su embestida, y tomaba luego el rumbo conducente para la guerra en jeneral y para sus intereses particulares. Fracasaron y vencieron varios campeones en la guerra de Bretaña; mas solos siete caudillos se apropiaron ó mantuvieron el dictado de reyes. Plantearon los conquistadores siete solios independientes, ó la Heptarquía Sajona *(e)*, y siete familias, una de las cuales ha ido siguiendo por línea femenina hasta el actual soberano, descendia con toda su alcurnia sagrada de Woden, el dios de la guerra. Se ha querido afirmar que esta república de reyes se moderaba por un congreso jeneral y un majistrado supremo; mas tanta máquina política no se aviene con el destemple de los Sajones toscos y desmandados: enmudecen sus leyes, y sus escasos anales tan solo ofrecen una perspectiva lóbrega y sangrienta de discordias intentinas (131).

Un monje, absolutamente ajeno de los negocios, se entrometió á historiador del estado de Bretaña en el trance de su separacion del imperio occidental. Se esplaya Jildas (132) retóricamente en los adelantos de la agricultura, el raudal del comercio estranjero que cada oleada iba introduciendo por el Támesis y el Saverna, las altas y sólidas construcciones de edificios públicos y particulares; censura el lujo criminal del pueblo breton; de un pueblo, segun el mismo escritor, ajeno de las artes mas ínfimas, é inhábil para surtirse, sin acudir á los Romanos, de armas de hierro y de resguardos de piedra, para defender su misma patria (133). Ya la Bretaña, bajo el dilatado mando de los emperadores, se habia ido amoldando á la forma servil y culta de una provincia romana, cuya seguridad estribaba en una potestad forastera. Los súbditos de Honorio, atónitos y asustados, se apersonaron con la nueva libertad; quedaban destituidos de toda constitucion civil y militar, y sus mandarines variables carecian de habilidad y de teson, ó bien de autoridad para acaudillar las fuerzas públicas contra el enemigo comun. Puso la llegada de los Sajones de manifiesto su flaqueza interior, y degradó la índole del príncipe y del pueblo. Abultó su pavor el peligro; su desavenencia apocó sus recursos, y el desvarío de las facciones se esmeró mas en tildar los quebrantos que en remediarlos, achacándolos al desgobierno de sus contrarios. Sin embargo los Bretones no podian menos de entender la fábrica y uso de las armas; las embestidas intermediadas y revueltas de los Sajones les

franqueaban espacio para rehacerse, y los acontecimientos prósperos ó adversos de la guerra robustecian su valor nativo con disciplina y esperiencia.

Allanado el continente de Europa y de Africa por los bárbaros sin resistencia, forcejeó sola y desamparada la isla de Bretaña con dilatado, aunque infructuoso teson contra los piratas formidables que casi á un mismo tiempo asaltaron las costas del norte, del oriente y del mediodía. Los pueblos murados con arte se defendieron sin quebranto; utilizaban los naturales toda ventaja de terreno, cerro, selva ó pantano; de distrito en distrito compraba la sangre su conquista, y el silencio estudiado del analista atestigua las derrotas de los Sajones. Esperanzaba Henjisto redondear la conquista de Bretaña; mas su ambicion, en un reinado eficaz de treinta y cinco años, quedó ceñida á los ámbitos de Kent, y la colonia crecida que planteó en el norte feneció á manos de los Bretones. Tres jeneraciones belicosas tuvieron que forcejear para fundar la monarquía de los Sajones occidentales. La vida de Cérdico, uno de los prohombres de la prole de Woden, se vinculó en la conquista de la provincia de Hamp y de la isla de Wight, y su quebranto en la batalla del monte Badon lo redujo á sosiego desairado. Adelantóse su hijo valeroso á la provincia de Wilt; sitió á Salisbury, entónces situada sobre un otero, y venció una hueste que acudia al socorro de la ciudad. En la batalla inmediata de Marborough (154) ostentaron sus enemigos bretones gran pericia militar, pues formaron sus tropas en tres líneas, cada una de ellas compuesta de tres cuerpos diversos, y la caballería, ballesteros y lanceros repartidos segun la táctica romana. Embistieron los Sajones en columna cerrada, se abalanzaron denodadamente con sus dagas á las picas largas de los Bretones, y sostuvieron una pelea igual hasta el anochecer. Dos victorias decisivas, la muerte de tres reyes bretones y la toma de Cirencester, Bath y Glocester, arraigaron la nombradía y poderío de Ceaulin, nieto de Cérdico, que internó sus armas victoriosas hasta las orillas del Saverna.

Tras una guerra de cien años, los Bretones independientes seguian poseyendo todo el ámbito de la costa occidental desde el valladar de Antonino hasta el último promontorio de Cornwalis; y las ciudades principales del interior estaban contrastando todavía á los bárbaros. Amainó la resistencia al paso que el asalto recrecia en pujanza y denuedo. Forcejeando y abriendo rumbo, Sajones, Anglos y confederados iban siempre avanzando por el norte, el oriente y el mediodía, hasta enlazar sus pendones victoriosos en el centro de la isla. Descollaban todavía con su libertad nacional los Bretones tras el Saverna, sobreviviendo así á la Heptarquía y aun á la monarquía de los Sajones. Los valientes, mas bien hallados con el destierro que con la esclavitud, hallaron resguardo en las serranías de Gales; siglos mediaron antes que se avasallase á duras penas el Corn-

walis (155), y un tercio de fujitivos se granjeó establecimiento en la Galia, así por su arrojo como por el agasajo de los reyes merovinjios (156). El ángulo occidental de la Armórica se apellidó *nuevo Cornwalis* y *Bretaña menor*, y las tierras vacantes de los Osismos se ocuparon por un pueblo estraño, que, bajo la autoridad de sus condes y obispos, conservó las leyes y el idioma de sus antepasados. Los Bretones de Armórica rehusaron la sujecion del tributo acostumbrado á los débiles descendientes de Clodoveo y Carlomagno; sojuzgaron las diócesis cercanas de Vanes, Renes y Nantes, y formaron un estado poderoso, aunque avasallado y luego unido á la corona de Francia (157).

En un siglo entero de guerra perpetua, á lo menos implacable, sobresaldrian los Bretones con su teson y aun con su intelijencia, y aunque la reñida defensa y hasta la memoria de sus campeones descollantes yacen al par en el olvido, no debe pesarnos, puesto que toda época, por mas que escasee en virtud y ciencia, abunda de sobras en hechos de sangre y de nombradía militar. Alzóse el túmulo de Vortimero, hijo de Vortijerno, en la playa del mar, como padron formidable para los Sajones, á quienes por tres veces habia vencido en los campos de Kent. Descendia Ambrosio Aureliano de una familia esclarecida de Romanos (158); corria parejas su modestia con su valor, y este fué siempre triunfador hasta la postrera y aciaga refriega (159). Mas todo apellido breton se nubla con el nombre esclarecido de Arturo (140), príncipe hereditario de los Siluros, en el Gales meridional, y rey electivo, ú bien jeneral de la nacion. Segun la relacion mas atinada, derrotó en doce batallas sucesivas á los Anglos del norte y á los Sajones de poniente; mas ingratitudes populares y desventuras domésticas acibararon los postreros años del héroe. Menos interesantes aparecen los acontecimientos de su vida que las estrañas vicisitudes de su nombradía. Por espacio de cinco siglos los copleros arrinconados de Gales y de la Armórica, odiosos á los Sajones, y desconocidos de otras jentes, conservaron y engalanaron la tradicion de sus hazañas. El orgullo y la curiosidad de los conquistadores normandos los estimularon á estudiar la historia antigua de los Bretones: escucharon crédula y desaladamente el cuento de Arturo, y aclamaron ufanos los blasones de un príncipe avasallador de los Sajones, sus enemigos comunes. Su novela, traducida al latin de Jeffrey de Monmouth, y luego al lenguaje de moda de aquella época, se fué realzando con las galas variadas, aunque inconexas, que privaban en la esperiencia, el saber y la fantasía del siglo duodécimo. El vuelo de una colonia frijia desde el Tíber hasta el Támesis se entroncó fácilmente con la fábula de la Eneida; y los antepasados rejios de Arturo descendian de Troya y se emparentaban con los Césares. Provincias cautivas condecoraban sus trofeos y dictados imperiales, desagraviando á la patria con sus victorias dinamarquesas. La gallardía y supersticion de

nuestro héroe, sus funciones y torneos, y el instituto memorable de sus caballeros de la Tabla Redonda, eran un trasunto puntual de las costumbres caballerescas reinantes; y las proezas fabulosas del hijo de Utero aparecen menos increibles que las aventuras acabadas por el denuedo de los Normandos. Las romerías y las guerras santas dilataron por Europa los portentos vistosos de la majia árabe. Hadas, jigantes, dragones alados y encantados alcázares se barajaron con las ficciones mas sencillas del Occidente; y la suerte de Bretaña estaba colgada de las travesuras y anuncios de Merlin. Todas las naciones prohijaron y enriquecieron la novela popular de Arturo y de los Caballeros de la Mesa Redonda: vitoreábanse sus nombres en la Grecia y en Italia, y los abultados cuentos de Lancelote y de Tristan embargaban el estudio de príncipes y nobles, desatendiendo á los historiadores y héroes castizos de la antigüedad. Rayaron por fin de nuevo la ciencia y la racionalidad, aventóse el ensalmo; desvanecióse la soñada máquina, y por una reaccion natural, aunque injusta, de la opinion jeneral, el despego de la edad presente propende á dudar de la existencia de Arturo (141).

Cuando la resistencia no precave los quebrantos de la conquista, los encrudece; y no cabe conquista mas terrible y asoladora que la ejecutada por los Sajones, pues odiaban el teson de sus enemigos, escarnecian la fe de los tratados y atropellaban sin reparo los objetos mas sagrados del culto cristiano. Osarios eran por mil distritos los padrones de sus batallas; sangrientos aparecian los escombros de antiguas torres; degollado quedó hasta el último habitante sin distincion de edad ni sexo (142) en las cenizas de Andérida (143); y en la heptarquía sajona se redoblaron sin cesar tantísimas desdichas. Fenecieron á manos de unos sucesores irracionales las artes y la relijion, las leyes y el idioma planteados por los Romanos en Bretaña. Arrasadas las iglesias principales, los obispos, ajenos de la corona del martirio, se guarecieron, con sus reliquias sagradas, en Gales ó en Armórica; la grey tan menoscabada quedó destituida de todo pasto espiritual, desapareció la práctica y aun el recuerdo del cristianismo, y consolóse un tanto el clero breton condenando á los idólatras estranjeros. Conservaron las leyes de Francia sus privilejios á todo súbdito romano; pero los bravíos Sajones hollaron las leyes de Roma y de los emperadores. Procedimientos civiles y criminales, dictados honoríficos, formalidades de empleos, jerarquías sociales, y aun los derechos domésticos de matrimonio, testamento y herencia, todo quedó anulado; pues la caterva revuelta de esclavos nobles y plebeyos se manejaba por la costumbre inveterada establecida por los vaqueros y piratas de Jermania. Se soterró en el esterminio jeneral hasta el habla de las ciencias, de los negocios y de la conversacion introducida por los Romanos. Pudieron los Jermanos prohijar tal cual voz latina ó céltica para espresar sus urjencias ó con-

ceptos nuevos (144); mas aquellos paganos *idiotas* siguieron usando y planteando su dialecto nacional (145). Casi todos los nombres reparables en la iglesia ó en el estado ahora mismo suenan á teutónico (146), y la jeografía de Inglaterra se apellidó y estampó jeneralmente con denominaciones estrañas. Apenas cabe otro ejemplar de ruina tan ejecutiva y estremada; pero se puede maliciar que se hallaban menos arraigadas en Bretaña las artes de Roma que en España y en la Galia, y que la cerrilidad natural del pais y de sus moradores estaba solo levemente charolada con la finura italiana.

Con variacion tan estremada, muchos han venido á figurarse, prescindiendo de historia y de filosofía, que las provincias de Bretaña habian fenecido por entero, y que la tierra yerma se habia ido repoblando á raudales con incesantes colonias jermanas. Dícese que hasta trescientos mil Sajones acudieron al llamamiento de Henjisto (147); la emigracion cabal de los Anglos consta por la soledad de su antigua patria en tiempo de Beda (148); y la esperiencia nos dice la suma propagacion de la especie humana en una maleza fecunda y anchurosa donde rebosaba el mantenimiento. Los reinos sajones presentaban el aspecto de un descubrimiento y cultivo nuevo: cortas poblaciones, aldeas remotas, labranza torpe y desmayada: una yugada de tierra equivalia, aun siendo aventajada, á cuatro ovejas (149); dilatados espacios de selvas y pantanos quedaban á discrecion de la naturaleza; y el obispado moderno de Durham, con todo su territorio desde el Tine hasta el Tees, habia regresado á su primitivo estado de bosque montaraz y solitario (150). Tantísima despoblacion pudo en algunas jeneraciones suplirse con las colonias inglesas; mas ni el discurso ni los hechos abonan el puesto soñado de que los Sajones de Bretaña permanecieron á solas en el desierto que habian sojuzgado. Afianzado el dominio y saciada la venganza, interesaba á los bárbaros conservar los campesinos, al par de los ganados, en un pais ya rendido. A cada revolucion nueva, el sufrido rebaño pertenece al dueño estraño, y el contrato ganancioso del alimento por el trabajo se revalida calladamente con las necesidades mutuas. Vilfredo, el apóstol de Susex (151), aceptó de su convertido rejio la donacion de la península de Selsey, cerca de Chichester, con las personas y haberes de sus moradores, que ascendian á la sazon á ochenta y siete familias. Redimiólas á un tiempo de servidumbre temporal y espiritual, y el bondadoso dueño bautizó hasta doscientos y cincuenta esclavos de ambos sexos. El reino de Susex, que se estendia desde la marina hasta el Támesis, contenia siete mil familias; mil y doscientas avecindadas en la isla de Wight, y si vamos multiplicando este cómputo mal deslindado, resulta probable que los cultivadores de Inglaterra serian un millon de sirvientes ó *villanos*, anejos á los estados de sus dueños absolutos. Solian los bárbaros menesterosos llegar á vender sus hijos, y

aun á sí mismos para esclavos perpetuos, hasta en pais estranjero (152); pero las escepciones terminantes que se otorgaban á los esclavos *nacionales* (153) manifestaban que eran muchos menos que los estraños, quienes se hallaban cautivos por las vicisitudes de la guerra. Cuando el tiempo y la relijion hubieron mitigado el desaforamiento de los Anglo-Sajones, fomentaron las leyes la práctica ya frecuente de la manumision, y sus vasallos de ralea welcha ó cambriana se colocaron en la clase honrada de libertos inferiores y hacendados, ejerciendo los derechos de la sociedad civil (154). Esta denominacion apacible afianzaria el homenaje de un pueblo indómito, recien rendido por el confin de Gales y de Cornwalis. El sabio Ina, lejislador de Wesex, hermanó ambas naciones con el vínculo del parentesco, y cuatro señores bretones de la provincia de Somerset asoman honoríficamente en la corte de un monarca sajon (155).

Parece qué los Bretones independientes volvieron á encenagarse en la barbarie primitiva, de la que imperfectamente se les habia libertado. Arrinconados por sus enemigos lejos del trato humano, pararon luego en objetos de escándalo y aborrecimiento para el orbe católico (156). Profesábase todavía el Cristianismo en las serranías de Gales; pero los toscos cismáticos, sobre la *forma* de la tonsura clerical, y en cuanto al dia de la celebracion de la Pascua, rechazaron porfiadamente los mandatos terminantes del pontífice romano. El latin se fué desusando, y los Bretones quedaron defraudados de las artes y literatura que la Italia siguió comunicando á sus prosélitos sajones. En Gales y la Armórica se conservó y cundió la lengua céltica, que era el idioma nativo del Occidente; y los *bardos*, que eran los compañeros de los Drúidas, estaban todavía escudados en el siglo diez y seis por las leyes de Isabel. Su caudillo, empleado respetable en las cortes de Penguerna, ó Aberfrau ó Caermathaen, acompañaba á los sirvientes del rey á la guerra: la monarquía de los Bretones, que entonaba al frente de la batalla, estimulaba el denuedo y sinceraba sur salteamientos, pidiendo el cantarin por galardon debido la ternera mas lozana de los despojos. Sus ministros subalternos, maestros y discípulos de la música instrumental y vocal, iban visitando en sus respectivas rondas las casas reales, nobles y plebeyas; y la escasez pública, ya casi exhausta por el clero, se postraba con las demandas de los bardos. Se deslindaba su mérito en certámenes solemnes; y la aprension vehemente de inspiraciones sobrenaturales encumbraba la fantasía del poeta y aun del auditorio (157). Los ámbitos postreros de la libertad céltica, los territorios arrinconados de la Galia y la Bretaña, eran mas bien praderas que campiñas de labranza, y la riqueza de los Bretones se cifraba toda en sus rebaños; alimentábanse de leche y carne, y solia el pan apetecerse ó desecharse como lujo estranjero. Pobló la libertad los riscos de Gales y los pantanos de la Armórica; mas la maldad achacó su jentío á la práctica

desenfrenada de la poligamia, suponiendo que las casas de aquellos bárbaros licenciosos contenian hasta diez mujeres, y quizás cincuenta niños (158). Eran de temple arrebatado y temerario, tanto en sus obras como en su habla (159); y careciendo de las artes pacíficas, andaban de continuo guerreando en casa y fuera. La caballería de la Armórica, los lanceros de Guent y los ballesteros de Merioneth eran igualmente formidables; mas su pobreza no alcanzaba á proporcionarse broqueles ni celadas, y aun aquel peso impropio entorpeciera su ímpetu y ajilidad en las correrías. Uno de los mayores monarcas ingleses tuvo el encargo de un emperador griego para que se sirviese manifestarle amistosamente el estado de la Bretaña; y pudo Henrique II asegurarle, por su propia esperiencia, que habitaba en Gales una ralea de guerreros desnudos, que arrostraban sin zozobra todo el armamento enemigo (160).

Con la revolucion de la Bretaña se estrecharon los límites de la ciencia y del imperio. La cerrazon, clareada un tanto con los descubrimientos fenicios, y despejada luego con las armas de César, encapotó de nuevo las playas del Atlántico, y una provincia romana quedó otra vez perdida entre las islas fabulosas del Océano. Siglo y medio despues del reinado de Honorio, el historiador mas formal de aquel tiempo (161) describe las maravillas de una isla lejana, cuyas partes oriental y occidental están separadas por un vallado antiguo, término de la vida y de la muerte, ó mas bien de la verdad y de la ficcion. Es el Oriente pais amenísimo, habitado por jente civilizada; sano el ambiente, las aguas cristalinas y abundantes, y la campiña rinde puntualmente sus esquilmos. En la parte opuesta, el aire es pestífero y mortal; el terreno cuajado de serpientes; mansion solitaria y horrorosa de los espíritus, traspuestos de las playas contrarias en barquillos sólidos por sus remeros vivos. Hay familias de pescadores, súbditos de los Francos, descargados de toda pecha por la pension misteriosa de estos Carontes del Océano. Viene á cada cual su vez de acudir á deshora de la noche para oir la voz y el nombre del duende: percíbese su peso, y aun su empuje desconocido é irresistible. Tras el sueño de la fantasía, leemos con asombro que el nombre de aquella isla es *Britia*; que yace en el Océano frente al desembocadero del Rin, á menos de diez leguas del continente; poséenla tres naciones, Frisios, Anglos y Bretones, y que asomaron algunos Anglos en Constantinopla con la comitiva de los embajadores franceses. Pudo Procopio enterarse de los embajadores acerca de una aventura singular, mas no desatinada, que retrata el brio mas bien que la delicadeza de una heroina inglesa. Estaba apalabrada con Radíjero, rey de los Varnos, tribu de los Jermanos, junto al Océano y el Rin; pero su novio alevoso vino á posponerla por la viuda de su padre, hermana de Teodeberto, rey de los Francos (162). Desagravióse la princesa, ajena de todo lamento; dícese que sus belicosos súbditos

ni por asomo tenian noticia de un caballo; pero la desamparada navegó de Bretaña para la boca del Rin con una escuadra de cuatrocientas naves y un ejército de cien mil hombres. El cautivo Radíjero, tras la pérdida de una batalla, imploró la piedad de su novia victoriosa, quien lo indultó gallardamente, despidió al competidor y precisó al rey de los Varnos á cumplir pundonorosamente con el cargo de marido (165). Esta hazaña bizarra fué al parecer la última empresa naval de los Anglo-Sajones. El arte de la navegacion, con el cual se habian granjeado el imperio de la Bretaña y de los mares, quedó desatendido luego por los bárbaros estragados, que se desentendieron apoltronadamente de cuantas ventajas comerciales cuadraban con su situacion isleña. Discordias y vicisitudes incesantes acosaron mas y mas á los siete reinos independientes, y el *mundo breton* por maravilla se enlazaba, ni en paz ni en guerra, con las naciones del continente (164).

Historié ya trabajosa y cumplidamente la decadencia y ruina del imperio romano, desde la época venturosa de Trajano y los Antoninos hasta su esterminio en el Occidente, á los quinientos años de la era cristiana. En aquel aciago plazo, batallaban ferozmente los Sajones con los naturales por la posesion de Bretaña; estaban divididas la Galia y la España por las monarquías poderosas de Francos y Visigodos, con los reinos dependientes de los Suevos y Borgoñones; se hallaba el Africa perseguida atrozmente por los Vándalos, y atropellada por los Moros bravíos; un ejército de bárbaros asalariados estaba asolando á Roma y la Italia hasta las márjenes del Danubio, hasta que su desenfreno tiránico paró en el reinado del Ostrogodo Teodorico. Todos los súbditos del imperio que con el uso de la lengua latina merecian con especialidad el nombre y privilejios de Romanos estaban oprimidos por el baldon y las desventuras de la conquista estraña; y las naciones victoriosas de Jermania plantearon un sistema nuevo de costumbres y gobierno en la parte occidental de Europa. Asomaba escasamente la majestad de Roma en los príncipes de Constantinopla, apocados y supuestos sucesores de Augusto. Seguian estos sin embargo reinando en el Oriente desde el Danubio hasta el Nilo y el Tígris; derribaron las armas de Justiniano los reinos de Godos y Vándalos de Italia y Africa, y la historia de los emperadores *griegos* puede todavía aprontar una larga serie de lecciones instructivas y revoluciones interesantes.

NOTAS

correspondientes al capítulo trijésimo octavo.

(1) En este capítulo sacaré mis citas del Recueil des Historiens des Gaules et de la France, Paris, 1738-1767, en once tomos en folio. A la laboriosidad de Dom Bouquet y otros benedictinos debemos todos los testimonios orijinales, desde el año 1060, arreglados por órden cronolójico, é ilustrados con notas eruditas. Semejante obra nacional, que debe continuarse hasta el año 1500, debiera provocar nuestra emulacion.

(2) Tacit. Hist. IV, 73, 74, in tom. I, p. 445. Seria demasiado presuntuoso el querer compendiar á Tácito; pero puedo escojer las ideas jenerales relativas al estado actual y futuro de las revoluciones de la Galia.

(3) Eadem semper causa Germanis transcendendi in Gallias libido atque avaritiæ et mutandæ sedis amor; ut relictis paludibus et solitudinibus suis, fecundissimum hoc solum vosque ipsos possiderent.... Nam pulsis Romanis quid aliud quam bella omnium inter se gentium existent?

(4) Sidonio Apolinario ridiculiza, con afectado injenio y jocosidad las penalidades de su situacion (Carm. XII, in tom. I, p. 811).

(5) Véase Procopio de Bell. Gothico, l. I, c. 12, in tom. II, p. 31. El carácter de Grocio me hace creer, que no hubiera sustituido el *Rin* por el *Ron* (Hist. Gothorum, p. 175) á no apoyarse en la autoridad de algun manuscrito.

(6) Sidonio, l. VIII, epíst. 3, 9, in tom. I, p. 800. Jornandes (de Rebus Geticis, c. 47, p. 680) justifica, en cierto modo, este retrato del héroe gótico.

(7) Uso la denominacion familiar de *Clodoveo*, del latin *Chlodovechus* ó *Chlodovæus*. Pero la *Ch* no espresa mas que la aspiracion jermánica; y el verdadero nombre no se diferencia de *Luduin* ó *Luis* (Mém. de l'Academie des Inscriptions, tom. XX, p. 68).

(8) Greg. Turon., l. II, c. 12, in tom. I, p. 168. Basina habla el idioma de la naturaleza: los Francos, que en su juventud la habian conocido, pudieron conversar con Gregorio en su ancianidad; y el obispo de Turs no podia desear disfamar la madre del primer rey cristiano.

(9) El abate Dubos (Hist. Critique de l'Etablissement de la Monarchie Française dans les Gaules, tom. I, p. 630-650) tiene el mérito de definir el primitivo reino de Clodoveo, y de fijar el número verdadero de sus súbditos.

(10) Eccelesiam incultam ac negligentia civium Paganorum prætermissam, veprium densitate oppletam, etc. Vit. St. Vedasti, in tom. III, p. 372. Esta descripcion da á entender que Arras habia estado en poder de los paganos muchos años antes del bautismo de Clodoveo.

(11) Compara Gregorio de Turs (l. V, c. 1, tom. II, p. 232) la pobreza de Clodoveo con la riqueza de sus nietos. Con todo Remijio (in tom. IV, p. 52) menciona su *pàternas opes*, como suficiente para la redencion de cautivos.

(12) Véase Gregorio (l. II, c. 27, 37, in tom. II, p. 175, 181, 182). La célebre historia del vaso de Soisons manifiesta el carácter y poder de Clodoveo. Como punto de controversia, ha sido muy manoseado por Boulainvilliers, Dubos, y otros anticuarios políticos.

(13) El duque de Nivernois, noble y hombre de estado, que habia manejado delicadas negociaciones, ilustra injeniosamente (Mém. de l'Academie des Inscriptions, tom. XX, p. 147-184) el sistema político de Clodoveo.

(14) M. Biet (en una Disertacion que mereció el premio de la Academia de Soisons, p. 178-226) define esmeradamente el reino de Siagrio, y su padre; pero da demasiado crédito al infundado testimonio de Dubos (tom. II, p. 54-57) para quitarle á Beauvais y Amiens.

(15) He observado que Fredegario, en su Epítome de Gregorio de Turs (tom. II, p. 398) sustituyó prudentemente el nombre de *Patricius* al increible título de *Rex Romanorum*.

(16) Sidonio (l. V, Epist 5, in tom. I, p. 794), que le llama el Solon, el Amfion, de los Bárbaros, habla á este rey imajinario en tono de amistad. De semejante arbitrariedad, el sagaz Dejoces le habia ascendido al trono de los Medos (Herodot., l. I, c. 96-100).

(17) Campum sibi præparari jussit. M. Biet (p. 226-251) fijó el campo de batalla en Nogent, una abadía benedictina, sobre diez millas al norte de Soisons. El terreno estaba señalado por un círculo de sepulcros paganos; y Clodoveo cedió las tierras adyacentes de Lewilly y Coucy á la iglesia de Reims.

(18) Véase Cæsar, Comment. de Bell. Gallic. II, 4, in tom. I, p. 220, y el Notitiæ, tom. I, p. 126. Las tres *Fabricæ* de Soisons eran, *Scutaria*, *Balistaria* y *Clinabaria*. La última suplia la armadura completa de los pesados coraceros.

(19) El epiteto debe ceñirse á las circunstancias; y la historia no puede justificar la preocupacion francesa de Gregorio (l. II, c. 27, in tom. II, p. 175), ut Gothorum pavere *mos* est.

(20) Dubos me ha complacido diciendo (tom. I, p. 277-286) que Gregorio de Turs, sus copistas ó lectores, siempre confundieron el reino Jermano de *Turinjia*, mas allá del Rin, y la ciudad gálica de *Tongria*, sobre el Mosa, que antiguamente era el pais de los Eburones, y recientemente la diócesis de Lieja.

(21) Populi habitantes juxta *Lemannum* lacum, *Alemanni* dicuntur. Servio, ad Virgil. Georgic. IV, 278. Dom Bouquet (tom. I, p. 817) alegó únicamente el texto mas reciente y corrompido de Isidoro de Sevilla.

(22) Gregorio de Turs envia á San Lupicino inter illa Jurensis deserti secreta, quæ, inter Burgundiam Alamannianque sita, Aventicæ adjacent civitati, in tom. I, p. 648. M. de Watteville (Hist. de la Confédération Helvetique, tom. I, p. 9, 10) definió esmeradamente los límites helvecios del ducado de Alemania, y de la Borgoña Trasjurana. Estaban en proporcion con las diócesis de Constancia y Avencha, ó Lausania, y aun se diferencian, en la Suiza moderna, por el uso del idioma francés ó aleman.

(23) Véase Guilliman de Rebus Helveticis, l. I, c. 3, p. 11, 12. Dentro de los muros de Vindonisa se levantaron sucesivamente el castillo de Absburgo, la abadía de Konigsfield y la ciudad de Bruck. El viajero filósofo puede comparar los monumentos de la conquista romana, de la tiranía feudal ó austríaca, de la supersticion frailuna y de la industriosa independencia. Si es verdaderamente un filósofo, sabrá apreciar el mérito y felicidad de su época.

(24) Gregorio de Turs (l. II, 30, 37, in tom. II, p. 176, 177, 182), el Gesta Francorum (in tom. II, p. 551) y la epístola de Teodorico (Casiodor., Variar. l. II, c. 41, in tom. IV, p. 4) describen la derrota de los Alemanes. Algunas de sus tribus se establecieron en Recia, bajo la proteccion de Teodorico; cuyos sucesores cedieron la colonia y su pais al nieto de Clodoveo. El estado de los Alemanes en tiempo de los reyes merovinjios puede verse en Mascou (Hist. de los Antiguos Jermanos, XI, 8, etc. Anotacion XXXVI) y Guilliman (de Reb. Helvet., l. II, c. 10-12, p. 72-80).

(25) Clotilda, ó mas bien Gregorio, suponen que Clodoveo adoraba á los dioses de Grecia y Roma. El hecho es increible, y la equivocacion solo nos demuestra, que en menos de un siglo, se habia abolido la relijion nacional de los Francos, y aun olvidado completamente.

(26) Gregorio de Turs refiere el matrimonio y conversion de Clodoveo

(l. II, c. 28-31, in tom. II, p. 175-178). Tampoco son de despreciar Fredegario, ó el desconocido Epitomista (in tom. II, p. 398-400), autor del Gesta Francorum (in tom. II, p. 548-552); y el mismo Amoin (l. I. c. 13, in tom. III, p. 37-40). La tradicion puede conservar por largo tiempo algunas curiosas circunstancias de estas importantes transacciones.

(27) Un viajero, que volvia de Reims á Auvernia, robó una copia de sus declamaciones al secretario ó librero del modesto arzobispo (Sidonio Apolinario, l. IX, epíst. 7). Cuatro epístolas de Remijio, que aun se conservan (in tom. IV, p. 51, 52, 53), no corresponden á las alabanzas de Sidonio.

(28) Hincmar, uno de los sucesores de Remijio (A. 845-882), compuso su vida (in tomo III, p. 373-380). La autoridad de un antiguo manuscrito de la iglesia de Reims podia inspirar alguna confianza á no quedar destruida por el egoismo y audaces ficciones de Hincmar. Es bastante notable; que habiendo sido Remijio consagrado á la edad de veinte y dos años (A. 457) ocupase la silla episcopal setenta y cuatro (Pagi Critica, in Baron., tom. II, p. 384, 572).

(29) Una redomita (la *Santa Ampolla*) de aceite santo, ó mas bien celestial, fué traida por una paloma blanca para el bautismo de Clodoveo; y aun hoy dia se usa en la coronacion de los reyes de Francia. Hincmar (que aspiraba al primado de la Galia) es el primer autor de esta fábula (in tom. III, p. 377), y el abate Vertot (Mémoires de l'Academie des Inscriptions, tom. II, p. 619, 633) ha fijado sus hechos superficiales, con profundo respeto y consumada destreza.

(30) Mitis depone colla, Sicamber: adora quod incendisti, incende quod adorasti. Greg. Turon., l. II, c. 31 in tom. II, p. 177.

(31) Si ego ibidem cum Francis meis fuissem injurias ejus vindicassem. Esta atrevida espresion que Gregorio ocultó prudentemente, la celebran Fredegario (Epitom., c. 21, in tom. II, p. 400), Amoin (l. I, c. 16, in tom. III, p. 40), y la Crónica de San Dionisio (l. I, c. 20, in tom III, p. 171), como una admirable efusion de celo cristiano.

(32) Gregorio (l. II, c. 40-43, in tom. II, p. 183-185) despues de referir con frialdad los repetidos crímenes y afectado remordimiento de Clodoveo, concluye, quizás sin pensarlo, con una leccion, á la que la ambicion nunca dará oidos; « His ita transactis.... obiit. »

(33) Tras la victoria gótica, Clodoveo hizo grandes ofrecimientos á San Martin de Turs. Deseaba redimir su caballo de batalla por cien monedas de oro; pero el animal encantado no se movió del establo hasta que dobló la suma de su redencion. Este *milagro* obligó al rey á esclamar,

Vere B. Martinus est bonus in auxilio, sed carus in negotio (Gesta Francorum, in tom. II, p. 554, 555).

(34) Véase la epístola del papa Anastasio al real convertido (in tom. IV, p. 50, 51). Avito, obispo de Viena, felicitó á Clodoveo sobre el mismo asunto (p. 49); y varios obispos latinos le manifestaron su júbilo y adhesion.

(35) En vez de los Ἀρβόρυχοι un pueblo desconocido, que aparece en el texto de Procopio, Adriano restableció su nombre primitivo Ἀρμόρυχοι; y esta fácil correccion fué aprobada jeneralmente. Con todo, un lector despreocupado supondria naturalmente, que Procopio alude á una tribu de Jermanos aliados con Roma; y no una confederacion de ciudades gálicas, que se habian separado del imperio (*).

(36) Esta importante digresion de Procopio (de Bell. Gothic., l. I, c. 12, in tom. II, p. 29-36) aclara el oríjen de la monarquía francesa. Sin embargo debo observar, 1. Que el historiador griego da á conocer su ignorancia en cuanto á la jeografía de Occidente. 2. Que estos tratados y privilejios, debian haber dejado algunas huellas, que no se hallan en Gregorio de Turs, las leyes sálicas, etc.

(37) Regnum circa Rhodanum aut Ararim cum provincia Massiliensi retinebant. Greg. Turon., l. II, c. 32, in tom. II, p. 178. La provincia de Marsella, hasta el Durance, fué luego cedida á los Ostrogodos; y las firmas de veinte y cinco obispos se suponen representar el reino de Borgoña, A. 519 (Concil. Epaon., in tom. IV, p. 104, 105). Con todo esceptúo á Vindonisa. El obispo, que vivió bajo los Alemanes paganos, acudiria, sin duda, á los sínodos del vecino reino cristiano. Mascou (en sus cuatro primeras anotaciones) esplica varias circunstancias relativas á la monarquía borgoñona.

(38) Mascou (Hist. de los Jermanos, XI, 10), que con razon desconfia del testimonio de Gregorio de Turs, refiere un pasaje de Avito (epíst. V), para probar que Gundobaldo deploraba el trájico suceso que sus súbditos ensalzaban.

(39) Véase la conferencia orijinal (in tom. IV, p. 99, 102). Avito, el principal, y probablemente el secretario de la junta, era obispo de Viena. Una breve reseña de su persona y obras, puede hallarse en Dupin Bibliothéque Ecclésiastique, tom. V, p. 5-10).

(40) Gregorio de Turs (l. III, c. 19, in tom. II, p. 197) realza su injenio, ó mas bien copia á un escritor mas elocuente, en la descripcion de

(*) Compárese Hallam, Europa durante la edad media, vol. I, p. 2, y Daru, Hist. de Bretagne, vol. I, p. 129. -M.

Dijon; castillo, que ya merece el nombre de ciudad. Hasta el siglo doce perteneció á los obispos de Langres, y luego fué la capital de los duques de Borgoña. Longuerue, Description de la France, part. I, p. 280.

(41) El epitomista de Gregorio de Turs (in tom. II, p. 401) suplió el número de los Francos; pero supone atrevidamente que fueron acuchillados por Gundobaldo. El prudente Borgoñon economiza la vida de los soldados de Clodoveo, y los envia cautivos al rey de los Visigodos, quien los establece en el territorio de Tolosa.

(42) En esta guerra de Borgoña he seguido á Gregorio de Turs (l. II, c. 32, 33, in tom. II, p. 178, 179), cuya narracion *aparece* tan incompatible con la de Procopio (de Bell. Goth., l. I, c. 12, in tom. II, p. 31, 32), que algunos críticos han supuesto que eran *dos* guerras diferentes. El abate Dubos (Hist. Critique, etc., tom. II, p. 126-162) manifiesta distintamente las causas y acontecimientos.

(43) Véase su vida ó leyenda (in tom. III, p. 402). ¡Un mártir! cuan estrañamente ha sido desfigurada esta palabra de su sentido orijinal. San Sijismundo tenia una habilidad particular para curar las fiebres.

(44) Antes del fin del siglo quinto, la iglesia de San Mauricio y su lejion tebana, habian hecho á Agauno un punto de peregrinacion. Una comunidad de ambos sexos habia introducido algunos hechos oscuros, que fueron abolidos (A. 515) por el monasterio de Sijismundo. De allí á cincuenta años, sus *ánjeles de luz* hicieron una salida nocturna para asesinar su obispo y toda la comunidad. Véase en la Bibliothéque raisonnée tom. XXXVI, p. 435-438) las curiosas observaciones de un instruido bibliotecario de Jinebra.

(45) Mario, obispo de Avenche (Chron., in tom. II, p. 15) señaló las fechas auténticas, y Gregorio de Turs (l. III, c. 5, 6, in tom. II, p. 188, 189) esplica los hechos principales de la vida de Sijismundo y de la conquista de Borgoña. Procopio (in tom. II, p. 34) y Agatias (in tom. II, p. 49) dan á conocer lo poco enterados que se hallan.

(46) Inserta Gregorio de Turs (l. II, c. 37, in tom. II, p. 181) el breve, pero persuasivo discurso de Clodoveo. Valde moleste fero, quod hi Ariani partem teneant Galliarum (el autor del Gesta Francorum, in tom. II, p. 553, añade el precioso epiteto de *optimam*), camus cum Dei adjutorio, et, superatis eis, redigamus terram in ditionem nostram.

(47) Tunc rex projecit á se in directum Bipennem suam quod est *Francisca*, etc. (Gesta Franc., in tom. II, p. 554). Procopio (in tom. II, p. 37) describe claramente la forma y uso de esta arma. En el Glosario de Duçange y en el grande diccionario de Trevoux se hallan varios ejemplos de su nombre *nacional*, en latin y en francés.

(48) Es bastante estraño que en la Vida de Quintiliano se hallen algunos hechos anténticos y muy importantes, puesto en verso en el antiguo *patois* de Ruerga (Dubos, Hist. Critique, etc. tom. II, p. 179).

(49) Quamvis fortitudini vestræ confidentiam tribuat parentum vestrorum innumerabilis multitudo ; quamvis Attilam potentem riminiscamini Visigotharum viribus inclinatum ; tamen quia populorum ferocia corda longa pace mollescunt, cavete subito in aleam mittere, quos constat tantis temporibus exercitia non habere. Tal fué el saludable consejo, aunque infructuoso de Teodorico (Casiodor. , l. III, epíst. 2).

(50) Montesquieu (Esprit des Lois, l. XV, c. 14) menciona y aprueba la ley de los Visigodos (l. IX, tít. 2, in tom IV , p. 425), que obliga á todos los amos á armar á diez de sus esclavos y enviarlos á pelear al campo de batalla.

(51) Este modo de adivinacion , aceptando como agüero las primeras palabras sagradas, que en circunstáncias particulares se oyesen, derivaba de los Paganos ; y el poema de Homero y Virjilio fué sustituido por los Salmos ó la Biblia. Desde el siglo cuarto al catorce , estas *sortes sanctorum* , segun se las llama , fueron varias veces condenadas por los decretos de los concilios , y puestos en práctica por reyes , obispos y santos. Véase una curiosa disertacion del abate de Resnel , en las Mémoires de l'Académie, tom. XIX, p. 287-310.

(52) Tras correjir el texto ó rectificar la equivocacion de Procopio, que coloca la derrota de Alarico cerca de Carcasona, podemos deducir del testimonio de Gregorio, Fortunato, y el autor del Gesta Francorum, que la batalla fué dada *in campo Vocladensi* , en las orillas del Clain , sobre diez millas al sur de Poitiers. Clodoveo alcanzó á los Visigodos cerca de Vivona , y la accion se decidió en las cercanías de la aldea llamada aun hoy dia Champaña San Hilario. Véanse las Disertaciones del abate Le Bœuf, tom. I, p. 304-331.

(53) Angulema está en el camino de Poitiers á Burdeos; y aunque Gregorio retarda el sitio , mas bien creo que confunde el órden de la historia , que Clodoveo descuidase las reglas de la guerra.

(54) Pyrenæos montes usque Perpinianum subjecit, es la espresion de Rorico, que descubre su fecha moderna ; puesto que Perpiñan no existió hasta el siglo décimo (Marca Hispanica, p. 458). Un escritor elocuente y fabuloso (quizá un fraile de Amiens, véase el abate Le Bœuf, Mém. de l'Académie, tom. XVII, p. 228-245) refiere, bajo el carácter *alegórico* de un pastor , la historia jeneral de sus compatricios los Francos ; pero su narracion termina con la muerte de Clodoveo.

(55) El autor del Gesta Francorum afirma positivamente, que Clodo-

veo estableció un cuerpo de Francos en el Santonje y Bordelés; y Rorico no le sigue sin fundamento, electos milites, atque fortissimos, cum parvulis, atque mulieribus. Con todo parece que luego se mezclaron con los Romanos de Aquitania, hasta que Carlomagno introdujo una colonia mas numerosa (Dubos, Hist. Critique, tom. II, p. 215).

(56) Para la descripcion de la guerra gótica, he echado mano de los siguientes materiales, sin perder de vista el crédito que debe darse á cada uno. Cuatro epístolas de Teodorico, rey de Italia (Casiodor., l. III, epíst. 1-4, in tom. IV, p. 3, 5), Procopio (de Bell. Goth., l. I, c. 12, in tom. II, p. 32, 33), Gregorio de Turs (l. II, c. 35, 36, 37, in tom. II, p. 181-183), Jornandes (de Reb. Geticis, c. 58, in tom. II, p. 28), Fortunato (in Vit. St. Hilarii, in tom. III, p. 380), Isidoro (in Chron. Goth., in tom. II, p. 702), el Epítome de Gregorio de Turs (in tom. II, p. 401), el autor del Gesta Francorum (in tom. II, p. 553-555), los Fragmentos de Fredegario (in tom. II, p. 463), Amoin (l. I, c. 20, in tom. III, p. 41, 42), y Rorico (l. IV, in tom. III, p. 14-19).

(57) Los Fastos de Italia desechan naturalmente á un cónsul, el enemigo de su soberano; pero cualquiera injeniosa hipótesis que esplique el silencio de Constantinopla y Ejipto (la Crónica de Marcelino y Pascal) puede ser refutada por el idéntico silencio de Mario, obispo de Avencha, que compuso sus Fastos en el reino de Borgoña. Si el testimonio de Gregorio de Turs fuese de menos peso (l. II, c. 38, in tom. II, p. 183), creeria que Clodoveo, como Odoacer, recibió el último título y honores de *Patricio* (Pagi Critica, tom. II, p. 474, 492).

(58) En tiempo de los reyes merovinjios, Marsella aun importaba del Oriente, papel, vino, aceite, lienzo, seda, piedras preciosas, especias, etc. Los Galos ó Francos comerciaban con la Siria, y los Sirios estaban establecidos en la Galia. Véase M. de Guignes, Mém. de l'Académie, t. XXXVII, p. 471-475.

(59) Οὐ γὰρ ποτὲ ᾤοντο Γαλλίας ξὺν τῷ ἀσφαλεῖ κεκτῆσθαι Φράγγοι, μὴ τοῦ αὐτοκράτορος τὸ ἔργον ἐπισωραγίσαντος τοῦτο γε. Esta enérjica declaracion de Procopio (de Bell. Gothic., l. III, c. 33, in tom. II, p. 41) debe bastar para justificar al abate Dubos.

(60) Los Francos, se valian probablemente de las secas de Tréveris, Lion y Arles, imitando el cuño de los emperadores romanos de setenta y dos *solidi*, ó piezas, por libra de oro. Pero como los Francos establecieron la proporcion del oro déclupa de la plata; el valor de su sólido de oro es sobre unos cincuenta reales. Era el tipo de la afinacion barbárica, y contenia cuarenta *denarii*. Doce de estos denarii hacian un *solidus* ó cinco reales, la dozava parte de una *libra* numeral ó libra de plata; que tan

estrañamente ha sido dividida en la Francia moderna. Véase Le Blanc, Traité Historique des Monnaies de France, p. 37-43, etc.

(61) Agatias, in tom. II, p. 47. Gregorio de Turs da una descripcion bien diferente. Quizá no sea fácil en el mismo espacio histórico hallar mas vicio y menos virtud. A cada paso ofenden las costumbres salvajes y corrompidas.

(62) M. de Foncemagne describió ; en una disertacion correcta y elegante (Mém. de l'Académie, tom. VIII, p. 505-528), la estension y límites de la monarquía francesa.

(63) El abate Dubos (Histoire Critique, tom. I, p.29-36) manifestó auténtica y agradablemente la marcha lenta de estos estudios ; observando que Gregorio de Turs no fué reimpreso mas que una vez antes del año 1560. Segun la queja de Heinecio (Opera, tom. III, Sylloge, III, p. 248, etc.), la Jermania recibió con indiferencia y desprecio los códigos de las leyes barbáricas, que fueron publicadas por Heroldo, Lindenbrojio, etc. En el dia (en cuanto concierne á la Galia), la historia de Gregorio de Turs, y todos los monumentos de la raza merovinjia, se hallan ordenados en los cuatro primeros tomos de los Historiadores de Francia.

(64) Este interesante asunto ha sido discutido durante treinta años (1728-1765) por el imparcial conde de Boulainvilliers (Mémoires Historiques sur l'Etat de la France, particularmente tom. I, p. 15-49), el instruido é injenuo abate Dubos (Histoire Critique de l'Etablissement de la Monarchie Française dans les Gaules, 2 vols. in 4.º), el jenio prespicaz del presidente Montesquieu (Esprit des Lois, particularmente l. XXVIII, XXX, XXXI), y el sensato y activo abate de Mably (Observations sur l'Histoire de France, 2 vols. 12.º).

(65) He adquirido muchos conocimientos de dos obras eruditas de Heinecio, la *Historia* y los *Elementos*, de las leyes jermánicas. En un juicioso prólogo de los Elementos, trata de disculpar los defectos de aquella bárbara jurisprudencia.

(66) El latin parece haber sido el idioma orijinal de la ley sálica. Fué redactada probablemente á principios del siglo quinto, antes de la era (A. 421) del verdadero ó fabuloso Faramundo. El prólogo menciona los cuatro cantones que nombraban los cuatro lejisladores ; y varias provincias, Franconia, Sajonia, Hanover, Bravante, etc. las han reclamado como suyas. Véase una escelente disertacion de Heinecio, de Lege Salica, tom. III, Sylloge, III, p. 247-267 (*).

(*) Se ha discutido con sabiduría é injenuidad sobre la antigüedad relativa de las dos copias de la ley sálica. La obra de M. Wiarda, Historia y Esplica-

(67) Ejinhardo, in Vit. Caroli Magni, c. 29, in tom. V, p. 100. La mayor parte de los críticos entienden por estas dos leyes la sálica y ripuaria. La primera comprendia toda la estension desde la selva Carbonaria hasta el Loira (tom. IV, p. 151) y la última era obedecida desde la misma selva hasta el Rin (tom. IV, p. 222).

(68) Consúltense los prólogos antiguos y modernos de los varios códigos, en el volúmen cuarto de los Historiadores de Francia. El prólogo orijinal de la ley sálica pinta (aunque en un dialecto estranjero) el carácter de los Francos con mas enerjía que los diez tomos de Gregorio de Turs.

(a) La coleccion mas completa de estos códigos se halla en el «Barbarorum leges antiguæ,» por P. Canciani, 5 vols. folio. Venecia, 1781-9. — M.

(69) La ley ripuaria declara, y define, esta induljencia en favor del suplicante (tít. XXXI, in tom. IV, p. 240), y existe la misma tolerancia en todos los códigos, escepto en él de los Visigodos de España. Tanta diversitas legum (dice Agobardo en el siglo nueve) quanta non solum in regionibus, aut civitatibus, sed etiam in multis domibus habetur. Nam plerumque contingit ut simul eant aut sedeant quinque homines, et nullus eorum communem legem cum altero habeat (in tom. VI, p. 356). Propone locamente el introducir una uniformidad en la ley, así como en la fe (*).

(70) Inter Romanos negotia causarum Romanis legibus præcipimus terminari. Estas son las palabras de una constitucion jeneral promulgada por Clotario, hijo de Clodoveo, y el único monarca de los Francos (in tom. IV, p. 116), sobre el año 560.

(71) Esta libertad en la eleccion (*) se deduce claramente (Esprit des

cion de la ley Sálica, Bremen, 1808, afirma, que la llamada Lex Antiqua, ó Vetustior, en la que hay muchas palabras jermanas mezcladas con el latin, no tiene derecho á mucha antigüedad, y puede sospecharse el que sea mas moderna. M. Feuerbach contradice á M. Wiarda, que sostiene la época mas antigua del «antiguo» Código, que ha sido muy adulterado por los copistas. Véase Guizot, Cours de l'Histoire Moderne, vol. I, sect. 9; y el prólogo de las útiles publicaciones de los cinco diferentes textos de la Ley Sálica, con la de los Ripuarios, en dos columnas. Por E. A. I. Laspeyres, Halle, 1833.-M.

(*) Este es el objeto de la importante obra de M. Savigny, Geschichte des Romisches Rechts in Mittelalter, para demostrar la perpetuidad de la ley romana desde el siglo quinto hasta el doce. - M.

(*) Gibbon parece dudar del testimonio en que se apoya «esta libertad de eleccion.» Sus dudas han sido confirmadas por las investigaciones de M. Sa-

Lois, l. XXVIII, 2) de una constitucion de Lotario I (**) (Leg. Langobard., l. II, tít. LVII, in Codex Lindebrog., p. 664): aunque el ejemplo es demasiado reciente y parcial. En vista de la lectura de la ley sálica (tit. XLIV, not. XLV), conjetura el abate de Mably (tom. I, p. 290 293) que, al principio, solo un *Barbaro*, y luego ningun *hombre* (por consiguiente romano) podia vivir segun la ley de los Francos. Siento ofender esta injeniosa conjetura, observando, que el verdadero sentido *Barbarum* se espresa en la copia reformada de Carlomagno; confirmada por el real manuscrito de Wolfenbuttle. La interpretacion suelta *hominem* está autorizada únicamente por el manuscrito de Fulda, de donde publicó Herodoto su edicion. Véanse los cuatro textos orijinales de la ley sálica, in tom. IV, p. 147, 173, 196, 220.

(72) En los tiempos heroicos de Grecia, se castigaba el asesinato con el pago de una cantidad en dinero á favor de la familia del difunto (Feitio Antiquitat. Homeric., l. II, c. 8). Heinecio en su prefacio á los Elementos de la Ley Jermánica, dice, que en Roma y Aténas no se castigaba el homicidio mas que con destierro. Verdad es; pero el destierro para un ciudadano de Roma ó Aténas se consideraba como el mayor castigo.

(73) Las leyes sálica (tít. XLIV, in tom. IV, p. 147) y la ripuaria tít. VII, XI, XXXVI, in tom. IV, p. 237, 241) establecen esta proporcion: pero la última no hace ninguna diferencia de los Romanos. Con todo las órdenes del clero están colocadas mas elevadas que los mismos Francos, y los Borgoñones y Alemanes entre los Francos y Romanos.

(74) Los *Antrustiones, qui in truste Dominica sunt, leudi, fideles* representan indudablemente el primer órden de los Francos; pero se ignora si su categoria era personal ó hereditaria. El abate de Mably (tom. I, p. 334-347) se complace en ajar el orgullo del nacimiento (Esprit, l. XXX, c. 25) fechando el oríjen de la nobleza francesa desde el reinado de Clotario II (A. 615).

(75) Véanse las leyes de Borgoña (tít. II, in tom. IV, p. 257) el código de los Visigodos (l. VI, tít. V, in tom. IV, p. 384) y la constitucion de *Quildeberto*, no de Paris, pero probablemente de Austrasia (in tom. IV, p. 112). Su severidad prematura era á veces inconsiderada y

vigny, quien no solo ha refutado, sino descrito con convincente sagacidad, el oríjen y progresos de este error. Segun un principio jeneral, aunque sujeto á algunas escepciones, cada uno vivia segun su ley nativa. Romische Recht, vol. I, p. 123-138. - M.

(**) Al principio esta constitucion de Lotario rejia únicamente en el ducado de Roma; luego se introdujo en el código lombardo. Savigni, p. 138. - M.

escesiva. Quildeberto no solo condena á los asesinos sino tambien á los ladrones: quomodo sine lege involavit, sine lege moriatur; y aun el juez neglijente se halla comprendido en la misma sentencia. Los Visigodos entregaban á un torpe cirujano á la familia del difunto paciente, ut quod de oe facere voluerint habeant potestatem (l. XI, tít. I, in tom. IV, p. 435).

(76) Véase en el tomo sexto de las obras de Heinecio, el Elementa Juris Germanici, l. II, p. II, núm. 261, 262, 280-283. Con todo en el siglo diez y seis se hallan en Jermania, algunos rastros de estas composiciones pecuniarias por asesinato.

(77) Describe Heinecio (Element. Jur. Germ., l. III, N°. 1-72) estensamente todo lo concerniente á los jueces jermanicos y á su jurisdiccion. No puedo hallar ninguna prueba que justifique, que en tiempo de la raza merovinjia, los *scabini* ó asesores eran elejidos por el pueblo (*).

(78) Gregor. Turon., l. VIII, c. 9, in tom. II, p. 316. Montesquieu observa (Esprit des Lois, l. XXVIII, c. 13) que la ley sálica no admitia estas *pruebas negativas* tan jeneralizadas en los códigos bárbaros. Con todo, esta concubina desconocida (Fredegundis) que se casó con el nieto de Clodoveo, debió seguir la ley sálica.

(79) Muratori, en las Antigüedades de Italia, dió dos disertaciones (XXXVIII, XXXIX) sobre los *Juicios de Dios*. Se suponia, que el *fuego* no quemaria al inocente; y que el *agua*, elemento puro, no consentiria en recibir el culpado en su seno.

(80) Montesquieu (Esprit des Lois, l. XXVIII, c. 17) condescendió en esplicar y disculpar « la manière de penser de nos peres,» los combates judiciales. Sigue la estraña institucion desde en tiempo de Gundobaldo hasta el de San Luis; y el filósofo se pierde á veces en el anticuario legal.

(81) En un duelo memorable en Aquisgran (A. 820) ante el emperador Luis el Piadoso, su biógrafo dice: secundum legem propriam utpote quia uterque Gothur erat, equestri pugna congressus est (Vit. Lud. Pii, c. 33, in tom. VI, p. 103). Ermoldo Nijelo (l. III, 543-628, in tom. VI, p. 48-50), que describe el duelo, admira el *ars nova* de pelear á caballo, que era desconocida á los Francos.

(82) En este edicto orijinal publicado en Lion (A. 501), Gundobaldo

(*) Savigny trata estensamente de los scabini. Fija la existencia de los scabini anterior á Carlomagno. Antes de esta época la decision se pronunciaba por una reunion pública de hombres libres, los boni homines. Romisches Recht, vol. I, p. 195, et sig. - M.

establece y justifica el uso del combate judicial (Ley. Burgund. tít. XLV in tom. II, p. 267, 268). Trescientos años despues, Agobardo, obispo de Lion, solicitó de Luis el Piadoso, que aboliese la ley de un tirano arriano (in tom. VI, p. 356-358). Refiere la conversacion de Gundobaldo y Avito.

(83) «Accidit (dice Agobardo), ut non solum valentes viribus, sed etiam infirmi et senes lacessantur ad pugnam, etiam pro vilissimis rebus. Quibus foralibus certaminibus contingunt homicidia injusta; et crudeles ac perversi eventus judiciorum.» Como prudente retórico, suprime el privilejio legal de contratar campeones.

(84) Montesquieu (Esprit des Lois, XXVIII, c. 14), que sabe *porque* los Borgoñones, Ripuarios, Alemanes, Bávaros, Lombardos, Turinjios, Frisones y Sajones admitian el combate judicial, se da por satisfecho (y Agobardo parece afirmar esta asercion), que no era permitido por la ley sálica. Con todo, esta misma costumbre, al menos en casos de traicion, la menciona Ermoldo Nijelo (l. III, 543, in tom. VI, p. 48) y el biógrafo anónimo de Luis el Piadoso (c. 46, in tom. VI, p. 112), como la «mos antiquus Francorum, more Francis solito,» etc., espresion demasiado jeneral para escluir la nobleza de sus tribus.

(85) Cesar de Bell. Gall., l. I, c. 31, in tom. I, p. 213.

(86) Los oscuros apuntes de la division de las tierras sembrados á la ventura en las leyes de los Borgoñones (tít. LIV, Nº. 1, 2, in tom. IV, p. 271, 272) y Visigodos (l. X, tít. I, Nº. 8, 9, 16, in tom. IV, p. 428, 429, 430) están esplicados diestramente por el presidente Montesquieu (Esprit des Lois, l. XXX, c. 7, 8, 9). Tan solo añadiré, que, entre los Godos, parece que se fijó la division á juicio de la vecindad; que los Bárbaros acostumbraban á usurpar el *tercio* restante; y que los Romanos podian recobrar su derecho, á menos que estuviesen ligados por una prescripcion de cincuenta años.

(b) Sismondi (Hist. des Français, vol. I, p. 197) observa que los Francos no eran un pueblo conquistador, que hubiese emigrado con sus familias, como los Godos ó Borgoñones. Las mujeres, los niños y los ancianos, no siguieron á Clodoveo; permanecieron en sus antiguas posesiones en el Waal y el Rin. La fuerza invasora estaba compuesta únicamente de aventureros que siempre se consideraron como un ejército y no como colonia. Sin embargo sus leyes no conservan ningun vestijio de la particion de las propiedades romanas. Es curioso el observar el desvio de la vanidad nacional de los historiadores franceses del último siglo. M. Sismondi compara la posicion de los Francos con respecto al pueblo conquistado con la del bey de Arjel y sus tropas piratas á los pacíficos habitantes de aquella

provincia: M. Thierry (Lettres sur l' Histoire de France, p. 117) con la de los Turcos hácia los Raias ó Fanariotas, la masa de los Griegos.—M.

(87) Es bastante raro, que el presidente Montesquieu (Esprit des Lois, tom. XXX, c. 7) y el abate de Mably (Observations, tom. I, p. 21, 22), concuerden en esta estraña suposicion de rapiña arbitraria y privada. El conde de Boulainvilliers (État de la France, tom. I, p. 22, 23) manifiesta sus conocimientos al través de una nube de ignorancia y preocupacion (*).

(88) Véase el rudo edicto, ó mas bien código, de Carlomagno, que contiene setenta reglas distintas de aquel gran monarca (in tom. V, p. 652-657). Exijia una relacion de las hastas y pieles de las cabras, permitia que se vendiese su pescado, y cuidaba que las villas mayores *(Capitanœe)* mantuviesen cien gallinas y treinta gansos; y las menores *(Mansionales)* cincuenta gallinas y doce gansos. Mabillon (de Re Diplomatica) investigó los nombres, número y situacion, de las villas merovinjias.

(c) La suspension de los beneficios á voluntad del soberano (la teoría jeneral hasta su época) la confirma M. Hallam; «para esta suspension debia imputarse al vasallo algun delito.» Middle Ages, vol. I, p. 162. Interesarán al lector las singulares analojías con los beneficios del sistema feudal en Europa y en una parte remota del mundo, indicada por Col. Tod. en su esplendida obra sobre el Rajastan, vol I, c. I, p. 129, etc.—M.

(89) De un pasaje de la ley borgoñona (tít. I, Nº 4, in tom. IV, p. 257) se deduce, que un buen hijo podia esperar poseer las tierras que su padre habia recibido de la liberalidad de Gundobaldo. Los Borgoñones mantenian con firmeza su privilejio, y su ejemplo podia animar á los beneficiarios de Francia.

(90) El abate de Mably manifiesta claramente las revoluciones de los beneficios y feudos. Su esmeroen distinguir las *épocas* le da un realce al que ni aun Montesquieu ha llegado.

(91) Véase la ley sálica (tít. LXII, in tom. IV, p. 156). El oríjen de estas tierras sálicas, que, en épocas de ignorancia, era bien conocido, deja ahora perplejos á nuestros mas instruidos y sagaces críticos (*).

(*) Supone Sismondi que los Bárbaros, si una hacienda se hallaba bien situaad, no guardaban mucho miramiento á las leyes de propiedad; pero en jeneral debia haber bastante tierra baldía para formar los lotes asignados á los antiguos ó jóvenes guerreros. (Hist. des Français, vol. I, p. 196). - M.

(*) La solucion que parece mas probable, es que, los antiguos lejisladores Francos prohibieron á las hembras el heredar las tierras asignadas á la nacion, fundados en la conquista de la Galia, tanto en conformidad de las antiguas costumbres, como para asegurar el servicio militar de cada propietario. Pero

(92) Muchos de los doscientos y seis milagros de San Martin (Greg. Turon. in Maxima Bibliotheca Patrum, tom. XI, p. 896-932) se repitieron para castigar el sacrilejio. Audite hæc omnes (esclama el obispo de Turs) potestatem habentes, tras referir, como algunos caballos corrian locos, que fueron convertidos en un prado sagrado.

(93) Heinec. Element. Jur. German., l. II, p. 1. N°. 8.

(94) Jonas, obispo de Orleans (A. 821-826. Cave, Hist. Litteraria, p. 443) censura la tirania *legal* de los nobles. Proferis quas cura hominum non aluit, sed Deus in commune mortalibus ad utendum concessit, pauperes a potentioribus spoliantur, flagellantur, ergastulis detruduntur, et multa alia patiuntur. Hoc enim qui faciunt, *lege mundi* se facere juste posse contendant. De Institutione Laicorum, l. II, c. 23, apud Tomassin, Discipline de l' Eglise, tom. III, p. 1348.

(95) Por una mera sospecha, Qundo, chamberlan de Gontram, rey de Borgoña, fué muerto á pedradas (Greg. Turon., l. X, c. 10, in tom. II, p. 369). Juan de Salisbury (Policrat., l. I, c. 4) manifiesta los derechos de la naturaleza y refiere la cruel costumbre del siglo doce). Véase Heinecio, Elem. Jur. Germ., l. II, p. 1, N°. 51-57.

(96) En el siglo trece quedó totalmente estinguida la costumbre de esclavizar á los prisioneros de guerra, por la influencia del Cristianismo; pero puede probarse, con varios pasajes de Gregorio de Turs, etc. que se practicó, sin que se censurase, bajo la raza merovinjia, y aun Grocio (de Jure Belli et Pacis, l. III, c. 7), así como su comentador Barbeyrac, trabajaron para conciliarlo con las leyes de la naturaleza y de la razon.

(97) El estado, profesion, etc., de los esclavos jermanos, italianos y galos, en la época media, se hallan esplicados por Heinecio (Element. Jur. Germ., l. I, N°. 28-47) Muratori (Dissertat. XIV, XV) Ducange (Gloss, sub voce *Servi*), y el abate de Mably (Observations, tom. II, p. 3, etc., p. 237 etc.) (*).

(98) Gregorio de Turs (l. VI, c. 45, in tom. II, p. 289) refiere un ejemplo memorable en el que Quilperico abusó únicamente de los derechos privados de amo. Muchas familias que pertenecian á su *domus fiscales* en las cercanías de Paris, fueron enviadas por fuerza á España.

(99) Licentiam habeatis mihi qualemcumque volueris disciplinam ponere; vel venumdare, aut quod vobis placuerit de me facere Marculf.

las demás tierras adquiridas por compra ó por otros medios, aunque sujetas igualmente á la defensa pública, estaban exentas de la severidad de esta regla y se miraban como no comprendidas en la clase sálica. Hallam's Middle Ages, vol. I, p. 145. Compárese Sismondi, vol. I, p. 196.—M.

(*) Compárese Hallam, vol. I, p. 216.—M.

Formul., l. II, 28, in tom. IV, p. 497). La *Formula* de Lindenbrojio (p. 559) y la de Anjú (p. 565) son para el mismo efecto. Gregorio de Turs (l. VIII, c. 45, in tom. II, p. 311) cita á varias personas, que en una grande hambre, se vendieron por pan.

(100) Cuando el César lo vió se echó á reir (Plutarch. in Cesar, in tom. I, p. 409): con todo refiere su desgracia en el sitio de Jergovia con menos franqueza de la que se podia esperar de un grande hombre á quien la victoria era tan familiar. Sin embargo, confiesa que en un ataque perdió cuarenta y seis centuriones y setecientos hombres (de Bell. Gallico, l. VI, c. 44-53, in tom. I, p. 270-272).

(101) Audebant se quondam frates Latio dicere, et sanguine ab Iliaco populos computare (Sidon. Apolinar. l. VII, epíst. 7, in tom. I, p. 799). No estoy bien informado de los grados y circunstancias de esta jenealojía fabulosa.

(102) Bien en la primera ó en la segunda particion entre los hijos de Clodoveo, habia tocado Berry á Quildeberto (Greg. Turon., l. III, c. 12, in tom. II, p. 192). Velim (dice) Arvernam *Lemanem*, quæ tanta jucunditatis gratia refulgere dicitur, oculis cernere (l. III, c. 9, p. 191). Cuando el rey de Paris hizo su entrada en Clermont, el pais estaba envuelto en una espesa niebla.

(103) En cuanto á la descripcion de Auvernia, véase Sidonio (l. IV, epíst. 21, in tom. I, p. 793), con las notas de Savaron y Sirmond (p. 279 y 51 de sus respectivas ediciones). Boulainvillers (État de la France, tom. II, p. 242-268) y el abate de la Longuerue (Description de la France, part. I, p. 132-139.

(104) Furorem gentium, quæ de ulteriore Rheni amnis parte venerant, superare non poterat (Greg. Turon., l. IV, c. 50, in tom. II, 229), fué la escusa de otro rey de Austracia (A. 574) por los estragos que sus tropas cometieron en las cercanías de Paris.

(105) Por el nombre y situacion, los editores benedictinos de Gregorio de Turs (in tom. II, p. 192) colocaron esta fortaleza en un paraje llamado *Castel Merliac* á dos millas de Mauriac, en la Alta Auvernia. En esta descripcion traduzco *infra* como si leyese *intra*; Gregorio y sus copistas equivocan siempre las dos preposiciones y el sentido debe siempre decidir.

(106) Véanse estas revoluciones, y guerras de Auvernia en Gregorio de Turs (l. II, c. 37, in tom. II, p. 183, y l. III, c. 9, 12, 13, p. 191, 192, de Miraculis St. Julian, c. 13, in tom. II, p. 466). A menudo manifiesta su estraordinaria atencion por su pais nativo.

(107) Gregorio de Turs (l. III, c. 16, in tom. II, p. 193-195) refiere la historia de Atalo. Su editor, el P. Ruinart, confunde este Atalo, que

era jóven *(puer)* en el año 532, con un amigo de Sidonio del mismo nombre, que era conde de Autun, cincuenta ó setenta años antes. Semejante error, que no puede achacarse á ignorancia, es escusable, en parte, por su propia magnitud.

(108) Este Gregorio, el abuelo de Gregorio de Turs (in tom. II, p. 197, 490) vivió noventa y dos años, de los cuales pasó cuarenta como conde de Autun, y treinta y dos como obispo de Langres. Segun el poeta Fortunato, manifestó igual mérito en estas diferentes situaciones.

Nobilis antiqua decurrens prole parentum,
Nobilior gestis, nunc super astra manet.
Arbiter ante ferox, dein pius ipse sacerdos,
Quos domuit judex, fovit amore patris.

(109) Como M. de Valois, y el P. Ruinart, han determinado el cambiar el *Mosella* del texto en *Mosa*, me toca el enterarme de esta alteracion. Con todo, tras un exámen de la topografía, pudiera defender el nombre usual.

(110) Los parientes de Gregorio (Gregorius Florentius Georgius) eran de noble alcurnia *(natalibus.... illustres)*, y poseian vastos estados *(latifundia)* tanto en Auvernia como en Borgoña. Nació en el año 539, fué consagrado obispo de Turs en 573 y murió en 593 ó 595, poco despues de haber terminado su historia. Véase su Vida por Odo, abad de Cluny (in tom. II, p. 129-135), y una nueva Vida en las Memoires de l' Académie, etc., tom. XXVI, p. 598-637.

(111) Decedente atque immo potius pereunte ab urbibus Gallicanis liberalium cultura litterarum, etc. (in præfat., in tom. II, p. 137), es la queja de Gregorio, que justifica plenamente en su obra. Su estilo es igualmente falto de elocuencia y simplicidad. En una posicion visible permaneció aun ignorado de su época y su pais; y en una obra prolija (los cinco últimos tomos contienen diez años) omitió casi todo lo que la posteridad hubiera deseado conocer. He adquirido tras una penosa revision, el derecho de pronunciar esta sentencia poco favorable.

(112) El abate de Mably (tom. I, p. 247-267) se ha apresurado á confirmar esta opinion del presidente Montesquieu (Esprit des Lois, l. XXX, c. 13).

(113) Véase Dubos, Hist. Critique de la monarchie Françoise, tom. II, l. VI, c. 9, 10. Los anticuarios franceses establecieron como *principio*, que los Romanos y los Bárbaros podian distinguirse por sus nombres. Indudablemente puede formarse una *presuncion* razonable; con todo leyendo á Gregorio de Turs, he hallado á Gundulfo, de estraccion senadora ó ro-

mana (l. VI, c. 11, in tom. II, p. 273); y Claudio un Bárbaro (l. VII, c. 29, p. 303).

(114) Gregorio de Turs menciona á menudo á Eunio Mumolo, desde el libro cuarto (c. 42, p. 224) hasta el séptimo (c. 40, p. 310). El cómputo por talentos es bastante singular; pero si Gregorio da algun significado á esta voz anticuada, los tesoros de Mumolo debieron esceder de 500,000 pesos.

(115) Véase Fleury, Discours III, sur l' Histoire Ecclésiastique.

(116) El obispo de Turs recordó la queja de Quilperico, nieto de Clodoveo. Ecce pauper remansit Giscus noster; ecce divitiæ nostræ ad ecclesias sunt translatæ: nulli penitus nisi soli Episcopi regnant (l. VI, c. 46, in tom. II, p. 291).

(117) Véase el Código Ripuario (tít. XXXVI, in tom. IV, p. 241). La ley sálica no habla de la seguridad del clero; y debemos suponer, por la conducta de la tribu mas civilizada, que no habian previsto una accion tan impia como el asesinato de un clérigo. Con todo Pretextato, arzobispo de Ruan, fué asesinado delante del altar por órden de la reina Fredegunda (Greg. Turon., l. VIII, c. 31, in tom. II, p. 326).

(118) M. Bonamy (Mém. de l' Académie des Inscriptions tom. XXIV, p. 582-670) describió la *Lingua Romana Rustica*, que por medio del *Romance*, se ha ido puliendo gradualmente en la forma actual de la lengua francesa. Bajo la raza carlovinjia, los reyes y nobles de Francia aun entendian el dialecto de sus antecesores jermanos.

(119) Ce beau système a été trouvé dans les bois. Montesquieu, Esprit des Lois, l. XI, c. 6.

(120) Véase el abate de Mably. Observations, etc. tom. I, p. 34-56. Parece que la institucion de las asambleas nacionales, contemporanea de la nacion francesa, nunca ha conjeniado con su índole.

(121) Gregorio de Turs (l. VIII, c. 30, in tom. II, p. 325, 326) refiere, con mucha indiferencia, los crímenes, la censura y la apolojía. Nullus Regem metuit, nullus Ducem, nullus. Comitem reveretur; et si fortasis alicui ista displicent, et ea pro longævitate vitæ vestræ, emendare conatur, statim seditio in populo, statim tumultus exoritur, et in tantum unusquisque contra seniorem sæva intentione grasatur, ut vix se credat evadere, si tandem silere nequiverit.

(d) Este pasaje notable se publicó en 1779.—M.

(122) España ha sido particularmente desgraciada en estas épocas de barbarie. Los Francos tenian á Gregorio de Turs; los Sajones á Bede; los Lombardos á Pablo Warnefrido, etc. Pero la historia de los Visigodos se reduce á las breves é imperfectas crónicas de Isidoro de Sevilla y Juan de Biclar.

(123) Tales son las quejas de San Bonifacio, el apóstol de Jermania, y el reformista de la Galia (in tom. IV, p. 94). Los cuatrocientos años de licencia y corrupcion, que deplora, parece dar á entender, que los Bárbaros fueron admitidos en el clero sobre el año 660.

(124) Las actas de los concilios de Toledo son aun los apuntes mas auténticos de la iglesia y de la constitucion de España. Los siguientes pasajes son los mas importantes (III, 17, 18. IV, 75. V, 2, 3, 4, 5, 8, VI, 11, 12, 13, 14, 17, 18. VII, 1. XIII, 2, 3, 6). He hallado á Mascou (Hist. de los antiguos Jermanos, XV, 29, y Anotaciones XXVI y XXXIII) y Ferreras (Hist. Générale de l' Espagne, tom. II) guias útiles y exactos.

(125) El Código de los Visigodos, dividido regularmente en doce libros, lo publicó correctamente Dom Bouquet (in tom. IV, p. 273-460). El presidente Montesquieu (Esprit des Lois, l. XXVIII, c. 1) lo ha comentado con demasiada severidad. Me desagrada el estilo; detesto la supersticion; pero creo que la jurisprudencia civil manifiesta un estado mas civilizado é ilustrado que la de los Borgonoñes y aun la de los Lombardos.

(126) Véase: Jildas de Excidio Britaniæ, c. 11-25, p. 4-9 edic. Gale. Nenio Hist. Britorum, c. 28, 35-65, p. 105-115, edic. Gale. Bede Hist. Eclesiast. Gentis Anglorum, l. I, c. 12-16, p. 49-53, c. 22, p. 58, edic. Smith. Chron. Saxonicum, p. 11-23, etc. edic. Gibson. Las leyes anglo-sajonas las publicó Wilkins en Lóndres en 1731, en folio, y las Leyes Wallicæ, Wotton y Clarke, Lóndres, 1730, en folio.

(127) El laborioso M. Carte, y el injenioso M. Whitaker, son los dos escritores modernos á quienes estoy principalmente agradecido. El historiador particular de Manchester, abraza, bajo aquel oscuro título, un asunto casi tan estenso como la historia jeneral de Inglaterra (*).

(128) Esta *invitacion*, que puede derivarse de las espresiones sueltas de Jildas y Bede, la arregló en una historia formal Witikindo, fraile sajon del siglo diez (Véase Cousin, Hist. de l' Empire d' Occident, tom. II, p. 356). Rapin y aun Hume han usado demasiado libremente esta prueba sospechosa, sin atender al testimonio exacto y probable de Nenio: Interea venerunt tres Chiulæ á Germania *in exilio* pulsæ, in quibus erant Hors et Hengist.

(129) Nenio imputa á los Sajones el asesinato de trescientos jefes británicos; crímen que no está en contradiccion con sus costumbres salvajes.

(*) Añádase la Historia Anglo-Sajona de M. S. Turner; y el bosquejo de Sir F. Palgrave de la « Early History of England.» —M.

Pero no estamos obligados á creer (véase Jeffrey de Monmouth, l. VIII, c. 9-12) que Stonehenge sea su monumento, que los jigantes habian trasportado de Africa á Irlanda, y luego á Bretaña por órden de Ambrosio, y el arte de Merlin (*).

130) Todas estas tribus se hallan enumeradas por Bede (l. I, c. 15, p. 52, l. V, c. 9, p. 190); y aunque he considerado las observaciones de M. Whitaker (Hist. of Manchester, vol. II, p. 538-543), no echo de ver el absurdo de suponer que los Frisios, etc., estuvieron mezclados con los Anglo-Sajones.

(e) Esta espresion (la Heptarquía) debe ser deshechada porque encierra una idea que es enteramente falsa. En ninguna época hubo *siete* reinos independientes uno de otro. Palgrave, vol. I, p. 46. M. Sharon Turner tiene el mérito de haber sido el primero en refutar la idea popular sobre este asunto. Historia Anglo-Sajona, vol I, p. 302.—M.

(131) Enumera Bede siete reyes, dos sajones, uno yuta, y cuatro anglos, que adquirieron sucesivamente en la eptarquía una supremacia indefinida de poder y renombre, pero su reinado fué efecto, no de la ley, sino dela conquista; y observa, con espresiones idénticas, que el uno sujeta las Islas del Hombre y Anglesey; y que el otro impone una contribucion á los Escoceses y Pictos (Hist. Ecclesiást., l. II, c. 5, p. 83).

(132) Véase Jildas de Excidio Britanniæ, c. 1, p. 1, edic. Gale.

(133) M. Whitaker (History of Manchester, vol. II, p. 503, 516) espuso este deslumbrante absurdo, en que los historiadores jenerales no han hecho alto ocupados con acontecimientos mas importantes.

(134) En Beran-birig ó castillo de Barbury, cerca de Marlborough. La crónica sajona trae el nombre y la fecha. Camden (Britannia, vol. I, p. 128) fija el sitio, y Henrique de Huntingdon (Scriptores post Bedam, p. 314) refiere las circunstancias de esta batalla. Son probables y carácteristicas; y los historiadores del siglo doce pueden haber consultado algunos materiales que ya no existen.

(135) Al fin Cornwalles fué sujetado por Athelstan (A. 927-941), quien planteó una colonia inglesa en Exeter, y arrojó á los Bretones mas allá del rio Tamar. Véase Guillermo de Malmsbury, l. II, en el Scriptores post Bedam, p. 50. El carácter de los caballeros de Cornwalles fué

(*) Sir F. Palgrave (Hist. of England, p. 36) resuelve todos estos cuentos, como Niebuhr la antigua historia romana, en poesía. Al editor en su juventud se le aparecieron tan esencialmente poéticos, que basta á justificar su atrevida tentativa para agregarlos á un poema épico, llamado Samor, empezado en Eton, y terminado antes que llegase á la madurez del gusto.—M.

degradado por la servidumbre y segun aparece del romance de Sir Tristam, su cobardía era casi proverbial.

(136) Prueban el establecimiento de los Bretones en la Galia en el siglo sexto, Procopio, Gregorio de Turs, el segundo concilio de Turs (A. 567), y las crónicas y vidas de santos menos sospechosas. La asistencia de un obispo de los Bretones al primer concilio de Turs, (A. 461 ó mas bien 481), el ejército de Riotamo, y la declamacion de Jildas (alii transmarinas petebant regiones, c. 25, p. 8), puede sostener una emigracion á mediados del siglo quinto. Anterior á esta época, los Bretones de Armórica solo se hallan mencionados en romance; y me sorprende el que M. Whitaker (Genuine History of the Britons, p. 214-221) haya trascrito tan fielmente el grave error de Cártes cuyas faltas leves ha castigado tan rigurosamente.

(137) Las antigüedades de Bretaña, que han sido asunto de controversia política, se hallan ilustradas por Adriano Valesio (Notitia Galliarum, sub voce *Britannia Cismarina*, p. 98-100) M. D' Anville (Notice de l' Ancienne Gaule, *Crisopiti*, *Curiosolites*, *Osismii*, *Vorganium*, p. 248, 258, 508, 720, y Ètats de l' Europe, p. 76-80), Longuerue (Description de la France, tom. I, p. 84-94), y el abate de Vertot (Hist. Critique de l' Etablissement des Bretons dans les Gaules, 2 vols. in 12º., Paris, 1720). Puedo reunir el mérito de haber examinado el testimonio orijinal que han presentado (*).

(138) Bede, que en su crónica (p. 28) coloca á Ambrosio bajo el reinado de Zeno (A. 474-491), observa, que sus parientes habian sido « purpura inducti »; que esplica en su historia eclesiástica por « regium nomen et insigne ferentibus » (l. I, c. 16, p. 53). La espresion de Nenio (c. 44, p. 110, edic. Gale) es aun mas singular, « Unus de *consulibus* gentis Romanicæ est pater meus. »

(139) Por la unánime, aunque dudosa, conjetura de nuestros anticuarios, se confunde á Ambrosio con Natanleod, que (A. 508) perdió la

(*) Compárese Gallet, Mémoires sur la Bretagne, y Daru, Histoire de Bretagne. Estos autores establecen la independencia de la Bretaña en la época en que los insulares Bretones se refujiaron en su pais, y que la mayor parte desembarcaron mas bien como fujitivos que como conquistadores. Noto que M. Lappenberg (Geschichte von England, vol. I, p. 56) supone el establecimiento de una colonia militar formada de soldados ingleses (Milites limitanei, læti), durante la usurpacion de Máximo (381, 388) que dieron á Bretaña su nombre y civilizacion. M. Lappenberg estraña que Gibbon deseche aquí la autoridad que sigue en otras partes. — M.

vida con cinco mil súbditos, en una batalla contra Cerdico, el Sajon (Chron. Saxon., p. 17, 18).

(140) Como los bardos galos Myrdhin, Llomarch, (*) y Taliessin me son desconocidos, para los hechos de Arturo, me apoyo principalmente en el testimonio circunstanciado de Nenio (Hist. Brit., c. 62, 63, p. 114). M. Whitaker (Hist. of Manchester, vol. II, p. 31-71) ha arreglado una narracion interesante, y aun probable, de las guerras de Arturo, aunque es imposible el conceder la realidad de la mesa redonda.

(141) M. Tomás Warton, con el gusto de un poeta y la minuciosidad de un anticuario, ha manifestado los progresos del romance y el estado de los conocimientos, en la edad media. He adquirido alguna instruccion de las dos disertaciones insertas en el libro primero de su Historia de la Poesía Inglesa (**).

(142) Hoc anno (490) Alla et Cissa obsederunt Andredes-Ceaster; et interfecerunt omnes qui id incoluerunt; adeo ut ne unus Brito ibi superstes fuerit (Chron. Saxon., p. 15), espresion aun mas terrible en su simplicidad, que todas las vagas y enfadosas lamentaciones del Jeremias inglés.

(143) Andredes-Ceaster, ó Anderida, colocada por Camdem (Britannia, vol. I, p. 258), en Newenden, en los terrenos pantanosos de Kent, que en un principio debian estar cubiertos por el mar, y á orillas de la selva (Anderida) que se estiende por el Hampshire y Sussex.

(144) Afirma el Dr. Johnson que pocas palabras inglesas son de estraccion británica. M. Whitaker, que conoce este idioma ha descubierto mas de *tres mil* y en la actualidad forma una estenso catálogo (vol. II, p 235-329). Posible es que muchas de estas palabras hayan sido tomadas del latin ó sajon (***).

(*) Supongo que Gibbon quiere decir Llywarch Hen, ó el Anciano. — Las elejías de este príncipe y bardo galo las publicó M. Orven; en cuyas obras y en la Arqueolojía de Myvyrian, se hallan muchos apuntes curiosos sobre la tradicion y la poesía. Pero los antiquarios galos nunca han sido atendidos por el público: no han tenido un Macpherson para compensar su corrupcion de las leyendas poéticas, obligándolos á la popularidad.—Véase tambien M. Sharon Turner, Ensayo sobre los Bardos Galos. — M.

(**) Estas apreciables disertaciones no deben leerse sin las notas y el ensayo preliminar del último editor, M. Price, que, en punto á gusto y conocimientos, merecen acompañar y completar las de Warton. — M.

(***) Las curiosas observaciones del Dr. Prichard sobre los idiomas *céltico* y teutónico, con la clase Indo-Europea, hace aun mas difícil la decision sobre el oríjen céltico ó teutónico de las palabras inglesas. Véase Richard en el Eastern Origin of the Celtic Nations, Oxford, 1831.—M.

(145) A principios del siglo séptimo los Francos Anglo-Sajones se entendian mutuamente, pues su idioma se derivaba de la misma raiz teutónica (Bede, l. I, c. 25, p. 60).

(146) Tras la primera jeneracion de misioneros escoceses ó italianos, las dignidades de la iglesia se reemplazaron con próselitos sajones.

(147) Carte, Historia de Inglaterra, vol. I, p. 195. Cita á los historiadores británicos; pero temo que sus únicos testimonios sean Jeffrey de Monmouth (l. VI, c. 15).

(148) Bede, Hist. Eclesiástica, l. II, c. 15, p. 22. El hecho es probable y bien atestiguado: con todo tal era la mezcla de las tribus jermanas, que hallamos en un período subsiguiente, la ley de los Anglios y Warinios de Jermania (Lindenbrojio, Codex, p. 479-486).

(149) Véase la útil y laboriosa Historia de la Gran Bretaña por Dr. Henry, vol. II, p. 388.

(150) Quicquid (dice Juan de Tinemonth) inter Tynam et Tesam fluvios extitit, sola eremi vastitudo tunc temporis fuit, et idcirco nullius ditioni servivit, eo quod sola indomitorum et sylvestrium animalium spelunca et habitatio fuit (apud Carte, vol. I, p. 195). Por el obispo Nicholson (English Historical Library, p. 65, 98) sé que en las librerías de Oxford, Lambeth, etc., se conservan hermosas copias de las estensas colecciones de Juan de Tinemonth.

(151) Véase la mision de Willfrido, etc., en Bede, Hist. Ecles., l. IV, c. 13, 16, p. 155, 156, 159.

(152) Segun el testimonio de Bede (l. II, c. 1, p. 78), y Guillermo de Malmsbury (l. III, p. 102), aparece que los Anglo-Sajones desde el primer período hasta el último, persistieron en esta costumbre desnaturalizada. Los jóvenes se vendian públicamente en el mercado de Roma.

(153) Segun las leyes de Ina, no podian ser vendidos lejitimamente mas allá de los mares.

(154) La vida de un *Wallus* ó *Cambricus homo*, que poseia veinte fanegas de tierra, se fijaba en 600 reales, por las mismas leyes (de Ina, tít. XXXII in Ley Anglo-Saxon., p. 20), que conceden 1000 reales por un Sajon libre y 6000 por un Tane (véase tambien ley Anglo-Saxon., p. 71). Podemos observar, que estos lejisladores, los Sajones y Mercianos, despues de ser cristianos continuaron las conquistas británicas. Las leyes de los cuatro reyes de Kent no hacen mencion de la existencia de ningun súbdito breton.

(155) Véase Carte, Historia de Inglaterra, vol. I, p. 278.

(156) Bede á la conclusion de su historia (A. 731) describe el estado eclesiástico de la isla, y censura el implacable, aunque impotente, odio

de los Bretones contra la nacion inglesa y la iglesia católica (l. V, c. 23, p. 219).

(157) El Viaje de M. Pennant en Gales (p. 426-449) me ha suministrado una relacion curiosa de los bardos galos. En el año 1568, por órden de la reina Isabel, se reunieron en Caerwys, recompensando á cincuenta y cinco músicos segun los grados de su mérito vocal é instrumental. El premio (una harpa de plata) se adjudicó por la familia Mostyn.

(158) Regio longe lateque diffusa, milite, magis quam credibile sit, referta. Partibus equidem in illis miles unus quinquaginta generat, sortitus more barbaro denas aut amplius uxores. Esta reconvencion de Guillermo Poiters (en los Historiadores de Francia, tom. XI, p. 88) la niegan los editores benedictinos.

(159) Jiraldo Cambrensis concede únicamente, este don de atrevida y repentina elocuencia, á los Romanos Franceses y Bretones. El malicioso Galo insinua, que la taciturnidad inglesa puede muy bien ser efecto de su servidumbre bajo los Normandos.

(160) El bosquejo de las costumbres galas y armóricas está sacado de Jiraldo (Descript. Cambriæ, c. 6-15, inter Script. Camden., p. 886-891), y los autores citados por el abate de Vertot (Hist. Critique, tom. II, p. 259-266).

(161) Véase Procopio de Bell. Gothic., l. IV, c. 20, p. 620-625. El historiador griego se halla tan admirado de las maravillas que refiere que apenas trata de diferenciar la isla *Britia* de la de *Bretaña*, que identifica por un sinnúmero de circunstancias inseparables.

(162) Teodeberto, nieto de Clodoveo, y rey de Austrasia, era el príncipe mas poderoso y guerrero de su época; esta notable aventura puede colocarse entre los años 534 y 547, la duracion de su reinado. Su hermana Teudiquildes se retiró á Sens, donde fundó algunos monasterios (véanse las notas de los editores benedictinos, tom. II, p. 216). Si damos fe á las alabanzas de Fortunato (l. VI, carm. 5, tom. II, p. 507), Radijer se vió privado de la esposa mas apreciable.

(163) Quizá era hermana de uno de los príncipes ó jefes de los Anglios, que desembarcaron en 527 y en los años siguientes entre el Humber y el Támesis, y fundó poco á poco los reinos de la Anglia oriental y Mercia. Los escritores ingleses no conocen su nombre y existencia; pero Procopio puede haber sujerido á M. Rowe el carácter y situacion de Rodogune en la trajedia del Convertido Real.

(164) En la estensa historia de Gregorio de Turs, no se halla ningun rastro de amistad ó hostilidad entre Francia é Inglaterra escepto en el casamiento de la hija de Cariberto, rey de Paris, quam regis *cujusdam*

in Cantia filius matrimonio copulavit (l. IX, c. 26, tom. II, p. 348). El obispo de Turs terminó su historia y su vida poco antes de la conversion de Kent.

Observaciones jenerales sobre la ruina del imperio romano en el Occidente.

Los Griegos, reducida ya su patria al ámbito de una provincia, imputaron los triunfos de Roma, no á los merecimientos, sino á la suerte de la república. La diosa voluble que tan á ciegas anda repartiendo y retirando sus finezas se avenia *ahora* (tal era el lenguaje de la lisonja envidiosa) á encojer sus alas, apearse del globo, y plantear su trono macizo é inmutable sobre la márjen del Tiber (1). Otro Griego mas atinado, que compuso con espíritu filosófico la historia memorable de su propio tiempo, defraudó á sus paisanos de aquel consuelo aereo y embelesante, rasgueando á su vista los hondos fundamentos de la grandeza romana (2). Robustecian la hermandad con los ciudadanos y el estado los ejercicios de su crianza y las preocupaciones de su relijion. Honor y virtud eran los móviles de la república; sus individuos ambiciosos se afanaban por granjearse el timbre solemne de un triunfo; y enardecíase mas y mas el ansia de la juventud con emulacion intensa al presenciar la gloria de los antepasados en sus efijies (3). Los conatos templados de patricios y plebeyos habian venido por fin á equilibrar la constitucion, que hermanaba el desahogo de las juntas populares con la autoridad y sabiduría de un senado y la potestad ejecutiva de un majistrado rejio. En tremolando el cónsul el estandarte de la república, allá se abalanzaba todo ciudadano á juramentarse para blandir su espada por la patria hasta desempeñar su obligacion sagrada con el servicio militar de diez años. Este acertado instituto derramaba á raudales sobre las campiñas jeneraciones descollantes de campeones libres. Robustecíase tanta pujanza con los estados populosos y batalladores de Italia, que tras porfiada resistencia se habian postrado ante el denuedo romano y agasajado su alianza. El historiador cuerdo, que estimuló la gallardía de Escipion el Menor y presenció el esterminio de Cartago (4), se esmeró en describir su sistema militar, sus quintas, armas, ejercicios, subordinacion, marchas, campamentos, y aquella lejion invicta, superior en pujanza á la falanje macedónica de Filipo y de Alejandro. De tales cimientos para la paz y la guerra, infiere Polibio la bizarría y los aciertos de un pueblo incapaz de temor y malhallado con el sosiego.

El intento ambicioso de conquistar, que podia anonadarse con el oportuno convenio de las demás jentes, se emprendió y se consumó; y las tropelías incesantes quedaron siempre sostenidas por las virtudes políticas del teson y cordura. Las armas de la república, vencidas á veces en batalla, mas siempre vencedoras en la guerra; se arrojaron hasta el Eufrates, el Danubio, el Rin y el Océano, y las efijies de oro, plata ó bronce que solian servir para representar reyes y naciones iban quedando devoradas por la monarquía romana de *hierro* (5).

Acreedor es el encumbramiento de una ciudad á imperio, como portento singular, á las meditaciones de un entendimiento filosófico; mas la decadencia de Roma era natural é inevitablemente el paradero de tan descompasada grandeza. La prosperidad trajo la decadencia, redoblábanse sus quebrantos con la estension de las conquistas, y apenas el tiempo y los acasos dieron al través con sus arrimos artificiales, la mole asombrosa se desplomó á su propio empuje. Sencilla y obvia es la relacion de su ruina; y en vez de inquirir *porqué* se estrelló el imperio romano, debiéramos antes pasmarnos de su dilatada duracion. Las lejiones victoriosas, que en las guerras lejanas se contajiaron con los achaques de todo estranjero y asalariado, desde luego avasallaron á la república y mancillaron la majestad de la púrpura. Ansiosos los emperadores por su resguardo y la paz del estado, se envilecieron con la ruindad de estragar la disciplina, haciendo la tropa igualmente formidable al soberano que al enemigo; quebrantóse la pujanza de aquel gobierno militar, y finalmente se anonadó con la instituciones de Constantino; y diluviando luego los bárbaros, anegaron el orbe romano.

Se suele atribuir la decadencia de Roma á la traslacion del solio del imperio; mas la presente historia ha manifestado que la potestad del gobierno quedó *dividida* mas bien que *trasladada*. Alzóse el trono de Constantinopla en el Oriente, mientras siguieron reinando en el Occidente varios emperadores residentes en Italia que alegaban igualdad de herencia en lejiones y provincias. Esta novedad azarosa quebrantó la pujanza y fomentó los vicios de una soberanía noble: redobláronse los instrumentos de arbitrariedad y tropelías, y una competencia desatinada de boato, no de rivalidades, descolló y cundió entre los sucesores bastardos de Teodosio. Los quebrantos sumos que hermanan las prendas de un pueblo libre acibaran las facciones de una monarquía menoscabada. Enemistados los validos de Arcadio y Honorio, vendieron la república á los estranjeros, y la corte bizantina estuvo mirando con despego, quizás con deleite, el desdoro de Roma, la desventura de Italia y la pérdida del Occidente. Restablecióse la hermandad entre ambos imperios en los reinados posteriores; mas el auxilio de los Romanos orientales fué tardío, insubsistente,

y al fin malogrado; y el cisma nacional de Griegos y Latinos fué siempre á mas con la diferencia incesante de idioma, costumbres, intereses y relijion. Mas el resultado ventajoso vino á realizar la disposicion atinada de Constantino, pues en tan dilatado plazo de suma decadencia, su ciudad inespugnable rechazó las huestes victoriosas de los bárbaros, resguardó las riquezas del Asia, y dominó en paz y en guerra los estrechos importantes que enlazan el mar Euxino con el Mediterráneo; y así la fundacion de Constantinopla contribuyó mucho mas para la conservacion del Oriente que para la ruina del Occidente.

Como la bienaventuranza *venidera* es el objeto grandioso de la relijion, bien podrémos oir sin estrañeza ni escándalo que el predominio, ú á lo menos el abuso del Cristianismo tuvo su influjo en la decadencia y ruina del imperio romano. Anduvo el clero predicando con éxito la doctrina de la paciencia y de la pusilanimidad; desmerecieron las prendas gallardas de la sociedad, y los restos postreros de la bizarría militar se empozaron en el claustro; consagróse parte crecida de la riqueza pública y particular á las peticiones bienquistas de la caridad y la devocion, y la paga del soldado se vinculó en la muchedumbre inservible de ambos sexos, en galardon de la abstinencia y la castidad, sus únicos realces *(a)*. La fe, el zelo, el fervor y las pasiones mas terrenas de la ambicion y la malignidad, encendieron la llama de la discordia teolójica; bandos relijiosos trastornaron la iglesia y el estado, con reyertas, á veces sangrientas, y siempre implacables; desviaron los emperadores su ahinco de los campamentos para encaminarlo á los sínodos; tiranía nueva acosó el orbe romano, y las sectas perseguidas pararon en enemigas de su patria. La discordia sin embargo, aunque perniciosa y disparatada, viene á redundar parcialmente en hermandad. Clamaban los obispos en dos mil púlpitos por la obediencia pasiva al soberano lejítimo y ortodojo; sus juntas frecuentes y correspondencia incesante sostenian la asociacion de las iglesias lejanas, y el temple benévolo del Evanjelio se robustecia, aunque se limitaba, con la hermandad espiritual de los Católicos. Un siglo servil y afeminado se enamoró devotamente de la poltronería sagrada de los monjes; mas aun cuando la superstición no franqueara aquel retiro decoroso, los mismos vicios indujeran á los bastardos Romanos á desamparar, por motivos aun mas ruines, los pendones de la república. Obvia es la obediencia á preceptos relijiosos, cuando halagan y santifican la propension de los devotos; mas el influjo puro y jenuino del Cristianismo campea en sus efectos benéficos, aunque imperfectos, en los convertidos bárbaros del Norte. Si la conversion de Constantino atropelló la decadencia de su imperio, la relijion victoriosa quebrantó la violencia de su ruina, y fué suavizando el destemple feroz de los conquistadores.

Aquella revolucion estraordinaria tiene su cabida provechosa en la instruccion del siglo presente. Todo patriota tiene que anteponer y ensalzar esclusivamente los intereses y la gloria de su patria; mas corresponde á un filósofo el ensanchar sus miras y conceptuar la Europa á fuer de una gran república, cuyos varios moradores han venido á encumbrarse al mismo nivel de instruccion y de cultura. Seguirá el equilibrio del poder con sus vicisitudes, y alternativamente sobrepujará la prosperidad en nuestro reino ú en alguno de los inmediatos; mas tales acontecimientos parciales no alcanzarán á dañar esencialmente al estado jeneral de bienandanza, al sistema de artes, leyes y costumbres con que tanto descuellan en el orbe los Europeos y sus colonias. Las naciones montaraces del globo son enemigas comunes de la sociedad civil; y podemos inquirir ansiosamente si está todavía amagando á la Europa una repeticion de aquellas desventuras que aniquilaron las armas é instituciones de Roma. Quizás las mismas reflexiones ilustrarán la ruina de aquel imperio poderoso, y esplicarán las causas probables de nuestra seguridad presente.

Ignoraban los Romanos lo sumo de su peligro, y el número de sus enemigos. Allende el Rin y el Danubio, hervia el Norte de Europa y Asia con tribus innumerables de cazadores y vaqueros, pobrísimos, voraces y desaforados; denodados en la guerra y desalados tras los productos de la industria. Arremolinábase el orbe bárbaro con el ímpetu de la guerra, y allá las revueltas lejanas de la China estaban ya estremeciendo los ámbitos pacíficos de la Italia y de la Galia. Ahuyentados los Hunos por un enemigo victorioso, encaminaron su rumbo hácia el Occidente, y el raudal iba siempre creciendo con el refuerzo incesante de cautivos y aliados. Las tribus fujitivas, arrolladas por los Hunos, se entonaron luego como conquistadoras, allá se agolpaba la columna interminable de bárbaros con redoblado empuje sobre el imperio romano, y aun cuando feneciesen los batidores, reemplazábanlos ejecutivamente los nuevos asaltadores. No arrojará ya el Norte emigraciones tan formidables, y este sosiego dilatado, que se atribuye á la despoblacion, es el resultado venturoso de las artes y la agricultura. En vez de toscas aldeas, desparramadas allá por selvas y pantanos, sobresale ahora la Jermania con dos mil y trescientos pueblos murados; se han ido planteando los reinos cristianos de Dinamarca, Suecia y Polonia, y los mercaderes anseáticos y caballeros teutónicos han ido dilatando sus colonias por la costa del Báltico hasta el golfo de Finlandia; y desde allí hasta el Océano oriental, ostenta la Rusia las muestras de un imperio poderoso y civilizado. Se avecindaron ya el arado, el telar y la fragua en las orillas del Volga, del Oby y del Lena, y hasta las rancherías mas bozales de la Tartaria han tenido que temblar y obedecer. Estrechísimamente reducido queda ahora el reino del Barbaris-

mo, y los residuos de Calmucos y Uzbekes, cuyas fuerzas casi pueden contarse, no alcanzan á causar jénero de zozobra á la gran república europea (6). Mas esta seguridad aparente no debe ocultarnos que pueden brotar nuevos enemigos con peligros desconocidos, por parte de algun pueblo arrinconado, apenas perceptible en el mapa del mundo. Los Arabes y Sarracenos, que fueron esplayando sus conquistas desde la India hasta España, vivieron en el desamparo y menosprecio hasta que Mahoma alentó sobre aquellos cuerpos bozales el alma del entusiasmo.

Estribaba firmísimamente el imperio de Roma en la hermandad singular y cabal de sus individuos; las naciones súbditas, desahuciadas y aun desabridas de toda independencia, abrazaron el carácter de ciudadanos romanos; y así las provincias occidentales quedaron traspasadas de quebranto al verse desmembradas de su madre patria por los bárbaros (7). Mas costó aquella union la libertad nacional y el denuedo militar, y las provincias rastreras y exánimes cifraban su salvamento en las tropas asalariadas y en los gobernadores que obraban á impulsos de una corte lejana. La felicidad de cien millones estaba pendiente del mérito personal de uno ú dos hombres, quizás niños estragados con la educacion, el lujo y el despotismo. Las grandes llagas encarnaron en lo íntimo del imperio con las menorías de los hijos y nietos de Teodosio; y al asomar á la mocedad estos entes menguados, fueron entregando la iglesia á los obispos, el estado á los eunucos, y las provincias á los bárbaros. Divídese actualmente la Europa en doce reinos poderosos, aunque desiguales, tres repúblicas respetables, y varios estados menores, pero independientes: las suertes para el desempeño ministerial y real son mas crecidas, á lo menos con respecto á los gobernantes; y puede reinar un Juliano y una Semíramis en el Norte, mientras Arcadio y Honorio se adormecen de nuevo en los tronos del Mediodía. El influjo mutuo de zozobra y rubor enfrena los abusos tiránicos; descuellan el órden y la entereza en las repúblicas; ha trascendido á las monarquías el sesgo de la libertad, ó á lo menos de la moderacion, y con las costumbres dominantes de la época, el pundonor y la justicia asoman aun en las instituciones mas defectuosas. Prosperan las luces y la industria en la paz con la emulacion de competidores eficaces, y las fuerzas de Europa se ejercitan en la guerra con sus contiendas decorosas é indecisas. Si se arrojase un conquistador bravío de los yermos de la Tartaria, tendria que vencer á los forzudos campesinos de Rusia, á las crecidas huestes de Jermania, á la nobleza esforzada de Francia y al paisanaje libre y denodado de Bretaña, confederándose tal vez para la defensa comun. Aun cuando los bárbaros victoriosos llegasen esclavizando y asolando hasta las playas del Atlántico, diez mil bajeles trasportarian fuera de su alcance los restos de la sociedad civilizada, y la Europa flo–

receria y descollaria en el mundo americano, cuajado ya con sus colonias é instituciones (8).

El frio, la miseria, peligros y afanes robustecen y envalentonan al bárbaro; y así en todos tiempos han ido avasallando á las naciones pacíficas y cultas de la China, India y Persia, que se desentendieron, como ahora mismo, de contrapesar aquella prepotencia natural con los recursos de la pericia guerrera. Los estados belicosos de la antigüedad, la Grecia, la Macedonia y Roma, educaban una jeneracion de soldados, ejercitaban sus cuerpos, disciplinaban su denuedo, redoblaban sus fuerzas con evoluciones arregladas, y convertian el hierro que poseian en armas pujantes y provechosas. Mas esta superioridad fué menguando imperceptiblemente al par de sus leyes y costumbres, y la política apocada de Constantino y sucesores armó y amaestró á los bárbaros bozales para el esterminio del imperio que asalariaba su arrimo. Varió el arte militar con la invencion de la pólvora, con la cual avasalla el hombre los dos ajentes mas poderosos de la naturaleza, el aire y el fuego. Matemáticas; química, maquinaria y arquitectura acuden átributar su auxilio á la guerra, y las partes opuestas se están oponiendo mutuamente sus modos mas esquisitos de ataque y defensa. Bien podrán reparar los historiadores en que los preparativos de un sitio costearian la fundacion y mantenimiento de una colonia (9); mas no debemos llevar á mal que el esterminio de una ciudad sea costoso y arduo, y que un pueblo industrioso logre escudarse con las artes que sobreviven y suplen al menoscabo de la pujanza guerrera. Artillería y plazas atajan sin arbitrio la caballería tártara; y la Europa queda afianzada contra toda irrupcion de bárbaros, puesto que para vencer tienen que dejar de serlo. Sus pasos, mas ó menos largos en la ciencia militar, no pueden menos de llevar consigo, como lo estamos viendo en Rusia, mejoras proporcionadas en las artes de la paz y de la política civil; y entónces ya se hacen acreedores á su colocacion entre las naciones cultas que van sojuzgando.

Aun cuando tales cómputos pareciesen dudosos ó descarriados, quedaria aun otro manantial mas humilde de consuelo y esperanza. Los descubrimientos de navegantes antiguos y modernos, y la historia y tradicion doméstica de las naciones mas ilustradas, representan el *salvaje humano* desnudo de cuerpo y alma y careciendo de leyes, artes, conceptos y casi de habla (10). De tan rastrero desamparo (quizás el estado primitivo y universal del hombre) se ha ido pausadamente encumbrando hasta señorear á todos los vivientes, fertilizar la tierra, surcar el piélago y medir el cielo. Su garboso adelantamiento en potencias y en ajilidad (11) ha sido vario y desigual; pausado al principio, fué luego redoblando la marcha; siglos de trabajosa subida pararon en rápido derrumbamiento, y los varios climas de Europa y del globo han ido padeciendo las vicisitudes del esplen-

dor y de la lobreguez. Mas la esperiencia de cuatro mil años debe esperanzarnos y alentarnos. No cabe deslindar hasta qué punto ha de encumbrarse el jénero humano en su rumbo hácia la suma perfeccion; mas se debe racionalmente suponer que ningun pueblo, mientras no dé un vuelco la naturaleza entera, se reempozará en su barbarie primitiva. Bajo tres aspectos se pueden conceptuar las mejoras de la sociedad: 1. El poeta y el filósofo ilustran su siglo y su patria con los vuelos de un entendimiento *solo;* mas esta sobresalencia de alcances y de fantasía escasea y brota por sí misma, y el númen de Homero, el de Ciceron ó de Neuton causarian menos asombro, si fuesen parto del albedrío de un príncipe ó de las lecciones de un maestro. 2. Los beneficios de las leyes y la política, del comercio y manufacturas, de las artes y las ciencias, son mas sólidas y permanentes; y cabe á *muchos* individuos habilitados en la educacion y enseñanza el engrandecer por sus respectivos rumbos los intereses de la jeneralidad. Pero esta coordinacion grandiosa es el resultado del afan y de la maestría, y la máquina intrincada se puede desmoronar con el tiempo, ó venir á estrellarse con la violencia. 3. Por dicha de los hombres, las artes mas provechosas, ó sean las mas necesarias, pueden desempeñarse por alcances adocenados y subordinacion nacional, sin *uno* que descuelle, ni *muchos* que se asocien. Aldea, familia ó individuo, todos poseerán siempre maña y aficion para perpetuar el uso del fuego (12) y de los metales, la propagacion y el empleo de los animales domésticos, la habilidad de cazar y pescar, la navegacion obvia, el cultivo llano del trigo y otras semillas nutritivas, y la mera práctica de los oficios mecánicos. Fenecerán tal vez el númen personal y el desempeño público; pero aquellas plantas briosas se erguirán siempre tras la tormenta, y ahondarán sus raices eternas aun en el terreno mas árido. La cerrazon de la ignorancia nubló los reinados esplendorosos de Augusto y de Trajano, y la barbarie derribó al par las leyes y los alcázares de Roma; pero la hoz, invencion ó emblema de Saturno (13), siguió anualmente segando las mieses de Italia, y los banquetes inhumanos de los Lestrigones (14) ya no se renovaron por la costa de Campania.

Desde el descubrimiento de las artes, la guerra, el comercio y el fervor relijioso han ido dilatando, hasta por los bozales del mundo antiguo y nuevo, aquellos dones imponderables; cundieron prósperamente y nunca fenecerán. Tenemos pues que aunarnos en la conclusion halagüeña de que todos los siglos engrandecieron y están siempre engrandeciendo la riqueza efectiva, el bienestar, los conocimientos, y quizás las virtudes del linaje humano (15).

NOTAS

correspondientes á las observaciones jenerales sobre la ruina del imperio romano en el Occidente.

(1) Tales son las espresiones figuradas de Plutarco (Opera, tom. II, p. 318, edic. Wechel), á quien, apoyándome en la autoridad de su hijo Lamprias (Fabricio, Bibliot. Græc., tom. III, p. 341), atribuiré la maliciosa declamacion, περὶ τῆς ωμαίων Ṗτύχης. Las mismas ideas dominaban entre los Griegos doscientos cincuenta años antes de Plutarco; y la intencion de Polibio es refutarlas (Hist., l. I, p. 90, edic. Gronov. Amstel, 1670).

(2) Véanse los preciosos restos del libro sexto de Procopio, y otras muchas partes de su historia jeneral, particularmente una digresion en el libro diez y siete, en la que compara la falanje y la lejion.

(3) Salust., de Bell. Jugurthin., c. 4. Estas eran las jenerosas profesiones de P. Escipion y Q. Máximo. El historiador látino habia leido, y probablemente copiado, á Polibio, su contemporaneo y amigo.

(4) Mientras Cartago ardia, Escipion repetia dos líneas de la Ilíada, que espresan la destruccion de Troya, confesando á Polibio, su amigo y preceptor (Polyb. in Excerpt. de Virtut. et Vit., tom. II, p. 1455-1465), que en tanto que recordaba las vicisitudes humanas, interiormente las aplicaba á las calamidades futuras de Roma (Apian in Libycis, p. 136, edic. Toll.).

(5) Véase Daniel, II, 31-40. «Y el cuarto reinado será fuerte como *hierro*; pues así como el hierro rompe en pedazos, y sujeta todas las cosas.» Lo restante de la profecía (la mezcla de hierro y *mortero*) se cumplió, segun San Jerónimo, en su tiempo. Sicut enim principio nihil Romano Imperio fortius et durius, ita in fine rerum nihil imbecilius: quum et in bellis civilibus et adversus diversas nationes, aliarum gentium barbararum auxilio indigemus (Opera, tom. V, p. 572).

(a) Podria ser una especulacion estraña, tanto como lo permitiese la pura moral de los verdaderos cristianos, en la poblacion del imperio romano, el retiro de tan gran número en inactivo é improductivo celibato.—M.

(6) Los editores franceses é ingleses de la Historia Jenealójica de los Tártaros han añadido una descripcion interesante, aunque imperfecta, de su actual estado. Podriamos interrogar la independencia de los Calmucos, ó Elutos, desde que han sido vencidos recientemente por los Chinos, quienes en el año 1759, sujetaron la Bucaria baja, y se adelantaron en el pais de Badakshan, cerca del nacimiento del Oxo (Mémoires sur les Chinois, tom. I, p. 325-400). Pero estas conquistas son insignificantes, ni me atreveré á responder de la seguridad del imperio chino.

(7) El lector juicioso determinará cuanto influye en esta proposicion jeneral la sublevacion de los Isaurios, la independencia de Bretaña y Armórica, las tribus moras, ó los Bagaudæ de Galia y España (vol. I, p. 255, vol. IV, p. 98, 141, 226).

(8) Hoy dia América contiene seis millones de europeos y descendientes suyos; y en el Norte, al menos, su número aumenta continuamente. Cualesquiera que sean los cambios que sobrevengan en su situacion política, siempre conservarán las costumbres europeas; y debemos reflexionar con placer, que el idioma inglés se estenderá probablemente sobre un inmenso continente.

(9) On avait fait venir (para el sitio de Turin) 140 pièces de canon; et il est à remarquer que chaque gros canon monté revient à environ 2,000 écus: il y avait 100,000 boulets; 106,000 cartouches d' une façon, et 300,000 d' une autre; 21,000 bombes; 27,700 grenades, 15,000 sacs à terre, 30,000 instrumens pour le pionage; 1.200,000 livres de poudre. Ajoutez à ces munitions le plomb, le fer et le fer-blanc, les cordages, tout ce qui sert aux mineurs, le soufre, le salpêtre, les outils de toute espèce. Il est certain que les frais de tous ces préparatifs de destruction suffiraient pour fonder et pour faire fleurir la plus nombreuse colonie. Voltaire, Siècle de Louis XIV, c. XX en sus Obras, tom. XI, p. 391.

(10) Seria una tarea fácil, aunque fastidiosa, el citar las autoridades de poetas, filósofos, é historiadores. Por consiguiente me ceñiré á apelar al testimonio auténtico y decisivo de Diodoro Sículo (tom. I, l. I, p. 11, 12, l. III, p. 184, etc. edic. Weseling). El Ichtiofaji, que en su tiempo vagaba por las orillas del Mar Rojo, solo puede compararse con los naturales de Nueva Holanda (Viajes de Dampier, vol. I, p. 464-469). La imajinacion ó quizá la razon, puede aun suponer un estado absoluto de la naturaleza muy inferior al de estos salvajes, que habian adquirido algunas artes é instrumentos.

(11) Véase la obra erudita del presidente Goguet, de l' Origine des Lois, des Arts et des Sciences. Delinea de algunos hechos ó por conjeturas (tom. I, p. 147-337, edic. 12º) los primeros pasos de la invencion humana.

(12) Es cierto, aunque muy estraño, que muchas naciones han desconocido el uso del fuego. Aun los injeniosos naturales de Otáheite, que carecen de metales no han inventado ninguna vasija de barro capaz de resistir la accion del fuego, y comunicar el calor á los líquidos que contienen.

(13) Plutarco, Quæst. Rom. in tom. II, p. 275. Macrobio, Saturnal, l. I, c. 8, p. 152, edic. Lóndres. La llegada de Saturno (de su adoracion relijiosa) en un buque, indica, que la costa salvaje de Lacio fué primero descubierta y civilizada por los Fenicios.

(14) En los libros nueve y diez de la Odisea, Homero embelleció los cuentos de los marineros tímidos y crédulos que trasformaban los caníbales de Italia y Sicilia en monstruosos jigantes.

(15) Con frecuencia el mérito de un descubrimiento ha sido manchado por la avaricia, la crueldad y el fanatismo; y la relacion entre las naciones ha producido el malestar y la preocupacion. Una escepcion estraña se debe á la virtud de nuestros tiempos y pais. Los cinco grandes viajes emprendidos por órden del actual monarca fueron inspirados por el desinteresado amor de la ciencia y del jénero humano. El mismo príncipe, mirando por el bien de todas las clases de la sociedad, fundó en su capital una escuela de pintura; é introdujo en las islas del Mar del Sur los vejetales y animales mas útiles para la vida humana.

FIN DEL TOMO IV.

INDICE

de las materias contenidas en este tomo.